ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. LA ERA DE LA JUVENTUD

En septiembre de 1966, el semanario *Confirmado* publicó un extenso "Informe sobre la juventud" con miras a dilucidar si los jóvenes argentinos habían desarrollado la misma unidad de "conciencia y experiencia" que el periodista creía ver en la Europa de posguerra. La respuesta no era concluyente. Por un lado, el autor de la nota alegaba que "tan solo un giro de la fantasía podría establecer un vínculo entre Rubén, un albañil de 25 años que llegó al Gran Buenos Aires desde Santiago del Estero, y Ricardo, un empresario de 21 años que habita en el centro porteño". Y más difícil aún era encontrar puntos de conexión entre esos dos varones y Ana, una adolescente de clase media baja que cursaba el último año de la escuela secundaria. Por el otro lado, el cronista detectaba algunos aspectos en común. En primer lugar, aunque sus preferencias variaban, todos los entrevistados admiraban a "ídolos musicales juveniles" y estaban "dispuestos a gastar su tiempo y su dinero para seguirlos y comprar sus discos". En segundo lugar, aunque el albañil simpatizaba con el peronismo y el empresario se inclinaba por la "socialdemocracia", el periodista veía en ambos la misma actitud "moderada y racional" respecto de la política. En tercer lugar, había algo que sin duda unificaba a todos los jóvenes entrevistados (y los diferenciaba de sus padres): su posición frente a la sexualidad. "Aceptan las relaciones prematrimoniales sin prejuicios" —señalaba el periodista—, pero rara vez fuera de un contexto ligado "al amor y al matrimonio".[1] Este es apenas uno más entre los innumerables informes que proliferaron en los medios a lo largo de los años sesenta, pero se distingue del resto en su iniciativa de interrogar la categoría de "la juventud" atendiendo a diferencias de clase y de género ("los" y "las" jóvenes). Sin embargo, como la mayoría de los informes, este también hace hincapié en tres aspectos cruciales que invocaba "la juventud" y

[1] "Informe sobre la juventud", en *Confirmado*, núm. 65, 15 de septiembre de 1966, pp. 65-67.

que los jóvenes contribuyeron a transformar en Argentina: la cultura, la política y la sexualidad.

La juventud como categoría y los jóvenes como actores adquirieron por momentos una fuerte presencia en la política y la cultura del país durante la primera mitad del siglo XX. En 1918, Argentina fue la cuna del Movimiento por la Reforma Universitaria, codificado en gran medida como una revuelta juvenil antijerárquica que los estudiantes reformistas tradujeron en consignas contra el conservadurismo académico y político de casi todos los profesores, es decir, de sus mayores. Además de sentar las bases para el gobierno autónomo de las universidades, el movimiento reformista marcó el comienzo de una creciente conciencia política entre los estudiantes y favoreció la creación de ramas juveniles en el Partido Socialista (1919) y el Partido Comunista (1921). Pero el lenguaje de revuelta juvenil fue evaporándose a medida que el reformismo devenía en la base programática de una identidad cultural y política para las clases medias "progresistas", sin distinciones partidarias ni etarias.[2] En un plano diferente, la expansión y consecuente diversificación de la cultura de masas abrió las puertas a la difusión de modas y prácticas de esparcimiento específicamente juveniles. La "chica moderna" trasnacional —el arquetipo que los estadounidenses bautizaron *flapper:* una joven de pelo corto, figura esbelta y actitud independiente— también tuvo su correlato argentino; o al menos las revistas y las letras de tango produjeron esa imaginería e incitaron preocupaciones por los hábitos sexuales de la juventud en la Buenos Aires que se modernizaba con el correr de los años veinte y treinta.[3] Más aún, a fines de los años cuarenta aparecieron los "petiteros": varones jóvenes de clase media que andaban en grupos por la ciudad, rompiendo los moldes de la sociabilidad barrial que congregaba a hombres de todas las edades en los cafés, las esquinas y los clubes sociales. Los petiteros que irrumpieron en las zonas céntricas de las grandes urbes —Buenos Aires, Córdoba y

[2] Sobre el reformismo como identidad cultural y política para las clases medias "progresistas", véase Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, pp. 63-80; para consultar crónicas generales del Movimiento por la Reforma Universitaria en la Argentina de los años veinte y treinta, véase Biagini, *La Reforma Universitaria*.

[3] Sobre las reverberaciones trasnacionales de esa figura, véase Modern Girl around the World Research Group, "The Modern Girl around the World: A Research Agenda and Preliminary Findings"; respecto a Buenos Aires, véase Tossounian, "The Argentine Modern Girl...".

Rosario— lucían una moda estilizada, escuchaban jazz en lugar de tango y evitaban mezclarse con hombres de otras generaciones.[4] Hacia mediados del siglo XX, los argentinos ya se habían habituado al universitario politizado, la "chica moderna" y el varón iconoclasta, entre otras figuras juveniles que amenazaban con desbaratar el orden sexual, cultural y político establecido. Pero la auténtica "era de la juventud" comenzó recién a mediados de los años cincuenta.

En este libro examino el proceso a lo largo del cual la juventud devino una categoría cultural y política crucial de Argentina —y los jóvenes se contaron entre los actores culturales y políticos más dinámicos del país— entre las décadas de 1950 y 1970. Con el foco puesto tanto en los actores adultos que hablaron sobre la juventud o interpelaron a los jóvenes (desde psicólogos, educadores, políticos y ligas de padres hasta publicistas y productores musicales) como en las experiencias de mujeres y varones jóvenes, intento desentrañar todo lo que este proceso —la construcción de la juventud— revela sobre la imagen que los argentinos tenían de sí mismos en tiempos de rotundas transformaciones culturales y fuertes convulsiones políticas, inmersas en un incontenible afán por la novedad y el cambio. A medida que avancemos en la exploración iremos viendo que la juventud, como concepto, encarnó esperanzas y ansiedades proyectadas en reclamos de cambio, y que los jóvenes habitaron con diversos grados de intensidad esa categoría de fuerte carga política y cultural. A lo largo de ambas décadas, mujeres y varones de los estratos obreros y medios que habitaron sucesivamente la categoría de la juventud —aunque de diversas maneras— enarbolaron los aspectos más significativos de las dinámicas de modernización sociocultural de Argentina.

La juventud fue portadora de las dinámicas de modernización sociocultural *y también* de sus descontentos, expresados bajo las formas de rebelión cultural y radicalización política. A partir de los años cincuenta, los jóvenes se beneficiaron con la renovación de la confianza social en las virtudes del cambio acelerado, que reverberó en la contundente expansión de la matrícula secundaria y universitaria. La participación de las nuevas cohortes en esas dinámicas también adquirió significados

[4] En *Buenos Aires*, Goldar ofrece un cuadro vívido de la sociabilidad y la moda de los petiteros; sobre la sociabilidad en los clubes sociales en relación con el fútbol, véase Archetti, *Masculinities*.

más difusos: los jóvenes crearon novedosos espacios y estilos de sociabilidad, reformularon las prácticas de consumo y cuestionaron normas profundamente arraigadas de la interacción familiar y social. En el magma de este proceso sociocultural transformador, la juventud contribuyó activamente a cambiar las relaciones de género, alterar los hábitos y comportamientos sexuales, redefinir los significados del erotismo. Tanto en conjunto como aisladamente, las nuevas experiencias y prácticas crearon situaciones conflictivas en los ámbitos de la familia, la cultura y la sociedad, de las más diversas intensidades y sincronías. La observación simultánea de estas tracciones hacia el cambio sexual y sociocultural, por una parte, y las reacciones opositoras e incluso escandalizadas, por la otra, nos permite ver con claridad la índole contenciosa de las dinámicas de modernización. Por el lado de muchos jóvenes, el descontento también abrevó en un repertorio trasnacional de imágenes, sonidos e ideas que recorrieron el mundo de entonces. Mientras un segmento de jóvenes cuestionaba con actitudes iconoclastas el autoritarismo que ponía límites a la dinámica de la modernización sociocultural, otros impugnaban los aspectos excluyentes de la modernización e identificaban a Argentina con el convulsionado Tercer Mundo. Estos descontentos se plasmaron en una cultura juvenil contestataria que muchos actores trataron de eliminar violentamente. El hilo unificador que propulsó todos los movimientos convergentes en la era de la juventud fue el modo en que los argentinos concebían, construían e imponían la autoridad en sus sentidos culturales y políticos.

Este libro se detiene en las principales coyunturas que marcaron la multifacética "era de la juventud". La primera se sitúa en 1956. En la estela del golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón en su segundo mandato y noveno año de gobierno (1946-1952 y 1952-1955), una miríada de actores proyectó en la juventud sus expectativas respecto de la Argentina posperonista, que en su imaginación era racional, moderna y democrática. Ese año, por ejemplo, la psicóloga Eva Giberti inició su exitosa Escuela para Padres, un espacio creado con el fin de capacitar a padres y madres en nuevos métodos de socialización para el ámbito familiar, que entrañaban una reformulación de los vínculos intergeneracionales y la eliminación de los aspectos más crudos del patriarcado. En 1956, también, los cada vez más numerosos estudiantes secundarios comenzaron a ser expuestos a un controvertido programa de "educación democrática", concebido con el propósito de expurgar los

supuestos efectos del peronismo en los valores morales y políticos de la juventud. En el nivel de la educación superior, los estudiantes emprendieron proyectos que reflejaban su aspiración de convertir la universidad en una vitrina para exhibir el "despegue" económico y sociocultural del país. Otro acontecimiento de igual relevancia para la coyuntura argentina de 1956 fue la llegada del rock, una novedad en torno a la cual los jóvenes organizaron nuevas actividades de esparcimiento y consumo.

Embebido en el fracaso de los proyectos democratizadores, el sustrato cultural del decenio posterior a 1956 se caracterizó por la convergencia del anhelo y el temor ante lo nuevo. Los proyectos políticos pergeñados tras el golpe de Estado que derrocó a Perón desbordaban de retórica democrática, pero a la vez se apuntalaban en la proscripción de la fuerza política más significativa: el peronismo. El régimen militar de la autodenominada Revolución Libertadora (1955-1958) no solo proscribió a Perón y su movimiento, sino que además intentó desmantelar los legados sociales del gobierno derrocado, en especial la redistribución de la riqueza en favor de los trabajadores. A continuación, Arturo Frondizi (1958-1962) llegó a la presidencia tratando de seducir al electorado peronista con promesas de impulsar el desarrollo económico nacional. Sin embargo, su política concreta consistió en atraer capitales extranjeros para la explotación de las más diversas actividades, desde la industria automotriz hasta el entretenimiento. Tanto el "desarrollismo" de Frondizi como su intento de seducir a los trabajadores y su promesa de sentar las bases para un proyecto democrático quedaron a mitad de camino: tras el breve interregno de José María Guido, Arturo Illia (1963-1966) se topó con dilemas similares. La inestabilidad política coincidía con el rápido avance de profundas transformaciones socioculturales orientadas hacia la celebración de lo "nuevo". A medida que la autoridad asociada al pasado recibía impugnaciones simbólicas y prácticas, la categoría de la juventud devenía en metáfora del cambio, y reflejaba sucesos similares de Europa y también de otros países latinoamericanos.[5] En calidad de estudiantes, consumidores y productores culturales, habitantes de una nueva sociabilidad y forjadores de nuevos hábitos sexuales, los jóvenes se convirtieron en portadores y en destinatarios de la modernización: según la acer-

[5] Sobre estas capacidades metafóricas, véase Passerini, "La juventud, metáfora del cambio social".

tada síntesis del sociólogo Juan Carlos Torre, la juventud fue "el síntoma más significativo" de la modernización sociocultural.[6]

Hacia el año 1966, afloraron cambios notables en diversos planos relacionados con la "era de la juventud", que en conjunto marcaron el comienzo de una nueva coyuntura. Ese año, por ejemplo, salió "Rebelde", la canción del trío Los Beatniks que presentó en sociedad la emergente cultura del rock vernáculo. La mayoría de los músicos, poetas y fans que fueron artífices de esa cultura impugnaron los sentidos más arraigados en torno a la masculinidad mientras forjaban una contundente ideología antiautoritaria a contrapelo de la idiosincrasia moralista que bregaba por imponer el gobierno de facto encabezado por el general Juan Carlos Onganía (1966-1970). El año 1966 también trajo la minifalda y los pantalones ajustados, las nuevas prendas de moda entre las jóvenes, cuya irrupción no fue menos escandalosa que la iconoclastia de los varones rockeros. Estas indumentarias de moda suscitaron caldeados debates sobre la moral y las costumbres sexuales y, en un sentido más general, fueron conductos a través de los cuales las jóvenes redefinieron el erotismo. Y 1966, asimismo, fue el año de un acontecimiento bastante más notorio: la intervención de las universidades públicas autónomas decretada por el régimen de Onganía en el intento de despolitizar el movimiento estudiantil. Lejos de surtir el efecto deseado, la intervención solo consiguió radicalizar a muchos más estudiantes, cautivados por lo que percibían como el indetenible avance de la ola revolucionaria mundial. Desde la mirada retrospectiva que las engloba en la "era de la juventud", las figuras del pibe rockero, el militante revolucionario y la joven "erotizada" no existieron por separado. Por el contrario, las tres figuras interactuaron (en diversas etapas de su trayectoria individual o en sus diversos grupos de pertenencia) como participantes de una emergente cultura contestataria multifacética que era producto de las dinámicas de modernización sociocultural que habían transformado la vida de los argentinos y a la vez ponía en tela de juicio algunos aspectos cruciales de esas dinámicas, en especial, la persistencia del autoritarismo político y cultural.[7]

Esta segunda coyuntura de la "era de la juventud" (de 1966 a 1974) se caracterizó por los intentos de introducir cambios sociales radicales

[6] Torre, "A partir del Cordobazo", p. 21.
[7] Cattaruzza, "El mundo por hacer".

en direcciones encontradas. De hecho, el régimen de Onganía trató de imponer una transformación drástica de la sociedad argentina: "liberalizar" la economía, desregular las relaciones sociales y restaurar las jerarquías en todas las esferas de la vida social (incluidas las universidades). El fracaso de su intentona salió a la luz en mayo de 1969, con el estallido de revueltas sucesivas y concatenadas en las ciudades de Corrientes, Rosario y Córdoba. Los jóvenes que protagonizaron esas revueltas, en su mayoría estudiantes, lucharon junto con los trabajadores y otros sectores de las clases medias y populares en protesta contra el régimen de Onganía y sus políticas sociales. Mayo de 1969 fue la gran escena apoteótica que anunció la caída de ese régimen y el ascenso de una nueva dinámica de politización social expansiva cuya protagonista estelar fue la juventud. En un fenómeno colectivo sin precedentes en el país, los jóvenes engrosaron las filas de las organizaciones estudiantiles, políticas y guerrilleras (cinco de las cuales ya tenían presencia nacional en 1970). Frente a ese contexto, los militares iniciaron negociaciones con Juan Domingo Perón, que culminaron en la convocatoria electoral de 1973. El peronismo atraía ahora a un nuevo electorado juvenil que vislumbraba ese movimiento como una "vía nacional" hacia el socialismo. En la "primavera democrática" de 1973, primero Héctor J. Cámpora y después Perón encabezaron los sueños de la liberación nacional y social que muchos jóvenes creían al alcance de la mano. Pero la primavera fue breve.

Con el correr de los años setenta, un amplio arco de actores culturales y fuerzas políticas convergió en un proyecto de reacción contra la cultura contestataria corporizada en la juventud. Representantes de un espectro que abarcaba desde el catolicismo conservador hasta el peronismo de derecha, estos actores y fuerzas se embarcaron en un proyecto con miras a "restaurar la autoridad", impulsado por las ideas y preocupaciones que habían restringido el alcance de las dinámicas modernizadoras en marcha desde mediados de los años cincuenta. En el transcurso de 1974 comenzó una nueva coyuntura, marcada por este proyecto abiertamente reaccionario que efectuó una profunda transformación de las condiciones vigentes para la sociabilidad, la sexualidad y la política de los jóvenes. Ese año, el gobierno peronista promulgó leyes y decretos que restringieron la distribución de anticonceptivos, incrementaron las penas por tráfico y consumo de "estupefacientes" (además de autorizar el monitoreo de lugares donde se congregaban los jóvenes) e

iniciaron la progresiva clausura de las escuelas y las universidades como espacios legítimos para la militancia estudiantil. La última dictadura militar (1976-1983) magnificó el proyecto orientado a "restaurar la autoridad" con la promesa de restablecer el "orden" en la sociedad argentina. Desde el punto de vista ideológico y cultural, ese orden se basaría en el acatamiento de lemas como el de "Dios, patria y familia". Ese proyecto de imposición de disciplina en la sociedad argentina se montó sobre las prácticas sistemáticas de terror estatal que se abatió sobre los "enemigos" del régimen con un despliegue masivo de secuestros, torturas y desapariciones. El 70% de los más de veinte mil desaparecidos eran jóvenes de 16 a 30 años.[8] Muchos habían sido partícipes de la multifacética cultura contestataria que marcó el apogeo de la juventud en la vida política y sociocultural de Argentina. Con la vida de esos jóvenes, también se apagó trágicamente la era de la juventud.

Escribir la historia de la juventud

En tanto constituye una investigación sobre la época que marcó el ascenso de la juventud como categoría y de los jóvenes como actores hacia un sitial destacado de la vida pública argentina, este libro se inscribe en el emergente campo de la historia de la juventud. El estudio de esta "edad" ofrece a los historiadores la oportunidad de establecer conexiones entre múltiples niveles analíticos (la historia social, cultural, política, sexual) e interrogar la construcción recíprocamente constitutiva de "la juventud" y "lo trasnacional". La juventud como categoría sociocultural adquirió prominencia en el transcurso del siglo XX. Los discursos psicológico, sociológico y educativo sobre la juventud guarnecieron la nueva categoría con atributos cruciales de la modernidad a medida que circulaban trasnacionalmente. La juventud representaba una edad intermedia e indicaba un pasaje, y por lo tanto significaba transición y movimiento.[9] Mientras el discurso sobre la juventud se desplazaba a través de las fronteras, las condiciones socioculturales que habilitaban

[8] García, *El drama de la autonomía militar*, pp. 500 y 504.

[9] Entre los estudios psicológicos y antropológicos pioneros sobre la adolescencia y la juventud, se destacan las obras de Hall, "Initiation into Adolescence", y Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. En "Youth and Cultural Practice", Bucholtz ofrece un panorama general del discurso sociológico sobre la juventud.

a mujeres y hombres a ocupar esa categoría —como la expansión del sistema educativo y la eclosión de la cultura de masas, por nombrar las más obvias— también se desplazaban por el mundo, aunque con distintas identidades, modalidades y sincronías.[10]

Como historia cultural, sexual y política de la juventud, este libro no examina una generación en particular. Creo importante mencionar esa diferencia, porque los dos términos han estado tan entrecruzados que a menudo se usan de manera indistinta. En las humanidades y las ciencias sociales, el término "generación" remite a la obra de Karl Mannheim, para quien

> la *situación de clase* y la *situación generacional* (la comunidad de pertenencia a años de nacimiento próximos) tienen algo en común, debido a la posición específica que ocupan en el ámbito sociohistórico los individuos afectados por ellas. Esta característica común consiste en que limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de experiencia y pensamiento.[11]

Es un concepto seductor, sin duda, pero sus posibilidades heurísticas son limitadas para el análisis histórico. La pertenencia al mismo grupo etario rara vez basta para garantizar una unificación de perspectivas y experiencias. Aun cuando un acontecimiento a gran escala, como una guerra, provea a un grupo etario de una referencia compartida, en los miembros de ese grupo se entrecruzan tantos ejes culturales y sociales (como la clase, el género, la raza y la religión) que la incidencia de su temporalidad compartida puede diferir por completo. Aunque los historiadores seguramente están al tanto de estos problemas, muchos insisten en ligar la juventud a la generación, a veces hasta el punto de tomar a las generaciones por entidades concretas, perdiendo de vista el mecanismo representacional que presupone el concepto.[12] Tal como señala el crítico cultural Leerom Medovoi al analizar la "generación *beat*" esta-

[10] Mintz, "Reflections on Age".

[11] Mannheim, "El problema de las generaciones", p. 209. Las cursivas pertenecen al original.

[12] Véanse, por ejemplo, Sirinelli, *Les baby-boomers;* Austin y Williard, *Generations of Youth;* Roseman, *Generations in Conflict*. Mis reflexiones sobre la validez heurística de "juventud" versus "generación" se basan en el análisis que ofrece Jobs en *Riding the New Wave*, pp. 7-9.

dounidense, esta cobró existencia cuando fue nombrada, es decir, cuando los medios y las voces más resonantes de un grupo sociocultural y etario la representaron.[13] En la Argentina de los años sesenta, por ejemplo, el escritor David Viñas decía pertenecer a una "generación frustrada", supuestamente como resultado de su común experiencia de intolerancia frente al gobierno peronista y de "traición" ante los fallidos intentos de democratización y desarrollo que había encarnado la figura del presidente Frondizi.[14] Pero ni esta representación ni otras que brotaron aquí y allá durante los años sesenta prosperaron fuera de los círculos intelectuales. Aunque yo no aplico un marco generacional para estudiar la juventud, en ocasiones uso el término "intergeneracional" para referirme a la interacción entre grupos etarios, como las relaciones entre adultos y jóvenes.

Desde mediados del siglo XX hasta fines de los años setenta, las franjas etarias que conformaban "la juventud" variaron según las instituciones, las normas o los grupos que definían sus parámetros. La ley 17771 que reformó el Código Civil en 1968, por ejemplo, estableció la edad de 21 años como umbral de la adultez legal, pero incluyó a las personas de 18 a 21 años en la peculiar categoría de "menores adultos", con potestad para celebrar contratos de trabajo, disponer libremente de haberes o posesiones y emitir sufragio. Por otra parte, en la práctica y el discurso de la psicología, una disciplina muy influyente por entonces en el imaginario público, "juventud" se entreveraba con "adolescencia". En lo concerniente a la edad, el Centro de Psicología Evolutiva de la Universidad de Buenos Aires (UBA) determinó en 1958 que solo los individuos de 14 a 21 años eran aptos para recibir tratamiento. En 1972, el director del Departamento de Psicología Adolescente de un hospital público modelo aclaró que sus tratamientos alcanzaban a personas de 12 a 22 años. También en 1972, los numerosos y diversos grupos que confluyeron en la Juventud Peronista se embarcaron en un serio debate sobre los límites etarios para la pertenencia a la organización y consensuaron el tope máximo en la edad de 30 años.

La maleabilidad de las franjas etarias que contaban como "jóvenes" sirve para recordarnos que la juventud no es una etapa biológica de la vida, sino un constructo histórico intrínsecamente ligado a la moder-

[13] Medovoi, *Rebels*, p. 216.

[14] David Viñas ofrece un retrato de esa "generación frustrada" en su novela *Dar la cara*.

nización. Cuando aún se oían los ecos de las revueltas que conmovieron al mundo en 1968, John Gillis y Paula Fass, historiadores pioneros de los estudios sobre la juventud, localizaron el advenimiento de una experiencia juvenil específica en el contexto de cambios que afectaban los patrones demográficos, socioeconómicos y educativos. El desarrollo del capitalismo y la cultura de consumo en la Europa Occidental del siglo XIX y los Estados Unidos de los años veinte —argumentaron respectivamente Gillis y Fass— sentó las bases para diferenciar un segmento poblacional que alargaba su permanencia en el sistema educativo, posponía la formación de una familia y, tarde o temprano, disponía de un ingreso propio.[15] En las últimas dos décadas, los modos de aproximarse a la historia de la juventud han variado en, al menos, tres sentidos. Por un lado, historiadores que abordan casos alejados del Atlántico Norte han puesto en cuestión las cronologías pretendidamente universales de los estudios pioneros, que localizaban una irrupción juvenilista en el umbral del siglo XX, para enfocarse en las décadas centrales del siglo y en la visibilidad creciente de la juventud en articulación con procesos político-culturales, además de sociodemográficos. Por otro lado, aunque se trate de estudios de escala nacional, una mayoría presta atención a los efectos de apropiaciones locales de flujos de bienes, ideas e imaginarios de circulación global. Algunos historiadores, así, han reparado en las distintas llegadas del rock a espacios tan diversos como México, Corea del Sur o Ucrania, y han mostrado cómo una forma musical y una serie de estilos culturales "importados" sirvieron para dinamizar disputas culturales y políticas alrededor de nociones de autoridad, gusto y jerarquías tanto como de sentidos de lo nacional y de otros colectivos —incluyendo por supuesto al juvenil— .[16] Por último, los historiadores han prestado más atención a la interconexión entre edad, clase y género a la hora de analizar la emergencia de colectivos juveniles, intentando mostrar cómo diversas cristalizaciones de juventud operaron de manera excluyente. Por ejemplo, en los sentidos más extendidos que asumió en lugares tan alejados como Tanzania, la ex Unión Soviética y también Argentina en la década de 1960, el colectivo "juventud" no contenía a los y las jóvenes de edad asentados en áreas

[15] Gillis, *Youth and History;* Fass, *The Damned and the Beautiful.*

[16] Zolov, *Refried Elvis*; Pil Ho Kim y Hyunjoon Shin, "The Birth of 'Rok'"; Risch, "Soviet 'Flower Children'".

rurales.[17] La advertencia sobre las exclusiones sociales que operan en las diversas construcciones históricas de la juventud ha sido en buena medida posible por la creciente desconfianza —teórica e histórica— en las nociones de modernización.

La nueva historiografía de la juventud —de la cual forma parte este libro— sugiere historizar el concepto de modernización. Tomando nota de las críticas que desde la antropología se han realizado a las diversas "teorías de la modernización", que suponían (aun con sus matices) la existencia de un *proceso* social que seguía un curso evolutivo, tendencialmente homogeneizador y universalizante,[18] optaré por analizar *dinámicas* de modernización sociocultural, que incluyen no solamente la ampliación de las matrículas en escuelas y universidades o las profundas transformaciones en las culturas del consumo, sino también los efectos que esas dinámicas tuvieron en zonas más difusas de las vidas familiares, en las construcciones de nuevas subjetividades (incluyendo las juveniles), y las múltiples reacciones que generaron en las relaciones entre adultos y jóvenes. La opción por atender a dinámicas restituye, a mi criterio, la posibilidad de analizar conflictos y tensiones en cada una de ellas y de enfatizar así su carácter contencioso, que ha sido el carácter de esa "era". Durante la década de 1960, la "modernización" fue una suerte de categoría nativa, no privativa de quienes tenían familiaridad directa con las ciencias sociales, donde se formuló de modo más sistemático. En sus usos más corrientes, la palabra invocaba sentidos de cambio profundo en todas las esferas de la vida social y, entre los más optimistas cultores del término, también las promesas de homogeneización. No casualmente fue en esa década cuando se consolidaron las visiones de Argentina como una "nación de clase media" —a las cuales con tanto ahínco se opusieron los jóvenes que, en su socialización política de fines de la década, identificaban al país como uno más del Tercer Mundo—. En este sentido, con un foco puesto en los jóvenes y en las dinámicas de modernización sociocultural que ellos protagonizaron, este libro muestra una historia de los años sesenta en la cual se transformaron también los modos de construir identificaciones de clase, al pluralizarse las experiencias y los sentidos de pertenencia a una "clase

[17] Fürst, *Stalin's Last Generation*; Ivaska, *Cultured States*.

[18] Para una crítica desde la antropología véanse Escobar, *La invención del Tercer Mundo*; y desde la historiografía Weinstein, "Developing Unequality".

media" y reconfigurarse además los modos de vivenciar de una juventud trabajadora.[19] En el espacio social supuestamente homogeneizante de las culturas del consumo, se modelaron sentidos de pertenencia y diferencia de clase en las décadas centrales del siglo XX en Argentina.

Fue en ese momento cuando mujeres y varones jóvenes de edad comenzaron a ocupar en masa la categoría de la juventud. Apuntalada por muchos de los efectos que la "democratización del bienestar" peronista brindó a amplios sectores de la población, la aparición de la juventud como categoría visible en Argentina se encuadró en los debates sobre la democracia, el autoritarismo y la modernización que tenían lugar en diversos espacios políticos y culturales del país. Sin embargo, tanto los términos de la conversación como el auge de la juventud per se formaban parte de un movimiento que se expandió por el mundo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta bien entrada la década de 1960. La aparición de la juventud a lo largo de esas décadas transformadoras sentó las bases para que cada sociedad reformulara los conceptos a través de los cuales imaginaba su futuro. En su obra sobre la Francia de posguerra, por ejemplo, el historiador Richard Jobs analiza en detalle un contexto donde la juventud simbolizó las promesas de reconstrucción y la sed de novedades.[20] La reverberación de estas metáforas en los debates de la Argentina posperonista, incluida la centralidad de la juventud, permite constatar hasta qué punto los discursos locales abrevaron en los paisajes culturales e intelectuales europeos, e indica cuán simultáneos fueron los auges de la juventud. En ambos países, además, el discurso público sobre la juventud colocó en un irrevocable primer plano las ideas de cambio en varios "terrenos controvertidos". Tal como en Canadá británico y en Tanzania, hablar sobre la juventud en Francia y en Argentina implicaba hablar de sexo, y viceversa.[21]

Las investigaciones históricas más recientes sobre la juventud y la sexualidad en la inmediata posguerra y la década de 1960 han comenzado a revisar los abordajes de las "revoluciones sexuales". En sus obras sobre Estados Unidos, Francia y Alemania Occidental, Beth Bailey, Anne-Marie

[19] Para un análisis de la pluralización de las experiencias y los sentidos de "clase media", véase Cosse, "Las clases medias en la historia reciente latinoamericana".

[20] Jobs, *Riding the New Wave.*

[21] Acerca de los debates sobre la juventud y la sexualidad en Canadá británico y Tanzania, véanse Adams, *The Trouble with Normal,* e Ivaska, "Anti-Mini Militants Meet Modern Misses".

Sohn y Dagmar Herzog dejaron de lado el enfoque que centraba la atención en los grupos más resonantes (como los movimientos por la liberación femenina y los derechos de los homosexuales) y en las reivindicaciones del "amor libre", para poner de relieve un fenómeno cuya crucial importancia suele pasar desapercibida: la aceptación pública del sexo prematrimonial. Esa fue, de acuerdo con esos estudios, la piedra angular de las revoluciones sexuales.[22] En línea con la obra de la historiadora Isabella Cosse, que inscribe este devenir en el marco de una "revolución sexual discreta", el presente libro constata el mismo fenómeno en Argentina.[23] Pero vale la pena aclarar que el sexo prematrimonial, antes de normalizarse públicamente en la intersección de los años sesenta y setenta, había constituido un tema clave de preocupación familiar y cultural durante más de una década, especialmente en relación con las jóvenes. El derrotero de las actitudes frente al sexo prematrimonial ilumina lo contencioso de las dinámicas de modernización sociocultural en Argentina, algo que también se refleja en las tensiones entre la erotización de la cultura visual (basada en la creciente exhibición del cuerpo femenino joven) y los mecanismos persistentes e incisivos de la censura. De ahí el marcado contraste, en este último aspecto, entre los años sesenta argentinos y el tan mentado "momento permisivo" que se vivió durante el mismo período en Inglaterra, Alemania Occidental o Italia.[24]

En las décadas de 1950 y 1960 en Argentina, proliferaron culturas juveniles asociadas a nuevas prácticas de consumo, tal como ocurrió en casi todas partes de América y Europa Occidental. En 1942, el sociólogo Talcott Parsons acuñó el término "cultura juvenil" para denominar pautas conductuales de los adolescentes estadounidenses cuyo eje era el "afán de 'pasarla bien'", el consumismo.[25] Durante el mismo período se difundió el término "*teenager*" en informes empresariales y en los medios masivos, al principio para denotar un mercado específico: el de los adolescentes. En las investigaciones sobre Estados Unidos y Europa es un lugar común identificar la demografía del *baby boom* y el ciclo de afluencia económica de mediano plazo, iniciado en la posguerra, como factores decisivos para la ubicuidad del adolescente y la expansión del mercado

22 Herzog, *Sex after Fascism;* Sohn, *Âge tendre et tête de bois;* Bailey, *Sex in the Heartland.*
23 Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta.*
24 Herzog, *Sex after Fascism*, pp. 153-170; Collins, *Modern Love*, pp. 134-160.
25 Parsons, "Age and Sex", pp. 89-102.

dirigido a los jóvenes.[26] Estas condiciones no ocurrieron en Argentina. Aunque a fines de los años cuarenta se registró una sutil recuperación en los índices de natalidad, el alza palidece en comparación con América del Norte y Europa Occidental, y lo mismo sucede con las cifras del "mercado juvenil" durante las décadas siguientes. Sin embargo, estas no son las principales razones que diferencian mi abordaje del que predomina en los estudios sobre la juventud y el consumo. Con su enfoque en la creación de un "mercado juvenil" en el que interactuaban jóvenes de todos los estratos sociales, los historiadores han tendido a omitir una evaluación exhaustiva de cómo las prácticas de consumo sirvieron para modelar y poner en evidencia distinciones entre ellos. Hasta los artículos a primera vista más igualadores, como los pantalones de jean, sirvieron para forjar distinciones: en la Argentina de los primeros años sesenta, por ejemplo, los varones jóvenes de extracción obrera usaban los "vaqueros" de industria nacional, mientras que los de estratos medios buscaban las marcas importadas de Estados Unidos para señalar su distinción cultural, que era también y fundamentalmente de clase.

Como estudio original de un caso específico, este libro aporta nuevas percepciones sobre un fenómeno eminentemente trasnacional. Entendida como "unidad" de análisis y experiencia, la juventud trascendió las fronteras nacionales y —especialmente después de la Segunda Guerra Mundial— pasó a formar parte de una red cada vez más interconectada de ideas, imágenes y sonidos.[27] Los jóvenes argentinos participaron en esa red y tejieron su versión local. Por ejemplo, mientras se convertían en actores políticos cruciales, los dirigentes universitarios rechazaban toda comparación con sus homólogos europeos y evaluaban "*su* 68" como insuficientemente revolucionario. Esto ocurría al mismo tiempo que los estudiantes franceses e italianos invocaban el liderazgo de Ernesto "Che" Guevara y Ho Chi Minh y reivindicaban el denominado Tercer Mundo en la construcción de sus identidades políticas. Las interconexiones existieron, sin duda, pero en este libro procuro entablar un diálogo crítico con los estudios europeos y estadounidenses sobre la juventud. En particular, aspiro a que mi análisis contribuya a desesta-

[26] Fowler, *Youth Culture in Modern Britain*, pp. 126-136; Gorgolini, "Il consumi"; Osgerby, *Youth in Britain since 1945*, pp. 30-49; Palladino, *Teenagers*, pp. 97-115; Sohn, *Âge tendre et tête de bois*, pp. 79-90.

[27] Tomo de Seigel, "Beyond Compare", la noción de lo trasnacional como "unidades que rebasan y permean las fronteras nacionales".

bilizar el consenso según el cual la juventud se convirtió progresivamente en protagonista cultural y política, desde mediados del siglo XX hasta la década de 1970, por motivos vinculados a la expansión económica de posguerra y la democracia liberal. Estas premisas se han aceptado como universales, pero se vuelven casi insostenibles cuando incorporan comparaciones con casos como el de Argentina, donde la misma "era" transcurrió en un contexto de inestabilidad económica y autoritarismo político. En lo que concierne a América Latina, mi objetivo es sumar un aporte para un campo de estudios, el de la historia de la juventud, mucho más incipiente que el de los países del Atlántico Norte. Hasta ahora los historiadores se han enfocado en gran medida en los estudiantes universitarios y las formaciones contraculturales de países como Brasil, México, Chile, Nicaragua y Uruguay.[28] Mi expectativa es que el presente libro sirva para comprender mejor la dinámica de renovación cultural y radicalización política en cuyo marco los jóvenes pasaron a ser los actores más visibles de la época, y la categoría "juventud", la superficie sobre la que reverberó la ubicua sensación de inminencia, de "cambio a punto de ocurrir", que marcó las décadas centrales del siglo XX en América Latina.

Política, cultura y sexualidad en Argentina

En este libro "uso" la categoría de juventud como recurso estratégico para explorar las historias de la política, la cultura y la sexualidad en Argentina desde la década de 1950 hasta el final de la última dictadura militar. Lejos de seguir derroteros independientes, estos tres "niveles" se entrecruzaron de las más diversas maneras en su desarrollo, y —tal como apunto a demostrar en las páginas que siguen— una historia multifacética de la juventud puede ofrecer un punto de vista privilegiado desde donde analizar sus interacciones. La historia argentina del período comprendido entre mediados del siglo XX y los años setenta se ha narrado con un predominio abrumador de la lente política. Contamos con abundancia de estudios sobre la constante crisis de legitimidad que

[28] Zolov, *Refried Elvis;* Dunn, *Brutality Garden;* Barr-Melej, "Siloismo and the Left in Allende's Chile"; Langland, *Speaking of Flowers*; Markarian, *El 68 uruguayo*, y la tesis doctoral de Barbosa, "Insurgent Youth".

suscitó la proscripción del peronismo entre 1955 y 1973, los fallidos intentos de impulsar proyectos desarrollistas y democratizadores como los de Frondizi e Illia y, principalmente, el papel de las Fuerzas Armadas como árbitros de la política argentina.[29] Del mismo modo, los historiadores de la vida política e intelectual han investigado la génesis de una "nueva izquierda" con especial atención a las reinterpretaciones de la experiencia peronista por parte de intelectuales y militantes, así como el impacto de la Revolución Cubana y otros procesos revolucionarios que avanzaron en el "Tercer Mundo" durante los años sesenta.[30] Muchos académicos han analizado también un tema estrechamente relacionado con el presente estudio: las características de la radicalización política que se intensificó tras el golpe militar de 1966, cristalizó en las revueltas populares del "mayo argentino" de 1969 y creció durante los años siguientes en una onda expansiva que incluyó la formación de múltiples grupos guerrilleros.[31]

La incursión de los jóvenes en la política radicalizada fue tal vez el acontecimiento más distintivo del escenario político mundial durante las décadas de 1960 y 1970, fenómeno del que Argentina no fue una excepción. Innumerables mujeres y hombres jóvenes —en su mayoría, pero no exclusivamente, de las capas medias— militaron en las agrupaciones estudiantiles, partidarias y guerrilleras que habían contribuido a crear, en busca de una senda que los condujera a la liberación social o nacional (según cuáles fueran sus concepciones de la revolución y el socialismo). Su participación en las variantes más extremas de la militancia —la lucha armada— ha acaparado la mayor parte del interés académico. Los autores de algunos ensayos recientes han intentado desentrañar el proceso por el cual la lógica de la guerra habría sustituido a la lógica de la política entre las agrupaciones que abrazaron la lucha armada y también han teorizado sobre la formación de subjetividades revolucionarias permeadas por "componentes escatológicos" y un culto

[29] Véanse especialmente O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario;* De Riz, *La política en suspenso 1966/1976;* Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973).*

[30] Hilb y Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980;* Terán, *Nuestros años sesentas;* Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda.*

[31] Entre los más importantes, véanse Brennan, *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976;* Gordillo, *Córdoba en los '60;* Pucciarelli, *La primacía de la política.* Sobre la historia de las agrupaciones guerrilleras más prominentes y sus brazos políticos, véanse Gillespie, *Soldiers of Perón;* Sigal y Verón, *Perón o muerte;* Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*.

no menos cierto del martirologio político.[32] Yo he tomado una senda analítica distinta, que aleja el foco de las vanguardias, para centrarme en otros elementos: aquí apunto a demostrar que los jóvenes de los años sesenta y comienzos de los setenta alcanzaron su "mayoría de edad política" en un proceso que fue a la vez parte de las dinámicas de modernización sociocultural y reacción contra estas. En el transcurso de su socialización política, los jóvenes concibieron a Argentina como integrante de una geografía política rebelde: el Tercer Mundo. Esta percepción no solo inspiró en muchos el rechazo de las opciones que les deparaba un país en vías de modernización (un camino individual de movilidad ascendente, por ejemplo), sino que también los llevó a la convicción de que Argentina, como país del Tercer Mundo, tenía una sola alternativa posible: acelerar los tiempos políticos en pos de un futuro revolucionario. Esta idea entrañaba en la práctica un creciente compromiso corporal con la política. A diferencia de las tradiciones anteriores, la nueva izquierda argentina privilegió el cuerpo como portador de la praxis revolucionaria y —en especial— de una incisiva impresión de inminencia que la crítica cultural Diana Sorensen describe como "una sensación apremiante, a veces optimista, de que todo estaba a punto de ocurrir, o podía ocurrir a fuerza de voluntarismo".[33]

Una concepción del "cambio" imbuida de un optimismo similar impregnó varias transformaciones culturales que comenzaron a mediados de los años cincuenta, unificadas a grandes rasgos en la categoría de "modernización cultural". Los estudios académicos han hecho hincapié en una de las avenidas más cruciales para esa modernización: la reconversión de las universidades en instituciones autónomas de investigación, un proceso que llegó a su apogeo en el período 1958-1966 y se reflejó en una expansión de la matrícula estudiantil. Por otra parte, los historiadores de la cultura, el arte y el cine así como los críticos literarios han examinado diversos aspectos de la renovación cultural, como los sucesivos proyectos estéticos pergeñados en nuevos centros de arte moderno, la transformación de los lenguajes cinematográficos que impulsó la "generación del 60" y la convergencia gradual de las

[32] Véanse especialmente Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria* y *Pasado y presente*; el ensayo "Venganza", de Sarlo, sobre la organización Montoneros en su libro *La pasión y la excepción;* Calveiro, *Política y/o violencia;* Carnovale, *Los combatientes*.

[33] Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered*, p. 7.

avant-gardes estéticas con las vanguardias políticas.[34] Mientras que la mayoría de esos estudios hace foco en la producción cultural —en esencia, los productos culturales— consumida por un público culto que seguía siendo limitado a pesar de su expansión, otros académicos han comenzado a explorar los cambios ocurridos en la cultura popular, el consumo masivo y la vida cotidiana, como el auge de la televisión, las transformaciones de la publicidad y las nuevas prácticas de sociabilidad.[35]

Aquí expando el tratamiento de estos temas para complejizar el relato de la modernización cultural que construyen dichos estudios. En ellos se percibe una tendencia a establecer una clara divisoria de aguas entre las fuerzas sociales que presionaban en pos del cambio y los "bloqueos tradicionalistas" impuestos autoritariamente desde arriba, tal como Oscar Terán caracteriza los efectos culturales del régimen militar que usurpó el gobierno en 1966. Las experiencias de las mujeres y los hombres jóvenes —portadores y a la vez destinatarios de casi todos los aspectos cotidianos inherentes a las dinámicas de modernización social y cultural— arrojan una nueva luz sobre la naturaleza conflictiva de su situación. Un ejemplo bastará para iluminar este punto. Durante la década de 1960 se registró una expansión enorme de la matrícula estudiantil en todos los niveles del sistema educativo: mientras las jóvenes de clase media ingresaban en creciente número a la universidad, la escuela secundaria incorporaba cada vez a más chicos y chicas de familias obreras. Mediante la reconstrucción de sus experiencias, descubrimos que esos estudiantes secundarios padecían y denostaban las rutinas cotidianas y las relaciones jerárquicas que imbuían de autoritarismo la vida escolar, tanto antes como después del golpe de 1966.

Es tal vez en el ámbito del género y la sexualidad donde la naturaleza contenciosa de las dinámicas de modernización cultural que se hicieron carne en la juventud presenta las evidencias más contundentes. Desde hace dos décadas, una cohorte de historiadoras ha comenzando a desentrañar las transformaciones en las relaciones de género, la sexualidad y la historia de las mujeres en la década de 1960. Este campo de investigación ha explorado la apertura de nuevas oportunidades educativas

[34] King, *El Di Tella…;* Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta;* Castagna, "La generación del 60"; Longoni y Mestman, *Del Di Tella a "Tucumán arde";* Sarlo, *La batalla de las ideas;* Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política;* Gilman, *Entre la pluma y el fusil;* Aguilar, "La Generación del 60".

[35] Pujol, *La década rebelde;* Podalsky, *Specular City;* Varela, *La televisión criolla.*

y laborales para las mujeres de la época, en especial las de clase media. También ha interrogado los atributos del emergente movimiento feminista de los años sesenta y setenta, incluidas sus tensas relaciones con la izquierda revolucionaria, así como los debates médicos y culturales en torno a la desigual disponibilidad de la píldora anticonceptiva. La mayoría de estas investigaciones describe una liberalización prudencial de los hábitos y las conductas sexuales, sobre todo entre los jóvenes.[36] En lugar de examinar los patrones de cambio a mediano plazo —el enfoque predominante hasta ahora entre los historiadores—, he optado por colocar la lupa sobre algunas coyunturas específicas con la esperanza de iluminar de qué maneras se debatió y se configuró el cambio, en particular con respecto a la vida sexual de los jóvenes, tanto mujeres como varones.

Contar una historia de la juventud

En este libro se narran ante todo las experiencias y los debates relacionados con la juventud urbana, que hacia 1970 superaba el 80% de la franja etaria comprendida entre los 18 y los 24 años. Para investigar *cómo* la juventud pasó a ser una categoría central, cuyos representantes se contaron entre los actores culturales y políticos más dinámicos de Argentina desde mediados de siglo hasta los años setenta, fue necesario hacer un *collage* de materiales dispares, desde archivos institucionales hasta películas de cine y desde grabaciones musicales hasta expedientes policiales. La construcción del relato también demandó una lectura atenta no solo de la bibliografía sobre historias de la juventud en otras latitudes geográficas y marcos temporales, sino también de estudios sobre género y sexualidad, estudios culturales sobre el consumo y estudios sobre la música popular.

Para reconstruir los debates sobre la juventud y las maneras de entenderla (es decir, de categorizarla), consulté los materiales de archivo que conservan las tres instituciones estatales y privadas más importan-

[36] Feijóo y Nari, "Women in Argentina during the 1960s"; Nari, "Abrir los ojos, abrir la cabeza"; Vassallo, "'Las mujeres dicen basta': feminismo, movilización y política de los setenta"; Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina;* Felitti, *La revolución de la píldora;* Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*; Andújar *et al.*, *De minifaldas, militancias y revoluciones*.

tes del período en materia de familia y juventud (el Consejo Nacional de Protección de Menores, la Liga de Madres de Familia y la Obra de Protección a la Joven); también examiné otras fuentes de la época, como informes sociológicos y psicológicos; libros de asesoría psicológica, pedagógica y sexológica; panfletos, literatura partidaria y prensa política; películas, revistas de actualidad, prensa popular y los tres diarios nacionales más leídos. La prensa nacional y los informes publicados en dos revistas empresariales, junto con algunos materiales inéditos que conserva la prominente agencia publicitaria John Walter Thompson, me resultaron sumamente esclarecedores para entender cómo los publicistas y los diseñadores de modas imaginaban a la juventud e intentaban seducirla. Por otra parte, los informes empresariales publicados, así como las encuestas y los censos económicos, me sirvieron para desentrañar aspectos del rock desde la perspectiva de la industria musical.

Comencé a incursionar en el mundo de los alumnos secundarios a través de las circulares que emitía la Dirección Nacional de Educación Media y Superior, los boletines oficiales y algunas memorias publicadas. En cuanto a los estudiantes de la educación superior, las revistas estudiantiles, las publicaciones universitarias y los programas académicos —todos de la UBA— me ayudaron a reconstruir sus experiencias. Asimismo, el archivo de la Facultad de Filosofía y Letras —un espacio institucional clave para los proyectos modernizadores— me resultó sumamente útil como aproximación a la vida cotidiana y la actividad política de los estudiantes. Para investigar la militancia de los jóvenes en organizaciones revolucionarias y su construcción de una cultura política común, examiné no solo diarios nacionales y revistas de noticias, sino también prensa política, panfletos publicados e inéditos, música de protesta, documentales políticos, libros de memorias y expedientes policiales de acceso público.

Salvo por las expresiones y los relatos de militantes revolucionarios u organizadores contraculturales, fue particularmente difícil oír las voces de las mujeres y los hombres que integraron la juventud del pasado. Para hacerlo tuve que recurrir a metodologías alternativas. Muy mediadas pero aún audibles, las voces de aquellos jóvenes resuenan en incontables cartas de lectores (en revistas femeninas, juveniles o de actualidad) o en sus respuestas a las preguntas de numerosos informes y sondeos que interesaban a la prensa, pero también a psicólogos, sociólogos y educadores. Y sus voces se oyen asimismo en la letra y la música de las

canciones. Por encima de todo, traté de escuchar las cosas que *hacían* aquellos jóvenes, tanto las mujeres como los varones; o bien, en otras palabras, traté de leer el significado de sus prácticas. Estas incluían desde transformaciones corporales, como el pelo largo de los pibes rockeros, hasta conductas "epidémicas", como la oleada de chicas que se escaparon de la casa paterna entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. Para leer estas prácticas tuve que recurrir a otras fuentes, como los informes diarios de la Policía Federal con las listas de personas fugadas.

Además de consultar dos archivos de historia oral, mantuve 25 entrevistas semiestructuradas con hombres y mujeres que por entonces eran estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, o bien jóvenes de Valentín Alsina, un barrio obrero del conurbano bonaerense. La Facultad de Filosofía y Letras fue una "protagonista estelar" de la renovación universitaria durante los años sesenta, y sus estudiantes eran para los medios el epítome de la "juventud moderna". En contraste con ciertas historias de los años sesenta argentinos, que tomaban las experiencias de esos estudiantes por una sinécdoque de la juventud de entonces, opté por incorporar también las voces que faltan en esos relatos: los jóvenes de clase obrera. Entablé todas estas conversaciones con el propósito de escuchar cómo diversos hombres y mujeres de distintas extracciones sociales y culturales narraban su experiencia de ser jóvenes en los años sesenta y setenta. Así como no esperaba reconstruir hechos fácticos a través de las entrevistas, tampoco analicé en profundidad las maneras de recordar sus pasados político, sexual y cultural. Un análisis de ese tipo solo tendría sentido en el marco de otro proyecto, cuyo propósito fuera, por ejemplo, dilucidar cómo se construyen los recuerdos sociales de la juventud, la política y la violencia, y cómo se entrelaza la memoria con la generación. Aunque reconozco la porosidad de las líneas que separan la memoria de la historia, en este libro he optado por priorizar las metodologías de la historia social y cultural.

Los ocho capítulos de este libro cuentan historias de Argentina a través de la lente de la juventud, enfocado cada uno en un tema o problema particular, pero a la vez ordenados en una laxa secuencia cronológica. En el capítulo I, examino cómo se entendía, debatía y regulaba la juventud durante los últimos años del peronismo y, principalmente, en la década que siguió al derrocamiento de Perón. A fines de 1953, Perón respaldó la creación de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES),

una organización estudiantil patrocinada por el Estado que brindaba a los alumnos de la escuela media la oportunidad de practicar deportes, hacer turismo y participar en otras actividades de esparcimiento. La novedad desencadenó una reacción desaforada entre los opositores al gobierno, que la interpretaron como un instrumento del primer mandatario para manipular y "pervertir" a los jóvenes. Muchos de esos opositores confluyeron más tarde en un campo informal de expertos en juventud, formado por psicólogos, funcionarios, educadores e instituciones católicas, donde se enzarzaron en acaloradas disputas sobre la autoridad familiar, la propagación de los medios y la distensión de los hábitos sexuales que presuntamente encarnaba la juventud. En el marco de estas polémicas, los nuevos expertos relacionaron sus preocupaciones por los jóvenes con una reevaluación de la experiencia peronista, e incluso algunos proyectaron en la juventud la oportunidad de erosionar las prácticas autoritarias de la familia y la sociedad, en aras de construir una Argentina democrática y culturalmente moderna. Aunque el discurso psicológico —la voz supuestamente progresista— resonaba más en la discusión pública, los sectores del catolicismo conservador ejercieron mayor influencia en la regulación de los medios, la vigilancia del entretenimiento público y la educación, e impusieron políticas que condicionaron las experiencias de los jóvenes y establecieron límites rigurosos a la dinámica de la modernización sociocultural que avanzaba en la Argentina de los años sesenta.

En el capítulo II, intento arrojar luz sobre la pulseada entre las promesas y los descontentos que suscitaba esa dinámica sociocultural, mediante la observación de lo que ocurría en las escuelas secundarias y las universidades en el período de 1956 a 1966. La reconstrucción de las experiencias estudiantiles me permite explorar los contrastes entre ambos niveles. Por un lado, las escuelas secundarias seguían siendo espacios donde los alumnos de ambos sexos convivían con prácticas autoritarias y jerárquicas, pero a la larga también reaccionaban contra ellas. Por el otro, la creciente minoría de jóvenes que ingresaba en las universidades públicas, en particular en ciertas facultades (como Filosofía y Letras de la UBA, mi caso testigo), se representaba a sí misma como el epítome de los modernos años sesenta. Aunque la vida cotidiana de los estudiantes secundarios y universitarios transcurría en un continuo entre las aulas y las esquinas, por momentos muchos de ellos irrumpieron con fuerza en un tercer espacio: el de las calles. Aquí comparo

la politización de los estudiantes argentinos en el albor de los años sesenta con tradiciones previas de la política estudiantil, para poner de relieve sus aspectos novedosos en una descripción que permite apreciar la construcción del "estudiante revolucionario" como tropo que comenzó a asediar la imaginación pública y fomentó el consenso favorable al golpe de 1966, cuando los militares intervinieron las universidades.

En el capítulo III, me desplazo desde el deber hacia el esparcimiento para ahondar en la difusión de la música y los consumos dirigidos a la juventud. Desde mi punto de vista, estos ámbitos ejercieron una influencia determinante en las identificaciones de pertenencia generacional que construyeron los jóvenes de entonces mientras irrumpían como juventud en la escena pública. Tanto los chicos y las chicas que estudiaban en escuelas secundarias y universidades como sus pares trabajadores crearon y protagonizaron prácticas de esparcimiento y consumo que eran exclusivas para la juventud y contribuyeron a juvenilizar en general la cultura de masas. Pero estos ámbitos también sirvieron para que los jóvenes establecieran nuevas marcas de distinción cultural basadas en la pertenencia de clase, circunstancia que complica cualquier intento de concebir la juventud y la cultura juvenil como categorías homogéneas. La juvenilizada cultura de masas era un espacio social donde diversos grupos competían por la definición del gusto en materia de ídolos musicales, lugares de esparcimiento o artículos de moda.

En los dos capítulos siguientes, exploro las dinámicas de modernización sociocultural prestando particular atención a sus dimensiones de género, incluida la lectura de sus reacciones y descontentos. El capítulo IV se enfoca en las jóvenes, como encarnación de los cambios que transformaron los ideales de género y los hábitos sexuales. La creciente incorporación de las jóvenes a la fuerza de trabajo y al sistema educativo sumada a su participación en una sociabilidad exenta de supervisión adulta (que sirvió para transformar las prácticas del cortejo y el noviazgo) se percibían culturalmente como vías para "irse de casa". Con sus nuevas prácticas, las jóvenes ponían en tela de juicio nociones profundamente arraigadas de la autoridad patriarcal y la domesticidad, y suscitaban dilemas familiares que a veces las llevaban literalmente a escaparse de la casa paterna. A través del prisma de lo que la sociología denomina "pánico moral", exploro la aparente escalada de "chicas fugitivas" que agitó a la opinión pública en 1963, con miras a analizar las relaciones entre las dinámicas de modernización cultural, el género y la sexualidad.

En lo que concierne al último aspecto, apunto a demostrar que las jóvenes protagonizaron lo que en verdad fue el cambio más significativo de la cultura sexual argentina en los años sesenta: la aceptación pública del sexo prematrimonial. Esta novedad desestabilizó aún más el bagaje de ideales domésticos apuntalados en un doble estándar sexual, aunque su devenir no fue lineal ni estuvo exento de las controversias inherentes a las dinámicas de la modernización cultural.

El capítulo V pasa de las mujeres a los varones jóvenes, a fin de explorar el desarrollo de una cultura en torno al rock, como una ventana a la que nos asomamos para analizar los ideales y los debates sobre la masculinidad. El año 1966 marcó el nacimiento de una pujante cultura rockera argentina, que atrajo en cantidades crecientes a varones de los estratos medios y obreros —en calidad de poetas, músicos o fans— a la vez que excluía a las mujeres en general, tanto del escenario como del público. La cultura del rock funcionó como plataforma para que los varones jóvenes articularan una crítica práctica y poética de la "vida común y corriente" destinada al género masculino. Enarbolando como estandarte el potencial simbólico del "pibe" y forjando lo que he denominado una "fraternidad de pelilargos", los rockeros cuestionaron los valores asociados a las nociones hegemónicas de la masculinidad, como la sobriedad y la función de proveedor. También pusieron en tela de juicio las prácticas y los espacios por medio de los cuales se inculcaban los valores que los varones supuestamente debían aprender e internalizar, como el sistema educativo, el servicio militar y los empleos asalariados. Inspirados en un repertorio trasnacional de sonidos e ideas, los rockeros forjaron una política cultural que, por un lado, condujo a la "modernización" de la masculinidad (mediante la reivindicación de valores tales como el compañerismo y el igualitarismo, por ejemplo) y, por el otro, expresó un rechazo iconoclasta de los componentes autoritarios y represivos implícitos en la dinámica de la modernización sociocultural.

Los rockeros y su política cultural eran apenas un subconjunto de la cultura contestataria que se propagó entre los jóvenes de la época. En el capítulo VI, exploro el subconjunto más extenso de esa cultura: los chicos y las chicas que se incorporaron en cantidades masivas a las organizaciones estudiantiles, partidarias y guerrilleras. Comienzo por reconstruir la coyuntura de 1968-1969, para mostrar cómo las revueltas populares eslabonadas de Corrientes, Rosario y Córdoba, en mayo de 1969, fueron

el escenario donde los jóvenes —sobre todo los estudiantes universitarios y secundarios— se convirtieron en actores políticos visibles. En ese proceso, diferenciaron su politización de la que cundía por entonces entre las juventudes de Europa Occidental y Estados Unidos. También intentaron borrar las marcas de su juventud (por ejemplo, su origen estudiantil) con el propósito de tender puentes que los condujeran hacia el "pueblo". De esta manera, los jóvenes politizados fueron partícipes de las transformaciones ideológicas y culturales que configuraron una nueva izquierda, en especial desde la perspectiva que asimilaba Argentina al Tercer Mundo con una fuerte impronta emocional. El movimiento que más imbuyó esa asimilación y más se benefició con la politización de los jóvenes fue, sin lugar a dudas, el peronismo. En este espacio político, la juventud y los jóvenes se encuadraron con mayor contundencia como categoría y como actores políticos, y las disputas ideológicas y políticas se codificaron y se pusieron en acto mediante un lenguaje familiar y generacional. Hacia 1973 y 1974, esas disputas tomaron la forma de una dramática novela familiar, cuyo desenlace estuvo sobredeterminado por una presión que urgía a restaurar las jerarquías y las relaciones de autoridad, simbólicamente "subvertidas" por las multitudes de jóvenes resueltos a "poner el cuerpo" al servicio de una revolución.

En el capítulo VII, exploro la encarnación de las experiencias políticas y sexuales en el cuerpo de los jóvenes e indago la construcción del "cuerpo joven" como categoría política y cultural. La idea de "poner el cuerpo" adquirió sentidos múltiples —e incluso contradictorios— para la juventud de la época. Significó, por ejemplo, posicionar el cuerpo joven en el centro de modas novedosas que reformularon las nociones y las prácticas del erotismo, e identificar el cuerpo de los jóvenes como portador de las transformaciones que desbarataron las pautas sexuales establecidas. "Poner el cuerpo" adquirió un significado distinto para el creciente número de jóvenes —mujeres y varones— que abrazaban la política radicalizada e imbuían su cuerpo material de la resistencia necesaria para cumplir con la incansable militancia en pos de una revolución que la mayoría vislumbraba como inminente. Muchos de esos militantes vivieron en carne propia otros significados, más literales y pavorosos, que encerraba la noción de "poner el cuerpo". En el capítulo VIII, indago sobre el desarrollo de un proyecto orientado a "restaurar la autoridad" —con raíces en el gobierno civil peronista, pero amplificado tras el golpe militar de 1976—, cuya batalla crucial se libró en el territorio del cuerpo

joven. Mientras se promulgaban nuevas leyes que restringían el acceso de las jóvenes a la píldora anticonceptiva y sometían el cuerpo de los "drogadictos" a exámenes médicos y judiciales (un dispositivo clave para la "restauración de la autoridad"), escuadrones policiales, parapoliciales y —más tarde— militares incursionaron en formas más literales y trágicas de combatir a un "enemigo" cuya edad lo definía como joven. En la década que comenzó con la breve primavera democrática de 1973 y finalizó con una nueva primavera en 1983, se apagó para siempre la "era" de la juventud en Argentina.

I. EL ESPACIO DE LA JUVENTUD

En un artículo de 1962 para la revista de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la psiquiatra Telma Reca menciona el creciente interés por la juventud que advierte en los "medios periodísticos, científicos y cinematográficos". En Argentina —concluye— "todos hablan sobre la juventud; todos tienen algo que decir".[1] Reca era una voz prominente en materia de juventud, no solo como experta de los medios sino también como docente de la UBA, donde formaba a las primeras cohortes de psicólogos especializados en adolescencia y juventud (términos que por entonces eran en gran medida intercambiables). Los profesionales de la psicología y otros actores "adultos" —desde representantes de grupos católicos e instituciones estatales hasta periodistas y cineastas— habían conferido a "la juventud" la importancia de un objeto digno de análisis y preocupación. Dada la relación de los jóvenes con la vida familiar, la autoridad y el autoritarismo, así como con los hábitos culturales y sexuales, el debate sobre la juventud era asimismo un debate sobre las dinámicas de la modernización sociocultural. Con la creación discursiva de un espacio específico para la juventud en tiempos de modernización, estos actores también delinearon algunas de las condiciones en cuyo marco se desarrollaron las experiencias de los jóvenes de carne y hueso (y de paso, de los adultos) durante la década de 1960.

Aunque el debate sobre la juventud fue un fenómeno trasnacional de la segunda posguerra, la versión argentina se enmarcó en preocupaciones locales que habían aparecido durante los dos primeros mandatos de Juan Domingo Perón (1946-1955). El peronismo fomentó la industrialización, la expansión del mercado interno y la redistribución de la riqueza. Perón se ganó el apoyo mayoritario de las capas obreras urbanas y sus gobiernos representaron una "democratización del bienestar", puesta de manifiesto en el contundente incremento de los salarios y la mejora de las

[1] Telma Reca de Acosta, "Las jóvenes generaciones en un mundo de cambios acelerados", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año 7, núm. 3, julio-septiembre de 1962, p. 405.

condiciones laborales, así como en la expansión del sistema educativo, el acceso a la vivienda y el desarrollo de la salud pública. Este componente igualitario, aparejado a un estilo político que potenciaba el antagonismo, generó un amplio bloque opositor que nucleaba al grueso de los estratos altos y medios, con representación en la mayoría de los partidos. A medida que avanzó la década de 1950, el bloque antiperonista incorporó a la Iglesia católica y a los militares. Al no obtener el voto popular en las elecciones legislativas de 1954, los antiperonistas comenzaron a incubar un consenso a favor del golpe de Estado, que se cristalizó en la Revolución Libertadora (1955-1958). Los "libertadores" exiliaron a Perón (quien regresó por primera vez en 1972) y proscribieron su movimiento político en el vano intento de "desperonizar" a la sociedad argentina. Ese propósito, además, engendró proyectos más "positivos", como el del presidente Arturo Frondizi (1958-1962), orientado hacia el despegue económico que supuestamente necesitaba el país para alcanzar el desarrollo, un término crucial para los debates trasnacionales en torno a la modernización. Pero el proyecto de Frondizi también fracasó, en parte porque la integración de los peronistas no era plausible. El clivaje peronismo/antiperonismo desempeñó un papel crucial en la política argentina, al menos hasta mediados de los años sesenta, cuando los jóvenes —como analizo brevemente más abajo— parecían haberlo dejado atrás.

La juventud comenzó a ser objeto de polémicas en los últimos años del peronismo, en gran medida cuando Perón impulsó la movilización política y cultural de los estudiantes secundarios. Parte del bloque antiperonista alegaba que eso era prueba de que el régimen había corrompido el tejido cultural del país mediante la subversión simultánea de los valores morales, los hábitos sexuales y las jerarquías sociales. Uno de los "legados" que dejó la experiencia peronista, entonces, fue la ubicación de la juventud en el centro de los debates públicos. Para numerosos actores culturales y políticos, la reeducación y la vigilancia de la juventud era una condición crucial para construir una Argentina posperonista. Un emergente grupo de expertos apuntaló sus preocupaciones por la juventud en una supuesta "crisis de nuestro tiempo", que para muchos era producto de la transición de una sociedad tradicional a una moderna. En su imagen idealizada, esta sociedad moderna era igualitaria, tolerante y racional.

Las voces que descollaban en el debate (los profesionales de la psicología) concebían a los jóvenes como agentes de la dinámica modernizadora: mediante la vivencia de su "rebelión normal" en una época de crisis,

la juventud contribuía a erosionar los residuos del autoritarismo familiar, en un proceso que luego se haría extensivo a la sociedad y a la política. En el otro extremo del espectro, ciertos grupos católicos muy activos —cuya presencia además era influyente en la única institución estatal que se ocupaba exclusivamente de la población no adulta— acentuaban la necesidad de corregir la conducta de una juventud que estaba tomando lo que ellos consideraban un mal camino. Hablaban con preocupación sobre la tendencia a confrontar con la autoridad patriarcal en el hogar y en la sociedad, una actitud que a su parecer favorecía la propagación de las ideas comunistas. A fuerza de intervenir en la política educativa e impulsar la censura de las expresiones culturales, estos grupos católicos conservadores fijaron límites para el "progresismo" de los años sesenta en Argentina. Sin embargo, sus voces eran residuales a la hora de instalar representaciones y conceptualizaciones de la juventud. A mediados de la década, los profesionales de la psicología, la sociología, el periodismo y la producción cultural parecían haber llegado a un consenso. En los significados que adjudicaban a la juventud, creían ver "la Argentina de 1980": un país racional, democrático y prudente en cuestiones sexuales.

Legados peronistas

Durante los dos primeros mandatos de Juan Domingo Perón, una miríada de actores políticos y culturales promovió una concepción de los niños como los únicos privilegiados de la nueva Argentina igualitaria. Fue recién en 1953 cuando el gobierno movilizó a la juventud como categoría cultural y a los jóvenes como actores políticos. Esta movilización tuvo lugar en un momento paradójico de la política nacional. Perón había ganado las elecciones de 1951 con dos tercios del padrón electoral, que por primera vez incluía a las mujeres; tras la elección, el gobierno procuró controlar todo el espectro político en una iniciativa marcada por la creciente represión de los opositores. Ese fue el contexto en el que Perón impulsó la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), una institución concebida con el propósito de organizar las actividades de los estudiantes durante el tiempo libre e invitarlos a participar en la renovación cultural de la "nueva Argentina". Para el bando antiperonista, la UES era el epítome de la corrupción moral del peronismo, cuyos efectos hacían mella principalmente en la juventud.

La ubicación de la juventud en el centro de la atención pública fue uno de los legados peronistas, no menos importante que el advenimiento de nuevas oportunidades educativas. Como signo y como medio para materializar la democratización del bienestar que promovía el peronismo, la educación secundaria creció exponencialmente entre 1946 y 1955, período en el que la matrícula total escaló de 217.000 a 467.000 estudiantes.[2] Los índices de transición a la escuela secundaria son concluyentes: mientras que solo el 23% de los alumnos egresados de séptimo grado ingresaron en el primer año del secundario durante el bienio 1940-1941, el guarismo ascendió al 48% en 1950-1951 y al 63% en 1955-1956.[3] Aunque casi la mitad de los estudiantes dejaba la escuela secundaria antes de la graduación (en general, cuando obtenían un certificado intermedio que los calificaba para el mercado de trabajo), el porcentaje es significativo porque demuestra que la mayoría de las familias argentinas contaba con medios financieros suficientes —y expectativas culturales auspiciosas— para respaldar el ascenso social de sus hijos a través de la educación.[4] Fue durante el peronismo, entonces, que los adolescentes de las clases medias y los estratos más altos de la clase trabajadora comenzaron a acceder a la escuela secundaria.

La proliferación de establecimientos secundarios indica que cada vez más jóvenes se mantenían en contacto con el Estado a través del sistema escolar, pero no explica cómo ni por qué Perón intentó organizarlos. Algunos académicos sostienen que la UES era el medio para incluir a la juventud en la "comunidad organizada" que vislumbraba Perón, así como un instrumento para adoctrinar a las nuevas generaciones.[5] Otros académicos interpretaron la creación de la UES como un paso más en un creciente autoritarismo peronista de los años cincuenta, que caracterizaron como un proyecto para alistar a la población en organizaciones estatales similares a las del fascismo.[6] Es posible que el esquema creado en los años treinta por el ministro de Educación italiano Giuseppe Bottai

[2] Torre y Pastoriza, "La democratización del bienestar", pp. 298 y 299; Ministerio de Educación y Justicia, *La enseñanza media (1914-1963)*, vol. 1, pp. 58, 59 y 283.

[3] Wiñar, "Aspectos sociales del desarrollo educativo argentino, 1900-1970", p. 14.

[4] Dussel y Pineau, "De cuando la clase obrera entró al paraíso", pp. 107-143.

[5] Carli, *Niñez, pedagogía y política*, pp. 305 y 306; Rein, *Politics and Education in Argentina, 1946-1962*, pp. 51 y 52; Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*, pp. 281 y 282; Plotkin, *Mañana es San Perón*, pp. 163 y 164; Leonard, *Politicians, Pupils and Priests*, p. 132.

[6] Torre, introducción a *Nueva historia argentina*, vol. 8, p. 58.

haya servido como ejemplo para la estructura organizacional de la UES. Tal como los grupos de jóvenes de 13 a 18 años que integraban la Gioventù Italiana del Littorio, la UES era una asociación escolar voluntaria y dividida por género que apuntaba a politizar el tiempo libre de los estudiantes.[7] Sin embargo, a diferencia de la agrupación fascista, la UES distaba de ser doctrinaria y militarista. Por otra parte, brindaba oportunidades para la interacción de varones y mujeres, e incentivaba debates sobre la autoridad. Con igual importancia, la UES fue un caso testigo del futuro que Perón imaginó y trató de definir para "su" Argentina.

En el marco discursivo del peronismo, la interpelación a los jóvenes funcionaba como respuesta posible para dotar de estabilidad generacional a la "nueva Argentina", una tarea que combinaba la continuidad con el cambio y cuya importancia crecía a la par de la confrontación política. Perón solía decir que los jóvenes de los años cincuenta habían sido los "niños privilegiados" de 1945. Al avanzar la década de 1950 habría llegado su momento de colaborar, luego de haberse beneficiado con la expansión de la salud y la educación, las oportunidades para el tiempo de ocio, el "abrigo" y la "buena comida" que habían disfrutado durante los últimos años.[8] Resulta significativo que Perón haya dedicado a la juventud el que fuera su último mensaje presidencial ante el Congreso de la Nación. Allí señaló que los jóvenes de 1955 eran el primer fruto de la "revolución peronista" y, por lo tanto, tenían el deber de perpetuar esos beneficios:

> Los niños que en 1943 recibieron cariñosamente mi declaración de privilegios... son hoy —doce años después— los muchachos y las muchachas de la nueva juventud argentina. La juventud de 1955 sabe que el único privilegio reconocido, respetado y realizado por nosotros fue recibido por ella [...] pero sabe también que el privilegio recibido importa el ejercicio de responsabilidades que son irrenunciables.[9]

Este razonamiento atribuía una responsabilidad histórica a un grupo etario particular, imaginado como el producto del bienestar social que

[7] Koon, *Believe, Obey, Fight*, pp. 148-151.

[8] *Perón y la juventud*, Buenos Aires, Secretaría de Prensa y Difusión, 1954, pp. 9 y 21; "Perón redime a la juventud", en *La Razón*, 22 de enero de 1954, p. 7.

[9] Juan Domingo Perón, "Mensaje presidencial a la Asamblea Legislativa", en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, núm. 1, 1º de mayo de 1955, pp. 18, 26 y 27.

era la impronta del peronismo en el país. Tal vez como respuesta a la idea de que en la Europa y los Estados Unidos de posguerra existía una brecha generacional, Perón vislumbraba una sucesión armoniosa de las generaciones: "Me permito recordar a todos los muchachos y muchachas de 1955 que en cada uno de ellos reside la Patria futura. [...] Ellos verán la Argentina del año 2000. Ellos verán en su plenitud la felicidad de nuestro pueblo y la grandeza nacional. Ellos realizarán todas nuestras esperanzas, todos nuestros sueños ¡y también nuestras utopías!".[10]

Sin embargo, dentro de esa ostensible continuidad, la nueva generación tenía a su cargo tareas específicas. "Los muchachos y las muchachas" debían aprender "cómo independizarse, cómo actuar autónomamente" y convertirse, así, "en hombres y mujeres modernos".[11]

El discurso peronista sobre la juventud entrelazaba los requisitos políticos con los culturales y —a diferencia del que habían empleado los fascistas italianos de los años treinta, enfocado en el respeto a las jerarquías y la obediencia a la autoridad— ponía de relieve ideas de autonomía, independencia y modernidad. Sin embargo, no todos los jóvenes estaban dispuestos a enfrentar esos desafíos. Cuando se creó la UES, la Confederación General Universitaria (CGU) —su homóloga del nivel superior— no podía competir con los centros de estudiantes reformistas que ganaban la mayoría de las universidades públicas, pilares del antiperonismo.[12] Con el correr de los años cincuenta, además, el Estado endureció las tácticas para reprimir a los estudiantes universitarios, que abarcaban desde el certificado policial de "buena conducta" como prerrequisito para inscribirse en las materias hasta el arresto de líderes estudiantiles.[13] Los alumnos universitarios eran incluso un blanco de burlas. La prensa oficialista, por ejemplo, los retrataba como chicos y chicas que "se agarran de cualquier teoría para no hacer nada y demostrar que hacen algo".[14] También usaba expresiones descalificatorias para

[10] "Mensaje a la juventud", en *Mundo Peronista*, núm. 86, 15 de mayo de 1955, p. 26.

[11] "Inauguró hoy las monumentales obras de la UES", en *La Razón*, 16 de enero de 1954, p. 1.

[12] La CGU se creó en 1950 y abrió ramas en la mayoría de las facultades. En 1954, una encuesta realizada en la Facultad de Ingeniería de la UBA evidenció que el centro reformista tenía cuatro mil miembros, y la CGU solo doscientos. Véase Walter, *Student Politics in Argentina*, p. 139.

[13] Mangone y Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, pp. 10-38; Kleiner, *20 años de movimiento estudiantil reformista*, pp. 103-119.

[14] "¡Vayan a bañarse!", en *Mundo Peronista*, núm. 48, 15 de agosto de 1953, p. 13.

referirse a otro segmento de jóvenes, que denominaba "patoteros": adolescentes de clase obrera, retratados en estas crónicas como holgazanes que deambulaban por las ciudades y los pueblos en busca de pretextos para armar escándalos por asuntos de poca monta. Si los universitarios eran el signo de una amenaza política, los "patoteros" representaban una amenaza al orden sociosexual.[15] Eran jóvenes, pero no eran los jóvenes que Perón vislumbraba como la garantía para la continuidad de la "nueva Argentina". Los estudiantes secundarios, en cambio, eran ajenos a las tradiciones políticas que reivindicaban los universitarios y parecían más disciplinados que los "patoteros". Desde 1953, el discurso peronista identificó el concepto de juventud con los estudiantes secundarios y los miembros de la UES.

En las descripciones oficiales, la UES era la organización en la que los estudiantes aprenderían a "gobernarse a sí mismos", "ser artífices de sus propios destinos" y practicar una nueva sociabilidad. Todos los alumnos de las escuelas públicas podían afiliarse. En Buenos Aires, donde la UES cristalizó rápidamente, la rama femenina tenía su sede en la residencia presidencial de Olivos, mientras que la masculina funcionaba en un elegante edificio de Recoleta.[16] A fines de 1953, la presidenta de la UES femenina declaró que su rama contaba con sesenta mil afiliadas en todo el país, en tanto que el presidente de la masculina reportó cuarenta y dos mil miembros.[17] Si estas cifras son correctas, el 52% de los estudiantes secundarios de las escuelas públicas era miembro de la UES. Sin embargo, la afiliación no implicaba participación. En 1954, los presidentes de ambas ramas hicieron reiteradas convocatorias a aprovechar los beneficios de la membresía.[18] ¿Qué podían hacer los estudiantes de la UES? En primer lugar, podían con-

[15] Acha y Ben, "Amorales, patoteros, chongos y pitucos", y Acha, *Crónica sentimental de la Argentina peronista*, pp. 240-244.

[16] "Una residencia presidencial para los estudiantes", en *Mundo Peronista*, núm. 45, 15 de julio de 1953, pp. 35 y 36; "El regalo del General para las estudiantas", en *Mundo Peronista*, núm. 51, 1° de octubre de 1953, pp. 25-28; "Una nueva sede para estudiantes", en *Mundo Peronista*, núm. 55, 1° de diciembre de 1953, pp. 7-9; "Una juventud que se maneja a sí misma", en *Mundo Peronista*, núm. 56, 15 de diciembre de 1953, p. 11.

[17] "Una juventud que se maneja a sí misma", en *Mundo Peronista*, núm. 56, 15 de diciembre de 1953, p. 10; "Gracias a Perón y a Eva Perón vemos cristalizados nuestros sueños", en *Mundo Peronista*, núm. 58, 15 de enero de 1954, p. 21.

[18] "La UES... es 'La Nueva Argentina' que va a llegar al siglo venidero...", en *Mundo Peronista*, núm. 78, 15 de diciembre de 1954, p. 18.

seguir entradas gratuitas para ir al cine. Los miembros de la UES tenían acceso a codiciadas butacas de los estrenos gracias a la estrecha relación que cultivaba el peronismo con las celebridades locales.[19] En segundo lugar, la característica más distintiva de la organización era la práctica deportiva. La UES promovía ante todo el básquetbol para ambos sexos y el fútbol para los varones, entre otros deportes, además de brindar acceso a gimnasios y piletas de natación.[20] En un evento muy publicitado se promovió el motociclismo para chicos y chicas, y el propio Perón solía ofrecerles lecciones prácticas cuando andaba en su motocicleta.[21] Por último, en el verano de 1954-1955, la UES ofreció vacaciones gratuitas en Bariloche, Córdoba y el balneario atlántico de Chapadmalal, así como visitas grupales a Buenos Aires para chicos y chicas de provincias como San Juan, Tucumán y Santiago del Estero.[22]

Aunque tal vez no haya sido tan exitosa como se esperaba, la UES atrajo a grandes cantidades de jóvenes. Es probable que los aspectos relacionados con la cultura y el género que ofrecía esta organización con patrocinio estatal fueran más significativos que sus aspectos doctrinarios. Los jóvenes de la UES tenían la oportunidad de participar en grupos mixtos de varones y mujeres sin supervisión adulta. A principios de los años cincuenta no había coeducación en las escuelas secundarias de Buenos Aires ni de Córdoba; tampoco había grandes perspectivas de interactuar en los salones de baile, con sus veladas familiares para jóvenes y adultos por igual.[23] Además de las interacciones cotidianas en grupos mixtos, la UES ofrecía un espacio para organizar fiestas de chicas y chicos, como en los carnavales temáticos de 1954, donde se hicieron los bailes "existencialistas" (para ir vestidos de negro) o "americanos" (para ir vestidos de jeans y beber Coca-Cola). Ese era un lujo que los hijos de los trabajadores casi no

[19] "La UES... es 'La Nueva Argentina'...", *op. cit.*; véanse también la novela de no ficción *Nelly R.*, de Santiago Giralt, y Kriger, *Cine y peronismo*.

[20] "La Residencia Presidencial, sede de una alegre estudiantina", en *Esto Es*, núm. 11, 9 de febrero de 1954, pp. 6-9.

[21] *La Unión de Estudiantes Secundarios*, Buenos Aires, Secretaría de Prensa y Difusión, 1955, pp. 15-19; "La Fiesta de la UES", en *Mundo Peronista*, núm. 68, 1º de julio de 1954, pp. 26-29.

[22] Scarzanella, "El ocio peronista", pp. 65-68.

[23] Véase una descripción vívida de los salones de baile en Goldar, *Buenos Aires*, pp. 139 y 140.

podían permitirse en aquella época.[24] Estas oportunidades de la UES encerraban un significado más especial para las mujeres, que en general superaban en número a los varones. Muchas chicas encontraban en la UES la oportunidad de interrumpir el continuo de la escuela y el hogar para incursionar en actividades que antes les estaban vedadas, como el motociclismo. Estos nuevos horizontes les permitían desafiar las convenciones y las costumbres que dictaminaban cuál era el lugar "correcto" para las mujeres. Las nuevas actitudes y formas de sociabilidad, además, contaban con la bendición de la más alta autoridad nacional. Perón se mostraba cada vez más enfático y provocador en su afán de empoderar a los jóvenes de la UES, a quienes instaba a "marchar solos en la vida, [...] elegir su propia moral y dejar atrás la hipocresía".[25]

La sola existencia de la organización inquietaba a los sectores católicos, que se erigieron en baluartes del antiperonismo durante el crítico bienio de 1954-1955. Tanto la jerarquía eclesiástica como los numerosos grupos de laicos —con las ligas de madres y padres a la cabeza— interpretaban cualquier intento estatal de movilizar a los jóvenes como una amenaza a la autoridad de la familia y de la Iglesia en cuestiones morales. A fines de 1954, la Acción Católica Argentina envió un comunicado a sus miembros llamando a boicotear la UES. Durante el mismo período se aprobaron en el Congreso leyes "anticlericales" que otorgaban igualdad de derechos a los así llamados "hijos ilegítimos" y también el derecho al divorcio, en el marco de un conflicto cada vez más encarnizado entre el peronismo y la Iglesia.[26] Fue entonces cuando los opositores catapultaron la UES al centro de la atención pública. En una campaña panfletaria con miras a crear un consenso civil y militar a favor del golpe de Estado, los católicos atribuyeron características funestas a la agrupación juvenil. En primer lugar, en los panfletos se acusaba insistentemente a Perón de haber "comprado la dignidad de los jóvenes", alegando que muchos de ellos eran "capaces de vender su

[24] Aparecieron anuncios publicitarios en *La Razón*, 28 de febrero de 1954, p. 2, y 2 de marzo de 1954, p. 3. Sobre el hábito de beber Coca-Cola, véase Goldar, *Buenos Aires*, p. 24.

[25] "Recibió el saludo de un grupo de estudiantes de todo el país", en *La Razón*, 4 de marzo de 1954, p. 3.

[26] Bianchi, *Catolicismo y peronismo*, pp. 149-167; Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*, pp. 292-310.

cuerpo y su alma por una motocicleta o por un viaje a Bariloche".[27] En segundo lugar, también se acusaba a los miembros de la UES de espiar a los opositores en la escuela y presionar a los directores para que expulsaran a docentes, tarea que, según los denunciantes, pintaba de cuerpo y alma a la "generación de muchachos y muchachas" de donde saldrían "los dirigentes gremiales, senadores, diputados" y líderes del futuro peronismo.[28]

Pero tanto los opositores católicos como los no católicos hacían hincapié en un mal aún más explosivo que asociaban a la UES: la promiscuidad sexual. Los panfletos y comunicados ilustraban esta supuesta promiscuidad alegando que la organización incitaba a las chicas a usar shorts ajustados y blusas de nailon para que fueran "ávidamente contempladas y saboreadas por una multitud de muchachos y grandes".[29] Tal como las motocicletas, estas prendas de vestir encarnaban las fantasías que los opositores proyectaban en la UES: un Perón voyerista "corrompía" a las jóvenes, que aceptaban esa situación a cambio de ventajas materiales. La promiscuidad que la oposición atribuía a la UES se plasmaba ante todo en su imaginario sobre un lugar específico: la sede femenina en la residencia presidencial. Las memorias de un observador permiten entrever las ideas que organizaban el discurso sobre ese "paraíso afrodisíaco", tal como lo denomina el autor del texto: con la abundante comida, los bellos jardines y las instalaciones de la residencia que el gobierno ponía a disposición de las jóvenes, se promovía y complacía su "consumismo" y su "frivolidad". En medio de semejante fasto, entonces, las jóvenes seguramente daban rienda suelta a "sus instintos sexuales".[30] En el imaginario de los opositores políticos, la UES era una versión coetánea de Sodoma y Gomorra: las referencias a la sexualidad, en especial si estaban ligadas a la juventud, les permitían articular sus argumentos con otros términos (como "tiranía" y "corrupción") para construir un relato coherente en torno a la noción de decadencia. La relación viciosa que ellos imaginaban entre Perón y los jóve-

27 "Los estudiantes somos y seremos libres" y "El Tero 44", en Lafiandra, *Los panfletos*, pp. 173, 174 y 185.

28 "¡Estudiante!", en Lafiandra, *Los panfletos*, pp. 235 y 236.

29 "La doctrina peronista ante la reacción político-clerical", en *Mundo Peronista*, núm. 76, 15 de noviembre de 1954, pp. 12 y 13; "¿Qué está haciendo Perón con la 'UES'?...", en Lafiandra, *Los panfletos*, p. 183.

30 Marcilese, *30 días en la UES*..., pp. 13-15, 27, 61 y 144-148.



IMAGEN 1. Las jóvenes de la UES. *Esto Es,* núm. 11, 9 de febrero de 1954, tapa.

nes corroía los cimientos del futuro argentino; por eso —alegaban— era crucial expulsar al peronismo del poder.

En septiembre de 1955, un golpe militar derrocó a Perón e inició la "desperonización de Argentina", que incluyó una investigación sobre los supuestos efectos de los "legados" peronistas en diferentes actores políticos y sociales, incluidos los jóvenes. Los militares que lideraron la Revolución Libertadora recibieron apoyo explícito del Partido Socialista, el Partido Comunista y la Unión Cívica Radical, así como de la Iglesia católica y la mayoría de los intelectuales sin filiación política formal. Cuando asumieron el poder, los "libertadores" anunciaron que examinarían las supuestas irregularidades del gobierno peronista en las diferentes esferas del Estado, entre ellas, la UES. Con esta finalidad, designaron una subcomisión investigadora compuesta de cuatro mujeres, que representaban a los segmentos intelectuales excluidos de la academia y la función pública durante los diez años anteriores, o bien a partidos de la oposición.[31] El informe identificó dos "legados" perdu-

[31] La presidenta era Carolina Tobar García, una renombrada psiquiatra de la infancia, y las tres secretarias eran Gilda Lamarque, quien sería una de las organizadoras de la carrera de Educación en la UBA, Carmen Aguirre de Victoria —su marido, Marcos, fue designado primer director del Departamento de Psicología de la UBA— y Delfina de Ghioldi, la esposa del dirigente socialista Américo Ghioldi. Véase *Casos de la Segunda Tiranía. La UES*, p. 6.

rables que el peronismo habría dejado a la juventud. En primer lugar, según las autoras, "el ambiente de ostentosa e ilimitada prodigalidad que dominaba en la UES [...] condujo a los jóvenes, y esta es quizá su más grave consecuencia, a una desviada concepción de la vida y de la conducta, al mostrar la posibilidad de obtenerlo todo sin esfuerzo alguno, despreocupadamente y por camino fácil".

En segundo lugar, las autoras aducían que Perón había utilizado

> desaprensivamente la crisis de ruptura con lo tradicional y establecido, el impetuoso impulso de revisión y renovación propios de la adolescencia, para iniciar a los jóvenes a quebrar las normas de nuestra cultura, a desbaratar su ordenamiento, a subvertir su jerarquía de valores y al desprecio por sus instituciones y autoridades. Movió a la rebeldía contra padres y maestros, estimuló el menosprecio por lo ordenado y sistemático, por la disciplina, la responsabilidad y el deber. [Ahora] las fuerzas desatadas quedaron en incontrolada libertad.[32]

Esta "incontrolada libertad", aparejada a la subversión de las jerarquías establecidas, era la herencia que el peronismo habría dejado a la juventud y —por extensión, concluían las autoras del informe— al futuro de Argentina. En el intento de configurar una organización juvenil que respondiera a sus necesidades, Perón habría forjado una juventud indisciplinada, hedonista y sensual, cuyos valores y actitudes eran una afrenta al bagaje de las generaciones anteriores. Las integrantes de la subcomisión aseveraban que el derrocamiento del presidente y el desmantelamiento de la UES no habían bastado para erradicar los legados descriptos, un grave dilema con el que ahora deberían lidiar los adultos (padres, educadores, docentes y profesionales de la psicología) a fin de reconstruir una Argentina posperonista.

La juventud era crucial para el proyecto de reconstruir una Argentina "desperonizada". En el marco de este intento, los "libertadores" emitieron el tristemente célebre decreto ley 4161, que prohibía hasta la sola mención del nombre de Perón en público. Una de las primeras personas en infringir la nueva disposición fue Marta Curone, la última presidenta de la UES femenina, que debió pasar meses en la cárcel por

32 *Libro Negro de la Segunda Tiranía*, pp. 137 y 138.

ese motivo.[33] A la par de esta vengativa represión, el gobierno de facto emitió otro decreto con una medida que en este caso se refería específicamente a la juventud: la incorporación de la materia Educación Democrática al currículo escolar, cuyo contenido se orientaba a "salvaguardar con premura y eficacia el espíritu cívico de las nuevas generaciones". Basado conceptualmente en una presunta dicotomía entre totalitarismo y democracia, el programa para los estudiantes de primer año incluía temas como el valor de los derechos individuales, coartados por las "formas de totalitarismo" que promovían la "anulación de la personalidad y su absorción por el Estado". Para ilustrar este tema se analizaban ejemplos de la Alemania nazi, la Italia fascista, la Rusia soviética y la Argentina peronista. El programa de segundo año describía los totalitarismos como gobiernos basados en manipulaciones del sistema educativo y en la "deformación de los hechos por la propaganda". Por último, el de tercer año se explayaba sobre el peronismo, bajo la denominación de "segunda tiranía", asociándolo a la "exaltación de las masas", la "supresión de las libertades individuales y de los derechos", la "persecución a los partidos políticos" y el "avasallamiento de las instituciones". Específicamente, la materia inculcaba la idea de que el peronismo había "movilizado" y "engañado" a los jóvenes a través de "organizaciones patrocinadas por el Estado", una obvia referencia a la UES.[34]

Mientras que desde el mercado se modelaban los trazos de una cultura juvenil con el mismo tipo de actividades recreativas y sociales que la UES había ofrecido a sus miembros, la organización juvenil "patrocinada por el Estado" pasaba a ser una mala palabra en la cultura pública argentina. Entre 1956 y 1973, todos los adolescentes de las escuelas secundarias cursaron Educación Democrática. Cuesta imaginar cómo se las arreglaron los hijos de las familias peronistas para soportar el obsesivo tono antiperonista de la materia, en especial los que durante la segunda mitad de los años cincuenta crearon múltiples grupos de jóvenes peronistas en contextos de semilegalidad y represión, o los que a principios de los años setenta abrazaron el peronismo con el propósito

[33] Comisión Provincial por la Memoria (Área Archivo), entrevista abierta a expresos del Plan Conintes (1959-1963), La Plata, 30 de mayo de 2008. Agradezco a Laura Elhrich por suministrarme esta fuente.

[34] Poder Ejecutivo Nacional, "Decreto No. 7625. Créase la materia 'Educación Democrática'", en *Boletín Oficial*, 30 de diciembre de 1955, pp. 6 y 36-43.

de "revolucionarlo".[35] En líneas más generales, los jóvenes expuestos al programa de Educación Democrática pudieron contrastar de primera mano el abismo que se abría entre la retórica democrática formal de la escuela y la democracia inexistente en la práctica cotidiana, en vista de que el país fue gobernado de facto por regímenes militares durante once de los diecisiete años que duró la materia en el currículo escolar. Incongruente desde el comienzo, el programa de Educación Democrática respondía en verdad a los temores y las ansiedades que manifestaron amplios segmentos de las elites culturales y políticas en el período inmediatamente posterior al primer peronismo.

La materia Educación Democrática fue apenas un estrato más de los debates generales sobre la juventud que había detonado la creación de la UES. Las controversias en torno a la experiencia de la UES, antes y después del golpe que derrocó a Perón, sirvieron para colocar a la juventud en el centro de la escena. En este sentido, además de expandir las oportunidades educativas, el peronismo dejó como legado un creciente interés por la juventud en relación con la cultura, la política y la sexualidad. En vísperas de los años sesenta, muchos intelectuales y grupos que habían sido opositores acérrimos al peronismo se involucraron activamente, a modo de expertos, en el emergente saber profesional sobre la juventud. Tanto los grupos católicos "defensores de la familia" como los psicólogos, psiquiatras y educadores que habían colaborado en la formación del bloque antiperonista se abocaron a la empresa de comprender y regular a la juventud.

LA JUVENTUD, LA "CRISIS" Y LOS *SIXTIES* ARGENTINOS

Entre 1958 y 1961, *La Razón* —el diario más leído del país— cubrió 170 conferencias, congresos y mesas redondas sobre cuestiones relacionadas con la juventud. En escuelas, teatros, iglesias y sindicatos de todo Buenos Aires, Córdoba y Rosario, estos eventos, cuyos disertantes más habituales eran educadores, psicólogos y sacerdotes, congregaron a

[35] Sobre la aparición de una identidad y una militancia peronistas entre los jóvenes a fines de los años cincuenta, véase en especial Elhrich, "Intransigentes, duros y revolucionarios", caps. 3 y 4.

miles de personas interesadas en el tema.[36] La mayoría de estos "expertos" relacionaba sus preocupaciones por la juventud con la percepción de que Argentina se encontraba en una coyuntura crítica, marcada por rápidos cambios políticos y socioculturales: un tiempo de vertiginosa inestabilidad para los valores, las normas y las instituciones. La juventud era un tema de discusión que servía para abordar las ansiedades originadas en la conciencia de los cambios y, en consecuencia, pasó a ser un segmento de la sociedad sobre el que trataban de actuar los funcionarios del Estado, los grupos católicos y los profesionales de la psicología. Todos estos actores fueron artífices cruciales de las representaciones, las imágenes y las políticas que surgieron como respuesta a las dinámicas de modernización sociocultural en el albor de los años sesenta.

El latiguillo "crisis de nuestro tiempo" aparecía por todas partes, tanto en boca de periodistas como de expertos, pero quien lo sistematizó fue el sociólogo Gino Germani. En 1956, Germani compuso una de sus piezas más famosas entre las dedicadas a interpretar el peronismo, contra el telón de fondo de lo que describía como "un período de cambios rápidos, radicales, [...] una vertiginosa transformación, no solo de las circunstancias que nos rodean, sino de nosotros mismos, de nuestras formas de pensar y de sentir". La crisis afectaba tanto a la economía como a la estructuración de la sociedad, la moral, la cultura y la política; sin embargo, estos estratos no estaban alineados. Cuando analiza la incidencia de la crisis en el orden moral y cultural, Germani especifica que "un gran número de personas ha dejado de creer en las normas tradicionales y, al mismo tiempo, no se halla preparado para elegir, consciente y racionalmente, lo que antes aceptaba y cumplía sin reflexionar ni discutir, como verdad tradicional o revelada". La crisis implicaba un "tránsito", entonces, en el que la sociedad abandonaba las normas, las escalas de valores y las formas sociales supuestamente tradicionales para adoptar otras que Germani atribuía a la sociedad moderna: un proceso que para él era auspicioso, porque significaba "elevar el poder de [la] razón frente a la aceptación irreflexiva de los dictados de la tra-

[36] La descripción y el cálculo se basan en *La Razón*, desde el 1° de enero de 1958 hasta el 30 de diciembre de 1961. *La Razón* solía transcribir los contenidos de estos eventos y vendía en promedio 450.000 ejemplares por día, según el Instituto Verificador de Circulaciones, *Diarios*, 1960, 1965, 1970.

dición y del pasado". Sin embargo, el propio tránsito generaba dilemas que a veces se expresaban en la política: las masas —sostenía Germani, siguiendo a Erich Fromm— tenían miedo de la libertad, y era en ese terreno donde brotaban las "experiencias totalitarias" como (a su parecer) el peronismo.[37]

¿Cómo garantizar que esa crisis de transición redundara en formas y valores sociales modernos, o bien, racionales y seculares? Una de las vías era la socialización democrática de los individuos en el nivel más básico: la familia. Esta era una meta general que no solo compartían Germani y sus colaboradores, sino también la mayoría de los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas que debatían sobre cuestiones de familia y juventud en los foros públicos. De acuerdo con las observaciones de Germani sobre las características de la estructura familiar en el marco de una "realidad social en transición", las familias de los estratos medios y obreros urbanos tendían a ser nucleares y más pequeñas que las recién migradas a Buenos Aires desde zonas rurales. Germani también subrayaba auspiciosamente que la "familia urbana moderna" avanzaba a paso firme "hacia un clima más igualitario, con la disminución o desaparición del autoritarismo paterno" y "mayor importancia e independencia de la esposa e hijos".[38] Esas familias eran el producto de una transición positiva en pleno desarrollo y, al mismo tiempo, el ámbito donde las generaciones venideras recibirían una crianza orientada hacia la socialización no autoritaria: en otras palabras, eran el material para construir una sociedad moderna, racional y democrática. El modelo de la familia no autoritaria, despojada de las formas patriarcales extremas, también se construía y se divulgaba en las obras de los más destacados especialistas en psicología. Estos profesionales, en particular los de orientación psicoanalítica, adquirieron gran visibilidad hacia fines de los años cincuenta. Tal como señala el historiador Mariano Plotkin, el psicoanálisis había devenido en una "herramienta interpretativa" para muchos argentinos de clase media, ansiosos por desentrañar el sentido de los vertiginosos cambios políticos y culturales que experimentaban.[39] Los psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos aportaron discursos y prácticas muy

[37] Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, pp. 233 y 234; sobre la obra de Germani y su idea de la crisis, véase Blanco, *Razón y modernidad*, pp. 83-186.
[38] Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, pp. 253 y 262-264.
[39] Plotkin, *Freud in the Pampas*, pp. 84 y 85.

influyentes en relación con la juventud y sus nexos con las esferas de la familia y la cultura.

Dos de estos profesionales adquirieron enorme relevancia: la psiquiatra Telma Reca y la psicóloga Eva Giberti. Reca fue una de las personalidades más renombradas en el campo de la psiquiatría infantil y adolescente. Ejerció una influencia crucial en la formación de los primeros psicólogos de la UBA, donde dictaba una materia obligatoria sobre adolescencia que proveía a los estudiantes de una valiosa orientación práctica.[40] De 1959 a 1966, Reca fue directora del Centro de Psicología y Psicopatología de la Edad Evolutiva, una entidad que disponía de prácticas de extensión universitaria en las que ofrecía tratamientos gratuitos para niños y adolescentes.[41] Reca también participó en extenso en el debate público sobre los jóvenes a través de congresos y conferencias que apuntaban a dilucidar los rasgos de la "nueva juventud". En la misma línea, la psicóloga Giberti fundó la Escuela para Padres, un programa que se desarrollaba tanto a través de los medios como en talleres públicos. A la par de su marido Florencio Escardó (un pediatra socialista que fue vicerrector de la UBA de 1958 a 1961), Giberti promovía ideas para renovar —o modernizar— la familia.[42] Escribía columnas de consejos en revistas para mujeres y para padres, y además en el diario *La Razón*. Décadas después, Giberti explica que su éxito entre los padres y los maestros no se debía solo a cierta capacidad para escribir y hablar en un lenguaje desprovisto de jerga y a la vez "científico", sino también, probablemente, a la existencia de interlocutores ansiosos por aprender a "ser padres" frente a los inquietantes cambios que percibían en el seno de su familia.[43]

Ambas profesionales de la psicología relacionaban su concepción de la "crisis adolescente" con el difundido latiguillo sobre la "crisis (socio-

[40] "Psicología Evolutiva II, Programa 1960", caja 724, archivo 3756/59, y "Telma Reca de Acosta, 1961", caja 725, archivo 12965, FFyL-UBA; Fendrik, *Psicoanalistas de niños*, vol. 3, pp. 61-109.

[41] En 1964, el centro ofreció tratamiento psicológico a 1.250 adolescentes, una categoría que abarcaba a varones y mujeres de 13 a 22 años de edad. Véase Reca (ed.), *Temas de psiquiatría y psicología de la niñez y la adolescencia*, p. 489.

[42] Plotkin, *Freud in the Pampas*, pp. 108-114; Cosse, "Argentine Mothers and Fathers", pp. 180-202.

[43] Entrevista con Eva Giberti. Para explicar su éxito, Giberti señaló asimismo su carácter de novedad: "Una mujer joven y profesional, madre de un hijo chiquito, divorciada y vuelta a casar con un hombre que me llevaba 25 años, yo era… ¡era el cambio en persona!".

cultural) de nuestro tiempo", convencidas de que la primera ayudaría a resolver la segunda. Reca advertía a los padres y las madres que las raíces de la crisis adolescente no eran solo psíquicas, sino también hormonales y endocrinológicas. Aparejada al despertar sexual, esta crisis creaba un "estado normal de rebeldía" que generaba conflicto con los padres aún aferrados a nociones "tradicionales" de "obediencia". Pero estos choques eran auspiciosos: mientras vivían su rebelión normal en tiempos de profunda crisis, los jóvenes presionaban para eliminar "el autoritarismo que nosotros, los adultos, todavía albergamos" y allanaban el camino hacia una sociedad más "racional".[44] Giberti, por su parte, caracterizaba a la generación adulta como "el último escalón" que separaba "el tiempo patriarcal de nuestro tiempo moderno", representado por la juventud. Mientras los jóvenes desempeñaban su papel de cuestionar las normas establecidas, los adultos podían cooperar ejerciendo una autoridad más democrática en el seno de la familia, que a la vez sentaría las bases de una "cultura democrática".[45] Por medio de una cadena asociativa que ligaba la juventud a la adolescencia e identificaba la adolescencia con las hormonas y la conducta rebelde, Reca y Giberti convertían a la juventud en un agente involuntario del cambio familiar y cultural.

Las principales expertas en psicología, entonces, proyectaban en los jóvenes la promesa de modernizar la sociedad. El crítico cultural Leerom Medovoi describe un panorama similar en su estudio sobre el imaginario que rodeaba a la figura del "rebelde" en los Estados Unidos de los años cincuenta: entre innumerables voces de pánico, los psicoanalistas y los sociólogos como Erik Erikson y David Riesman vindicaban la rebelión juvenil, que a su juicio era tanto una etapa crucial en la construcción de la identidad como un medio para mantener vivo el principio del cuestionamiento en una sociedad cada vez más conformista.[46] Las voces expertas de la psicología local también celebraban la rebeldía normal

44 "El hijo no es un hombre que está solo y espera", en *La Razón*, 22 de mayo de 1957, p. 7; "El mundo de la adolescencia", en *La Razón*, 22 de diciembre de 1959, p. 13; "Actitudes del joven frente a la vida", en *Nuestros Hijos*, núm. 68, septiembre de 1960, pp. 8-10; "¿Es su hijo normal?", en *Leoplán*, núm. 656, 6 de diciembre de 1961, p. 11.

45 "Los adolescentes actuales y el amor de siempre", en *Vosotras*, núm. 1271, 14 de abril de 1960, pp. 10 y 11; "La moderna dinámica familiar", en *La Razón*, 9 de septiembre de 1961, p. 15; "Los años difíciles", en *La Razón*, 21 de marzo de 1962, p. 7; "Papá es un hombre antiguo", en *La Razón*, 16 de junio de 1963, p. 11.

46 Medovoi, *Rebels*, p. 30.

de la juventud: los jóvenes serían los agentes de una modernización cultural que los argentinos necesitaban atravesar en el camino hacia la sociedad moderna que vislumbraba Germani. Por otra parte, los sociólogos argentinos de la época, en contraste con sus colegas de Estados Unidos y Europa Occidental, guardaron silencio en casi todos los discursos concernientes a la juventud. No encontraron ni construyeron las "subculturas desviadas" que disecciónaban sus homólogos ingleses o italianos, ni se interesaron por analizar las pautas de consumo y sociabilidad que exploraban sus pares estadounidenses.[47] Como si se hubiera operado una tácita división del trabajo, los sociólogos argentinos no desafiaban la autoridad de la psicología como disciplina experta en materia de juventud. Sin embargo, los profesionales de la psicología no estaban solos en estos debates.

La Liga de Madres era uno de los grupos católicos más activos en la defensa de la familia patriarcal, y en particular de sus miembros más jóvenes, sobre los que supuestamente se cernían las "amenazas" concomitantes del "liberalismo" y el comunismo. La asociación había nacido en 1951 con el designio de proteger a la familia contra los efectos de ciertas dinámicas que sus integrantes juzgaban perniciosas, como la incorporación de las mujeres al trabajo extradoméstico, la fuerte penetración de los nuevos medios masivos y el consiguiente desgaste de la autoridad que debía ejercer el padre sobre su esposa e hijos.[48] Tal como otros grupos de católicos laicos, la Liga de Madres ganó influencia tras el golpe militar de 1955, cuando asumió un papel de liderazgo entre las organizaciones guardianas de la moral. En 1957, la entidad impulsó la creación de un Frente Familiar con el objetivo de coordinar la promoción de leyes en defensa de la familia, como el endurecimiento de las penas por adulterio y aborto.[49] El sacerdote consejero de la liga —el padre Manuel Moledo— hablaba en público con la misma frecuencia que los profesionales de la psicología, aunque en sentido contrario: sus conferencias alertaban sobre la situación de los jóvenes que vivían en hogares problemáticos y salían al mundo mal preparados para interactuar con

[47] Sobre los enfoques que adoptaron los sociólogos de los años cincuenta y sesenta al estudiar la juventud desde las teorías de la "subcultura" y la "desviación", véanse Stanley Cohen, *Folk Devils & Moral Panics;* Piccone Stella, *La prima generazione,* y James Gilbert, *A Cycle of Outrage*, pp. 127-142.

[48] Bianchi, *Catolicismo y peronismo*, pp. 164-166.

[49] "Carta de la familia", en *Boletín AICA,* núm. 66, 13 de septiembre de 1957, pp. 7 y 8.

"música, literatura y películas sensuales".[50] Estos grupos conservadores describían la crisis como causa y consecuencia del hedonismo y el materialismo ligados al "liberalismo ateo", que a su vez era la primera etapa de la decadencia moral en la que prosperaría la "infiltración comunista".[51] Las asociaciones del catolicismo conservador libraban una batalla bifronte contra el "liberalismo" y lo que para ellas era su consecuencia lógica, el comunismo, tal como las ligas familiares pro-vaticanas de la Italia posbélica (cuya estructura y agenda intentaban imitar). En la retórica y la política de la cruzada católica, el "bienestar moral" de los jóvenes ocupaba un lugar central.[52]

Los católicos conservadores amasaron un importante caudal de seguidores y adquirieron considerable influencia política en respuesta a sus diagnósticos de la "crisis". En contraste con Reca y Giberti, postulaban la restauración de la autoridad patriarcal como única vía para superar el trance. Por eso la "escuela" que fundó la Liga de Madres (emulando el ejemplo de Giberti) se inauguró con un taller sobre "Autoridad y libertad". Aunque el programa instaba a combinar ambas cosas, el principio subyacente era indeclinable: la autoridad debía prevalecer.[53] Los padres y las madres también podían escuchar los consejos de la escuela a través de los medios en horarios de máxima audiencia, porque la Liga de Madres disponía de espacios radiales gratuitos y además accedía a programas populares de televisión.[54] No fueron pocas las mujeres que se acercaron a los grupos del catolicismo conservador, convencidas de que necesitaban defender a su familia y a sus hijos de los peligros culturales y políticos que difundía con insistencia la propaganda de estos sectores (tal como ocurrió también en México y en Brasil durante aque-

50 "El joven vive en una etapa intermedia, se refugia en tierra de nadie y espera que sus padres le enseñen a vivir", en *La Razón*, 17 de junio de 1958, p. 13; "¿Qué pasa con la juventud?", en *La Razón*, 18 de julio de 1959, p. 7; "Academia del amor", en *La Razón*, 11 de noviembre de 1959, p. 11; "Dimensión de la juventud de hoy", en *Nuestros Hijos*, núm. 59, diciembre de 1959, pp. 13-15.

51 "Apertura del Congreso Mariano", en *Boletín* AICA, núm. 230, 5 de noviembre de 1960, pp. 1-5.

52 Barbanti, "Cultura cattolica, lotta anticomunista e moralità pubblica (1948-1960)", pp. 173-190.

53 *Actas de la escuela para padres*, núm. 1, 2 de noviembre de 1963, s. p., carpeta Escuela para Padres, LMF; *Nuestra escuela para padres*, carpeta Comité Central, LMF.

54 *Actas de la escuela para padres*, núm. 2 y 3, 14 de mayo de 1964 y 29 de agosto de 1964, s. p., carpeta Escuela para Padres, LMF.

llos años).[55] Asimismo lo hicieron, sin dudas, por la red de proveedurías y centros de encuentro que la liga estableció en las principales ciudades del país, en un intento por ofrecer asistencia a las mujeres casadas o viudas: los reglamentos de la entidad prohibían la membresía de madres solteras o en concubinato.[56] En 1962, la Liga de Madres se adjudicaba un padrón de ochenta mil mujeres, organizadas por parroquia en innumerables barrios de clase media y obrera de las principales urbes.[57] Asimismo, la entidad desarrolló un notable poder de presión sobre sucesivos gobiernos, tanto civiles como militares. Ya fuera mediante su participación directa en instituciones estatales o por su capacidad para influir en las decisiones de legisladores y funcionarios, la Liga de Madres y otros grupos afines al catolicismo conservador incidían constantemente en la orientación de las políticas públicas, sobre todo en las áreas de cultura y educación.

Los grupos católicos conservadores obtuvieron mayoría de voz y voto en la única institución estatal dedicada a la juventud que creó el gobierno de Frondizi. Desde la perspectiva de muchos actores políticos, Frondizi sintetizaba tres metas cruciales para "lanzar la nación hacia el futuro" por la senda del desarrollo: democratizar la política, desarrollar la estructura económica y modernizar las esferas socioculturales.[58] En el discurso refundacional que utilizó en su campaña para las elecciones presidenciales, Frondizi se refirió al "empuje de la juventud" como "uno de los poderosos motores del gran impulso que cobrará la nación".[59] Sin embargo, la serie de políticas públicas que instrumentó su gobierno en relación con los jóvenes ilustra los límites de ese proyecto modernizante. Además de su controvertida política para el área de educación (que se analiza en el próximo capítulo), lo único que atinó a hacer el gobierno de Frondizi en este sentido fue reorganizar el Consejo Nacional de Protección de Menores (CNPM) con miras a patrullar el "bienestar moral" de los jóvenes, subsumidos en la figura del menor. Creado para gestionar el caótico sistema de instituciones que se ocupaban de reeducar a los niños y adolescentes abandonados o "delincuentes", el CNPM

[55] Loaeza, "Mexico in the Fifties", pp. 138-160; McGee Deutsch, "Christians, Homemakers, and Transgressors".

[56] Vázquez Lorda, "Intervenciones e iniciativas católicas en el ámbito familiar".

[57] *Organización y propósitos*, 1962, carpeta Comité Central, LMF.

[58] Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, pp. 50-67.

[59] Frondizi, *Mensajes presidenciales, 1958-1962*, vol. 1, pp. 18 y 31.

ahora debía asumir también funciones denominadas "preventivas", que incluían la vigilancia de los medios masivos y el entorno cultural que rodeaba a todos los jóvenes menores de edad.[60]

El CNPM y los representantes del catolicismo conservador fomentaron la aplicación y la institucionalización de la censura en nombre del "bienestar moral de los menores" durante toda la década de 1960, en una cruzada cuya eficacia impidió que Argentina experimentara la "permisividad" que caracterizó a esa década en algunos países europeos.[61] Mientras en Inglaterra y Alemania se avanzaba en materia legislativa para despenalizar la homosexualidad y eliminar la categoría jurídica de "obscenidad", en Argentina ocurría todo lo contrario.[62] Los homosexuales sufrieron una persecución tenaz, apuntalada en la reactivación de viejas contravenciones —"escándalo en la vía pública"— y nuevas leyes anticomunistas que facilitaron las detenciones por "averiguación de antecedentes" (aprobadas en 1958 y 1965). También se organizó un sistema de censura orientado por igual a la supresión de textos "pornográficos" y "políticamente subversivos".[63] El CNPM y los grupos católicos presionaban a fiscales y jueces para que aplicaran el artículo 128 del Código Penal, que proscribía la difusión de materiales impresos obscenos. La lista de publicaciones prohibidas incluía *Lolita*, de Vladimir Nabokov, y *Nexus*, de Henry Miller, junto a las revistas pornográficas y las revistas populares que comenzaban a incorporar fotografías de semidesnudos. Con el correr de los años sesenta, al menos una veintena de escritores y editores argentinos fueron procesados por infracción de este artículo.[64]

[60] *Consejo Nacional de Protección de Menores: Antecedentes, Ley Orgánica y su reglamentación*, Buenos Aires, Poder Ejecutivo Nacional, 1960, pp. 24, 31 y 33. Sobre la historia de los desarrollos institucionales anteriores a este consejo, véase Guy, *Women Build the Welfare State*, pp. 93-119.

[61] Sobre la noción de "momento permisivo", véase Weeks, *Sex, Politics and Society*, pp. 190-210.

[62] Collins, *Modern Love*, pp. 134-160; Herzog, *Sex after Fascism*, pp. 163-160.

[63] Jáuregui, *La homosexualidad en la Argentina*, pp. 136-167; Sebreli, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, pp. 263-265.

[64] "Se pide una medida nacional contra las publicaciones inmorales", en *Boletín AICA*, núm. 99, 25 de mayo de 1958, p. 3; "La campaña de moralización", en *Boletín AICA*, núm. 17[illegible], 23 de octubre de 1959, p. 2; "Manifiesto de la juventud de Acción Católica", en *Boletín AICA*, núm. 189, 1º de enero de 1960, pp. 8 y 9; *Actas del Consejo Nacional de Protección de Menores*, vol. 2, núm. 9, 25 de febrero de 1959, pp. 239 y 240; núm. 30, 12 de agosto de 1958, pp. 76 y 77; núm. 32, 26 de agosto de 1959, pp. 26 y 28, y núm. 46, 26 de febrero de 1960, pp. 248-251, CNNAF.

Si bien los grupos católicos conservadores y el CNPM aplicaban marcos jurídicos previos para censurar materiales impresos, también impulsaron un andamiaje nuevo con miras a regular la censura de otros medios visuales. La Liga de Madres se reunía con productores de televisión para debatir "códigos de moralidad" y organizaba constantemente talleres con el fin de capacitar a los padres y las madres en las "maneras apropiadas" de mirar televisión.[65] Sus campañas de presión a legisladores y funcionarios cristalizaron en 1965, cuando un decreto presidencial ordenó la cancelación automática de todo programa televisivo que exaltara "la disolución de la familia", "el desvío sexual" y "el erotismo".[66] Estos grupos replicaron en la televisión los programas de censura que ya habían demostrado su eficacia en el cine. En 1959, los sectores católicos habían presionado al Poder Ejecutivo para crear un consejo encargado de calificar las películas como aptas o prohibidas para menores de acuerdo con su contenido. De los 19 miembros con voz y voto, los diez que representaban al CNPM y a los católicos siempre lograban imponer las decisiones más severas.[67] A fines de septiembre de 1963, el gobierno de facto de José María Guido (1962-1963) emitió un decreto que ampliaba la potestad de un nuevo Consejo Nacional Honorario de Calificación Cinematográfica, autorizado para cortar películas que amenazaran la seguridad nacional

> por la penetración y las maniobras de rodeo que pretenden la infiltración ideológica y el ablandamiento del propio frente interno mediante la corrupción de las costumbres, el menosprecio de las tradiciones, el debilitamiento de la institución familiar y el descreimiento y el olvido de los valores espirituales que hacen de vínculo de fortalecimiento y cohesión social.[68]

La vaguedad del decreto dejaba margen para que cualquier película quedara expuesta a la censura. Por ejemplo, el consejo suspendió la proyec-

[65] "El problema de la televisión", en *La Razón*, 8 de junio de 1962; "Conclusiones del Primer Seminario sobre la Función Social de la TV", en *Criterio*, núm. 1491, 13 de enero de 1966, p. 64.

[66] "Reglamentación del decreto ley 15460/57", en *La Nación*, 17 de noviembre de 1965, p. 2.

[67] *Actas del Consejo Nacional de Protección de Menores*, vol. 1, núm. 53, 6 de junio de 1962, pp. 259-261; núm. 55, 27 de junio de 1962, pp. 288-290, CNNAF.

[68] Poder Ejecutivo Nacional, "Decreto 8205: Creación del Consejo Nacional Honorario de Calificación Cinematográfica", en *Boletín Oficial*, 3 de octubre de 1963, p. 3.

ción de *Morir en Madrid* —un documental de Frédéric Rossif con imágenes de la Guerra Civil Española— a raíz de que el filme promovía "una buena impresión de los comunistas" y ordenó cortar escenas del largometraje *Adorado John* porque se veía una mano que acariciaba "la parte inferior del cuerpo de una mujer entre las piernas".[69] Para los distribuidores, productores y cineastas argentinos ya no era seguro importar ni producir películas.[70] Excusándose en la "defensa de los menores", estos grupos reaccionarios establecieron algunas de las condiciones más restrictivas en la cultura argentina de los años sesenta, circunstancia que afectó a los adultos en la misma medida que a los jóvenes.

Significativamente, fue en el área de la educación donde se produjeron los primeros choques explícitos entre los profesionales de la psicología y los grupos católicos por la imposición de condiciones restrictivas, tal como ilustran los dos ejemplos que se detallan a continuación. En 1958, la UBA decidió establecer el régimen mixto en las dos escuelas secundarias que se encontraban bajo su competencia. Sobre la base de las ideas propuestas por Reca y Giberti, entre otros autores, el pediatra y vicerrector Florencio Escardó defendía las ventajas de la coeducación como estrategia para "naturalizar la interacción entre los sexos".[71] Temiendo que este cambio de régimen en las escuelas dependientes de la UBA fuera el punto de partida para generalizar la norma en todas las escuelas públicas, la Liga de Padres de Familia emitió un comunicado de prensa que citaba una encíclica de 1929 en la que el papa Pío XI había condenado la educación mixta por "su naturalismo negador del pecado original" y de la "diversidad" entre los sexos.[72] Las ligas de padres y madres se entrevistaron con el ministro de Educación, quien les prometió no innovar: en la "modernizada" Buenos Aires de los años sesenta, las escuelas continuaron segregando a los alumnos por sexo.[73] Y el éxito

[69] Cito de la notificación enviada por el consejo a los distribuidores, reproducida en Goti Aguilar *et al.*, *Censura en el cine*, pp. 81 y 131.

[70] Para una reconstrucción exhaustiva, véase Ramírez Llorens, *Noches de sano esparcimiento. Estado, católicos y empresarios en la censura al cine en Argentina. 1955-1973.*

[71] "Coeducación", en *Boletín de Informaciones de la Universidad de Buenos Aires*, núm. 1, mayo de 1958, pp. 7 y 8.

[72] "La coeducación reclama diálogo y experimentación", en *La Razón*, 10 de junio de 1958, p. 7; véase también la "Encíclica Divinis Illius Magistri", en *Revista Eclesiástica Argentina*, núm. 2, abril-mayo de 1958, p. 60.

[73] "El ministro McKay recibe a los padres de familia", en *La Nación*, 23 de junio de 1958, p. 6.

de las voces conservadoras no se detuvo allí. En 1959, la Liga de Madres denunció que los directores de varias escuelas secundarias habían establecido gabinetes de psicología para que las alumnas conversaran sobre sus problemas escolares y familiares. Estas innovaciones —alegaban las integrantes de la entidad católica— representaban apenas la punta del iceberg que acabaría con la autoridad familiar y eran "comunistas por naturaleza".[74] En un informe confidencial que hicieron llegar a Frondizi, las denunciantes reiteraron sus sombríos augurios: "Las jóvenes que participan en esta iniciativa terminarán por cuestionar su lugar como estudiantes, hijas, madres: son semillas de infiltración comunista".[75] Las ideas de "dislocación de la autoridad familiar" e "infiltración comunista" se reforzaban mutuamente en señal de gravedad. Resuelto a no dejar lugar a dudas tampoco en este caso, el ministro denegó la autorización para los gabinetes psicológicos.

Sin embargo, en una suerte de intercambio simbólico, mientras la exitosa injerencia de las fuerzas conservadoras en las políticas gubernamentales fijaba algunas de las condiciones que restringieron la sociabilidad juvenil durante la década de 1960, los profesionales de la psicología pasaban a ser *los* expertos en juventud y familia y sus voces se consideraban más legítimas en los foros públicos. Ellos instilaron la idea de que la adolescencia y la juventud eran un período enrevesado del ciclo vital, una crisis que los individuos debían superar en su tránsito hacia la adultez. Esa normalización discursiva de la crisis juvenil —aparejada a la recomendación de evitar prácticas autoritarias en la familia— llegó a amplios segmentos de la población, en especial a los estratos medios. Los padres que anhelaban "modernizar" sus estrategias de crianza leían las columnas de consejos o participaban en talleres. Y los jóvenes no solo consultaban a los psicólogos, sino que también seguían sus recomendaciones de negociar con los padres las cuestiones vinculadas al ejercicio de la autoridad en la casa, tal como señalaba con orgullo Giberti.[76] Básicamente, la juventud emergió en el discurso público como

[74] "En la Escuela Normal Nº 4", en *Boletín AICA*, núm. 176, 23 de octubre de 1959, p. 2.

[75] "Informe del estado actual de la Facultad de Filosofía y Letras relacionado con la Escuela Normal No. 4", caja 817, Archivos y Colecciones Particulares, AAF-BN.

[76] Eva Giberti, "Las opiniones de los hijos", en *La Razón*, 21 de noviembre de 1960, p. 13. Giberti retomó el tema en "Cambios en la dinámica familiar", en *La Razón*, 5 de marzo de 1963, p. 11.

un conducto para ventilar ansiedades más generales en relación con la modernización de la sociedad, el significado de los cambios y las maneras de visualizar e imaginar del futuro.

Hacia la Argentina de 1980

Con el avance de los años sesenta, el interés público por la juventud no disminuyó, pero se modificaron las intensidades y los abordajes. En contraste con las 170 conferencias que había cubierto en el trienio anterior, *La Razón* solo informó sobre 39 entre 1962 y 1965. El diario también fue reduciendo el espacio para la columna de Giberti, hasta que decidió cancelarla en 1966.[77] Los profesionales de la psicología continuaron atendiendo pacientes, pero su presencia en los foros públicos decreció junto con las ansiedades que había suscitado la juventud en los años anteriores. Hacia mediados de la década, estos profesionales, sumados a los de la sociología, también expresaban cierto grado de satisfacción: las formas más crudas de autoridad patriarcal parecían haber desaparecido de las familias urbanas, donde los hijos eran más respetados y gozaban de mayores libertades. El cuadro era prometedor y hablaba bien de la juventud, o —como lo enunció un periodista— de "la Argentina de 1980". De hecho, las nuevas tendencias del periodismo y la cinematografía abundaban en imágenes y datos de una "juventud moderna" que a la vez era la impronta de su propia modernización.

En los primeros años de la década, las películas de la "generación del 60" —un movimiento de cineastas que hizo de la juventud uno de sus hitos temáticos— provocaron tal vez las últimas representaciones potentes cifradas en el tópico "la crisis de nuestro tiempo". Aunque no compartían un lenguaje fílmico ni optaban por las mismas pautas de forma y de género, muchos de los directores que accedieron a la industria del cine nacional alrededor de 1960 coincidían efectivamente en el rechazo al modelo de producción "comercial" que los había precedido y en un

77 El cálculo anterior se basa en *La Razón*, desde el 1° de enero de 1962 hasta el 31 de diciembre de 1965. De 1963 a 1966, Giberti publicó un promedio de una columna y medio por semana, mientras que antes había llegado a tres semanales. Cuando le pregunté por qué se había discontinuado su columna, me respondió que no lo sabía con exactitud pero que "a fin de cuentas, el trabajo estaba hecho". Entrevista con Eva Giberti.



IMAGEN 2. Fotograma de *Los jóvenes viejos*. Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken.

serio compromiso con la renovación de la escena local.[78] Los cineastas de la nueva generación admiraban a directores como Michelangelo Antonioni y Jean-Luc Godard, tenían menos de 30 años y retrataban (o autorretrataban) a una "nueva juventud". Tal era el caso del director y productor Rodolfo Kuhn, uno de los miembros más prolíficos de la "generación del 60". Kuhn dedicó sus tres primeras películas —*Los jóvenes viejos* (1962), *Los inconstantes* (1962) y *Pajarito Gómez* (1965)— a la representación de la juventud.[79] *Los jóvenes viejos* narra la historia de tres amigos de clase media: uno es productor de televisión, otro estudia Derecho y el tercero quiere filmar una historia "de tipos jóvenes, de tipos como nosotros". Las preocupaciones de los tres jóvenes, siempre insatisfechos, giran en torno a la búsqueda de algún sentido para su existencia, que en el tiempo libre transcurre entre paseos sin rumbo por Buenos

[78] Aguilar, "La Generación del 60", pp. 82-98; Castagna, "La generación del 60"; Feldman, *La generación del 60*.

[79] Kuhn (1934-1987) narró sus intereses y modelos cinematográficos —entre los que se destaca Antonioni— en varias entrevistas compiladas en Peña, *60/90 generaciones*, pp. 160-163.

Aires y sesiones de jazz. Los amigos deciden intempestivamente viajar a Mar del Plata, donde conocen a tres chicas cuyos lazos con la sociedad y con los afectos parecen tan elusivos como los de ellos. Todos estos jóvenes conciben el amor y el sexo como vías para evadirse de una vida sin sentido, pero a duras penas pueden comunicarse. En uno de los numerosos diálogos reflexivos que impregnan el clima de la película, los tres varones solo encuentran una respuesta a sus sentimientos: "Los muchachitos de las películas extranjeras [...] por lo menos pueden usar las guerras para justificarse", dice uno de ellos, y agrega: "Pero nosotros, ¿qué podemos usar?". "Usémoslo a Perón", responde otro. En una obvia comparación con las juventudes de Europa y América del Norte, el diálogo sugiere que el peronismo surtió los mismos efectos en los jóvenes argentinos que las dos guerras mundiales en sus pares de las grandes potencias.

Con *Los jóvenes viejos,* Kuhn contribuyó a instalar la imagen de una "nueva juventud" —hastiada e insatisfecha, pero "auténtica"— e intentó retratar a una generación marcada por el peronismo y por los subsiguientes proyectos fallidos que habían aspirado a superar sus legados. Como muchas películas de la "generación del 60", *Los jóvenes viejos* se vale de diversos atributos formales para representar la autenticidad, como el uso de actores por entonces poco conocidos y el predominio de escenografías reales en lugar de estudios con decorados. Hay una firme intención de crear ambientaciones naturalistas para documentar la existencia de una juventud que se caracteriza por su falta de propósito, su hastío, su ensimismamiento y su incapacidad para aportar a la construcción de un futuro mejor. Casi todos los críticos de cine saludaron y elogiaron la autenticidad de la obra. Mientras algunos señalaron que la película solo reflejaba a cierto sector de los jóvenes, otros vieron en ella una semblanza certera de la vida y los sentimientos comunes a una "generación que nació en aquellos años de angustia colectiva". Ese era precisamente el argumento de Kuhn.[80] *Los jóvenes viejos* expresaba un tema que también aparecía en el pensamiento de algunos intelectuales, especialmente en el del escritor David Viñas: la percepción de los jóvenes como miembros de una generación que había llegado a la vida pública

80 Jorge Couselo, "Cierta juventud en un importante film nacional", en *El Correo de la Tarde*, 6 de junio de 1962, p. 9; Agustín Mahieu, "Los jóvenes viejos", en *Tiempo de Cine*, núm. 9, mayo-julio de 1962, p. 6; Ernesto Schoo, "'Los jóvenes viejos'. Triunfo del nuevo cine argentino", en *Vea y Lea*, 13 de junio de 1962, p. 9; "Los jóvenes viejos", en *La Prensa*, 6 de junio de 1962, p. 17; recortes de prensa en la carpeta Los jóvenes viejos, MCPDH.

en medio de las controversias políticas y culturales de los años peronistas, y después se sintió frustrada, si no traicionada, cuando Frondizi no cumplió con sus promesas de democratizar y desarrollar Argentina. Viñas la describía como una "generación frustrada" que no podía revitalizar a Argentina y solo tenía por delante la meta de "salvar la dignidad, salvar la cara".[81]

Las películas de la "generación del 60" —y *Los jóvenes viejos* en particular— suscitaron un debate público sobre la autenticidad de esa "generación frustrada" que aspiraban a documentar, y sobre las maneras de superar la frustración en la política y en la cultura. Tanto los críticos católicos como los de izquierda evaluaron negativamente la película de Kuhn. Un renombrado crítico de formación católica la tildó de pretenciosa y acusó al cineasta de falsear la representación de "una juventud angustiada que solo se interesa por el sexo".[82] Por su parte, el ensayista de izquierda Juan José Sebreli la desestimó por su intento "mistificador" de retratar la falsa alienación de una clase pequeñoburguesa que se limitaba a "encerrarse en una frívola suficiencia" y buscar en el peronismo "la causa de todos sus males".[83] Los militantes de izquierda también reaccionaron, sobre todo los dirigentes juveniles. El socialista Elías Semán, por ejemplo, rechazó la semblanza de Kuhn alegando que "nuestra juventud no es la que muestran los cineastas 'colonizados': los problemas de nuestra juventud son los problemas de nuestro pueblo".[84] La prensa de la Federación Juvenil Comunista tomó por otro camino: se apropió de la frase "jóvenes viejos" para denominar a un sector de la juventud que sus militantes consideraban "perdido". Los "jóvenes viejos" eran aquellos que emulaban las modas extranjeras y reflejaban la crisis moral de ciertos segmentos sociales argentinos que los comunistas veían como sus adversarios ideológicos.[85] Las reacciones frente a *Los jóvenes viejos* se asemejan a las hipótesis del historiador Richard Jobs sobre las

[81] Viñas ofrece su "testimonio" de esa generación frustrada en *Dar la cara;* la última cita es de "Un cross a la mandíbula. Reportaje a David Viñas", en *Che*, núm. 7, 2 de febrero de 1961, p. 10.

[82] Jaime Potenze, "Superficialidad nuevaolera", en *El Príncipe*, julio de 1962, pp. 107 y 108, recorte de prensa en la carpeta Los jóvenes viejos, MCPDH.

[83] Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, pp. 110-112.

[84] "La juventud, un problema para la juventud", en *Che*, núm. 26, 3 de noviembre de 1961, pp. 10 y 11.

[85] "Los jóvenes viejos", en *Juventud*, vol. 14, núm. 10, 25 de junio de 1962, p. 9; "Cosmonautas en Palermo", en *Juventud*, vol. 17, núm. 9, 15 de junio de 1964, p. 16.

repercusiones de *Los tramposos* (Marcel Carné, 1958) en Francia. En los debates que suscitaron ambas películas afloraron sentimientos de ansiedad con respecto a las posibilidades de "revitalizar" la cultura. Si las semblanzas de la nueva juventud que trazaban esos largometrajes eran "auténticas" (y este era un punto clave de los argumentos), el futuro colectivo se veía tan incierto como los jóvenes de la pantalla.[86]

Pese a su intensidad, ni el alegato sobre la "generación frustrada" ni los consiguientes debates políticos y culturales duraron mucho tiempo. Esta noción había ocupado el centro de una escena intelectual renovada —cuya estrella era David Viñas— y una nueva cinematografía; sin embargo, la "generación frustrada" se esfumó junto con la "generación del 60" y sus "jóvenes viejos".[87] Con el correr de la década, otros materiales colocaron la lupa sobre la juventud, pero con una mirada más optimista. Un aspecto insoslayable de la dinámica modernizadora que transformó la cultura argentina durante los años sesenta fue la aparición de revistas de noticias como *Primera Plana*, *Confirmado* y *Panorama*, que promovieron la formación de un nuevo público lector, ilustrado y progresista. Estas revistas, dirigidas a la clase media e inspiradas en publicaciones como *Time* y *L'Express*, forjaron una escritura periodística distintiva, se convirtieron en faros del buen gusto y la legitimidad cultural e incorporaron otras áreas de la vida a la órbita de las "noticias".[88] Entre otras cosas, las nuevas revistas prometían descifrar las conductas, los sentimientos y las expectativas de los jóvenes. Dada la presunta dificultad que entrañaba la comunicación con ese sector, los "expertos" que escribían las notas aplicaban técnicas de cuño sociológico que supuestamente les permitían eludir los obstáculos y retratar a los jóvenes tal como eran "en realidad". Haciéndose eco del discurso psicológico, las nuevas revistas los mostraban como los agentes silenciosos que modernizarían la cultura argentina; en otras palabras, los retrataban como personas sin ideas de rebelión ni sentimientos de insatisfacción.

Asimismo, los periodistas de estos nuevos medios representaban a la juventud como una categoría homogénea, asociada a una prudente distensión de los hábitos sexuales y también, en general, a una actitud

86 Jobs, *Riding the New Wave*, pp. 184-186.

87 Sobre esa generación intelectual, véase Terán, *Nuestros años sesentas*, pp. 129-149.

88 Alvarado y Rocco-Cuzzi, "Primera Plana"; Mochkofsky, *Timerman*, pp. 90-143; Podalsky, *Specular City*, pp. 150-163.

prudente en relación con la política. En el informe sobre una prolongada entrevista a seis adolescentes de distintos estratos sociales, una "experta" de *Primera Plana* señalaba que sus interlocutores hablaban de cuestiones sexuales con bastante naturalidad y aprobaban en su mayoría las relaciones sexuales prematrimoniales, aunque no todos estuvieran dispuestos a admitir haberse iniciado en el sexo.[89] Un sondeo de la revista *Panorama* llegaba a conclusiones similares: si bien "el 90% de los muchachos está aparentemente de acuerdo en que las relaciones prematrimoniales 'no son nada malo'", en el fondo "prefieren que sus novias lleguen vírgenes al matrimonio"; en cuanto a las mujeres, "aunque con mucha reticencia, la mayoría se declara, en principio, a favor de las relaciones prematrimoniales, pero con la salvedad de que 'es una cosa más seria' y de que 'hace falta tanto una preparación física como espiritual'. Y eso sí: la fidelidad debe ser mutua".[90] El "experto" de *Confirmado* completaba el cuadro: los jóvenes aprobaban el sexo premarital "sin distinción de clase", pero las relaciones sexuales "casi siempre" tenían lugar "en contextos que tienden al matrimonio".[91] Los sondeos y las entrevistas construían la representación de una juventud sexuada, pero prudente: las chicas y los chicos hablaban de sexo e incluso habían superado algunos prejuicios, pero seguían asociándolo al matrimonio. Las revistas llevaban tranquilidad a sus lectores. En contraste con la "liberalidad" de la juventud europea, la variante local prometía una transformación discreta de los hábitos sexuales, que distaba de cualquier revolución.

Con respecto a los intereses políticos, la "nueva juventud" de la primera mitad de los años sesenta era aún menos revolucionaria que en cuestiones sexuales. El periodista de *Confirmado* señalaba que la única marca generacional discernible era el "profundo desinterés por la política". La juventud local —concluía el autor— "tiende hacia una posición conformista, que parte [de la aceptación] del mundo tal cual es".[92] Otros cronistas preferían atribuir esa aparente apatía a una mentalidad racional. En una mesa redonda de jóvenes, organizada para con-

89 Sara Gallardo, "Argentina 1980. Entre la incomunicación y el miedo vive la generación del futuro", en *Primera Plana*, núm. 19, 19 de marzo de 1963, pp. 22-24.

90 Máximo Simpson, "Adolescentes 1965. Los hijos de la libertad", en *Panorama*, núm. 25, junio de 1965, pp. 42-49.

91 "Informe sobre la juventud", en *Confirmado*, núm. 65, 15 de septiembre de 1966, pp. 34-37.

92 *Ibid.*, p. 36.

memorar el 150º Aniversario de la Independencia Argentina, un observador señaló que los jóvenes de 1966 habían dejado atrás las "viejas animosidades" —en clara referencia al clivaje entre peronismo y antiperonismo— para adoptar un enfoque "pragmático" que prometía saldar por completo la división.[93] Otro sondeo coincidía con estos resultados. Una serie de entrevistas a jóvenes de distintos estratos sociales que habían nacido el 17 de octubre de 1945 —el natalicio del peronismo— había revelado que solo unos pocos rechazaban de plano o elogiaban sin reservas la experiencia peronista. Por ejemplo, muchos consultados valoraban la política peronista en materia de infancia y a la vez criticaban su "falta de libertades civiles". El conjunto de las entrevistas permitía entrever que los jóvenes eran capaces de reevaluar el peronismo y diferenciar racionalmente "lo bueno de lo malo".[94]

La tarea de construir la representación de una juventud políticamente inactiva iba aparejada a la creación de un imaginario en torno a la "minoría revolucionaria". A principios de 1964, cuando la Gendarmería abatió al Ejército Guerrillero del Pueblo, algunos analistas hicieron hincapié en la relación entre la edad de los guerrilleros y la propagación del "terrorismo". Un cronista de *Panorama*, por ejemplo, se valió de una jerga seudopsicosociológica para pergeñar una generalización hipotética de la incursión juvenil en la política radicalizada: mientras la mayor parte de la juventud permanecía apática, una ínfima minoría había resuelto "alistarse en las filas del terror", impulsada por "una mezcla de resentimiento, inconformismo y rebeldía adolescente [...] A ello se agrega el deseo de afirmar en el grupo una personalidad insegura, el atractivo de la clandestinidad y la posibilidad de descargar su agresividad, sin molestos remordimientos ulteriores, en pro de fines trascendentes".[95] Del mismo modo, las revistas mostraban a un segmento de los estudiantes universitarios como la contrafigura de la "nueva juventud". En el contexto de una creciente campaña de presión para que el Estado interviniera las universidades, los medios retrataban a los estudiantes como el locus de la radicalización política.[96] El periodista

93 "La juventud argentina realiza el segundo congreso de Tucumán", en *Panorama*, núm. 38, junio de 1966, pp. 38-44.

94 "Los que nacieron aquel día", en *Extra*, núm. 4, octubre de 1965, pp. 62-66.

95 "Los ejércitos del terror", en *Panorama*, núm. 13, junio de 1964, p. 30.

96 "Universidad. La dramática alternativa", en *Confirmado*, núm. 26, 28 de octubre de 1965, pp. 18-20.

Mariano Grondona, por entonces editorialista de *Primera Plana*, estableció la división sin medias tintas: mientras la mayoría universitaria permanecía apática, una minoría de los estudiantes buscaba "refugio en el marxismo o en la extrema derecha".[97] De acuerdo con Grondona, la "nueva juventud" también podía funcionar como fuerza estabilizadora de la política.

Hacia mediados de la década, el optimismo que impregnaba esta representación de la "nueva juventud" iba de la mano con una confianza generalizada en la posibilidad de salvar la brecha entre las generaciones de "adultos" y "jóvenes" en el seno de las familias prudencialmente modernas, idea que también encontraba eco en el discurso sociológico y experto. En 1965, una socióloga publicó los resultados de una encuesta sobre prácticas de crianza que había realizado entre madres de extracción media y obrera. Según sus observaciones, las madres urbanas tendían a ser sinceras, desprejuiciadas y afectivas, no pretendían que sus hijos las obedecieran ciegamente, respetaban sus deseos y promovían el diálogo familiar sobre temas como el sexo y las vocaciones.[98] En un sondeo entre obreros industriales varones, otra socióloga señaló que sus consultados estaban dispuestos a colaborar con la esposa en las tareas de la casa y la crianza, atesoraban el diálogo familiar, respetaban la personalidad de los hijos y tenían en cuenta sus decisiones.[99] Las percepciones celebratorias de los cambios observados en la familia eran ostensibles. En un debate que reunió a Germani con el psicoanalista Armando Bauleo y el sacerdote Moledo (el consejero de la Liga de Madres), los tres participantes opinaron que ya había pasado el peor momento de la "crisis" juvenil. También coincidieron en el elogio a las "familias modernas", porque en ellas primaba la honestidad y el compañerismo entre las generaciones. Pero en la cuestión del sexo prematrimonial no hubo consenso posible.[100]

La sexualidad de los jóvenes era tal vez la única cuestión que causaba un extremo desasosiego en el mundo "adulto": de ahí que las nuevas revistas resaltaran las actitudes prudentes frente a los cambios que

[97] Mariano Grondona, "Los jóvenes", en *Primera Plana*, núm. 146, 24 de agosto de 1965, p. 7.

[98] Eichelbaum de Babini, *Estatus socioeconómico y crianza de niños*, pp. 89-105.

[99] Regina Gibaja, "Actitudes hacia la familia entre los obreros industriales argentinos", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 3, núm. 3, noviembre de 1967, pp. 411-429.

[100] "¿El fin de la 'nueva ola'?", en *Atlántida*, núm. 1183, septiembre de 1965.

ya estaban en marcha. La "nueva juventud" de mediados de la década de 1960 no generaba la ola de ansiedades y debates que había detonado su predecesora entre mediados y fines de los años cincuenta. Por el contrario, los profesionales de la psicología, la sociología y el periodismo podían darse por satisfechos con sus representaciones de esa "nueva juventud" políticamente inactiva y prudente con el sexo. Sus integrantes —confirmaban los estudios sociológicos— habían crecido en familias modernizadas que apoyaban y promovían el diálogo, fomentaban la tolerancia y evitaban las formas más crudas del patriarcado. También prometían cambiar gradualmente los hábitos sexuales y, con el tiempo, actuar como fuerza estabilizadora de la política. La Argentina de 1980, asociada a los atributos que se adjudicaban a la "nueva juventud", sería racional, prudente y tal vez democrática: habría superado con éxito la "transición" a una nación moderna.

* * *

El crítico cultural Lawrence Grossberg señala con razón que el término "juventud" carece de centro propio: es un "significante de la transición y el cambio".[101] Todas las voces que intentaban movilizar, categorizar y discutir a la juventud entre los años cincuenta y principios de los sesenta también intentaban significar la transición y el cambio. En la categoría cultural que estaban construyendo, estos actores proyectaban sus esperanzas y sus temores respecto de otras cuestiones políticas, sociales y culturales, en un país que, a juicio de la mayoría, atravesaba asimismo una "transición crítica". Abrir un nicho para la juventud significaba, además, definir los parámetros para que los jóvenes "actuaran" su edad. A través de una conversación duradera, un ejército de actores culturales y políticos "adultos" contribuyó a establecer muchas de las condiciones que enmarcaron las experiencias de los jóvenes de carne y hueso: esas voces decidieron, hasta cierto punto, desde los lugares y las maneras de interacción juvenil hasta las películas que los jóvenes podían mirar, expandieron las nociones de "normalidad" con respecto a los comportamientos, los hábitos y las actitudes juveniles, tanto en la familia como en la vida sexual, y, ante todo, determinaron que la juventud era importante: imbuyeron a los jóvenes de una nueva trascendencia.

[101] Grossberg, *We Gotta Get Out of This Place*, p. 176.

En el advenimiento histórico de la juventud como categoría cultural hubo tres momentos de inflexión. El primer debate público se suscitó cuando Perón movilizó a los jóvenes y proyectó en ellos la posibilidad de una continuidad generacional para su proyecto. Los opositores al gobierno peronista construyeron un relato en cuyo marco acusaban a Perón de manipular a los jóvenes para sus propios fines políticos, con efectos tales como la "perversión" de los hábitos sexuales, la producción de valores hedonistas y la subversión de las jerarquías socioculturales. El discurso sobre la juventud combinó desde el principio debates políticos, culturales y sexuales. Estos fueron decisivos en el segundo momento, marcado por la aparición de expertos que asociaban la juventud a una supuesta "crisis de nuestro tiempo". Entre los nuevos expertos, los grupos católicos conservadores y los profesionales de la psicología representaban dos posiciones generales en pugna por moldear la dinámica de una modernización que ambos sectores, para peor o para mejor, veían ya en pleno desarrollo. Los católicos lograron un éxito notable en lo concerniente a la eficacia organizacional. Anclados en la retórica de la Guerra Fría, instalaron la idea de una alianza entre el "liberalismo" y el comunismo, cuyo blanco principal era la juventud. Tal vez la utilización de esas conexiones explique la influencia política de este sector: en nombre del "bienestar moral de la juventud", los grupos católicos conservadores participaron activamente en el aparato de censura y en otros procesos decisorios que afectaban por igual a los jóvenes y a los adultos. Aunque su injerencia fue prominente en algunas de las condiciones que marcaron la Argentina de los años sesenta, estos grupos actuaban como una fuerza reaccionaria. En el otro extremo del espectro, los profesionales de la psicología contribuyeron a normalizar la crisis "juvenil" y la crisis "social" con teorías que ligaban su mutua resolución al desgaste progresivo de los atavismos patriarcales más enquistados en la familia y en la cultura. Desde su punto de vista, los jóvenes ocupaban la posición privilegiada de agentes involuntarios de la modernización: la juventud encerraba la promesa de eliminar el autoritarismo del hogar y de la sociedad mientras vivía su crisis "normal" en un momento particular.

Hacia mediados de los años sesenta, la juventud ya proyectaba una imagen ejemplar en la escena pública. El momento crítico de su erupción en el discurso público había quedado atrás, junto con la noción de la crisis y el imaginario de una "generación frustrada". Las repre-

sentaciones de la juventud en este tercer momento ponían de relieve atributos como la prudencia y la racionalidad. Las nuevas revistas, por ejemplo, retrataban a una "nueva juventud" que avanzaba a paso lento y cauteloso hacia la "modernización" de los hábitos sexuales y culturales. Por sobre todas las cosas, se trazaban semblanzas de una juventud políticamente inactiva. A mediados de la década, muchos actores culturales vislumbraban en los jóvenes a los heraldos de una racionalidad que llegaría a todas las esferas de la vida, e incluso algunos albergaban la esperanza de que esa actitud desapasionada superara la división peronismo/antiperonismo. Así se veía el paisaje de la juventud hacia 1965. En los años inmediatamente posteriores, los jóvenes volverían al candelero para dejar en claro que ese paisaje sereno era una mera proyección de deseos y esperanzas. Pero hablar de la juventud siempre significó hablar de deseos, esperanzas y temores.

II. EL MUNDO DE LOS ESTUDIANTES

DURANTE los años cincuenta y sesenta, los jóvenes de 13 a 24 años accedieron en creciente cantidad a la escuela secundaria y a la universidad. La vasta matriculación de nuevos segmentos sociales en el sistema educativo marcaba la dimensión más básica de la modernización sociocultural que vivían los argentinos: una dinámica porosa y acelerada cuyos sitios de privilegio eran las escuelas y las universidades. Sin embargo, si esta dinámica se observa desde la perspectiva reveladora de las experiencias que vivían los estudiantes de ambos niveles, el cuadro que aflora es mucho más ambivalente. Aunque las escuelas secundarias eran crisoles de una nueva sociabilidad basada en los pares, sus rutinas continuaban sujetas a prácticas y pedagogías autoritarias. La experiencia de los estudiantes secundarios fue tan constitutiva para la configuración de los años sesenta como la experiencia universitaria. Aunque la aquiescente mirada retrospectiva presenta un panorama de la década embebido en nociones de cambio progresista, la modernización sociocultural bifronte que encarnaba la juventud estuvo tan marcada por el cambio como por el autoritarismo.

Con la expansión del mundo estudiantil, se multiplicó la cantidad de jóvenes que organizaban su vida cotidiana en torno a las escuelas y sus espacios adyacentes y que participaban cada tanto en un activismo político que cristalizó en el marco de un tercer espacio: las calles. La socialización política de los estudiantes latinoamericanos ha atraído la atención intelectual desde la década de 1950, cuando diversos académicos locales e internacionales trataron de visualizar y formular los atributos de las elites "democráticas" y modernizantes que necesitaban los países de la región para "lanzarse" hacia el desarrollo.[1] Este interés también se relacionaba con el papel que habían desempeñado los movimientos estudiantiles en la política universitaria y nacional. Desde 1918, el

[1] En 1970, un académico enumeró 133 investigaciones sobre los estudiantes latinoamericanos, la mayoría anteriores al interés que detonó la revuelta estudiantil internacional de 1968. Véase John Petersen, "Recent Research on Latin American University Students", en *Latin American Research Review*, vol. 5, núm. 1, primavera de 1970, pp. 52-58.

movimiento estudiantil argentino se había alineado en abrumadora mayoría con las ideas y los proyectos forjados en el ideario de la Reforma Universitaria. Los principios básicos de los reformistas para las universidades —autonomía, participación de los estudiantes en el gobierno universitario, libertad de cátedra y función social del conocimiento— servían también como piedras angulares para los proyectos de transformación social que ponían de relieve los valores democráticos y los ideales modernizantes, incluido el laicismo. En la práctica, sin embargo, estos principios se aplicaron dentro de ciertos límites. Durante los dos primeros gobiernos de Perón (1946-1955), además, el Estado suprimió la autonomía universitaria y prohibió organizaciones estudiantiles como la Federación Universitaria Argentina (FUA) y la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). Junto con algunos estudiantes católicos, los estudiantes reformistas eran baluartes del antiperonismo y apoyaron activamente el golpe de Estado que derrocó a Perón en 1955.[2]

De 1955 a 1966, un movimiento estudiantil de ideología cambiante pero actuación siempre significativa participó en la política universitaria y nacional, primero como artífice de una universidad que aspiraba a ser vitrina de la "modernización" y después como augur de su crítica desde una perspectiva radicalizada. Los grupos y proyectos de orientación reformista ofrecen una ventana para observar esos cambios. Entre 1955 y 1958, tanto los estudiantes reformistas como los católicos contribuyeron a la "desperonización" de las universidades, pero su alianza terminó cuando el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) concedió al sector privado un derecho que hasta entonces había sido monopolio del Estado: la creación de universidades habilitadas para otorgar títulos. En septiembre y octubre de 1958, los "laicos" —defensores del monopolio estatal sobre la educación superior, en su gran mayoría reformistas— y los "libres" —defensores del proyecto auspiciado por Frondizi— se enfrentaron en las calles a diario. La escalada de la batalla por la educación "laica o libre" indujo importantes realineamientos en el seno del bloque reformista, que había sido un actor entusiasta en la política interna de la universidad. Aunque la mayoría de los estudiantes secundarios y universitarios siguió absteniéndose de participar en política a medida que avanzaba la década de 1960, la minoría afiliada al sector reformista unió

[2] Véase especialmente Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*; véase también Sarlo, *La batalla de las ideas*.

filas con grupos de diferentes extracciones políticas e ideológicas para abrir los primeros surcos de la creciente radicalización. Las viejas líneas divisorias entre reformistas y no reformistas, laicos y libres, e incluso peronistas y antiperonistas, comenzaron a borronearse en la acelerada alquimia de un nuevo movimiento estudiantil que poco a poco fue remplazando el término "reforma" por la palabra "revolución". Los militares que protagonizaron el golpe de 1966 trataron de poner fin a este proceso mediante la intervención de las universidades públicas. Pero en su empeño por despolitizar la vida universitaria, solo lograron acelerar la onda expansiva de la radicalización mucho más allá de la "minoría politizada".

ESCUELAS, ESQUINAS, CALLES

A principios de los años cincuenta, un segmento cada vez más nutrido de adolescentes organizaba su vida en torno a la escuela. Los hijos e hijas de las familias obreras y de la clase media baja accedieron por primera vez a la escuela secundaria, haciéndose acreedores de un derecho recién adquirido. Para la mayoría de los estudiantes, esta experiencia fue la piedra angular de una nueva sociabilidad que se extendía más allá de las puertas de la escuela y, en algunos casos, los llevaba al umbral de la vida política. Pero esta fuente potencial de emocionantes experiencias iniciáticas también tenía otro costado que recibía cada vez más críticas. En inmensa medida, la escuela secundaria conservaba los atributos que la habían caracterizado durante la primera mitad del siglo XX, entre los cuales los más insufribles para los alumnos de la nueva época eran el énfasis en la disciplina y el enciclopedismo. Esta arteria clave para las dinámicas de la modernización cultural —como la movilidad ascendente, la homogeneización social, la creciente alfabetización y las interacciones igualitarias— también era un baluarte del autoritarismo.

La drástica expansión de la matrícula secundaria comenzó durante los gobiernos peronistas, pero en las décadas subsiguientes se diversificó más en materia de clase y género. De 1945 a 1970, la matrícula total se multiplicó por más de cuatro, de 201.000 a 985.000 alumnos.[3] Aunque

[3] Ministerio de Educación y Justicia, *La enseñanza media (1914-1963)*, vol. 1, pp. 58, 63, 77, 78, 161, 299 y 300, y vol. 2, pp. 407-409; Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, vol. 2, p. 5.

los índices de deserción permanecieron altos, el porcentaje de escolarizados dentro de la correspondiente franja etaria (13 a 18 años) no cesaba de crecer. En 1960, el 23% de los chicos y las chicas que conformaban esa franja etaria de la población nacional estaban matriculados en la escuela media, guarismo que escalaba al 52% en el universo poblacional de Buenos Aires.[4] En 1970, cuando el porcentaje nacional casi se había duplicado al 45%, Argentina se situó junto a Uruguay y Chile entre los países latinoamericanos con los índices más altos de matrícula.[5] La expansión de la enseñanza media tuvo tres características significativas. En primer lugar, el cuerpo estudiantil se feminizó: las mujeres representaban el 47% del alumnado en 1950, pero en 1970 habían escalado al 53%.[6] En los años cincuenta, optaban en abrumadora mayoría por una modalidad tradicionalmente femenina: la escuela "normal", que otorgaba el título de magisterio. En los años sesenta, mientras se estancaba el crecimiento de las escuelas normales, las chicas acudieron en tropel a la modalidad comercial.[7] Esta última tendencia permite detectar la segunda característica de la expansión que experimentó la escuela media: la diversificación de clase en el cuerpo estudiantil. Las escuelas comerciales y técnicas formaban a los alumnos para desempeñar tareas vinculadas a los empleos administrativos e industriales, respectivamente. Estas modalidades atraían a cada vez más varones y mujeres de clase media baja y de las capas obreras más altas.[8] Por último, el nivel secundario fue privatizándose de a poco, sobre todo en la vertiente de la enseñanza católica. Este proceso se inició cuando las autoridades de la autodenominada Revolución Libertadora restauraron los subsidios oficiales a las escuelas privadas que había cancelado el peronismo. Entre 1956 y 1958 se fundaron ciento diez escuelas católicas. En 1970, el 30% de los alumnos secundarios asistía a escuelas privadas, en su mayoría católicas.[9]

[4] Consejo Federal de Inversiones, *La educación secundaria en la Argentina*, cuadro 3, s. p.

[5] Germán Rama, "Educación media y estructura social en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, vol. 4, núm. 3, septiembre de 1972, p. 109.

[6] Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1961-1970*, p. 143; *La educación en cifras, 1958-1967*, p. 17.

[7] Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1958-1967*, p. 61; Gallart, "The Evolution of Secondary Education in Argentina", p. 148.

[8] Consejo Nacional de Desarrollo, *Origen socioeconómico y otros factores que inciden sobre el acceso y elección de las carreras de enseñanza media*, pp. 42-51.

[9] "Educación", en *Revista Eclesiástica Argentina*, núm. 2, marzo-abril de 1958, p. 86; Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, vol. 2, p. 13.

La expandida educación secundaria era un campo de batalla donde se enfrentaban proyectos culturales y políticos divergentes. Mientras consolidaban su participación en el nivel secundario mediante el establecimiento de escuelas propias, la jerarquía católica y los grupos en "defensa de la familia" avanzaron un paso más en el intento de extender su influencia también hacia el sistema público. Los grupos católicos conservadores ejercieron presión sobre las autoridades educativas para incorporar la enseñanza de moral y religión en la escuela secundaria —objetivo que lograron en Córdoba en 1963, por ejemplo— e introducir modificaciones en el currículo a fin de reorientarlo hacia la formación de "personalidades cristianas humanistas".[10] Pero los triunfos más significativos de estos sectores se relacionaron menos con los cambios que impulsaban que con la obstaculización de los que rechazaban. Tras las victorias católicas en las batallas por el (no) establecimiento de la coeducación y en pos de (no) extender la orientación psicológica en las escuelas, los educadores y psicopedagogos hicieron oír sus voces. En agosto de 1958, los representantes de la enseñanza pública se reunieron masivamente en Buenos Aires para debatir sobre las maneras de transformar la escuela en una institución que ayudara a los jóvenes a "atravesar los cambios emocionales propios de su edad" y "adaptarse a una sociedad cambiante".[11] Sin embargo, ni este congreso ni los subsiguientes redundaron en propuestas concretas para la reforma del nivel secundario. En 1962, la directora del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires (UBA) llegó a la conclusión de que la escuela secundaria era en sí misma un "obstáculo" para el cambio, un ámbito donde todo era rígido, desde "los planes de estudios y estilos pedagógicos" hasta "las rutinas diarias y los bancos".[12]

Las escuelas secundarias no perdieron su "rigidez" en el transcurso de los años sesenta. Desde su establecimiento hacia fines del siglo XIX, esta instancia del nivel educativo se había estructurado con el propósito último de brindar a los jóvenes un acervo de cultura general. Los pro-

[10] *Resoluciones del Congreso Internacional de Enseñanza Media, 6 al 13 de julio de 1957*, Buenos Aires, 1958, s. p.; Leonard, *Politician, Pupils, and Priests*, pp. 174-176.

[11] "Congreso General de Segunda Enseñanza", en *La Prensa*, 15 de agosto de 1958, p. 6.

[12] Gilda Lamarque de Romero Brest, "Problemas actuales de la educación juvenil y la adolescencia", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. 7, núm. 3, junio-julio de 1962, p. 48.

gramas del bachillerato eran el epítome de la escuela humanista: reservorios de cultura enciclopédica, organizados en torno a materias como Lengua y Literatura, Historia y Educación Cívica, que no capacitaban a los alumnos para practicar una actividad profesional específica, sino que los dotaban de conocimientos generales. En las décadas de 1950 y 1960, aunque los planificadores de la educación debatían sobre las maneras de mejorar la preparación de los "recursos humanos" que necesitaba el país para el desarrollo, y aunque el bachillerato perdió terreno frente a las modalidades comerciales y técnicas, de orientación laboral, la matriz humanística mantuvo su predominio sobre el entero nivel secundario.[13] Durante los primeros tres años, los alumnos de todas las modalidades cursaban el denominado "ciclo común", que asignaba 16 de sus 32 horas semanales a materias relacionadas con las humanidades.[14] Pero no menos rígida que los planes de estudios era la imposición de la obediencia y la disciplina como principios organizadores de la vida escolar. El reglamento oficial, ratificado en 1957, prescribía que la primera obligación de los estudiantes era "obedecer a sus superiores dentro y fuera de la escuela"; en segundo lugar, venía la exigencia de puntualidad, seguida por las normas de higiene y vestimenta. El desempeño académico aparecía recién en cuarto lugar.[15] Algunos educadores más progresistas citaban el reglamento en artículos académicos y conferencias, como prueba de que la escuela reproducía "el autoritarismo frío de los cuarteles militares" contra toda esperanza de formar "ciudadanos democráticos". De acuerdo con uno de ellos, ese autoritarismo chocaba con una oposición creciente, ya que los estudiantes de la época rechazaban "la escuela tal como es".[16]

Tanto los estudiantes como estos educadores centraban sus críticas en la pedagogía enciclopedista. Este fue uno de los aspectos que llamó la atención del sociólogo estadounidense Robert Havighurst en 1961, durante su visita a diez escuelas públicas de Buenos Aires y Mendoza.

[13] Dussel, *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*; Suasnábar, *Universidad e intelectuales*, pp. 137-142.

[14] Ministerio de Educación y Justicia, *Planes de estudio para la enseñanza media*, pp. 3-6.

[15] Ministerio de Educación y Justicia, *Reglamento general para los establecimientos de enseñanza secundaria, normal y especial*, p. 37.

[16] Nicolás Tavella, "Algunas reflexiones sobre los problemas de la escuela media", en *Revista de Educación*, vol. 2, núm. 10, octubre de 1957, p. 110; "Los educadores", en *La Razón*, 13 de mayo de 1959, p. 9; Etcheverry, *El adolescente y la escuela secundaria*.

Havighurst observó que en las aulas predominaba la rutina de las clases magistrales, con un profesor o profesora que hablaba en el frente mientras los alumnos tomaban nota y memorizaban contenidos. En su visita a un colegio de señoritas, por ejemplo, el sociólogo quedó "más impresionado que nunca por la característica común a toda la escuela secundaria argentina: el fervor con que recitan los estudiantes". Havighurst comentó que las alumnas "hacían ademanes ostentosos en el aire e incluso se incorporaban hasta salirse del banco en un esfuerzo desesperado por atraer la atención de la profesora cuando esta formulaba una pregunta". En lugar de disertar, aquella profesora "organizaba una recitación que era un refrito del manual escolar", sin el menor intento siquiera de "alentar a las alumnas a aplicar lo que leían".[17] Aunque el escrito de Havighurst indica que algunos alumnos habían internalizado las reglas —y estaban deseosos de recitar—, otros hacían oír su descontento. En 1956, un grupo de estudiantes se quejaba de que la escuela los veía como "receptáculos vacíos donde verter tanto contenido insignificante" como fuera posible. La situación no había cambiado diez años más tarde, cuando el 78% de los estudiantes consultados por un equipo de la Universidad de La Plata expresó su rechazo a las "clases magistrales".[18] Erigido sobre el pilar central de estas "clases magistrales", el enciclopedismo connotaba tedio y temor. "En la escuela siempre estoy medio dormido, hasta que me llaman al frente", comentó Jorge, un alumno de cuarto año comercial, ante la consulta de un periodista para una nota sobre el nivel secundario.[19] Ser llamado al frente equivalía a ser evaluado. Décadas más tarde, otro de aquellos estudiantes, Gerardo, aún recuerda esa sensación de pánico: "Era todo tan arbitrario... pero arbitrario de la peor manera. [...] Todavía puedo ver la cara de algunos compañeros cuando alguien los llamaba al frente. Estábamos todos aterrados".[20]

[17] Archivo de Robert J. Havighurst, caja 157, carpeta 1, Special Collections Research Center, University of Chicago Library.

[18] Edición especial de *Revista del Mar Dulce*, núm. 2, octubre de 1956, p. 5; Ofelia Ferreiroa, "Experiencias realizadas en una escuela secundaria", en *Revista de Psicología*, núm. 5, 1967, p. 38.

[19] "Problemas de los adolescentes," en *La Razón*, 1° de junio de 1964, p. 17. Véanse otras opiniones de los adolescentes sobre la escuela en Daniel Muchnik, "Cinco años perdidos", en *Panorama*, núm. 34, marzo de 1966, pp. 62-68.

[20] Entrevista con Gerardo D. A fin de proteger la privacidad de mis entrevistados, me refiero a ellos solo por su nombre de pila y en algunos casos la inicial de su apellido, a menos que sean figuras públicas, en cuyo caso menciono su nombre completo.

La experiencia escolar estaba marcada por prácticas autoritarias, que no solo se plasmaban en los estilos pedagógicos sino también en la disciplina y las prescripciones cotidianas. Para los chicos y las chicas que habían inundado las aulas secundarias, por entonces ya expuestos e integrados a las prácticas emergentes de consumo y esparcimiento juvenil, las rutinas y los mandatos de la escuela eran aún más anticuados y autoritarios en comparación con su vida "de afuera". Esa fue la impresión general, por ejemplo, cuando el reglamento incorporó una serie de pautas relacionadas con el atuendo. A fines de los años cincuenta, los alumnos de dos escuelas situadas en un barrio industrial del conurbano bonaerense escribieron composiciones sobre su vida escolar. Algunas de las chicas eligieron el tema de la disciplina en relación con la vestimenta y la obsesiva vigilancia de los celadores, como María Leonor Larrosa, de tercer año:

> Suena el timbre para formar, yo me encuentro en el salón. En la puerta, el celador anuncia:
>
> —Salgan a formar.
>
> Pero yo que estoy terminando de copiar los deberes me hago la sorda. Por fin entre "¡salga!" y "me hago la sorda" empieza el día, ¡el verdadero tormento!
>
> Primero pasa lista, luego con una mirada de lince dictamina como un juez:
>
> —¡Quítese esos aros y esa pintura! ¿Tiene Ud. el distintivo? ¿Trajo Ud. el nombre? ¿Y los zapatos son negros?
>
> ¡Caramba!, ¡qué estrictos estos celadores!

A otras estudiantes les parecía "ridículo" que las mujeres solo pudieran usar falda o vestido: "Para todos los días, las jóvenes ahora usamos buzos gruesos y pantalones, pero es un problema que los directivos del Liceo no nos dejen usarlos ahí".[21] Por otra parte, cuando los varones comenzaron a dejarse el pelo más largo, los directores de muchas escuelas ajustaron otra tuerca del reglamento. A fines de 1968 se incorporó la obligación de usar el pelo a 8 centímetros por encima de los hombros para los estudiantes de sexo masculino. Un alumno se quejaba del hin-

[21] De Raffo, *Dejar crecer*, pp. 80-84, 89 y 90; "La edad ingrata", en *Para Ti*, núm. 2141, 23 de julio de 1963, p. 20.

capié en el "formalismo" que se evidenciaba en esta y otras prescripciones: "Hay que usar corbata, formar fila, dar el presente; una serie de exigencias que no tienen mucho sentido".[22] Con el correr de los años sesenta, los estudiantes se animaban cada vez más a criticar abiertamente las prácticas autoritarias, tachándolas de "ridículas" y "desprovistas de sentido".

Los estudiantes encontraban al menos tres maneras de cuestionar el autoritarismo escolar. Una "táctica de resistencia" muy extendida era "estar en la luna" —distraídos— cuando el docente dictaba su clase magistral. Mientras algunos educadores relacionaban esa falta de atención con aspectos psicológicos de la adolescencia, como la tendencia a "soñar despierto", otros advertían que el problema no era individual sino colectivo. En un manual pedagógico muy difundido, por ejemplo, la educadora Josefa Sastre de Cabot instaba a sus colegas a redefinir los métodos de enseñanza, porque "los estudiantes con una tendencia a la introversión, esos que están 'en la luna', nos están gritando sin palabras".[23] Por otra parte, docentes y funcionarios se preocupaban cada vez más por la indisciplina, que atribuían —con bastante razón, tal vez— a la insatisfacción de los alumnos con la escuela. Un informe reveló que la cantidad de sanciones disciplinarias aplicadas a los estudiantes en 1963 había aumentado un 55% respecto de 1957. Aunque estos porcentajes son cuestionables (porque no toman en cuenta el incremento de la matrícula), permiten entrever la inquietud que sentían educadores y funcionarios por lo que consideraban un "estado de rebelión".[24] Por último, un visible segmento de los estudiantes cuestionaba la escuela (y a veces también a la sociedad que la había creado) a través de la militancia política. Aunque un decreto de 1936 había proscripto la actividad política en la escuela secundaria, los estudiantes podían circunvalar y confrontar esa legislación en ocasiones diversas y con variable intensidad.

[22] Silvia Rudni, "La hora de la verdad", en *Primera Plana,* núm. 309, 30 de noviembre de 1968, pp. 70-73; "Melenudos del mundo, uníos", en *Panorama,* núm. 101, 1º de abril de 1969, pp. 10 y 11.

[23] "Vida intelectual del adolescente", en *Revista de Educación,* vol. 2, núm. 10, octubre de 1957, pp. 50-58; "Adolescencia", en *Revista de Educación,* vol. 2, núm. 12, diciembre de 1957, pp. 601-616; Sastre de Cabot, *La formación del profesor de enseñanza media,* pp. 18 y 19.

[24] "Problemas de la adolescencia", en *La Razón,* 1º de junio de 1964, p. 14; Leguizamón, *La disciplina en la escuela secundaria,* p. 14.

En septiembre y octubre de 1958, los alumnos secundarios marcaron la impronta distintiva de una de las movilizaciones estudiantiles más vastas que haya presenciado la Argentina del siglo XX: las batallas por la educación "laica o libre". En aquella ocasión, salieron a la superficie dos de las organizaciones estudiantiles más longevas de la escuela media: la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) y la Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios (FEMES). La UNES nucleaba a estudiantes nacionalistas de derecha que asistían a escuelas privadas católicas y bachilleratos públicos. Algunos de sus miembros se aliaron a sectores universitarios de la UBA y la Universidad de Córdoba en la agrupación ultraderechista y antisemita Tacuara, desde donde se reivindicaban como la vanguardia de los "libres".[25] Por otra parte, la FEMES (creada en mayo de 1958) estaba ligada a la Federación Juvenil Comunista (FJC) y a los universitarios reformistas.[26] Los varones de la UNES y la FEMES se contaban entre los más bravos combatientes de las batallas diarias. Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1958, los alumnos del Colegio del Salvador organizaron un acto puertas adentro en defensa de la enseñanza libre. Después, apoyados por miembros de la UNES, salieron de la escuela y se trenzaron en una violenta confrontación con los laicos de la FEMES. La policía hizo retroceder a los laicos hacia la Plaza de los Dos Congresos, donde detuvo a 119 varones menores de edad.[27]

Además de los combates callejeros, los estudiantes secundarios —sobre todo los que se identificaban como "laicos"— exhibían notables aptitudes organizativas, disposición a participar en acciones radicalizadas y capacidad para articular sus demandas globales (como la lucha por el monopolio estatal del sistema universitario y contra la propagación de la enseñanza religiosa) con otras demandas más locales y cotidianas. A medida que escalaba el conflicto, se crearon "ligas" en Córdoba, Rosario, Tucumán y Buenos Aires. Los estudiantes nucleados en la Liga del Sur, por ejemplo, que asistían a escuelas de Avellaneda,

[25] "La concentración en Plaza de Mayo", en *La Nación*, 16 de septiembre de 1958, p. 16. Sobre la fundación de Tacuara, véase Gutman, *Tacuara*.

[26] "La Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios", en *Revista del Mar Dulce*, núm. 8, junio-julio de 1958, p. 28; Isidoro Gilbert, *La Fede*, pp. 353-360.

[27] "Las agitaciones estudiantiles", en *La Nación*, 6 de septiembre de 1958, p. 13; para consultar una crónica detallada de los episodios por la "laica o libre", véase Manzano, "Las batallas de los 'laicos'".

Lanús y Lomas de Zamora (el sur industrial del conurbano bonaerense), sostenían que la "libertad de enseñanza" en la educación superior era el primer paso para reponer la enseñanza católica en los niveles inferiores. Esta liga también se colocó a la vanguardia de las acciones más radicalizadas que podían llevar a cabo los estudiantes: la "toma" de establecimientos educativos.[28] A lo largo de varias semanas se multiplicaron los episodios de estudiantes que ocupaban edificios, seguidos de fuerzas policiales que los desalojaban. En algunos casos se sumaban incluso los padres de los alumnos, como en la escuela Normal 4, de la ciudad de Buenos Aires, cuyas "sesenta señoritas ocupantes" estaban acompañadas de sus padres y salieron sin oponer resistencia cuando la policía las conminó a deponer la toma. En contraste, los varones de siete escuelas técnicas y bachilleratos bonaerenses que se negaron a abandonar los edificios fueron desalojados con gases lacrimógenos y después sumariados por usurpación en tribunales de menores.[29] Algunos estudiantes también articulaban la defensa del laicismo con la condena del autoritarismo escolar. Después de ocupar el Comercial 16, un grupo de alumnas acudió a las redacciones de los diarios para denunciar que la directora del colegio era autoritaria y antisemita.[30] El clima de politización envalentonó a muchos estudiantes, que aprovecharon ese telón de fondo para hacer público su descontento por el autoritarismo que percibía cada uno en su escuela. Por otra parte, la vasta participación de los alumnos secundarios en las batallas por la "laica o libre" también evidenciaba un fuerte deseo de interrumpir por un momento la agobiante rutina escolar.

Pero esta escalada de movilizaciones fue un episodio excepcional. Tras la aprobación de la ley que autorizaba el funcionamiento de universidades privadas con derecho a otorgar títulos —y por lo tanto dirimía el conflicto con la victoria de los "libres"—, el Ministerio de Educación intensificó su batería de medidas para desalentar la militancia en las escuelas. Cuando amainó la tormenta de la causa "laica o libre", de hecho, solo los miembros más comprometidos de la FEMES y la UNES mantuvieron su activismo político en determinadas escuelas, con inci-

[28] Mesa "A", factor Estudiantil, legajo 2, DIPPBA.

[29] "Los colegios ocupados en la provincia", en *Clarín*, 30 de septiembre de 1958, p. 20.

[30] "Un grupo de alumnas visitó nuestra redacción. Una denuncia", en *La Razón*, 2 de octubre de 1958, p. 2.

dentes esporádicos de enfrentamiento callejero. En agosto de 1960, varios militantes de la UNES agredieron a un alumno de la escuela Sarmiento —un bachillerato de varones— al grito de "¡Judío comunista!". La FEMES coordinó una campaña contra el antisemitismo y lideró un paro estudiantil con alto acatamiento para condenar el episodio. Pero el Ministerio de Educación también sacó partido del incidente: luego de sumariar a los directivos de la escuela, los separó de sus cargos por no haber impuesto con suficiente firmeza el decreto que prohibía el activismo estudiantil.[31] Inmediatamente después de esos episodios, los militantes de la FJC dejaron constancia de sus crecientes dificultades para impulsar la acción política entre los estudiantes secundarios. De acuerdo con un informe de 1962, la FEMES solo contaba con 679 alumnos de las escuelas porteñas y 288 del conurbano, una pequeña minoría que también incluía a meros "simpatizantes". La conclusión del informe no hacía tanto hincapié en los efectos de la legislación represiva como en el peligro de perder la batalla cultural: los estudiantes se alejaban de la política porque estaban "cayendo bajo el estilo yanqui" y solo les interesaba "bailar el twist".[32] Desde la perspectiva de la FJC, este era el inicio de un nuevo combate, no ya contra los "libres", sino contra el imperialismo yanqui.

También alarmados por la fascinación que causaban los "nuevos ritmos" (como el rock y el twist) entre los alumnos secundarios, los funcionarios estatales y algunos educadores decidieron tomar medidas tendientes a regular la sociabilidad de los estudiantes fuera de la escuela. Sin cejar en sus esfuerzos por impedir la militancia política de los alumnos secundarios, el Ministerio de Educación promovió la creación de clubes escolares. Desde una perspectiva más bien paternalista, los funcionarios vislumbraban estos clubes como espacios que permitirían mantener la vida extraescolar de los jóvenes bajo estricta supervisión adulta. Las autoridades educativas sugerían actividades diversas, como clases de teatro vocacional, campeonatos de ajedrez o visitas a museos.[33]

31 Ministerio de Educación y Justicia, "Resolución 5279" e "Informe Inspector-Sarmiento", caja 815, Colecciones Particulares, AAF-BN.

32 FJC, Balance General, 1962, carpeta 50, PCA.

33 "Clubes Colegiales", en *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Educación y Justicia*, núm. 545, 3 de octubre de 1958, p. 354; "Reglamento de clubes colegiales", en *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Educación y Justicia*, núm. 577-578, 15 de mayo de 1959, p. 335.

Previsiblemente, la iniciativa resultó un fiasco: ni la idea de crear los clubes ni la oferta de otras actividades extraescolares despertaron el entusiasmo de los alumnos. Ante el inesperado éxito de la música folclórica —que a principios de los años sesenta competía con el rock por la atención de los jóvenes—, la Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior promovió un concurso de danzas autóctonas, pero la insistencia en la invitación a los estudiantes sugiere que la convocatoria no obtuvo la respuesta esperada. Sin embargo, muchos alumnos solicitaron permiso para participar en los concursos de folclore que organizaba un programa de televisión.[34] El problema no era la actividad, sino el anfitrión y el lugar: para los estudiantes secundarios, la diversión y el esparcimiento eran la antítesis de la escuela.

La resistencia a permanecer en la escuela fuera de lo estrictamente necesario no impedía que la mayoría de los estudiantes se zambullera con entusiasmo en la nueva vida social que había forjado con sus pares en torno a la experiencia de cursar el secundario. Las esquinas de las escuelas se convirtieron literalmente en una zona de frontera, cuya "soberanía" se disputaba entre los alumnos y las autoridades estatales. El novelista Bernardo Verbitsky describe vívidamente las esquinas de aquella época —cuando las escuelas porteñas todavía no eran mixtas— como "el cotidiano paseo que equivalía a la vuelta de la retreta de los pueblos", un lugar para "exhibirse y ver a los demás", donde las "chicas que desfilaban del brazo ocupando en casi todo su ancho la vereda" pasaban frente a los "grupos de muchachos que miraban y, entre sonrisas, lanzaban en voz alta sus comentarios".[35] La práctica diaria de demorarse en las esquinas se expandió tanto como la matrícula escolar: para los chicos y las chicas, esas congregaciones eran una manera de escapar, todos los días, al menos por un rato, de la vigilancia adulta. A medida que se expandía la popularidad de la nueva costumbre, sin embargo, la Dirección General de Enseñanza Secundaria comenzó a requerir con creciente apremio que los directores inspeccionaran la conducta de los alumnos en los alrededores de los establecimientos educativos; sin embargo, también en este caso, la propia insistencia de la exhortación

[34] Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, circulares núm. 7/961, 16 de junio de 1961; núm. 26/961, 28 de agosto de 1961; núm. 22/962, 26 de abril de 1962; núm. 12/964, 12 de abril de 1964, JVG.

[35] Bernardo Verbitsky, *Una cita con la vida*, pp. 35 y 37.

delata la impotencia de las autoridades para llevar a cabo la tarea.[36] En líneas generales, los alumnos mantuvieron su soberanía sobre el territorio de las esquinas. Asimismo, tenían en su haber una fecha especial: el 21 de septiembre, inicio de la primavera y Día del Estudiante. Desde mediados de los años cincuenta, los alumnos de las escuelas públicas y privadas celebraron su día ocupando las plazas, los parques y las calles céntricas, además de organizar picnics y concursos de baile.

Para un creciente segmento de los jóvenes, la experiencia escolar abrió las puertas a nuevas formas de sociabilidad, tanto dentro como fuera de las aulas. La mayoría de esos adolescentes también era primera generación de estudiantes en su familia, circunstancia que los habilitaba a discutir cuestiones de autoridad en el ámbito hogareño y revisar ideales afianzados de la movilidad social ascendente. Carlos, consciente del respeto que le prodigaban sus padres obreros por su condición de estudiante, recuerda que aprendió a "manipular la situación para conseguir más libertades". Cuando le pregunté en qué consistían esas estrategias, me respondió que "sacaba notas más o menos buenas y después hacía lo que quería".[37] Ser estudiante de primera generación —y varón— le otorgaba ventaja para negociar sus libertades. Pero la ventaja no era gratuita: también cargaban con una gran responsabilidad. Eduardo, por ejemplo, recuerda que sentía "la presión de toda la familia cada vez que rendía examen" en la escuela. Era consciente del sacrificio económico que hacían sus padres para que él cursara el secundario —en lugar de tener que trabajar en una fábrica, como su hermano mayor— y "no quería reprobar".[38] Tanto la familia de Carlos como la de Eduardo depositaban en sus hijos varones la esperanza de la mejora social intergeneracional.

Desde los años peronistas hasta bien entrada la década de 1960, muchos argentinos emprendieron sucesivamente el proyecto centenario del ascenso social por la escalera de la educación. Compartían el ideal de brindar a los hijos la oportunidad de superar el nivel educativo de los padres, ante todo para que pudieran acceder a una vida más holgada. Este fue un componente clave del imaginario común a varias generaciones consecutivas de argentinos, que concebían el avance individual

[36] Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, circulares núm. 943/962, 5 de septiembre de 1962; núm. 21/963, 15 de abril de 1963; núm. 26/963, 12 de mayo de 1963; núm. 12/964, 12 de abril de 1964, JVG.

[37] Entrevista con Carlos U.

[38] Entrevista con Eduardo F.

en consonancia con el "progreso" colectivo de la nación. La educación —sobre todo el título secundario— se percibía como la llave que abría las puertas del empleo "respetable". En el caso ideal, permitiría que los hijos de familias obreras ascendieran a puestos administrativos para sumarse a las lábiles "clases medias".[39] En los años cincuenta y sesenta, las familias de las capas trabajadoras y medias bajas accedieron a los recursos necesarios para sostener la educación secundaria de sus hijos, fenómeno que se refleja con claridad en las estadísticas laborales: los varones de 14 a 19 años redujeron su participación en el mercado de trabajo del 73% en 1947 al 57% en 1970.[40] Algunos sociólogos de los años sesenta no dejan lugar a dudas: la expansión de la matrícula secundaria preparó el terreno para la homogeneización social. Ciertamente, la escuela secundaria fue más permeable a la inclusión de adolescentes provenientes del mundo obrero en esa década que en la primera mitad del siglo XX, pero esa permeabilidad no implicó el eclipse de las identidades de clase entre los estudiantes. Tanto las escuelas como las culturas de consumo —como veremos en el próximo capítulo— fueron espacios sociales donde se articularon heterogeneidades (con clivajes de clase y de género) entre los y las jóvenes.

Las escuelas secundarias de la época no representaban solo un acceso "asequible" a las dinámicas de la modernización sociocultural; también eran avenidas del autoritarismo institucional que acompañaba y condicionaba esas dinámicas. Las reiteradas quejas de los alumnos permiten entrever la persistencia del "autoritarismo enciclopedista" en el nivel secundario, con su habitual hincapié en la disciplina, el orden y la imposición de rutinas. La terca inalterabilidad de las escuelas causaba cada vez más descontento entre los estudiantes a medida que avanzaban los años sesenta. Quienes llegaban a la universidad —en especial a determinadas facultades— descubrían un mundo diferente. De 1956 a 1966, algunas facultades promovieron una experimentación académica que incorporaba, de innumerables maneras, la participación de los estudiantes. Los alumnos que pasaban de la escuela secundaria a una de estas facultades innovadoras ingresaban en un mundo que, comparativamente, parecía más animado y más "moderno".

[39] Sobre la confianza secular en la educación, véase Adamovsky, *Historia de la clase media argentina*.

[40] Torrado, *Estructura social de la Argentina*, p. 93.

El tiempo de la universidad

Tras la caída del peronismo comenzó a emerger un consenso político en torno a la necesidad de renovar la educación superior, un proyecto que incluía la creación de nuevas universidades nacionales y el impulso de la investigación en el marco del sistema universitario a fin de producir un conocimiento apto para la sociedad "en proceso de cambio". Aunque en teoría abarcaba todo el sistema universitario, el proyecto se limitó a facultades específicas de algunas universidades, como la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y la UBA. En la UBA, especialmente entre 1957 y 1962, los cuerpos de profesores, graduados y estudiantes acordaron una serie de transformaciones que reenfocaron la institución en el componente investigativo, con reglas para establecer una carrera académica, contratar profesores con dedicación exclusiva e inaugurar programas y carreras, sobre todo en el campo de las ciencias naturales y sociales.[41] En determinadas facultades, además, los estudiantes desempeñaron un papel de liderazgo en la renovación de la dinámica universitaria y la orientación de sus carreras. En otro orden de cosas, también crearon nuevas formas de sociabilidad y consumos culturales que los convirtieron en el epítome de los "jóvenes modernos".

Como en el caso del nivel secundario, el crecimiento de la matrícula universitaria comenzó en los años peronistas y continuó durante las décadas posteriores. La matrícula total se multiplicó por siete entre 1945 y 1972, de 48.000 a 330.000 estudiantes.[42] Este incremento fue un fenómeno trasnacional en América Latina. En Brasil, por ejemplo, la matrícula total escaló casi al doble en apenas cuatro años, de 142.000 estudiantes en 1964 a 258.000 en 1968, mientras que en México aumentó de 70.000 en 1959 a 440.000 en 1974.[43] Pero Argentina se distinguía de sus vecinos latinoamericanos por un aspecto crucial: a principios de los años sesenta, el país ocupaba el tercer puesto mundial en porcentaje de población matriculada en la universidad. En Argentina había 756 estudiantes universitarios por cada 100.000 habitantes, mientras que México

[41] Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, pp. 178-190.
[42] Tedesco, "Modernización y democratización...", pp. 274 y 275; Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*.
[43] Ríos, *The University Student and Brazilian Society*, p. 7; Castrejón Díez, *La educación superior en México*, p. 49.

y Brasil registraban apenas 207 y 117, respectivamente.[44] Aunque los estudiantes universitarios de 20 a 24 años representaban una minoría de su franja etaria, el porcentaje creció a ritmo constante: del 5% en 1950 escaló al 11% en 1960 y al 20% en 1972.[45] La universidad argentina "penetró" en segmentos más amplios de la clase media e incorporó de manera gradual a los hijos de pequeños comerciantes, empleados administrativos, docentes y obreros calificados. A mediados de los años sesenta, el 70% de los estudiantes universitarios era de primera generación. También se feminizó cada vez más el alumnado, tal como en la escuela secundaria: en la UBA, el porcentaje de mujeres estudiantes creció rápidamente del 26% en 1958 al 41% en 1972.[46]

En lo que concierne al crecimiento de la matrícula, la feminización y la visibilidad cultural, el cambio más rotundo tuvo lugar en la facultad "estrella" de la renovación universitaria: Filosofía y Letras de la UBA. Esta facultad también ejemplificó el alcance y los límites de los proyectos modernizadores de orientación reformista. Las nuevas carreras creadas en el bienio 1957-1958 —Psicología, Sociología, Antropología y Ciencias de la Educación— renovaron el ímpetu de la facultad, tal como se reflejó en la expansión de la matrícula. Entre 1958 y 1968, mientras el cuerpo estudiantil de toda la UBA se incrementaba en el 29%, el de Filosofía y Letras lo hizo en el 248%: escaló de 2.200 a 8.900 estudiantes, de los cuales el 75% eran mujeres. Y en 1968, la mitad de esos estudiantes cursaba Psicología o Sociología.[47] La institución también se convirtió en un faro de la modernización cultural. Algunos de sus profesores, como el sociólogo Gino Germani y el psicoanalista José Bleger, se contaban entre los intelectuales más influyentes. Ambos confirieron a sus respectivas áreas curriculares un halo de modernidad que ayuda a explicar por qué tantos jóvenes optaban por las nuevas carreras sin saber a ciencia cierta qué les depararía su futura vida profesional. La observación atenta de este ejemplo singular —un verdadero enclave— revela en gran medida cómo se percibía y se forjaba la "modernización cultural" a

[44] Germani y Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, p. 14.

[45] Cano, *La educación superior en Argentina*, p. 46. En México, en 1970, solo el 9% del grupo etario 19-24 estaba inscripto en la universidad. Véase Castrejón Díez, *La educación superior en México*, p. 50.

[46] Universidad de Buenos Aires, *Censo general de alumnos, 1968*, p. 9; Klubitschko, *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, p. 19.

[47] Universidad de Buenos Aires, *Censo general de alumnos, 1968*, pp. 4 y 103.

principios de los años sesenta, e ilumina la relación de algunos estudiantes universitarios con el tan deseado —y tan temido— cambio político, cultural y sexual.

Como la mayoría de sus colegas inscriptos en otras facultades y universidades, los jóvenes que estudiaron en Filosofía y Letras durante la etapa posperonista fueron copartícipes de su renovación. Su centralidad inicial se debió al papel que desempeñaron como opositores al peronismo. Durante los mandatos de Perón, un puñado de estudiantes reformistas mantuvo en funcionamiento el centro de estudiantes. En el intento de crear una suerte de universidad "paralela", el centro invitaba cada tanto a profesores que habían quedado cesantes o habían renunciado a sus cargos.[48] También convocó a una serie de paros contra la obligatoriedad de una materia sobre formación política que terminó con numerosos estudiantes arrestados.[49] Los estudiantes activistas no solo ocuparon la facultad mientras se desarrollaba el golpe de Estado, sino que además formaron parte de una iniciativa polémica una vez instaurado el régimen militar: la selección de nuevos profesores, principalmente sobre la base de los antecedentes políticos, y la exclusión de candidatos con indicios "peronistas" en el currículum vitae.[50] Como el resto de las universidades nacionales, la UBA formó un gobierno tripartito de profesores, estudiantes y graduados. De 1957 a 1964, el Movimiento Universitario Reformista mantuvo el control del centro de estudiantes y la mayoría representativa en el consejo directivo en la facultad.[51] El gobierno tripartito habilitaba la participación de los alumnos en los procesos decisorios.

Muchos estudiantes contribuyeron a planificar los currículos y las innovaciones teóricas de sus carreras. Un caso notable fue el flamante Departamento de Psicología. Su fundación había entrañado negociaciones entre distintos enfoques teóricos con prevalencia inicial de la deno-

48 Terán, *En busca de la ideología argentina*, pp. 194-253.

49 "Estudiantiles", en *Centro*, núm. 3, septiembre de 1952, pp. 52-57; "El Centro", en *Centro*, núm. 4, diciembre de 1952, p. 52; "El Centro", en *Centro*, núm. 7, diciembre de 1953, p. 52.

50 Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, pp. 187-192; Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, pp. 233-238.

51 "Acta de elecciones estudiantiles al Consejo Directivo", caja 731, documento 204; "Actas de elecciones de alumnos a Juntas Departamentales", caja 733, documento 7341; caja 734, documento 11951; caja 732, documento 15038; caja 736, documento 18269; "Cambio de composición del centro de estudiantes", caja 732, documento 15889/62, documento 19989/63, FFyL-UBA.

minada "psicología académica", pero la mayoría de los estudiantes que ingresaron masivamente a la carrera —cuya matrícula pasó de 13 a 1.450 inscriptos entre 1958 y 1960— llegaron atraídos por la perspectiva de acceder a una formación psicoanalítica.[52] En consecuencia, los alumnos se sumaron a algunos profesores para exigir cambios curriculares a través de la junta departamental: su apoyo fue decisivo, por ejemplo, para colocar a un profesor simpatizante del psicoanálisis en la cátedra más importante de la carrera.[53] Algunos estudiantes de Antropología también se organizaron para presionar a sus docentes a fin de que se regularizara el trabajo de campo, pero fracasaron en la demanda de incorporar la antropología social al programa de la carrera. De todos modos, recurrieron a sociólogos como Gino Germani, quien invitó al antropólogo estadounidense Ralph Beals a dictar seminarios en la facultad.[54] Los estudiantes actuaban colectivamente a fin de reorientar sus carreras de acuerdo con sus opciones teóricas predilectas. Otros estudiantes no tuvieron tanta suerte: en la Universidad de Córdoba, el "bloque tradicionalista" de profesores impidió la creación de carreras vinculadas a las ciencias sociales en explícita oposición a los deseos del alumnado. El ámbito propicio que ofrecía Filosofía y Letras de la UBA a la voz de los estudiantes implicaba el reconocimiento del papel que estos desempeñaban en la "modernización" del ámbito intelectual.

En sus recuerdos de juventud, los estudiantes de entonces evocan un clima de optimismo, la sensación de ser participantes activos, e incluso protagonistas, de un ámbito cultural en pleno proceso de cambio. Eduardo, exalumno de Historia, reconstruye su vida universitaria contrastándola con la experiencia previa del secundario y con la rutina simultánea de oficinista. En el extremo opuesto a la escuela y la oficina, donde todo era "monotonía" y "aburrimiento", la vida universitaria era "una cosa exultante". Analía cuenta que "la facultad y las zonas aledañas" eran lugares "llenos de vida", donde ella y sus compañeros de Sociología se sentían "mejor que en casa".[55] ¿Qué significaba aquella vida para

[52] Universidad de Buenos Aires, "Memoria 1960", p. 148, manuscrito inédito, SISBI-UBA.

[53] Entrevista con Juan Azcoaga, de Pablo Yankelevich, 29 de octubre de 1987; entrevista con Enrique Butelman, de Nora Pagano, 23 de junio de 1988, AHO-UBA; "Concurso de Introducción a la Psicología", caja 725, documento 15051, FFyL-UBA.

[54] Entrevista con Mirtha Lischetti; Buchbinder, *Historia de la facultad de Filosofía y Letras*, p. 196.

[55] Entrevista con Eduardo F.; entrevista con Analía K.

muchos de sus jóvenes protagonistas? Tanto la perspectiva de seguir una carrera elegida por vocación como la oportunidad de participar en debates teóricos y académicos son explicaciones plausibles para su percepción de la facultad como un espacio exultante. Pero no alcanzan para dar cuenta de toda la efervescencia que reviven sus evocaciones: la representación (y autorrepresentación) de esa facultad —de sus estudiantes— como el epítome y la vanguardia de la modernización cultural se debía también al advenimiento de una nueva sociabilidad y de nuevos consumos culturales.

Hasta mediados de los años sesenta, la Facultad de Filosofía y Letras desarrolló gran parte de sus actividades en pleno centro porteño, un enclave cada vez más cosmopolita e iconoclasta. Hasta 1965, las instalaciones se repartían entre varios edificios dispersos por las calles Viamonte y Florida. Los numerosos bares y cafés concentrados en esas cuadras eran los sitios privilegiados de la sociabilidad estudiantil, sobre todo en el populoso turno vespertino, al que concurría el grueso de los estudiantes que trabajaba durante el día en empleos de medio tiempo o tiempo completo.[56] El intelectual Blas Alberti, por entonces estudiante de Antropología, recordaba así la cotidianeidad universitaria: "Yo llegaba al [bar] Coto después del trabajo, alrededor de las 6. Me ponía a leer, me encontraba con gente, y ahí empezábamos a discutir de política, de las noticias del día". Alberti interrumpía la tertulia cuando llegaba el momento de ir a clase, pero volvía al bar apenas terminaba para quedarse charlando hasta altas horas de la noche.[57] Los bares también podían funcionar como aulas alternativas: algunos intelectuales organizaban grupos para estudiar autores que no estaban incluidos en el programa formal, como Jean-Paul Sartre.[58] Aparte de bares y librerías, había cineclubes como el del centro de estudiantes y cines que proyectaban largometrajes europeos.[59] A partir de 1963, la Facultad de Filosofía y Letras también compartió barrio con el centro de arte moderno por excelencia: el Instituto Di Tella (IDT), que producía y exhibía obras de vanguardia —sobre todo

[56] En 1964, el 72% de los estudiantes de esa facultad trabajaban en empleos de medio tiempo o jornada completa, superando en un 6% el promedio de la población estudiantil total de la UBA. Universidad de Buenos Aires, *Censo general de alumnos, 1964*, pp. 231 y 241. AHO-UBA.

[57] Entrevista con Blas Alberti, de Patricia Funes, 19 de febrero de 1989, AHO-UBA.

[58] Entrevista con Elena A.

[59] Durante 1960, el centro de estudiantes organizó un cineclub y un club de teatro. Véase "Carta de la Comisión Directiva del CEFYL al decano", caja 731, documento 10710, FFYL-UBA.

de artes visuales, música y teatro— con miras a hacer de Buenos Aires una capital mundial del arte contemporáneo.[60] Beatriz Sarlo describe su formación intelectual como una combinación de asistencia a las clases, lecturas diversificadas y visitas al Di Tella: "Ese era un triángulo privilegiado, que marcó la 'trama cultural' de los sesenta".[61] Los estudiantes de Filosofía y Letras contribuyeron a forjar y desplegar la modernización de la cultura argentina como miembros de una renovada experiencia universitaria, como lectores y como consumidores de arte.

Pero la modernización tenía sus límites aun en ese enclave, tal como lo ilustra un "escándalo sexual" de fuertes repercusiones en la época. La revista del centro de estudiantes *(Centro)* publicó en 1959 un cuento titulado "La narración de la historia", del alumno de Filosofía Carlos Correas, sobre los encuentros homosexuales entre un estudiante universitario de clase media y un chico humilde del conurbano bonaerense.[62] Sin perder un segundo, el consejo directivo puso el grito en el cielo, deplorando que "las páginas de una publicación relacionada con esta facultad" se hubieran usado "para atentar contra su buen nombre y tradicional prestigio". Además, un grupo de estudiantes católicos exigió la prohibición de *Centro*.[63] Al tomar conocimiento del asunto, el fiscal de distrito Guillermo de la Riestra —famoso por sus operaciones de censura— inició una causa contra Correas y el comité editorial de *Centro*. Sus acciones incluyeron redadas espectaculares en el centro de estudiantes, autorizadas por el rector, quien también suministró al juez los domicilios particulares de los estudiantes que integraban el comité editorial.[64] Finalmente, solo Correas y el editor principal de *Centro*, Jorge Lafforgue, fueron procesados por "difusión de materiales obscenos". Lafforgue recuerda que "hasta los profesores más 'liberales', así, entre comillas, cerraron la boca". Aunque él se ocupó personalmente de pedir solidaridad a docentes y alumnos, "la verdad es que a nadie le importaba,

[60] Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política*, pp. 144-152 y 210-215; King, *El Di Tella*...

[61] Entrevista con Beatriz Sarlo, en King, *El Di Tella*..., pp. 301 y 302.

[62] Carlos Correas, "La narración de la historia", en *Centro*, núm. 14, diciembre de 1959.

[63] Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras, resolución núm. 60, 24 de diciembre de 1959, caja 729, documento 7487; Asociación Universitaria de Estudiantes al Consejo, 19 de abril de 1960, caja 731, documento 7227, FFyL-UBA.

[64] Carta del juez Buero al decano Morínigo, mayo de 1960, caja 729, documento 7487, FFyL-UBA.

ni a muchos estudiantes y, por cierto, no a los profesores".[65] El resultado del caso pone en evidencia los límites del enclave modernizante. Por un lado, es probable que ningún otro periódico estudiantil, y mucho menos los medios comerciales, hubieran osado publicar el cuento de Correas. Hacerlo fue una decisión audaz que en última instancia dio por tierra con el proyecto de *Centro*, a raíz de que la publicación perdió sus auspiciantes políticos y financieros. Por el otro, además del proceso judicial, los estudiantes debieron hacer frente a la oposición activa del alumnado católico, el rector y el consejo directivo de la facultad, todos ellos comprometidos en teoría con una retórica democrática (que incluía el derecho a la libre expresión). El cuento de Correas dejó al descubierto los límites de lo aceptable en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA: representar el deseo homoerótico era inaceptable.

Sin embargo, con el correr de los años sesenta, la Facultad de Filosofía y Letras encarnó una vanguardia de la revolución política y también de la revolución sexual. En las encuestas sobre los hábitos sexuales de los argentinos, las revistas solían incluir a "un estudiante de Filosofía y Letras", seguramente con la expectativa de obtener las declaraciones más radicales. Una joven de 22 años que estudiaba Psicología, por ejemplo, dio prueba de su "liberalidad" cuando, en respuesta a una pregunta sobre el sexo prematrimonial, aseveró que la virginidad no tenía "ningún valor. Si las mujeres no tuvieran himen, seguramente se habría inventado otro tabú".[66] Las "chicas de Filosofía y Letras" representaban la liberalización de los hábitos heterosexuales. Pero esta facultad también representaba la radicalización política, tanto de los estudiantes como de los profesores. Por ejemplo, el boletín oficial de la Comisión Episcopal, organismo representante de la jerarquía eclesiástica católica, tildaba al sociólogo Germani y a la psiquiatra Reca de "heraldos del marxismo" en la facultad, aunque ambos estaban lejos de esa línea teórica. Esta representación permeaba asimismo los semanarios comerciales. En una nota de 1962, la revista *Atlántida* identificó específicamente a los estudiantes de Sociología como la punta del iceberg de la "infiltración comunista" en la UBA.[67] Con su

[65] Entrevista con Jorge Lafforgue.

[66] "¿Revolución sexual en Argentina?", en *Confirmado*, núm. 16, 18 de agosto de 1965, pp. 32-35.

[67] "Escuela Normal 4", en *Boletín AICA*, núm. 176, 23 de octubre de 1959, p. 3; "Gino Germani", en *Boletín AICA*, núm. 216, 29 de julio 1960, p. 3; "Definición en la Universidad", en *Atlántida*, núm. 1148, octubre de 1962, p. 31.

alto perfil, la facultad sobresalía como blanco predilecto de una campaña anticomunista que cobraba creciente intensidad.

Un episodio de 1964 "confirmó" las suspicacias que despertaba la radicalización de Filosofía y Letras. El Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), un grupo al mando del periodista Jorge Masetti y apoyado por el Che Guevara, desarrolló un foco rural en la provincia de Salta. Los resultados de la experiencia fueron calamitosos: de los treinta guerrilleros, algunos murieron de hambre, mientras otros mataban a los camaradas que intentaban abandonar el proyecto. Varios fueron asesinados o encarcelados por la Gendarmería. Dos de los muertos eran estudiantes de Filosofía y Letras.[68] En una declaración muy difundida, el consejo directivo de la facultad (cuyos miembros habían girado hacia la izquierda desde los tiempos del *affaire* Correas) deploró "la trágica muerte de los estudiantes en Salta". El historiador social José Luis Romero, decano de la facultad, aseveró que los miembros del grupo "no eran delincuentes comunes, sino jóvenes que, equivocados o no, adoptaron una dramática resolución en respuesta a bien conocidas situaciones del país".[69] En la amplificación periodística de los episodios, un periodista llegó a decir que los bares aledaños a la facultad albergaban "una plétora de guerrilleros barbudos, reales o imaginarios".[70] Los ecos de esta percepción resonaron también en el ámbito académico extranjero. En uno de los ensayos tal vez más influyentes sobre política estudiantil, Seymour Lipset subrayó que la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA era "por lejos, la más radicalizada" de América Latina.[71] Sin embargo, ni los académicos ni los periodistas aclaraban que el EGP también se había ganado el apoyo de otros grupos, entre los que se destacaban los estudiantes e intelectuales recién escindidos del Partido Comunista cordobés.[72] Lejos de lo que conjeturaban los exagerados clamores del periodismo —compartidos por la jerarquía eclesiástica, ciertos políticos e incluso algunos académicos—, este episodio sacó a

[68] Sobre el EGP, véase Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*.

[69] "Episodios del 9 de junio", en *Gaceta de Filosofía y Letras*, año 2, núm. 5, julio de 1964, pp. 8-11.

[70] "Reportaje al terrorismo argentino", en *Confirmado*, núm. 18, 2 de septiembre de 1965, p. 14.

[71] Seymour Lipset, "University Students and Politics in Underdeveloped Countries", en *Minerva*, vol. 3, núm. 1, otoño de 1964, p. 53.

[72] Burgos, *Los gramscianos argentinos*, pp. 83-93.

la luz profundos cambios que se habían dado en el interior del movimiento estudiantil.

Los "estudiantes radicalizados" y el eclipse del reformismo

Los sectores más activos del movimiento estudiantil participaban en los cambios que tenían lugar en todo el espectro político, pero sobre todo en la izquierda. Como parte de este proceso, los grupos reformistas de izquierda se aliaron a otros —incluidos católicos y peronistas— en la crítica a lo que veían como fallas de los proyectos reformistas centrados en la universidad y ligados al desarrollo. Las anteriores divisiones entre reformistas y no reformistas, entre laicos y católicos, e incluso entre peronistas y antiperonistas, comenzaron a desdibujarse en las prácticas de una militancia estudiantil que de a poco fue adoptando ideas antiimperialistas e incluso anticapitalistas. Los militantes —que por cierto eran una minoría en el cuerpo estudiantil— daban muestras de una profunda transformación, cuyo epítome era la figura del "estudiante radicalizado". En la opinión de algunos académicos, periodistas, políticos y profesores, los "estudiantes radicalizados" ponían en peligro el aceitado funcionamiento de la universidad y el destino de la nación. Esos estudiantes —y la institución universitaria en general— se convirtieron en blanco de una creciente campaña anticomunista que culminó en la intervención militar tras el golpe de 1966.

Entre el conflicto de 1958 por la "laica o libre" y la intervención militar de 1966, el reformismo acumuló éxitos en la política universitaria, pero también atravesó un proceso de continua fragmentación. De un lado, por primera vez en un período relativamente largo, la mayoría de las universidades nacionales estuvieron gobernadas mediante el sistema reformista, con estudiantes y profesores aliados en la defensa del cogobierno y la autonomía. Del otro, el reformismo se fragmentaba permanentemente por desacuerdos en torno a cuestiones extrauniversitarias e incluso extranjeras, como lo ejemplifican los debates que detonó la Revolución Cubana. Tal como ocurrió en otros países latinoamericanos, las expectativas iniciales que despertó el proceso cubano en Argentina excedieron a la izquierda. En marzo de 1959, por ejemplo, el rector de la UBA, Risieri Frondizi, elogió a los jóvenes cubanos con cuya "participación activa" se había logrado "la más reciente conquista de la liber-

tad y la dignidad en suelo de América".[73] Destacando la actuación de los estudiantes cubanos que habían unido fuerzas con otros sectores para acabar con la dictadura de Fulgencio Batista, Frondizi remarcó ante su público la necesidad de poner en práctica los "ideales" reformistas, como el derecho a la autodeterminación de los pueblos y la posibilidad de una "labor común" entre las universidades latinoamericanas.[74] Pero a medida que avanzaba el proceso revolucionario cubano, los partidarios como Frondizi comenzaron a tomar distancia. En contraste, parte de la izquierda interpretó el proceso cubano como la etapa final del movimiento reformista: "Hoy solo el viejo estudiante reformista Fidel Castro —escribió David Viñas— está cumpliendo con el proyecto de la reforma".[75] Para los reformistas de izquierda, concretar los "viejos" ideales entrañaba una actualización de componentes radicalizados y antiimperialistas.

El apoyo a la Revolución Cubana también sirvió para forjar alianzas prácticas entre militantes reformistas y no reformistas. El "partido cubano" —como lo denominó la socióloga Silvia Sigal—[76] era una identidad imaginaria transversal de estudiantes e intelectuales marxistas y nacionalistas, que en abril de 1961 se pusieron a la vanguardia de las movilizaciones contra la invasión estadounidense a la bahía de Cochinos. Un sociólogo de Estados Unidos que dictaba clases en Filosofía y Letras cuenta en sus memorias que los miembros de un "comité procubano" ingresaron al aula en una oportunidad para convocar a una movilización: de los 45 alumnos presentes, solo tres permanecieron en sus asientos.[77] En Buenos Aires, Rosario y Córdoba, miles de estudiantes se manifestaron y decenas pasaron noches en la cárcel. Estos militantes no solo repudiaban una desembozada intrusión imperialista como la invasión a la bahía de Cochinos, sino que también expresaban una visible fascinación con la épica de los guerrilleros cubanos, sentimiento que compartían con sus colegas mexicanos e incluso estadounidenses.[78] A ins-

[73] "Discurso del rector Risieri Frondizi al inaugurar los cursos", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año 4, núm. 1, enero-marzo de 1959, p. 110.

[74] Sobre el latinoamericanismo de la reforma, véase Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, pp. 65-75.

[75] David Viñas, "Good Bye, Mr. Haya", en *Che*, núm. 9, 9 de marzo de 1961, s. p.

[76] Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, pp. 163-171.

[77] Papeles de Robert J. Havighurst, caja 144, carpeta 12, Special Collections Research Center, University of Chicago Library.

[78] "Repercusiones por Cuba", en *La Razón*, 19 de abril de 1961, p. 1. Sobre México y Estados Unidos, véanse Zolov, "¡Cuba sí, yanquis no!", y Gosse, *Where the Boys Are*.

tancias de los grupos que acababan de escindirse del "viejo" Partido Socialista, los estudiantes argentinos crearon organizaciones de solidaridad con Cuba, que estimularon el debate sobre la "vía revolucionaria cubana" e impulsaron el objetivo, finalmente incumplido, de preparar brigadas para colaborar in situ. En algunos escenarios, como el de Córdoba, el "giro" cubano abrió una clara divisoria de aguas entre el reformismo de izquierda y el reformismo moderado, a causa de que este último rehusó sumarse a las organizaciones de solidaridad.[79] Más en general, a medida que consolidaban el "partido cubano", las organizaciones reformularon las identidades políticas previas del movimiento estudiantil, desplazando el clivaje del reformismo a un lugar secundario. El nuevo y más radicalizado antiimperialismo fue la piedra de toque para criticar el devenir de la "modernización" universitaria, y por ende abrir más fisuras entre los reformistas.

A principios de los años sesenta, el entusiasmo inicial por la modernización universitaria ya había comenzado a esfumarse en epicentros como la UBA. Los problemas financieros de la universidad ponían coto a su renovación, circunstancia que los estudiantes de izquierda veían como una puerta abierta a la "penetración del imperialismo en la vida cultural" a través de la academia. Así lo enunciaba Carlos Barbé, un expresidente de la FUBA: "El camino a recorrer es simple. Se comienza por cercar presupuestariamente a nuestras universidades con el beneplácito de nuestros disciplinados gobiernos. Luego se les ofrecen 'ayudas' por parte de cualquiera de las benéficas 'fundaciones' de turno". Las fundaciones —explicaba Barbé— podían así condicionar la agenda de investigación, imponiendo temas en beneficio de intereses externos y creando obstáculos a la producción de conocimientos con "las miras puestas en las necesidades del país".[80] Los estudiantes no solo criticaban al gobierno por recortar los presupuestos universitarios, sino también denostaban a los profesores que aceptaban becas de las fundaciones Rockefeller y Ford. Estos profesores encarnaban lo que los estudiantes tachaban de "cientificismo", o bien, como lo expresó un militante, "la ideología de quienes modernizaron la universidad con el fin de formar científicos para el

[79] Véanse Tortti, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*, pp. 206-210, y Ferrero, *Historia crítica del movimiento estudiantil en Córdoba*, p. 79.

[80] Carlos Barbé, "Entre la universidad y el miedo", en *Che*, núm. 14, 17 de mayo de 1961, p. 8.

imperialismo".[81] El rechazo del cientificismo gestó tensiones entre quienes antes habían sido aliados: los profesores del "viejo reformismo" no podían alinearse con estudiantes que los criticaban despiadadamente.[82] Algunos de esos estudiantes también optaron por abandonar el reformismo. Por ejemplo, la Tendencia Antiimperialista Universitaria (TAU), un grupo minúsculo pero típico de la UBA, alegaba que la derrota en el conflicto por la "laica o libre" y los estragos del cientificismo habían herido de muerte al movimiento reformista.[83] La TAU y otras agrupaciones alineadas con una orientación política que comenzaba a identificarse como "izquierda nacional" bregaban por la formación de un bloque antiimperialista con bases obreras que se impusiera sobre el reformismo.

El renovado impulso antiimperialista y la consigna de "luchar junto a los trabajadores" pasaron a ser prioridades ideológicas para el movimiento estudiantil. Aunque el acercamiento entre los estudiantes y la militancia sindical alcanzó amplia significación recién a fines de los años sesenta, antes se concretaron algunos encuentros localizados. Entre 1963 y 1964, la Confederación General del Trabajo (CGT), conducida por sectores ortodoxos del peronismo, organizó planes de lucha en protesta por los aumentos galopantes en el costo de la vida y el creciente desempleo. El objetivo esencial del sindicalismo era demostrar la fuerza del movimiento obrero peronista —aun con su líder en el exilio— ante el nuevo presidente Arturo Illia (1963-1966). En este contexto afloraron dos configuraciones novedosas. En primer lugar, la CGT, que durante el conflicto por la "laica o libre" había rehusado apoyar a los reformistas, ahora invitaba a esos grupos y al resto del movimiento estudiantil a participar en las protestas, que incluían tomas de edificios. En segundo lugar, tanto los grupos reformistas como los no reformistas apoyaban a los trabajadores en los planes de lucha. La FUA reformista, la Liga Humanista y los socialcristianos confluyeron en una reunión celebrada en la sede central de la CGT.[84] Este ejemplo ilustra la escasa relevancia que conservaban

[81] "Inauguración de cursos 1964. Discurso del alumno Emilio Colombo", en *Gaceta de Filosofía y Letras*, año 2, núm. 5, 8 de julio de 1964, p. 2.

[82] Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, pp. 81-83; Sarlo, *La batalla de las ideas*, pp. 72-74.

[83] "Construyamos un frente anti-imperialista", mayo de 1965, caja c15/5-4, Colección Movimiento Estudiantil, CEDINCI.

[84] "Reunión con entidades estudiantiles", en *Boletín Informativo Semanal de las Actividades de la CGT*, núm. 10, 19 de mayo de 1964, p. 24. Sobre el sindicalismo peronista "duro", véase James, *Resistance and Integration*.

por entonces los rótulos "laico" y "católico" para la formación de alianzas estudiantiles. Por otra parte, los católicos recién comenzaban a hacer pie en algunas universidades, como la del Litoral, la del Nordeste y la de Córdoba, donde los integralistas —una agrupación cristiana "humanista social", independiente de la jerarquía eclesiástica— accedieron al poder tras desplazar a los reformistas de las preferencias estudiantiles en 1960. Los integralistas seguían los debates del Concilio Vaticano II (1962-1965) y suscribían al ideario del compromiso cristiano con el cambio social.[85] De hecho, junto con ciertos grupos de la izquierda nacional, fueron los primeros universitarios en contemplar el peronismo como el locus de la "vía revolucionaria nacional".

Aunque la figura del "estudiante radicalizado" representaba a una minoría visible, provocaba reacciones de notoria vehemencia. Muchos sectores alineados con la retórica de la Guerra Fría llamaban a poner coto a la política universitaria en general. Los conservadores interpretaban la frase "gobierno tripartito" como una sinécdoque de reformismo, que para ellos no era sino la primera etapa en el pasaje del "liberalismo" al "comunismo". Un ideólogo del ejército que colaboraba con una publicación militar aseguró a sus lectores que la mera existencia de un gobierno universitario compartido por profesores, estudiantes y graduados entrañaba una "subversión total del orden jerárquico natural [y] la autoridad", en lo que para él era "la etapa de descomposición de las naciones cristianas, previa al asalto comunista del poder".[86] Para los ideólogos de las Fuerzas Armadas y los intelectuales nacionalistas conservadores, la solución consistía en sofocar el proceso de orientación reformista. Las altas jerarquías católicas, en sintonía con estas opiniones, exigían al gobierno la intervención de las "casas de educación superior", que calificaban de "semilleros comunistas".[87] Todas estas voces interpretaron la presencia de estudiantes entre los miembros del EGP como una profecía autocumplida, que creyeron ver reconfirmada en mayo de 1965,

[85] Brignardello, *El movimiento estudiantil argentino*, pp. 216 y 217; Zarrabeitía, *Militancia estudiantil*, pp. 128 y 129; Ferrero, *Historia crítica del movimiento estudiantil en Córdoba*, pp. 108 y 109.

[86] Coronel Horacio Querol, "Acción comunista en el campo educacional", en *Revista Militar*, núm. 663, 1962, pp. 59-69; véase también Genta, *Guerra contrarrevolucionaria*.

[87] "El cardenal Caggiano denuncia la infiltración comunista en nuestras universidades", en *Boletín AICA*, núm. 215, 22 de julio de 1960, p. 1; "El estudiantado sirve al comunismo", en *Boletín AICA*, núm. 253, 13 de abril de 1961.

cuando la movilización de estudiantes y trabajadores contra el envío de tropas argentinas en respaldo a la invasión estadounidense de Santo Domingo terminó en violentos enfrentamientos con la policía. En este contexto, las críticas de la derecha se redoblaron. La asociación empresarial más influyente instó a Illia a "suprimir el gobierno tripartito".[88] Algunos diputados también solicitaron al Ministerio del Interior que investigara la "penetración comunista" en las facultades de Derecho y Filosofía de la UBA, así como en los periódicos estudiantiles y las editoriales universitarias.[89]

A mediados de los años sesenta, los "estudiantes radicalizados" y las universidades en general figuraban entre las causas principales que se esgrimían para crear un consenso a favor de un golpe militar. La "indisciplina" y la "infiltración comunista" —argumentaban los comentaristas políticos— evidenciaban la imposibilidad de mantener los procedimientos democráticos formales, tanto fuera como dentro de las universidades. Periodistas y políticos desplegaron un discurso enfocado en el orden: además de lo que concebían hiperbólicamente como un exceso de politización cuyos protagonistas eran los "estudiantes radicalizados", los críticos alegaban que las universidades no habían cumplido con sus metas académicas.[90] Estos opositores utilizaban el mismo argumento en relación con el país, acusando a Illia de gobernar con lo que ellos entendían como un "exceso" de política partidaria, aparejado a una falta de atención e iniciativa en cuestiones relacionadas con el crecimiento y la estabilidad de la economía. Así, valiéndose de idénticos argumentos para atacar a la universidad y al gobierno, la mayor parte de la prensa clamaba por un golpe de Estado, que finalmente se produjo al mando del general Juan Carlos Onganía el 28 de junio de 1966.[91] La prensa, la mayoría de los partidos políticos, la CGT y el propio Perón recibieron con beneplácito el golpe de Estado, que además contaba con la bendición de las altas jerarquías católicas. La UBA fue la única institución que se opuso.

88 "La otra cara. Estudiantes y obreros en una nueva batalla común", en *Confirmado*, núm. 2, 14 de mayo de 1965, p. 7; "Según ACIEL, la indisciplina reina en la Universidad", en *La Prensa*, 23 de junio de 1965, p. 7.

89 *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, vol. 4, 23 de agosto de 1965, pp. 2456 y 2457.

90 "Marxismo teórico y violencia práctica", en *La Nación*, 16 de junio de 1966, p. 6.

91 Mazzei, *Los medios de comunicación y el golpismo*.

La autodenominada Revolución Argentina (1966-1970) representaba lo que el politólogo Guillermo O'Donnell definió como "Estado autoritario burocrático". Con un discurso orientado hacia el planeamiento socioeconómico y teñido de un fuerte anticomunismo, Onganía anunció que su régimen tenía objetivos, pero no plazos para cumplirlos. El primer objetivo era la modernización económica del país, que implicaba frenar la inflación y establecer condiciones para incrementar la inversión extranjera. Este objetivo también servía de excusa para justificar la supuesta necesidad de sofocar la actividad política, comenzando por la supresión del Congreso y la proscripción de los partidos.[92] Una vez neutralizados los partidos políticos —sin que ninguno protestara, con la excepción del Partido Comunista—, el siguiente blanco de ataque fue la universidad. El 29 de julio, el gobierno de facto promulgó el decreto ley 16912, que anulaba la autonomía de las universidades para subordinarlas al Poder Ejecutivo. Al mismo tiempo, Onganía envió efectivos policiales a ocupar las facultades de Arquitectura, Exactas y Filosofía de la UBA. La represión policial fue particularmente violenta en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, donde el decano y un profesor visitante de Estados Unidos fueron apaleados y trasladados a la comisaría junto con otros 120 profesores y alumnos. Este acontecimiento se recuerda como "La noche de los bastones largos".[93]

La violenta intervención de esa noche confirmó que el régimen de Onganía no estaba dispuesto a hacer concesiones en su meta de "despolitizar" las universidades, aun al costo de dilapidar su legitimidad inicial en el país y en el extranjero. La presencia de un docente estadounidense entre los apaleados suscitó una declaración de "profunda inquietud" por parte del Departamento de Estado de dicho país.[94] *The New York Times*, por su parte, equiparó la represión policial a "las tácticas usadas por los comandos hitlerianos en los años treinta".[95] La opinión pública tampoco recibió bien esta y otras noticias, en particular la renuncia de 1.200 profesores de la UBA. Los equipos de investigación y los programas cien-

[92] O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario*.

[93] "Cambiose el régimen de las universidades", en *La Nación*, 30 de julio de 1966, p. 1; "Los detenidos en las universidades han sido indagados por un juez", en *La Nación*, 31 de julio de 1966, p. 9.

[94] "US Informs Argentina of Its Concerns", en *The New York Times*, 2 de agosto de 1966, p. 10.

[95] "Terror in Argentina", en *The New York Times*, 1° de agosto de 1966, p. 16.

tíficos más innovadores se vieron forzados al exilio académico, mientras los departamentos de Psicología y Sociología quedaban prácticamente desmantelados.[96] En el afán de despolitizar la vida universitaria, Onganía interrumpió el proyecto iniciado tras el derrocamiento de Perón. Los profesores y estudiantes que participaron en aquel proyecto recuerdan la década transcurrida entre los golpes de 1955 y 1966 como una "era dorada", con un dinamismo y una creatividad sin precedentes ni retorno posterior.[97] Los contemporáneos, en especial los protagonistas del quehacer universitario y los padres de los estudiantes, advirtieron la pérdida en el momento de los hechos. Sus reacciones frente a la intervención contribuyen a explicar la rápida merma en la popularidad de Onganía: una encuesta de opinión reveló que el apoyo de las capas medias al gobierno de facto había caído del 60% en julio de 1966 al 42% en marzo de 1967.[98]

La oposición al régimen de Onganía creció con celeridad entre los "estudiantes radicalizados". El principal movimiento opositor se gestó en la ciudad de Córdoba, cuya universidad era la tercera más grande del país: la matrícula había escalado a 22.000 estudiantes en 1966, un cuarto de la registrada en la UBA. Córdoba, cuna de la Reforma Universitaria en 1918, había comenzado a dejar atrás el reformismo como fuerza impulsora de la militancia estudiantil.[99] Esta circunstancia se hizo patente en agosto de 1966, cuando los integralistas encabezaron el movimiento estudiantil opositor a la intervención y también la protesta contra el otorgamiento de altos cargos en los gobiernos de la provincia y de la nación a miembros de la familia patricia católica más influyente de Córdoba, los Nores Martínez.[100] Mientras los estudiantes

[96] "University Teachers Begin Leaving Argentina", en *The New York Times*, 19 de agosto de 1966, p. 16; "Operación trasplante", en *Confirmado*, núm. 63, 1° de septiembre de 1966, pp. 20 y 21; "Esto es destruir y no modernizar", en *Análisis*, núm. 290, 3 de octubre de 1966, p. 14.

[97] Véanse los testimonios en Rotunno y Díaz de Guijarro, *La construcción de lo posible;* Morero, Eidelman y Lichtman, *La noche de los bastones largos*, y Candelari y Funes, "La Universidad de Buenos Aires, 1955-1966".

[98] "Encuesta de opinión pública núm. 10", marzo de 1967, Colección José Enrique Miguens, Colecciones Especiales y Archivos, Biblioteca Max von Buch, Universidad de San Andrés.

[99] Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, vol. 3, p. 49.

[100] "Más de 2.500 estudiantes reclamaron la autonomía universitaria", en *La Voz del Interior*, 22 de agosto de 1966, p. 3; sobre una de las ramas de esta familia patricia, véase Tcach, "Los Nores Martínez".

no asistían a clase (una vieja táctica del reformismo), setenta integralistas iniciaron una huelga de hambre en una parroquia cuyo sacerdote adhería a los ideales del Concilio Vaticano II. Otros estudiantes, en abierto desafío a la prohibición oficial, distribuyeron volantes para explicar sus demandas a los vecinos. El 21 de agosto, la policía primero disparó contra una manifestación de estudiantes y después arremetió contra el personal de salud que atendía a los heridos.[101] Lejos de sofocar la protesta, la represión policial provocó nuevas formas de organización estudiantil, como la Mesa Coordinadora, que reunió a los integralistas con los reformistas y desempeñó un papel de liderazgo en los trágicos días de septiembre.[102]

El 7 de septiembre de 1966, Santiago Pampillón recibió tres tiros en la cabeza durante una marcha de protesta. Ni los estudiantes ni los treinta testigos del hecho dudaron de lo ocurrido: le había disparado la policía. Durante los cinco días que duró la agonía de Pampillón en un hospital público, la Mesa Coordinadora ocupó el barrio Clínicas, una zona habitada mayoritariamente por estudiantes. El barrio se convirtió en una especie de sóviet, defendido de la policía con cócteles molotov, piedras y algunas armas.[103] Aunque no era la primera ocupación, en esta oportunidad se hizo evidente la unidad de diversas tendencias políticas e ideológicas en el seno del movimiento estudiantil. Asimismo, sirvió para exhibir la solidaridad de la CGT regional.[104] La alianza entre universitarios y trabajadores se había hecho carne en Pampillón, un estudiante de 24 años que cursaba el segundo año de Ingeniería Aeronáutica y trabajaba en la automotriz Industrias Kaiser Argentina (IKA), donde era delegado del gremio mecánico. Pampillón no participaba activamente en la política universitaria, pero salió a las calles en el contexto de la intervención militar. Aunque era un ferviente católico, simpatizaba con uno de los grupos reformistas. Mientras él peleaba por su vida, sacerdotes e integralistas hacían cadenas de oración, reformistas e integralistas levantaban barricadas en todo el barrio y los vecinos

[101] "Se pronunciaron entidades estudiantiles", en *La Voz del Interior*, 22 de agosto de 1966, p. 3; "Operación desconcierto", en *La Voz del Interior*, 26 de agosto de 1966, p. 5.

[102] "Córdoba: un remolino político", en *Primera Plana*, núm. 192, 30 de agosto de 1966, pp. 12-15.

[103] "Las fronteras de la paciencia", en *Primera Plana*, núm. 194, 13 de septiembre de 1966.

[104] Véase Bravo Tedín, *Historia del Barrio Clínicas*, pp. 272-278.

colaboraban con alimentos.[105] La noticia de su muerte movilizó a los estudiantes de Buenos Aires, La Plata, Tucumán y Rosario.[106]

Entre las innumerables manifestaciones de dolor por la muerte del estudiante, la declaración del gobernador cordobés —"Lamento las víctimas producidas y las que vendrán"— dejó en claro cuál era el plan del régimen de Onganía para lidiar con el disenso en general. Pero la muerte de Santiago Pampillón, y en especial la movilización en cuyo marco acaecieron los hechos, también fue un punto de inflexión que dejó al descubierto otros cambios cruciales. En primer lugar, el epicentro de la organización estudiantil y sindical se había transferido de Buenos Aires a otras ciudades importantes, donde cristalizaron nuevas articulaciones políticas, algunas en torno a la radicalización de ciertos sectores católicos. En segundo lugar, las agrupaciones de estudiantes compartieron por primera vez en décadas la situación que padecían otros "proscriptos" del espectro político. Muchos estudiantes comprendieron que no había una solución para el "problema de la universidad" por fuera de la "solución" para el "problema del país". Esa solución se vinculaba poco con los ideales reformistas. La radicalización política de los estudiantes, que hasta entonces había sido "cuestión de unos pocos", comenzó en serio cuando Onganía intentó erradicar la política de la universidad.

* * *

En 1961, los estudiantes de la TAU elaboraron una reflexión sobre su "estatus". Afirmaron que, como estudiantes, eran un "sector marginal" de la sociedad capitalista en la medida en que no necesitaban servir al "sistema" para ganarse la vida. Incluso podían escindirse de la clase social que les correspondía por nacimiento y gozaban de mayor autonomía que los intelectuales para emprender acciones políticas. En una interpretación que aspiraba a la generalidad, los militantes de la TAU concebían su estatus como marginal y empoderado a la vez. Desde una propicia situación

105 "La noche se volvió día en el Barrio Clínicas", en *La Voz del Interior,* 10 de septiembre de 1966, p. 3; Roberto Aizcorbe, "Qué pasa en Córdoba", en *Primera Plana,* núm. 195, 20 de septiembre de 1966, pp. 15-18.

106 "Adhesiones al duelo por la muerte del estudiante Pampillón", en *La Voz del Interior,* 13 de septiembre de 1966, p. 3; "Inhumaron los restos del estudiante Pampillón", en *La Voz del Interior,* 14 de septiembre de 1966.

de marginalidad en cuanto a la estructura argentina de clases, creían en la posibilidad de cooperar con distintos segmentos de la sociedad —la clase obrera y, en menor medida, la clase media— para colocarse a la vanguardia de un frente que juzgaban necesario para liberar al país de su "dependencia económica, social y cultural" respecto de las "fuerzas imperialistas".[107] Desde la "irresponsabilidad transitoria" que, como dice Pierre Bourdieu, caracteriza a la condición de jóvenes y estudiantes, los militantes de la TAU se adjudicaban una responsabilidad mayúscula: nada menos que erigirse en vanguardia de la liberación nacional.[108] Claro que no eran sino unos pocos activistas de la minoría que encarnaba la figura del "estudiante radicalizado", un tropo que los observadores del mundo estudiantil reiteraron hasta el cansancio con el correr de los años sesenta. Pero ese mundo trascendía la política estudiantil. En el ámbito de los estudiantes resonaban dinámicas socioculturales y políticas que expresaban y a la vez fomentaban la modernización que vivieron los argentinos a lo largo de aquella década.

He intentado desentrañar algunos aspectos de esa modernización, colocando la lupa sobre el mundo de los estudiantes secundarios y universitarios. En primer lugar, la matrícula de las escuelas secundarias y las facultades creció a ritmo exponencial durante los años cincuenta y sesenta. La expansión cuantitativa de la población estudiantil funcionó como una avenida hacia la modernización cultural que vivieron los argentinos en diversos ámbitos. Entre otras cosas, repercutió en la manera de negociar las relaciones de poder y autoridad dentro de muchas familias. Como lo enunciaría Bourdieu, la mayoría de los alumnos secundarios y universitarios no eran "herederos", sino estudiantes de "primera generación".[109] En una sociedad que valoraba la educación como medio privilegiado para el ascenso social y el progreso sociocultural, esta "primera generación" se empoderó en relación con sus padres, pero también, probablemente, asumió una mayor responsabilidad por el cumplimiento de su misión. Estos estudiantes encarnaron viejos proyectos de avance sociocultural que retornaban codificados en el nuevo lenguaje de la modernización.

107 "Programa de Principios, 1965", caja c5/5-2, Colección Movimiento Estudiantil, CEDINCI.

108 Bourdieu, "La 'juventud' solo es una palabra", en *Cuestiones de sociología*.

109 Bourdieu y Passeron, *The Inheritors*, p. 15.

La experiencia cotidiana de los estudiantes en la escuela y en la universidad también permite observar desde una perspectiva única la ambivalencia de la modernización cultural tal como se reflejaba en el campo educativo. Los alumnos que ingresaron por entonces a Filosofía y Letras de la UBA —un caso "extremo" de modernización— protagonizaron el devenir de la renovación académica, los debates teóricos y la actividad política. En la misma medida, fueron la piedra angular de una atmósfera cosmopolita que abarcaba además otros espacios de sociabilidad. Muchas crónicas de los años sesenta relatan el espectacular florecimiento de esas áreas y el protagonismo decisivo de esos estudiantes. Sin embargo, el "espíritu moderno" tuvo sus límites, tal como lo demuestra el *affaire* Correas. En el contexto educativo más general, que incluye el nivel secundario, los límites fueron aún más contundentes. Las escuelas secundarias estaban en las antípodas de Filosofía y Letras, la facultad emblema de los años sesenta: seguían afianzadas en estilos y objetivos pedagógicos añejos, marcados por lo que muchos describían como "autoritarismo enciclopédico". La rigidez del sistema escolar era la antítesis de la nueva y floreciente cultura juvenil. Tal como permiten entrever sus reiteradas quejas, los alumnos secundarios, cada vez más numerosos, vivían una suerte de "doble vida": la vida de jóvenes y la de estudiantes. Era previsible, entonces, que criticaran la escuela y sus rutinas. Asimismo era previsible que abrazaran la política estudiantil allí donde encontraran un resquicio.

Tanto los estudiantes secundarios como los universitarios hicieron oír sus voces y ocuparon las calles, al menos de manera intermitente. En 1958, durante las batallas por la educación "laica o libre", los estudiantes de ambos niveles se erigieron en actores políticos cruciales. El apoyo gubernamental y parlamentario a los "libres" asestó un duro golpe a los grupos de orientación reformista. De hecho, los acontecimientos acaecidos entre 1958 y 1966 acompañaron el lento eclipse del reformismo como eje principal de la actividad política estudiantil. El reformismo universitario fue desarticulándose en continuas divisiones entre facciones de derecha —o moderadas— y facciones de izquierda. Con el correr de los años sesenta, los estudiantes que militaban en agrupaciones de izquierda rebasaron sus cauces ideológicos para integrar —e incluso protagonizar— debates cruciales sobre la reevaluación del peronismo, la formación de un bloque antiimperialista basado en una alianza de clases y la factibilidad de la "vía revolucionaria cubana". Cada

vez menos dispuesto a cooperar con un proyecto de modernización universitaria que los militantes tachaban de "proimperialista" en su declamado cientificismo, y cada vez más inclinado a la construcción de nuevas alianzas, el nuevo movimiento estudiantil fue dejando atrás las divisiones entre reformistas y no reformistas, laicos y católicos, peronistas y antiperonistas. El imaginario público condensó el nuevo movimiento estudiantil —que en casi todas las universidades nacionales se reducía a una "minoría politizada"— en la figura del "estudiante radicalizado". Tanto los ideólogos católicos y militares como los medios y los políticos de diversos partidos proyectaron obsesivamente en esa figura sus temores a una supuesta "infiltración comunista" que amenazaba al país y a las universidades por igual. Arrogándose la tarea de hacer "cesar el estado de subversión interna que [...] desgarraba [las universidades], eliminando los factores que pretendían transformarlas en focos de perturbación pública", los militares que ejecutaron el golpe de 1966 pusieron fin al proyecto reformista en la universidad.[110] Con su decisión de abolir la autonomía universitaria y el gobierno tripartito, sumada a la violenta represión de profesores y estudiantes en aras de convertir las universidades —y el resto de los espacios educativos— en centros para "el desarrollo material y espiritual de la nación",[111] los militares solo consiguieron preparar el terreno para un giro mucho más radical y multitudinario de los estudiantes.

110 Ley universitaria 17245/67, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1967, p. 3.
111 *Ibid.*, p. 111.

III. EN LA CRESTA DE LA NUEVA OLA. MÚSICA, ESPARCIMIENTO Y CONSUMO

EN FEBRERO de 1963, la revista de mujeres más longeva de Argentina —*Para Ti*— publicó un test para que sus lectoras determinaran si pertenecían a la "nueva ola". Entre otras preguntas, la consultada debía responder si prefería bailar el twist y escuchar rock antes que otros estilos musicales, salir en grupos grandes de gente con los mismos gustos en lugar de hacerlo con una o dos amigas y usar jean con suéter en vez de pollera con blusa. Si las respuestas eran positivas, la lectora pertenecía a la "nueva ola", una cosa "sana y normal" para las menores de 22 años.[1] La mayoría de los chicos y las chicas menores de 22 años seguramente habrían optado por las respuestas afirmativas: ya eran "nuevaoleros". De hecho, la difusión del término "nueva ola" en el lenguaje periodístico y el vocabulario popular comenzó en el albor de los años sesenta. Tal vez como traducción de *nouvelle vague,* la etiqueta "nueva ola" se aplicaba a los nuevos estilos musicales que impulsaban una vertiginosa transformación del consumo cultural, las modas y el esparcimiento de los jóvenes. El término denotaba renovación y condensaba en un significante los cambios de una cultura de masas cada vez más juvenilizada que fueron indicadores cruciales de la modernización cultural en la Argentina de los años sesenta.

En este capítulo reconstruyo el auge de esa "nueva ola" con el foco puesto en la música, el esparcimiento y los consumos juveniles. Estos ámbitos fueron determinantes para el sentido de pertenencia generacional que construyeron los jóvenes al irrumpir en la escena pública como categoría de juventud. Todos ellos —las alumnas y los alumnos de las secundarias y las universidades, los chicos y las chicas que trabajaban— abrazaron las prácticas de esparcimiento y consumo exclusivas para su edad que juvenilizaron la cultura de masas: un fenómeno que reflejaba acontecimientos similares de todo el mundo e indicaba el carácter tras-

[1] "¿Es usted de la nueva ola?", en *Para Ti,* núm. 2119, 19 de febrero de 1963, p. 19.

nacional del consumo joven.[2] Sin embargo, en dichas prácticas, también construyeron nuevos sentidos de distinción cultural con inflexión de clase. El territorio de la juvenilizada cultura de masas era el espacio social donde —como diría Pierre Bourdieu— los grupos participantes competían por la definición del gusto en materia de ídolos musicales, lugares de entretenimiento o modas como los jeans.[3] Al analizar esas competencias en el seno de una cultura de masas juvenilizada, discutiré algunas de las aproximaciones prevalentes en las historias de la juventud y el consumo. A raíz de su enfoque en la creación de un "mercado juvenil" en Europa y las Américas, en el que participaban jóvenes de todo el espectro social, los estudios académicos suelen omitir una evaluación exhaustiva de las prácticas de consumo como medios para instaurar y reconfigurar distinciones entre ellos.[4] Estas dinámicas, a mi entender, complican toda concepción de la "cultura juvenil" como categoría homogénea.

Bailemos

En febrero de 1957, *La Razón* anunciaba a sus lectores que el rock ya había alcanzado a la "ciudadanía argentina". En una crónica sobre el primer concurso de baile en el estadio Luna Park, el periodista describía a la pareja ganadora como dos "jóvenes de tipo criollo" y se preguntaba con un dejo de sarcasmo qué "dirían, si supieran en sus pagos, que sus hijos están abandonando las tradiciones".[5] En el artículo afloran varios de los atributos que marcaron el advenimiento del rock en Argentina: la nueva música había llegado como ritmo bailable, cautivaba a los jóvenes y suscitaba temores por la pérdida de la "tradición". El rock al principio rebasó las categorías de clase y de género en calidad de forma propicia para que los jóvenes construyeran una noción de pertenencia generacional y alinearan sus consumos culturales con las juventudes de todo el mundo. Tal como había ocurrido en otros esce-

[2] Sobre el concepto de "juvenilización" de la cultura de masas, véase Sirinelli, *Les baby-boomers*, pp. 55 y 56.

[3] Bourdieu, *La distinción*, p. 58.

[4] Gorgolini, "Il consumi", pp. 213-254; Sohn, *Âge tendre et tête de bois*, pp. 79-90; Osgerby, *Youth in Britain since 1945*, pp. 30-49; Palladino, *Teenagers*, pp. 97-115.

[5] "El rock sacó, en estruendosa reunión, carta de ciudadanía", en *La Razón*, 1º de febrero de 1957, p. 7.

narios, la llegada del rock a Argentina suscitó reacciones estridentes en torno a los supuestos peligros de la nueva música, tanto para la sexualidad de los jóvenes como para la cultura nacional. Esta oposición emergía de diversos sectores culturales y políticos —desde funcionarios estatales y grupos católicos hasta partidos de izquierda— y afloraba periódicamente en la escena pública, pero no logró frenar la propagación del rock entre los jóvenes, favorecida por la tolerancia de los padres y alimentada por la industria cultural.

Como en Estados Unidos, este género se introdujo de lleno en el ámbito cultural argentino a través de ciertas películas.[6] Los historiadores del rock destacan el largometraje *Semilla de maldad* (Richard Brooks, 1955) como detonante crucial del furor por el nuevo ritmo, debido a que en sus créditos iniciales sonaba "Rock Around the Clock", el clásico de Bill Haley. Esta película impulsó la presentación del rock en sociedad a la vez que lo asociaba con la conducta inquietante de los escolares de clase obrera, cuya relación con el "heroico" maestro blanco es el quid de la trama. Después se estrenaron varias películas de bajo costo, dirigidas al público adolescente (denominadas *teenpics* en inglés), que retrataban un mundo del rock mucho más cándido, poblado de chicos y chicas —en su mayoría blancos y de clase media— que reivindicaban su derecho a divertirse con el baile y el canto.[7] Las *teenpics* de rock inundaron los cines argentinos en un momento de viraje para la industria cinematográfica: en enero de 1957, el gobierno de facto derogó las regulaciones peronistas que habían limitado el ingreso de largometrajes extranjeros con el objetivo de promover la industria nacional. Durante aquel año se proyectaron 701 películas extranjeras, 397 de las cuales eran de origen estadounidense, como *Rebelde sin causa* (Nicholas Ray, 1955).[8] Tal vez por la expansión de la oferta, el año 1957 marcó un récord de taquilla: solo en los 206 cines de Buenos Aires se vendieron 75 millones de entradas.[9] Los jóvenes

[6] Sobre Estados Unidos e Italia, véanse Altschuler, *All Shook Up*, y Capussotti, *Gioventù perduta*.

[7] Doherty, *Teenagers and Teenpics*, pp. 56-79.

[8] "Películas estrenadas: 1957", en *Heraldo del Cinematografista*, 30 de diciembre de 1957; "Post-Perón Film Fest", en *Variety*, 8 de enero de 1958, p. 181.

[9] En 1954 se vendieron 67 millones de entradas; en 1957, la cifra saltó a 75 millones, y en 1960 cayó a 45 millones. *Boletín Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, núm. 7, 1962, p. 115.

eran los espectadores más asiduos. Mientras que el promedio argentino de concurrencia al cine rondaba las siete veces por año, el de los jóvenes escalaba a cincuenta.[10]

Las *teenpics* desencadenaron el furor por el rock y también las primeras reacciones escandalizadas. Durante el verano de 1957, la novedad de los jóvenes que bailaban en los pasillos y las butacas de los cines sorprendió a la opinión pública. Apenas un mes después de los primeros estrenos, los espectadores se encontraron con carteles que prohibían los "bailes frenéticos" en la sala. En una oportunidad, el dueño del cine porteño Ambassador pidió ayuda a la policía para disuadir a los bailarines. Unos jóvenes que no acataron la orden fueron expulsados del cine, pero siguieron bailando en la calle al son de consignas contra la policía. Los agentes detuvieron a tres, acusándolos de violar los edictos de vagancia y resistencia a la autoridad. A pocas cuadras, 25 parejas bailaban en la calle a la salida del cine Normandie, donde habían visto la película *Rock, Rock, Rock!*, de Will Price. La policía los acusó de interrumpir el tránsito y los trasladó a la comisaría. En Córdoba, Mendoza y Bahía Blanca se presenciaron escenas similares.[11] En Bahía Blanca también estallaron disturbios cuando los miembros de un grupo "antirrock" (al parecer amantes del tango) provocaron la ira de los participantes en un concurso de baile, al irrumpir en el club social donde se llevaba a cabo el evento gritando que el rock era una música "degenerada" e insultando a los rockeros con epítetos tales como "degeneración de la humanidad".[12]

Estas ideas de degeneración y desorden moral eran la sustancia de todas las críticas que condenaron al rock durante los primeros tiempos, hasta el punto de suscitar la prohibición de bailarlo en los espacios públicos de Buenos Aires. A fines de febrero de 1957, a todas luces bajo la presión que ejercían las ligas católicas de madres y padres, el intendente decretó la prohibición de bailar "la danza denominada 'rock and

[10] UNESCO, *Statistical Yearbook, 1963*, p. 426; "En la Capital y en el Gran Buenos Aires todos concurren al cine, pues es la diversión menos costosa", en *La Razón*, 6 de abril de 1959, p. 13.

[11] "Durante largas horas, el centro de la ciudad fue agitado por bailarines de rock", en *La Razón*, 21 de febrero de 1957, p. 5; "También en Mendoza y en Córdoba", en *La Razón*, 21 de febrero de 1957, p. 7.

[12] "Vuelan mesas y sillas en una reunión de rock en Bahía Blanca", en *La Razón*, 12 de marzo de 1957, p. 2; "Incidentes entre partidarios del rock y el tango en Mendoza", en *La Razón*, 28 de febrero de 1957, p. 5.

roll'" mediante "contorsiones exageradas que afecten el normal desenvolvimiento de las reuniones danzantes, o en formas que puedan afectar a la moral, o cuando generen histeria colectiva".[13] La decisión del intendente reinstauraba una antigua concepción de la música en general y del baile en particular. La musicóloga Susan McClary ha analizado la dicotomía jerárquica entre la mente y el cuerpo que pervive desde hace siglos en el pensamiento occidental, en cuyo marco la música suele asociarse al lado "más bajo": desde Platón en adelante, la música y su promesa de abrir el cuerpo a nuevas prácticas se concibió como un locus de desórdenes sexuales y culturales.[14] En la Buenos Aires que se aproximaba al final de los años cincuenta, esa tradición se manifestó en los temores frente a las escenas de "histeria" colectiva y las contorsiones que amenazaban con "afectar la moral". Pero vale la pena señalar que esos sentimientos apuntaban a un fenómeno que ya era una práctica juvenil por excelencia. Los argentinos se habían habituado hacía tiempo a las "danzas sensuales" (el tango, por supuesto, pero también los ritmos caribeños como el mambo y el chachachá, gozaban de gran popularidad en la década de 1950), y aunque estas tardaron bastante en adquirir respetabilidad, jamás se había decretado su prohibición. En contraste con Estados Unidos y Alemania, donde el rock despertaba temores de "mestizaje sexual" y desorden social asociados a los ritmos negros, africanos o populares, en Argentina no se hacía alusión a la raza ni a la clase social.[15] El rock se consideraba peligroso por las actitudes sexuales explícitas o desafiantes que provocaba en la juventud.

Los jóvenes desobedecieron la prohibición municipal, reivindicando lo que percibían como su derecho a divertirse. Al menos cien chicos y chicas bailaron en las calles a la salida de *Celos y revuelos al ritmo del rock*, una *teenpic* de Fred Sears que no solo exhibía a Little Richard interpretando clásicos como "Long Tall Sally" y "Tutti Frutti", sino también relataba el triunfo de los jóvenes sobre los conservadores en un pueblito estadounidense: los protagonistas, aliados al promotor Allan Fred, torcían el brazo de los adultos reaccionarios que habían tratado de prohibir los conciertos de rock. Tal vez identificados con

[13] "Fíjense normas para la realización de concursos, competencias y prácticas de la danza denominada 'rock and roll'", en *Boletín Municipal de Buenos Aires*, 1° de marzo de 1957, p. 33.

[14] McClary, "Same as It Ever Was", pp. 29 y 30.

[15] Martin y Segrave, *Anti-Rock*, pp. 27-67; Poiger, *Jazz, Rock, and Rebels*, pp. 185-205.

sus pares de la pantalla, los jóvenes espectadores tomaron simbólicamente la Plaza de la República para bailar el rock en torno al emblemático Obelisco porteño.[16] Tres de los "alborotadores" que pasaron la noche en la comisaría dijeron en el reportaje de un diario que solo querían bailar como "los jóvenes de todas partes". Lo más fascinante del rock —respondieron ante la curiosidad del periodista— era "la sensación", "el movimiento", su carácter de ritmo nuevo y veloz. No se les había ocurrido dejar de lado otros tipos de baile, sino apenas incorporar un ritmo que les pertenecía.[17] Eludiendo las críticas politizadas a la ordenanza del intendente, los "alborotadores" insistieron en su derecho a disfrutar de una música y una danza que los hacían sentir unidos a sus pares del extranjero. Los argumentos de estos jóvenes daban a entender que el intendente estaba desactualizado, tal como los conservadores de la película. Y, de hecho, las revistas populares y femeninas también consideraban que el rock era "una diversión inofensiva para la juventud". Con sus notas entusiastas sobre el efecto positivo de ciertas prácticas de crianza en la concordia familiar, acompañadas de consejos en favor de tolerar las elecciones de los hijos para el tiempo de ocio, estas revistas ayudaron asimismo a "familiarizar" el rock.[18]

Un próspero segmento de la industria cultural y el entretenimiento desempeñó un papel determinante en la presentación del rock como una diversión "familiar" y respetable. En la segunda mitad de los años cincuenta, varias empresas locales y multinacionales confluyeron en un circuito de distribución, promoción y producción de rock. La filial argentina de la Radio Corporation of America (RCA) —que operaba en el país desde 1931— importaba o prensaba discos de rock, incluidos los de Elvis Presley, en tanto que la empresa Coral, de la distribuidora Decca Records, importaba los simples de Bill Haley. Escala Musical —una empresa argentina creada en 1954— promovía el rock en sus programas de radio y televisión, así como en la red de bailes que organizaba en clubes sociales. En su programación, Escala Musical integraba el rock

[16] "El centro, otra vez, copado por los amantes del 'rocko'", en *La Razón*, 1º de marzo de 1957, p. 5.

[17] "Hablan los detenidos por el rock", en *Clarín*, 1º de marzo de 1957, p. 5.

[18] "Nuestros adolescentes, esos desconocidos", en *Vosotras*, núm. 1778, 3 de julio de 1958; "Poesía del rock", en *Nocturno*, núm. 99, marzo de 1959, p. 3; Francisco Valle de Juan, "Los antiquísimos bailes modernos son inofensivos", en *Claudia*, núm. 45, febrero de 1961, pp. 24 y 25.

con otros ritmos bailables —desde la rumba hasta el tango— mientras dirigía la novedad a los jóvenes para que la disfrutaran *en familia*.[19] Los empresarios idearon esta estrategia a fin de lidiar con dos problemas. En primer lugar, necesitaban presentar el rock como un género "familiar" para eliminar toda asociación con los desórdenes. En segundo lugar, aunque disponían de abundante rock grabado, no encontraban suficientes talentos locales para organizar bailes que fueran exclusivamente de rock en una época en que el sindicato de músicos contaba con poder de presión para exigir actuaciones en vivo en todos los salones de baile.[20] Había que encontrar rockeros locales.

La primera ola de rockeros argentinos emergió entre 1957 y 1960: los nuevos músicos hicieron furor en los salones de baile y las emisoras de radio, e incluso llegaron a vender más discos que los autores estadounidenses de las canciones que ellos versionaban en inglés o en español. Este fenómeno también tuvo lugar en otros países, desde México hasta Francia.[21] En Argentina, Eddie Pequenino y Billy Cafaro (cuya versión en español de "Pity, Pity", un clásico de Paul Anka, vendió 300.000 discos en 1960) adquirieron estatus de celebridad. La historia de Eddie Pequenino es interesante por su caracterización de la época y porque ilustra las estrategias comerciales que ideaban las firmas multinacionales para adaptarse a cada mercado local a la vez que lo adecuaban a sus productos. Nacido en una familia italiana de clase media baja, Pequenino desarrolló una pasión por el jazz: era trombonista y se había ganado cierto reconocimiento tocando con la orquesta de Lalo Schifrin hacia mediados de los años cincuenta. Cuando el rock comenzó a ofrecer mejores oportunidades para ganarse el sustento, Pequenino decidió incursionar en el nuevo género musical:[22] creó su propia banda —Mr. Roller y sus Rockers— y firmó un contrato con la filial argentina de la Columbia Broadcasting System (CBS) para producir un disco con temas versionados de Bill Haley, cantados en inglés pero con títulos traducidos al español (como "Hasta luego, cocodrilo"). Por extraño que parezca, aunque

[19] Véanse los anuncios en *La Razón*, 11 de noviembre de 1957, p. 9, y 18 de diciembre de 1957, p. 5.

[20] "Global Report on Rock and Roll", en *The New York Times Magazine*, 20 de abril de 1958, p. 62.

[21] Zolov, *Refried Elvis;* Tamagne, "C'mon Everybody".

[22] Daniel Colado, "De cómo y con quiénes empezó la cosa en nuestro país", en *Rock Superstar*, núm. 5, agosto de 1978, pp. 4-6; Pujol, *Historia del baile*, pp. 235-237.

la CBS no hacía discos de rock en Estados Unidos a fines de los años cincuenta, fue la primera discográfica que produjo talentos locales de rock en un escenario periférico como el de Argentina.[23]

Los empresarios del entretenimiento intentaban dotar a sus artistas locales e internacionales de un halo juvenil, aparejado a una imagen de cierta moderación cultural y sexual, es decir, de cambio dentro de las tradiciones. En el marco de esta concepción, Bill Haley era más adecuado que Elvis Presley. Haley se presentó en Buenos Aires en mayo de 1958, con el conjunto de Pequenino como banda soporte. Cientos de chicos y chicas siguieron a Haley y sus Cometas durante toda su estadía. Las entradas para los recitales se agotaron enseguida, pero los jóvenes también colmaron los alrededores del teatro durante las presentaciones.[24] El artista estadounidense fue recibido como un ídolo para toda la familia, en especial para los miembros más jóvenes. Los atributos personales que lo habían descalificado para ocupar el trono del rock en Estados Unidos —32 años de edad, casado y "normal" en sus actitudes e indumentaria sobre el escenario— fueron precisamente los que le abrieron las puertas del éxito en Argentina. En un reportaje para la revista femenina *Para Ti,* Haley dijo que su único defecto era la imposibilidad de permanecer mucho tiempo lejos de su familia. Las revistas especializadas en la farándula de la radio y la televisión también lo retrataron como cultor de otras tradiciones: *Antena* lo fotografió para su tapa ataviado de poncho y tomando mate.[25] Con Bill Haley no había nada que temer: era un artista que podía integrar a los jóvenes argentinos en una cultura trasnacional, sin que peligraran los valores familiares ni las tradiciones nacionales.

Los jóvenes desarrollaron nuevas prácticas de esparcimiento en torno al rock, mientras los medios y la industria del entretenimiento maquillaban el novedoso género musical como una diversión aceptable para disfrutar *en familia*. Los psicólogos y los educadores manifestaban preocupación por la falta de opciones para el tiempo libre al alcance de la juventud y señalaban la merma en la asistencia a los clubes deportivos, los grupos parroquiales o las actividades extracurriculares de la

23 *Annual Report*, CBS, 1958, p. 43.

24 "Haley llegó para dislocar a la juventud porteña con el 'rocko'", en *La Razón*, 6 de mayo de 1958, p. 11.

25 "El rey del rock", en *Para Ti*, núm. 1873, 20 de mayo de 1958, pp. 34 y 35; *Antena*, núm. 1409, 13 de mayo de 1957.

escuela. Con cierto dejo paternalista, algunos expertos proponían que el gobierno financiara la creación de programas recreativos para la juventud,[26] sin advertir que eran los propios jóvenes quienes evitaban las opciones de esparcimiento supervisadas por adultos —como los clubes escolares promovidos por el Ministerio de Educación— porque preferían estar en compañía de sus pares, por ejemplo, en "barritas" de chicos y chicas. En una mesa redonda, un chico explicó que su "barrita" (compuesta por más de diez jóvenes que asistían a escuelas cercanas) no aceptaba "normas de adultos" y se regía por "sus propios valores y gustos".[27] Las "barritas" eran una novedad visible que adquiría cada vez mayor importancia como institución organizadora de la sociabilidad juvenil, sobre todo en las clases medias. Mabel G. recuerda que los miembros de su "barrita", además de ir juntos al cine y a bares, organizaban fiestas —denominadas "asaltos"— en las casas de familia los viernes o los sábados a la noche. En los asaltos, los chicos se encargaban de la bebida y las chicas aportaban la comida. Y todos llevaban discos, casi invariablemente de rock, aclara Mabel.[28] Los asaltos eran una zona de frontera: tenían lugar en un ambiente familiar, pero estaban controlados por los jóvenes y mantenían alejados a los adultos gracias a "esa porquería" de rock and roll.

Mientras los chicos y las chicas de clase media moldeaban sus prácticas de esparcimiento en torno a las fiestas privadas, otros jóvenes, un poco mayores, reconfiguraban la vida nocturna de las grandes urbes en locales públicos. Desde comienzos de los años cincuenta aparecieron varios clubes nocturnos en la costanera norte del Río de la Plata, en barrios de clase alta, relativamente alejados del centro porteño. Estos clubes nocturnos atraían a un público joven con suficiente poder adquisitivo para comprarse un auto. Lo que se escuchaba y se bailaba allí no era rock, sino jazz "auténtico" y bossa nova brasileña. Los medios de prensa solían asociar esos locales nocturnos a las "cuevas" de París, o bien a un estilo de vida hedonista y sensual, denominado *"dolce vita"* en alusión a la película de Federico Fellini que marcó el comienzo de

[26] Amalia Lucas de Radaelli, "Empleo de las horas libres y satisfacción de las necesidades del adolescente", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* año 7, núm. 3, julio-septiembre de 1962, pp. 470-477; Eva Giberti, "El tiempo en blanco", en *La Razón,* 5 de agosto de 1960, p. 13.

[27] "Hablan los jóvenes", en *Nuestros Hijos,* núm. 68, 16 de septiembre de 1960, p. 6.

[28] Entrevista con Mabel G.

los años sesenta.[29] Aunque eran una fracción minúscula de su franja etaria, los jóvenes que se congregaban en los clubes nocturnos de la costanera norte adquirieron gran visibilidad. Además de las notas periodísticas, las películas de la "generación del 60" —como *Tres veces Ana* (David Kohon, 1961) y *Los jóvenes viejos* (Rodolfo Kuhn, 1962)— contribuyeron a retratar los clubes nocturnos como el epítome de la renovación sexual, con escenas filmadas in situ que sugerían la práctica del sexo prematrimonial y el consiguiente deceso del "tabú" en torno a la conservación de la virginidad femenina hasta el día de la boda. Pero el efecto más inmediato de estos sitios fue la expansión de las opciones disponibles para el esparcimiento de los jóvenes. Hacia 1963, un informe señalaba que los adultos habían desertado de la vida nocturna, cuyo territorio se había convertido en coto exclusivo de la juventud.[30]

Así como los asaltos y los clubes nocturnos sirvieron para organizar el fin de semana de los jóvenes y adolescentes en la franja de las clases medias y medias altas, los clubes sociales pasaron a ser los principales centros de esparcimiento para muchos jóvenes de las clases populares. A principios del siglo XX, los clubes deportivos y sociales habían funcionado como componentes cruciales de la vida social en los barrios de las grandes urbes. A cambio de una cuota asequible, los socios accedían a instalaciones deportivas, bibliotecas y prácticas informales de educación. Los clubes sociales también cimentaban la sociabilidad local a través de kermeses y fiestas para toda la familia.[31] Aunque muchos clubes, a todas luces, vivieron su apogeo en las décadas de 1930 y 1940, en 1964 aún subsistían 560 establecimientos de este tipo en la ciudad de Buenos Aires.[32] En vista de que los clubes sociales atraían a chicos y chicas de clase obrera (sobre todo para practicar deportes), la Federación Juvenil Comunista (FJC) promovía la afiliación de sus militantes: en 1964, la agrupación se jactaba de contar con miembros activos en 250

[29] Véanse, por ejemplo, "Itinerario del boogie", en *Esto Es*, núm. 3, 16 de diciembre de 1953, pp. 6 y 7; "Cogoteros existencialistas", en *Esto Es*, núm. 13, 23 de febrero de 1954, p. 13; "Existencialismo, signo de nuestra época", en *Nuestros Hijos*, núm. 44, septiembre de 1958, pp. 21 y 22; "Nudistas en el Tigre y Dolce Vita en las playas de Olivos", en *La Razón*, 2 de marzo de 1961, p. 8.

[30] "La noche. Han caído los viejos baluartes", en *Panorama*, núm. 2, julio de 1963, pp. 54-57.

[31] Troncoso, "Las formas del ocio", pp. 285 y 286.

[32] *Relevamiento de Industria, Comercio, Prestación de Servicios y Profesiones Liberales*, 12-21 de julio de 1964, Buenos Aires, Dirección de Estadísticas, 1966, p. 54.

clubes de Buenos Aires. Los dirigentes de la FJC los veían como un espacio propicio para desbancar la "cultura decadente del rock", que a su juicio era un recurso del "imperialismo yanqui" para "colonizar la mente de los jóvenes".[33] Sin embargo, los clubes sociales se redefinieron como el espacio clave de esparcimiento juvenil en torno al rock cuando se integraron al circuito controlado por Escala Musical y el negocio discográfico.

En el trienio 1960-1962, la combinación de la nueva política económica con la expansión de las firmas multinacionales redundó en un crecimiento inusitado de la industria discográfica. El gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) necesitaba con urgencia desarrollar las industrias básicas —hierro, acero y petróleo— a fin de eliminar la dependencia respecto de los proveedores foráneos. Frondizi y sus colaboradores creían que era fundamental atraer inversiones extranjeras para el "despegue" industrial del país y, con ese fin, en 1959 se aprobó una ley que beneficiaba a las empresas del exterior con reducciones impositivas y permiso para remitir mayores ganancias a las casas matrices en sus países de origen. En el marco de la nueva regulación, el país sufrió una fuerte crisis de la balanza comercial en 1959, reiterada en 1962. A fin de combatir el desequilibrio, el gobierno restringió todas las importaciones que no resultaran esenciales para la producción industrial.[34] Los discos no eran importaciones esenciales. En ese contexto, las empresas estadounidenses que ya operaban en Argentina —RCA y CBS— iniciaron un proceso de expansión sostenida. Es probable que las condiciones favorables a la inversión extranjera hayan sido decisivas para las operaciones de la CBS, que en 1959 eligió a Argentina como sede de su producción discográfica para otros mercados sudamericanos (mientras México atendía la demanda de América Central y el Caribe).[35] En 1961, inauguró sus nuevos estudios de grabación en Buenos Aires, "los más modernos de América Latina".[36] Aunque el crecimiento de la RCA parecía modesto en comparación con la CBS, esta discográfica marcó un hito en la historia de

[33] Jorge Bergstein, "Informe rendido ante el Comité Central Ampliado de la Federación Juvenil Comunista, Buenos Aires, 1957", carpeta 50, PCA; "¿Dónde está la juventud?", en *Juventud*, núm. 12, 27 de julio de 1964, p. 5.

[34] Gerchunoff y Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, pp. 256-295.

[35] Zolov, *Refried Elvis*, pp. 20-26; *Annual Report*, CBS, 1959, p. 63.

[36] *Annual Report*, CBS, 1961, p. 9; "Argentina: Strikes Curb Sales", en *Billboard*, 15 de diciembre de 1961, p. 112.

la música juvenil cuando, a mediados de 1960, decidió transferir de México a Buenos Aires a su ejecutivo de artistas y repertorios, Ricardo Mejía, con miras a lanzar una "nueva ola".[37]

La creación de esa "nueva ola" alimentó la expansión de la industria discográfica en general. Aunque no hay datos exhaustivos sobre los resultados obtenidos en Argentina durante el período, la información disponible sugiere que el año del despegue fue 1961: las ventas de discos escalaron de 6,7 millones de dólares en 1960 a 9 millones de dólares en el año siguiente.[38] Este aumento puede atribuirse en parte a la aparición del disco simple (el vinilo de dos lados), pero en mayor medida a las estrategias comerciales de las empresas que lanzaron la "nueva ola". Apenas llegó a Buenos Aires, Mejía inició su búsqueda de "talentos" —tarea que dio sus frutos pocos años más tarde— con la mira puesta en los jóvenes, un nicho de mercado prometedor para las ventas de discos.[39] Estas crecieron a la par de las ventas de tocadiscos. En 1961, había 14 empresas que producían tocadiscos con licencias extranjeras. Sin embargo, la que se colocó a la cabeza del mercado local y también exportó productos a otros países sudamericanos fue la firma argentina Winco. El éxito de Winco llegó con el lanzamiento de su tocadiscos automático, el Wincofón. Aunque al principio su publicidad apuntaba al público familiar, pronto comenzó a dirigirse al nicho específico de la juventud: en el aviso navideño de 1961, un varón y una chica reclamaban su Wincofón, pero el aviso de 1962 ya se había reducido al lema: "Wincofón: a prueba de twist".[40]

El twist no fue la única novedad musical —ni el ritmo más exitoso— de 1962: el folclore parecía ganar la pulseada. El gusto de los jóvenes por el folclore explica en gran medida su auge a principios de los años sesenta. Los diversos ritmos incluidos en la etiqueta de la "música folclórica" habían hecho sólidas incursiones en los públicos urbanos. Gran parte de ese impulso se debía a las migraciones masivas desde las zonas rurales de las provincias hacia las grandes urbes. Los locales de entretenimiento que atraían a los migrantes recién llegados a Buenos Aires

37 "RCA's 'New Wave' Discs Clicking in Argentina", en *Variety*, 26 de octubre de 1960, p. 57.

38 *Billboard 1962-1963. International Business Industry Buyers' Guide*, p. 96.

39 "Gaucho libre, Show Biz Booming", en *Variety*, 30 de noviembre de 1960, p. 13.

40 Cámara de Industriales de Artefactos para el Hogar, *El confort del hogar y sus testimonios*, Buenos Aires, 1969, p. 110; anuncios en *La Razón*, 15 de enero de 1958, p. 5; 19 de diciembre de 1961, p. 5, y 13 de febrero de 1962, p. 23.

—una tendencia que comenzó en la década de 1930 y se aceleró durante los años peronistas— actuaron como importantes conductos de expansión para la música y las danzas folclóricas, sumados a la radio y las películas, que también publicitaban a los artistas intérpretes de estos ritmos. Por otra parte, el gobierno amplificaba la percepción del folclore como símbolo de la nacionalidad a través de su difusión en las escuelas. Dado que la música folclórica era especialmente apta para el canto grupal, las autoridades educativas promovían la formación de coros escolares.[41] Sin embargo, los alumnos que cursaban la escuela media en 1961 eludían las competencias corales que ofrecía la Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior mientras se volcaban masivamente a la participación en los concursos de canto organizados por un programa de televisión.[42] Ese fue también el año en que la RCA firmó contrato con Los Chalchaleros, un prominente grupo folclórico que en febrero de 1962 compartió los primeros puestos del *ranking* con Chubby Checker, "el rey del twist".[43] La preeminencia del folclore se percibe más allá de las ventas discográficas. En 1962, *La Razón* informó a sus lectores que la oferta local de guitarras criollas no alcanzaba para cubrir el aumento de la demanda estimulada por el mercado juvenil. Para el autor de la nota, la conclusión era irrefutable: el folclore había derrotado al twist en la batalla por conquistar a la nueva generación de argentinos.[44]

Es improbable que haya existido alguna vez una guerra entre el twist y el folclore, pero la resonancia de ambos ritmos entre los jóvenes permite elucidar algunos atributos del nexo entre la juventud y el gusto musical. En primer lugar, como señalaron tres chicas entrevistadas por un diario en 1962, los jóvenes podían cantar folclore y también bailar el twist: no había incompatibilidad entre ambos géneros.[45] La mayoría negociaba las opciones de música popular de acuerdo con un criterio situacional: elegían distintos estilos según el momento y el lugar. Muchos preferían

[41] Chamosa, *The Argentine Folklore Movement*; Vila, "Peronismo y folklore", pp. 45-48.
[42] Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, circular núm. 7/961, 16 de junio de 1961; núm. 26/961, 28 de agosto de 1961; núm. 22/962, 26 de abril de 1962; núm. 74/962, 11 de septiembre de 1962, JVG.
[43] "Hits of the World", en *Billboard*, 10 de febrero de 1962, p. 23.
[44] "El resurgir de la pasión folklórica", en *La Razón*, 19 de enero de 1962, p. 6; "El gran despiporro", en *La Razón*, 22 de enero de 1962, p. 4; "Faltan 25.000 guitarras", en *La Razón*, 24 de enero de 1962, p. 6.
[45] "Guitarras vs. Twist", en *La Razón*, 7 de febrero de 1962, p. 7.

el rock and roll y el twist para sus prácticas de esparcimiento exclusivamente juvenil y disfrutaban del canto folclórico en otras ocasiones. En segundo lugar, mientras un segmento considerable de la juventud se deslizaba sin solución de continuidad entre las opciones del rock/twist y el folclore, otros rechazaban lo que percibían como "ritmos foráneos" a raíz de sus sentimientos "antiyanquis". La FJC, por ejemplo, hacía hincapié en el folclore como opción ideal para el tiempo libre de los jóvenes.[46] Aunque parezca extrema, esta postura de la FJC seguramente reverberaba también entre otros jóvenes que no pertenecían a la agrupación. Por último, en contraste con otros escenarios latinoamericanos, la industria discográfica argentina intentó casi desde el comienzo "aclimatar" el rock/twist a la escena local en su configuración del mercado juvenil. Mientras que México, como revela el historiador Eric Zolov, contuvo el rock produciendo canciones en español tras algunos años iniciales de "disrupción cultural", Argentina lo contuvo desde el principio mediante su integración a una serie de otros ritmos locales para bailar o cantar.[47] El rock/twist apelaba a los miembros más jóvenes de la familia sin generar conflictos con los ritmos tradicionales. Esa doble integración fue un elemento clave para el éxito extraordinario de *El Club del Clan*.

El Club del Clan y las batallas culturales por el gusto

Durante la segunda semana de marzo de 1964, Ramón "Palito" Ortega, de 23 años, cantó en seis programas de televisión y 18 clubes sociales, ocupó más de 7.000 pulgadas de columna en diarios y revistas de la farándula (incluidas seis tapas), sonó 900 veces en la radio y recibió 1.000 cartas de sus fans.[48] Los observadores no salían de su asombro al presenciar el éxito cosechado por Palito Ortega y los demás cantantes del programa televisivo *El Club del Clan:* sus imágenes saturaban todos los medios masivos de comunicación. La cultura de masas se había juvenilizado a medida que avanzaban los años sesenta, con sonidos, imágenes y estilos que irradiaban lozanía y un optimismo empalagoso en el paisaje acrecentado de los medios. Lejos de constituir una pecu-

[46] "La vida en un campamento", volante, *c.* 1963, carpeta 753, PCA.
[47] Zolov, *Refried Elvis*, pp. 71-81.
[48] "Réquiem para la nueva ola", en *Siete Días*, núm. 7, 27 de junio de 1967, p. 58.

liaridad local, este fenómeno integraba un repertorio cada vez más trasnacional de consumos culturales apuntalados en la juventud. En Argentina, la juvenilización de la cultura de masas junto con *El Club del Clan* como emblema de una "nueva ola" protagonizada por ídolos y fans sirvieron de referencias nodales para las primeras críticas sistemáticas a la industria cultural y su efecto de supuesta alienación. Periodistas, cineastas y un amplio abanico de los más diversos observadores proyectaban en los jóvenes ídolos y fans sus propias ansiedades relacionadas con las "masas". Por otra parte, y con igual importancia, la crítica a la "nueva ola" era el territorio donde se libraban las batallas por la definición del gusto cultural.

El elenco de jóvenes que actuaba en *El Club del Clan* con el auspicio de la RCA desempeñó un papel decisivo en el proceso de juvenilización de la cultura de masas. Su historia se remonta a 1960, cuando Ricardo Mejía llegó a la filial argentina de la discográfica estadounidense para emprender la búsqueda de "talentos jóvenes". En 1962, Mejía ya había seleccionado a más de diez candidatos, los había rebautizado y había modelado sus personajes artísticos con el propósito de integrarlos en un clan de "jóvenes felices".[49] Este clan apuntaba a reproducir un microcosmos de la juventud argentina y sus gustos musicales: "Tanguito" Cobian cantaba tangos; Chico Novarro y Raúl Lavié hacían ritmos tropicales y boleros; Jolly Land, la "joven americanizada", cantaba música pop; Violeta Rivas interpretaba canciones traducidas del pop italiano; Johny Tedesco cantaba rock y bailaba el twist, y Palito Ortega, representante "del interior", interpretaba boleros, cantaba folclore y también bailaba el twist. *El Club del Clan* se emitió desde fines de 1962 hasta fines de 1963, con *ratings* de audiencia sin precedentes en la televisión argentina. Vale la pena señalar que, a diferencia de países como Francia, donde la difusión de la música para jóvenes tenía su epicentro en programas de radio y revistas (como *Salut les Copains*), en Argentina fue la televisión el medio que preparó el terreno para la explosión juvenil.[50] La diferencia se explica en parte por la penetración local de este medio. En la Argentina de 1964, había 68 televisores por cada 1.000 habitantes, cifra

[49] "El clan de los mil millones, ¿qué se hizo?", en *Gente*, núm. 66, 27 de octubre de 1966, pp. 17-21.

[50] Sobre la red francesa de medios juveniles, véase Sohn, *Âge tendre et tête de bois*, pp. 80-85.

muy superior a los 31 de Francia, los 33 de México y los 29 de Brasil.[51] Tal como sostiene la historiadora de medios Mirta Varela, la televisión argentina había comenzado a producir una "fachada modernizante" con la imagen de una "familia moderna" donde la brecha generacional, como indicador de renovación, se representaba como un conflicto de baja intensidad.[52] *El Club del Clan* cumplía a la perfección con este propósito: transmitía una imagen de renovación cultural a través de "ídolos" jóvenes, representaba el conflicto intergeneracional en el lenguaje de los estilos musicales y resolvía el dilema como lo habían hecho los empresarios musicales: integrando el rock/twist —la música para que los jóvenes disfrutaran *en familia*— en un continuo de ritmos nacionales e internacionales.

El Club del Clan pronto se convirtió en el centro de una red de álbumes, películas, programas de radio y revistas de la farándula. En 1963, la RCA lanzó tres discos de larga duración (LP) con las canciones del programa. Los LP se comercializaron a un precio cuatro veces menor al promedio de los álbumes comunes, estrategia de *marketing* que redundó en la venta de un millón de ejemplares.[53] La firma también promovió a los solistas más exitosos del programa en el mercado local y regional: el mejor ejemplo es Palito Ortega, que encabezó los *rankings* de México, Chile y Perú en 1964, cuando sus álbumes representaron el 50% de los discos vendidos por la RCA en América Latina.[54] En Argentina, gracias al programa de televisión y al éxito de sus solistas, los discos "de industria nacional" escalaron del 60% al 75% de las ventas totales entre 1962 y 1963.[55] Los discos nacionales también invadieron las ondas radiofónicas: en 1964, al menos seis programas radiales con 15 horas diarias de transmisión en Buenos Aires se enfocaban en la música juvenil.[56] Estos sonidos se reforzaban con imágenes omnipresentes de los cantantes de *El Club del Clan:* sus entrevistas y fotos poblaban las revistas de la farándula como *Antena,* cuya editorial además lanzó *Nuevaolandia*

[51] UNESCO, *Statistical Yearbook, 1966*, pp. 489 y 490.

[52] Varela, *La televisión criolla*, pp. 146-152.

[53] "Pino up, Farrel to RCA", en *Billboard,* 2 de febrero de 1963, p. 43; "LP at 1.40 Hits", en *Billboard,* 6 de abril de 1963, p. 61; "ASCAP Representative", en *Billboard,* 30 de noviembre de 1963, p. 36.

[54] "Ortega, the Rage of Argentina", en *Billboard,* 30 de noviembre de 1963, p. 24.

[55] *Billboard 1964-1965. International Business Buyer's Guide*, p. 112.

[56] Merkin, Panno, Tijman y Ulanovsky, *Días de radio*, pp. 265 y 272.

como publicación especializada para los fans de la "nueva ola". Asimismo se filmaron dos películas: *El Club del Clan* (1964) y *Fiebre de primavera* (1965), ambas de Enrique Carreras.

¿Qué atributos poseía *El Club del Clan* como texto que atravesaba y juvenilizaba la cultura de masas? Era un texto musical, creado para un público de jóvenes, que celebraba la diversión contenida, la juventud como valor per se y la vida familiar. Ya fueran twist o boleros, las canciones no estaban hechas para escuchar sino para bailar. En contraste con el impacto que había causado el rock durante los primeros tiempos de su irrupción en Argentina, los jóvenes de *El Club del Clan* bailaban en coreografías ordenadas que sugerían un goce bajo control. La imagen de diversión se reforzaba con otros elementos del lenguaje corporal: salvo Palito Ortega, todos los personajes sonreían *siempre*. ¿Por qué sonreían? La canción "Qué suerte" ofrece algunas pistas:

> Qué suerte que tengo
> una madre tan buena
> que siempre vigila
> mi ropa y mi cena. [...]
> Qué suerte mi padre
> callado y sereno,
> qué suerte saberlo
> tan justo y tan bueno. [...]
> Qué suerte la paz.
> Qué suerte la escuela. [...]
> Qué suerte... que esta noche voy a verte.[57]

"Qué suerte" podría ser el himno de *El Club del Clan:* condensa optimismo edulcorado, refuerza el imaginario tradicional en torno a los roles de género (una madre que brinda cuidados y un padre silencioso que toma decisiones "justas"), celebra el amor romántico (a la vez que encubre toda referencia a la sexualidad), omite signos de "rebeldía" y no pone en tela de juicio siquiera la institución más cuestionada: la escuela. Con letra y música de Palito Ortega y Chico Novarro, "Qué suerte" era interpretada por Violeta Rivas: una "chica común y corriente" que anunciaba

[57] "Qué suerte", música y letra de Palito Ortega y Chico Novarro, en *Violeta canta*, RCA-Víctor, 1964.

a los cuatro vientos la buena fortuna de haber encontrado el amor. *El Club del Clan* promovía el conservadurismo cultural, apenas oculto bajo una pátina de lozanía juvenil. A diferencia del imaginario sexuado implícito en las letras de las canciones y la imagen de los jóvenes que protagonizaban el programa brasileño (y posterior movimiento musical) *Jovem Guarda*, y en contraste con el cuestionamiento concreto de la femineidad convencional que irradiaba la figura notoriamente andrógina de la italiana Rita Pavone, *El Club del Clan* propalaba mandatos explícitos: acaten los roles de género, respeten los valores familiares establecidos y "diviértanse"... sin excesos.[58]

El Club del Clan también funcionó como plataforma para el lanzamiento de jóvenes celebridades locales con perfiles específicos: Ramón "Palito" Ortega era la figura estelar, tal vez porque condensaba en su personaje el relato del trabajo arduo, la movilidad ascendente y la integración nacional. Al principio competía en popularidad con Johny Tedesco, cuya imagen juvenil reverberaba en el atuendo y los géneros musicales específicos: el twist y el rock.[59] Sin embargo, Palito se impuso en la preferencia popular incluso contra los vaticinios de la RCA. Los productores adujeron más tarde que él cantaba mejor y componía sus propias canciones: estaba dotado de todos los atributos de un creador popular.[60] Sin desmedro de su plausibilidad, esta explicación pasa por alto el mayor atractivo de Palito Ortega: la resonancia pública del entrelazamiento de su historia personal con su figura artística. Tal como se reiteraba en incontables reportajes, los Ortega habían vivido en un ingenio azucarero de Tucumán, donde el padre trabajaba de electricista y los hijos vendían diarios o cortaban caña de azúcar. A los15 años, Ramón migró a Buenos Aires, donde se mantuvo con empleos precarios mientras usaba su tiempo libre para aprender batería y guitarra. El romance del origen humilde y el trabajo arduo cuenta con un elemento adicional: la RCA "descubrió" a Ramón, lo bautizó "Palito" y le brindó la oportunidad de exhibir sus virtudes artísticas.[61] La historia de Palito recreaba

[58] Pederiva, *Jovem Guarda*; Giachetti, *Anni sessanta comincia la danza*, pp. 82 y 83.

[59] "Telerradiografía de Johny Tedesco", en *Antena*, núm. 1639, 9 de octubre de 1962; "Johny Tedesco, el ídolo de la nueva ola", en *Así*, núm. 380, 23 de abril de 1963, pp. 16 y 17.

[60] Luis Santagada, "Ídolos con pie de barro", en *Panorama*, núm. 45, febrero de 1967, pp. 112-114.

[61] "Un tucumano enloquece a la juventud", en *Así Segunda*, núm. 12, 20 de julio de 1963, pp. 16 y 17; "Palito Ortega recuerda", en *Antena*, núm. 1698, 26 de noviembre de 1963;

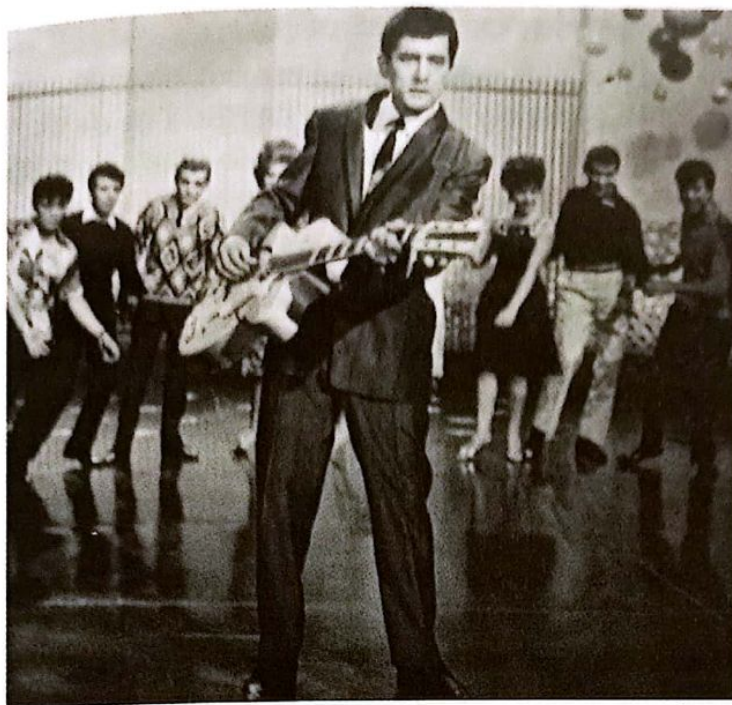


IMAGEN 3. Fotograma de *El Club del Clan,* Palito Ortega.
Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken.

nociones de hondo arraigo sobre el camino al éxito a través de la música popular. Sin embargo, en contraste con las viejas leyendas de los ídolos tangueros, su relato colocaba en primer plano la infancia en una relegada provincia del interior: su éxito era algo así como "la revancha del interior sobre Buenos Aires".[62] Tal como *El Club del Clan* integraba a los jóvenes en el seno de la *familia*, Palito prometía unir la *nación* bajo el estandarte de la música popular (es decir, la música juvenil).

Mientras Palito Ortega consolidaba su popularidad, la aparición de otro "talento joven" suscitó controversias en la esfera pública. Con un personaje artístico cuyos atributos eran más sexuados que románticos, Roberto Sánchez —alias "Sandro"— desafió los límites de lo permisible en la juvenilizada cultura de masas de los incipientes años sesenta. Nacido en el seno de una familia obrera del Gran Buenos Aires, Sandro

"Palito Ortega recuerda (Parte dos)", en *Antena,* núm. 1699, 13 de diciembre de 1963; "Palito Ortega recuerda (Final)", en *Antena,* núm. 1700, 10 de diciembre de 1963.

[62] "¿Cuánto cuesta ser Palito Ortega?", en *Confirmado,* núm. 18, 2 de septiembre de 1965, pp. 26-28.

desarrolló una temprana fascinación por el rock and roll, en particular por Elvis Presley. En 1963, cuando tenía apenas 18 años, logró acceder a un estudio de grabación con su banda barrial Los de Fuego. Sandro connotaba ideas de pasión y "desorden", tanto musicales como sexuales. Su estilo se inspiraba ostensiblemente en la figura de Marlon Brando, incluidas las camperas de cuero, las poses con cigarrillo y las motocicletas. Las revistas de la farándula lo retrataban como miembro de una "juventud iracunda" y contrastaban su personaje con el de Palito Ortega.[63] Aunque Sandro actuaba en clubes sociales y programas de televisión, su estilo a veces chocaba con "la moral y las costumbres" de la época. En 1964, mientras cantaba en uno de los programas televisivos con mayor *rating* de la década, bailó haciendo contorsiones que los productores tildaron de "obscenas". Excluido del programa, el joven artista se relanzó poco después como cantante romántico con una imagen sensual que le granjeó fama en toda América Latina a principios de los años setenta: apenas había pasado una década desde que su presencia resultara incómoda en la juvenilizada cultura de masas dominada por *El Club del Clan*.

Los ídolos de *El Club del Clan*, y sobre todo Palito Ortega, estimularon un crecimiento sin precedentes del público fan. Tal como lo expresa el investigador de la cultura mediática Cornel Sandvoss, el término *fandom* denomina el "consumo regular y emocional de cierto texto que goza de popularidad".[64] ¿Quiénes eran los fans de los "nuevaoleros" y cómo se plasmaba el consumo del texto o de los ídolos? Desde el punto de vista sociodemográfico, la prensa aseguraba que el "reino de Palito" llegaba a los barrios de extracción obrera y clase media baja de todo el país.[65] Pero la pasión de los fans no era homogénea. Ricardo, por entonces un joven de Lanús, cuenta que compraba discos, miraba programas de televisión e iba a recitales en vivo con la mayor frecuencia posible porque le "gustaba" bailar.[66] Sin embargo, aunque le gustaba la "nueva ola" e invertía tiempo y dinero en sus ídolos, lo que realmente le interesaba era la oportunidad de divertirse. Otros jóvenes establecían una relación más devota con sus ídolos, como en el caso de los clubes de

[63] "Sandro. Nuestro iracundo número 1 se confiesa", en *Antena*, núm. 1740, 18 de septiembre de 1964, s. p.

[64] Sandvoss, *Fans*, p. 7.

[65] "Adolescentes 1954. Los hijos de la libertad", en *Panorama*, núm. 25, junio de 1965, pp. 42 y 43.

[66] Entrevista con Ricardo T.

fans. Aunque había algunos varones, los clubes de fans atraían principalmente a las chicas, que se reunían para intercambiar fotos y discos. Las admiradoras de Johny Tedesco llegaron incluso a organizar sesiones de tejido para hacer los pulóveres característicos de su ídolo.[67] Aunque habían creado una comunidad novedosa —que para muchas seguramente también era una manera de romper la continuidad de una rutina que transcurría entre la casa y la escuela o el trabajo—, estas jóvenes construían sus prácticas de *fandom* en torno a nociones de la femineidad arraigadas en lo profundo. Como la madre de la canción "Qué suerte", las admiradoras se ocupaban de "vigilar la ropa" de Johny, con quien muchas fantaseaban como novio. En líneas generales, las chicas y los varones (como Ricardo) no subvertían los mensajes de diversión ni se apartaban de los roles de género y los valores familiares tradicionales que promovía *El Club del Clan*.

La inusitada e impactante visibilidad de los ídolos y fans de *El Club del Clan* provocó reacciones en todo el espectro político y cultural. Los intelectuales y militantes de izquierda hacían hincapié en los peligros que suponía la "nueva ola" para un proyecto revolucionario. Tal como en los primeros días del rock, los jóvenes comunistas se preocupaban por la cooptación imperialista de la juventud obrera, que era el objetivo máximo de su militancia. La industria musical, la televisión y las agencias publicitarias dominadas por Estados Unidos habían creado "un veneno llamado *nueva ola*" que amenazaba con adormecer a la juventud.[68] "Los nuevaoleros son el biombo que necesita la oligarquía para dominar nuestro país", denunciaba un joven lector de la revista partidaria. Sin embargo, no todo estaba perdido: "Nuestra muchachada va a resistir la pichicata: se pondrán los pantalones —varones y mujeres— y no va a haber nuevaoleros ni yanquis que los atajen".[69] Los críticos culturales de izquierda, por su parte, no eran tan optimistas con respecto a las chances de resistencia a la "nueva ola". En uno de los ensayos más leídos de los años sesenta, Juan José Sebreli cartografía los hábitos

[67] "Suspiros, grititos y todo lo demás", en *Primera Plana*, núm. 154, 19 de octubre de 1965, pp. 30 y 31.

[68] Antonio Dup, "T.V., hoy", en *Juventud*, año 17, núm. 9, 15 de junio de 1964, pp. 10 y 11; "La publicidad", en *Juventud*, año 17, núm. 12, 27 de julio de 1964, p. 11; "Televisión y juventud", en *Juventud*, año 17, núm. 13, 10 de agosto de 1964, pp. 14 y 15.

[69] "Cartas de lectores: Beetles, Mokinis y biombos", en *Juventud*, año 17, núm. 12, 27 de julio de 1964, p. 7.

cotidianos de las distintas clases sociales. En su evaluación de la clase media, reconoce ciertos efectos positivos de la "nueva ola": "La irrupción, antes desconocida, del mundo juvenil" servía, a su parecer, para resquebrajar "la autoridad familiar" y abrir "el cerrado círculo del hogar pequeñoburgués". Cuando el análisis pasa a la clase obrera, sin embargo, los efectos positivos se esfuman. La "novísima generación de proletarios [...] baila el rock y el twist más que el tango, y no tiene otras aspiraciones que el goce inmediato", asevera el crítico, preocupado por los efectos adormecedores de un ocio "alienado" como el texto de *El Club del Clan* en la conciencia de los trabajadores.[70]

En *Pajarito Gómez, una vida feliz* (1965), la tercera película de Rodolfo Kuhn, el cineasta coloca en primer plano la relación entre la "nueva ola" y la alienación cultural. *Pajarito Gómez* narra la creación de un ídolo popular. La película comienza con una entrevista manipulada para inventar la biografía del ídolo de acuerdo con el relato de los orígenes humildes y el trabajo arduo, en clara alusión a la figura de Palito Ortega. Cuando la periodista —contratada por la empresa discográfica— lo interroga sobre su infancia, el ídolo rememora su casa pobre y el maltrato que recibía en el hogar, pero estos recuerdos son solo el enlace visual de la secuencia; en el enlace auditivo superpuesto se oyen las voces de la periodista y el empresario: "Un origen humilde no impide llegar a la gloria. [...] Pajarito sufrió mucho, pero él tenía que cantar. [...] Su maestra y su madre fueron sus dos primeros amores. [...] Una infancia mágica y maravillosa". El ídolo pierde su nombre, su biografía y su capacidad de agencia para convertirse en una mascota de la "industria". La "industria" le inventa un romance con una cantante de la "nueva ola" y organiza un concurso para fans, cuyo primer premio consiste en pasar doce horas en compañía de Pajarito. La fan elegida —una chica del interior bonaerense— comprueba de inmediato que la conversación con el ídolo es impracticable por fuera de los clichés. La desilusión de la joven se completa al final de la jornada, cuando se queda a solas con él: en su única manifestación de "agencia", Pajarito intenta violarla. La imposibilidad de trascender la "maquinaria" se confirma cuando Pajarito muere en un accidente de tren y su muerte no es sino una nueva fuente de ganancias para la "industria". Igualmente significativa es la reacción de los fans en la última escena de la película: en el velorio repleto de jóvenes que lloran,

[70] Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, pp. 102 y 186-188.

una admiradora sube el volumen del tocadiscos porque no concibe mejor homenaje para el ídolo que bailar una de sus canciones... y todos los fans terminan bailando el twist alrededor del muerto.

Esta película absorbió y amplificó debates más generales sobre la denominada "maquinaria", que fabricaba, manipulaba y alienaba a ídolos y fans por igual. Y, de hecho, muchas de las notas periodísticas sobre *El Club del Clan* hacían hincapié en la producción de ídolos populares, así como en las ganancias que acumulaban los productores y los agentes a lo largo del proceso.[71] Pero el director Rodolfo Kuhn y el guionista Paco Urondo no se habían limitado a contar la historia desde el punto de vista del ídolo. Tal como lo explicaron en una entrevista, "*Pajarito Gómez* básicamente critica todo el problema de la alienación de la gente a través del arte, o para ser más precisos, la utilización de las formas artísticas o seudoartísticas para acentuar esas formas de alienación".[72] En las intenciones autorales de Kuhn y Urondo reverberaba toda una tradición de pensamiento acerca de la cultura moderna, en especial las tesis de *Dialéctica de la Ilustración* (1944) sobre los efectos alienantes y totalitarios de lo que Theodor W. Adorno y Max Horkheimer denominaron la "industria cultural" del capitalismo monopolista. A principios de los años sesenta, antes de que la sociología y la crítica cultural dedicaran la mayor parte de sus análisis a la cultura de masas, ni el libro de Adorno y Horkheimer se había traducido aún al español ni se usaba el concepto de industria cultural.[73] Sin embargo, es probable que Kuhn y Urondo, al igual que algunos de sus colegas intelectuales, estuvieran familiarizados con la Escuela de Frankfurt a través de otros pensadores, como Herbert Marcuse, cuya obra ya circulaba en el país y también abordaba la problemática de la alienación. En todo caso, tal como señalaron los comentaristas de cine, *Pajarito Gómez* fue una de las primeras críticas sistemáticas a la cultura de masas en Argentina.[74] Esta cultura de masas se había juvenilizado a medida que cobraba forma. En consecuencia, hablar de ella implicaba hablar de la juventud.

[71] Véase, por ejemplo, "Una ola de espuma y dinero", en *Atlántida*, núm. 1166, abril de 1964, p. 3.

[72] "Kuhn y Francisco Urondo entre Pajaritos Gómez", en *Tiempos Modernos*, núm. 3, julio de 1965, pp. 6 y 7.

[73] Rivera, *La investigación en comunicación social en la Argentina*, p. 28.

[74] "El ídolo roto", en *Primera Plana*, núm. 144, 10 de agosto de 1965, p. 58; "El irónico revés de la trama", en *Confirmado*, núm. 15, 12 de agosto de 1965, p. 53.

Pajarito Gómez y la crítica de la "nueva ola" empleaban metáforas de género para representar al conjunto de ídolos y fans como "masas". Las interpretaciones de la "nueva ola" que colocaban la lupa sobre la maquinaria abundaban en dicotomías entre la actividad (la "industria") y la pasividad (ídolos/fans maleables), o entre las formas elevadas ("verdaderamente artísticas", liberadoras) y bajas ("seudoartísticas", alienantes). Tal como señala Andreas Huyssen, la cultura de masas se había conceptualizado desde mediados del siglo XIX como una expresión caracterizada por la pasividad y la inferioridad, que eran precisamente los atributos asociados a lo femenino.[75] En la Argentina que transitaba los primeros años sesenta, el uso de ese lenguaje con sesgo de género para caracterizar a la "cultura juvenil de masas" se entrecruzaba con otras imágenes. De acuerdo con la popular revista satírica *Tía Vicenta*, por ejemplo, el "nuevaolero" era un hombre afeminado: no tomaba la iniciativa en cuestiones de flirteo, tenía miedo de sacar a chicas a bailar y parecía interesarse solo por la ropa y los cortes de pelo.[76] A diferencia de otras formas más "viriles" de la música popular (como el tango), los cantantes y los fans de la música juvenil eran descriptos con atributos femeninos. Este imaginario se reforzaba con términos como "histeria", que denominaba una supuesta patología femenina: los *disc jockeys* de la radio que programaban música de la "nueva ola" eran los "padres de la histeria", mientras que las descripciones de los recitales abundaban en referencias a "escenas de fulminante histerismo".[77] De acuerdo con la socióloga Joli Jenson, las semblanzas del *fandom* están pobladas de imágenes alarmistas ligadas a la desviación, como la de la multitud histérica.[78] Estas semblanzas tienen sus raíces en la inquietud que suscitó la primera irrupción de las "masas" en la escena política y cultural, ahora proyectada sobre las "masas de jóvenes".

La juvenilizada cultura de masas pasó a ser un territorio donde se libraban las batallas por el gusto cultural, que por entonces reverberaban en una palabra clave: "mersa". El término "mersa" había ingresado

75 Huyssen, *After the Great Divide*, pp. 50-53.

76 "Tota", en *Tía Vicenta*, núm. 246, 13 de marzo de 1963, s. p.; *Tía Vicenta*, núm. 251, 17 de junio de 1963, s. p.

77 "Disc-Jockeys. Los padres de la histeria", en *Primera Plana*, núm. 130, 4 de mayo de 1965, pp. 30 y 31; Máximo Simpson, "Adolescentes 1965. Los hijos de la libertad", en *Panorama*, núm. 25, junio de 1965, pp. 40-42.

78 Jenson, "Fandom as Pathology", pp. 9-28.

en el vocabulario popular a mediados de los años cincuenta como epíteto aplicable a las personas "de baja estofa" y a los grupos marginales vinculados al juego o al robo,[79] pero a principios de los sesenta mutó en un adjetivo para calificar a personas y prácticas de consumo que se consideraban de "mal gusto". Landrú, el editor de *Tía Vicenta*, desempeñó un papel decisivo en la configuración del nuevo significado. Tal como explicó años más tarde al recordar esa época, Landrú situó la palabra "mersa" en el vocabulario de sus personajes jóvenes de clase media alta —los "caqueros"— para designar los gustos de las clases menos pudientes, con el fin de satirizar a ambos grupos.[80] En 1964, *Tía Vicenta* incorporó "La página de Barrio Norte", una sección en la que dos hermanas "caqueras", María Belén y Alejandra, dictaminaban lo que estaba *"in"* en materia de ropa, locales nocturnos, coches o música —explicitando marcas o cantantes— con una batería de expresiones que marcaban su clase social y su estatus cultural. Más importante aún era la estipulación de lo que estaba *"out"*, es decir, lo "mersa". Violeta Rivas, sus peinados y su ropa; Palito Ortega, sus canciones y sus gestos; los clubes sociales donde actuaban ambos; las chicas que integraban sus clubes de fans: lo "mersa" era la "nueva ola".[81] La repercusión del término fue tal que Landrú organizó campeonatos para que los lectores votaran al "mersa ideal": Palito Ortega y Violeta Rivas encabezaron los *rankings* durante meses.[82] Como señaló un periodista de otro medio, *Tía Vicenta* —que llegó a vender 400.000 ejemplares por semana— había instalado en la sociedad la "caza del mersa", un juego donde los "mersas" siempre eran los demás: "Actualmente, la mayoría de los habitantes de Buenos Aires juega a descubrir ropas, palabras o actitudes mersas entre sus amigos, pero nadie admite que él mismo puede pertenecer a esa categoría".[83]

[79] Fernando Casullo, *Diccionario de voces lunfardas y vulgares*, p. 144; Gobello, *Diccionario lunfardo*, p. 135.

[80] Landrú y Russo, *Landrú por Landrú!*, pp. 46 y 47.

[81] "La página de Barrio Norte", en *Tía Vicenta*, núm. 281, junio de 1964; núm. 287, noviembre de 1964; núm. 290, 9 de enero de 1965; núm. 296, 21 de febrero de 1965; núm. 302, 4 de abril de 1965.

[82] "Primer Campeonato Mundial de Mersas", en *Tía Vicenta*, núm. 294, 7 de febrero de 1965; núm. 312, 12 de junio de 1965; núm. 315, 4 de julio de 1965; núm. 329, 10 de octubre de 1965.

[83] "Redescubrimiento de la sociología", en *Confirmado*, núm. 33, 16 de diciembre de 1965, p. 28.

Las maneras de usar y propagar el término "mersa" indican dos dinámicas concurrentes. Por una parte, como en otros contextos de cambios socioculturales acelerados, los humoristas recurrían a la exageración para visibilizar esa fluidez cultural e inventaban categorías en el intento de fijar las novedades. El término "mersa" se cargaba de sentidos derogatorios que ponían en evidencia las estrategias de las clases medias y altas para elaborar su distinción frente a lo que percibían como prácticas "degradadas" de una cultura de masas que cambiaba con celeridad y se corporizaba en segmentos sociales menos acomodados. Por otra parte, dado que la cultura de masas se había juvenilizado, las batallas por el gusto se libraban en el terreno de los consumos juveniles. No era casual que las hermanas "caqueras" tuvieran alrededor de 20 años y tildaran de "mersas" las prácticas de sus pares generacionales. En *Tía Vicenta*, el prototipo del "mersa" era una prima de María Belén y Alejandra: Mirna Delma, una "chica de barrio" de clase media baja, que se vestía "mal" y hablaba con expresiones literarias rimbombantes para aparentar sofisticación. Además, idolatraba a Palito Ortega y seguía bailando el twist cuando ya estaba "fuera de onda".[84] En su uso más común, entonces, el término "mersa" develaba intentos de establecer jerarquías de clase en la heterogeneidad sesgada de los consumos culturales juveniles.

Hacia mediados de los años sesenta, la heterogeneidad de los consumos juveniles en materia musical era ostensible y los cambios se encontraban en pleno proceso. En 1965, mientras caían las ventas de los discos "nuevaoleros", los solistas más exitosos —Palito Ortega y Violeta Rivas— hicieron largas giras por América Latina con nuevos repertorios en aras de insertarse mejor en lo que por entonces se denominaba "canción melódica".[85] Al mismo tiempo, y como en casi todo el resto del mundo, el furor por los Beatles recaló en Argentina. Esta novedad impulsó la gestación de una nueva estética que difería rotundamente de la que habían adoptado los anteriores ídolos del pop. Ningún observador atento que caminara por ciertos barrios de Buenos

[84] "La página de Barrio Norte", en *Tía Vicenta*, núm. 296, 21 de febrero de 1965; "Mirna Delma", en *Tía Vicenta*, núm. 299, 14 de marzo de 1965; "Mirna Delma", en *Tía Vicenta*, núm. 300, 21 de marzo de 1965; "La página de Barrio Norte", en *Tía Vicenta*, núm. 302, 4 de abril de 1965.

[85] "Emigran nuestros nuevaoleros", en *Antena*, núm. 1782, 6 de julio de 1965; "¿El ocaso de los dioses?", en *Para Ti*, núm. 2275, 16 de febrero de 1966, pp. 50 y 51.

Aires, Rosario y Córdoba podía dejar de advertir la presencia de innumerables jóvenes varones que se dejaban el pelo largo y comenzaban a plasmar en su lenguaje corporal una actitud más contestataria frente a "la moral y las costumbres". Entre estos jóvenes pelilargos había incluso algunos que poco tiempo antes habían pertenecido a la "nueva ola". A fines de 1963, el rosarino Félix Nebbia Corbacho (Litto Nebbia), nacido en una familia de clase media que le inculcó el amor por la música, viajó a Buenos Aires con su banda del barrio para tocar en el programa de televisión *Escala Musical*. Ese mismo año, José Alberto Iglesias (alias Tanguito, 1945-1972), nacido en un hogar humilde del conurbano bonaerense, grabó canciones versionadas con su banda Los Dukes. Pero ninguno de los dos llegó demasiado lejos en el contexto de la "nueva ola". Recién en 1967, cuando ambos ya protagonizaban una bohemia de jóvenes pelilargos que deambulaban por el centro porteño, tuvo lugar su legendario encuentro: juntos compusieron "La balsa", la canción que pasaría a ser el himno fundacional de la emergente cultura rockera. Tal como veremos en el capítulo v, esa nueva cultura se afirmó en oposición a la "nueva ola" (aun cuando Nebbia y Tanguito hayan formado parte de ambas).

La "nueva ola" ocupó el centro de los profundos cambios que atravesó la cultura de masas, de las críticas a esa cultura y de las batallas por el gusto cultural. *El Club del Clan*, como epítome de la "nueva ola", pasó a ser el rostro de todo un entramado mediático que adoptó una apariencia juvenilizada y confirió una visibilidad sin precedentes a la juventud, representada tanto por los ídolos como por los fans. El "optimismo edulcorado" y conformista que promovía *El Club del Clan* también se convirtió en blanco de críticas para los militantes e intelectuales de izquierda, que denunciaban la "amenaza imperialista" oculta tras el nuevo movimiento y sus consiguientes peligros de "alienación cultural". De hecho, *El Club del Clan* —la "maquinaria" que fabricaba ídolos y fans— detonó la primera crítica sistemática a la cultura de masas en el momento culminante de su expansión y sus cambios. Fue en el terreno de esa cultura de masas juvenilizada donde se libraron las nuevas batallas. El término "mersa" organizó la disputa por el gusto y sirvió para canalizar ansiedades más generales de las clases medias y altas con respecto a la formulación de sus propias distinciones. Esas batallas se amplificaron aún más en otra caja de resonancia: la ropa de "moda para jóvenes".

La moda de la "nueva ola": ¿vaqueros o jeans?

Desde mediados de los años cincuenta, los jeans —como el rock— pasaron a ser sinónimo de juventud en Argentina (y en la mayor parte de Occidente). El sociólogo Fred Davis ha señalado con acierto que la ropa actúa como metáfora visual de la identidad, pero además revela las ambivalencias culturales que resuenan entre distintas identidades y en el interior de cada una.[86] En Argentina, los jeans fueron la primera prenda de vestir exclusiva para los jóvenes, que se diferenciaban cada vez más de la generación anterior por medio de la ropa. Pero los jeans también sirvieron para señalar y reforzar distinciones en el colectivo de la juventud: los estilos, las marcas y la procedencia del producto funcionaban como recursos sutiles para elaborar y exhibir diferencias intrageneracionales, codificadas en la oposición entre vaquero (local) y jean (importado), que agregó un estrato adicional a las disputas entre "mersas" y "caqueros". Sin embargo, en este caso había una diferencia crucial: la oposición solo era aplicable a los varones. Las mujeres no fueron consumidoras importantes de jeans hasta fines de los años sesenta, aunque buscaron otras maneras de vestir su "nuevaolidad".

En *Clarín* del 1° de septiembre de 1958 una publicidad a página entera anunciaba en mayúscula y negrita la llegada del "auténtico vaquero" Far West: una prenda "disfrutable" y "duradera" para usar en casa, para ir al club e incluso para ir a trabajar. El dibujo que dominaba la escena mostraba unas piernas inconfundiblemente masculinas, enfundadas en vaqueros con la botamanga plegada, en una posición de salto que irradiaba dinamismo juvenil. La intención publicitaria de captar el mercado masculino joven de las capas medias y obreras se hacía evidente además en el otro aspecto destacado: el vaquero era barato.[87] Aunque se promovía como una mercancía con resonancias estadounidenses (y el nombre de la marca apuntaba en ese sentido), el vaquero Far West se confeccionaba en la Fábrica Argentina de Alpargatas, una de las empresas textiles más grandes del país, denominada por su producto más famoso: las alpargatas.[88] A principios de los años cincuenta,

[86] Davis, *Fashion, Culture, and Identity*.
[87] Anuncio publicitario publicado en *Clarín*, 1° de septiembre de 1958, p. 31.
[88] Sobre la historia de Alpargatas durante la primera mitad del siglo xx, véase Gutiérrez y Korol, "Historia de empresas…", pp. 401-424. Sobre la historia de los jeans en Estados Unidos, véanse Sullivan, *Jeans*, y Gordon, "American Denim", pp. 31-45.

tal vez emulando el uso original de los *blue jeans* en Estados Unidos, la empresa comenzó a producir tela vaquera en un intento fallido de fabricar pantalones para los peones rurales. En 1957, cuando las *teenpics* de rock comenzaron a abrirse paso en Argentina y revelaron la potencialidad de crear y explotar un mercado alternativo al de los trabajadores rurales, Alpargatas vislumbró una nueva chance de utilizar la tela vaquera y contrató a los representantes locales de J. Walter Thompson (JWT) —la agencia publicitaria más longeva de Estados Unidos— a fin de relanzar los jeans.[89] Ese mismo año, entonces, JWT ayudó a los directivos de la empresa textil argentina a elegir el nombre de una marca con resonancia estadounidense y apuntar a un mercado nuevo: los varones jóvenes.[90]

Antes de que los varones jóvenes de clase obrera se atrevieran a usar los jeans (en realidad, los vaqueros), su vestimenta —como la de sus pares de clase media— replicaba en gran medida el código paterno. Como en muchos otros países occidentales de la época, los adolescentes argentinos atravesaban el rito de pasaje a la adultez cuando accedían al derecho de ponerse los pantalones largos, en especial los de traje. La tradición se mantenía en pie, aunque los psicólogos como Eva Giberti ya aconsejaban a los padres que reconsideraran el automatismo del rito en una época de chicos que querían "vivir su adolescencia antes de ser adultos".[91] Los vaqueros o jeans quebraron esa tradición, junto con los códigos intergeneracionales de vestimenta: visibilizaron una edad que no era infantil ni adulta, sino joven. Y los varones jóvenes de la clase trabajadora fueron sus consumidores de vanguardia. Carlos, por entonces un adolescente obrero del conurbano bonaerense, aún recuerda el momento y las vicisitudes que rodearon la adquisición de su primer vaquero. "Tenía 15 o 16 años y cobraba 250 pesos semanales como aprendiz en [la fábrica textil] Campomar. Le daba 150 pesos a mi familia, usaba 70 para gastos diarios y podía ahorrar apenas 30 por semana. Un vaquero costaba casi 350 pesos. No fui al cine ni a la cancha por un

[89] La agencia J. Walter Thompson llegó a Argentina en 1929 en el marco de una importante expansión internacional. Véanse Salvatore, "Yankee Advertising…", pp. 216-235, y De Grazia, *Irresistible Empire*, pp. 226-283.

[90] "Shirley Woodell to Ms. D. Moran", 11, 14 y 16 de marzo de 1957, documentos administrativos y correspondencia, carpeta 1943-1958, caja 3, Doumentos de Shirley Woodell 1943-1958, JWT.

[91] Giberti, *Escuela para padres*, vol. 3, p. 242.

tiempo, pero al fin me los compré." Los detallados recuerdos de Carlos permiten entrever que aún persiste el orgullo de haber adquirido su primer Far West ahorrando aquel magro salario de aprendiz. ¿Por qué un adolescente cómo él se había esforzado tanto para comprarse el primer vaquero? Su reflexión final lo deja en claro: "Pensar que solo andaba con unos pantalones viejos, grises, de franela... Con los vaqueros era una persona nueva".[92] Los varones jóvenes de clase obrera encontraban en los vaqueros una oportunidad para renovarse. Tal como el rock, el nuevo consumo establecía un vínculo entre los jóvenes argentinos y sus pares del extranjero. Sin embargo, también provocó reacciones de estigmatización.

Las primeras representaciones de los jóvenes en vaqueros combinaban ansiedades socioculturales y sexuales. En uno de los pocos estudios académicos sobre una "pandilla" del Gran Buenos Aires, por ejemplo, una socióloga detalló la imagen elegida por los integrantes del grupo para presentarse en público, que incluía una "exhibición de virilidad en las esquinas del barrio, con sus vaqueros ajustados". En línea con los investigadores de otros países, la autora relacionaba el uso del vaquero con nociones de desorden social y sexual.[93] Esta percepción también afloró en otras representaciones de jóvenes en vaqueros. En la exitosa película *La patota* (Daniel Tinayre, 1960), un grupo de hombres en vaqueros violaba a una joven profesora recién llegada a su barrio de clase obrera para trabajar en una escuela local. Si los jóvenes en vaqueros se asociaban en este caso a la violencia sexual, otras representaciones los ligaban a la homosexualidad. Uno de los primeros sondeos sobre la escena gay de Buenos Aires, por ejemplo, advierte què "los homosexuales asumen los mismos estilos que los jóvenes iracundos, *blue jeans* y remeras blancas: es imposible distinguirlos".[94] El escritor de izquierda David Viñas, por su parte, acuñó la "categoría Marlon Brando" para referirse a los "muchachos" que daban vueltas por Buenos Aires "ajustándose y ajustándose los *bluyíns*, a la espera de venderse al mejor

[92] Entrevista con Carlos R.

[93] Marta Bechís de Ameller, "Adolescentes de clase baja", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año 7, núm. 3, julio-septiembre de 1962, pp. 457-469. En la Italia de los años cincuenta, los sociólogos y los jueces veían en los jeans un indicio de "conducta delictiva". Véase Piccone Stella, *La prima generazione*, pp. 156-159.

[94] "El amor que no osa decir su nombre", en *Panorama*, núm. 19, diciembre de 1964, pp. 128-135.

postor".[95] Esos "muchachos Brando" que exhibían el cuerpo para levantarse a otros hombres eran retratados por Viñas como "jóvenes plebeyos" que delataban con su presencia la hipocresía moral de una sociedad burguesa. Todas estas representaciones coincidían en un aspecto: la identificación metonímica de los vaqueros con jóvenes de los sectores menos pudientes, asociados a una amenaza social y sexual.

Entre 1963 y 1964, sin embargo, algunas marcas estadounidenses de jeans comenzaron a abrirse paso en Argentina y expandieron el mercado local con la incorporación de nuevos consumidores. Los jeans Levi's y Lee eran una mercancía de lujo: se importaban en lotes pequeños y se vendían en las zonas comerciales más exclusivas a un precio que cuadruplicaba el de las marcas locales.[96] El consumo de Levi's o Lee requería cierta experticia: primero para encontrarlos, y después para determinar su autenticidad. Los jóvenes de clase media, que podían darse el lujo de pagar las marcas importadas, desarrollaron rápidamente el nuevo saber. Tal como informaba la prensa, estaban expandiendo sus consumos. Además de los discos y los tocadiscos, cada vez más productos, como las bebidas gaseosas, se promocionaban con la mira puesta en la juventud. Cuando Pepsi llegó a Argentina, en 1961, lanzó una "guerra" publicitaria contra la ya establecida Coca-Cola y creó una campaña con el eslogan "A vivir en la generación de Pepsi". Las agencias publicitarias reconocían el potencial del consumidor joven y comenzaban a hacer sondeos para determinar sus gustos y preferencias.[97] Pero en materia de ropa, las preferencias ya eran obvias: los chicos de clase media eran "cazadores" expertos de Levi's y Lee. Un quinceañero entrevistado por la revista *Primera Plana* subrayó las "variaciones de *status* entre quienes visten unos y otros". Cuando el periodista "neófito" le preguntó cómo distinguía los jeans importados de los vaqueros nacionales, el joven respondió "desdeñosamente" que se notaba "a varios metros de distancia": había que fijarse "en el distinto color de los hilos de las costuras, y en el pespunte ese, el del bolsillo".[98]

[95] Viñas, *Dar la cara*, pp. 298 y 299.
[96] Véase "El motor de la moda", en *Panorama*, núm. 137, 9 de diciembre de 1969, p. 30.
[97] Asociación Argentina de Agencias de Publicidad, *Actas de la Primera Convención Argentina de Agencias de Publicidad*, Mar del Plata, septiembre de 1963, pp. 48 y 49; "Burbujeante atractivo de la juventud", en *Análisis*, núm. 305, 16 de enero de 1967, pp. 62-66.
[98] "Blue jeans para todos", en *Primera Plana*, núm. 208, 20 de diciembre de 1966, p. 41.

Los directivos de Alpargatas se negaban a aceptar la idea de que una marca "nacional" no tuviera chances de acrecentar el segmento de consumidores. Aunque se jactaban de haber vendido 902.405 vaqueros Far West a principios de 1966, solicitaron a la agencia JWT que realizara un sondeo con el fin de encontrar una vía de llegada a los consumidores de jeans que nunca habían comprado "vaqueros". JWT entrevistó a quinientos varones jóvenes de clase media y media alta para examinar sus opciones de consumo. Ante la consulta por sus preferencias en materia de jeans, los participantes opinaron mayoritariamente que los vaqueros locales eran "demasiado azules, rústicos y ajustados" en comparación con los Lee y Levi's estadounidenses, que a su juicio se distinguían por el color desteñido, una mejor terminación y un corte más holgado.[99] Con la mira puesta en ese segmento de "jóvenes ansiosos por triunfar en la vida", la empresa lanzó la marca Super Far West. Alpargatas invirtió en una campaña publicitaria inusualmente intensa y original, pero los Super Far West resultaron un fiasco: los chicos de clase media y media alta ni siquiera se molestaban en entrar a los locales para probárselos.[100]

Los jeans importados eran uno de los recursos que usaban los jóvenes de estratos medios y altos para señalar su distinción (y son un ejemplo más de la "norteamericanización" de las culturas juveniles). Con su experticia en telas, colores y calces, los jóvenes de estos sectores sociales iban más allá del mero tecnicismo: aducían razones estéticas de elegancia y de "buen gusto". Cuando ni siquiera se dignaban a probarse los vaqueros, evidenciaban que, como lo enunció Pierre Bourdieu, "los gustos son ante todo disgustos, hechos que son horrorosos o producen una intolerancia visceral ('ganas de vomitar') [frente a] los gustos de los otros".[101] Esos jóvenes proyectaron en los vaqueros la intolerancia frente a los gustos de sus pares de clase obrera y elaboraron una manera de acentuar las distinciones. Tal como muchos latinoamericanos de épocas anteriores y posteriores, los jóvenes argentinos de los estratos medios y

99 "Casi un millón de vaqueros vendidos en seis meses", en *Aquí Latinoamérica*, núm. 2, septiembre de 1966, serie Boletines Informativos 1917-1983, JWT.

100 "Un aviso diferente", en *Aquí Latinoamérica*, núm. 3, octubre-noviembre de 1966, serie Boletines Informativos 1917-1983, JWT. Uno de los directivos de Alpargatas relató el fiasco en "Las cosas por su nombre", en *Mercado*, núm. 222, 11 de octubre de 1973, pp. 40-44.

101 Bourdieu, *La distinción*, p. 54.

altos investían los productos importados con atributos de autenticidad y renovación cultural.[102] Vestir "auténticos" jeans estadounidenses los incluía indiscutiblemente en una cultura internacional de jóvenes y a la vez excluía de esa pertenencia a sus pares generacionales que "solo" usaban vaqueros de industria nacional. La experiencia de un escenario periférico como el de Argentina, entonces, invita a repensar el consenso instalado en los estudios sobre la juventud de los años sesenta. Los académicos que observaron a la juventud europea han señalado que las novedades percibidas como "típicamente estadounidenses" en los años cincuenta —el rock y los jeans— pasaron a ser el repertorio de la cultura juvenil internacionalizada en los años sesenta.[103] La historia de los jeans en Argentina solo respalda parcialmente esa conclusión. Cuando los varones jóvenes adoptaron y adaptaron los vaqueros/jeans, los vínculos con "lo estadounidense" no se habían esfumado: la "autenticidad" de los jeans devino en un signo apto para elaborar distinciones entre los jóvenes de diferentes clases sociales.

En contraste con los varones, las jovencitas disponían de otros recursos para diferenciar su vestimenta de las de generaciones predecesoras. En vísperas de los años sesenta, las revistas femeninas invitaban a cambiar los tonos opacos que predominaban en los trajecitos, las faldas y los vestidos por colores claros como el rosa, el celeste y el blanco para "las chicas de 18". Con el correr de la década, las faldas se acortaron y se ajustaron cada vez más, e incorporaron colores como el naranja y el rojo, que algunas revistas calificaban de ideales para "bailar el twist y el rock", primero, y "el *shake*" poco después. Además, los asesores de moda instaban a pasar de las telas sintéticas a las naturales, que en esencia eran la lana y el algodón.[104] El concepto de lo "natural" también devino en criterio clave de las recomendaciones sobre cortes de pelo y maquillaje. Las "mujeres de 18 años" no debían teñirse el cabello bajo ninguna circunstancia —ya fuera corto o largo— sino solo cepillarlo a

[102] Los antropólogos que aplican el enfoque del materialismo cultural han comenzado a analizar los significados que adquirieron las importaciones en diversos contextos latinoamericanos durante el siglo XIX y principios del XX.

[103] Kroes, "American Mass Culture", pp. 82-105; Poiger, *Jazz, Rock, and Rebels*.

[104] "1960: la moda es joven", en *Claudia*, núm. 37, junio de 1960, p. 65; "La moda a los 18 años", en *Para Ti*, núm. 2001, 15 de noviembre de 1960, pp. 39-42; "Ritmo y moda joven", en *Para Ti*, núm. 2071, 20 de marzo de 1962, pp. 37-47; "Para la juventud coqueta", en *Para Ti*, núm. 2227, 16 de marzo de 1965, pp. 58-60.

diario; los consejos eran similares en relación con el maquillaje: un trazo muy fino para delinear los ojos, y rosa en lugar de rojo para pintarse los labios.[105] Hacia 1963, la mayoría de las revistas traía moldes de ropa —tomados de catálogos franceses o italianos— con instrucciones detalladas para confeccionar las prendas en el hogar, una práctica común en las familias de clase obrera y media baja.

Las jóvenes incorporaron los pantalones a principios de los años sesenta, pero los códigos de vestimenta formal e informal les impedían usarlos con regularidad. En 1961, la revista *Claudia* hizo un sondeo para averiguar qué pensaban los hombres de las "mujeres en pantalones". Los consultados respondieron que la prenda era "conveniente" a veces, pero *solo* para las chicas jóvenes. Las mujeres opinaron lo mismo: siempre y cuando la ocasión fuera apropiada, los pantalones no ponían en riesgo la "gracia femenina" de las jovencitas.[106] El intendente de Rosario, José R. Araya, fue más categórico: prohibió los pantalones para todas las mujeres en la vía pública porque su uso representaba una afrenta a "la moral y las costumbres".[107] El suyo fue un caso extremo (cuyo acatamiento es difícil de constatar), pero existían otros rigurosos códigos de vestimenta, de alcance nacional, que prohibían los pantalones para las alumnas de las escuelas secundarias. El reglamento también afectaba a las maestras de nivel primario, una ocupación elegida por muchas jóvenes que estudiaban en la universidad.[108] Los pantalones tampoco eran convenientes para las mujeres que se desempeñaban en otros oficios. Un manual de 1964 con *Consejos útiles para las chicas que quieren trabajar* nos da una idea del panorama: "No vayas a una entrevista en pantalones: no te contratarían ni en el tallercito más humilde".[109] Para las jóvenes, el uso de pantalones solo era lícito en los momentos de ocio.

105 "15-18 años, esa edad maravillosa en que", en *Claudia*, núm. 11, abril de 1958, p. 58; "Naturalidad, mucha naturalidad", en *Para Ti*, núm. 2025, 2 de mayo de 1961, pp. 51-53.

106 "Los pantalones se visten de mujer", en *Claudia*, núm. 51, agosto de 1961, pp. 87-91; véase la edición especial "De invierno, la sencillez de los pantalones", en *Para Ti*, núm. 2029, 30 de mayo de 1961, pp. 37-41.

107 "Ejemplar medida moralizadora en Rosario", en *Boletín AICA*, núm. 79, 13 de diciembre de 1957, p. 2.

108 Ministerio de Educación y Justicia, *Reglamento general para los establecimientos de enseñanza secundaria, normal y especial*, pp. 44 y 45.

109 *Consejos útiles para las chicas que quieren trabajar*, Buenos Aires, Sopena, 1964, p. 34.

La dicotomía entre vaqueros y jeans también sirvió para señalar distinciones entre las chicas, aunque en menor grado que en el caso de los varones. A fines de los años cincuenta, Alpargatas lanzó su marca Lady Far West. Las campañas apuntaban a las adolescentes, como lo indican los avisos publicados en septiembre, cuando los alumnos del secundario se preparaban para los picnics del Día del Estudiante.[110] Como había ocurrido con los varones, las imágenes publicitarias de las chicas en vaqueros irradiaban "norteamericanidad". En un aviso de 1959, Far West retrató a un chico peinado con un jopo que bebía Coca-Cola con una jovencita rubia de pelo corto: la imagen condensaba la "norteamericanidad" de las *teenpics* que inundaban los cines argentinos.[111] Sin embargo, con el correr de los años sesenta, la "autenticidad" de los jeans importados también cobró importancia para algunas jóvenes que rechazaban los vaqueros nacionales. María Ester era una chica de clase media que usaba vaqueros muy de vez en cuando, pero aún recuerda las horas que pasaba frotando los Lady Far West con una piedra para bajarles un poco el "azul excesivo". También usaba los Lee del hermano sin pedirle permiso, aunque sabía que él iba a poner el grito en el cielo cuando la descubriera. "Los vaqueros eran ordinarios... 'mersas', como decía la gente", respondió María Ester para explicar por qué les dedicaba tanto tiempo e incluso se arriesgaba a pelear con el hermano con tal de remplazarlos por los jeans importados.[112]

Las mujeres recién incorporaron plenamente los jeans hacia la segunda mitad de los años sesenta, en un proceso de renovación total de la moda femenina cuyo rasgo más saliente fue la difusión de la minifalda. Durante sus primeros años en Argentina, entonces, los jeans sirvieron para abrir un nicho de moda juvenil específicamente masculina, que se introdujo de a poco entre una moda infantil de pantalones cortos y una moda "adulta" de trajes y prendas grises. Tal como el rock y el twist —y en tándem con la difusión de los nuevos ritmos juveniles a través del cine—, los jeans fueron la primera prenda exclusiva para jóvenes y apropiada por ellos, en especial los varones. También como la música de consumo juvenil, sirvieron para construir un sentido de per-

[110] Véanse, por ejemplo, las publicidades tituladas "Día del estudiante. Alegría de vivir, alegría de usar el auténtico Far West", en *Clarín*, 15 y 16 de septiembre de 1962, y *Clarín*, 15 y 16 de septiembre de 1963.
[111] Publicidad de Far West en *Para Ti*, núm. 1943, 6 de octubre de 1959, p. 19.
[112] Entrevista con María Ester.

tenencia generacional y a la vez para trazar distinciones culturales basadas en la clase social. La impronta de la "norteamericanidad" como distinción de cultura y de clase entre los jóvenes argentinos se marcó de manera aún más categórica con los jeans que con la música. Fueron muchos los jóvenes que se apropiaron de la prenda estadounidense por excelencia, pero las controversias en torno a la "autenticidad" dejaron en claro que "la juventud" distaba de ser una categoría homogénea en la Argentina de los primeros años sesenta.

* * *

En junio de 1964, el presidente Arturo Illia recibió en la Casa de Gobierno a una celebridad de la música pop: la adolescente italiana Rita Pavone. Illia la felicitó por su éxito entre los jóvenes y por representar los "valores sanos de lo que hemos llegado a conocer como 'nueva ola'".[113] No era la primera vez que un presidente homenajeaba a una "estrella": Perón ya lo había hecho a principios de los años cincuenta, por ejemplo, cuando recibió a Gina Lollobrigida en la Casa de Gobierno. Pero hubo una diferencia que vale la pena destacar en el contexto de este libro: la visitante de 1964 no era una "estrella" admirada por un público intergeneracional, sino una "estrella de la nueva ola". La anécdota atestigua la importancia simbólica que había adquirido la juventud en la escena pública hacia mediados de los años sesenta. En gran medida, "la juventud" se creó a sí misma y adquirió reconocimiento a través de sus estilos musicales, sus actividades de esparcimiento y sus consumos específicos. Fue en estos tres ámbitos cruciales donde los jóvenes de distintos estratos sociales crearon una noción de pertenencia generacional y encontraron espacios que les permitieron actuar su edad. Por otra parte, en el mismo movimiento, los jóvenes se valieron de estos ámbitos para elaborar distinciones entre ellos. Tal como en épocas anteriores, la batalla por las distinciones culturales se libró en el territorio de la cultura de masas. Pero, a diferencia de épocas anteriores, la cultura de masas de los incipientes años sesenta era una cultura juvenilizada.

Esta juvenilización se desarrolló a la par de la irrupción del rock en el paisaje cultural y mediático argentino. En contraste con otros países latinoamericanos, como México, donde el nuevo ritmo atrajo

113 "Rita con Illia", en *La Razón*, 11 de junio de 1964, p. 11.

primero a los jóvenes de clase media, el rock llegó a Argentina como forma de música y baile que rebasó las fronteras de clase y de género para sentar las bases de una nueva sociabilidad, específicamente juvenil. El rock sirvió para organizar el tiempo libre de los jóvenes de ambos sexos, pero a la vez incitó reacciones de algunos sectores que auguraban toda clase de peligros para la "moral" de la juventud y la conservación de las "tradiciones nacionales". Esta oposición no llegó muy lejos en su intento de frenar la propagación del rock: apenas logró fijar límites temporarios al avance de una forma musical que los jóvenes abrazaron como propia, con el frecuente consentimiento de sus padres y la "contribución" de un segmento considerable de las industrias culturales. Los empresarios de la cultura y el entretenimiento —tal vez con miras a torcer el brazo de sus detractores— pronto desarrollaron estrategias que presentaban el rock como un entretenimiento para la diversión de los jóvenes *en familia*. La promoción de Bill Haley, por ejemplo, apuntaba a demostrar que ese ritmo era un medio para establecer lazos entre los jóvenes argentinos y sus pares del extranjero, sin poner en peligro las tradiciones nacionales, ni los hábitos sexuales, ni los valores familiares. Pero Haley y otros artistas extranjeros no bastaban para satisfacer una demanda de rockeros que parecía insaciable: en ese contexto surgieron los primeros talentos locales. Las empresas nacionales y trasnacionales aprovecharon las políticas desarrollistas implementadas a fines de los años cincuenta para expandir sus instalaciones y actividades en el país. En el transcurso de esa expansión, la música juvenil adquirió un papel prominente: los jóvenes se habían revelado como consumidores ideales en este rubro. Con el correr de los años sesenta, sin embargo, quedó en claro que los jóvenes integraban el consumo del rock y del twist con el de otros géneros musicales, como el folclore. Mediante la apropiación y la expansión de este consumo híbrido, *El Club del Clan* gravitó hacia el centro de la escena entre 1963 y 1965.

La experiencia de *El Club del Clan*, crucial para la juvenilización de la cultura de masas, detonó acalorados debates sobre la industria cultural, las "masas" y el gusto en materia de cultura. *El Club del Clan* emergió de la expansión de una red mediática que a su vez contribuyó a incrementar. Como texto musical exclusivo para jóvenes, integrador de sonidos locales e internacionales en un producto cubierto de una pátina "juvenil", *El Club del Clan* respaldaba los valores familiares, con-

sagraba los roles de género, fomentaba la contención sexual e invitaba a una diversión moderada: en síntesis, promovía el conservadurismo cultural. En muchos sentidos, los fans parecían haberlo "consumido" dentro de esos parámetros. La irrupción inusitada de jóvenes ídolos y fans en la escena pública y los medios de comunicación detonó las primeras reflexiones sistemáticas sobre los cambios en la cultura de masas. Críticos culturales, militantes de izquierda, cineastas y periodistas interpretaron el fenómeno como un proceso de "manipulación" y "alienación cultural": fusionaron las imágenes de ídolos y fans en el concepto de "masas", descriptas con un lenguaje sesgado que les atribuía rasgos asociados despectivamente al género femenino, y a la vez desencadenaron batallas culturales por el gusto. A mediados de los años sesenta, estas disputas se libraron en un terreno de consumos juveniles donde el término "mersa" servía de principio organizador. La nueva palabra se instaló con celeridad en el vocabulario popular, supuestamente como expresión que los jóvenes de los estratos medios y altos usaban para designar lo que veían como "mal gusto" de los sectores menos pudientes. El término "mersa" pronto devino también en metonimia de la "nueva ola" en general, incluidos sus productos, ídolos y fans.

Las batallas culturales por el gusto se reforzaron en el ámbito de la moda juvenil, un territorio propicio para la elaboración cotidiana de nuevas distinciones culturales con inflexiones de clase. Los jeans interpelaron a amplios segmentos de los jóvenes, sobre todo los varones, como indicadores de una identidad generacional. La principal controversia que suscitó esta prenda giraba en torno a la dicotomía entre las marcas de vaqueros nacionales y jeans importados. En el caso de los varones, los jeans sirvieron para abrir una fisura en los códigos de vestimenta que separaban a los niños de los adultos y prepararon el terreno para el advenimiento de una moda juvenil: contribuyeron a señalizar la aparición de la juventud como categoría visible. Cuando los jóvenes de clase obrera se pusieron a la vanguardia en la adopción del vaquero, diversos observadores los representaron como una encarnación de desórdenes culturales y sexuales, expresados en sus pantalones "rústicos" y "ajustados". Los jóvenes de clase media —tanto hombres como mujeres— tildaban de "mersas" a sus congéneres en vaqueros y buscaban jeans importados de marcas como Levi's o Lee, una mercancía que para ellos era asequible y reconocible. El uso de jeans "auténticos" les permitió elaborar distinciones de clase, mediante las cuales replicaron en

la esfera de la moda las segmentaciones establecidas en el ámbito de la música juvenil. La mayoría de los jóvenes creó y protagonizó nuevos consumos culturales y nuevas prácticas de esparcimiento exclusivamente juveniles en la Argentina que comenzaba a transitar la década de 1960. Pero tal como observamos en el caso de la moda, los jóvenes no usaban los mismos jeans ni los dotaban del mismo significado.

IV. ELLA SE VA DE CASA. LAS JÓVENES, EL GÉNERO Y LA SEXUALIDAD

El 29 de mayo de 1962, Norma Penjerek, una adolescente de 17 años, salió de su departamento situado en un tradicional barrio porteño de clase media baja para asistir a una clase de inglés. La clase terminó a las 7 y media de la tarde, pero Norma nunca regresó a su casa. El 1° de junio, los padres denunciaron la desaparición de su hija. Y a mediados de julio se confirmó el peor de los temores: el análisis forense de un cadáver hallado en las afueras de Buenos Aires lo identificó como el cuerpo de la joven desaparecida. ¿Qué le había ocurrido a Norma Penjerek? Luego de un año sin noticias significativas, una trabajadora sexual declaró ante un juez que Norma había caído en la "red" de una banda criminal dedicada al narcotráfico y la pornografía —o en la *"dolce vita"*, como se decía en el lenguaje popular y periodístico con referencia a la película de Fellini—, cuyo jefe después había decidido asesinarla. Ni el testimonio era real ni la policía encontró jamás a los asesinos de Norma. Tal vez por haber quedado irresuelto, el "caso Penjerek" desató el pánico moral más intenso del que se tenga memoria en la Argentina de los años sesenta. El sociólogo Stanley Cohen señala que los pánicos morales afloran en momentos de incertidumbre social, a modo de acontecimientos que "trazan el límite" entre los hábitos o comportamientos tolerados y aquellos que no se tolerarán. De acuerdo con Cohen, estos pánicos morales son a la vez transparentes y opacos: todos parecen saber lo que ocurre, pero los sentidos más profundos de esos hechos suelen estar mediados.[1] El pánico moral construido en torno al caso Penjerek sirvió para descargar ansiedades ligadas a un palpable resquebrajamiento de la autoridad patriarcal y la domesticidad. Más exactamente, fue una respuesta a la percepción social de que las jóvenes, en sentido metafórico (y a veces literal), estaban "yéndose de casa".

Las jóvenes experimentaron, concretaron y padecieron las consecuencias de los cambios implícitos en las dinámicas de modernización

[1] Stanley Cohen, *Folk Devils & Moral Panics*, pp. xii, 217 y 218.

cultural más temprano y con mayor dramatismo que sus homólogos de sexo masculino. Los académicos que estudiaron la historia del género y la sexualidad en la Argentina de los años sesenta han analizado los nuevos horizontes que se abrieron para las mujeres jóvenes —principalmente de las capas medias— así como la liberalización prudente en el terreno de las normas sexuales.[2] La mayoría de estos estudios se enfoca en patrones de cambio a mediano plazo, sin detenerse en un análisis más situacional que desentrañe cómo se plasmó, se entendió y se debatió el cambio específico que afectó la vida de las jóvenes. En este capítulo veremos que "las jóvenes" o "las chicas" —términos intercambiables en el vocabulario público— desafiaron en la práctica las nociones prevalentes del hogar mediante la prolongación de su estadía en el sistema educativo, la plena inserción en el mercado de trabajo, la participación en nuevas actividades para el esparcimiento juvenil, la disposición para experimentar nuevas convenciones de noviazgo o para reconocer en público su incursión en el sexo prematrimonial y la postergación del casamiento en relación con sus predecesoras. Con sus nuevas actitudes, las jóvenes de los años sesenta pusieron en tela de juicio el arraigado bagaje de pautas que regían la domesticidad, basado en la adjudicación de un ámbito escindido para cada género y la equiparación de la femineidad a la condición de esposa y madre. Este ideal se había establecido como norma para las clases medias durante la primera mitad del siglo XX y, tal como señalan algunos estudios, también para las clases trabajadoras, sobre todo durante los gobiernos peronistas (1946-1955).[3]

Entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, las jóvenes ocuparon un espacio en pugna: su exploración de nuevas opciones educativas, laborales y culturales indicaba un anhelo colectivo de cambio, pero la resistencia que oponía la sociedad revelaba el sólido atrincheramiento del statu quo y las enormes dificultades que suponía la transformación. Con la modificación de sus experiencias, las jóvenes desestabilizaron en especial las arraigadas nociones de autoridad patriarcal, en un proceso que las sometió a incontables dilemas en el entorno familiar y cultural. Cuando las expectativas y las experiencias de ellas

[2] Feijóo y Nari, "Women in Argentina during the 1960s"; Felitti, "El placer de elegir"; Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina*, pp. 224-235; Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*.

[3] Míguez, "Familias de clase media"; Nari, *Políticas de maternidad y materialismo político*; Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, pp. 116-128.

comenzaron a expandirse y a cambiar, sus elecciones vocacionales, sus preferencias para el tiempo libre o sus prácticas de noviazgo pasaron a ser territorios de confrontación en muchas familias. Aunque los psicólogos y los consejeros de las revistas femeninas y populares trataban de ayudar a los padres a surcar las aguas de la nueva realidad, los dilemas persistían y, en algunos casos, llevaban a las jóvenes a escaparse de la casa, tal vez para expresar su rechazo a lo que percibían como autoritarismo parental. De modo sensacionalista, los medios masivos y los sectores católicos conservadores le confirieron al "fenómeno de las fugas" significados sexuales, culturales y políticos: el caso Penjerek confirmó sus temores y sirvió como avenida para que muchos padres y madres sin relación con estos sectores intentaran coartar la creciente autonomía de sus hijas a fin de recuperar lo que percibían como autoridad perdida. De una manera extrema y magnificada, este caso también sirvió, por un lado, para catapultar al centro de la escena los debates sobre la sexualidad de las jóvenes y, por el otro, para responder a las prácticas y las actitudes de una "liberalización" que ya se encontraba en marcha. De hecho, las jóvenes fueron protagonistas del cambio que marcó el inicio de una nueva cultura sexual en la década de 1960: la aceptación pública del sexo prematrimonial, una novedad que desestabilizó aún más los ideales domésticos basados en una doble moral que instaba a los hombres a adquirir experiencia sexual antes de casarse mientras exigía a las mujeres que preservaran su virginidad hasta la noche de bodas. Las cohortes de mujeres que llegaron a la mayoría de edad durante la década de 1960 fueron las primeras en anunciar su aprobación del sexo prematrimonial en la arena pública, pero lo hicieron en el marco de un discurso que ligaba el sexo al amor y la responsabilidad. Este planteo favoreció la representación de la novedad como un cambio "moderno" y prudente al mismo tiempo.

Ella se va de casa

Entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, las experiencias y las expectativas de las jóvenes comenzaron a diferir notablemente de las que habían vivido y abrigado las mujeres de generaciones anteriores, incluidas sus propias madres. Las jóvenes eran mayoría entre las miles de personas que abandonaban su provincia o su pueblo natal

para buscar oportunidades en las grandes zonas urbanas, un proceso migratorio que comenzó en los años treinta y se acrecentó en las décadas siguientes. Ellas también engrosaron la matrícula secundaria y universitaria, e hicieron nuevas elecciones vocacionales que les abrieron accesos más convenientes y diversificados al mercado laboral. De la misma manera, participaron en la creación de actividades novedosas para el tiempo libre, premisa clave para desarrollar una noción de pertenencia generacional y forjar nuevos modos de interacción entre varones y mujeres. Tal como había ocurrido con la "chica moderna" de los años veinte, la creciente autonomía que conquistaban las jóvenes de los años sesenta entró en conflicto con las normas persistentes y restrictivas que regían la vida familiar.[4] "Irse de casa" era una metáfora de las experiencias que ellas vivían y de sus percepciones en la opinión pública: era el signo de un cambio que incidía por igual en los terrenos de la familia y de la cultura.

Las jóvenes de las zonas rurales y los pueblos de provincia habían comenzado a irse de su casa durante los años treinta, en el marco de las migraciones masivas hacia las ciudades en pleno proceso de industrialización. En ese flujo poblacional que continuó a lo largo de las décadas siguientes, las migrantes jóvenes —cuyas edades promediaban los 20 años— eran mayoría entre los recién llegados a Rosario, Mendoza y Buenos Aires.[5] Entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, Elenita, la hija del presidente Arturo Frondizi, recibió cartas de muchas jóvenes como ella que expresaban sus deseos de migrar a la ciudad. Tal era el caso de Marta, una santafesina de 19 años que explicaba en detalle las razones de su desesperación: "He terminado la primaria y he seguido haciendo cursos. Tengo muchas facilidades para la contabilidad, pero en mi pueblo no hay empleo y tampoco hay motivaciones para seguir viviendo aquí". Otra de las cartas era de Adelaida, una entrerriana de 20 años que vivía en Concordia y compartía esos padecimientos: "Terminé mis estudios primarios, aprendí a cocer [sic] y a bordar y también estudios de enfermería, pero no encuentro trabajo en esta ciudad triste y siento que estoy malgastando mi vida". Tanto

[4] Sobre las ansiedades en torno a las "chicas modernas" en Argentina y México, véanse Tossounian, "The Argentine Modern Girl…", y Hershfield, *Imagining la Chica Moderna*.

[5] Recchini de Lattes, *Aspectos demográficos de la urbanización en la Argentina, 1869-1960*, p. 62.

Marta como Adelaida abrigaban la esperanza de que Elenita las ayudara a conseguir empleo, dando por sentado que sería en Buenos Aires.[6] Uno de los pocos estudios etnográficos sobre poblaciones migrantes que se llevaron a cabo a principios de los años sesenta describía una situación similar en una provincia del Noroeste. Según el antropólogo, las jóvenes locales no podían trabajar porque no había empleo en el lugar donde vivían, se encontraban aisladas en una vida familiar que no les deparaba satisfacciones, no tenían ropa adecuada para vestirse bien y recibían un bombardeo de información prometedora sobre otros estilos de vida a través de la radio. Casi todas las entrevistadas soñaban con migrar a una gran ciudad para conseguir empleo, divertirse en el tiempo libre y continuar con su educación.[7]

Aunque en los años cincuenta la mayoría de los migrantes ya se había integrado en redes de amigos y parientes establecidos en las grandes urbes, las representaciones de la chica provinciana sola, soñadora y cándida, expuesta a los "riesgos" de la ciudad, acosaban la imaginación pública.[8] La película *Detrás de un largo muro*, de Lucas Demare, estrenada en 1958, cuenta la historia de Rosa y su padre viudo, quienes pierden su finca y se ven obligados a probar suerte en Buenos Aires. Pronto descubren que su nueva vida nada tiene que ver con lo que habían fantaseado al ver las luces de la ciudad en la pantalla del cine. Siguiendo a sus parientes, se instalan en un asentamiento precario o "villa miseria". Rosa consigue trabajo en una fábrica y entabla relación con un joven que finalmente la viola. Este exitoso melodrama de los años cincuenta examina algunos de los principales tópicos asociados a la figura de la joven migrante "en riesgo" de perder su inocencia —es decir, su virginidad— por haberse mudado a una gran urbe. La Obra de Protección de la Joven (OPJ), una organización católica internacional, funcionaba sobre la base de ese imaginario. Fundada en 1951, la OPJ instalaba asistentes sociales en las estaciones ferroviarias de Buenos

[6] Cartas a la señorita Elena Frondizi, caja 39, documento 6; caja 49, documento 4, AAF-BN.

[7] Margulis, *Migración y marginalidad…*, pp. 78, 130 y 131. Véase también "Santiago, la del éxodo", en *Claudia*, núm. 44, enero de 1961, pp. 28 y 29.

[8] En contraste, durante los gobiernos peronistas también se extendieron, entre las capas medias, notables ansiedades sociosexuales en torno a las "sirvientas" —muchas de ellas migrantes recientes a la ciudad— y su capacidad de erosionar pautas morales y culturales, tal como lo ha analizado el historiador Omar Acha, *Crónica sentimental de la Argentina peronista*, pp. 63-127.

Aires para cumplir con su "tarea más difícil": evitar que las jóvenes fueran "atrapadas por redes" dispuestas a hacerlas "caer en el vicio".[9] Convencidos de que el arribo a la gran ciudad era equiparable a un peligroso rito de pasaje, los asistentes sociales procuraban identificar a las chicas que llegaban solas, alojarlas durante semanas en una elegante casa que el gobierno había cedido a la institución en 1957 y (si la moral de la joven cumplía con los requisitos adecuados a ojos de los supervisores católicos) colocarlas como empleadas domésticas en casas de la clase alta.[10] La OPJ intentaba organizar entornos "hogareños" para las jóvenes migrantes a la vez que contribuía a afianzar las relaciones vigentes de subordinación social.

Sin la necesidad de mudarse, otras miles de chicas de los años cincuenta y sesenta también comenzaron a "irse de casa" todos los días para asistir a la escuela secundaria. El incremento de la matrícula en la escuela media se debió en gran medida a la inscripción de mujeres: las chicas representaban el 50% del alumnado en 1950, pero en 1960 ya superaban en cantidad a los varones y en 1970 habían escalado al 54%. Aunque la mayoría de los docentes —y sin duda muchos padres— veían en la llegada de las nuevas alumnas un signo y una promesa de la modernización cultural, la situación no estaba tan clara en otras familias.[11] Tal era el caso de Alicia y Mabel, dos hermanas de clase obrera que vivían en el conurbano bonaerense. Alicia terminó la primaria en 1956 y abrigaba la esperanza de cursar la secundaria, pero sus padres no le dieron permiso. Aunque en su barrio, a diferencia de otros, había escuelas secundarias públicas y privadas a una distancia que no requería medios de transporte, los padres probablemente recelaban la interacción cotidiana de su hija con los varones y prefirieron que Alicia se quedara en casa para hacer las tareas domésticas y formarse más tarde en un oficio "femenino".[12] Mabel, que terminó la primaria en 1964, recuerda que siguió "una estra-

[9] *Actas de Asamblea de la Obra de Protección de la Joven*, 6 de abril de 1956, p. 40; 30 de abril de 1958, p. 47, OPJ.

[10] La institución "asistió" a 1.077 mujeres en 1959, a 2.043 en 1960 —su año más activo— y a 1.859 en 1961. Véanse *Actas de Asamblea de la Obra de Protección de la Joven*, 27 de abril de 1960, p. 68; 26 de abril de 1961, p. 79; 30 de abril de 1962, p. 94, OPJ.

[11] Véanse "Varios temas trató el Congreso General de Segunda Enseñanza", en *La Prensa*, 15 de agosto de 1958, p. 6; Delia Etcheverry, "¿Existe crisis juvenil?", en *Revista de Ciencias de la Educación-Universidad Nacional del Litoral*, núm. 2, 1961, pp. 36-43.

[12] En 1958, *Para Ti* enumeró las posibilidades de formación profesional a disposición de las jóvenes. De 120 opciones, 55 eran accesibles para graduadas de la escuela primaria.



tegia" para obtener el permiso de continuar con sus estudios: "La clave fue insistir en mi incorregible desagrado por las tareas del hogar". Cuando llegó el momento de la inscripción, Mabel contó además con la ventaja indirecta de que sus vecinas ya habían comenzado a cursar estudios secundarios. "Los tiempos estaban cambiando", señala.[13] Y lo cierto es que el cambio estaba en pleno desarrollo: aunque la escuela secundaria ya era un hecho indiscutible para las chicas de clase media, en algunas familias de clase obrera aún constituía un punto de fricción.

La elección de la modalidad secundaria, además, era un frente de batalla donde los padres trataban de afirmar su autoridad contra el deseo de las hijas. Un ejemplo palpable fue el viraje en la popularidad del magisterio. Tal como sus predecesoras desde principios de siglo, las chicas de los años cincuenta ingresaron en masa a los secundarios con formación docente. En la década de 1960, en parte como resultado de los cambios en las preferencias de las nuevas alumnas, la matrícula del magisterio primero se estancó y luego mermó, mientras el alumnado de la modalidad comercial, donde los estudiantes se capacitaban para empleos de oficina, creció a un ritmo promedio del 11% anual.[14] Estas variaciones en los porcentajes enmascaran situaciones conflictivas. Los psicólogos insistían en aconsejar a los padres que no pasaran por alto los deseos de los hijos, al advertir que las decisiones vocacionales causaban choques frecuentes porque a menudo prevalecían "las imposiciones sobre las negociaciones".[15] Y eran muchas las jóvenes que comenzaban a percibir el magisterio como una imposición. Hacía décadas que la docencia primaria se consideraba la carrera más respetable para las mujeres, que en 1962 representaban el 90% de los maestros.[16] Pero ya por entonces, muchas chicas expresaban su descontento. En entrevistas con medios gráficos y en cartas a las revistas femeninas, casi todas las jóvenes se quejaban de haber seguido el magisterio por mandato de sus

---

Véanse "¿A qué puedo dedicarme?", en *Para Ti*, núm. 1860, 18 de febrero de 1958, pp. 73 y 74; *Para Ti*, núm. 1861, 25 de febrero de 1958, pp. 77 y 78.

[13] Entrevista con Mabel S.

[14] Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1958-1967*, p. 61.

[15] Luisa Goldemberg, "El ingreso a la escuela secundaria", en *Nuestros Hijos*, núm. 4, marzo de 1955, p. 4; Dr. Ulises, "Los padres y la adolescencia", en *Vosotras*, núm. 1249, 16 de octubre de 1958, p. 60; Telma Reca, "Orientación del niño al terminar la escuela", en *Nuestros Hijos*, núm. 54, julio de 1959, p. 5.

[16] Morgade, "State, Gender, and Class…", pp. 81-103; Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina*, p. 64.

padres.[17] Por otra parte, la oferta de maestras ya superaba la demanda. Un buen ejemplo de este desequilibrio son las veintitantas mujeres que le escribieron a Elenita Frondizi desde Entre Ríos, Buenos Aires y Santa Fe con la esperanza de que su afortunada congénere las ayudara a conseguir un puesto docente. Dos cordobesas incluso se apropiaban de los lugares comunes asociados a la tarea del maestro para expresar su frustración por la falta de trabajo: "Veo esfumarse el sentido misional de mi magisterio" y "cada día que pasa, siento que incumplo con la patria y con la confianza que mi familia ha depositado en mí".[18] La creciente dificultad para conseguir empleo después de la graduación opacó aún más el declinante prestigio del magisterio y aumentó el interés por otras modalidades que ofrecían un futuro más prometedor.

Durante toda la década de 1960, las jóvenes contribuyeron a expandir y diversificar la mano de obra femenina en el mercado de trabajo. La proporción de mujeres en la población económicamente activa escaló del 18% en 1947 al 38% en 1970. Mientras la participación de la franja etaria de 14 a 19 años decrecía levemente como indicador indirecto de la permanencia femenina extendida en el sistema educativo, las mujeres de 20 a 24 años con nivel de instrucción relativamente alto incrementaban su presencia en el mercado laboral, al pasar del 39% en 1960 al 44% en 1970.[19] Estas fueron también las primeras cohortes que no abandonaron masivamente el empleo al atravesar el umbral de los 25 años, asociado hasta entonces con el matrimonio y la maternidad. Igualmente significativa fue la diversificación de sus actividades laborales, sobre todo en el sector económico de los servicios. Aunque la mayoría estaba empleada en el comercio minorista y el servicio doméstico, un alto porcentaje trabajaba en la administración pública o en oficinas del sector privado.[20] De hecho, en contraste con el decreciente glamur de la maestra escolar, la secretaria ejecutiva emergió como el paradigma de la joven

[17] Hebe Boyer, "Lo que piensan los adolescentes", en *Leoplan*, núm. 635, 18 de enero de 1961, p. 47; "¿Es este su problema?", en *Vosotras*, núm. 1112, 29 de marzo de 1957, p. 96; *Vosotras*, núm. 1194, 23 de octubre de 1958, p. 76; *Vosotras*, núm. 1249, 11 de noviembre de 1959, p. 88; *Vosotras*, núm. 1282, 30 de junio de 1960, p. 76; "¿Y ahora qué?", en *Para Ti*, núm. 2110, 18 de diciembre de 1962, pp. 4 y 5.

[18] Cartas a la señorita Elena Frondizi, caja 39, documentos 3, 6 y 7; caja 44, documento 2; caja 47, documentos 3 y 6; caja 49, documentos 1-4, AAF-BN.

[19] *Censo Nacional de Población y Viviendas, 1960*, vol. 1, p. 69; *Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas, 1970*, vol. 2, p. 38.

[20] Recchini de Lattes, *Dynamics of the Female Labour Force in Argentina*, pp. 37, 38 y 64.

moderna y, sin duda, fomentó la elección de la modalidad comercial entre las adolescentes que ingresaban a la escuela media. Como categoría diferenciada de la secretaria, el cargo de secretaria ejecutiva denotaba un nuevo perfil profesional y cultural. Una secretaria ejecutiva de 21 años que trabajaba en la automotriz Ford contó en una entrevista de 1966 que se había capacitado en una academia privada. Allí había aprendido "derecho comercial e internacional, relaciones públicas y humanas". Otras colegas entrevistadas compartían con ella la percepción de ya no ser "esas muñequitas medio bobas" que connotaba la figura de la secretaria común, sino profesionales activas que, después de trabajar ocho horas en una oficina del centro porteño, iban a ver películas experimentales o exposiciones de arte moderno.[21] Las chicas empleadas en empresas multinacionales que cobraban un buen sueldo, se vestían bien y participaban en actividades culturales de vanguardia eran minoría en el gran contingente de mujeres jóvenes que trabajaban fuera de la casa, pero encarnaban significados y aspiraciones del imaginario colectivo en torno a la modernidad y la independencia.

La secretaria ejecutiva no era el único paradigma de la joven moderna: la estudiante universitaria ocupaba una posición análoga. El alumnado universitario acrecentó su proporción femenina de manera gradual, tal como había ocurrido poco antes en las escuelas secundarias. La cuota femenina en el cuerpo estudiantil de las universidades escaló del 25% en 1958 al 38% en 1972.[22] Las mujeres de los años sesenta también optaban por nuevas carreras. Como hemos visto, eran mayoría en los departamentos de humanidades y ciencias sociales, pero también aumentaron sus proporciones en las facultades de Derecho y Economía. Sin embargo, a diferencia de los cambios observados en la escuela secundaria, las jóvenes de clase obrera aún tenían acceso limitado a la universidad. Esta situación recién comenzó a modificarse en los albores de la década siguiente. Las jóvenes que tuvieron oportunidad de acceder a los estudios superiores durante los años sesenta eran en su mayoría de la clase media. En 1968, por ejemplo, el 86% de las mujeres inscriptas en la universidad más grande del país eran estudiantes de "primera gene-

21 "Su segura secretaria", en *La Nación*, 5 de septiembre de 1966, p. 30; "Las secretarias somos así", en *Para Ti*, núm. 2298, 24 de julio de 1966, p. 43.

22 Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, vol. 3, pp. 43 y 44.

ración" en su familia, guarismo que demuestra el profundo cambio de expectativas y experiencias con respecto a las generaciones predecesoras.[23] Aunque proyectaban una imagen de autonomía y tomaban sus propias decisiones con respecto al futuro, las mujeres no podían eludir del todo las barreras propias de un ámbito dominado por el género masculino. La abrumadora proporción de hombres en el plantel de profesores universitarios, que en 1972 ascendía al 87%, revela la escasez de oportunidades al alcance de las mujeres graduadas que aspiraban a una designación académica.[24] Además, aunque las jóvenes participaban activamente en el movimiento estudiantil, solo una ínfima minoría alcanzó posiciones de liderazgo (no tanto como miembros del consejo universitario, sino como representantes estudiantiles de su facultad), y eso ocurría incluso en las facultades con mayoría de alumnado femenino. No obstante, pese a que seguían reproduciendo desigualdades estructurales de larga data en las relaciones de género, las universidades se convirtieron al mismo tiempo en centros de una sociabilidad mixta sin precedentes en el país.

Aunque con distintas intensidades y modalidades, tanto las estudiantes universitarias y secundarias como las adolescentes y jóvenes trabajadoras abrazaron una nueva sociabilidad que no era intergeneracional sino específicamente juvenil. Esta sociabilidad se desarrollaba en facultades y lugares de trabajo, pero, por sobre todo, en los espacios para el tiempo de ocio, donde los jóvenes de ambos sexos comenzaron a interactuar sin la supervisión adulta. Entre los adolescentes de clase media se formaron las "barritas" mixtas a modo de instituciones socializadoras que ofrecían novedades atractivas como las fiestas de fin de semana en las casas de familia. Los consejeros familiares recomendaban a los padres que alentaran esa práctica: las fiestas hogareñas eran oportunidades ideales para conocer a los amigos de las hijas y monitorear su vida social.[25] Sin embargo, muchas familias de clase media

23 Universidad de Buenos Aires, *Censo general de alumnos, 1968*, p. 9; Klubitschko, *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, pp. 32 y 77.

24 Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, pp. 91 y 92; Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina*, pp. 220-224.

25 Eva Giberti, "Su primer baile", en *La Razón*, 26 de mayo de 1963; "Una fiesta entretenida", en *Vosotras*, núm. 1198, 20 de noviembre de 1958, pp. 63-65; "Quince años", en *Vosotras*, núm. 1170, 8 de mayo de 1958, p. 55; Telma Reca, "La pubertad y la adolescencia", en *Nuestros Hijos*, núm. 11, noviembre de 1955, p. 9.

baja y obrera no podían darse semejante lujo: tal como explicaba la autora de una carta publicada en una revista femenina, su casa era demasiado pequeña para recibir invitados.[26] Pero las jóvenes de estos estratos también participaban en las nuevas formas de sociabilidad juvenil. La difusión del rock como ritmo bailable a fines de los años cincuenta impulsó la resignificación de algunos centros de esparcimiento, como los clubes sociales de barrio, donde hacía ya mucho tiempo que los jóvenes y los adultos se reunían para bailar otros ritmos populares.[27] Convertidos en "clubes de rock", estos espacios pasaron a ser territorio exclusivo de los jóvenes. Por otra parte, la ubicación barrial les confería un halo de seguridad similar al de las fiestas en las casas de la clase media.

No obstante, la extensión del esparcimiento disponible para las jóvenes seguía provocando conflictos frecuentes en el seno de todos los hogares. Los consejeros familiares recomendaban a los padres que fueran tolerantes con las elecciones de sus hijas en materia de salidas nocturnas, ritmos bailables y convenciones de flirteo. Tal como advertía a sus lectores la psicóloga Eva Giberti, esos cambios eran "signos del proceso de emancipación que las mujeres iniciaron hace un siglo y que no puede detenerse así nomás".[28] Mientras los expertos aconsejaban reevaluar las actitudes parentales, muchas jóvenes se quejaban con insistencia de que sus padres no les daban permiso para salir o las obligaban a volver temprano. Una veinteañera, por ejemplo, contaba que sus padres no la dejaban salir de noche, "ni siquiera con amigas mujeres", aunque ella ya se ganaba la vida trabajando de maestra. Abrumada por la "obsesión" de sus padres con la "moral", una chica de 17 años aducía que estaba "harta de mentirles" como estrategia para que la dejaran salir, pero no le quedaba otro remedio.[29] Y, de hecho, muchos padres temían que las salidas nocturnas de sus hijas, tanto solas

[26] "¿Es este su problema?", en *Vosotras*, núm. 1370, 8 de marzo de 1962, p. 82.
[27] Véanse el capítulo III de este libro y Pujol, *Historia del baile*, pp. 235-264.
[28] Eva Giberti, "Un nuevo estilo", en *La Razón*, 19 de abril de 1960. Véanse también Mario Bernal, "A dónde van nuestras hijas", en *Claudia*, núm. 2, julio de 1957, pp. 55-58; "Hay que contemporizar", en *Para Ti*, núm. 2062, 13 de febrero de 1962, p. 45; "Nace una mujer", en *Vosotras*, núm. 1373, 29 de marzo de 1962, pp. 46 y 47.
[29] "¿Es este su problema?", en *Vosotras*, núm. 1165, 3 de abril de 1958, p. 82; *Vosotras*, núm. 1374, 5 de abril de 1962, p. 63. Véanse cartas similares en *Vosotras*, núm. 1142, 25 de octubre de 1957, p. 80; núm. 1189, 18 de septiembre de 1958, p. 82; núm. 1215, 19 de marzo de 1959, p. 58; núm. 1227, 11 de junio de 1959, p. 76.

como en "barritas" mixtas, las expusieran a peligros sexuales o al riesgo de la "promiscuidad", tal como algunos interpretaban las nuevas prácticas de flirteo.[30]

En vísperas de los años sesenta habían comenzado a cambiar lentamente las convenciones del cortejo, una de las batallas más encarnizadas que se libraron en el seno de la familia. Las interacciones mixtas de los jóvenes en nuevos estilos de esparcimiento y espacios de sociabilidad —incluidas las facultades— fueron una condición crucial para el desarrollo de relaciones fluidas y distendidas que permitieron, por ejemplo, normalizar el flirteo. A lo largo de la década también emergieron una serie de prácticas intermedias entre los polos del flirteo y el noviazgo formalizado o "prematrimonial". Como lo ha estudiado la historiadora Isabella Cosse, el cortejo devino en un mecanismo ligado a la experimentación y la elección, tanto para los varones como para las mujeres.[31] Pero eso llevó un tiempo: la reacción inicial de los padres ante las nuevas prácticas fue de creciente inquietud. En los correos de lectores no escaseaban las cartas de chicas que comentaban sus dificultades para entenderse con los padres en cuestiones de flirteo, citas o noviazgo. Una joven de 19 años, por ejemplo, contaba que su madre la dejaba salir con el novio, pero estaba obsesionada con "el tema de los besos". Una adolescente de 17 escribió una carta "desesperada" porque sus padres habían amenazado con mandarla "a un reformatorio" cuando descubrieron que salía con un chico de 19 años.[32] Con mayor o menor dramatismo, estos dilemas atravesaban todo el espectro social y cultural. María Rosa, por entonces una joven de familia judía acomodada, cuenta que se puso de novia con un chico de su edad cuando estudiaba Antropología. Aunque sus padres aprobaban la relación, eran "tan reacios" a dejarla salir que la pareja decidió casarse muy joven. "Queríamos estar juntos y queríamos irnos de mi casa", recuerda María Rosa décadas más tarde.[33]

Pero no todos los chicos y las chicas de la época podían tomar la decisión de dejar atrás la agobiante vigilancia paterna para formar un hogar propio: muchas parejas jóvenes no disponían de los medios para

[30] "¿Qué opinan los padres?", en *Nuestros Hijos*, núm. 70, noviembre de 1960, pp. 4-8.

[31] Cosse, "Probando la libertad", pp. 31-47.

[32] "Tribuna de la juventud", en *Nuestros Hijos*, núm. 36, enero de 1958, p. 84; "¿Es este su problema?", en *Vosotras*, núm. 1189, 18 de septiembre de 1958, p. 76; "Secreteando", en *Idilio*, núm. 477, 14 de marzo de 1958, p. 53.

[33] Entrevista con María Rosa.

costearse un matrimonio. Uno de los problemas más comunes era la vivienda, fenómeno que contrastaba marcadamente con el no tan lejano pasado peronista: en la época de Perón habían existido programas estatales para subsidiar la compra o la construcción de la vivienda familiar.[34] La cuestión de la vivienda era crucial para jóvenes como *Los de la mesa 10*, una obra del dramaturgo Osvaldo Dragún que fue adaptada al cine por Simón Feldman en 1960, dos años después de su lanzamiento teatral. Tanto en la obra como en la película, la historia de María y José —la chica rica y el pibe pobre— comienza y termina en la "mesa 10" de un café porteño (metáfora del hogar imposible). La noche del estreno cinematográfico, los actores, el director, el dramaturgo y los productores mantuvieron un debate después de la proyección con un público repleto de jóvenes. La opinión de los espectadores era unánime: los problemas de esa pareja distaban de ser "ficción".[35] El matrimonio era por entonces un verdadero reto desde el punto de vista económico. Según estimaba un informe de la época, casarse y formar un nuevo hogar en 1965 costaba seis veces más que en 1930: una pareja de oficinistas necesitaba ahorrar al menos durante 48 meses (contra los ocho de 1930) para hacer el pago inicial de un departamento de dos ambientes y comprar el mobiliario básico.[36] Este dilema explica en parte el incremento de la edad media para contraer matrimonio, que en el caso de las mujeres escaló de 22 a 26 años entre 1930 y 1965.[37]

Pese a su magnitud, el sacrificio que implicaba la formación de un nuevo hogar para las parejas de los estratos medios y obreros no refleja en toda su dimensión las intrincadas vicisitudes socioculturales que entrañaba el abandono de la casa paterna. Los problemas económicos se superponían con las implicaciones de género de las dinámicas de modernización sociocultural: las jóvenes aplazaban el momento de formar su nuevo hogar al mismo tiempo que muchas comenzaban a "irse de casa". Con la extensión de su permanencia en el sistema educativo, la participación en el mercado de trabajo, la experimentación con nove-

[34] "Matrimonios jóvenes", en *Vosotras*, núm. 1179, 10 de julio de 1958, p. 64; "Voy a casarme", en *Para Ti*, núm. 2052, 7 de noviembre de 1961, p. 5. Sobre la vivienda durante los gobiernos peronistas, véase Ballent, *Las huellas de la política*.
[35] Tomás Eloy Martínez, "Los de la mesa 10 y todos los demás", en *La Nación*, 2 de octubre de 1960.
[36] "¿Amamos así?", en *Extra*, núm. 19, febrero de 1967, pp. 51-58.
[37] Torrado, "Transición de la nupcialidad", p. 414.

dosas actividades de esparcimiento y la incursión en nuevas prácticas de cortejo, las jóvenes ponían en tela de juicio los ideales de la domesticidad que equiparaban la condición de mujer a las funciones de esposa y madre. Atrapados entre las afrentas concretas de las jóvenes y la expansión de horizontes para el género femenino, los padres buscaban maneras de reafirmar su autoridad. Los desajustes entre las experiencias y expectativas de las hijas, por un lado, y la autoridad patriarcal, por el otro, creaban dilemas cotidianos en la convivencia familiar. Algunas jóvenes podían optar por casarse antes y formar un nuevo hogar para salir del atolladero. Otras ponían en acto el deseo de abandonar el hogar paterno y, literalmente, "se iban de casa".

La gestación de un pánico moral

El frecuente deseo de "irse de casa" (o en realidad, "escaparse de la casa") que expresaban las jóvenes de la época también era un tema acuciante para educadores, psicólogos y periodistas. El destino de las chicas que concretaban ese deseo —una minoría ínfima, pero cada vez más visible— se convirtió en objeto de acaloradas polémicas apenas iniciada la década de 1960. Las organizaciones guardianas de la moral y varios medios masivos abonaban la teoría de que las jóvenes se iban de la casa para entregarse a un estilo de vida hedonista y sexualizado que estos comunicadores denominaban *"dolce vita"*. He ahí el andamiaje de referencias que sirvió para codificar el pánico moral en torno al caso Penjerek, con los grupos católicos conservadores a la cabeza de un amplio espectro de voces que incluía desde funcionarios y políticos hasta miles de padres anónimos. Una alianza informal pero vasta respaldaba las prácticas que apuntaban a restringir la creciente autonomía de los jóvenes, en especial de las mujeres, con miras a reconstruir la autoridad patriarcal y fortalecer los ideales domésticos que muchos veían desintegrarse. El análisis de ese pánico moral en su proceso de gestación permite constatar que la cultura argentina seguía empapada de conservadurismo ya en plena década de 1960. Asimismo, ofrece una ventana para observar la intersección entre los debates sobre política, sexualidad y juventud.

La huida siempre ha sido un recurso melodramático para escenificar una respuesta al conflicto familiar. Esta práctica reapareció con fuerza en el último tramo de los años cincuenta, tanto en el cine como en la

vida de algunas jóvenes. Dos populares melodramas estrenados en 1958, *Demasiado jóvenes* (Leopoldo Torres Ríos) y *Una cita con la vida* (Hugo del Carril), por ejemplo, cuentan la historia de sendas chicas (de clase obrera y media, respectivamente) que comienzan a salir con jovencitos de su edad contra los deseos de padres fríos y poco afectuosos. En un contexto de tensas relaciones intrafamiliares, ambas heroínas huyen de su casa. Los dos episodios son efímeros y funcionan como sucesos de alto impacto emocional, como intentos de enmendar el vínculo con los padres, que a su vez reaccionan convirtiéndose en modelos de tolerancia y afecto. Estas películas se hacían eco de los temores subyacentes a la trama de *Runaway Daughters* [Hijas fugitivas] (Edward Cahn, 1956), estrenada en Argentina con el título *Adolescencia* y un gran éxito de taquilla en 1957. Pero a diferencia de su predecesora estadounidense, las películas argentinas no se enfocaban en un "grupo de adolescentes", sino en una joven solitaria cuya huida se representaba como un intento desesperado de recomponer una ingrata vida familiar. En contraste con las historias de la pantalla, las jóvenes que manifestaban su deseo de huir en la vida real no pensaban tanto en los posibles resultados de sus acciones sino más bien en las causas. En una carta a su maestra, una alumna secundaria describía con énfasis los sentimientos que la embargaban: "Lo único que quiero es irme de esta casa: [mis padres] no me dejan en paz". Otra joven se expresaba con giros aún más dramáticos: "Mis padres son los carceleros de mi acción y de mis pensamientos; solo quiero irme de esta prisión". Valiéndose de la misma metáfora, una tercera confesaba: "Y un deseo crece en mí día a día: irme, dejar atrás esta cárcel".[38] Las lectoras que enviaban cartas a las revistas femeninas se hacían eco de esos anhelos, que ellas atribuían a la imposibilidad de seguir soportando actitudes de los padres, como la oposición a su noviazgo o el "excesivo control de todo lo que hago", como lo expresó una de las jóvenes.[39] Para estas chicas, "irse de casa" era una manera de sortear lo que ellas describían como un sofocante autoritarismo paterno.

38 María Mendoza, "El adolescente y la familia", en *Revista de Ciencias de la Educación*, núm. 4, abril de 1959, pp. 99-108.

39 "Tribuna de la juventud", en *Nuestros Hijos*, núm. 36, enero de 1958, p. 84; *Nuestros Hijos*, núm. 50, marzo de 1959, p. 54; "¿Es este su problema?", en *Vosotras*, núm. 1375, 11 de abril de 1962, p. 82; "Secreto de confesión", en *Para Ti*, núm. 2186, 2 de junio de 1964, p. 5.

Los psicólogos y psicoanalistas —como las películas y los docentes— contribuyeron a colocar en la agenda pública el problema de las jóvenes que se fugaban de la casa y sus conflictivas relaciones familiares. Ante la consulta de los medios, algunos psicólogos explicaban que los hijos huían —o amenazaban con hacerlo— para extorsionar a sus padres, que a veces reaccionaban "con temor a perderlos definitivamente" y terminaban "concediéndoles todo". Estos profesionales prevenían a los padres de caer "en la trampa", pero a la vez los exhortaban a "tomarse en serio" la cuestión: las chicas que se fugaban, "real o imaginariamente", eran "el síntoma de que algunas o muchas cosas" no andaban "nada bien en esa familia", y por ende era necesario brindarles ayuda terapéutica.[40] Los directores de un programa pionero de psicología adolescente con sede en un hospital público informaron que 38 de los 120 pacientes atendidos en 1961 habían iniciado el tratamiento a causa de los permanentes altercados que estallaban en su hogar. Aunque los terapeutas creían que la conducta de esos adolescentes era sana y los ayudaba a "afirmar su identidad", consideraban preocupante "el porcentaje relativamente alto" de "niñas" de 12 a 18 años que se habían "'fugado' de sus hogares".[41] Otra psicoanalista relató el caso de una paciente que había iniciado la terapia inmediatamente después de fugarse: luego de que los padres extremaran la vigilancia al descubrir que su hija salía con un chico mayor, ella simuló una descompostura, pidió que la llevaran al hospital y aprovechó una distracción momentánea de las enfermeras para escapar. Cuando la psicoanalista le preguntó por qué lo había hecho, la paciente respondió: "Para huir de mis padres".[42]

Estos ejemplos permiten constatar un interés apremiante de la sociedad por la manera correcta de proceder frente a las relaciones intergeneracionales, sobre todo en los casos de chicas jóvenes que anhelaban "huir" de la casa paterna. ¿Estaban justificadas las preocupaciones? ¿Cuál era la magnitud real del fenómeno? Al menos en la ciudad de Buenos

[40] "¿Amenaza su hijo con irse de casa?", en *Nuestros Hijos*, núm. 60, enero de 1960, p. 33; Eva Giberti, "El comportamiento familiar", en *La Razón*, 21 de marzo de 1963, p. 7.

[41] Aída Romanos y Octavio Fernández Mouján, "Problemática del adolescente. Motivos de consulta", en *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, vol. 8, núm. 4, diciembre de 1962, pp. 317-323.

[42] Sara de Jarast, "Autismo, negación maníaca y atracción impulsiva en el adolescente", en Rascovsky y Liberman, *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*, pp. 364-371.

Aires (tal como ocurría por entonces en algunas urbes estadounidenses), los datos policiales revelan una tendencia creciente hacia fines de los años cincuenta.[43] La Policía Federal emitía un informe diario con la lista de "fugas y desapariciones". En el léxico de la institución policial, un individuo estaba "fugado" cuando el denunciante tenía algún indicio que permitiera conjeturar el motivo; por ejemplo, una pelea. El "desaparecido", en cambio, no había dejado señales de intencionalidad. Las jóvenes de 14 a 25 años representaron el 85% de todos los casos denunciados entre 1953 y 1965. En 1953 se denunciaron 491 casos de chicas fugadas o desaparecidas; en 1955 hubo 629; en 1957, 648; en 1960, 724; en 1963, 683, y en 1965, 679.[44] Aunque estos casos representaban una ínfima minoría en la franja etaria de 14 a 25 años, las estadísticas indican una curva ascendente que alcanzó el pico máximo en 1960 y después decreció. Los datos existentes también permiten entrever a grandes rasgos el estrato social de las jóvenes registradas, ya que incluyen el número de comisaría y, por ende, los barrios donde se denunciaron los casos. Aunque en los registros de todos los años figuran la mayoría de los barrios, en los de 1953 a 1955 predominan las denuncias de zonas habitadas por capas medias bajas y obreras.[45] Estos resultados se condicen con otros correspondientes a la primera mitad del siglo XX, con preponderancia de fugas entre las jóvenes de clase obrera, que por entonces eran enviadas a prisión.[46] Sin embargo, a partir de 1957 prevalecen los casos denunciados en barrios de clase media.[47] En consecuencia, cabe deducir que el incremento sostenido de las fugas y desapariciones hasta el año 1960 se debió a la difusión de la práctica entre las jóvenes de esa extracción social.

[43] Sobre San Francisco y Nueva York, véanse Fass, *Kidnapped*, pp. 147-157, y Staller, *Runaways*.

[44] Policía Federal, *Orden del Día*, 1° de enero a 31 de diciembre de 1953, 1955, 1957, 1960, 1963 y 1965, CEHPFA. Estos son los únicos años del período 1950-1970 con información completa.

[45] En 1955, el 20% de los casos se denunciaron en las comisarías de Once y Parque Patricios, seguidos del barrio Lacarra, una villa de emergencia situada en los márgenes de la ciudad.

[46] Guy, "Girls in Prison", pp. 369-389. Sobre las jóvenes de procedencia obrera en la ciudad de México en los años veinte y treinta, véase Bliss y Blum, "Dangerous Driving", pp. 163-184.

[47] En 1960 y 1963, las comisarías de Barrio Norte, Palermo y Recoleta ocuparon el primer puesto.

Los datos policiales también echan luz sobre las edades de las "fugadas" y "desaparecidas", así como sus patrones de comportamiento a la hora de "irse de casa", pero no ofrecen el menor indicio sobre los destinos de las jóvenes ni la duración de las fugas. De acuerdo con la información disponible, la edad media de las fugadas cayó de 18 años en 1953 a 16 años en 1963. Aunque en 1960 hubo denuncias a lo largo de todo el año, un gran porcentaje —alrededor del 30%— tuvo lugar entre enero y marzo. Este período coincide con las vacaciones escolares, durante las que probablemente se incrementaba la cantidad de horas que las jóvenes pasaban en su casa. Por último, los datos contienen escasa evidencia para sustentar la representación más común de las jóvenes involucradas, que sin duda era también el temor más frecuente de los padres: la fuga de la hija en compañía de un novio. De hecho, en mi observación de los registros policiales correspondientes a ocho años solo encontré seis casos cuyos denunciantes —posiblemente los padres— estaban casi seguros de que las chicas se habían fugado con el novio.[48] ¿Qué ocurría con esas jóvenes? Lo más probable es que la mayoría haya permanecido durante un período breve lejos del hogar, tal vez como señal de protesta contra lo que percibían como autoritarismo paterno o para demostrar su descontento con decisiones específicas. Por ejemplo, María Emilia recuerda que se escapó de la casa solo por un día en 1961, a los 16 años. "Mis padres armaban escándalo por todo —relata—: mis amigos, mi ropa, lo que leía… por todo." Las tensiones escalaron al máximo cuando la madre tomó la decisión de cambiarla a un colegio católico en contra de su voluntad. "Así nomás que me fui de casa a lo de una amiga. Y mi mamá me vino a buscar al otro día." En contraste con la trama de las películas ad hoc, nada cambió en su casa después de la fuga, al menos no para mejor. "Después de eso, [mis padres] se pusieron más hinchas todavía, y por supuesto que terminé yendo a la escuela católica", concluye María Emilia.[49]

Aunque la mayoría de los casos eran meros intentos efímeros de lidiar con dilemas familiares, los medios masivos pronto fabularon conexiones entre las chicas que se fugaban de la casa paterna y la *dolce vita* de reminiscencias fellinescas. En marzo de 1961, por ejemplo, *La Razón*

[48] Policía Federal, *Orden del Día*, 2 de mayo de 1953, p. 4; 23 de octubre de 1957, p. 3; 12 de febrero de 1955, p. 6; 8 de noviembre de 1955, p. 4; 12 de diciembre de 1963, p. 4, CEHPFA.

[49] Entrevista con María Emilia.



publicó una supuesta noticia sobre una chica de 18 años que acababa de terminar la escuela secundaria y, a raíz de una pelea con sus padres por "una cuestión baladí", se había escapado de la casa con rumbo a un balneario de la costa atlántica. Una vez allí, "buscó empleo en un club nocturno [el Derby Club], donde se encontró a una mujer elegante que le prometió ayudarla". La mujer la llevó a su casa ("un verdadero antro de perdición digno de la Dolce Vita"), donde la adolescente "cayó en los peores vicios", incluida la cocaína. "Por fortuna, la joven pudo huir de esa vida —concluía la nota— y dar a conocer sus secretos."[50] Varios componentes de este relato arquetípico se reiteraban en innumerables versiones, al mejor estilo de las leyendas urbanas: la fuga de la casa por una "cuestión baladí", la "mujer elegante" como nexo y el viaje a un lugar de veraneo.[51] Tal relato se inspiraba en leyendas previas sobre la "caída" de las mujeres en la "mala vida", pero no solo se actualizó con referencias a la cultura juvenil de los años sesenta, sino que también sustituyó por chicas de clase media a las jóvenes de estratos más humildes que habían protagonizado las leyendas anteriores del mismo tenor en las letras de tango y los argumentos de los melodramas populares de los ya lejanos años veinte y treinta.[52] En el imaginario de los medios, entonces, la *dolce vita* era el estilo de vida hedonista (sexo, drogas y alcohol) al que iban a parar las jóvenes que escapaban de la casa paterna, ya fuera por haber elegido esa vida o por su "caída" en la red de una banda delictiva. Cuando el caso Penjerek sacudió al país, el imaginario público le agregó los condimentos necesarios para adaptarlo a los habituales relatos en torno a la *dolce vita*.

Como vimos al principio del capítulo, el asesinato irresuelto de Norma Penjerek —una chica como "cualquier hija de vecina", por citar el lenguaje de los medios— fue el disparador del pánico moral más resonante de la década. Hija única de una familia judía de clase media

[50] "Así es la Dolce Vita", en *La Razón*, 8 de marzo de 1961, p. 4.

[51] Véanse los artículos "Estragos de la Dolce Vita", en *La Razón*, 15 de marzo de 1961, p. 7; Manuel Brihuega, "La juventud y la Dolce Vita", en *Nuestros Hijos*, núm. 74, marzo de 1961, pp. 34-36; "Dolce Vita en erupción", en *La Razón*, 17 de julio de 1961, p. 9; Michel Brignac, "Los tenebrosos", en *Nuestros Hijos*, núm. 77, junio de 1961, pp. 14-16; Eugenio Reynal Arrigo, "¿Entró en la Dolce Vita?", en *Vosotras*, núm. 1365, 1° de febrero de 1962, pp. 58 y 59; "Dolce Vita en propiedad horizontal", en *La Razón*, 8 de junio de 1962, p. 7; "Contaba con 50 mujeres una organización de la Dolce Vita", en *La Razón*, 12 de junio de 1965, p. 5.

[52] Véase Guy, *Sex and Danger in Buenos Aires*, pp. 141-174.

no muy acomodada que vivía en el tradicional barrio porteño de Flores. Norma cursaba el último año de la escuela secundaria en un liceo de señoritas. La madre, un ama de casa que apenas había completado la primaria, declaró con orgullo ante los periodistas que su hija aún no había terminado de decidir si continuaría su formación en la universidad —le gustaba la carrera de Odontología— o en el profesorado de idiomas. Tal como muchos otros jóvenes que iban al cine para ver películas de Estados Unidos y escuchaban canciones de rock anglosajón, Norma estaba "muy entusiasmada con sus clases de inglés". Su madre lamentaba haberle permitido ir a la casa de su "profesora particular" aquel 29 de mayo de 1962 a las 7 de la tarde, hacia el final de una jornada lluviosa y atípica, con las calles desiertas a raíz del paro general que había declarado la Confederación General del Trabajo (CGT).[53] Ese día, poco antes de caer la noche, desapareció Norma Penjerek. Su cuerpo fue hallado a mediados de julio. ¿Qué había ocurrido con esta adolescente? Los rumores prosperaron ante la falta de respuestas. Al principio, algunos veían en su asesinato una posible venganza contra el padre o un nuevo episodio de la ola antisemita que sacudió al país en 1962. La policía nunca pudo probar los presuntos vínculos de Enrique Penjerek con el Mossad (el servicio secreto israelí), que había operado clandestinamente en Argentina para secuestrar al criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, ejecutado en Israel dos días después de la desaparición de Norma. Tampoco se comprobó la supuesta participación de Tacuara, el grupo nacionalista de extrema derecha que había atacado a varios estudiantes judíos.[54] De todos modos, la mayoría de la gente ya se había convencido de que el caso Penjerek era una instancia más entre las innumerables "fugas" y "desapariciones" de chicas jóvenes.

Aunque cabe reiterar que el número real de fugas y desapariciones denunciadas en la ciudad de Buenos Aires había comenzado a caer desde el pico alcanzado en 1960, y aunque la madre de Norma negaba terminantemente la posibilidad de que su hija hubiera huido de la casa, ni los medios ni los grupos que se ocupaban de cuestiones juveniles y familiares dudaron por un instante en asociar el caso Penjerek al patrón establecido. Más aún, esa certeza se "confirmó" en julio de 1963, cuando

53 "Las confesiones de la madre", en *Así*, núm. 344, 31 de agosto de 1962, p. 6.

54 Véase "La muerte de la joven Penjerek y el antisemitismo", en *Así*, núm. 345, 7 de septiembre de 1962, p. 6. Sobre Tacuara, véase Gutman, *Tacuara*.



la trabajadora sexual Mabel Sisti se ofreció a declarar ante el juez lo que decía saber sobre el caso. De acuerdo con Sisti, Norma Penjerek había conocido a una "mujer elegante" llamada Laura Villano, quien había actuado como nexo entre ella y una casa del conurbano bonaerense. Junto con las otras jóvenes que ya estaban en el lugar, Penjerek había consumido drogas y había participado en sesiones de fotos sin ropas. Sisti agregó que el jefe de la casa era Pedro Vecchio, quien había entablado una relación conflictiva con Norma. Un día, cuando la joven intentó irse, Vecchio la asesinó y escondió el cadáver.[55] El relato de Sisti ante el juez estaba moldeado según el estilo y el vocabulario de los artículos periodísticos sobre fugas y desapariciones de jovencitas. Su declaración suministró a un público ávido una serie de nombres y lugares que adquirieron estatus de celebridad, e inspiró versiones descabelladas que incluían desde pornografía hasta vampirismo en la supuesta escena del crimen.[56] Aunque más tarde Sisti alegó que había prestado declaración bajo amenaza policial y que ninguna parte de su testimonio se ajustaba a la realidad —tal como se constató más tarde en sede judicial—, su relato fue clave para la promoción del pánico moral que se extendió desde agosto hasta octubre de 1963.

Las múltiples ansiedades que suscitaba la percepción de los cambios en las experiencias de las jóvenes a principios de los años sesenta, sumadas al imaginario de la *dolce vita,* escalaron hasta redundar en un verdadero pánico, cuyo signo más difundido fue tal vez el redoblamiento de la supervisión paterna. Algunos padres llevaban a sus hijas a la escuela y, en muchos casos, les prohibían salir cuando ya había oscurecido.[57] Otros padres solicitaron al ministro del Interior que instaurara el "estado de sitio" para facilitar el arresto de Vecchio y Villano.[58] Si bien las detenciones de ambos sospechosos llevaron varias semanas, la ola de redadas no se hizo esperar. El 28 de septiembre, la policía allanó 2.800 locales nocturnos del conurbano bonaerense y detuvo a mil personas para verificar

[55] "Caso Penjerek. En vías de su total esclarecimiento", en *Clarín,* 5 de septiembre de 1963, p. 19.

[56] "Adquiere gravedad extraordinaria la investigación por el crimen de la joven Penjerek", en *La Razón,* 25 de septiembre de 1963, p. 1; "Reportaje a un colmillo afilado", en *El Mundo,* 2 de octubre de 1963, p. 5.

[57] "Carta al lector", en *Primera Plana,* núm. 46, 24 de septiembre de 1963, p. 3; "Las adolescentes y la Dolce Vita", en *La Nación,* 22 de septiembre de 1963, p. 4; "La ribera de Quilmes. Emporio de la Dolce Vita", en *Así,* núm. 403, 2 de octubre de 1963, p. 2.

[58] "El estado de sitio", en *La Nación,* 23 de septiembre de 1963, p. 1.

sus antecedentes penales. Entre los detenidos había cien chicos y chicas menores de 18 años.[59] Mientras tanto, la Policía Federal patrullaba los parques de Palermo a la caza de "raboneros"[60] de la escuela secundaria. El ministro de Educación pidió a los directores de las escuelas que llamaran por teléfono a los padres de los alumnos que hubieran faltado a clase y ordenó que se exhibiera la lista de "raboneros" en la entrada de todas las escuelas para difundir los nombres de las 26 chicas y los 39 varones que la policía había identificado en Palermo el 8 de octubre.[61] Los grupos católicos conservadores apoyaban todas las políticas extremas a la vez que intentaban trasladarlas a contextos más amplios. Así pontificaba un comunicado de la Acción Católica: "Es fomentando la libertad absoluta de los adolescentes y jovencitos de ambos sexos como se crea en nuestra Argentina el ambiente propicio para todas las desviaciones morales".[62] Haciéndose eco de esta idea, la columna editorial de *La Nación* exhortó a los padres a "limitar las libertades de que los jóvenes de hoy disponen. [...] Muchas adolescentes, desenvolviéndose en un marco de amplia libertad, no han podido eludir los peligros que las acechan".[63]

Las voces más vehementes llamaban a coartar el "exceso de libertades" que se habían arrogado los jovencitos y, principalmente, las jovencitas. De esta manera, daban forma audible y pública a los temores que subyacían a muchas actitudes de los padres frente a la autonomía que demandaban y forjaban sus hijas. El caso Penjerek sirvió de excusa para disciplinar a las jóvenes mediante el refuerzo de la autoridad patriarcal y la reclusión de las hijas en la seguridad del hogar. No es de extrañar, entonces, que no solo los grupos católicos conservadores, sino también muchos padres ajenos al sector apoyaran las políticas que prometían restringir la gradual autonomía de las chicas y, a la vez, ofrecían oportunidades para restaurar lo que se percibía como una autoridad perdida. Tampoco es de extrañar que las voces de consejeros profesionales como Eva Giberti cayeran en saco roto. Giberti había fundado su Escuela para

59 "Redadas en la provincia", en *La Nación*, 29 de septiembre de 1963, p. 11.

60 Con el término "rabonero" se hacía referencia a los estudiantes que faltaban a la escuela ("se hacían la rabona") sin avisarle a los padres.

61 Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, circulares núm. 67/963, 25 de septiembre de 1963; núm. 70/963, 1° de octubre de 1963; núm. 72/963, 10 de octubre de 1963, JVG.

62 "Un documento de la Acción Católica Argentina", en *Clarín*, 9 de octubre de 1963, p. 5.

63 "La juventud y el hogar", en *La Nación*, 5 de octubre de 1963, p. 6.

Padres con el objetivo de promover la democratización de unas relaciones familiares que describía como jerárquicas y autoritarias. Además de abogar por el diálogo en el seno de la familia, Giberti aconsejaba incrementar de manera gradual la autonomía de los hijos adolescentes.[64] Durante las repercusiones del caso Penjerek, sus columnas y artículos evaluaban con mirada comprensiva el "lógico temor" de los padres al mismo tiempo que llamaban a limitar el control sobre las hijas. Las jóvenes —aducía Giberti— necesitaban aprender a cuidarse por sí mismas.[65] Pero la suya era una voz solitaria en aquella coyuntura: una voz que instaba a preservar cierta medida de fe y tolerancia en el seno de la familia y, por consiguiente, tendía a desactivar el pánico.

Lejos de amainar, entonces, el pánico escaló y fue adquiriendo un creciente tenor político que demostró la fuerza movilizadora de la asociación entre las "desviaciones" de la juventud y una figura que pronto se conoció como "enemigo interno". De hecho, ningún actor político dejó pasar la oportunidad de hacer oír su voz. Desde el minúsculo grupo de izquierda Movimiento Nacional de Liberación (MNL) hasta la poderosa CGT, pasando por todas las variantes de la Unión Cívica Radical (UCR), el espectro político completo denunció la "grave crisis moral" que representaba el caso Penjerek y elaboró presuntos nexos entre la moral, la política y la corrupción.[66] Pero ningún político quedó más identificado con el tema que el exdiputado del radicalismo Ernesto Sanmartino, quien actuaba a la vez como abogado de los Penjerek y como "emprendedor moral" por derecho propio. Desde su sitial privilegiado como representante legal de la familia, Sanmartino convocaba a reiteradas conferencias de prensa y alegaba que la ruta de las jóvenes fugadas o raptadas permitiría sacar a la luz los nexos entre "los más prominentes representantes de la Dolce Vita" y "células comunistas que se valen del tráfico de alcaloides y también del sexo como elementos de un vasto plan de infiltración de nuestro país".[67] El razonamiento conspiracionista de Sanmartino —ampliamente legitimado por emanar de *la* voz autori-

[64] Véanse el capítulo I de este libro y Giberti, *Escuela para padres*, vol. 3, pp. 302-308.
[65] Eva Giberti, "Defensa de la adolescente", en *La Razón*, 29 de septiembre de 1963, p. 17.
[66] "La CGT", en *Clarín*, 28 de septiembre de 1963, p. 13; *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, 11 de diciembre de 1963, vol. 7, p. 647.
[67] "Lucha frontal", en *La Razón*, 19 de septiembre de 1963, p. 1; "Un documento patético", en *Clarín*, 24 de septiembre de 1963, p. 19; "La Dolce Vita y el comunismo", en *La Razón*, 23 de septiembre de 1963, p. 1.

zada en un caso que conmocionaba a casi toda la población— abrevaba y se enmarcaba en un discurso anticomunista trasnacional. Tal como ha demostrado la investigación académica sobre la era McCarthy en Estados Unidos, los temores por la "sexualidad desviada" se fundieron con el miedo a la "amenaza roja" y redundaron en una política tendiente a combatir ambos fantasmas.[68] La retórica de la Guerra Fría enfocada en el "enemigo interno" penetró en Argentina a principios de los años sesenta y ganó anuencia en la sociedad a raíz de esa confusa aleación con los temores ligados al sexo y el género.

El pánico moral que envolvió el caso Penjerek fue —como lo enunciaría Stanley Cohen— una "reacción delimitadora" que sirvió para delinear en el mismo trazo las figuras de los desviados políticos y sexuales.[69] Asimismo, sirvió para articular una alianza informal entre todos los actores sociales que abogaban por la restauración de la autoridad patriarcal como única garantía, no solo para velar por la integridad de las jóvenes, sino también para impedir la propagación de la "amenaza comunista". Esa alianza celebró su bautismo público con una movilización de diez mil personas que se congregaron en apoyo a Sanmartino y los Penjerek: los asistentes, proclamaba un cronista, eran "madres y padres consternados [que llegaban] desde las barriadas más humildes y de los rincones más ricos de la ciudad". Además de ovacionar al abogado, la multitud aplaudió a la secretaria de Información, Nélida Baigorria, quien trazó una relación directa entre la ampliación de libertades "para nuestras chicas" y el peligro de convertirlas en "vasallas de los alcaloides, de la sexualidad desenfrenada [y] de las actividades comunistas".[70] Desde esta perspectiva, la "mala influencia" comunista corrompía la moral de las jóvenes y destrozaba su futuro. La correlación entre las "desviaciones" de la juventud, la sexualidad y la política se instaló en innumerables coyunturas públicas —de manera más notable durante los meses previos al golpe militar de 1976— e incitó potentes movilizaciones, pero en lo que concierne a sus repercusiones concretas, no sirvió siquiera para resolver un caso judicial. Nunca sabremos quién mató a Norma Penjerek. Los únicos sospechosos fueron liberados a fines de 1963: los jueces no

[68] Véanse Breines, *Young, White, and Miserable*, pp. 8 y 9; D'Emilio, "The Homosexual Menace", pp. 226-233; Freedman, "Uncontrolled Desires", pp. 83-100.

[69] Stanley Cohen, *Folk Devils & Moral Panics*, p. 219.

[70] "Gran proceso público a la corrupción", en *La Razón*, 8 de noviembre de 1963, p. 5.

encontraron evidencia fehaciente para mantenerlos presos. Con el correr de los años sesenta, además, amainaron las preocupaciones por las "fugadas" y "desaparecidas", mientras la figura retórica de la *dolce vita* también desaparecía de los medios y del lenguaje popular.

Un análisis de los procesos inherentes a las dinámicas de modernización sociocultural con la mira puesta en el género revela que el pánico moral del caso Penjerek estalló justo cuando aumentaba el número de chicas que "se iban de la casa", en una fuga simbólica que a veces era literal. El pánico, además, provocó intentos de limitar el nuevo fenómeno. Y este no fue el único intento restrictivo de los años sesenta: en agosto de 1966, por ejemplo, un mes después de que el general Juan Carlos Onganía encabezara el golpe militar que instaló su gobierno de facto hasta 1970, algunos funcionarios de la municipalidad porteña y la Policía Federal pusieron en marcha una campaña de moralidad que apuntaba a regular las actividades recreativas y la presunta "sexualidad descontrolada" de los jóvenes. La medida incluyó redadas en locales nocturnos y hoteles, así como un intenso acoso policial a los chicos de pelo largo y las chicas de minifalda. Sin embargo, aunque se afianzaba en una flagrante retórica anticomunista, la nueva campaña no alcanzó el amplio reconocimiento social que había suscitado el caso Penjerek. La prensa y la mayoría de los porteños la interpretaron como una iniciativa impuesta "desde arriba" con fines políticos, a modo de reprimenda autoritaria contra las tendencias "liberalizadoras" que habían transitado los argentinos.[71] El pánico moral del caso Penjerek, por el contrario, había funcionado como una válvula de escape para exponer en público las tensiones que crecían en muchas familias debido a la "crisis" de la autoridad patriarcal y la domesticidad.

Asimismo, el caso Penjerek sirvió para catapultar hacia el centro de la escena pública un interrogatorio sobre la vida sexual de las jóvenes frente a una audiencia de exacerbado moralismo. En este sentido, tanto este caso como la subsiguiente campaña moralista fueron respuestas de un conservadurismo extremo a tendencias y prácticas culturales emergentes que delineaban y expresaban una mentalidad más "liberal", en especial con respecto a la sexualidad juvenil. Lejos de la imaginería distorsionada e hiperbólica sobre la *"dolce vita"* y la "sexualidad descontrolada" que saturaba el comentario periodístico, las jóvenes argentinas

[71] Manzano, "Sexualizing Youth".

protagonizaban el cambio más importante de la cultura sexual en la Argentina de los años sesenta. También en este sentido estaban "yéndose de casa". Con el correr de la década, cada vez más chicas impugnaron los mandatos sexuales y culturales que establecían la preservación de la virginidad hasta el matrimonio como requisito para certificar la respetabilidad de una mujer.

Las chicas y el sexo

En un estudio sobre lo que denominó "revolución sexual argentina", el ensayista Julio Mafud aclaró que su concepto no se refería a "la mujer o al hombre argentino" en general, sino solo "a la *joven* o al *joven* argentino de hoy".[72] En los años sesenta, hablar de sexo era hablar de juventud, y viceversa. El sexo se verbalizaba cada vez más en los debates de los foros públicos, donde los expertos (sexólogos, psicólogos y psicoanalistas), los periodistas y los propios jóvenes iban gestando una nueva concepción que ligaba el sexo al amor y la responsabilidad. El debate implícito giraba en torno a la exclusividad del matrimonio como marco legítimo de la práctica sexual. En este sentido, como en el caso anterior, el protagonismo recaía solo sobre *las* jóvenes, ya que en ellas se encarnaba el cambio más significativo de la cultura sexual en la Argentina de los años sesenta: la aceptación pública del sexo prematrimonial. Huelga decir que esta transformación era una tendencia mundial, un hito de las revoluciones sexuales que recorrían el mundo.[73] La oposición que arreciaba en Argentina desde múltiples sectores no logró impedir que la nueva actitud se instalara con fuerza, leída como evidencia de la modernización sexual y señal del progreso "irreversible" hacia la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Pero pese al significado crucial de este avance para el reconocimiento del derecho de las mujeres a disfrutar de su sexualidad, los cambios que introdujo la aceptación del sexo prematrimonial en el orden del género fueron ambivalentes: la doble moral sexual no desapareció del todo, sino que se redefinió.

[72] Mafud, *La revolución sexual argentina*, p. 11.

[73] Sobre Europa Occidental, Estados Unidos y México, véanse Weeks, *Sex, Politics and Society*, pp. 252-256; Bailey, *Sex in the Heartland*, pp. 75-103 y 200-213; Sohn, *Âge tendre et tête de bois*, pp. 149-163; Herzog, *Sex after Fascism*, pp. 123-130; Monsiváis, "Del cinturón de castidad al condón", pp. 163-186.



A principios de los años sesenta, sin embargo, las mujeres y los hombres jóvenes expresaban preocupaciones notablemente distintas en relación con el sexo cuando accedían a la oportunidad de hablar en público. Por ejemplo, 520 jóvenes de 17 a 23 años que estudiaban en la Universidad de Buenos Aires (UBA) —institución cuyos alumnos serían identificados como "vanguardia" en materia de actitudes sexuales poco tiempo después— participaron en un seminario sobre "Problemática y desarrollo psicosexual del joven" durante el receso invernal de 1959.[74] Los estudiantes hablaron sobre el sexo premarital, la masturbación, la homosexualidad, la frigidez y la anticoncepción. Según el informe de la psicóloga y la educadora que coordinaron los talleres, los participantes expresaron "una mezcla de interés y angustia frente a los temas tratados", carecían en gran medida de información sobre el sexo y establecían una "escasa relación entre las esferas amorosa y sexual". Las coordinadoras señalaron asimismo que solo el 5% de los alumnos presentes "había podido integrar el coito a sus relaciones afectivas", con un predominio de "la negativa femenina por razones de tradición cultural y temor al embarazo". De acuerdo con estas expertas, los estudiantes mantenían una relación "traumática" con su propia sexualidad y "expresaban la necesidad de un cambio y de una activa educación sexual".[75] Por su parte, los estudiantes secundarios también reclamaban un debate abierto sobre la sexualidad y el suministro de información precisa. Las chicas y los chicos que participaron en conferencias y mesas redondas durante el año 1960, por ejemplo, se quejaron por la falta de "educación sexual en la casa" e incluso —como en el caso de una joven— descalificaron a su madre como "candidata apropiada" para hablar del tema.[76]

La comunidad de sexólogos, médicos y psicólogos intentaba satisfacer y delinear la demanda juvenil de educación sexual combinando el discurso científico con relatos morales, tal como lo ejemplifican las iniciativas del mensuario católico progresista *Nuestros Hijos*, o del pediatra Florencio Escardó y su esposa, la psicóloga Eva Giberti. Los exper-

[74] "Cursos de temporada", en *Boletín Informativo de la UBA*, núm. 10, junio de 1959, pp. 3-7.

[75] Amalia Lucas de Radaelli y Sara Zac de Filc, "Problemática y desarrollo psicosexual del joven", en *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, vol. 7, núm. 3, pp. 188-190.

[76] "El desamparo de la juventud", en *La Razón*, 5 de mayo de 1960, p. 19; "Problema de la juventud", en *La Razón*, 6 de junio de 1960, p. 13; "Hablan los jóvenes", en *Nuestros Hijos*, núm. 68, septiembre de 1960, p. 6.



tos que colaboraban con esta revista trataban de orientar a los padres en la tarea de transmitir conocimientos sexuales a sus hijos. Por ejemplo, los médicos explicaban que los cambios glandulares de la pubertad eran angustiantes, pero inevitables y normales. Instaban a los padres a distinguir entre las patologías —como la homosexualidad, una "enfermedad basada en crisis infantiles" que requería tratamiento— y la "normalidad", como la masturbación.[77] La revista *Nuestros Hijos* promovía la misma norma de continencia para mujeres y varones. Los médicos consideraban que el cumplimiento de esa norma era más difícil para los hombres, pero advertían sobre la necesidad de educar también a las mujeres: de lo contrario, se corría el riesgo de que las jóvenes vivieran la continencia como una "represión" mientras organizaban "orgías en su cabeza".[78] Escardó y Giberti, por su parte, hacían hincapié en los "cambios glandulares de la pubertad" y orientaban su trabajo hacia la normalización de la sexualidad juvenil.[79] Además, aunque destacaban la importancia de una sexualidad "sana" dentro del matrimonio (en el sentido de que los dos cónyuges debían alcanzar el orgasmo), ambos consideraban indeseable el sexo premarital. Escardó incluso desaconsejaba las prácticas que en Estados Unidos se conocían como *petting* (caricias o juegos sexuales sin penetración), alegando que provocaban desequilibrios psíquicos: "Es deber de la familia enseñar con máxima claridad a la niña el límite prudente de las caricias, diferenciando la caricia superficial en la cara, la mano o el cuello, de la caricia insistente

[77] Luisa Goldemberg y Alberto Merani, "Educación sexual del adolescente", en *Nuestros Hijos*, núm. 6, mayo de 1955; "Los problemas prematrimoniales", en *Nuestros Hijos*, núm. 9, septiembre de 1955. Sobre la homosexualidad, véanse "El problema de la homosexualidad", en *Nuestros Hijos*, núm. 40, mayo de 1958, pp. 12-15; "Tribuna de la juventud", en *Nuestros Hijos*, núm. 42, julio de 1958, p. 53; *Nuestros Hijos*, núm. 44, septiembre de 1958, p. 67. Sobre la masturbación, véanse Manuel Brihuega, "El pecado solitario", en *Nuestros Hijos*, núm. 51, abril de 1959, pp. 10-12; Marcos Weinstein, "No tiene la gravedad que usted supone", en *Nuestros Hijos*, núm. 60, enero de 1960, pp. 16 y 17; Manuel Farago, "Vida psicosexual del adolescente", en *Nuestros Hijos*, núm. 68, septiembre de 1960, p. 56.

[78] Alberto Merani, "Los jóvenes y la continencia", en *Nuestros Hijos*, núm. 50, marzo de 1959, pp. 36-38; "Los jóvenes y la continencia", en *Nuestros Hijos*, núm. 51, abril de 1959, pp. 38 y 39. Véanse cartas sobre las dificultades de los varones para mantener la continencia en "Tribuna de la juventud", *Nuestros Hijos*, núm. 44, septiembre de 1958, p. 56; *Nuestros Hijos*, núm. 45, octubre de 1958, pp. 68 y 69; *Nuestros Hijos*, núm. 47, diciembre de 1958, p. 70; *Nuestros Hijos*, núm. 49, enero de 1959, p. 71.

[79] Escardó, *Sexología de la familia*, pp. 37-40; Giberti, *Escuela para padres*, vol. 2, pp. 53-78, y *Adolescencia y educación sexual*, pp. 582-586.

en el pubis o el seno".[80] En definitiva, Escardó y Giberti responsabilizaban a las jóvenes por la fijación de límites para evitar el sexo prematrimonial y a las madres por el correcto comportamiento sexual de sus hijas.

Pese a los esfuerzos de los expertos por capacitar a los padres como transmisores "esclarecidos" de información sexual, hacia mediados de la década los resultados eran magros. En 1964, el doctor Mauricio Knobel —un psicoanalista que tiempo después pasó a ser la voz más autorizada en terapia adolescente— hizo un sondeo con varones y mujeres de 11 a 13 años que asistían a escuelas públicas y privadas para averiguar cuánto sabían sobre la menstruación. Ante la consigna "Explícanos todo lo que sepas acerca de la menstruación", la mayoría de las chicas respondió con alusiones a "enfermedad y padecimientos" y muy pocas se enfocaron en los procesos biológicos. Lo mismo ocurrió con la pregunta "¿Para qué sirve la menstruación?": mientras que solo una minoría de las niñas la asoció al "desarrollo", los varones demostraron "un conocimiento mucho más directo de la relación con lo genital". Knobel también señaló que los varones obtenían información de "sus propios amigos mayores que ellos", mientras que las chicas mencionaban "en un porcentaje significativo a la madre" como única fuente. Así llegó a la conclusión de que los progenitores —y en especial las madres— transmitían "todos los tabúes y represiones culturales habituales".[81] Giberti obtuvo resultados similares en una encuesta con una muestra de 420 adolescentes que recibían tratamiento psicológico en un hospital público. El estudio reveló que las madres decían "la verdad" en relación con el embarazo, pero suministraban información idiosincrática acerca de la menstruación, en su mayor parte sustanciada en tabúes como el de "no ducharse" durante el período. Por otra parte, la mayoría de las participantes no relacionaba la menstruación con la posibilidad del embarazo.[82] El cuadro que presentaban los estudios de Knobel y Giberti sobre la falta de información sexual rigurosa entre adolescentes y púberes era

[80] Escardó, *Sexología de la familia*, pp. 50 y 51. Sobre el *petting*, véase Bailey, *From Porch to Back Seat*, pp. 176-196.

[81] Mauricio Knobel y Beatriz Scaziga, "Actitudes de los preadolescentes respecto de la menstruación", en *Revista de Psicología*, núm. 3, Universidad Nacional de La Plata, 1965, pp. 75-79.

[82] Eva Giberti, "Consultorio de adolescentes", en *Revista Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia*, vol. 1, núm. 1, septiembre de 1971, pp. 110-119.

preocupante, sobre todo porque ambos habían constatado la propagación de una nueva actitud sexual.

La nueva actitud frente al sexo prematrimonial emergió de a poco entre los jóvenes a lo largo de la década. La erosión del "tabú" que rodeaba a la virginidad femenina era el elemento central en la renovación de los hábitos sexuales e incidía en las percepciones e ideales de varones y mujeres. La creciente aceptación pública del sexo prematrimonial comenzaba a desestabilizar el doble estándar que prescribía la virginidad femenina hasta la noche de bodas mientras toleraba —e incluso daba por sentada— la experiencia sexual masculina previa al matrimonio. Tal vez en el intento de salvaguardar lo que hasta entonces había constituido una prerrogativa sexual masculina, muchos varones jóvenes manifestaban inquietudes en torno a la potencial promiscuidad de las mujeres. Consultados sobre sus actitudes frente al sexo prematrimonial, ocho de cada diez estudiantes universitarios respondieron que aprobaban las relaciones sexuales con su novia, pero muchos necesitaban asegurarse de haber sido "los primeros" y justificaban las relaciones previas al matrimonio "solo" si eran "por amor", tal como lo enunció un alumno de la escuela media.[83] Incluso los periodistas Miguel Grinberg y Juan Carlos Kreimer, ligados a la emergente contracultura, celebraban la asociación del sexo con el amor a la vez que recelaban cierta "actitud deportiva" frente al sexo que veían generalizada entre las jóvenes.[84] Pocos se habrían manifestado de acuerdo con Ezequiel, de 23 años, quien en un debate aseveró que las relaciones sexuales no necesariamente estaban ligadas al amor: su posición era tal vez demasiado avanzada para la época. Los otros jóvenes de la mesa redonda coincidían en la opinión de que la virginidad estaba "sobrevalorada", pero aprobaban el sexo prematrimonial únicamente en el marco de una relación amorosa, que se potenciaría aún más si la pareja demostraba "compatibilidad sexual", tal como lo enunció una mujer.[85]

[83] "Universidad y juventud", en *Confirmado*, núm. 209, 19 de junio de 1969, p. 38; Silvia Rudni, "Adolescentes, la hora de la verdad", en *Primera Plana*, núm. 309, 30 de noviembre de 1968, p. 73.

[84] "Erotismo y ternura", en *Extra*, núm. 3, septiembre de 1965, p. 17; "Frente al matrimonio", en *Extra*, núm. 23, junio de 1967, p. 57; "Relaciones sexuales prematrimoniales", en *Siete Días*, núm. 116, 28 de julio de 1969, p. 53.

[85] Adriana, "Proceso a la virginidad", en *Siete Días*, núm. 152, 6 de abril de 1970, pp. 58-63.

El discurso centrado en el amor, el afecto y la responsabilidad allanó el camino para que muchos varones y mujeres jóvenes desarrollaran una nueva concepción del sexo, que al mismo tiempo erosionó progresivamente el "tabú de la virginidad". Esta nueva actitud terminó de cristalizarse a fines de los años sesenta. En 1969, por ejemplo, un sondeo que había impulsado la revista *Análisis* con el fin de dilucidar "cómo se aman los jóvenes" reveló que el 57% de los consultados en la franja etaria de 20 a 25 años no creía que la "virginidad" fuera importante. Asimismo, el 67% de los hombres y el 57% de las mujeres aprobaban el sexo prematrimonial, mientras que el 19% y el 13%, respectivamente, pensaban que la decisión de aceptarlo dependía "de la relación". La encuesta determinó también que la aprobación del sexo premarital era más alta entre los jóvenes de los estratos medios y obreros, en particular los que habían completado sus estudios secundarios o universitarios.[86] Lo cierto es que el índice de aprobación entre los jóvenes argentinos se asemejaba al de otros países. Encuestas similares revelaron que, entre los jóvenes franceses, el 70% de los hombres y el 65% de las mujeres aprobaban las relaciones prematrimoniales en 1970, al igual que el 55% de ambos sexos en España.[87] Algunas jóvenes argentinas otorgaban un peso considerable al hecho de que el cambio en las concepciones sexuales formara parte de un fenómeno mundial. Seis chicas entrevistadas por *La Bella Gente* —una de las primeras revistas dirigidas a los jóvenes— relacionaron su aprobación del sexo previo al matrimonio con una "tendencia internacional" hacia las "actitudes liberalizadas", tal como lo enunció una oficinista de 17 años. En sintonía con la opinión mayoritaria de los jóvenes en la década de 1960, las seis consultadas remarcaban que el sexo no debía estar escindido del amor y que este debía culminar en un "matrimonio sin tabúes sexuales". Aunque se identificaban como católicas, todas estaban de acuerdo en que el sexo ya no era un "pecado".[88]

Los grupos de familias católicas y los voceros católicos de los medios salieron al cruce de la nueva actitud con advertencias para disuadir a las jóvenes y con un discurso erotizado sobre el matrimonio. La promo-

[86] E. L. G., "Cómo se aman los jóvenes", en *Análisis*, núm. 422, 15 de abril de 1969, pp. 40-46.

[87] Serrano, *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, p. 121; Mossuz-Lavau, *Les lois de l'amour*, p. 146.

[88] "Sexo, ¿quién nos lo explica?", en *La Bella Gente*, núm. 3, diciembre de 1969, pp. 82-85.

ción del matrimonio como un espacio donde los cónyuges podían alcanzar una auténtica satisfacción sexual no era nueva entre ciertos sectores católicos: ya en la década de 1950, la revista *Nuestros Hijos* aconsejaba a las jóvenes que leyeran libros de sexología con el fin de prepararse "para una perfecta comunión corporal" una vez casadas.[89] En 1967, el Movimiento Familiar Cristiano avanzó un paso más: luego de hacer valer sus influencias en aras de que la jerarquía católica estableciera la obligatoriedad de los cursos prenupciales para las parejas que aspiraban a casarse por iglesia, la organización confeccionó un programa que requería departir sobre "las delicias del sexo".[90] Por otra parte, estos grupos y voceros católicos condenaban en público el coito prematrimonial. Desde mediados de los años sesenta, la revista femenina *Para Ti* y la de actualidad *Siete Días* contrataron sacerdotes para responder el correo de lectores. Los consejeros religiosos seleccionaban las cartas de chicas que hubieran experimentado "problemas" —como el abandono por parte del novio— después de haber accedido a las relaciones prematrimoniales. En estos casos, la respuesta era invariable: los hombres "usaban" a las jóvenes y después buscaban una virgen para casarse.[91] Frente a otros "problemas", como el embarazo y el aborto, los sacerdotes pontificaban sobre las consecuencias morales y legales que podía acarrear la decisión de recurrir a un "doctor".[92] Mediante la estrategia de responder cartas selectas, los sacerdotes cebaban los temores que seguramente embargaban a gran cantidad de jóvenes.

Muchas jóvenes de los años sesenta seguían temiendo a los embarazos no deseados por falta de acceso a medios para evitarlos, a pesar de que la anticoncepción era un tema candente de la agenda pública. En

[89] "Tribuna de la juventud", en *Nuestros Hijos*, núm. 46, noviembre de 1958, p. 69; núm. 51, abril de 1959, p. 62.

[90] "Preparación para una unión más verdadera", en *Siete Días*, núm. 21, 3 de octubre de 1967, pp. 20-22.

[91] Padre Agustín, "Secreto de confesión", en *Para Ti*, núm. 2313, 7 de noviembre de 1966, p. 66; padre Iñaki, "Secreto de confesión", en *Para Ti*, núm. 2472, 1° de diciembre de 1969, p. 76; *Para Ti*, núm. 2504, 6 de julio de 1970, p. 89; padre Bacioli, "Conciencia", en *Siete Días*, núm. 5, 13 de junio de 1967, p. 46; *Siete Días*, núm. 25, 31 de octubre de 1967, p. 53; *Siete Días*, núm. 73, 30 de septiembre de 1968, p. 42; *Siete Días*, núm. 97, 17 de marzo de 1969, p. 57.

[92] Padre Iñaki, "Secreto de confesión", en *Para Ti*, núm. 2402, 22 de julio de 1968, p. 66; *Para Ti*, núm. 2466, 13 de octubre de 1969, p. 90; padre Bacioli, "Conciencia", en *Siete Días*, núm. 28, 21 de noviembre de 1967, p. 13; *Siete Días*, núm. 88, 13 de enero de 1969, p. 53.

una serie de talleres que se llevaron a cabo en 1967, muchos estudiantes secundarios y universitarios expresaron sus inquietudes en relación con el sexo: los embarazos extramatrimoniales, a menudo asociados al aborto, ocupaban el primer lugar de la lista. Algunas chicas, como Laura, de 16 años, preguntaron cómo funcionaba "la píldora".[93] En gran medida a instancias del interés mundial que había despertado la píldora anticonceptiva como medio para controlar la natalidad, seguido de la encíclica *Humanae Vitae* (1968), en la que el papa Pablo VI refrendó la abstinencia periódica como único método lícito de planificación familiar, la prensa local comenzó a cubrir el tema de la anticoncepción con artículos que incluso describían el funcionamiento de los diversos dispositivos y técnicas existentes.[94] La información sobre la píldora anticonceptiva se encontraba al alcance de todos, pero el consumo del producto era restringido y desigual. Tal como ahora, el acceso estaba determinado por la clase. Los métodos más comunes para las parejas casadas de los años sesenta eran los preservativos y el *coitus interruptus*, mientras que la píldora anticonceptiva circulaba solo en el sector de la clase media alta.[95] Es factible que la mayoría de las mujeres se mostrara reacia a adoptar el nuevo método por temor a posibles efectos colaterales, o bien porque era más caro que otras opciones. Los sondeos en las farmacias indicaban que su consumo era moderado —"Se venden unas 10 o 15 cajas por día"— y en general estaba restringido a las clientas adultas: "Vienen mujeres casadas, ya grandes, aunque algunas estudiantes también la compran".[96] Entonces, aunque las jóvenes y adolescentes disponían de información sobre la píldora y sabían que se trataba de un método confiable, su acceso al producto —como el de sus pares estadounidenses, italianas o chilenas— era muy limitado.[97] Si querían mantener relaciones sexuales, las chicas dependían de los varones para evitar el embarazo.

93 "Cuando los jóvenes golpean las puertas de los mayores", en *La Razón*, 2 de noviembre de 1967, p. 11; "Un ríspido debate juvenil", en *La Razón*, 20 de noviembre de 1967, p. 8.

94 Martín Yriart, "Anticonceptivos", en *Panorama*, núm. 50, julio de 1967, pp. 93-98; "Control de la natalidad", en *Siete Días*, núm. 31, 12 de diciembre de 1967, pp. 22-26; "Usted y la píldora", en *Para Ti*, núm. 2419, 18 de noviembre de 1968, pp. 10-13; "La verdad sobre la píldora", en *Para Ti*, núm. 2497, 18 de mayo de 1970.

95 Felitti, *La revolución de la píldora*.

96 "La píldora está entre nosotros", en *Panorama*, núm. 226, 25 de agosto de 1971, p. 30.

97 Bailey, *Sex in the Heartland*; Giachetti, *Anni sessanta comincia la danza;* Pieper Mooney, *The Politics of Motherhood*.



¿Hasta qué punto se había difundido el sexo prematrimonial en la década de 1960? Aunque los datos sobre el comportamiento sexual son aleatorios, algunas series de evidencias indican que la práctica se extendió a medida que crecía la tolerancia en el discurso público. Vale la pena señalar que, tal como han constatado algunos estudios académicos, la incidencia del sexo prematrimonial y extramarital fue elevada a lo largo de todo el siglo, especialmente en la clase obrera. Esto se hace evidente en el alto índice de nacimientos extramatrimoniales, que en 1960 representaron el 26% del total.[98] Los sondeos acotados a mujeres jóvenes de clase media revelan que las chicas de ese estrato social se animaban cada vez más a practicar el coito antes de las nupcias. Una encuesta de 1967 con una muestra de 207 parejas recién casadas reveló que el 14% había mantenido relaciones sexuales previas al matrimonio. En un estudio sobre el comportamiento de 420 chicas y chicos solteros, que se extendió desde 1965 hasta 1968, Eva Giberti constató que el 18% de las mujeres ya tenía experiencia sexual.[99] Tal como señaló un médico en 1970, la práctica no se había generalizado en todo el espectro de las clases sociales: en los sectores "no intelectualizados" era más restringida que en los "intelectualizados". Un sondeo de 1969 reveló que el 80% de las estudiantes universitarias había "perdido su virginidad".[100]

Hay otra evidencia que respalda estos datos estadísticos aleatorios sobre la difusión de las relaciones sexuales prematrimoniales y extramaritales: el auge de los hoteles por horas. A diferencia de Estados Unidos y otros países con cultura de campus universitario, en Argentina era común que los jóvenes de los estratos medios y obreros vivieran en la casa de sus padres hasta el casamiento o el inicio de la convivencia.[101] Dado que el grueso de los jóvenes carecía de habitaciones privadas, o incluso de automóviles, los hoteles por hora o albergues transitorios eran los únicos espacios que brindaban la oportunidad de mantener relaciones sexuales sin interferencias. En 1960, la Municipalidad de Buenos Aires

98 Torrado, *Historia de la familia en la Argentina moderna*, pp. 336 y 337; Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, pp. 90 y 91.

99 "Cómo hacer el amor", en *Confirmado*, núm. 152, 16 de mayo de 1968, pp. 46 y 47; Giberti, "Consultorio de adolescentes", *op. cit.*, p. 114.

100 "Las argentinas y la sexualidad", en *Panorama*, núm. 325, 2 de agosto de 1973, p. 52.

101 Susana Torrado sostiene que la "cohabitación" como "entrada" o alternativa al matrimonio comenzó a extenderse hacia la clase media en la década de 1960. Véase *Historia de la familia en la Argentina moderna*, pp. 268-275.

aprobó una ordenanza que habilitaba a los propietarios de hoteles a ofrecer "habitaciones por hora" a parejas "de ambos sexos".[102] En respuesta a las quejas del arco conservador, las sucesivas regulaciones adicionales para los albergues transitorios establecieron una distancia mínima de 100 metros respecto de las escuelas e iglesias y prohibieron la difusión de sus servicios por medio de afiches o volantes.[103] Los albergues transitorios resultaron un éxito: en 1960 fueron 169 los hoteles comunes que se relanzaron como hoteles "por hora"; esta cifra saltó a 420 en 1965 y a 769 en 1967. En reportajes sobre la demanda de estos prósperos locales, los dueños y empleados hoteleros señalaron que su clientela estaba compuesta de dos categorías: los adultos que iban "a la salida de la oficina" (de 6 de la tarde a 8 de la noche) y numerosas parejas de novios jóvenes que en su mayoría llegaban en horarios nocturnos.[104]

Por último, otra novedad de la época no solo parece confirmar el incremento del sexo prematrimonial entre las mujeres, sino que además implicó un avance en la "legalización" de la práctica: en 1965, ambas cámaras legislativas aprobaron la ley 16688 sobre la obligatoriedad del certificado médico prenupcial para las mujeres. El proyecto se formuló como una extensión de la ley 12331 sobre profilaxis antivenérea, que databa de 1936. Los legisladores de los años treinta habían aprobado la creación de un sistema médico para la prevención y el tratamiento de enfermedades venéreas en el marco de un paradigma eugenésico que las clasificaba como dolencias hereditarias y perjudiciales para el futuro de la "raza". El sistema también abolía la prostitución legal e introducía el requisito del certificado prenupcial para los hombres. La ley de 1936 se enfocaba en el cuerpo masculino como portador potencial de las infecciones venéreas que el Estado apuntaba a controlar. Solo los médicos de hospitales y dispensarios públicos podían efectuar el análisis de sangre que certificaba la buena salud de los hombres como requisito indispensable de la autorización para el casamiento.[105] Los

[102] Ordenanza núm. 16734, 20 de julio de 1970, *Resoluciones, Comunicaciones, Declaraciones y Decretos 1960*, Buenos Aires, Imprenta Municipal, 1960, pp. 73-75.

[103] *Actas del Consejo Nacional de Protección de Menores*, vol. 3, núm. 81, 19 de junio de 1963, p. 254, CNNAF.

[104] "La industria del amor", en *Panorama*, núm. 34, marzo de 1966, pp. 73-76; "El albergue no es un bicho", en *Primera Plana*, núm. 238, 18 de julio de 1967, p. 44; "¿Amamos así?", en *Extra*, núm. 19, febrero de 1967, p. 53.

[105] Sobre los debates y significados de la ley de 1936, véase Guy, *Sex and Danger in Buenos Aires*, pp. 131-134.

legisladores de 1936 no concebían la idea de que las futuras cónyuges fueran portadoras de enfermedades venéreas: daban por sentado que esas mujeres eran vírgenes. Los legisladores de 1965 recurrieron a los mismos argumentos de profilaxis antivenérea que habían expuesto sus pares treinta años antes. El senador radical César Abdala, por ejemplo, alertó sobre los crecientes índices de "infecciones como la sífilis y la gonorrea" registrados entre 1953 y 1965.[106] La decisión de incluir a las mujeres en el certificado médico prenupcial no requirió fundamentos ni explicaciones adicionales.

La ley 16688 reconoció implícitamente la posibilidad legítima de que las mujeres mantuvieran relaciones sexuales antes de casarse. En contraste con la ley 12331 de 1936, la nueva disposición no desencadenó polémicas entre expertos legales o médicos. La cobertura de la noticia en los diarios fue insignificante. Algunos a lo sumo se limitaron a consignar la existencia de legislaciones similares en otros países, como Estados Unidos, México y República Dominicana, pero ninguno editorializó sobre el tema.[107] Solo la revista *Confirmado* consultó a médicos y mujeres acerca de sus opiniones sobre el certificado prenupcial. La conclusión del cronista —incluida la ironía final— es contundente:

> Aun quienes se oponen al examen prenupcial no dejan de reconocer que legaliza un fenómeno social cuya existencia resulta evidente: la liberación sexual de la mujer. [...] Hoy, la imagen de la recatada doncella que solo la noche de bodas entrega su tesoro al elegido resulta desmentida por la experiencia profesional de médicos y sociólogos.[108]

Sin desmedro de su tono satírico, la imagen arroja luz sobre la incipiente normalización del sexo prematrimonial en la vida pública argentina, con las jóvenes a la vanguardia del cambio.

* * *

[106] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*, 30 de junio de 1965, vol. I, pp. 255 y 256.

[107] "Obligatoriedad del examen prenupcial para las mujeres", en *La Prensa*, 1º de julio de 1965, p. 9.

[108] "Examen prenupcial. Las antesalas del amor", en *Confirmado*, núm. 14, 5 de agosto de 1965, p. 51.

En la Argentina de comienzos de la década de 1960, las jóvenes fueron protagonistas literales y figuradas de cambios superlativos en la sexualidad, los ideales domésticos y las maneras de entender e imponer la autoridad patriarcal. Lejos de seguir una trayectoria lineal hacia la expansión de los horizontes femeninos y la liberalización de los hábitos sexuales, la sucesión de cambios que transformaron las experiencias de las jóvenes avanzó por un camino tortuoso y escarpado. Las señales que auguraban la magnitud de los contrastes entre las experiencias de estas jóvenes y la vida de sus predecesoras se tornaron en objeto de fuertes disputas, tanto en el ámbito familiar como en contextos culturales más amplios. La persistencia de los desacuerdos hasta bien entrada la década de 1960 dejó en claro el alto grado de conflictividad que entrañaban los cambios y también visibilizó el pleno desarrollo de una dinámica cultural que favorecía las actitudes sexuales "modernizantes" en un proceso cuya médula eran las experiencias de las jóvenes.

A medida que cuestionaban las premisas de la domesticidad y la autoridad patriarcal, las jóvenes de los primeros años de la década de 1960 comenzaron a "irse de casa", tal como se llamó por entonces al nuevo fenómeno. El cuestionamiento era menos reflexivo que eminentemente práctico: mediante la prolongación de su estadía en el sistema educativo, la incorporación plena al mercado de trabajo y la participación en nuevas actividades de esparcimiento con sus pares del sexo opuesto, por ejemplo, las jóvenes contribuyeron a extender las esferas "legítimas" de acción para las mujeres. A partir de todas esas prácticas, tuvieron más oportunidades de experimentar con empleos y carreras, así como con nuevas modalidades de cortejo y sexualidad. La gradual aceptación de las relaciones prematrimoniales socavó aún más el ideal de la femineidad "doméstica", en la medida en que también puso en tela de juicio su reglamentación sexual. Sin embargo, como parte de esos vientos de cambio, muchas jóvenes se veían obligadas a librar batallas diarias cada vez que osaban tomar decisiones vinculadas a la carrera, la interacción con el sexo opuesto o incluso los planes para el fin de semana. Paralelamente a las nuevas oportunidades educativas, recreativas y sexuales que encontraban en su camino e incluso creaban por sí mismas, esas chicas se topaban con la persistencia —y a veces el redoblamiento— de la autoridad patriarcal en el seno de la familia. Con sus nuevas prácticas, las jóvenes contribuyeron a situar la autoridad patriarcal en el foco de la atención pública —principalmente en el dis-

curso de consejeros y psicólogos— e iniciaron la erosión de su presunta naturalidad.

La perceptible impugnación de la autoridad patriarcal constituyó el eje de muchos dilemas familiares y culturales que precedieron al pánico moral desencadenado por el caso Penjerek, pero a la vez alimentaron su gestación. Este pánico respondió al intento de frenar la corriente que se llevaba a las jóvenes "lejos del hogar". Muchos de los actores que abogaban por rescatar a las fugitivas, reales o imaginarias, para devolverlas a la seguridad del hogar también trataban de imponer la concepción de la casa paterna como salvaguarda contra una supuesta amenaza comunista. De esta manera, relacionaban las nuevas experiencias de las jóvenes con una disrupción más amplia del orden social. Sin embargo, el caso Penjerek fue un crimen irresuelto por partida doble. Primero, en el nivel literal: es probable que nunca sepamos quién asesinó o qué le ocurrió a Norma Penjerek. En segundo lugar, las reacciones que detonó el caso constituyeron un esfuerzo por lidiar con una dinámica cultural que se encontraba en pleno desarrollo y sentaba las bases para el advenimiento de una nueva actitud sexual que complementaba la tendencia de las jóvenes a "irse de casa". En este sentido, el caso Penjerek funcionó como un punto de inflexión: puso en evidencia el profundo arraigo de los discursos "conservadores" en la cultura argentina y también subrayó sus deficiencias.

El discurso modernizante que fue ganando cada vez más adeptos en la década de 1960 sirvió para desestabilizar aún más las nociones del hogar basadas en la femineidad doméstica y en el imaginario que exaltaba la virginidad de las jóvenes solteras a la vez que avalaba la libre experimentación sexual de los varones. Valiéndose de un discurso centrado en el amor y la responsabilidad, los jóvenes de los años sesenta contribuyeron a redefinir el sexo y los contextos que legitimaban su práctica. Cabe señalar que esta actitud era vista como un signo de la modernización cultural colectiva de los argentinos y al mismo tiempo como un avance que no trastornaba por completo los ideales domésticos. Lo que se aceptaba en el ámbito público era el sexo *prematrimonial:* el coito en una relación heterosexual que idealmente conduciría al matrimonio. En este paisaje de creciente tolerancia, las jóvenes —en particular las de clase media— se atrevieron a incursionar en el sexo prematrimonial aunque aún las embargaba el temor al embarazo no deseado y dependían de los varones para la anticoncepción. Por otra parte, muchos



varones expresaban inquietudes ante la potencial "promiscuidad" de las mujeres a medida que se desdibujaba el "tabú de la virginidad". Hacia fines de los años sesenta ya estaba claro que la doble moral sexual no había desaparecido, sino que se había redefinido en el marco de una profunda erotización de la cultura argentina, cuyas protagonistas también eran las jóvenes. Pero estas eran otras cohortes de chicas, tal vez exentas de los dilemas familiares y culturales que habían padecido sus antecesoras a principios de la década. Sin embargo, es probable que todas hayan escuchado la canción "She's Leaving Home" en 1967, cuando los Beatles grabaron el inolvidable álbum *Sergeant Pepper's*. Las jóvenes ya habían comenzado a irse de casa: los Beatles apenas agregaron la banda de sonido ideal.

V. UNA FRATERNIDAD DE VARONES PELILARGOS. EL ROCK Y LA CULTURA JUVENIL CONTESTATARIA

Pocos días después del golpe militar que instaló el gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía en 1966, la discográfica Columbia Broadcasting System (CBS) sacó un álbum simple del trío de rock Los Beatniks. Las letras de las canciones eran de Moris, el cantante y líder de la banda. Una de ellas era "Rebelde":

> Rebelde me llama la gente;
> rebelde es mi corazón;
> soy libre y quieren hacerme
> esclavo de una tradición.[1]

Como la CBS no demostró interés en promocionar el disco, Los Beatniks tomaron la iniciativa y organizaron una fiesta que terminó con todos los integrantes de la banda bailando semidesnudos en una fuente pública del centro porteño. El evento salió en los diarios, aunque no en la sección de cultura, sino en la de policiales: los miembros del trío pasaron tres días en el calabozo.[2] Este episodio fundacional bosqueja por anticipado la primera década de la cultura rockera argentina (1966-1975). En primer lugar, presenta a sus actores principales: los rockeros (poetas, músicos y fans), la industria cultural y el Estado. En segundo lugar, escenifica la actitud característica de los rockeros: una reacción iconoclasta contra las reglas y el autoritarismo de la vida cotidiana. Por último, augura cómo será visto el movimiento cultural del rock en la escena pública: el epítome del desorden en las esferas del sexo, el género y la cultura.

La cultura del rock argentino, una de las más pujantes de América Latina, ofrece una perspectiva por demás conveniente para analizar la dinámica de la modernización sociocultural y sus descontentos. Los académicos especializados que trataron de dilucidar sus aspectos espe-

[1] Mauricio Birabent (Moris), "Rebelde", en Los Beatniks, *Rebelde*, CBS, 1966.
[2] "Detúvose a integrantes de un trío musical", en *La Prensa*, 1º de agosto de 1966, p. 7.

cíficos han demostrado que no es posible definirla solo en términos sonoros y lingüísticos, aun cuando no sea irrelevante el hecho de que los rockeros locales (como sus homólogos chilenos y colombianos, pero a diferencia de los mexicanos) produjeran desde el comienzo canciones escritas e interpretadas en español.[3] En su estudio sobre la escena estadounidense, el crítico Lawrence Grossberg señala que el rock sentó las bases de una política cultural que aspiraba a trascender los límites de la vida cotidiana para “expresar una actitud de ira, insatisfacción y —en ocasiones— protesta”.[4] Los rockeros argentinos se apropiaron de prácticas y estilos que formaban parte de un repertorio trasnacional y los usaron para lidiar con una vida cotidiana que les parecía absurda y deshumanizante. Tal como ocurrió en otros países latinoamericanos, la rebelión de los rockeros contra la vida cotidiana estaba sobredeterminada por su oposición práctica al autoritarismo.[5] En la medida en que agudizó la sensibilidad de los jóvenes —especialmente de los varones— frente al autoritarismo cultural y político, el rock contribuyó de manera crucial a la gestación de una cultura juvenil contestataria heterogénea, multidimensional y radicalizada que alcanzó la plenitud en la década de 1970.

Esta cultura juvenil contestataria fue uno de los hitos que marcaron la historia argentina en el último tramo de los años sesenta y el primero de los setenta. Onganía y quienes lo acompañaron justificaron el golpe de Estado alegando que el sistema político no era capaz de garantizar el “orden” que necesitaban los argentinos para desarrollarse y, a su vez, impedir la propagación del comunismo. Con esa excusa, restringieron todo el espectro de la vida política —desde la actividad partidaria hasta la militancia estudiantil— mientras bregaban por inculcar en la ciudadanía una cosmovisión moralista y tradicionalista con miras a forjar individuos respetuosos de las jerarquías sociales y culturales. Sin embargo, pese a sus denodados esfuerzos, los militares no consiguieron pacificar el país ni poner coto a la rebelión cultural que

[3] Vila, “Argentina's 'Rock Nacional': The Struggle for Meaning”; Alabarces, *Entre gatos y violadores;* Díaz, *Libro de viajes y extravíos*. Hasta ahora, las historias del rock argentino fueron escritas por periodistas de rock. Véanse Grinberg, *La música progresiva argentina;* Marzullo y Muñoz, *El rock en la Argentina*; Fernández Bitar, *Historia del rock en Argentina;* Kreimer y Polimeni, *Ayer nomás*.

[4] Grossberg, *We Gotta Get Out of This Place*, p. 156.

[5] Véanse Zolov, *Refried Elvis;* Dunn, *Brutality Garden*.

se gestaba en la juventud. Muy por el contrario, los jóvenes fueron actores protagónicos de las revueltas populares concatenadas que estallaron en mayo de 1969 e hirieron de muerte al régimen de Onganía. Más aún, el período transcurrido entre las revueltas de 1969 y las elecciones de 1973 —que incluyeron al peronismo por primera vez tras diecisiete años de proscripción— representó para los argentinos un intenso ciclo de participación política, signado por la creciente radicalización de los proyectos militantes: los ejemplos más extremos fueron los grupos guerrilleros, de los cuales (al menos) cinco orquestaban acciones en todo el país con la promesa de conducirlo a la "liberación" nacional y social. Estas promesas parecían a punto de cumplirse en 1973, cuando Héctor J. Cámpora ganó las elecciones con la fórmula peronista y abrió las puertas a una breve primavera democrática: una potente conjunción de apertura política y amplitud social que muchos jóvenes vivieron con apasionado fervor. Pero la primavera fue breve: Perón inició un giro a la derecha en su tercera y última presidencia (desde octubre de 1973 hasta su muerte, el 1° de julio de 1974). El tercer gobierno peronista culminó con el lanzamiento de un proyecto político que apuntaba a reconstruir la autoridad en todos los niveles de la vida social. Desde Onganía hasta Perón —desde el autoritarismo hasta los proyectos revolucionarios— floreció una vasta cultura juvenil contestataria que terminó por sucumbir bajo la represión del Estado y el desdén de la sociedad. Una de sus vertientes fue la cultura del rock.

Durante toda su primera década, la cultura del rock se mantuvo como un territorio prácticamente vedado para las mujeres. Abrevaba en el descontento cada vez más difundido entre los varones jóvenes frente a las nuevas y viejas instituciones que puntuaban las etapas de la transición a la vida adulta —la escuela secundaria, la conscripción, los empleos asalariados— y sus valores concomitantes de respetabilidad, disciplina y respeto a las jerarquías. La cultura del rock fue uno de los espacios donde los jóvenes de clase media y obrera delinearon una oposición, menos reflexiva que práctica, a las construcciones hegemónicas de la masculinidad.[6] En los "años pioneros" del rock argentino (que coincidieron con el régimen de Onganía), estos jóvenes cimentaron una fraternidad iconoclasta y socialmente transversal de varones pelilargos

[6] Sobre la noción de masculinidad hegemónica, véase Connell, *Masculinities*, pp. 38 y 39.

que provocó no solo la represión policial, sino también una reacción homofóbica de múltiples sectores que se alzaron en defensa de la autoridad patriarcal y sus nociones establecidas de "la moral y las costumbres". La cultura del rock, entonces, es una lente que nos permite observar cómo procedieron muchos jóvenes para impugnar los valores subyacentes a las construcciones hegemónicas de la masculinidad en el marco de una nueva política cultural que privilegiaba el hedonismo y el compañerismo.

La expansión de la fraternidad rockera —tanto sobre el escenario como en la vida cotidiana— adquirió visibilidad con el avance de los años setenta. Las modas y los estilos corporales que habían emanado de los rockeros y se habían filtrado a otros sectores a través del mercado ya transformaban la apariencia estética del género masculino y sentaban las bases para redefinir las maneras posibles de representarlo. Por muy superficiales que fueran estos cambios, lo cierto es que abrieron un camino hacia la modernización de la masculinidad. En un sentido más profundo, los jóvenes cultores del rock impulsaron esa modernización por medio de valores como la igualdad y la autenticidad, que permitieron imaginar e incluso concretar nuevos proyectos de amor y de familia: estos valores fueron aún más evidentes en los proyectos contraculturales extremos, también ligados a la cultura del rock. En el contexto de creciente politización y radicalización que protagonizó la juventud de la época, la masculinidad alternativa de los rockeros y sus reacciones contra el autoritarismo cultural de la vida cotidiana se percibían insuficientes. Durante los años setenta, las interacciones de la cultura rockera con el subconjunto expresamente político de la cultura juvenil contestataria fueron porosas pero tensas. En sus mutuas confrontaciones simbólicas, ambos subconjuntos competían por interpelar a los varones jóvenes de los estratos medios y obreros.

Los pibes no se harán hombres

A fines de los años sesenta y principios de los setenta, el cantante popular Palito Ortega —que escalaba invariablemente al primer puesto del *ranking* con cada nuevo disco simple— protagonizó una larga serie de películas cuyas tramas representaban las sucesivas etapas del pasaje a la adultez que supuestamente compartían todos los varones argentinos

su personaje aprende a amar a la patria y a sus colegas soldados durante el servicio militar, conoce a su primera novia, cambia los jeans por un traje gris, se casa e intenta alegremente lidiar con sus suegros y siempre permanece leal a sus viejos amigos. Para los chicos que se identificaban con la cultura del rock, Palito Ortega —como ídolo popular y como modelo del pasaje a la adultez— personificaba exactamente lo que ellos no querían ser. La cultura del rock era fruto y expresión del rechazo que sentían esos jóvenes por las instituciones culturales que organizaban el proceso a través del cual los chicos se hacían hombres mediante una dinámica que les inculcaba los valores de la respetabilidad, la disciplina y el consumismo. En el extremo opuesto, los rockeros promovían una autenticidad individual, cuya expresión se plasmaba en la figura de los "pibes".

A lo largo de los años sesenta, el desarrollo madurativo de los varones —al igual que el de las mujeres— incorporó su matriculación cada vez más numerosa en la escuela secundaria: un espacio crucial para la organización de la vida cotidiana y también para experimentar en carne propia nuevas y viejas formas del autoritarismo. La proporción de varones en la franja etaria de 15 a 19 años que cursaba la escuela secundaria escaló desde el 23% en 1960 al doble de ese guarismo en 1970. En el universo poblacional de Buenos Aires, la cifra trepó al 65%.[7] Los varones se distribuían en proporciones homogéneas entre los bachilleratos y las escuelas técnicas, que habían sido los "astros del firmamento" para los funcionarios desarrollistas.[8] Sin embargo, las autoridades de los años sesenta veían a los jóvenes de sexo masculino menos como futuros aportantes al desarrollo que como potenciales defensores de la nación contra supuestos enemigos internos y externos. Tras el golpe militar de 1966, los funcionarios del área educativa indicaron a las autoridades escolares que incorporaran prácticas de tiro para varones mayores de 16 años.[9] Muchos de esos adolescentes veían en las prácticas de tiro apenas el ejemplo más flagrante del orden militarista instaurado en la escuela,

[7] Ministerio de Educación y Justicia, *La enseñanza media (1914-1963)*, vol. 1, p. 58; Ministerio de Cultura y Educación, *La educación en cifras, 1963-1972*, vol. 2, p. 55.

[8] Consejo Federal de Inversiones, *La educación secundaria en la Argentina*, cuadro 8, s. p. Sobre los funcionarios de orientación "tecnocrática", véase Suasnábar, *Universidad e intelectuales*, pp. 145-150.

[9] Dirección General de Enseñanza Secundaria, Normal, Especial y Superior, circular núm. 37/969, 4 de junio de 1969.

palpable asimismo en las rutinas cotidianas de la institución. En un sondeo de 1968 que recabó opiniones de quinientos alumnos secundarios, la mayoría de los consultados se quejó de las "exigencias que no tienen mucho sentido". A lo largo de los años siguientes, los alumnos manifestaron similares percepciones de extrañeza; por ejemplo, "en la escuela sos un don nadie, sos lo que otros quieren hacer de vos". Muchos jóvenes argentinos también expresaban un sentimiento compartido por sus pares del mundo entero: "Empiezan las clases otra vez y siento que todo lo que quiero hacer, todo lo que soy en realidad, está afuera de la escuela".[10]

Los varones percibían con frecuencia una clara bifurcación entre la rutina escolar y los otros ámbitos de su vida, cuya expresión más visible era la estética corporal. En la escuela se libraban las batallas más encarnizadas por el largo "correcto" del pelo masculino. El reglamento prescribía la asistencia de los alumnos "en condición higiénica y con la vestimenta adecuada", que en el caso de los varones requería pantalones grises, saco y corbata.[11] En 1969, los directores de 25 escuelas porteñas, rosarinas, platenses y cordobesas decidieron tomar medidas perentorias contra las nuevas modas y enviaron notas a los padres de los alumnos para advertirles que el cabello de sus hijos no debía sobrepasar la marca de los 8 centímetros por encima de los hombros: los alumnos que infringieran esa norma serían suspendidos.[12] Los numerosos varones que aspiraban a dejarse el pelo largo atribuyeron la prohibición a la arbitrariedad de la escuela y quedaron en pie de guerra. En 1971, por ejemplo, las autoridades de la escuela porteña Mariano Acosta expulsaron a un alumno de 18 años porque no usaba la "vestimenta apropiada" y llevaba el pelo "demasiado largo". Cuando sus compañeros se solidarizaron, otros 25 estudiantes engrosaron la lista de expulsiones. A principios de 1972 ocurrió un episodio similar, cuando cuatrocientos estudiantes del colegio Nicolás Avellaneda, también porteño, convocaron a un paro estudiantil para repudiar las exigencias de ropa y corte de pelo. Las

[10] Silvia Rudni, "Adolescentes, la hora de la verdad", en *Primera Plana*, núm. 308, 30 de noviembre de 1968, pp. 70-73; "Los profesores", en *Cronopios*, núm. 1, octubre de 1969, p. 85; "El contestador", en *La Bella Gente*, núm. 25, febrero de 1972, p. 89. Véase una descripción más exhaustiva de las rutinas escolares en el capítulo II de este libro.

[11] Ministerio de Educación y Justicia, *Reglamento general para los establecimientos de enseñanza secundaria, normal y especial*, p. 37; circular 12/964, 12 de abril de 1964; circular 99/968, 6 de noviembre de 1968, JVG.

[12] "Melenudos del mundo, uníos", en *Panorama*, núm. 101, 1º de abril de 1969, pp. 10 y 11.

batallas por el pelo largo se entrecruzaban con otros cuestionamientos más generales del sistema disciplinario: por ejemplo, mientras los alumnos del Nacional Buenos Aires colocaban una bomba en la garita de los preceptores que controlaban todos sus movimientos, otros estudiantes secundarios llevaban a cabo los "melenazos", que consistían en entrar en tropel a la escuela para evitar expulsiones por el pelo largo.[13]

Aunque los relatos sobre la politización juvenil de los años setenta suelen omitirlos, estos episodios pusieron en evidencia la disposición de muchos adolescentes a plantarse contra viejas y nuevas modalidades de autoritarismo, en este caso bajo la forma de una disputa por los signos corporales de respetabilidad. Las escuelas secundarias eran crisoles privilegiados del descontento que se gestaba entre los varones. No es casual que Charly García y Nito Mestre hayan formado Sui Generis —la banda que hizo del rock un fenómeno de masas en la década de 1970— cuando cursaban juntos el secundario en un colegio militar. Sui Generis atraía a un público nutrido de estudiantes secundarios porque muchas de sus canciones interpretaban inquietudes adolescentes (como los primeros encuentros sexuales) con metáforas y expresiones ligadas a la escuela. Un buen ejemplo es "Aprendizaje", de Charly García:

Aprendí a ser
formal y cortés
cortándome el pelo
una vez al mes.
Y si me aplazó
la formalidad,
es que nunca me gustó
la sociedad.[14]

La escuela gobernaba la vida cotidiana con reglas que los varones adolescentes consideraban autoritarias y absurdas. Charly no adjudicaba un tenor específicamente político a su obra poética en aquellos tiempos de creciente politización, pero sí reconocía "un trasfondo ideológico" en sus

[13] "Incidentes en el Colegio Mariano Acosta", en *La Opinión*, 18 de agosto de 1971, p. 18; "La ropa que vos usáis", en *Primera Plana*, núm. 478, 28 de marzo de 1972, p. 31; "Adolescentes: lo que vendrá", en *Primera Plana*, núm. 495, 25 de julio de 1972, pp. 39 y 40.

[14] Charly García, "Aprendizaje", en Sui Generis, *Confesiones de invierno*, Talent, 1973. Sobre Sui Generis, véase Alabarces, *Entre gatos y violadores*, pp. 64-66.

letras: "Si vos te remontás a tu adolescencia y hacés una canción sobre la rabona, por ejemplo, eso ya significa un choque contra el colegio".[15] A la vanguardia de la política cultural antiinstitucional y antiautoritaria que representaba el rock, Charly también escribió "Botas locas", una denuncia de la que para él era la institución más absurda en el trayecto que debían seguir los chicos para "hacerse hombres": la conscripción.[16]

Hacía tiempo que la conscripción representaba un hito del pasaje a la adultez y también hacía tiempo que era blanco de críticas. Aunque se había establecido en 1902, recién comenzó a funcionar plenamente en 1911, cuando el proceso inmigratorio estaba en su apogeo y había surgido un movimiento obrero radicalizado. Las elites la concebían como una institución orientada a forjar sentimientos patrióticos y a moldear ciudadanos respetuosos del orden y las jerarquías. Durante la primera mitad del siglo XX surgieron expresiones abiertamente opositoras, tanto individuales como colectivas: por ejemplo, los militantes anarquistas repudiaban la idiosincrasia militarista y represiva que subyacía a la institución.[17] Sin embargo, la conscripción se naturalizó gradualmente en la opinión pública, al menos hasta 1968, cuando la ley 17531 introdujo algunos cambios en sus condiciones de cumplimiento. Hasta entonces, todos los varones de 20 años participaban en un sorteo que dejaba afuera a la mitad; los candidatos restantes se sometían a un examen físico y, si eran aptos, se incorporaban al servicio militar aunque se vieran obligados a abandonar un empleo o a interrumpir sus estudios. La ley 17531 estipuló que los jóvenes estudiantes podían terminar su carrera antes de hacer el servicio militar. Pero la demora no significaba exención, un derecho reservado a los jefes de familia. Las condiciones de la conscripción argentina eran similares a las de Brasil y Colombia, mientras que México y Chile se regían por una legislación más flexible.[18]

Por otra parte, en el magma de la creciente radicalización política que asignaba a los jóvenes un papel decisivo, la conscripción adquirió nuevos significados para los militares y también para (al menos) uno de los grupos guerrilleros: la organización marxista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). A partir de 1970, el Ejército Argentino actualizó

15 "Empezó la guerra", en *Pelo*, núm. 54, diciembre de 1974, pp. 16 y 17.

16 Charly García, "Botas locas", en Sui Generis, *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones*, Talent, 1973.

17 Rodríguez Molas, *El Servicio Militar Obligatorio*.

18 Prasad y Smythe, *Conscription*, pp. 1, 2, 18, 25, 26, 89 y 90.

la capacitación ideológica que recibían los conscriptos y los cuadros de sus rangos inferiores. Cinco de cada quince clases giraban en torno a los supuestos peligros del "comunismo" para la nación y para la familia. El contenido de las clases presentaba la imagen de un enemigo monstruoso que ya actuaba en el territorio nacional por medio de la infiltración en las escuelas, las universidades, las parroquias e incluso las Fuerzas Armadas.[19] En septiembre de 1973, cuatro meses después del restablecimiento democrático y semanas antes de que Juan Domingo Perón asumiera su tercera presidencia, el ERP intentó copar el Comando de Sanidad del Ejército. La malograda operación, que terminó con todos los guerrilleros presos, se había llevado a cabo con el apoyo logístico de un conscripto que prestaba servicio en el comando. En una interesante vuelta de tuerca, el intento fracasó gracias a la acción de otro conscripto.[20] Tanto el Ejército como el ERP reivindicaron el episodio con fines propagandísticos: el Ejército calificó a su conscripto leal de joven patriota cuya valiente iniciativa había salvado a la nación y a los "futuros hombres de la patria" que prestaban servicio en el cuartel; el ERP, por su parte, celebró el heroísmo del conscripto guerrillero que había actuado como un auténtico "soldado del pueblo".[21] En 1974 y 1975, cuando los militares recibieron la orden de sofocar la protesta popular y las actividades guerrilleras, el ERP llamó a los conscriptos a no involucrarse en las acciones represivas. Había desarrollado una táctica de reclutamiento en cuyo marco instaba a los jóvenes que hacían la conscripción a aprovechar el entrenamiento militar para ponerlo al servicio de la "guerra popular". Pero la campaña no surtió efecto.[22]

De todos modos, la conscripción era un caldo de cultivo para el descontento de muchos jóvenes con la autoridad. En una entrevista

[19] *Boletín de Educación e Instrucción del Ejército*, núm. 22, 1972, pp. 120-123, 129-131, 143-145 y 155-165.

[20] Véanse Pozzi, *"Por las sendas argentinas…"*; Anguita y Caparrós, *La voluntad*, vol. 2, y, especialmente, reportaje a Hernán Invernizzi, en *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 8, 2007.

[21] "Tú juzgarás" y "No, decididamente no", en *Soldado Argentino*, núm. 695, julio-diciembre de 1973, pp. 4-6, 43 y 44. Respecto del ERP, véanse "La toma del comando de Sanidad" (*c.* septiembre de 1973) y "Ante el copamiento del Comando de Sanidad del Ejército" (*c.* octubre de 1973), disponibles en línea: <www.topoblindado.com> (Fondos Documentales/Ejército Revolucionario del Pueblo/Volantes).

[22] Véanse los volantes "Soldado" (*c.* noviembre de 1974) y "A los soldados. Carta del Comandante Jefe del E.R.P. Mario Roberto Santucho a la clase 1954" (*c.* abril de 1975).

realizada tras la aprobación de la ley 17531, 65 conscriptos de todos los rincones del país que prestaban servicio en Buenos Aires se quejaron de las rutinas diarias, la mala comida y las condiciones insalubres de los cuarteles. Lejos de ser ese espacio igualitario ideal que presentaban tanto las películas de Palito Ortega como los propios militares, donde los jóvenes de diferentes regiones y estratos sociales aprendían juntos a convertirse en ciudadanos patriotas y valerosos, la conscripción solo les había inculcado rabia por las constantes humillaciones que les deparaban sus superiores.[23] Esas humillaciones, subsumidas en la actitud de "subordinación y valor" que (según el eslogan militar) necesitaban los varones para hacerse hombres, escandalizaban a los jóvenes que se identificaban con la cultura del rock. En una de las pocas memorias de aquellos primeros cultores del rock, el músico y poeta Miguel Cantilo comenta que, para los pibes como él y sus amigos, que habían elegido "un camino opuesto al convencional [...] en franca colisión con el modelo militar", la "colimba" (el servicio militar obligatorio) era una "verdadera trampa del destino". Cantilo además denuncia la "hipócrita complicidad" de las familias que enaltecían la conscripción con el argumento de que "así se hacen los hombres".[24] Desde su punto de vista, había una continuidad entre la "trampa" que tendían los militares y las expectativas que los padres proyectaban en la conscripción como medio para instilar disciplina y obediencia en el talante de sus hijos.

Los valores de la disciplina, la respetabilidad y el respeto a las jerarquías supuestamente se aprendían e internalizaban en la conscripción y (para un creciente número de varones) en la escuela secundaria. Estas eran las claves que definían el ideal del trabajador responsable. El mercado laboral reflejaba dos novedades relacionadas con los cambios en las experiencias y expectativas de los jóvenes. En primer lugar, los datos censales indican que los adolescentes permanecían más tiempo en el sistema educativo y participaban menos en el mercado de trabajo: entre 1947 y 1970, la proporción de varones en la franja etaria de 15 a 19 años cayó del 73% al 55%. Durante los años sesenta, entonces, crecía un segmento de varones jóvenes con mayor nivel educativo e ingreso más tar-

[23] "¿Para qué sirve el servicio militar?", en *Siete Días*, núm. 102, 22 de abril de 1969, pp. 30-34; Kado Kostzer, "El servicio militar por dentro", en *Panorama*, núm. 188, 1º de diciembre de 1970, pp. 45-50; "Todavía quieren confundirnos", en *Soldado Argentino*, núm. 695, julio-diciembre de 1973, pp. 7-9.

[24] Cantilo, *¡Chau loco!*, pp. 25 y 26.

dío a la actividad asalariada en comparación con los padres.[25] En segundo lugar, los jóvenes de las zonas urbanas tenían a su alcance oportunidades crecientes de conseguir empleo en el tipo de actividad que pasó a ser la más dinámica de la economía: el sector de los servicios (o sector terciario). Con la importante excepción de Córdoba, cuyo cinturón industrial atraía a una vasta población de varones jóvenes, el volumen de empleo creado en el sector industrial quedaba eclipsado en comparación con el del sector terciario. Entre 1947 y 1970, la población empleada en el sector de los servicios escaló del 47% al 52%.[26] Aunque la mayoría de estos trabajadores se desempeñaba en actividades relacionadas con el comercio, el segundo grupo más numeroso estaba empleado en el área administrativa, es decir, en oficinas públicas o privadas. El arquetipo del oficinista llegó a ocupar un lugar prominente en el imaginario de los cultores del rock.

Los rockeros vislumbraban un futuro distópico, cuya perspectiva más temida se condensaba en la figura del oficinista. Para los poetas del rock, el empleado de oficina era la encarnación de la monotonía y el conservadurismo que las grandes ciudades imponían a sus trabajadores. Así lo expresaba el dúo de rock acústico Pedro y Pablo (Miguel Cantilo y Jorge Durietz) en su primer disco simple:

Yo vivo en una ciudad
donde la gente aún usa gomina
donde la gente se va a la oficina
sin un minuto de más.

Yo vivo en una ciudad
donde la prisa del diario trajín
parece un film de Carlitos Chaplin,
aunque sin comicidad. [...]

Y sin embargo, yo quiero a este pueblo
tan distanciado entre sí, tan solo,

[25] *Censo Nacional de Población y Viviendas, 1960*, vol. 1, pp. 68 y 69; *Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas, 1970*, vol. 2, pp. 38 y 39.

[26] Torrado, *Estructura social de la Argentina*, p. 127; Brennan y Gordillo, *Córdoba rebelde*, p. 30.

porque no soy más que uno de ellos,
sin la gomina, sin la oficina,
con ganas de renovar.

Yo adoro a mi ciudad,
aunque su gente no me corresponda
cuando condena mi aspecto y mis ondas
con un insulto al pasar. [...]

Yo adoro a mi ciudad,
aunque me acuse de loco y de mersa,
aunque guadañe mi pelo a la fuerza
en un *coiffeur* de seccional.

Y sin embargo, yo quiero a ese pueblo,
porque me incita a la rebelión y
porque me da infinitos deseos
de contestarle y de cantarle
mi novedad.[27]

La letra de la canción identifica a la gente de la ciudad con la imagen del oficinista, un hombre que anda siempre apurado y usa gomina para fijarse el pelo estirado hacia atrás, tal como lo hicieron sus predecesores en señal de respetabilidad. Los habitantes de la ciudad provocan reacciones ambivalentes: despiertan amor en los músicos, pero solo porque los incitan a rebelarse.

El amado y despreciado oficinista era la contrafigura del rockero: un personaje que ilustraba con patetismo el "éxito del sistema". Tal como señalaron en un reportaje unos jóvenes fans del rock, la conducta disciplinada y el respeto a la autoridad que exigían las escuelas y los cuarteles no formaban a un "guerrero", sino a un empleado de oficina: una "pobre criaturita" que "incorporó esos valores a su vida".[28] El oficinista, entonces, era la culminación de un proceso objetado por muchos jóve-

[27] Miguel Cantilo, "Yo vivo en una ciudad", en Pedro y Pablo, *Yo vivo en una ciudad*, RCA, 1970. Sobre los poetas del rock, véase Díaz, *Libro de viajes y extravíos*, p. 101.

[28] "El contestador", en *La Bella Gente*, núm. 20, septiembre de 1971, p. 85; véanse también núm. 21, octubre de 1971, p. 87; núm. 22, noviembre de 1971, pp. 88 y 89; núm. 23, diciembre de 1971, p. 91.

nes con argumentos que en ese tiempo resonaban en todo el mundo. En la América del Norte de los años cincuenta, por ejemplo, el "hombre organizacional" de David Riesman, definido como alguien que hacía todo lo posible por amoldarse a las normas culturales dominantes, se contraponía a figuras como el "pibe rebelde" y los jóvenes poetas bohemios.[29] En la Argentina de los años sesenta, las figuras del oficinista "cuadrado" y el rockero "con onda" también emergieron simultáneamente y por oposición en el discurso público.

Cuando denostaban al oficinista, los rockeros criticaban por elevación a la clase media. Ciertos ensayistas de los años sesenta también popularizaron la imagen de una clase media individualista, moralista y conservadora. Juan José Sebreli describe al oficinista como el epítome de la "autoenajenación" pequeñoburguesa: dado que "manejan papeles" en lugar de producir, estos "intermediarios entre los poseedores y los productores" manipulan "tan solo símbolos abstractos de las cosas". La posición estructural del "pequeñoburgués" explica su obsesión por el orden y las apariencias, que asimismo se extiende a otras esferas de su vida, desde la familia hasta el sexo. El pensador nacionalista Arturo Jauretche, por su parte, analiza la figura del "medio pelo", el "nuevo rico" que cultiva un estilo de vida inauténtico, basado en la superficialidad y las apariencias, con el fin de emular a la clase alta para lograr su aceptación en ese círculo. De acuerdo con Jauretche, el comportamiento del "medio pelo" es disruptivo porque escinde a las clases medias del "pueblo".[30] Tal como han señalado algunos académicos, la crítica que producían los intelectuales de la izquierda y el "pensamiento nacional" funcionaba como una literatura de autoflagelación, una suerte de represalia expiatoria por la posición política que había asumido su propia clase social durante la década peronista y el período siguiente.[31] Los rockeros también cultivaban una retórica de autoflagelación, aunque mucho menos politizada. Sin embargo, sus críticas se orientaban hacia una rebelión cultural y generacional contra la perspectiva de terminar empleados en una oficina, como había ocurrido con los padres de muchos de ellos.

[29] Sobre América del Norte, véanse James Gilbert, *Men in the Middle*, y Dummitt, *The Manly Modern*.

[30] Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, pp. 67-99; Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*.

[31] Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, p. 88; Adamovsky, *Historia de la clase media*, pp. 384-388.

El cuestionamiento del oficinista se cruzaba con la percepción de un círculo vicioso entre el trabajo y el consumo: desde la perspectiva de los jóvenes cultores del rock, el empleado de oficina estaba atrapado en una rutina opresiva cuya única finalidad era satisfacer una insaciable pulsión consumista. Los argumentos contra el consumismo atravesaban las culturas del rock en todas partes del mundo. Aunque los investigadores disienten con respecto al alcance de esta confrontación, la mayoría considera que la cultura del rock fue un producto de las sociedades opulentas, e ipso facto una reacción contra ellas y su enaltecimiento del consumo como elemento clave en la construcción de la identidad.[32] En el rock de la no tan opulenta sociedad argentina, predominaban las reflexiones sarcásticas sobre la aspiración de alcanzar el "estatus" a través del consumo, en cuyo marco el oficinista evocaba tanto ese anhelo como el fracaso del esfuerzo por hacerlo realidad. He ahí la idea central de *La fiaca*, una obra del dramaturgo Ricardo Talesnik que fue estrenada en 1968 y adaptada al cine por el director Ricardo Ayala en 1969. El personaje protagónico es Néstor, un oficinista de mediana edad que sorprende a su esposa y a sus compañeros de trabajo con la repentina decisión de no ir más a trabajar porque tiene "fiaca". En una secuencia muy sugestiva, la película alterna escenas de Néstor entregado al ocio con otras que muestran cómo van desapareciendo los electrodomésticos de la casa: el matrimonio pierde el lavarropas y el televisor porque Néstor no puede seguir pagando las cuotas del crédito. Incapaz de soportar tal ofensa al estatus familiar, la esposa hace todo lo posible para convencerlo de que vuelva a trabajar. En 1971, el periodista Tomás Eloy Martínez ironizó sobre el personaje estereotípico de cierta clase media que trabaja en tres empleos a la vez y, "para mostrarles a los demás lo bien que le va, vende su casa para comprar un auto".[33] La lectura de la realidad local desde la perspectiva del vínculo negativo entre el trabajo y el consumo reverberó en el ambiente rockero. En uno de los blues más emblemáticos que compuso para su trío Manal, Javier Martínez reflexiona sobre esos mandatos culturales de la masculinidad:

[32] Véase Frith, *Sound Effects*, pp. 249-268. Véase también Grossberg, *We Gotta Get Out of This Place*, pp. 144-148.

[33] Tomás Eloy Martínez, "La familia que venderá su casa para comprar un auto", en *La Opinión*, 3 de noviembre de 1972, p. 8.

No hay que tener un auto
ni relojes de medio millón,
cuatro empleos bien pagados,
[...] no, no, no, no, pibe,
para que alguien te pueda amar.[34]

El músico se dirige a los jóvenes para prevenirlos contra el riesgo de caer en el círculo vicioso del trabajo excesivo con el fin de sostener un consumo excesivo, que es el resultado del proceso impuesto a los varones como requisito para "hacerse hombres".

Los jóvenes del rock argentino rehusaban someterse a las instituciones y las prácticas que inculcaban los valores de la disciplina, la respetabilidad y el consumismo. Su respuesta contestataria se apuntalaba en la identidad del "pibe", una figura cuyo potencial simbólico giraba en torno a la autenticidad. Como en la canción de Manal, el pibe no tenía que devenir en *ese* hombre o, directamente, no tenía que hacerse hombre. De hecho, los rockeros parecían aspirar a mantenerse "pibes" para siempre, con la esperanza de conservar la espontaneidad y la libertad que asociaban a su primera juventud. El antropólogo Eduardo Archetti detectó una concepción similar en los hinchas de fútbol, que atribuyen la singularidad del "estilo argentino" a virtudes relacionadas con la creatividad y la autenticidad propias de los "pibes" que juegan a la pelota.[35] Descendientes y a la vez antagonistas del proceso que forjaba las masculinidades hegemónicas, los rockeros no solo proponían ser "pibes" para siempre: también crearon con sus prácticas una fraternidad imaginaria de varones jóvenes.

La fraternidad de pelilargos

En junio de 1967, Los Gatos grabaron el simple "La balsa" en la filial argentina de la Radio Corporation of America (RCA). En esta canción de José Alberto Iglesias (el célebre Tanguito) y Litto Nebbia, un joven proclama —y promueve— la determinación de construir una balsa imaginaria para irse a "naufragar". "La balsa" fue un éxito inmediato: ven-

[34] Javier Martínez, "No, pibe", en Manal, *Manal*, Mandioca, 1970.
[35] Archetti, *Masculinities*, pp. 182-185.

dió 250.000 discos en los primeros seis meses. Además dejó en claro que la lengua del rock argentino sería el español, a diferencia de otros países latinoamericanos con pujantes culturas rockeras, como México, donde predominaban las canciones en inglés. Y, por encima de todo, fue el himno fundacional para un grupo de pibes que pronto adoptaron la identidad de "náufragos": como los marineros de un barco hundido, ellos también vivirían navegando a la deriva (o en realidad, contra la corriente) sobre su imaginaria balsa de madera. Al igual que sus pares de todo el mundo, los primeros rockeros argentinos irrumpieron en la escena pública con la impronta inconfundible del pelo largo. Los varones que se dejaban el pelo largo y abrazaban la sociabilidad del rock en la Argentina de aquella época se exponían al riesgo de terminar en el calabozo, víctimas de redadas policiales cuyo espíritu homofóbico también estaba presente en otras esferas de la sociedad. Los rockeros, en efecto, crearon espacios homosociales unidos por lazos fraternales que excluían a las mujeres y que sirvieron para forjar ideales de masculinidad centrados en la compañía mutua, el placer y el hedonismo. En la construcción de su fraternidad, los varones pelilargos reelaboraron proyectos anteriores de revuelta cultural.

Desde el albor de los años sesenta, muchos poetas y artistas sintieron la necesidad apremiante de construir un espacio para una juventud rebelde, situada a medio camino entre los jóvenes politizados y los mercantilizados. El poeta Miguel Grinberg desempeñó un papel pionero en este sentido. Grinberg fue uno de los primeros traductores argentinos de los poetas Beatnik y mantenía una asidua correspondencia con dos de ellos: Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti. A través de su revista literaria *Eco Contemporáneo*, trataba de movilizar a los "mufados", es decir, a los jóvenes exasperados que se distinguían de los militantes políticos porque revolucionaban "físicamente su propio territorio". Los mufados se diferenciaban además de la juventud adepta a las culturas mercantilizadas, cuyo epítome era Palito Ortega y su enaltecimiento de la "normalidad".[36] Grinberg no estaba solo en su interés por la experimentación cultural. Hacia mediados de los años sesenta aparecieron nuevos espacios y prácticas en torno al Instituto Di Tella (IDT),

[36] Miguel Grinberg, "Cartas a la Beat Generation", en *Eco Contemporáneo*, núm. 4, 1962, p. 14; "Mufa y revolución", en *Eco Contemporáneo*, núm. 5, 1963, p. 9; "Anatomía del desorden", en *Eco Contemporáneo*, núm. 8 y 9, 1965, p. 14.

un centro de arte moderno que exaltaba la novedad y la juventud como valores cardinales. La mayoría de las innovaciones experimentales que emanaban del IDT y sus espacios aledaños escandalizaban a la opinión pública. Las calles adyacentes al instituto —las cuadras de la "manzana loca", comparadas a menudo con el Swinging London pero más similares a la Zona Rosa de México— formaban parte de un enclave cosmopolita donde prosperaba todo lo que rompiera con las convenciones: allí se usaron y se vendieron las primeras minifaldas, en boutiques intercaladas con disquerías que importaban álbumes de Jefferson Airplane y Jimi Hendrix.[37] Tal como se ve en la película *Tiro de gracia* (Ricardo Becher, 1969), la zona era una especie de imán para artistas como Sergio Mulet, el director de la revista literaria *Opium*, quien se reivindicaba junto a sus pares como "revolucionario apolítico".[38]

Todos estos elementos reverberaron en la naciente cultura del rock argentino: los discursos "anticonvencionales", las actitudes iconoclastas de ciertos enclaves y el apremio por construir un espacio cultural para jóvenes a medio camino entre la política y el mercado. Tal como se cuenta en innumerables anécdotas y crónicas, todo comenzó en La Cueva, un local nocturno de Barrio Norte donde se congregaban chicos jóvenes, en especial varones, a escuchar jazz e improvisar recitales de rock. En La Cueva interactuaban quienes serían los "pioneros" del rock nacional: Moris, Litto Nebbia y otros integrantes del cuarteto Los Gatos, Tanguito, Javier Martínez y el poeta Pipo Lernoud. Casi todos estos jóvenes veinteañeros se habían distanciado de su entorno familiar. Los Gatos, por ejemplo, migraron de Rosario a Buenos Aires con un contrato para tocar en bailes de clubes sociales que organizaba una empresa de fiestas. Nebbia recuerda que apenas ganaban para pagarse el sustento y alquilar cuartos en pensiones de mala muerte. Allí entablaron amistad con Moris, Javier Martínez y Lernoud, chicos porteños de clase media que se habían mudado a una pensión barata para forjarse un estilo de vida ajeno al ámbito de la familia, la universidad y los empleos asalariados. Conocedores de los Beatles y los Rolling Stones, estos jóvenes habían recibido escasa formación musical, pero hicieron un aprendizaje

[37] King, *El Di Tella…*, p. 138. Véase una descripción de la "manzana loca" en Podalsky, *Specular City*, pp. 138-147; sobre la Zona Rosa, véase Zolov, *Refried Elvis*, pp. 135-137.

[38] "Con la violencia de un cross a la mandíbula", en *Confirmado*, núm. 51, 9 de junio de 1966, p. 59.

autodidacta en el continuo de las pensiones, La Cueva y La Perla, donde Nebbia y Tanguito, según cuenta la leyenda, compusieron la mítica canción "La balsa".[39]

Mientras "La balsa" trepaba a los primeros puestos del *ranking*, un grupo de "náufragos" organizó un evento que los posicionó como portadores de una nueva política cultural, que se expresaba en estéticas corporales y se organizaba en torno a concepciones y prácticas antiautoritarias, alejadas de los convencionalismos. El poeta Lernoud y algunos amigos convocaron a celebrar la llegada de la primavera en la Plaza San Martín, en las inmediaciones de la "manzana loca". Difundieron la invitación de boca en boca entre los "melenudos", convocándolos a ir "vestidos como lo harían en un país libre". Para sorpresa de los organizadores, el 21 de septiembre de 1967 acudieron unos trescientos pelilargos con atuendos coloridos. Después de que Tanguito y otros músicos cantaran acompañados de sus guitarras, los "melenudos" caminaron por las principales avenidas comerciales del centro porteño entonando "La balsa" una y otra vez.[40] El "nosotros" que enunciaban aquellos primeros cultores del rock se apuntalaba en el gusto común por un género musical y en determinadas estéticas corporales: la ropa multicolor y —ante todo— el pelo largo. Para usar el acertado término del antropólogo Grant McCracken, el pelo había pasado a ser "transformacional" para estos jóvenes: servía para forjar identidades individuales *y* colectivas.[41] Por ejemplo, Tony —que no fue a la Plaza San Martín— recuerda que en su barrio obrero solo había otros dos pibes melenudos: "No éramos amigos —cuenta—, pero primero empezamos a saludarnos, después nos reunimos a escuchar música y después empezamos a tocar juntos".[42] El pelo largo funcionaba como un conducto a través del cual aquellos jóvenes construían lazos fraternales y expresaban actitudes que terminaban de consolidarse con la argamasa del rock. En la Argentina de los últimos años sesenta, configurar y exhibir estos estilos, actitudes y modos de sociabilidad implicaba contestar al autoritarismo político y cultural.

Entre la primavera y el verano de 1967 a 1968, incontables jóvenes pelilargos de todo el país se incorporaron a la sociabilidad hedonista y

[39] Nebbia, *Una mirada*, pp. 22-24; Grinberg, *La música progresiva argentina*, pp. 34-37.
[40] "Así llegó a Buenos Aires la primavera", en *Siete Días*, núm. 20, 26 de septiembre de 1967, pp. 12-14.
[41] McCracken, *Big Hair*, pp. 3 y 61.
[42] Entrevista con Tony C.

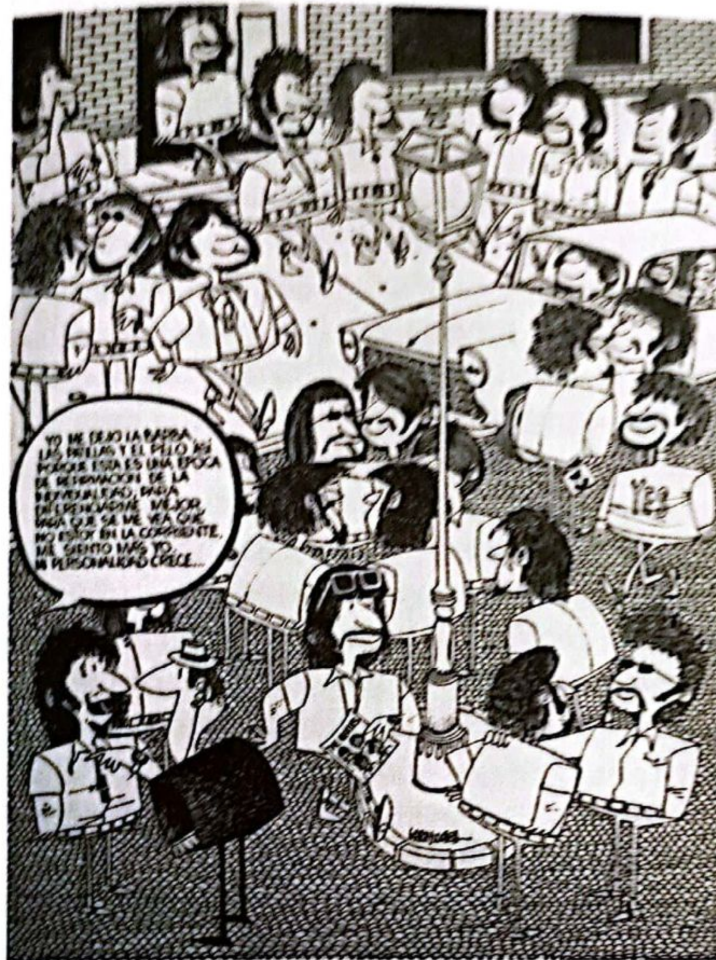


IMAGEN 4. **Historieta sobre "náufragos".** ***Atlántida*****, núm. 1213, diciembre de 1967.**

grupal de los "náufragos". En Córdoba y Mendoza, por ejemplo, se congregaban en las plazas del centro. Alvin, el "líder de los beatniks cordobeses", explicaba que su grupo de veinte pibes quería transformar los "sonidos" de una ciudad gobernada por una burocracia de "curas y militares", una referencia tan alusiva a la alianza ideológica y política que sustentaba el régimen de Onganía como a la proverbial idiosincrasia clerical y militarista de la capital cordobesa.[43]

Para los "náufragos" de Buenos Aires, el punto de referencia por antonomasia era la Plaza Francia. El lugar también atraía a algunas chi-

[43] "Córdoba y sus beatniks", en *Siete Días*, núm. 9, 11 de julio de 1967, pp. 29-31; Cousinet, *Extramuros*, pp. 44-46.

cas, como Silvia, que se había ido de su casa porque estaba harta de la "tiranía" paterna, tal como explicó en una entrevista. El relato de Silvia permite entrever los obstáculos que dificultaban la plena integración de las mujeres a la emergente cultura del rock: a menos que se enfrentaran abiertamente a sus padres, las jovencitas tenían pocas chances de participar en la sociabilidad callejera de los rockeros. Las chicas eran minoría entre los trescientos "hippies" que, según la prensa, se congregaban a diario en la Plaza Francia o en la Plaza San Martín. ¿Qué hacían estos pibes? Un periodista que fue a entrevistar in situ a los "náufragos" de la Plaza Francia comentó que los "excéntricos jóvenes", además de compartir cigarrillos y comida, charlaron toda la noche y "tocaron rock" hasta "quedarse dormidos bajo los árboles".[44]

Las rutinas de fuerte impronta homosocial que cultivaban estos "náufragos" evocan otras épocas de la historia masculina. En la Buenos Aires finisecular, la convergencia de diversos factores demográficos, sociales y culturales cristalizó en una activa sociabilidad masculina y callejera, integrada por jóvenes de distintas clases sociales y orígenes nacionales (en 1910, el 40% de la población porteña había nacido en el extranjero). Ya fueran casados o solteros, aquellos jóvenes pasaban su tiempo libre en cafés, tabernas y esquinas, en compañía de amigos o conocidos. Entre ellos, la masculinidad se definía por la fuerza física y la potencia sexual, parámetros que obliteraban valores como la responsabilidad y los lazos familiares.[45] Esta sociabilidad ya había comenzado a diluirse hacia la década de 1920, cuando nuevas condiciones sociodemográficas y culturales promovieron una forma de vida doméstica cuyo ideal de masculinidad giraba en torno a la aptitud para sostener una familia "bien constituida". En los estratos obreros y medios, ser un "buen" proveedor del sustento implicaba someterse a la obediencia, la responsabilidad y el respeto a las jerarquías que necesitaba asimilar todo varón como requisito indispensable para hacerse hombre. Pero algunos aspectos de la antigua sociabilidad continuaron vigentes: los "cafés de la esquina", que a mediados de siglo existían en casi todos los barrios porteños, siguieron funcionando como instituciones para el cultivo infor-

[44] "La marabunta en Buenos Aires", en *La Razón*, 11 de noviembre de 1967, p. 7; "Hippies de utilería", en *Siete Días*, 12 de diciembre de 1967, pp. 32 y 33. El reportaje in situ es de José de Zer, "48 horas con los hippies", en *Atlántida*, núm. 1209, diciembre de 1967, pp. 42-46.

[45] Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires;* Ben, "Male Sexuality".

mal de los ideales masculinos. Allí se daban cita hombres de todas las edades para discutir de fútbol y hablar de sus desventuras con las mujeres, tradición inmortalizada en innumerables tangos y obras literarias.[46] Era una sociabilidad acotada, complementaria tanto de la vida doméstica, donde el hombre desempeñaba los roles de padre y marido, como del ámbito laboral, que consagraba la figura del trabajador responsable. Tal como lamentaban los nostálgicos de los tiempos idos, aquellas tertulias de amigos —y hasta los cafés de las esquinas— ya estaban desapareciendo cuando los "náufragos" recrearon un tipo de sociabilidad exclusivamente masculina. Pero esta nueva sociabilidad se basaba en el cuestionamiento del ideal que enaltecía la masculinidad doméstica en el contexto autoritario de los años sesenta.

La sociabilidad y las estéticas corporales de los "náufragos" los convirtieron en blancos del acoso social y la represión policial, tal como ocurría por entonces en otros países, desde Italia hasta México.[47] El 30 de noviembre de 1967, por ejemplo, *La Razón* publicó una noticia sobre el arresto de "21 hippies ruidosos" en la Plaza San Martín tras reiteradas quejas de los vecinos por sus "canciones y conductas escandalosas". Durante las primeras semanas de 1968 fueron detenidos al menos 120 jóvenes, no solo en los "enclaves hippies" del centro porteño, sino también en barrios de clase media baja, como Paternal y Villa Crespo.[48] Algunos "náufragos" contaban que la "barra de Nueva Pompeya", compuesta por jóvenes de ese barrio obrero, solía ir a la Plaza Francia para atacarlos a trompadas. Veinte pelilargos que organizaron un encuentro de rock en Mar del Plata fueron embestidos por "cien jóvenes de pelo corto, armados de palos y piedras".[49] En un acto de la minúscula pero visible Federación Argentina de Entidades Democrá-

[46] Véanse Bernardo Verbitsky, *La esquina*, y Kordon, *Reina del Plata*.

[47] Policía Federal, *Edictos Policiales y Reglamento de Procedimientos Contravencionales*, 1970, pp. 1-7; Poder Ejecutivo Nacional, decreto núm. 333/58, en *Boletín Oficial*, 3 de marzo de 1958, p. 2. Sobre Italia y México, véanse Giachetti, *Anni sessanta comincia la danza*, pp. 128-137, y Zolov, *Refried Elvis*, pp. 141-146.

[48] "Hippies en Buenos Aires", en *La Razón*, 30 de noviembre de 1967, p. 7; "Hippies al calabozo", en *La Razón*, 10 de enero de 1968, p. 8; "La guerra anti-hippies", en *La Razón*, 23 de enero de 1968, p. 6.

[49] "Tumultos en la misa negra", en *Siete Días*, núm. 36, 16 de enero de 1968, p. 15; "Descomunal desorden entre hippies y anti-hippies en Mar del Plata", en *La Razón*, 11 de enero de 1968, p. 11. Sobre la "barra de Nueva Pompeya", véase el testimonio de Pipo Lernoud en Pintos, *Tanguito*, p. 127.

ticas Anticomunistas (FAEDA), los convocantes acusaron a los "hippies" de integrar una "organización internacional de guerrilleros castristas" y denunciaron al exdiputado socialista Juan Carlos Coral por ayudarlos a salir del calabozo cuando caían presos. Coral replicó que él "nunca ayudaría a un hippie", porque esos eran jóvenes de buena posición económica, "afeminados".[50] Aunque Coral esgrimió la supuesta clase social de los hippies para explicar su rechazo, también se hizo eco de un prejuicio imperante: tanto la Policía Federal como la "barra de Nueva Pompeya", los "jóvenes de pelo corto" y los miembros de FAEDA se valían de la homofobia para repudiar a los pelilargos.

La reacción contra los "náufragos", hippies o rockeros —términos indistintos a fines de los años sesenta— se alimentaba entonces de sentimientos homofóbicos. Durante aquellos meses de intensas redadas policiales y "civiles", por ejemplo, la revista de actualidad *Siete Días* publicó 52 cartas de lectores sobre el tema de los hippies. Un hombre adulto inició la serie de misivas con una arenga contra esos "hippies pelilargos" que representaban una amenaza para la sociedad argentina porque eran "todos homosexuales". En respuesta a esa carta, dos jóvenes que firmaban con los seudónimos "Adam Dylan" y "Oswald Lennon" alegaron que los "hippies y rockeros" eran "verdaderos representantes de la juventud argentina" porque traían consigo el "mensaje de paz y amor" que necesitaba el país.[51] Las opiniones de los lectores se dividieron en torno a ambas posiciones: mientras que solo ocho se manifestaron de acuerdo con "Dylan y Lennon", otros 43 respaldaron la idea de que los "hippies y rockeros" eran una amenaza homosexual. Entre los detractores había muchos jóvenes, como Omar, de 20 años, quien repudiaba a "esos farsantes, sucios y vagos individuos que se autodenominan 'hippies'", alegando que "nunca podrán ser buenos argentinos, si solo son unos homosexuales que fuman marihuana", argumento con el que Juan estuvo "totalmente de acuerdo". Carlos, de 19 años, hizo una alocución aún más ardorosa: "Si realmente quisieran ayudar a la patria tendrían que empezar por ser valientes, por dejar de escuchar esa música

[50] "¿Será posible?", en *La Razón*, 12 de enero de 1968, p. 7; "Hippies", en *La Razón*, 24 de enero de 1968, p. 6. Varias personas escribieron en respuesta a Coral. Véanse "Correo", en *Primera Plana*, núm. 265, 23 de enero de 1968, p. 4; *Siete Días*, núm. 37, 23 de enero de 1968, p. 15.

[51] "Correo de lectores", en *Siete Días*, núm. 18, 12 de septiembre de 1967, p. 5; *Siete Días*, núm. 21, 3 de octubre de 1967, p. 7.

y de vestirse con esa ropa estúpida".[52] Curiosamente, la psicóloga Eva Giberti, la misma que desde fines de los años cincuenta había abogado por democratizar las relaciones intergeneracionales, llegó a conclusiones similares. En su comentario sobre un recital de Los Gatos, sentenció que los "jueguitos de travestirse" eran muy peligrosos para los jóvenes, porque acrecentaban "la confusión sexual natural de su edad".[53]

La reacción homofóbica que detonaron los rockeros al irrumpir en la escena pública se enmarcó en inquietudes previas por las transformaciones que experimentaban las relaciones de género. Las primeras en poner límites a los acuerdos establecidos en torno a la domesticidad y la autoridad patriarcal habían sido las jóvenes, de una manera más práctica que reflexiva, mediante la extensión de su permanencia en el sistema educativo, la plena incorporación al mercado laboral, la participación en actividades nuevas de esparcimiento juvenil, la disposición a experimentar nuevas formas de cortejo, la admisión pública del sexo prematrimonial y el aplazamiento del matrimonio.[54] La brecha generacional que se había abierto entre las jóvenes y sus progenitoras a raíz de las nuevas experiencias y expectativas no tuvo un desarrollo paralelo en el universo masculino hasta mediados de los años sesenta. En la segunda mitad de la década, la cultura del rock ofreció a un contingente de varones jóvenes una plataforma iconoclasta que les permitió desafiar los requisitos impuestos por el mandato de "hacerse hombres". Con la promoción de la nueva sociabilidad hedonista, grupal y disoluta, los rockeros pusieron en tela de juicio los valores de la disciplina, la responsabilidad y la sobriedad que subyacían al ideal hegemónico de la masculinidad. Tal como señala Eve Kosofsky Sedgwick, la percepción de que se han infringido las normas establecidas para el traspaso del poder patriarcal puede "cobrar forma de homofobia ideológica".[55] Hombres (y mujeres) viejos y jóvenes crearon el fantasma de una amenaza homosexual en torno a los rockeros, que a todas luces hacía peligrar la continuidad generacional del patriarcado. La combinación de estas reacciones sociales con la amenaza de la represión policial —común a otras

[52] "Correo de lectores", en *Siete Días*, núm. 31, 12 de diciembre de 1967, p. 7; véanse también núm. 36, 16 de enero de 1968, p. 6, y núm. 44, 12 de marzo de 1968, p. 5.

[53] "Hippies en Buenos Aires. ¿Al paredón o tolerancia?", en *Gente*, núm. 116, 12 de octubre de 1967, p. 37.

[54] Véase el capítulo IV de este libro.

[55] Sedgwick, *Between Men*, p. 25.

experiencias latinoamericanas— politizó la cultura del rock configurando dinámicas ideológicas y de género.[56]

A fines de los años sesenta, incontables grupos de pibes se incorporaron al rock como músicos u oyentes. La primera evidencia de esta expansión fue la abrupta escalada en las adquisiciones de ciertos instrumentos musicales: entre 1967 y 1970, las ventas de guitarras eléctricas se incrementaron en un 260%, mientras que las de bajos eléctricos y baterías crecían respectivamente en el 180% y el 120%. Según estimó un periodista a principios de 1970, solo en la ciudad de Buenos Aires había una banda de rock cada cuatro cuadras.[57] La explosiva multiplicación de los músicos redundó en un auge de la industria discográfica. Ya tras el éxito de "La balsa", de hecho, los empresarios discográficos habían emprendido una búsqueda de bandas con el fin de emular a Los Gatos. A mediados de 1968, un productor de la RCA fue a presenciar ensayos en toda la ciudad, incluidos los de Almendra, el cuarteto que lideraba Luis Alberto Spinetta cuando recién había egresado de la escuela secundaria. Por la misma época apareció el sello Mandioca, creado por algunos "náufragos" de la Plaza Francia en sociedad con el editor Jorge Álvarez.[58] Ante la imposibilidad de atraer a Almendra, el nuevo sello produjo al trío Manal, y pronto se convirtió en un importante organizador de recitales. Los conciertos de rock, que se multiplicaban por toda la ciudad, ofrecían espacios para seguir consolidando la fraternidad de los rockeros frente a la policía, que los asediaba en salas oscuras y en grandes teatros por igual.[59] El acoso policial y las prohibiciones gubernamentales se interponían incluso con los negocios de las empresas discográficas. En 1970, un famoso *disc jockey* de la radio se asoció con ejecutivos de la RCA para organizar el "Woodstock argentino" en la localidad bonaerense de Lobos, a más de 100 kilómetros de la metrópoli porteña. Tras una investigación de inteligencia, que calificó a los promotores del evento de "drogadictos de dudosa moralidad", la policía denegó la autorización para realizar el

[56] Pacini Hernandez, Fernández L'Hoeste y Zolov, "Mapping Rock Music Cultures across the Americas", pp. 7-9; Zolov, *Refried Elvis*, pp. 102-105, 133 y 134; Barr-Melej, "Siloísmo and the Left in Allende's Chile", p. 778.

[57] "La multiplicación de los instrumentos", en *Mercado*, núm. 95, 5 de mayo de 1971, p. 40; Jorge Andrés, "Los jóvenes fuertes", en *Análisis*, núm. 464, 2 de febrero de 1970, p. 48.

[58] "La vida es como un long play", en *Análisis*, núm. 402, 27 de noviembre de 1968, p. 52; Berti, *Spinetta*, p. 15.

[59] "Bofetadas", en *Análisis*, núm. 432, 24 de junio de 1969, p. 84; "El día", en *Análisis*, núm. 445, 23 de septiembre de 1969, p. 81.

festival dos días antes de la fecha programada para su inicio.[60] La represión policial fue clave para la adopción del antiautoritarismo como principal componente ideológico de la cultura rockera, y también explica en parte la ausencia casi absoluta de mujeres en la fraternidad de pelilargos.

A principios de 1970, había apenas tres mujeres entre los 55 solistas y conjuntos que habían grabado discos en Argentina. Gabriela, Carola y María Rosa Yorio tenían dos cosas en común: las tres eran vocalistas y las tres estaban casadas con músicos destacados. La marginación de las mujeres fue un episodio mundial en el rock de la época. Para las que cantaban o tocaban instrumentos había más espacio en las variantes *folk* de la escena rockera. Gabriela grabó su primer LP en Argentina al mismo tiempo que Joni Mitchell lo hacía en Estados Unidos. Al igual que Mitchell, Gabriela apuntaba a desarrollar una voz "femenina"; sin embargo, a diferencia de ella, su voz no era feminista. En la canción "Voy a dejar esta casa, papá", Gabriela le decía a un padre ficticio: "Voy a [...] desprenderme de tus alas" porque "hay un hombre esperándome afuera". En su poética no había elementos de apertura hacia una experiencia femenina autónoma. Tampoco su consagración como la mujer más exitosa del rock redundó en un éxito de ventas: "Los rockeros son machistas", explicó la cantautora en 1972.[61] Carola y María Rosa Yorio también recordaron más tarde que sus experiencias iniciales habían transcurrido en un entorno hostil.[62]

Los primeros espacios de la sociabilidad rockera —las plazas y las calles al principio, los recitales poco después— tampoco eran acogedores para muchas jóvenes. Hilda, por entonces una chica de clase media, recuerda muy bien las dificultades con que se topaban sus congéneres cada vez que querían asistir a conciertos de rock: "A nosotras nos daba miedo la policía, pero a nuestros padres todavía más".[63] Ni siquiera las jóvenes más resueltas podían negociar fácilmente con sus padres el permiso para ir a un recital: el rock estaba asociado al desorden y se percibía como un ambiente impropio para mujeres. Sin embargo, las chicas podían asistir a ciertos eventos de rock, como los recitales que organizó un programa de radio a fines de 1969 para festejar el cierre del

[60] Mesa "Referencia", documento 15557, DIPPBA, pp. 21-27 y 41.

[61] Gabriela, "Voy a dejar esta casa, papá", en *Gabriela*, Talent Phantom, 1971; "La supremacía masculina es notoria", en *La Opinión*, 26 de enero de 1972, p. 18.

[62] Véanse sus testimonios en Oliveri, *Éramos tan hippies*.

[63] Entrevista con Hilda L.

año lectivo, donde se presentaron bandas como Manal.[64] Muchos músicos y fans del rock que se jactaban de ser "auténticos" desmerecían estos conciertos porque consideraban que no eran ocasiones "para tocar en serio" sino "para hacer dinero". Las jóvenes solo podían integrarse a la sociabilidad del rock en contextos que los varones rockeros menospreciaban. Algo similar ocurrió con la banda de rock que causaba sensación entre las jovencitas: Sui Generis. El dúo comenzó con recitales acústicos y vendió casi doscientos mil ejemplares de su primer LP a principios de 1972 a chicos y chicas por igual, según los informes de entonces. Cuando muchos rockeros glorificaban los sonidos "eléctricos", los músicos de Sui Generis —según comentó Billy Bond, el propio mánager de la banda y líder de La Pesada— tocaban "como nenas" y "para nenas".[65] "Tocar como nenas" era un epíteto tan insultante como "tocar para nenas": se suponía que el rock era la amalgama de una fraternidad masculina.

La ausencia de las chicas en esta fraternidad rockera coexistía con su constante presencia en las letras de las canciones. La representación de la femineidad en la poesía del rock oscilaba entre dos polos opuestos: o bien era una semblanza reverencial de las jóvenes como epítomes del amor y la ternura, o bien un comentario agresivo sobre la presunta superficialidad de las mujeres. Tal como sus colegas extranjeros de los años sesenta, los poetas del rock argentino abrevaban en una imaginería de "princesas hippies". Un ejemplo prototípico es "La princesa dorada", la canción de Tanguito y Lernoud sobre una figura femenina etérea y maternal que se mueve "con la soltura de quien no tiene errores". Esta visión complaciente de las "princesas" reverberó en innumerables canciones alusivas al amor y la sexualidad. En una de las letras más poéticas y refinadas del rock argentino, Spinetta le pide a una "muchacha pechos de miel" que se quede "hasta el alba" mientras él construye un "castillo" con su "vientre". El dúo Pedro y Pablo recurre a un lenguaje similar para describir a "Catalina", una mujer de melena rubia como "la del sol" que da y recibe placer sexual con apasionada ternura.[66] Por otra

64 "Adiós al secundario", en *La Bella Gente*, núm. 3, febrero de 1970, p. 78.

65 Fernández Bitar, *Historia del rock en Argentina*, p. 52.

66 Tanguito y Pipo Lernoud, "La princesa dorada", en *Ramsés VII*, RCA, 1968; Luis Alberto Spinetta, "Muchacha (ojos de papel)", en Almendra, *Almendra*, RCA, 1970; Miguel Cantilo, "Catalina Bahía", en Pedro y Pablo, *Conesa*, CBS, 1972. Sobre las "princesas hippies" en los contextos de Gran Bretaña y América del Norte, véase Whiteley, *Women and Popular Music*, pp. 33-39.

parte, muchas letras de rock construían representaciones de las mujeres como meros objetos sexuales. Dos años después de haber retratado a su "muchacha pechos de miel", Spinetta se refirió a una mujer con la misógina imagen "Me gusta ese tajo" y le cantó a la "Nena boba" que tomaba "demasiado mucho sol en la arena". Asimismo, una canción de La Pesada parafrasea el "Arroz con leche", la vieja ronda infantil que describe la búsqueda de "una señorita [...] que sepa coser" y "que sepa bordar". El autor de este "manifiesto antifeminista, o antifemenino, del rockero" —como sentenció un periodista de la época— convalida ácidamente los estereotipos de la femineidad doméstica para insinuar que le resultará difícil encontrar una "nena que sepa pensar".[67]

Es posible que esta flagrante pose antifemenina de algunos rockeros no fuera solo una manifestación de machismo internalizado, sino también un intento expreso de contrarrestar las permanentes acusaciones homofóbicas. Como señalan los investigadores de otros contextos, los rockeros elaboraron su propia noción de masculinidad mediante la expulsión de "lo femenino", en especial cuando eran blanco de embates homofóbicos.[68] La detracción de lo femenino trazó una línea divisoria clave en la fraternidad de los rockeros argentinos: la oposición entre Almendra y Manal. El liderazgo de Spinetta confería a Almendra una poética muy sofisticada y una música exquisita que abrevaba en la fusión, sobre todo con el tango. Manal, por otra parte, creó la versión local del blues con la poesía de Javier Martínez, cuya estética intencionalmente rústica describía paisajes duros, habitados por las clases populares.[69] Los estudios académicos interpretan este contraste de acuerdo con criterios de clase: Manal interpelaba a un público popular, que le negaba a Almendra el derecho de pertenecer a la cultura del rock porque sus músicos eran "pibes de clase media".[70] Sin embargo, los integrantes de

[67] Luis Alberto Spinetta, "Me gusta ese tajo", en Pescado Rabioso, *Desatormentándonos*, RCA, 1972; "Nena boba", en Pescado Rabioso, *Pescado 2*, RCA, 1973; Billy Bond y La Pesada, "Que sepa volar", en *Billy Bond y La Pesada*, vol. 4, Music Hall, 1973. El comentario sobre "Que sepa volar" está en Jorge Andrés, "Un LP de lúcido y corrosivo humor", en *La Opinión*, 29 de enero de 1974, p. 21.

[68] Véase Coates, "(R)evolution Now?", pp. 54-57.

[69] A modo de ejemplo, compárese "Hoy todo el hielo en la ciudad", de Luis Alberto Spinetta, en Almendra, *Almendra*, RCA, 1970, con "Blues de Avellaneda", de Javier Martínez y Claudio Gabis, en Manal, *Manal*, Mandioca, 1970.

[70] Vila, "Argentina's 'Rock Nacional': The Struggle for Meaning", pp. 12 y 13; Alabarces, *Entre gatos y violadores*, p. 49.

las dos bandas habían nacido en familias de clase media y, como recuerda Mario Rabey, por entonces mánager de Manal, los recitales de ambas convocaban a un público policlasista. "Pero Almendra era más blandito —dice Rabey con un dejo de sarcasmo—. Si hasta les gustaba a las chicas"; en cambio, Manal era "cosa de hombres". También algunos de sus fans pensaban que Manal "sonaba más macho".[71] Misógina a su manera, la fraternidad de rockeros estimuló un debate sobre las expectativas de los argentinos con respecto a la dinámica que regía el pasaje de los varones a la adultez, así como sobre el sentido de "la moral y las costumbres" en un contexto autoritario. Inserta en un repertorio trasnacional de ideas, sonidos e imágenes, la iconoclastia del rock argentino atravesó las barreras de clase a medida que sumaba en cantidades masivas a pibes de los estratos medios y obreros.

TRES VECES PELO: *BEAT*, ROCK Y CONTRACULTURA

En marzo de 1970, la película *El extraño de pelo largo* atrajo a multitudes a las salas de cine. La trama recurría al simbolismo del pelo largo para construir una imagen estereotípica de los estilos *"beat"* que habían invadido las imágenes y los sonidos de la época. Ese año también apareció la primera revista de rock, con un nombre contundente: *Pelo*. Esta revista desempeñó un papel decisivo en la creación de etiquetas para distinguir el valor del rock en contraste con el *beat*, como la noción de autenticidad, aplicable a Almendra, Manal y Los Gatos, en gran medida porque las tres bandas decidieron separarse (ese año) en pleno apogeo de su popularidad. Además, *Pelo* organizó festivales anuales que congregaron en masa a la fraternidad de los rockeros, uno de los elementos más distintivos de la "segunda etapa" de la cultura rockera argentina (*c.* 1970-1975). En 1971, los argentinos vieron su versión del musical *Hair [Pelo]*, de Gerome Ragni y James Rado. Pese a las críticas que recibió por sus nexos con la industria del entretenimiento, la experiencia de *Hair* inspiró en algunos miembros del elenco la decisión de iniciarse en la vida comunitaria. Las tres variantes del "pelo" revelaron diferentes articulaciones de la masculinidad. La juventud adepta al rock contribuyó a modernizar

71 Entrevista con Mario Rabey; "El contestador", en *La Bella Gente*, núm. 8, septiembre de 1970, p. 85.

sus contornos mediante la expansión de los parámetros estéticos que regían la apariencia admitida para los hombres y, ante todo, mediante su insistencia en una política cultural que permitió imaginar experiencias novedosas en el ámbito del amor y la familia.

La primera invocación del "pelo" se refiere al éxito de *El extraño de pelo largo*, alimentado por la oleada *beat*. Este fenómeno promovió una nueva expansión de la industria musical, directamente involucrada en la configuración del estilo y el marketing de las bandas. La producción de discos creció de manera exponencial: en 1967 —el año de "La balsa"— se produjeron y vendieron 15,5 millones de discos, cifra que escaló a 27 millones en 1969 y a 40 millones en 1971. De acuerdo con los informes de las empresas, el 70% de los discos locales vendidos entre 1968 y 1970 pertenecían a la categoría de música *beat*.[72] Identificada como banda *beat*, por ejemplo, Almendra vendió 100.000 simples de "Muchacha (ojos de papel)" y 25.000 de su versión en LP. Pero estos guarismos palidecen en comparación con el éxito de Los Náufragos, cuyos simples vendían 300.000 ejemplares. El caso de Los Náufragos es un ejemplo paradigmático de la configuración estilística y publicitaria de las bandas. Apropiándose de la noción de "naufragio", los empresarios de la CBS determinaron el punto fuerte para la venta de los pelilargos. Además, la CBS contrató a músicos y letristas profesionales para componer la música, escribir las letras y tocar las canciones. La empresa también orquestó una fuerte campaña de promoción a través de los medios masivos. En numerosas entrevistas de diarios y revistas de actualidad, la banda *beat* publicitó una imagen edulcorada de inconformismo, alegría de ser joven y satisfacción de transmitir "su" música y "sus" sentimientos.[73]

Mediante la evocación de cualidades relacionadas con la juventud y el dinamismo, el estilo *beat* funcionó como un conducto para diversificar las opciones estéticas posibles de la apariencia masculina, tanto para los jóvenes como para los adultos. De hecho, el impacto más fuerte

[72] Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, "Discos fonográficos", en *Boletín Estadístico Trimestral*, enero-marzo de 1973, p. 84; "En materia de discos, los jóvenes mandan", en *Mercado*, núm. 35, 12 de marzo de 1970, p. 42; "Encuesta. Discos fonográficos", en *Pulso*, núm. 208, 5 de mayo de 1971, s. p.

[73] Sobre la construcción de Los Náufragos, véase "Desde el hit hasta lo imprevisible", en *Mercado*, núm. 54, 23 de julio de 1970, pp. 132-134. Para más información sobre la "promoción del *beat*", véanse "Cómo es un joven beat", en *Gente*, núm. 255, 11 de junio de 1970, p. 36; "La música moderna y su joven guardia", en *Clarín*, 13 de julio de 1970, sección Espectáculos, p. 3.

se sintió en los estilos de la indumentaria y los peinados masculinos. Un ejemplo fue la introducción del color en las camisas para hombres: de las camisas vendidas en 1970, solo el 30% fueron las tradicionales "blancas, celestes o grises". También en 1970, la elegante casa de ropa Modart abrió en Buenos Aires una sucursal de "indumentaria para jóvenes", pero un informe indica que la mayoría de los clientes eran "hombres de mediana edad".[74] Aunque parece exagerado, el informe de Modart permite entrever un rejuvenecimiento de la ropa masculina en la línea del estilo *beat*. Igual importancia revistieron los cambios en los peinados y cortes de pelo. Si el pelo largo había sido una característica distintiva de los "náufragos" en 1967, tres años más tarde ya prácticamente no funcionaba como marca de pertenencia a una cultura fuera de lo convencional. Aunque su uso aún provocaba epítetos homofóbicos en la calle, obstaculizaba el acceso a algunos empleos y seguía prohibido en las escuelas, una creciente minoría de hombres había comenzado a adoptarlo.[75] Un peluquero masculino de un barrio obrero comentó en un reportaje que los jóvenes, y también algunos "hombres de mediana edad", le llevaban fotos de "cantantes modernos" para pedirle los mismos cortes de pelo. La figura del varón pelilargo ya había encontrado aceptación en un sector más amplio de la cultura pública.[76]

Tal como ocurrió en otros países a comienzos de los años setenta, el estilo *beat* que impregnó la cultura de masas fue un vehículo para actualizar las creencias sobre la estética de la masculinidad. Los jóvenes que participaron en la gestación de la cultura rockera desde mediados de los años sesenta lo hicieron por medio de las estéticas corporales. Combinaron el gusto por el rock con una sociabilidad particular y ciertas prácticas corporales que desempeñaron un papel crucial en la producción y la manifestación de una crítica contra las prácticas e instituciones que puntuaban el camino impuesto a los varones para "hacerse

[74] Horacio de Dios, "¿Los argentinos se afeminan?", en *Atlántida*, núm. 1197, diciembre de 1966, p. 40; Oscar Caballero, "Qué compran y qué venden los jóvenes", en *Mercado*, núm. 38, 2 de abril de 1970, p. 40; "Camisas con apellido", en *Mercado*, núm. 81, 27 de enero de 1971, p. 39.

[75] "De cabelleras y barba", en *Análisis*, núm. 469, 10 de marzo de 1970, pp. 38-40; Eduardo Gudiño Kieffer, "Los argentinos y el pelo", en *Gente*, núm. 358, 1° de junio de 1972, pp. 32 y 33.

[76] "Con pelos y señales", en *Siete Días*, núm. 212, 7 de junio de 1971, p. 67; "Cosmética masculina", en *La Bella Gente*, núm. 26, marzo de 1972, pp. 24-26; "Cuidado con la cabeza", en *Primera Plana*, núm. 435, 1° de junio de 1971, pp. 26-28.

hombres" en la Argentina autoritaria. Mientras muchos hombres y mujeres jóvenes y viejos reaccionaban contra los "náufragos" con argumentos homofóbicos, la nueva estética corporal se infiltraba en la música y la moda. Una vez convertidos en un fenómeno cultural de masas, esos estilos —ya bajo el rótulo *"beat"*— allanaron el camino hacia los nuevos modelos y representaciones de la masculinidad, tanto para los jóvenes como para los que ya se acercaban a la mitad de la vida. La informalidad, el "color" y el culto a la individualidad eran los nuevos mandatos.[77] En potencial conflicto con las nociones de respetabilidad y respeto a las jerarquías que sustentaban la construcción hegemónica de la masculinidad, los nuevos mandatos promovían cierto grado de igualitarismo —de clase y edad— y toleraban un posicionamiento más distendido de los hombres en sus interacciones cotidianas. Aunque puedan parecer meramente cosméticos o superficiales, los estilos *beat* en realidad visibilizaron y ayudaron a definir una tolerancia social más amplia, con formas alternativas de producir y experimentar la masculinidad.

En una suerte de reacción contra la moda *beat* e intento de recapturar el potencial simbólico del pelo largo para la fraternidad de rockeros "auténticos", en febrero de 1970 apareció el primer número de la revista *Pelo*. Su objetivo explícito —anunciaba una columna editorial— era distinguir "la música honesta y auténtica" del "mero marketing comercial".[78] A diferencia de otras publicaciones para jóvenes, *Pelo* era una revista enteramente dedicada al rock: su aparición fue un paso crucial para la autonomía del rock argentino y asimismo consolidó su dinámica de género. Tal como recuerda Daniel Ripoll, su creador y director editorial durante treinta años, el público lector de *Pelo* estaba compuesto casi exclusivamente de varones e incluía a muchos "músicos *amateur*". Poco tiempo después de su presentación en sociedad, la revista ya vendía 150.000 ejemplares por mes y se exportaba a otros países sudamericanos. *Pelo* publicó información actualizada sobre el rock de todo el mundo desde el primer número. Cuando se difundieron rumores sobre la separación de Los Beatles, por ejemplo, el propio Ripoll viajó a Londres con el propósito de recabar "información precisa" para sus lectores.[79] *Pelo*

77 "Encuesta sectorial. Indumentaria", en *Pulso*, núm. 176, 22 de septiembre de 1970.
78 "Editorial. Bueno/Malo", en *Pelo*, núm. 3, abril de 1970, p. 4.
79 Entrevista con Daniel Ripoll, 27 de junio de 2007; "Pelo en Londres", en *Pelo*, núm. 6, julio de 1970, p. 4.

también incluía artículos sobre novedades en equipamiento musical y, en sintonía con otras publicaciones dedicadas al rock, como *Rolling Stone* y *Melody Maker*, participó en el culto a los "héroes de la guitarra": los guitarristas emergían como imagen arquetípica del rock, cuyos requisitos esenciales eran "la exhibición de virtuosismo, la apariencia llamativa y el control de la tecnología".[80] La revista promovía esa variante del estilo masculino, ligada a la noción de creatividad y autenticidad.

Pelo se ocupaba, ante todo, de fijar criterios —en un lenguaje con sesgo de género— para diferenciar lo "auténtico" de lo "comercial": la música "progresiva" de la música "complaciente", según la principal dicotomía que propuso la revista. Complacientes eran las bandas cuyas decisiones creativas se guiaban por los requisitos de las empresas discográficas. Las bandas progresivas, en cambio, buscaban formas musicales y poéticas más sofisticadas, en general con escaso eco en el mundo de los negocios. A fin de cartografiar el paisaje musical argentino, *Pelo* recabó información sobre 53 bandas. Los Náufragos eran el prototipo de la banda complaciente, mientras que Manal, Los Gatos y Almendra se disputaban los primeros puestos de la categoría progresiva.[81] La división que estableció *Pelo* fue su manera de cifrar la oposición entre el pop y el rock, tal como se hacía en todo el mundo durante los años sesenta y setenta. Tanto esta oposición mundial como la dicotomía de la revista local abrevaban en el sesgo de género. *Pelo* retrataba a las bandas complacientes con los mismos atributos que se adjudicaban a las "estrellas del pop": un público con mayoría de mujeres y características que se presuponían típicamente femeninas, como la debilidad, la pasividad —frente a la industria musical— y la superficialidad. En calidad de "auténticos" rockeros, los progresivos ocupaban la posición masculina y superior: eran activos, creativos y audaces.[82] Con su expresa decisión de respaldar solo a los progresivos, *Pelo* ensalzaba estos valores preconcebidos como masculinos, que en el caso ideal servirían de amalgama para una renovada fraternidad de rockeros.

Esta fraternidad que promovía la revista se unía en torno a la búsqueda de autenticidad y reafirmaba la exclusión de las mujeres. Aunque *Pelo*

[80] Waksman, *Instruments of Desire*, p. 252.
[81] "Música pop argentina", en *Pelo*, núm. 1, febrero de 1970, p. 3; "Los conjuntos de la música pop argentinos", en *Pelo*, núm. 3, abril de 1970, pp. xvii-xxiv.
[82] McRobbie y Frith, "Rock and Sexuality", pp. 373-377; Gillian Frank, "Discophobia".

tal vez solo reflejaba una ausencia real de las mujeres en los conciertos de rock, también contribuía a esa dinámica de marginación. En sus primeros dos años solo publicó un artículo enfocado en las mujeres: "Las groupies argentinas". El autor de la nota sostenía que las fans no seguían a las bandas porque entendieran de música, sino porque soñaban con tener un novio rockero e incluso "plancharle los pantalones antes del concierto", como declaró una de las *groupies* entrevistadas.[83] O bien las mujeres eran madres cariñosas, en el mejor de los casos, o bien eran frívolas cazafortunas, en el peor; sea como fuere, no eran miembros plenos de la fraternidad "auténtica". Tal como señala Pablo Vila, la búsqueda de autenticidad fue crucial para la definición del rock argentino: más que un método para clasificar música buena o mala, como en el contexto anglosajón, era un criterio de pertenencia y permanencia. La autenticidad de los músicos se expresaba de las maneras más diversas, comenzando por la decisión de disolver una banda en el momento culminante de su popularidad, es decir, en el umbral del estrellato.[84] Cuando Almendra se separó y corrieron rumores similares respecto de Los Gatos y Manal, *Pelo* vislumbró un futuro auspicioso: los progresivos evitarían la trampa comercial, crearían nuevas bandas y seguirían adelante. Los estilos personales de los rockeros revestían la misma importancia en la evaluación del compromiso con la autenticidad. En un reportaje a Los Gatos, el periodista de *Pelo* comentó que, desde que los músicos se habían reunido en Buenos Aires después de viajar a Nueva York, se notaba "un cambio de imagen: en el pelo, en la ropa. Antes parecían ser más cuidadosos con el aspecto exterior". Y así explicó el tecladista Ciro Fogliatta las razones del "cambio": "Lo que ocurre es que estamos cansados del pelito bien planchado, los sacos floreados y todo eso. Ahora cada uno de nosotros se muestra en público como es y con la ropa que a cada cual le gusta ponerse. Es como estar más libres, como si no tuviéramos nada que ocultar".[85] "No hay que buscarle otras vueltas —agregó el baterista Oscar Moro—. Como dijo Ciro: ahora nos sentimos más liberados, mucho más auténticos." El proyecto de *Pelo* se orientaba hacia la construcción de una fraternidad sin hacer distinciones entre los músicos y el público,

[83] "Las groupies argentinas", en *Pelo*, núm. 3, abril de 1970, pp. 48 y 49.

[84] Vila, "Argentina's 'Rock Nacional': The Struggle for Meaning", p. 7; sobre el contexto anglosajón, véase Beebe, Fulbrook y Saunders, *Rock over the Edge*, pp. 1-23.

[85] "La crisis más severa de la música argentina", en *Pelo*, núm. 8, septiembre de 1970, p. 6; "El cansancio de Los Gatos", en *Pelo*, núm. 1, febrero de 1970, p. 21.

poniendo en acto lo que el sociólogo Simon Frith denomina el "mito del folk", que sustancia las reivindicaciones de autenticidad y comunidad en el mundo del rock. "Por primera vez se constituye todo un vínculo de una gran generación —proclamaba *Pelo* en otra columna editorial—. Ahora los músicos no están vestidos con trajes brillantes [...] Hay cada vez menos ídolos y más seres humanos."[86]

El imaginario sobre la fraternidad generacional masculina de "iguales" ocupaba el centro de la cultura rockera argentina y adquiría especial visibilidad en las grandes convocatorias públicas, como los tres festivales anuales consecutivos B.A.Rock. La condena a todo proyecto de estrellato iba de la mano con la alabanza de lo auténtico —en oposición a lo superficial o comercial— y una difusa pero insoslayable celebración de la "individualidad humana". A la par del antiautoritarismo preponderante, estos valores —humanismo, autenticidad e igualdad— sustanciaban el proyecto de construir lazos comunitarios con la aspiración ideal de trascender las diferencias de clase y expresar una masculinidad alternativa, centrada en el ejercicio tierno de la amistad, la relación de pareja y la paternidad. Y así eran las imágenes que seleccionaba la prensa nacional para ilustrar la cobertura de los festivales B.A.Rock que organizó la revista *Pelo* a partir de 1970. Estos festivales evidenciaron el notable crecimiento que había experimentado la fraternidad de los rockeros desde los días de "La balsa". Los organizadores estimaron una asistencia de seis mil personas por día durante las cinco jornadas de 1970, cifra que se triplicó en los años siguientes.[87] Las reseñas del B.A.Rock II (1971) fueron unánimes: el evento había ido "flojo" desde el punto de vista musical, pero impresionante por su masividad. Una crónica escrita con estilo impresionista decía que los espectadores no eran "de barrio norte o de Manzana Loca", sino "muchachones auténticos del suburbio, envueltos en las más largas y ondulantes cabelleras que puedan imaginarse", seguidores de un rock cuyo "humus", cuya "fuerza" no provenía de "los hippies —o seudo— de la [elegante] Galería del Este", sino del "cinturón suburbano, verdadero *underground* virgen y voraz" de las zonas fabriles. Otros periodistas describían al público como una mezcla de alumnos

[86] "Editorial. Los súper hombres", en *Pelo*, núm. 9, octubre de 1970, p. 6; Frith, *Sound Effects*, pp. 30 y 50-54.

[87] "El festival para sacar cabeza", en *Pelo*, núm. 10, noviembre de 1970, p. 52; entrevista con Daniel Ripoll.

secundarios, pelilargos de los talleres y "muchachones" que llegaban "en colectivo desde todo el conurbano bonaerense".[88] Los B.A.Rock sirvieron para congregar a una fraternidad policlasista que anhelaba ser partícipe de la experiencia "auténtica" del rock.

En 1971, tal vez a raíz de la ubicuidad del rock, dos empresarios del espectáculo —Alejandro Romay y Daniel Tinayre— evaluaron que ya estaban dadas las condiciones para llevar el musical *Hair* a Argentina. El impacto de *Hair* se sintió antes de la primera función y trascendió la representación escénica. La obra original se había estrenado en el *off* Broadway en 1967, pero pronto recaló en el circuito oficial y pasó a la historia como el "primer musical de rock y amor", con un elenco de jóvenes que cantaban y bailaban al son de la hoy legendaria "Aquarius".

El musical fue un éxito inmediato y suscitó acaloradas polémicas, principalmente por sus características teatrales y por la decisión de incorporar desnudos.[89] *Hair* viajó por el mundo dejando atrás una estela de escándalos. Y Buenos Aires no fue una excepción. Como sus colegas de otros países, Romay y Tinayre recurrieron a medios heterodoxos para seleccionar a los actores: no anunciaron la convocatoria en escuelas de teatro, sino en disquerías y recitales de rock. De los 35 postulantes elegidos entre los quinientos jóvenes que se presentaron al *casting,* al menos diez pertenecían al "mundo del rock". Cuando comenzaron los ensayos, los miembros del elenco "tomaron" el Teatro Argentino y convirtieron las cuadras adyacentes en una suerte de "enclave hippie".[90] *Hair* atrajo a una multitud de hippies declarados que se instalaron en los alrededores. El por entonces "náufrago" Mario Rabey cuenta que se alojó en un hotel barato a metros de la sala porque salía con una actriz y bailarina seleccionada para el elenco: "Era una cosa de locos —recuerda—. Venía gente a tocar, a bailar, a charlar. Era una zona liberada". Pero la mayor parte del primer elenco no llegó al estreno o no permaneció mucho tiempo en escena: luego de un conflicto con los empresarios, muchos fueron despedidos y decidieron iniciar una vida comunitaria en distin-

[88] "B.A.Rock II. Al fin y al cabo, nació para ser salvaje", en *Panorama,* núm. 238, 11 de noviembre de 1971, pp. 46 y 47; "Beat, un estilo de vida", en *La revista de los Jueves-Clarín,* 2 de diciembre de 1971, s. p.

[89] Wollman, *The Theater Will Rock,* pp. 42-59.

[90] "*Hair* en Buenos Aires: el amor, todo el amor, nada más que el amor", en *Siete Días,* núm. 208, 10 de mayo de 1971, pp. 46-48; "Una nueva cuadra loca", en *Panorama,* núm. 213, 25 de mayo de 1971, p. 30.

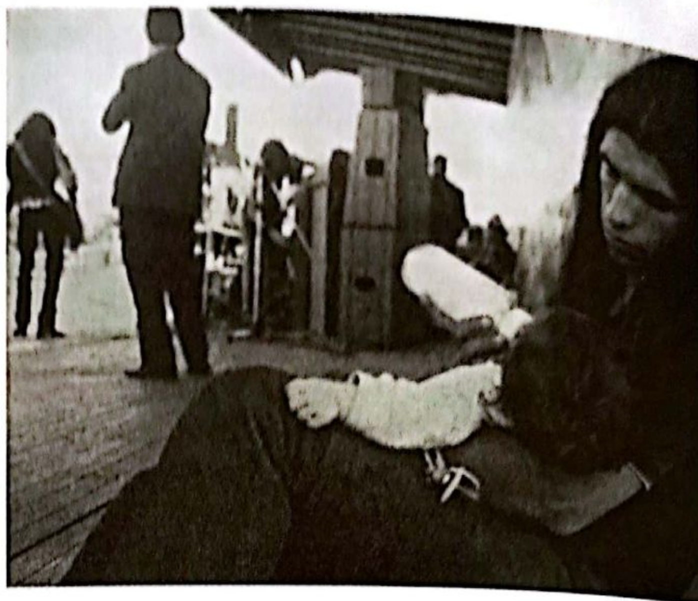


IMAGEN 5. Una nueva paternidad, festival B.A.Rock, 1971, archivo diario *Clarín*.

tos lugares del país. El grupo de Rabey se instaló en la localidad patagónica de El Bolsón. Pocos meses después del estreno, el director Roberto Villanueva, la coreógrafa Marilú Marini, el músico Carlos Cutaia y su esposa Carola —una de las pocas mujeres de entonces que cantaban rock— viajaron a la provincia de Córdoba, donde establecieron una "comunidad artística" de vida efímera.[91] Pese a las críticas que la descalificaban por su falta de conexión con la "realidad argentina", la "ligereza" en el tratamiento de cuestiones políticas y sexuales o la representación de los hippies, la puesta de *Hair* había funcionado, sin querer, como experiencia inspiradora de nuevas prácticas contraculturales.[92]

Sin embargo, los experimentos contraculturales o hippies que se articularon en torno a *Hair* no fueron ni los primeros ni los únicos existentes en Argentina. La banda de rock Arco Iris, por ejemplo, ya había fundado una comunidad urbana a principios de 1970. En su lanzamiento como cuarteto *beat*, Arco Iris grabó un simple con la RCA y obtuvo un

91 Entrevista con Mario Rabey; Oliveri, *Éramos tan hippies*.

92 "Una obra hecha delirio", en *Clarín*, 9 de mayo de 1971, p. 28; "Pese a todo, libertad", en *Primera Plana*, núm. 433, 11 de mayo de 1971, p. 43; "Pelo para consumidores", en *Confirmado*, núm. 309, 19 de mayo de 1971, p. 47.

éxito instantáneo en 1969, cuando encontró a su musa: Dana (Danais Winnycka), una joven rusa versada en la práctica del yoga y las religiones orientales que se integró a la banda en calidad de guía espiritual. Arco Iris alquiló una casa en El Palomar, en la zona oeste del Gran Buenos Aires, donde sus miembros se sometieron a una rutina cuasi monacal. Gustavo Santaolalla, cantante y guitarrista de la banda, contaba que todos se levantaban temprano, se turnaban para hacer las tareas domésticas y componían juntos la música y las letras de las canciones. También dejaron de fumar, se hicieron vegetarianos y se iniciaron en la práctica del yoga.[93] Con el correr de los años setenta, los músicos de Arco Iris se familiarizaron con una imaginería indígena que reverbera en su disco más memorable: *Sudamérica, o el regreso de la aurora*. Además, asumieron una posición más extrema con respecto a la "maquinaria comercial" de las empresas discográficas e idearon circuitos alternativos para producir y distribuir sus álbumes. Pero también radicalizaron sus principios espirituales: como algunas comunidades estadounidenses de inspiración religiosa, incorporaron la abstinencia sexual con el propósito de canalizar toda su energía hacia la creación. "Nuestra civilización —declaraba Santaolalla por entonces— ha sucumbido frente al deseo sexual y los narcóticos."[94] Esta concepción negativa del sexo y las drogas no formó parte de las otras iniciativas contraculturales.

La Cofradía de la Flor Solar —la mítica comunidad de La Plata— también fue una experiencia duradera. Capital de la provincia de Buenos Aires y sede de la segunda universidad pública más grande del país en los años sesenta, así como de una importante Escuela de Bellas Artes, La Plata atraía a una vasta población de estudiantes que llegaban de todo el país. En 1967, varios alumnos de Bellas Artes abandonaron sus estudios y sus empleos asalariados para alquilar una casa. Cuando se sumó un grupo de músicos entrerrianos, nació La Cofradía de la Flor Solar, nombre de la comunidad y de la banda de rock que formaron los

[93] "Arco Iris. La música, complemento de la disciplina yoga", en *Clarín*, 2 de febrero de 1970, sección Espectáculos, p. 2; "Vida cotidiana y meditación", en *Pelo*, núm. 11, diciembre de 1970, pp. 12 y 13. A fines de los años setenta, Santaolalla se mudó a Los Ángeles, donde desarrolló una exitosa carrera que incluyó dos Oscar a la Mejor Partitura Original, por *Secreto en la montaña* (2006) y *Babel* (2007).

[94] "La música joven del mundo también sacude a la Argentina", en *Panorama*, núm. 239, 23 de noviembre de 1971. Sobre una comunidad de inspiración religiosa radicada en Nuevo México, véase Hollenbach, *Lost and Found*.

músicos. En una entrevista con un periodista que visitó la "casa hippie" a fines de 1969, Mono Cohen, de 26 años, contó que los miembros de la comunidad hacían objetos artesanales durante el día y, al final de cada jornada, debatían sobre las maneras de modificar "las limitaciones de nuestro entorno". El grupo se mantenía con la venta de estos objetos, trabajos de pintura que les encargaban en el barrio y las ganancias de la banda en sus recitales. En 1971, otro periodista que entrevistó a Cohen le preguntó si el grupo practicaba el "amor libre". Cohen respondió que los cofrades eran "más libres que el resto de la población, pero no promiscuos".[95] En declaraciones más recientes, Meneca Hiquis, llegada a La Cofradía en 1971, aclaró que el sexo era libre en la medida en que lo practicaban parejas que no estaban formalmente casadas, pero no había "sexo grupal". También contó que los cofrades solo ocasionalmente consumían "LSD o ácido", porque, aun cuando desearan hacerlo con mayor frecuencia, los ácidos eran caros y difíciles de conseguir en Buenos Aires. Lo mismo ocurría en la comunidad que formó Miguel Cantilo en El Bolsón, en 1974, con algunos excofrades.[96]

Los jóvenes que emprendían estas experiencias aspiraban a materializar una utopía común a las contraculturas hippies de todo el mundo: la creación de una comunidad desde los cimientos, sobre la base de reglas y valores ajenos a la "sociedad convencional". Las comunidades profundizaron algunos de los valores que había reivindicado la fraternidad del rock, como el culto a la igualdad, el respeto a la "individualidad humana" y la búsqueda de expresiones auténticas. Sin embargo, en contraste con la fraternidad del rock, estas experiencias incluían a mujeres. Los testimonios disponibles sugieren que algunos de los varones cultivaban una noción de la "princesa hippie" que —tal como ciertas letras de rock— confinaba a las jóvenes al papel de amantes etéreas. Si bien este pensamiento distaba de la igualdad sexual, tal como sugieren los estudios del fenómeno en Estados Unidos, al menos atemperaba el machismo más desembozado que compartían otros espacios culturales y políticos de la juventud.[97] En comparación con la experiencia

95 "La Cofradía de la Flor Solar", en *Cronopios*, núm. 0, septiembre de 1969, p. 15; "Los fuegos locales de la contracultura", en *Clarín Revista*, 16 de mayo de 1971, p. 37.

96 Testimonio de Hiquis, en Castrillón, "Hippies a la criolla", p. 60; Cantilo, *¡Chau loco!*, pp. 70-72.

97 Cantilo, *¡Chau loco!;* sobre la experiencia estadounidense, véase Hodgdon, *Manhood in the Age of Aquarius*.

hippie de Estados Unidos y México, la versión argentina también fue más limitada y menos dependiente del imaginario psicodélico ligado al consumo de drogas. El multifacético hippismo estadounidense atrajo a un "núcleo duro" de casi ochocientos mil jóvenes que ya habían experimentado alguna convivencia comunitaria antes de 1970. Los hippies estadounidenses cruzaron la frontera mexicana y engrosaron las comunidades del país vecino, donde otros hippies locales y extranjeros experimentaban viajes psicodélicos con alucinógenos.[98] En Argentina era muy difícil conseguir este tipo de sustancias y —como lo evidencia Arco Iris desde una posición extrema— las drogas no eran un punto de referencia esencial para la construcción de identidades. Por otra parte, es evidente que el "núcleo duro" del hippismo argentino era muy minoritario. Miguel Grinberg —mánager de la banda La Cofradía— calcula que en 1970 había unos dos mil jóvenes dedicados a "remover sus energías [creativas] del sistema".[99]

A fin de promover la liberación de esas energías creativas, Grinberg lanzó la revista *Contracultura,* que permite apreciar los materiales ideológicos en los que abrevaba la cosmovisión de algunos grupos y, sobre todo, las limitaciones de las iniciativas contraculturales para atraer un mayor caudal de seguidores. Activo organizador cultural, Grinberg tradujo y difundió textos relacionados con experiencias de otros países —y también locales— que le parecían útiles para potenciar un movimiento radical. *Contracultura* publicó fragmentos "situacionistas" de Guy Debord, las "treinta tesis" que acordaron los estudiantes franceses en mayo de 1968 y algunas conferencias de Herbert Marcuse sobre el "poder estudiantil", junto con textos del movimiento antipsiquiátrico, el manifiesto del grupo Living Theater y hasta un documento elaborado por los Sacerdotes para el Tercer Mundo en 1969. Grinberg también abogaba por la creación de comunas como espacios donde "luchar aquí y ahora". Tal como lo había hecho antes en *Eco Contemporáneo,* aspiraba a abrir un espacio entre la juventud consumista y la juventud politizada. Grinberg expresaba una reacción contra los grupos politizados tal como existían en Argentina. Así lo explicó, por ejemplo, en una columna editorial:

[98] Zolov, *Refried Elvis,* pp. 136 y 150-154; David Farber, "The Intoxicated State/Illegal Nation" y Timothy Miller, "The Sixties-Era Commune", en Braunstein y Doyle, *Imagine Nation,* pp. 17-39 y 327-351.

[99] Entrevista con Miguel Grinberg, 11 de septiembre de 2007.

"Quienes por convicción o por mera voluntad no podemos ser leninistas, recordamos claramente cuál es el deber de todo revolucionario [...] Crear alternativas viables, crearlas y defenderlas como zonas liberadas de cualquier modo que sea preciso".[100] En la Argentina que comenzaba a transitar los años setenta, los discursos y las prácticas de los grupos hippies en particular y de la cultura del rock en general no eran los únicos que interpelaban a la juventud, o siquiera los más influyentes: estos grupos representaban apenas un estrato más de una cultura contestataria general, cuyo eje articulador era la noción de "liberación" en sus inflexiones colectivas y/o individuales. El subconjunto expresamente político de esa cultura contestataria, cuyo paradigma era la izquierda revolucionaria, reclamaba una definición política e ideológica de esos jóvenes "descomprometidos" que habían abrazado la subcultura del rock en el marco de una rebelión que —a juicio de los jóvenes politizados— era insuficiente.

Tiempo de definiciones

En mayo de 1969, una sucesión de revueltas populares que estallaron en grandes ciudades argentinas (Corrientes, Rosario y —sobre todo— Córdoba) hirieron de muerte al régimen de Onganía. Pero Onganía no renunció hasta junio de 1970, cuando la incipiente organización guerrillera peronista Montoneros secuestró y ejecutó al general Pedro Eugenio Aramburu, expresidente del gobierno de facto que había derrocado a Perón. Las actividades guerrilleras habían nacido al calor de una amplia y radicalizada politización de la sociedad. En ese proceso, crecientes cantidades de jóvenes se comprometieron con proyectos revolucionarios en pos de un futuro socialista, ya fuera en la forma marxista de la sociedad sin clases o en la versión nacional peronista, que llegó a su apogeo entre 1972 y 1974. En el transcurso de ese bienio tuvo lugar la convocatoria electoral con la reincorporación del peronismo tras la proscripción y el consiguiente triunfo de su fórmula, que a la vez permitió el regreso de Perón desde el exilio, su victoria en nuevas elecciones

100 Equipo C, "¿Arde Argentina?", en *Contracultura*, núm. 2, agosto de 1970, pp. 35-38; "¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?", en *Contracultura*, núm. 3, octubre de 1970, pp. 46-48; "Crear dos, tres, muchos amaneceres" y "El miedo a los jóvenes", en *Contracultura*, núm. 4, noviembre de 1970, pp. 3 y 4.

y el ejercicio de un tercer mandato presidencial hasta su muerte, el 1° de julio de 1974. Esta fue también la coyuntura de mayor impulso para el rock desde sus inicios: en 1972 se editaron 32 discos, el número más alto hasta entonces y también durante los diez años siguientes. ¿Cómo interactuó la cultura del rock con la dinámica de creciente politización juvenil? Aunque cada constelación de discursos y prácticas desarrolló sus propias maneras de interpelar a la juventud, hubo algunos puntos de superposición. Muchos intelectuales y militantes de izquierda, aunque no criticaban con virulencia lo que ya comenzaba a conocerse como "rock nacional" (más bien todo lo contrario), exhortaban a los rockeros a esclarecer su ideología y abandonar su sensibilidad individual, un reclamo aún más perentorio en relación con los hippies.

Estos sectores rechazaban de plano lo que entendían como "fenómeno hippie". A fines de los años sesenta y principios de los setenta, en línea con sus pares mexicanos o chilenos, algunos intelectuales argentinos elogiaban el movimiento hippie de los "países centrales" como fuerza progresista que avanzaba contra el consumismo y la burocratización, pero tachaban de mala copia a sus homólogos de la periferia. Así lo expresaba González Trejo:

> Movimientos de vastas proporciones de allí como el *hippismo*, que a pesar de ser [...] despolitizado manifiesta un inconformismo saludable frente a la sociedad de consumo y ha impugnado explícitamente la agresión imperialista en Vietnam, son presentados a los jóvenes de aquí como modelos susceptibles de ser imitados en su aspecto formal. [...] Ser hippie en la Argentina, aún en nombre del inconformismo, es la expresión más alta de la integración al sistema.[101]

En un ensayo sobre la adolescencia, la psicóloga Marta Brea y el antropólogo Hugo Ratier explicaban: "En América Latina en general, y en nuestro país en particular, el hippismo es impulsado desde las casas de moda. Sirve así al sistema injusto que quiso destruir. [...] Su lema 'paz y amor' sirve para desviar a la juventud del auténtico inconformismo, para frenar rebeliones más eficaces".[102] Estos ensayistas veían a los hippies locales

[101] González Trejo, *Formas de alienación en Argentina*, p. 57; Barr-Melej, "Siloísmo and the Left in Allende's Chile", pp. 747-784; Zolov, *Refried Elvis*.

[102] Brea y Ratier, "La adolescencia, hoy", en *Enciclopedia del mundo actual*, vol. 2, p. 238.

como meros émulos, con una rebeldía impostada y políticamente desmovilizadora. Sus argumentos reverberaban también entre muchos jóvenes que habían asumido compromisos políticos. En 1972, en una mesa redonda de alumnos secundarios, por ejemplo, una adolescente de la Juventud Peronista (JP) cercana a Montoneros argumentó que los hippies locales eran "todos snobs, individualistas, producto de la propaganda cipaya". En sintonía con esta opinión, un chico trotskista de 16 años definió el hippismo argentino como un instrumento de los "yanquis" para adormecer y "colonizar" la conciencia de los jóvenes.[103] Estos estudiantes replicaban los estereotipos que se habían construido en torno a los "náufragos" en los días de "La balsa", aunque adaptados a una representación de los hippies como obstructores del proyecto revolucionario.

Sin embargo, como permiten inferir algunas memorias, había una zona de intersección donde muchos jóvenes articulaban su militancia política con la participación en proyectos y prácticas contraculturales, o viceversa. El periodista Martín Granovsky, por ejemplo, recuerda que Pablo, uno de sus mejores amigos, era al mismo tiempo miembro del ERP y guitarrista de rock. Cuando intentaba reconstruir el derrotero que había seguido su amigo en los días que precedieron a su secuestro y posterior desaparición a manos de los militares, Granovsky descubrió que algunas noches de su etapa clandestina habían transcurrido en una "casa hippie", donde Pablo no solo había encontrado un refugio, sino también la posibilidad de participar en actividades creativas y musicales. Cabe señalar que la cúpula del ERP y muchos de sus militantes eran muy terminantes en sus juicios sobre los hippies y los rockeros: hoy algunos de sus miembros recuerdan que eran tildados de "pequeñoburgueses y escapistas" si asistían a conciertos de rock, lo cual no impedía que muchos jóvenes —como Pablo— se sintieran atraídos por esa vertiente.[104] El historiador Alejandro Cattaruzza también menciona una comunidad santafesina donde poco más de diez jóvenes combinaban inquietudes e iniciativas artísticas con su militancia en la "Jotapé" (JP) o en "la Fede" (Federación Juvenil Peronista, FJC).[105] Asimismo, la frontera entre la militancia política y los proyectos contraculturales también se cruzaba en la dirección

[103] "Hablan los jóvenes. Lecciones para adultos", en *Panorama*, núm. 249, 1° de febrero de 1972, p. 36.

[104] Garaño y Pertot, *La otra Juvenilia*, pp. 191-194; Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*, p. 146.

[105] Cattaruzza, "El mundo por hacer", p. 18.

opuesta. En 1973, algunos de los "artesanos hippies" que colmaban las plazas de Buenos Aires fundaron la Agrupación de Artesanos Peronistas y la Asociación Gremial de Artesanos: lejos de ser "hippies de amor y paz", se reivindicaban como "trabajadores creativos" que producían por fuera del "circuito imperialista".[106]

Pero el encuentro entre la línea dura de los proyectos contraculturales y la militancia política no fue tan amplio como la intersección, al menos temporaria, entre el rock y la política. Algunos relatos biográficos de quienes por entonces eran jóvenes militantes describen algo así como un pasaje de la "rebelión" a la "revolución", con el rock como eje importante. Uno de ellos es Carlos, quien a fines de los años sesenta se había dejado el pelo largo, tocaba en una banda de rock e iba a "recitales de Manal" —donde terminó "varias veces en el calabozo"—, a fin de expresar su "rebelión". Ya era "un rebelde", cuenta, cuando encontró la senda hacia un "pensamiento revolucionario sofisticado" en una agrupación trotskista. Aunque no renunció a los conciertos de rock, Carlos dejó de tocar y se cortó el pelo "por razones de seguridad".[107] Otros militantes de la época elaboraron una memoria diferente. El músico Luis Salinas recuerda que a principios de la década de 1970 "quería ser exactamente lo que era: una mezcla de guerrillero con Rolling Stone". En su caso no hubo un pasaje de la rebelión rockera a la revolución política: como miembro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y "fan de la música progresiva", Luis considera que perteneció a ambos universos. Sin embargo, también reconoce los límites de la intersección que habitaba. Por un lado, los dirigentes de las FAR eran "muy estrictos con la disciplina", en especial con la prohibición de las drogas. Por el otro, el "circo" —el mundo de los rockeros sin filiación ideológica— se caracterizaba por su "hermetismo" y su "escepticismo" en materia de política.[108] Estas historias ilustran las posibilidades y los límites de los encuentros entre la cultura del rock y la militancia política. Con el correr de los años setenta, las razones de seguridad, la disciplina partidaria y el autocontrol condicionaron cada vez más la participación de los militantes en la cultura del rock. En un contexto de intensa politización, los militantes revolucionarios se vieron en

[106] "Una feria de artesanos persigue claros objetivos políticos", en *La Opinión*, 15 de agosto de 1973, p. 16.
[107] Entrevista con Carlos U.
[108] Entrevista con Luis Salinas, núm. 0260, archivo Memoria Abierta.

la encrucijada de "definirse" por una de las dos vertientes contestatarias. El "circo" también tuvo que cumplir con la exigencia de la definición.

Dado que el "circo" no terminaba de cuadrar con la política tal como se la concebía a principios de los años setenta, ciertos periodistas e intelectuales de izquierda instaron a los rockeros a "ideologizar" sus prácticas. Pero los poetas y los músicos del rock insistían en caracterizar el género como "una nueva sensibilidad", idea que unifica todos los testimonios de rockeros compilados en una antología de 1970. En una reseña de esta antología, el intelectual de izquierda Germán García aseveró que la identificación del rock con la sensibilidad era una forma de eludir la definición ideológica, que los rockeros percibían como "vulgar". García observó también que los testimonios abundaban en metáforas políticas como "vivimos en una dictadura de la hipocresía", que en última instancia vaciaban de significado el lenguaje político de la enunciación.[109] En el clivaje entre sensibilidad e ideología se libraba la batalla por la politización de los rockeros, aparejada al congruente esfuerzo por "ideologizar" lo que tanto Germán García como el influyente periodista de rock Jorge Andrés ya denominaban "rock nacional". En las columnas sobre música que escribía para el destacado matutino *La Opinión*, Andrés había pergeñado un esquema para evaluar discos, cuyo parámetro clave era el grado de "claridad ideológica". Desde esta perspectiva, el cronista rechazaba de plano la obra de Arco Iris como prototipo de la "actitud onírica" característica del "vacío ideológico" que padecían "todos los integrantes del rock argentino". En contraste, el periodista valoraba los proyectos que permitían entrever una "evolución hacia posiciones de más claridad ideológica", como la obra de Pedro y Pablo. Andrés consideraba que los rockeros debían aclarar sus posiciones y abandonar el "onirismo poético" para ingresar en el terreno de la "ideología". Las definiciones de músicos y poetas eran para él aún más importantes en vista de la masividad que había adquirido el público del rock. En su afán por encontrar una suerte de "liberación", "esa multitud" de los rockeros se había "marginalizado del proceso político", circunstancia que dejaba muy en claro "los límites a sus intentos de liberación".[110]

[109] Kreimer, *Agarrate!!!*; Germán García, "Los jóvenes frente al espejo", en *Los Libros*, núm. 18, abril de 1971, pp. 26-28.

[110] "Paráfrasis beat sobre el Padre Nuestro", en *La Opinión*, 18 de diciembre de 1971, p. 23; véanse también "El grupo Arco Iris", en *La Opinión*, 24 de diciembre de 1971, p. 22; "Crítica a la deformación del lenguaje de Jesús", en *La Opinión*, 8 de septiembre de 1975.

Los músicos y poetas del rock respondían de maneras diversas a la exigencia de "ideologizar" sus prácticas. Algunos participaban hacía tiempo en una tendencia de "protesta" dentro del género, como el dúo Pedro y Pablo, cuya "Marcha de la bronca" denunciaba tanto la violencia policial y militar como la censura cultural y la "explotación" social. La "Marcha de la bronca" fue un hit que vendió 80.000 simples en tres meses, hasta el punto de que *Pelo* la declaró nuevo himno del rock en remplazo de "La balsa".[111] Más aún, el cineasta Raymundo Gleyzer —vinculado al ERP— eligió la canción como banda de sonido para las imágenes de las revueltas populares de 1969 en su película *Los traidores* (1972), ejemplo paradigmático del cine militante. Con el correr de los años setenta, otros rockeros "ideologizaron" sus prácticas, en general mediante referencias políticas explícitas en las letras de las canciones. La banda de jazz-rock Alma y Vida compuso un tema dedicado al Che Guevara, mientras que el solista Roque Narvaja —en un giro que habría sido difícil de prever cuando era el rostro de la banda *beat* La Joven Guardia— no solo escribió una canción en homenaje al Che Guevara y a Camilo Cienfuegos, sino también otra para Luis Pujals, un dirigente del ERP asesinado en 1971.[112]

En marzo de 1973, en plena euforia por el triunfo de la fórmula peronista en las elecciones presidenciales tras una intensa campaña de la creciente JP, el tiempo parecía maduro para hacer un festejo "a la manera de los jóvenes" y poner a prueba la disposición de los rockeros a comprometerse con la política. Alegando que los "pibes del rock" habían votado mayoritariamente al peronismo (conjetura probable en vista de que lo había hecho el 50% del padrón electoral), el productor Jorge Álvarez organizó un megafestival para celebrar el triunfo, homenajear al presidente electo Héctor J. Cámpora y expresar el deseo rockero de "un pronto regreso de Perón al país". El 31 de marzo subieron al escenario todas las bandas más emblemáticas, como Luis Alberto Spinetta con Pescado Rabioso, Sui Generis, La Pesada y Pappo's Blues. A pesar

p. 18; "Desórdenes en el Luna Park frustraron un recital de rock", en *La Opinión*, 22 de octubre de 1972, p. 11; "Pretensión y vaguedad son los síntomas del actual rock argentino", en *La Opinión*, 2 de febrero de 1973, p. 21.

111 "La marcha de Pedro hacia la bronca", en *Pelo*, núm. 12, enero de 1971, pp. 14-17.

112 Alma y Vida, "Hoy te queremos cantar", en *Alma y Vida*, vol. 2, RCA, 1972; Roque Narvaja, "Camilo y Ernesto" y "Balada para Luis", en *Octubre (mes de cambios)*, Talent, 1972.

de una lluvia inoportuna, el Festival de la Liberación convocó a veinte mil personas. Jorge Andrés describió a un público de chicos procedentes de todo Buenos Aires, de las clases medias y populares, aclarando que, pese a los esfuerzos de la JP por difundir sus cánticos, los "pibes del rock" no dieron señales de interesarse por "las connotaciones políticas del festival".[113] Este episodio, aunque atípico, demostró el anhelo de articular las vertientes de la cultura contestataria bajo el paraguas de la juventud peronista, así como las dificultades concomitantes que entorpecían la confluencia.

Los intelectuales y periodistas vinculados a la JP-Montoneros combinaban una actitud respetuosa frente a la cultura del rock y su composición masculina con el reclamo de una "definición ideológica". Al igual que otras agrupaciones revolucionarias de América Latina, Montoneros desarrolló una política cultural orientada a reivindicar la estética "popular", que en materia de música entrañaba la apreciación de tradiciones folclóricas y el movimiento politizado de la "nueva canción".[114] Tras la victoria electoral de Cámpora, algunos dirigentes montoneros emprendieron la iniciativa de escribir canciones para narrar la historia de la agrupación con semblanzas de sus acciones guerrilleras. Grabado por el conjunto folclórico Huerque Mapu, el disco *Montoneros* se presentó en vivo —junto con otros números de canto y bailes autóctonos— en el festival que organizó la JP para despedir el año 1973.[115] Estas predilecciones políticas y estéticas no eran impedimento para que los cronistas del diario *Noticias* —ligado a la agrupación— expresaran su apreciación y valoración del rock. Un artículo sobre un concierto "del conjunto *beat* Aquelarre" describía a la banda como "uno de los grupos de mayor nivel profesional dentro del ambiente local" y destacaba "la actitud de un público entusiasta y respetuoso" que sabía "defender lo suyo y apoyar a sus ídolos en cada presentación". Por otra parte, el autor de la reseña advertía críticamente que las letras de las canciones y "ciertas líneas melódicas, no demasiado racionales", eran el aspecto "más flojo del con-

113 "Con música de rock, 20.000 jóvenes celebraron el triunfo peronista", en *La Opinión*, 1º de abril de 1973, p. 1.

114 Reyes Matta, "The 'New Song'…", pp. 447-461. Respecto de México, véase Zolov, *Refried Elvis*, pp. 225-233.

115 "Diez canciones montoneras", en *El Descamisado*, núm. 31, 10 de diciembre de 1973, pp. 20 y 21; "Fervor político en un festival de la JP", en *Noticias*, 30 de diciembre de 1973, p. 19.

junto". De un modo similar, una nota sobre Arco Iris combinaba el elogio a la calidad de la música con la descalificación de ciertos elementos esotéricos.[116] Aunque los intelectuales montoneros reconocían el poder de atracción que ejercía el rock sobre los jóvenes, es probable que no confiaran en la capacidad de los músicos para crear conciencia acerca de "los males que nos aquejan". Sobre la base de estas potencialidades, los funcionarios de cultura y educación del gobierno camporista produjeron un álbum dirigido a los estudiantes secundarios, con canciones que alentaban la activa participación de los alumnos "en el proceso de liberación nacional, enfrentando la dependencia con la fuerza de la juventud".[117]

Aunque su "ideologización" no se ajustaba a los deseos de la izquierda militante e intelectual, muchos rockeros llegaron a "definirse" con un discurso que les daba inflexiones propias a las palabras clave "liberación" y "revolución". De ahí que fueran convocados a expresar sus opiniones a mediados de 1973, cuando las promesas de liberación "nacional y popular" parecían prontas a cumplirse. En ese contexto, Spinetta declaró que el rock había preparado el terreno para que muchos jóvenes como él iniciaran su camino de liberación, pero para liberarse de "los procesos sociales y patriarcales de edu-castración en los que fuimos criados".[118] Spinetta se apropiaba del concepto de "liberación", pero lo usaba para señalar la importancia, para él insoslayable, de las reacciones personales —y en última instancia, generacionales— contra las "castraciones" represivas de profundo arraigo en la cultura nacional. Por otra parte, un editorialista de *Pelo* aseveró que los rockeros partidarios de la revolución bregaban por "una reordenación del mundo de acuerdo con una nueva óptica [...] La Revolución Síquica. La revolución en las costumbres. La revolución de los valores".[119] Esta suerte de "revolución total" despertó el entusiasmo de muchos lectores. Algunos auguraban que la nueva coyuntura política sería un buen "punto de partida", porque ya no habría acoso policial o porque se cumplirían las promesas de "justi-

[116] "Buen recital de rock", en *Noticias*, 28 de diciembre de 1973, p. 17; "Arco Iris", en *Noticias*, 28 de enero de 1974, p. 22.
[117] "Discos para la liberación", en *Noticias*, 26 de enero de 1974, p. 15.
[118] "Rock nacional: en busca de una definición", en *Panorama*, núm. 317, 24 de mayo de 1973, pp. 51 y 52.
[119] Hugo Tabachnik, "Rock y revolución", en *Pelo*, núm. 37, marzo de 1973, pp. 40 y 41.

cia social". Sin embargo, eso no era "suficiente".[120] El "circo" se mantenía fiel al afán de "autenticidad" que había nutrido la cultura del rock. Es probable que esta combinación de ubicuo antiautoritarismo, vago pacifismo y compromiso con la búsqueda de una liberación individual haya disuadido a muchos varones jóvenes de incursionar en las organizaciones guerrilleras de la izquierda revolucionaria.

Por otra parte, la izquierda argentina en general se negaba a tomar en serio las demandas de liberaciones "micro" o individuales, así como otras actitudes orientadas a eliminar "castraciones" patriarcales o de algún otro tipo. Tal como revelan los estudios académicos sobre los emergentes movimientos por los derechos de las mujeres y los homosexuales, la izquierda revolucionaria de los años setenta abogaba por una noción abstracta de igualdad, mientras menoscababa las políticas ligadas al sexo y el género como principios legítimos de organización y pertenencia.[121] Las posiciones explícitas de la izquierda revolucionaria frente a la cultura del rock se regían por un mecanismo similar, en la medida en que deslegitimaban las demandas antiautoritarias que conferían sentidos individuales o culturales al concepto de liberación. Sin embargo, en contraste con sus homólogas de Chile y México, la izquierda revolucionaria argentina (en especial la de raíces peronistas) no condenaba la cultura del rock como "punta del iceberg" del imperialismo cultural. Esto habla del éxito con que los músicos, fans y periodistas habían logrado combinar el género con otras formas de la música popular. Los militantes e intelectuales de izquierda también entendían la cultura del rock como un fenómeno de masas que atravesaba todo el espectro social. Reconocían sus credenciales "nacionales" y su potencial para articular la protesta, pero menoscababan el rock en sí mismo como forma de política cultural. La exigencia de "ideologizar" las prácticas de los rockeros se combinaba con cierto desdén por la sensibilidad inherente a esa cultura. Sin embargo, en los mandatos y las reglas de la izquierda revolucionaria se abrían resquicios por los que se colaban las prácticas de muchos jóvenes. Estos participaron con diversos grados de compromiso en la política revolucionaria y en el rock, piedras angulares de la

[120] "Correo", en *Pelo*, núm. 38, abril de 1973, pp. 82 y 83, y núm. 39, mayo de 1973, pp. 88 y 89.

[121] Nari, "Abrir los ojos, abrir la cabeza", pp. 15-22; Vassallo, "'Las mujeres dicen basta': feminismo, movilización y política de los setenta", pp. 61-88; Rapisardi y Modarelli, *Fiestas, baños y exilios*, pp. 159-163.

cultura juvenil contestataria argentina. Tanto las zonas de confluencia como la mera posibilidad de forjar una cultura contestataria se redujeron a paso acelerado con el avance de la violenta represalia derechista iniciada durante el transcurso de 1974 para poner fin a las promesas de "liberación" en sus múltiples acepciones.

* * *

En 1974 se puso en marcha un proyecto en aras de "restaurar la autoridad", que escaló de manera brutal durante la última y más tremenda dictadura militar (1976-1983). En el marco de este proyecto, las instituciones estatales y un amplio abanico de actores civiles trataron de poner fin a lo que concebían como amenazantes desórdenes sociales, culturales y políticos, encarnados en la cultura contestataria de la juventud. El principal aporte que hizo el rock a esa cultura, entre las décadas de 1960 y 1970, fueron sus diversos canales de expresión para el descontento de los jóvenes frente al autoritarismo, aparejados a un espacio simbólico donde los varones pudieron forjar lazos fraternales recíprocos mientras cuestionaban los mandatos patriarcales e inauguraban maneras alternativas de "ser hombres". La fraternidad de pelilargos hizo suyo un repertorio de prácticas y estéticas contraculturales trasnacionales ligadas a la música, a la vez que creaba formas de sociabilidad centradas en el ocio y el placer. Estas tendencias iban a contrapelo del conservadurismo cultural que se mantuvo vigente en Argentina durante los años sesenta y de los valores que sustentaban los mandatos hegemónicos de la masculinidad. La fraternidad de los pibes rockeros no adoptó de manera unánime una posición igualitaria sobre las relaciones de género ni se privó de abrigar concepciones misóginas e incluso jerárquicas respecto de las mujeres. Sin embargo, ofreció a muchos jóvenes la posibilidad de adoptar modelos alternativos de masculinidad en torno a la figura del "pibe". También se enfocó en los conceptos de creatividad, autenticidad e "individualidad humana", que sentaron las bases para hacer del rock argentino una política cultural.

En su construcción de la cultura rockera, los jóvenes impugnaron en la práctica los valores subyacentes a la dinámica del pasaje a la adultez —el mandato de hacerse hombres—, así como las reglas que gobernaban "la moral y las costumbres", piedras angulares del orden patriarcal y sus concurrentes jerarquías. Tal como señala el crítico cultural

Lawrence Grossberg, el rock no es intrínsecamente político: "La politización del rock no fue el resultado de sus actividades específicas, sino de los ataques que inspiró en sus adversarios: el rock fue politizado por la espalda".[122] Convertido en el espacio de una política cultural que privilegiaba la búsqueda del hedonismo, la "liberación" individual y la expresión personal, el rock argentino debió enfrentar el embate de la idiosincrasia represiva y autoritaria que permeaba el Estado y la sociedad. En el transcurso de este proceso, la creación musical del rock se expandió y se diversificó. Los rockeros —periodistas, fans, músicos y poetas— crearon sus propias jerarquías, también con sesgo de género, para categorizar su movimiento, y la cultura del rock continuó atrayendo a una vasta hueste de seguidores que atravesaba todo el espectro social.

"En mi colección de discos tenía desde Almendra hasta Viglietti, mientras que en la biblioteca atesoraba desde Artaud hasta Perón. Qué mezcla, ¿no?", reflexiona hoy Eduardo, al recordar "todas esas imágenes que nos rodeaban" en los años setenta.[123] El "nos" de Eduardo se refiere a sus compañeros del secundario que militaban con él en la JP. Como muchos otros jóvenes, él y sus amigos participaban, con diferentes grados de compromiso, tanto en las sensibilidades que encapsulaba la cultura del rock como en las prácticas y las agrupaciones que conformaban la izquierda revolucionaria. Seguramente habrán percibido las tensiones de la relación entre la autodisciplina impuesta en función de un proyecto colectivo para la liberación social y el deseo de crear formas de "liberarse a uno mismo, liberar el Eros, liberar la mente", como describió alguna vez Spinetta su liberación exenta de todo "signo ideológico".[124] Los militantes e intelectuales de la izquierda revolucionaria manifestaban respeto por la cultura rockera y sus seguidores, pero los instaban a "ideologizar" sus prácticas: percibían el tremendo potencial del rock como articulador de la protesta social y canal de expresión para el antiautoritarismo de los jóvenes, pero a la vez lo subestimaban como política cultural por derecho propio. Por otra parte, muchos rockeros del "circo" no habrían dudado en rechazar de plano lo que entendían como autoritarismo o flagrante militarismo de los valores y las prácticas que defendía la izquierda revolucionaria, en especial desde mediados de 1974, cuando

122 Grossberg, *We Gotta Get Out of This Place*.
123 Entrevista con Eduardo C.
124 "Reportaje a Luis Alberto Spinetta", en *Grito Joven*, núm. 3, septiembre de 1974, s. p.

el ERP y Montoneros reanudaron la lucha armada desde la clandestinidad. Por entonces, como veremos en el capítulo VIII, se había activado una pavorosa represalia de la derecha, violenta y generalizada, que hacía blanco en los militantes y los rockeros por igual, como supuestos eslabones de una cadena que engarzaba —en la percepción de la derecha, pero también de muchos otros argentinos— el consumo de drogas con la "subversión".

VI. CERCA DE LA REVOLUCIÓN. LA JUVENTUD SE POLITIZA

¿CÓMO se involucraron los jóvenes en las variantes más radicalizadas de la política argentina entre fines de los años sesenta y principios de los setenta? ¿Qué ideas e imágenes dieron forma e impulso a esa participación? Y por último, ¿por qué fue el peronismo el movimiento que pareció favorecerse más con la politización de la juventud? Hay un hilo común que atraviesa las posibles respuestas a esas tres preguntas fundamentales: las maneras en que los jóvenes de los estratos medios y obreros cuestionaron las bases ideológicas y políticas de la modernización sociocultural que vivieron los argentinos en la década de 1960. La cohorte de jóvenes que se comprometieron con la política se había beneficiado con la expansión de las oportunidades educativas y laborales, el creciente cosmopolitismo de la vida cultural argentina y el consecuente acceso a un repertorio trasnacional de ideas, imágenes y sonidos. Por otra parte, sus experiencias también se forjaron en un contexto de autoritarismo que permeaba la vida personal, cultural y política, cuya máxima expresión —aunque de ningún modo la única— fue el régimen del general Juan Carlos Onganía (1966-1970). Sin embargo, mientras los pibes del rock rechazaban con su iconoclastia componentes culturales y concepciones de género en el marco del proceso modernizador, los jóvenes que abrazaron la política revolucionaria impugnaban las bases de una narrativa sobre un país socialmente moderno e igualitario, que ellos percibían como una semblanza irreal de un sistema injusto. Estos jóvenes veían a Argentina como una nación del Tercer Mundo que requería un urgente y drástico proceso de cambio revolucionario en aras de alcanzar su "liberación".

Entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, los jóvenes se erigieron en actores políticos decisivos, heraldos de una nueva cultura política revolucionaria que se regía por perspectivas tercermundistas. Este capítulo comienza por reconstruir la coyuntura de 1968 y 1969 con miras a demostrar que las revueltas populares de Corrientes, Rosario y Córdoba, concatenadas durante mayo de 1969, fueron el contexto que catapultó a los jóvenes —en especial a los estudiantes secundarios y uni-

versitarios— hacia el papel de actores políticos visibles. Estas revueltas sacaron a la luz profundas transformaciones políticas e ideológicas que se habían puesto en marcha tras el golpe de 1966 y atravesaban de punta a punta el movimiento estudiantil. Los nuevos militantes estudiantiles habían estrechado lazos con los sindicatos peronistas más radicalizados y, en algunos casos, estaban empapados de las novedosas ideas y prácticas que manaban del Concilio Vaticano II. No se identificaban con las motivaciones que percibían en sus pares europeos. Un año después del Mayo francés, cuando los estudiantes argentinos participaron activamente en las revueltas populares del país, muchos tomaron distancia de aquel levantamiento de sus homólogos europeos, alegando que "lo nuestro" era diferente. La diferencia, tal como la explicaban los dirigentes estudiantiles, era la comunión de los estudiantes argentinos con el "pueblo".

La centralidad del "pueblo" formaba parte de la cultura política que por entonces muchos jóvenes ayudaban a construir, a medida que accedían a un bagaje de creencias, valores, lenguajes y representaciones del pasado —compartido por un amplio espectro de agrupaciones políticas— que los impulsaba a incursionar en la militancia e incluso a involucrarse en proyectos revolucionarios.[1] Un componente crucial de esa cosmovisión era la asimilación política y cultural de Argentina al Tercer Mundo. Esta identificación fue el elemento clave que permitió impugnar los relatos modernizantes sobre un supuesto país igualitario, en un ubicuo clima de inminencia que —tal como lo describió la crítica cultural Diana Sorensen en su estudio sobre la América Latina de los años sesenta— entrañaba "una sensación apremiante, a veces optimista, de que todo estaba a punto de ocurrir, o podía ocurrir a fuerza de voluntarismo".[2] Para los jóvenes imbuidos en esa cultura política, la idea de que la revolución estaba a la vuelta de la esquina implicaba la "necesidad" de la lucha armada, no solo para expulsar a los militares del poder, sino también para allanar el camino hacia la patria liberada y/o un futuro socialista. Muchos jóvenes argentinos, como otros tantos de toda América Latina en las décadas de 1960 y 1970, avalaban la lucha armada como medio para construir una sociedad totalmente nueva en el menor tiempo posible. Las cinco agrupaciones guerrilleras que salieron a la superficie hacia 1971 —cuando el

[1] Sobre la noción de cultura política, véase Sirinelli, "Éloge de la complexité", pp. 437 y 438.

[2] Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered*, p. 7.

último presidente de facto de la Revolución Argentina, el general Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973), inició negociaciones con el líder exiliado Juan Domingo Perón a fin de reinstituir el gobierno democrático— estaban compuestas principalmente por jóvenes de veintitantos años.

Sin la menor duda, el movimiento político que más se "benefició" con la politización de los jóvenes fue el peronismo. Fue en el peronismo donde los jóvenes se enmarcaron con mayor contundencia como actores políticos y donde la categoría de juventud ganó mayor preeminencia, y fue en el peronismo donde las disputas ideológicas y políticas se codificaron y representaron en un lenguaje generacional. La mayoría de los chicos y las chicas que bregaban por "integrarse con el pueblo" vieron en este movimiento el espacio natural para ese encuentro. Pero el encuadramiento de los jóvenes en tendencias revolucionarias de raigambre peronista distaba de ser natural. Hacia mediados de los años sesenta, Perón había llegado a la conclusión de que la "juventud" era imprescindible para superar los límites temporales de su movimiento. En consecuencia, convocó al "trasvasamiento generacional" con miras a infundir "sangre nueva" y vitalidad ideológica en el peronismo. Ese llamamiento al recambio ideológico y generacional permitió que muchos jóvenes lo concibieran como la encarnación de un movimiento para la "liberación nacional" y como vía nacional hacia el socialismo. A principios de los años setenta, la categoría misma de juventud también asumió una posición ideológica radicalizada que la acercó al peronismo a través de su identificación con Montoneros. La nueva interpelación generacional sirvió para codificar las batallas políticas e ideológicas en el seno del peronismo, cuyo voltaje aumentó tras las dos victorias electorales de 1973, cuando Perón accedió a su última chance de asumir la presidencia, que ejerció hasta el día de su muerte, el 1° de julio de 1974. Las disputas internas dentro del movimiento cobraron la forma de una dramática novela familiar, en cuya trama los "jóvenes" bregaban por compartir el poder con los "viejos", y ambos dependían de la autoridad que emanaba de la única figura paterna: Perón.

El mayo argentino y la politización de la juventud

En julio de 1969, Perón comparó el Mayo del 68 parisino con el mayo del 69 cordobés. Citó grafitis escritos en muros y carteles de París, des-

tacando uno que decía: "Ustedes son las guerrillas contra la muerte climatizada que ellos quieren vendernos con el nombre de porvenir". Perón creía que ese espíritu de lucha contra el conformismo cultural y político también era rampante entre los rebeldes de Córdoba. Augurando el inicio de una "revolución mundial", instaba a la juventud argentina a tomar la posta de las batallas que el peronismo había librado desde 1945: "No es poco, sin duda, lo que hemos hecho hasta ahora: les queda a ustedes 'el rabo por desollar'".[3] Para un creciente número de jóvenes, en su mayoría estudiantes, el mensaje del líder exiliado adquiría cada vez mayor importancia. Sin embargo, por irónico que parezca, solo unos pocos habrían estado de acuerdo con la comparación. Como protagonistas de las revueltas populares eslabonadas de Corrientes, Rosario y Córdoba, muchos jóvenes consideraban que su lucha no tenía punto de comparación con los eventos franceses. A diferencia de los europeos, los jóvenes del mayo argentino trataban de borrar sus indicadores de juventud, en especial su condición de estudiantes, en aras de fundirse con el "pueblo". Sin embargo, para la mayoría de los observadores, como para Perón, los acontecimientos de mayo irradiaban un significado inequívoco: el advenimiento de los jóvenes como actores políticos.

En 1968, la prensa argentina mantuvo a sus lectores informados sobre las revueltas que estallaban en todo el mundo, a la vez que manifestaba sorpresa ante la ostensible calma de la escena local. Los nombres de los líderes estudiantiles Rudi Dutschke y Daniel Cohn-Bendit adquirieron sonoridad familiar a fuerza de aparecer en reportajes periodísticos, mientras las imágenes de barricadas levantadas en una ciudad como París —que para las clases medias y altas de Argentina había representado siempre la cuna de la civilización— invadían las revistas de actualidad y los noticieros televisivos.[4] Los periodistas locales bregaban por explicar a sus lectores cómo y por qué estallaban las revueltas "estudiantiles". Algunos analistas hacían hincapié en ciertas actitudes que asociaban a una rebelión ética y escribían sobre el nuevo humanismo, la determinación de no amoldarse a una sociedad tecno-

[3] "Carta del General Perón", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 19, agosto de 1969, contratapa.

[4] Véanse, por ejemplo, "Dutschke y la Santísima Trinidad", en *Análisis*, núm. 372, 29 de abril de 1968, pp. 26 y 27, y "Fue expulsado de Francia Dani 'el Rojo'", en *Clarín*, 14 de junio de 1968, p. 2.

crática y la reivindicación de valores ligados al nacimiento de un "hombre nuevo". Otros observadores examinaban nuevos hábitos sexuales a la luz del ascendiente que había adquirido Herbert Marcuse entre los "jóvenes antiautoritarios" que luchaban contra la represión.[5] Asimismo, había periodistas que se escandalizaban al comparar esas imágenes del caos con la apatía de los estudiantes argentinos. ¿Cómo era posible que las aguas estuvieran tan calmas en la cuna del movimiento reformista que había conquistado la participación estudiantil en el gobierno universitario?, preguntaba uno de ellos. Y su respuesta aludía a la despolitización de la universidad como consecuencia de la brutal intervención militar que había llevado a cabo el régimen de Onganía en julio de 1966.[6] Sin embargo, lejos de amilanar a los estudiantes, la intervención de la universidad había intensificado y transformado su compromiso político.

En la segunda mitad de los años sesenta, las agrupaciones de estudiantes católicos y peronistas suplantaron al reformismo en el sitial de la preeminencia universitaria. Los grupos católicos habían comenzado a fortalecerse en universidades públicas y privadas a fines de los años cincuenta, pero su verdadero ímpetu llegó con las repercusiones del Concilio Vaticano II (1962-1965). A mediados de 1968, los universitarios "humanistas" de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la del Litoral confluyeron con los integralistas de Córdoba y el Nordeste en la Unión Nacional de Estudiantes (UNE). El presidente de la UNE declaró que el único requisito para afiliarse era "ser revolucionario", porque ser estudiante era "una anécdota": la intervención de Onganía había surtido el efecto benéfico de arrojar a los estudiantes en brazos del "pueblo proscripto", concluía el dirigente, en una clara referencia al peronismo.[7] En aquel encuentro con el "pueblo", estudiantes de origen marxista crearon

[5] "La rebelión de los estudiantes", en *Análisis*, núm. 371, 22 de abril de 1968, pp. 52-55; "La crisis francesa", en *Clarín*, 24 de mayo de 1968, p. 10; "Francia no retoma la normalidad", en *Clarín*, 25 de junio de 1968, p. 10; "Los mil ojos del Dr. Marcuse", en *Primera Plana*, núm. 283, 28 de mayo de 1968, p. 61.

[6] "La segunda revolución francesa", en *Primera Plana*, núm. 283, 28 de mayo de 1968, p. 25. Véanse también "Los estudiantes rebeldes", en *Siete Días*, núm. 57, 11 de junio de 1968, pp. 24-27; "Argentina. Poder estudiantil", en *Primera Plana*, núm. 285, 11 de junio de 1968, pp. 53-56. Sobre la intervención militar, véase el capítulo 1 de este libro.

[7] "La semana estudiantil", en *Semanario CGT*, núm. 17, 22 de agosto de 1968, p. 5; "Los estudiantes y el evangelio de la violencia", en *Panorama*, núm. 68, 13 de agosto de 1968, p. 14.

el Frente de Estudiantes Nacionales (FEN), una instancia clave en la "peronización" del movimiento universitario.[8] Ya fueran católicos, peronistas o marxistas, los grupos más prominentes rechazaban lo que percibían como legados emblemáticos del reformismo: el foco en la universidad como espacio desde donde generar proyectos de reforma social y el preconcepto según el cual la democratización universitaria allanaría el camino hacia la democratización del país. En junio de 1968, en ocasión del Cincuentenario de la Reforma, mientras la UNE celebraba "el fin del sueño de la universidad como una isla democrática", los estudiantes del FEN y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) llegaban a conclusiones más perentorias: "La Reforma fue, en sus inicios, un eslabón importante en el movimiento de las reformas democráticas iniciadas por Yrigoyen", el primer presidente electo con la ley del voto secreto, universal y obligatorio. "Con el paso del tiempo, sin embargo, los reformistas se fueron aislando en la Universidad", denunciaba el volante. La reforma era "el pasado": ahora era "imperativo" que los estudiantes crearan "puentes con el pueblo".[9]

Los estudiantes católicos también anhelaban tender estos puentes. A la par de sus organizaciones específicas, los más radicalizados tomaban como punto de referencia la revista *Cristianismo y Revolución*. Creada en 1966 por el exseminarista Juan García Elorrio, la nueva publicación anunció sus objetivos generales en la primera columna editorial:

> Esto es lo que pretendemos reflejar: el sentido, la urgencia, las formas y los momentos del compromiso de los cristianos con la Revolución. [...] Esta Revolución, aunque a veces necesariamente violenta por la dureza del corazón, no es desesperada: es la única manera de rescatar para la Humanidad la Esperanza y el Amor. Ya estamos en camino.

En las páginas de *Cristianismo y Revolución* —que llegaba a no menos de cuarenta mil lectores— abundaban los informes sobre la situación del Vietnam arrasado por la guerra. Ese tema era insoslayable porque, como predijo otra columna editorial,

8 "Córdoba", en *Semanario CGT*, núm. 20, 12 de septiembre de 1968, p. 2.

9 "La Reforma, los estudiantes y las luchas populares", volante de la FEN, junio de 1968; "1968. Cincuentenario de la Reforma", volante del PRT, junio de 1968, caja c9/5-2, Colección Movimiento Estudiantil, CeDInCI.

> la sangre y la muerte de los vietnamitas es el precio que todos los hombres pagamos por la Liberación. Ahora en Vietnam; después será en América Latina. El Vietnam de la próxima década es América Latina. Somos todos nosotros. Son los compañeros tucumanos y los mineros de Bolivia y Chile, son los trabajadores y los pobres de toda América.

La revista también difundía textos de los curas locales que habían fundado el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Además, *Cristianismo y Revolución* era el nexo de los veintitantos militantes que formaron el Comando Camilo Torres, vertiente fundacional de la organización armada Montoneros.[10] El comando llevaba el nombre de un sacerdote colombiano que se hizo guerrillero (y fue asesinado en 1966), una figura inspiradora para los colaboradores y lectores de la revista. En su segundo número, por ejemplo, *Cristianismo y Revolución* publicó "Mensaje a los estudiantes", un texto en el que Camilo Torres advertía lo siguiente a sus destinatarios:

> Los estudiantes son un grupo de privilegiados en todo país subdesarrollado. [...] Es necesario que la convicción revolucionaria del estudiante lo lleve a un compromiso real [...] a participar de las penurias económicas y de la persecución social [que sufren] los obreros y campesinos. Entonces, el compromiso con la revolución pasa de la teoría a la práctica. [...] Si ellos *"ascienden a la clase popular"*, sin ninguna clase de paternalismo, con el ánimo más de aprender que de enseñar, podrán juzgar objetivamente el momento histórico.

Parafraseando a Camilo Torres, el Movimiento Ateneísta de Santa Fe instaba a sus miembros a comprender de primera mano la situación de "los oprimidos por este sistema", en lugar de enterarse de cómo era el proletariado solo "leyendo o discutiendo ideológicamente":

> El movimiento estudiantil [...] debe dejar de situarse dentro de la Universidad y desde ahí mirar hacia afuera; debe integrarse al pueblo, a sus nece-

[10] Juan García Elorrio, "El signo revolucionario", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 1, septiembre de 1966, p. 23 (continuación de p. 2); "La misma guerra", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 6-7, abril de 1968, p. 2. Sobre los vínculos de la revista con los futuros guerrilleros, véanse Lenci, "La radicalización de los católicos..."; Donatello, *Catolicismo y Montoneros*, y Campos, *Cristianismo y Revolución*.

sidades, abandonar su situación de privilegio, no convertir sus luchas específicas en un arma para cimentar ese privilegio.[11]

La articulación entre los nuevos grupos estudiantiles y el "pueblo" cristalizó en diversas iniciativas políticas, pero sobre todo en la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA). La CGTA nació en marzo de 1968, como resultado de la división que se había abierto en el movimiento obrero por la diferencia de posiciones frente al régimen de Onganía. En ella confluyeron los sindicatos que representaban a los trabajadores más afectados por las políticas económicas del gobierno de facto y los que hacía tiempo rechazaban la tendencia burocrática del sindicalismo.[12] Bajo la conducción de Raimundo Ongaro —ferviente católico y peronista, representante de los trabajadores gráficos—, la CGTA llamaba a crear una alianza opositora de base obrera, democrática y anticapitalista. Aunque fue bastante efímera, la experiencia sirvió como punto de encuentro entre la clase trabajadora y el conjunto de artistas, intelectuales, profesionales y estudiantes radicalizados. Además de participar en la comisión permanente "obrero-estudiantil", el FEN y la UNE se reunían en las sedes sindicales de Córdoba, Buenos Aires y Rosario, colaboraban con la prensa de la CGTA y ayudaban en tareas administrativas. Tan fuerte era la identificación que inspiraba esta experiencia de organización obrera en los nuevos grupos estudiantiles que los "burócratas sindicales" la apodaron burlonamente "CGT de los estudiantes".[13]

Cuando estallaron las revueltas mundiales de 1968, los estudiantes argentinos cuestionaron tanto el "estatus" social como la política universitaria de sus pares europeos. En sintonía con los estudiantes mexicanos y brasileños de izquierda, los argentinos no tuvieron en cuenta que sus homólogos europeos también bregaban por "tender puentes" que los unieran con la clase obrera, como lo evidenciaban las movilizaciones

[11] Camilo Torres, "Mensaje a los estudiantes", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 2-3, noviembre de 1966, p. 19 (las cursivas pertenecen al original); "Movimiento Ateneísta de Santa Fe", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 14, abril de 1969, pp. 30 y 31.

[12] Véase Brennan, *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976*, pp. 123-134.

[13] "Junio, movilización popular", en *Semanario CGT*, núm. 6, 6 de junio de 1968, p. 1; "La CGT de los estudiantes", en *Siete Días*, núm. 61, 7 de julio de 1968, pp. 18 y 19. Ana Longoni y Mariano Mestman han estudiado el trabajo de los grupos artísticos en el seno de la CGTA; véase *Del Di Tella al "Tucumán Arde"*, pp. 24-30.

parisinas o las ocupaciones conjuntas de universidades y fábricas en Turín.[14] Aunque hoy, en su mirada retrospectiva, los protagonistas de la época reconocen un nexo entre el movimiento mexicano o el mayo argentino y la ola de rebeliones mundiales mayoritariamente juveniles, los jóvenes de 1968 y 1969 no solo negaban esa relación, sino también, en muchos casos, rehusaban admitir siquiera la existencia de algún punto en común.[15] En 1968, por ejemplo, cuando una revista muy popular sondeó las opiniones de los jóvenes argentinos sobre la "revuelta juvenil" europea, muchos respondieron que no compartían las demandas de esos estudiantes porque estaban centradas "en sus problemas propios". Otro sondeo, en este caso sobre la difusión de Marcuse entre los jóvenes argentinos, reveló que la influencia del filósofo europeo era "mínima". Los entrevistados incluso disentían con él en la idea de que el movimiento estudiantil desempeñara un papel revolucionario en las sociedades donde la clase obrera hubiera perdido su función vanguardista. "Si eso funciona para Europa —expresó un estudiante—, no es así para América Latina." Durante las revueltas del mayo argentino, Julio Bárbaro, dirigente de la UNE, fue aún más enfático: "Para la muchachada que hoy sale a la calle, sus padres históricos son el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Nos importan un bledo Marcuse y Marx. Solo el pueblo es el eje histórico de la emancipación".[16] Roberto Grabois, su colega del FEN, había expresado lo mismo de otra manera seis meses antes: "Los estudiantes apoyarán la Revolución de los Trabajadores. Quienes piensan que los trabajadores deben apoyar la revolución de los estudiantes seguirán soñando en París mientras la historia se gesta en [el suburbio fabril de] Avellaneda, en Tucumán y en cada barrio y provincia de la patria".[17] "Nuestras" luchas no podían ser como las europeas: "aquí" los estudiantes debían seguir a los trabajadores.

14 Sirinelli, *Mai 68*. Sobre la recepción de los acontecimientos franceses en Argentina, véase Tarcus, "El Mayo argentino"; sobre otros países latinoamericanos, véase Gould, "Solidarity under Siege".

15 Taibo II, *68*; Sarlo, *Tiempo pasado*.

16 "Made in France", en *Gente*, núm. 152, 20 de junio de 1968, pp. 5-7; "Marcuse, el nuevo profeta de la izquierda", en *Panorama*, núm. 73, 17 de septiembre de 1968, p. 82; "Estudiantes, los fantasmas tienen nombre", en *Panorama*, núm. 110, 3 de junio de 1969, p. 14.

17 "Hablan los dirigentes estudiantiles", en *Semanario CGT*, núm. 33, 12 de diciembre de 1968, p. 3.

Sin embargo, en mayo de 1969, cuando estallaron las revueltas populares concatenadas de Corrientes, Rosario y Córdoba, los estudiantes actuaron como la fuerza conductora durante la mayor parte de ese mes, acompañados por los trabajadores y amplios segmentos de la población local. A diferencia de las reivindicaciones culturales, políticas y antiautoritarias que sus pares de Francia, Italia y Alemania habían combinado en un novedoso repertorio de acción colectiva, los estudiantes argentinos no se valieron expresamente de una retórica generacional ni cuestionaron los mecanismos heredados para procesar la autoridad y el poder en el sistema educativo o en el seno de la familia.[18] El hilo conductor del mayo argentino fue político, aunque se haya articulado en torno a demandas económicas y sociales. La intensidad de las revueltas expuso a plena luz del día un descontento de profundo arraigo respecto del orden político que había proscripto la representación de las mayorías desde 1955 y había clausurado todos los canales políticos desde 1966. En lo inmediato, el detonante del estallido fue la política represiva impuesta por el régimen de Onganía, que en las jornadas de mayo escaló de manera brutal. Con escasas excepciones, los estudios sobre el mayo argentino se enfocan en la revuelta de Córdoba, que pronto fue bautizada con el nombre que la inmortalizó: "el Cordobazo". Tal como señala en su análisis canónico el sociólogo Francisco Delich, la violencia y la determinación de los trabajadores cordobeses (los "mejor pagados del país") fueron tan inesperadas como virulentas, e iluminaron los cambios que se habían operado en la composición, la praxis y la ideología de la clase obrera local.[19] Sin embargo, la insistencia en estudiar el Cordobazo con referencia a cambios acaecidos en esa provincia a lo largo de un período más extenso oblitera el hecho de que en realidad fue el último eslabón —y el más explosivo— de una cadena de revueltas populares. Si reconstruimos la secuencia entera del mayo argentino siguiendo el hilo de las interacciones entre el activismo popular, las reacciones del gobierno y la cobertura de los medios, veremos con claridad que los términos "juventud" y "rebelión" quedaron asociados en el discurso público a partir de esas jornadas.

[18] Sobre las demandas y acciones del "68" en Europa, véase Siegfried, "Understanding 1968".

[19] Delich, *Crisis y protesta social*. Véase un análisis de Delich en Brennan, *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976*.

El mayo argentino comenzó en la provincia de Corrientes, más exactamente en la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE). Esta casa de estudios, creada en 1959, era una de las universidades nacionales más pequeñas (con siete mil alumnos en 1969) y una de las únicas tres cuyas autoridades no se habían opuesto a la intervención militar de 1966. Entre los estudiantes, en cambio, la oposición a Onganía era galopante. Algunos habían comenzado a movilizarse ya en 1968 contra el "limitacionismo", es decir, el intento de restringir el ingreso a la universidad por medio de aranceles o exámenes eliminatorios. Los estudiantes católicos denunciaron que el limitacionismo formaba parte de un proyecto más abarcador, pergeñado por Rudolph P. Atcon, "un verdadero boina verde de la educación y viejo empleado de las agencias estatales yanquis", que había viajado de incógnito al país, "invitado por el gobierno argentino", con el propósito de "imponer la meta norteamericana para nuestro continente", es decir:

> Mandar a los militares a Panamá para aprender lucha antiguerrillera y enviar a los civiles de las minorías privilegiadas a universidades locales equipadas para impartir una cuidadosa formación antinacional, antipopular, adecuada a las necesidades de los Estados Unidos y no a las necesidades reales de América Latina.[20]

En abril de 1969, no solo los católicos de izquierda sino muchos otros grupos se congregaron para protestar contra un problema bastante más localizado: el anuncio de un aumento exorbitante en los precios del comedor universitario. Los estudiantes improvisaron comedores populares y convocaron a asambleas en la sede de la CGTA y en parroquias locales. A principios de mayo, decidieron hacer marchas silenciosas a raíz de que el rector se negaba a recibirlos. El día 15, la policía arrestó a decenas de estudiantes, allanó sus viviendas, abrió fuego contra algunos grupos que intentaban reconcentrarse y asesinó al alumno de Medicina Juan José Cabral, de 19 años.[21] El estallido de furia popular que provocó la muerte de Cabral recrudeció aún más ante las desafortunadas

[20] "Los integralistas junto al pueblo", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 17, junio de 1969, p. 5; "Una visita que huele feo", en *Semanario CGT*, núm. 32, 5 de diciembre de 1968, p. 3.

[21] "Muere un estudiante en Corrientes", en *Clarín*, 16 de mayo de 1969, p. 32.

declaraciones del ministro del Interior, quien acusó a los estudiantes de trabajar para "extremistas profesionales".[22]

Los acontecimientos iniciados en Corrientes visibilizaron el hecho de que la represión era el único método del régimen para lidiar con el disenso —rampante en amplios segmentos de la población argentina—, pero también demostraron la capacidad de los estudiantes para forjar alianzas efectivas con el "pueblo". Esas alianzas fueron aún más exitosas en Rosario, hacia donde se trasladó el epicentro de la revuelta popular entre el 17 y el 22 de mayo. El 17 de mayo, unos cuatrocientos estudiantes se congregaron en el comedor de la universidad local para marchar hacia el centro de la ciudad. La policía persiguió a un grupo de dos chicas y un varón hasta una galería de locales comerciales, donde abrió fuego contra el estudiante de Derecho Adolfo Ramón Bello, de 22 años, quien murió poco después en el hospital. El gobernador y el comisario en jefe alegaron que el grupo de Bello había amenazado a los oficiales de policía, pero algunos testigos del hecho enviaron cartas a los diarios para desmentir la acusación. Los estudiantes acordaron una protesta conjunta con los trabajadores de la CGTA para el 21 de mayo, que recibió amplio apoyo de casi todas las asociaciones gremiales, profesionales y empresariales de Rosario.[23] Ese día marcharon unos cuatro mil estudiantes secundarios y universitarios, acompañados por trabajadores y otros vecinos de la ciudad. Los efectivos policiales obstruyeron el avance de los manifestantes, que en muchos casos optaron por organizar sentadas y corridas. Así lo describió Tomás Eloy Martínez en su crónica para *Primera Plana*:

> Durante dos horas, diez mil personas (esos paseantes distraídos) se reunieron, se disgregaron, volvieron a reunirse, hostigando a las tropas aquí y allá, ágiles como un coro de relámpagos. Los habitantes de Rosario empezaban a divertirse. Se veía a damas de sesenta años regalar botellas de nafta y a chiquillos gritar "¡Asesinos!" desde las azoteas, cada vez que divisaban a un policía.

22 "Borda habló de Corrientes", en *Clarín*, 16 de mayo de 1969, p. 21; "Los sucesos de Corrientes", en *Clarín*, 18 de mayo de 1969, p. 32; "El Ministro Borda está tranquilo", en *Análisis*, núm. 427, 20 de mayo de 1969, pp. 9-11.

23 "Muere un estudiante en Rosario", en *Clarín*, 18 de mayo de 1969, p. 31; "Realízanse manifestaciones", en *Clarín*, 20 de mayo de 1969, p. 21; "Estudiantes, los muertos mandan", en *Panorama*, núm. 108, 20 de mayo de 1969, pp. 6 y 7, y comunicados de prensa citados en Beba Balvé y Beatriz Balvé, *El '69*, pp. 263-273.

En uno de estos episodios, la policía asesinó de "un balazo a mansalva, en plena espalda", al estudiante y obrero metalúrgico Luis Norberto Blanco, de apenas 15 años.[24] Cuando la noticia se difundió por la ciudad, la revuelta recrudeció. Las fogatas y barricadas se prolongaron hasta las 2 de la mañana, cuando Rosario fue declarada "zona de emergencia bajo control militar", con pena de muerte para quienes incurrieran en el delito de "resistencia a la autoridad". El 23 de mayo, la ciudad amaneció paralizada por una huelga general con alto acatamiento de los habitantes, en abierto desafío a las medidas del gobierno.[25]

La *pax* del régimen —hasta entonces su principal fuente de legitimidad, como garante autoproclamado del orden social— había estallado en mil pedazos a raíz de una crisis iniciada por los estudiantes. Algunos periodistas entrevistaron a los dirigentes estudiantiles a fin de averiguar si las revueltas habían sido espontáneas o preparadas. Los líderes de la UNE y el FEN admitieron que, al menos en Rosario, los militantes de base habían desbordado a la dirigencia en el afán de "apedrear a la policía". Trayendo a colación el Mayo francés para contrastarlo con los episodios argentinos, señalaron —no sin razón— que "allá no murió gente en la calle, como pasó aquí y en México [...] Lo nuestro es diferente: no peleamos por la universidad, peleamos por y junto al pueblo".[26] De hecho, en la evaluación inmediatamente posterior al masivo levantamiento rosarino, donde el "pueblo" se había sumado a una protesta iniciada por los estudiantes, casi todos los dirigentes universitarios lo juzgaron insuficiente: el movimiento estudiantil aún no había adquirido "el carácter de lucha popular" capaz de conducir a la "liberación nacional". Según el representante maoísta de un frente de izquierda, "la condición para que se generalicen [las luchas de los estudiantes] es la dirección obrera hegemónica. Hasta entonces los brotes serán aislados y corren el peligro de ser aprovechados por la oposición que no ataca las raíces del sistema". Con las correspondientes variaciones, el vocero de los grupos que tomaban "al peronismo como punto de partida para el proceso revolucionario" hizo una evaluación similar: "El enfrentamiento, a partir de la radi-

[24] Tomás Eloy Martínez, "La sublevación de los rosarinos", en *Primera Plana*, núm. 335, 27 de mayo de 1969, pp. 18 y 19; véanse otras crónicas en "La rebelión universitaria", en *Siete Días*, edición especial, 26 de mayo de 1969.

[25] "La semana trágica de Juan Carlos Onganía", en *Primera Plana*, núm. 335, 27 de mayo de 1969, pp. 8-11.

[26] "Los frutos de la violencia", en *Análisis*, núm. 428, 27 de mayo de 1969, pp. 6 y 7.

calización, se encauzará naturalmente tras el peronismo como fuerza de vanguardia. [Los dirigentes estudiantiles aportaremos] al proceso iniciado, sin pretensiones de conducción, porque tenemos confianza en la conducción de la clase trabajadora".[27] En sintonía con el lema que guiaba a la militancia estudiantil, los dirigentes universitarios minimizaban las protestas lideradas por los estudiantes. Tanto para ellos como para casi todos los observadores de entonces y de hoy, el punto de inflexión sería el Cordobazo.

El Cordobazo se distinguió de los sucesos precedentes por el liderazgo de la clase obrera en la revuelta popular. Tal como han observado varios estudios académicos, las causas inmediatas que detonaron la participación masiva de los trabajadores fueron demandas relacionadas con las condiciones laborales, que a su vez abrieron una válvula de escape para los más diversos reclamos de los sindicatos.[28] Tras una serie de paros parciales, los obreros de Córdoba anunciaron una huelga general para el 29 de mayo. Luego de celebrar asambleas masivas (de hasta ocho mil personas) para debatir sobre la conveniencia y el modo de participación, la mayoría de los estudiantes también salió a las calles ese día.[29] La cronología habitual del Cordobazo divide la jornada en tres etapas. En la primera (hasta el mediodía) se destacó la presencia de las bases sindicales acompañadas por las fuerzas estudiantiles. Multitudinarias columnas de trabajadores, en su mayoría provenientes de las automotrices suburbanas, marcharon hacia el centro de la ciudad. A la cabeza iban los dirigentes, entre los que se destacaba Agustín Tosco, el secretario general del sindicato Luz y Fuerza. En el embate represivo para impedir la llegada de las columnas a la plaza central, la policía abatió de un tiro al obrero Máximo Mena. La segunda etapa (la tarde) fue el momento de la rebelión generalizada, con la incorporación de segmentos más amplios de la población local a los huelguistas que se diseminaban por toda la ciudad. Los grupos de manifestantes se trabaron en lucha con la policía e incendiaron el Banco de Desarrollo, el

[27] "Dirigentes universitarios, después del desborde", en *Panorama*, núm. 109, 27 de mayo de 1969, pp. 8-11.

[28] Véanse Brennan, *Labor Wars in Córdoba, 1955-1976*, cap. 5, y Gordillo, *Córdoba en los '60*, cap. 6.

[29] "Coordinación del movimiento estudiantil", en *La Voz del Interior*, 23 de mayo de 1969; Ramón Cuevas y Osvaldo Reicz, "El movimiento estudiantil", en *Los Libros*, núm. 21, agosto de 1971, p. 17.

Jockey Club y los locales de Citroën y Xerox, entre otros edificios emblemáticos de la "oligarquía" o propiedades de empresas imperialistas. La tercera etapa comenzó a las 5 de la tarde, cuando el gobierno resolvió militarizar la ciudad de Córdoba. A medida que la mayoría de los obreros abandonaba las calles, en algunos casos para esconderse de los militares, el epicentro fue desplazándose hacia los bastiones estudiantiles de los barrios Clínicas y Güemes, donde los manifestantes levantaron barricadas. Mientras los militares iban casa por casa durante la noche, algunos francotiradores del Comando Santiago Pampillón disparaban desde los techos, no con la idea de matar a los soldados sino para distraerlos. De los 14 muertos que dejó como saldo la jornada, solo uno era soldado: todos los demás eran obreros o estudiantes. También hubo 350 detenidos y 5.000 heridos.[30]

El Cordobazo fue el acontecimiento cardinal del mayo argentino, la sinécdoque de la rebelión en cadena: un suceso, como reflexiona el intelectual Carlos Altamirano, que adquirió muy pronto "la dimensión de mito", en el sentido de "un relato sostenido en un encadenamiento de imágenes, capaz de agrupar y activar fuerzas sociales, tocando, según los casos, los resortes de la esperanza y el entusiasmo". De este modo, "el Cordobazo se fijó muy pronto en una representación: había sido el esbozo, sin dirección revolucionaria, de la insurrección. Así, captada de acuerdo con un imaginario arcaizante, la protesta daba forma sensible a una expectativa que la precedía".[31] En lo que concierne a las repercusiones institucionales, el mes de mayo en general —y el Cordobazo en particular— asestaron un golpe de muerte a la Revolución Argentina. Tras el Cordobazo renunciaron todos los miembros del gabinete, aunque Onganía se abstuvo de hacerlo hasta junio de 1970, cuando Montoneros, en su bautismo de fuego, secuestró y ejecutó a Pedro Eugenio Aramburu, expresidente del gobierno de facto que había derrocado a Perón. Este acontecimiento es significativo porque ofrece una síntesis concisa de la dinámica política argentina hacia 1970. Los nuevos actores —los grupos guerrilleros— basaban parcialmente su legitimidad en las tres circuns-

[30] Esta crónica se basa en "Tiempo de conmoción", en *Análisis*, núm. 429, 3 de junio de 1969, pp. 6-8; "Córdoba, el camino de los errores", en *Confirmado*, núm. 207, 5 de junio de 1969, pp. 200 y 201; "La hora de la violencia", en *Primera Plana*, 3 de junio de 1969, pp. 10-17; "La violencia asistió a la cita", en *Panorama*, núm. 110, 3 de junio de 1969, pp. 6-11; "Mayo de corceles y de aceros", en *Siete Días*, núm. 108, 2 de junio de 1969, s. p.

[31] Altamirano, "Memoria del 69", pp. 9-13.

tancias fundamentales que salieron a la luz durante el mayo argentino: la determinación popular de luchar contra el régimen, los límites de la "insurrección" frente a la represalia de los militares y la violencia "desde arriba" que ellos aspiraban a contraatacar "desde abajo".[32] Si mayo de 1969 fue para los trabajadores la culminación de una conciencia "combativa" y de tradiciones de lucha que se remontaban a 1955, también inauguró una nueva era. En contraste con los "68" de México y Brasil, que terminaron en una represión trágica (como la Masacre de Tlatelolco) o en la promulgación de leyes represivas (como la infame Acta Institucional 5 o AI-5), el mayo argentino —como así también el "68 uruguayo"—[33] activó los engranajes de una movilización social protagonizada por nuevos actores políticos: los guerrilleros, por supuesto, pero en sintonía con la politización de una nueva cohorte de jóvenes militantes.

Después del mayo argentino, la juventud pasó a ser el emblema de una nueva era política impulsada por el ideal de la revolución. Durante los años sesenta, diversos actores habían proyectado en la juventud sus esperanzas de marchar hacia el "auge de la racionalidad" en todas las esferas de la vida social, incluida la política, pero el imaginario de esa juventud prudente se desmoronó antes de 1970. Como señala el sociólogo Juan Carlos Torre, el Cordobazo dejó en claro que muchos jóvenes, tras la reiterada frustración de sus expectativas, ya no confiaban en "las instituciones como ámbitos para perseguir carreras [individuales]. El 'movimiento hacia el pueblo', que animará los pasos de los jóvenes de las clases medias en dirección del peronismo, estará, pues, penetrado por el desprecio a todo lo que la sociedad en la que habían crecido tenía para ofrecerles".[34] En verdad, la militancia estudiantil que emergió tras el golpe de 1966 ya había iniciado su "movimiento hacia el pueblo" mucho antes del mayo argentino, circunstancia que tal vez ayude a explicar el alcance y la intensidad de ese suceso culminante. En todo caso, la era política gestada al calor del mayo argentino generalizó ese movimiento previo e identificó a la juventud como categoría política clave —y a los jóvenes como actores cruciales— de una pujante cultura política que asociaba Argentina al Tercer

[32] Véanse, por ejemplo, "Hablan los Montoneros", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 26, noviembre-diciembre de 1969, pp. 10-14; "A dos años del Cordobazo", en *Estrella Roja*, núm. 3, junio de 1971, p. 3.

[33] Véase Markarian, *El 68 uruguayo*.

[34] Juan Carlos Torre, "A partir del Cordobazo", pp. 256 y 257.

Mundo: y Argentina era una nación del "Tercer Mundo", tenía que liberarse por cualquier medio posible.

Parte del Tercer Mundo

En un nuevo capítulo introductorio a su *Sociología de la modernización* (1971), Gino Germani puso en tela de juicio los fundamentos que sustentaban la identificación de Argentina con el Tercer Mundo: a diferencia de los países asiáticos y africanos (su idea arquetípica del Tercer Mundo), Argentina era "una nación de clase media" según la escala internacional de la modernización y el desarrollo. El olvido de esta distinción —advertía Germani— redundaba en conclusiones ideológicas y políticas erróneas.[35] Fundador de la denominada "sociología científica" en la década de 1950, Germani también había popularizado algunas de las nociones más significativas a través de las cuales muchos ciudadanos de esa "nación de clase media" entendían las transformaciones socioculturales del país, comenzando por el concepto de "modernización". El panorama de 1970 no podría haber sido más auspicioso para el sociólogo italiano: los signos de la modernización parecían florecer en la urbanización estable de Argentina (el 65% de la población vivía en ciudades), en los crecientes índices de alfabetización (que llegaban al 82%) y en la expansión constante de la matrícula estudiantil, tanto secundaria como universitaria.[36] Era preciso hacer un esfuerzo considerable para situar a Argentina en los paradigmas característicos del Tercer Mundo. Entonces, ¿por qué ciertos jóvenes instruidos —algunos de los más beneficiados con la pertenencia a una "nación de clase media"— se empeñaban tanto en identificar a su país con aquella geografía?

Entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, la socialización política de los jóvenes argentinos transcurrió y se forjó al calor de una novedosa trama ideológica cuyo componente clave era la asimilación del país al Tercer Mundo. Los académicos suelen adscribir el auge de la "nueva izquierda" a lo largo de los años sesenta a la aceptación creciente de la lucha armada como medio para concretar la liberación

[35] Germani, *Sociología de la modernización*, pp. 12 y 14.
[36] *Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas, 1970*, vol. 1, p. 8; Torrado, *Estructura social de la Argentina*, pp. 265 y 266.

nacional y social, así como a los derroteros que siguieron los militantes e intelectuales de izquierda en sus reevaluaciones del movimiento peronista como vía potencial hacia el socialismo.[37] Si bien es cierto que ambas novedades desempeñaron un papel insoslayable, a menudo pasa desapercibida —o tal vez se naturaliza— la incidencia del paradigma tercermundista como zona de conjunción entre grupos políticos e ideológicos divergentes, que atribuían dos significados básicos a este marco conceptual. En primer lugar, la definición del Tercer Mundo como geografía política adjudicaba tanta importancia a la descolonización de Asia y África como a la necesidad de efectuar transformaciones similares en la América Latina "neocolonial", caracterizada como un territorio dependiente de los "centros imperialistas" desde el punto de vista económico y militar, pero a la vez, gracias al éxito del proceso revolucionario cubano, más consciente que nunca de sus oportunidades para alcanzar la liberación. En segundo lugar, las acepciones locales del concepto hacían hincapié en la magnitud y la intensidad de una opresión social que se apuntalaba en el uso sistémico de la violencia, por lo general bajo la forma de gobiernos militares. Ambas líneas argumentales situaban a Argentina en la geografía del Tercer Mundo.[38] El léxico del paradigma tercermundista, dominado por términos como "dependencia", "violencia sistémica" y "opresión social", se propagó rápidamente entre agrupaciones católicas, peronistas y marxistas que confluyeron en el territorio común de la nueva izquierda. La adopción de este enfoque también estableció un nexo entre la nueva izquierda local y sus homólogas de Francia o Italia, que habían abierto sus agendas programáticas al antiimperialismo y expresaban su solidaridad con los pueblos de Asia, África y América Latina, tal como lo demostró el panteón de héroes que presidió las manifestaciones de 1968.[39] La nueva izquierda local no se limitaba a expresar su solidaridad, sino que además reivindicaba la pertenencia de Argentina al Tercer Mundo por derecho propio.

Lejos de constituir un "error político e ideológico", la asimilación de Argentina al Tercer Mundo fue el crisol de una nueva cultura política cuya

[37] Hilb y Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980;* Terán, *Nuestros años sesentas;* Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda;* Tortti, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda.*

[38] Véase Manzano, "Argentina Tercer Mundo".

[39] Robert Frank, "Imaginaire politique et figures symboliques internationales", pp. 31-47; Giachetti, *Anni sessanta comincia la danza,* pp. 321-347.

capacidad movilizadora se relacionaba con el encauzamiento de emociones tales como la indignación. Como argumentan algunos antropólogos e historiadores de la cultura, la indignación es una emoción que se configura colectivamente y encierra el potencial de impulsar la acción política porque está ligada a los procedimientos que adoptan los grupos para trazar los límites de "lo insoportable". Su definición entraña la certeza de que se han vulnerado derechos básicos en una situación injusta cuya reparación es perentoria.[40] Dado que la definición de "lo insoportable" en Argentina implicaba demostrar la pertenencia al Tercer Mundo, muchos actores políticos y culturales —en un espectro que iba desde la CGTA hasta el PRT— se abocaron a denunciar los contrastes de una Argentina supuestamente cosmopolita y moderna que crecía al costo de perpetuar la extrema pobreza y la opresión social. Sacar a la luz esa Argentina "oculta" era una tarea impostergable. Tipificado en numerosos informes que difundía la prensa de izquierda, el foco en la Argentina "oculta" tal vez encuentre su mejor ejemplo en uno de los documentos más citados con referencia al proceso de radicalización política que marcó el último tramo de los años sesenta: el "Programa del 1° de Mayo" de 1968, un manifiesto de la CGTA redactado por el periodista y escritor Rodolfo Walsh. En el marco de una convocatoria a la movilización de un amplio bloque opositor para combatir "al imperialismo, los monopolios y el hambre", el texto caracterizaba la situación del país enumerando aspectos como los siguientes:

> El índice de mortalidad infantil es cuatro veces superior al de los países desarrollados, veinte veces superior en zonas de Jujuy, donde un niño de cada tres muere antes de cumplir un año de vida. Más de la mitad de la población está parasitada por la anquilostomiasis en el litoral norteño; el cuarenta por ciento de los chicos padecen de bocio en Neuquén; la tuberculosis y el mal de Chagas causan estragos por doquier. La deserción escolar en el ciclo primario llega al sesenta por ciento; al ochenta y tres por ciento en Corrientes, Santiago del Estero y el Chaco [...] No queda ciudad en la República sin su cortejo de villas miseria, donde el consumo de agua y energía eléctrica es comparable al de las regiones interiores del África.[41]

[40] Fassin y Bourdelais, "Les frontières de l'espace moral"; Prochasson, "Le socialisme des indignées".

[41] "Programa del 1° de Mayo. Mensaje a los trabajadores y al pueblo", en *Semanario CGT*, núm. 1, 1° de mayo de 1968, p. 1.

Frente a semejante panorama, ¿quién podía sostener que Argentina fuera un país en vías de modernización? Los militantes e intelectuales de la CGTA, como muchos actores de otros espacios, bregaban por instalar estas contradicciones en el foco de la atención política. La utilización de metáforas y descripciones hiperbólicas (como "comparable al de las regiones interiores del África") respondía al objetivo implícito de persuadir a los escépticos sobre la pertenencia del país al Tercer Mundo y la urgente necesidad de ponerse en acción. Desde el *Semanario* de la CGTA hasta *El Combatiente* del PRT, la prensa de izquierda abundaba en informes sobre los trabajadores de las zonas rurales, que denunciaban, por ejemplo, las pésimas condiciones de vida, salud y vivienda de los cañeros, los hacheros, los cosecheros de algodón y los habitantes de las "villas miseria".[42] Los autores de los informes aplicaban los métodos y las herramientas de la "sociología científica" en aras de refutar la narrativa modernizante de Germani y sus colegas u otros observadores afines. Por ejemplo, a modo de réplica para los académicos y periodistas que ponderaban la expansión de la matrícula universitaria como signo de la modernización sociocultural argentina en contraste con otros países latinoamericanos, *Semanario* argumentó en una serie de artículos que dicha expansión no solo se había estancado después de 1966, sino que antes había servido para encubrir una tendencia más profunda:

> Existen casi dos millones de argentinos analfabetos. En algunas provincias, Sgo. del Estero y Corrientes por ejemplo, el analfabetismo llega al 28% y 31%, respectivamente. El 60% de los alumnos primarios y el 50% de los secundarios no completan sus ciclos escolares, o sea que 9 millones de argentinos carecen de enseñanza media.[43]

Las estadísticas acentuaban un "efecto de contraste" que apuntaba a revelar con mayor nitidez las desigualdades estructurales resultantes de

[42] "¿Al gran pueblo argentino, salud?", en *Semanario CGT*, núm. 5, 30 de mayo de 1968, p. 2; véanse también "La explotación de los obreros rurales", en *Semanario CGT*, núm. 12, 22 de julio de 1968, p. 4; "500.000 argentinos amenazados de exterminio", en *Semanario CGT*, núm. 39, 20 de febrero de 1969, p. 2; "Represión en Santiago", en *El Combatiente*, núm. 64, 29 de noviembre de 1971, p. 3; "Luchas campesinas. El Chaco", en *El Combatiente*, núm. 68, 12 de febrero de 1972, p. 11.

[43] "La universidad para ricos", en *Semanario CGT*, núm. 24, 10 de octubre de 1968, p. 7; "Educación: más analfabetos para honrar a Onganía", en *Semanario CGT*, núm. 30, 21 de noviembre de 1968, p. 2.

la situación "neocolonial", e ipso facto promover el activismo más allá de las grandes urbes como Buenos Aires, Rosario o Córdoba.

La provincia de Tucumán era el indicador más emblemático de la pertenencia argentina al Tercer Mundo y un centro gravitatorio para la militancia política y cultural: funcionaba como una suerte de vitrina que exhibía a la vez las calamitosas políticas económicas de Onganía y la capacidad de la CGTA para articular el descontento político a escala nacional. Una de las primeras medidas económicas del régimen, a fines de 1966, fue la cancelación de los subsidios a los ingenios de azúcar. Los nuevos funcionarios adujeron razones de eficiencia, pero el resultado más inmediato fue el incremento del desempleo entre los ya empobrecidos trabajadores azucareros. Fieles a su tradición sindicalista combativa (el PRT los consideraba la vanguardia revolucionaria de Argentina), los azucareros tucumanos respondieron con huelgas de hambre y movilizaciones, en cuya brutal represión la policía asesinó a la trabajadora Hilda Guerrero.[44] Tucumán también devino en un espacio simbólico clave para la interacción de proyectos artísticos y culturales. En 1968, un grupo artístico de vanguardia trabajó con sociólogos y críticos literarios en la realización de una célebre muestra llamada *Tucumán Arde*. En materiales visuales que colgaban de las paredes y el techo o se emitían en pantallas de televisión, *Tucumán Arde* combinaba datos estadísticos sobre salarios, alfabetismo y salud con imágenes y descripciones históricas de la producción azucarera. Expuesta en las sedes de la CGTA de Rosario y Buenos Aires, la muestra instiló "efectos de contraste" en los epicentros de la Argentina moderna, con el fin de revelar su realidad más "oculta" y —supuestamente— "más verdadera".[45]

Entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, los jóvenes tuvieron la oportunidad de interactuar con numerosos materiales culturales y políticos que revelaban el país "oculto", e incluso muchos decidieron ir literalmente a su encuentro. En 1970, el historiador y periodista Félix Luna denominó "neoturismo" a "la oleada de jóvenes peregrinos"

[44] "Tucumán: doloroso espejo del país", en *Semanario CGT*, núm. 5, 30 de mayo de 1968, p. 5; "La CGT dice presente", en *Semanario CGT*, núm. 8, 20 de junio de 1968, p. 4. Sobre el PRT, véase Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*, pp. 96 y 97.

[45] Longoni y Mestman, *Del Di Tella a "Tucumán Arde"*, pp. 146-193. El informe sociológico completo está en "Por qué arde Tucumán", en *Semanario CGT*, núm. 33, 12 de diciembre de 1968, p. 7.

que habían roto con el paradigma de las "vacaciones familiares" para explorar destinos fuera de lo convencional con el fin de "conocer lo nuestro". De acuerdo con Luna, esas multitudes de jóvenes viajaban movidas por una "ansiedad de conocer el país", aparejada a las "ganas de asumirlo y tratar de cambiarlo".[46] El prototipo del "peregrino" que había retratado Luna era la figura del mochilero. En 1966, la revista *Confirmado* publicó un artículo sobre los cincuenta mil mochileros (casi todos varones de 15 a 25 años) que habían desbordado los escasos espacios de acampe existentes en el país, e incluso sugirió la conveniencia de "establecer un carnet de identificación de mochilero" a fin de garantizar que "viajar a dedo" fuera "seguro para el muchacho" y también para "el automovilista".[47] De acuerdo con la *Encuesta nacional de turismo* de 1970 y 1971, el 10% de las chicas y los chicos de 18 a 25 años que habían viajado durante el verano desde Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Mendoza no lo habían hecho "en compañía de familiares" y la mitad tampoco había elegido los destinos convencionales (como la costa atlántica o Córdoba). El informe también contrastaba esas prácticas del turismo "tradicional" con imágenes de mochileros que saltaban de los trenes en Bariloche y San Miguel de Tucumán.[48] Además de ser las puertas de entrada a la Patagonia y el Noroeste respectivamente, estas dos ciudades representaban dos tipos divergentes de opciones estéticas, culturales y políticas: mientras que la mayoría de los jóvenes atraídos por los movimientos contraculturales viajaba rumbo a la Patagonia, los que avanzaban en su compromiso con la política revolucionaria solían optar por el Noroeste.

El Noroeste ya era un importante destino turístico, pero para los jóvenes de los años sesenta y setenta había adquirido una nueva relevancia cultural y política: el mismísimo Ernesto "Che" Guevara había atravesado el corredor noroccidental (Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy) en 1950, antes de su primer gran viaje latinoamericano, en busca de "revelaciones sobre los aspectos ocultos de la realidad social".[49] A lo largo de las décadas siguientes, miles de jóvenes —sobre

[46] Félix Luna, "El neo-turismo", en *Clarín*, 19 de febrero de 1970, p. 44.
[47] "50 mil mochilas invaden el verano", en *Confirmado*, núm. 76, 1° de diciembre de 1966.
[48] *Encuesta nacional de turismo 1970-1971*, Presidencia de la Nación, 1972, pp. 17, 39 y 59-62.
[49] Elena, "Point of Departure", p. 27. Sobre el Noroeste como destino turístico, véase Chamosa, *The Argentine Folklore Movement*.

todo de clase media— salieron al encuentro de revelaciones similares. Una estudiante de Historia entrevistada en 1968 para una nota periodística sobre mochileros aseveró con entusiasmo que el viaje por la región había ampliado su bagaje de conocimientos sobre el país, en especial los que se relacionaban con sus habitantes "más humildes". En 1971, un grupo de estudiantes de La Plata llegó a la misma conclusión al evaluar su derrotero, que había incluido paradas "en todos los pueblitos" desde Tucumán hasta Jujuy.[50] Cacho Narzole también recuerda de esa manera los dos viajes al Noroeste que realizó por entonces en compañía de su novia: "La cautivante belleza que descubríamos en los paisajes —relata— contrastaba con una estremecedora realidad social de pobreza extrema y explotación inhumana".[51] Hugo Macchi, un joven tucumano de clase media, había experimentado una conmoción similar en un itinerario que incluyó Bolivia y Perú: "Cuando comenzó a leer y a descubrir la crisis del sistema capitalista, [Hugo] viajó por Argentina y a otros países hermanos para comprobar la miseria y la dependencia de nuestra Latinoamérica".[52] Para Hugo y para Cacho, como para innumerables coetáneos, estas experiencias fueron momentos decisivos del viaje iniciático que los condujo a la militancia revolucionaria: ambos se sumaron al PRT.

La dimensión política era evidente en otro tipo de viaje que emprendieron muchos jóvenes. En un clima marcado por el creciente compromiso de los católicos con la justicia social, cientos de chicos y chicas —algunos recién egresados del secundario— viajaron a las regiones más empobrecidas del país, como el Noroeste y el Nordeste, para llevar a cabo proyectos de trabajo social. Un buen ejemplo es el viaje que emprendieron en el verano de 1966 los integrantes del Comando Camilo Torres (incluidos algunos de los futuros miembros fundadores de Montoneros) a un pueblito del norte santafesino, con el propósito de alfabetizar adultos, enseñar el Evangelio a los niños y ayudar a los trabajadores en sus labores cotidianas.[53] Otros estudiantes católicos desarrollaron tareas similares con los hacheros de la misma región, en el marco de un Cam-

[50] "La importancia del dedo pulgar", en *Siete Días*, núm. 91, 2 de febrero de 1969, p. 56; "Con el verano en la mochila", en *Clarín*, 19 de diciembre de 1971, pp. 10-14.

[51] Narzole, *Nada a cambio*, pp. 17 y 18.

[52] "Hugo Macchi", en *Estrella Roja*, núm. 64, 17 de noviembre de 1975, p. 4.

[53] Véanse el testimonio de Graciela Daleo en Anguita y Caparrós, *La voluntad*, vol. 1, pp. 26-29.

pamento Universitario de Trabajo. Ya de regreso a la facultad, evaluaron su convivencia diaria con los hacheros como "una clase acelerada sobre el hambre y [las privaciones], sobre la naturaleza de la dependencia y el neocolonialismo".[54] Pero los estudiantes universitarios católicos de clase media no eran los únicos jóvenes que viajaban en busca de estas experiencias. En un extremo del espectro social, Alejandro, por entonces un adolescente de la clase alta cordobesa, recuerda que en su época del secundario pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de sus "iguales": con ellos jugaba al rugby, iba a fiestas los fines de semana o compartía otras actividades diarias. Después comenzó a desarrollar una "conciencia social" y —aunque no era muy religioso— decidió viajar con un sacerdote a un pueblito de Misiones apenas egresó de la escuela, en el verano de 1967. "Ser testigo de tanta pobreza y de tanto sufrimiento me volvía loco —escribió en sus memorias—. Me llenaba de una bronca visceral, profunda y desesperada." Esa fue la experiencia que lo convenció para dejar atrás la vida de niño rico y sumarse a la filas del PRT.[55] En el otro extremo del espectro social, José, un chico de clase obrera que en 1970 viajó con sus compañeros de la parroquia a Santiago del Estero; décadas más tarde aún recuerda que "en aquel pueblito no había nada: ni médico, ni agua potable, ni gas, ni electricidad. La gente trabajaba sin descanso y a duras penas conseguía algo para que sus hijos se llevaran a la boca". Al igual que otros viajeros de la época, José describe su experiencia como una epifanía: "Lo menos que puedo decir es que fue una clase práctica de injusticia social".[56] Para él y sus compañeros, esos viajes no eran solo una instancia de pedagogía política, sino también una evidencia incontestable de las condiciones que situaban a Argentina en el Tercer Mundo.

Las perspectivas tercermundistas no solo se forjaban y transmitían a través de los viajes, sino además por medio de prácticas culturales que alteraban el tradicional europeísmo académico del país. En el politizado

[54] "Asomarse a las provincias", en *Vivir en Familia*, núm. 62, noviembre de 1968, s. p.; véanse relatos similares en "Informe especial. Los hacheros", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 8, julio de 1968, pp. 5-13; "Corrientes", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 9, septiembre de 1968, pp. 9-11; "Tucumán. Informe de la Asociación de Estudios Sociales de Córdoba", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 10, octubre de 1968, pp. 7-11; Mauricio Fontan, "Informe sobre el Noroeste Argentino", en *Antropología 3er Mundo*, año 1, núm. 1, mayo de 1969, pp. 14-26.

[55] Ferreyra Beltrán, *Memoria de los vientos*, pp. 14-20.

[56] Entrevista con José C.

Departamento de Sociología de la UBA, por ejemplo, una cohorte de profesores dictaba las "cátedras nacionales" y había creado la revista *Antropología 3er Mundo* con el propósito de cuestionar el sesgo eurocéntrico y las teorías de la modernización que guiaban a Germani y otros académicos en sus interpretaciones del pasado y el presente del país. Estos profesores daban materias como Historia de las Luchas Populares, con bibliografía de Frantz Fanon y de "pensadores nacionales", desde Juan José Hernández Arregui hasta Juan Domingo Perón. En 1969, uno de ellos explicó que el proyecto apuntaba a lograr la "liberación mental" de la "vanguardia ideológica de las capas intermedias" (la población universitaria por antonomasia) y evaluó con optimismo el incipiente "acercamiento del estudiantado al movimiento nacional". Los universitarios que nutrían su intelecto con materiales "de la realidad cotidiana" habían dejado de

> discutir los puntos programáticos de sus escritos ultraizquierdistas para centrar la discusión política sobre el problema peronista. Que de a poco ha ido dejando de ser un problema para convertirse en un debate vital de definición personal de cada estudiante frente a la ola revolucionaria por la que transcurre el Tercer Mundo.[57]

En 1971, otro profesor dictó un seminario sobre la opción entre guerrilla rural y guerrilla urbana, cuyas lecturas obligatorias incluían desde el Che Guevara hasta las entrevistas a dirigentes de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y los Tupamaros uruguayos que la revista *Cristianismo y Revolución* había publicado en 1970 (también había agregado una sección de noticias y documentos titulada "Boletín del Tercer Mundo").[58] Por otra parte, los jóvenes que no estudiaban en facultades tan politizadas podían asimismo acceder a la nueva ola de perspectivas tercermundistas por vía de sus propias lecturas: un sondeo de 1972 sobre las ventas en librerías reveló que los clientes más jóvenes compraban ante

[57] Gonzalo Cárdenas, "El movimiento nacional y la universidad", en *Antropología 3er Mundo*, año 2, núm. 3, noviembre de 1969, pp. 47, 58 y 60; véase también Alcira Argumedo, "Cátedras nacionales. Una experiencia peronista en la universidad", en *Envido*, núm. 3, abril de 1971, p. 58. Sobre las cátedras nacionales, véase Barletta, "Una izquierda universitaria peronista…".

[58] "América Latina. Los caminos de la revolución", programa, marzo de 1971, Colección Movimiento Estudiantil, SJMP/CMS R4/5-1, CeDInCI.

todo libros de política e historia escritos por "pensadores nacionales" y "autores latinoamericanos", como el brasileño Paulo Freire, el uruguayo Eduardo Galeano y la socióloga chilena Marta Harnecker, cuya obra *Los conceptos elementales del materialismo histórico* —una "lectura obligada" para los jóvenes en vías de politización— era el principal *best seller* del año.[59]

La música del Tercer Mundo, en especial la de América Latina, también había permeado el consumo de muchos jóvenes. El movimiento de la "nueva canción latinoamericana" adquirió cierta prominencia, al igual que en otros países de la región. Sus precursores —Atahualpa Yupanqui y la chilena Violeta Parra— aspiraban a representar al "pueblo", tanto en las letras de las canciones como en el uso de ciertos instrumentos autóctonos que recuperaban los estilos de proyección folclórica.[60] A la cabeza del movimiento, la intérprete Mercedes Sosa encarnaba el vínculo del "interior" (sobre todo de su terruño tucumano) con el país "real", una Argentina que se imaginaba unida a las otras naciones latinoamericanas por lazos históricos y anhelos compartidos. Mercedes Sosa construyó su figura y su repertorio artístico en torno a la celebración de la "América morena" y su presunto destino común de liberación. Aunque la célebre cantante tucumana cautivó al mercado de masas a principios de los años setenta, su relación con el Partido Comunista actuó en detrimento de su atractivo para los jóvenes del peronismo revolucionario, que la criticaban por lo que tachaban de "reformismo".[61] Pero estos jóvenes disponían de muchas otras opciones. En 1971, un informe comercial reveló que los discos de los conjuntos chilenos Inti-Illimani y Quilapayún, así como los del solista uruguayo Daniel Viglietti, habían adquirido gran popularidad entre los estudiantes universitarios. Es posible que haya sido ese público el que desbordó el estadio porteño Luna Park en agosto de 1972, coreando consignas sobre "Cuba y la patria socialista",

[59] "El tema político canaliza las preferencias de lectura", en *La Opinión*, 24 de octubre de 1972, p. 15.

[60] Sobre la "nueva canción", véanse Moore, *Music & Revolution*, y Reyes Matta, "The 'New Song' and Its Confrontation". Sobre Yupanqui, véase Orquera, "Marxismo, peronismo, indocriollismo".

[61] Véanse, por ejemplo, Mateo de la Calle, "Dependencia cultural y cultura militante", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 26, noviembre de 1970, pp. 21-24, y Guillermo Gutiérrez, "Pensamiento nacional y política", en *Antropología 3er Mundo*, año 3, núm. 4, septiembre de 1970, pp. 1-11. Sobre la persona artística de Mercedes Sosa, véase Carrillo-Rodríguez, "Latinoamericana de Tucumán".

para escuchar a Daniel Viglietti y a la venezolana Soledad Bravo, otra artista destacada de la "nueva canción".[62] Mientras algunos combinaban la preferencia estética y política por este género con el consumo cultural y musical del rock,[63] otros —en especial las mujeres, antes excluidas de la cultura rockera— se volcaban de lleno a la nueva canción. Mabel aún recuerda cuánto le gustaban las "canciones sobre los campesinos sin tierra" y "la revolución latinoamericana" cuando estudiaba en la universidad y militaba en la Juventud Peronista (JP): la "nueva canción" era algo así como la "banda sonora" de su vida.[64]

La difusión de prácticas culturales asociadas al paradigma tercermundista era solo una parte de la historia. Para los jóvenes en vías de abrazar la militancia revolucionaria, la identificación de Argentina con el Tercer Mundo también implicaba el afloramiento de una nueva sensibilidad política dominada por la sensación de urgencia. Entre los chicos y las chicas que viajaban para ver con sus propios ojos la otra cara de Argentina, las revelaciones de esa "verdad oculta" alimentaron el sentimiento de la indignación. Muchos veían en los militares la encarnación transitoria de otros enemigos poderosos —como la "oligarquía"— que habían sido los responsables, desde el siglo XIX, de la sociedad neocolonial cuyo resultado era *esa* Argentina. Enmascarados en los partidos "burgueses" o "desenmascarados" en su versión militar, esos enemigos controlaban el Estado y reprimían o proscribían a las "fuerzas populares".[65] El cambio que vislumbraba la nueva cohorte de activistas políticos no era factible en el marco del "sistema" existente: solo un cambio radical podía superar las condiciones que posibilitaban *esa* Argentina. El cambio era inminente. El mayo argentino y las batallas que se libraban en otros países del "Tercer Mundo" indicaban que había llegado su hora y que existía un solo método capaz de concretarlo: la lucha armada.[66]

[62] "Sonidos e ideas. La canción argentina de hoy", en *Clarín*, 26 de septiembre de 1971, p. 14; "Un recital de canciones, acontecimiento político", en *La Opinión*, 16 de agosto de 1972, p. 8.

[63] Véase el capítulo V de este libro.

[64] Entrevista con Mabel S.

[65] Con variaciones, este relato aparece en innumerables textos; véase, por ejemplo, "Historia de nuestra dependencia", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 5, noviembre de 1967, pp. 4-6.

[66] "Carta argentina. El Che Guevara y la revolución nacional y social del pueblo argentino", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 11, noviembre de 1968, pp. 37 y 38.

Cuando los primeros grupos guerrilleros salieron a la superficie, atrajeron un amplio respaldo entre los jóvenes. A fines de 1969, un sociólogo llevó a cabo un sondeo con miras a evaluar la socialización política de los varones que cursaban el secundario en Buenos Aires e ideó la categoría de "revolucionarios nominales" para encuadrar al 18% de los encuestados convencidos de que "una revolución" era "la única manera de construir un país con justicia social".[67] Dado que aún no se habían presentado en sociedad las principales organizaciones guerrilleras —Montoneros, las FAP, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) como brazo armado del PRT—, los resultados del sondeo permiten apreciar las expectativas favorables que inspiraba la lucha armada como método para "cambiar el país" entre algunos chicos de los estratos medios y obreros. A fines de 1971, cuando las organizaciones armadas ya actuaban en gran escala, una difundida encuesta de Investigaciones Políticas y Sociales de Argentina (IPSA) reveló que el 45% de los bonaerenses, el 51% de los rosarinos y el 53% de los cordobeses consideraban "justificadas" sus acciones. Tal como sugieren algunos historiadores, estas opiniones favorables se referían a las acciones armadas típicas del período 1970-1973, cuando los grupos guerrilleros atentaban contra propiedades más que contra personas, seleccionaban cuidadosamente sus blancos de ataque y cultivaban vínculos con "las masas" mediante la distribución de bienes como alimentos y juguetes.[68] Sin embargo, la figura heroica del guerrillero y el método de la lucha armada no dejaron de atraer simpatías juveniles tras las elecciones de 1973. Un sondeo realizado entre alumnos secundarios de ambos sexos recabó un 30% de respuestas "positivas" y un 22% de opiniones "tolerantes" sobre los guerrilleros como "única garantía" del cambio.[69]

Para muchos jóvenes, apoyar la lucha armada era apoyar la "revolución" a secas. La nueva cohorte de activistas y militantes sentó las bases de una coyuntura caracterizada por las demandas de cambios radicales a través de medios radicales que marcó a fuego el escenario político argentino de la época. Este giro a la izquierda de las creencias y las prácticas tuvo un insoslayable componente generacional. Aunque

[67] Petty, "Political Socialization among Secondary School Boys", pp. 165, 171 y 184.

[68] Gillespie, *Soldiers of Perón*, pp. 110-113; Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*, pp. 23 y 24.

[69] "Pensamiento del poder adolescente", en *La Opinión Cultural*, 22 de septiembre de 1973, p. 3.

es atendible la reciente objeción de un ensayista según la cual la certeza de "la revolución" inminente era compartida por una minoría estadística en la franja etaria de 18 a 25 años, sus adeptos eran cada vez más numerosos entre los jóvenes de los incipientes años setenta.[70] Esta certeza indicaba que muchos querían ser partícipes de un proceso irreversible. En una mesa redonda con los ganadores de un concurso de ensayos sobre juventud y política, Antonio Brailovsky, de 22 años, sintetizó la idea mediante una figura retórica: "Los jóvenes solo tenemos dos opciones: seguir en el caminito ya trazado por un sistema que es básicamente injusto, o seguir por otro camino, hacia una sociedad diferente, nueva".[71] El despreciado "caminito" implicaba, tal vez, la oportunidad de acceder a la movilidad ascendente y la integración a la "vida burguesa" que los teóricos de la modernización habían augurado durante toda la década de 1960 y que muchos jóvenes optaron por seguir. El "camino", en cambio, era la promesa de una sociedad "diferente": una sociedad mejor. "Tengo 16 años y les aseguro que muchas veces no sé para qué lado agarrar", confesó la adolescente Viviana en una carta que envió al periódico *Nuevo Hombre*. "Ustedes me ayudan a ver la verdad; he aprendido que el verdadero camino es la Revolución. Por eso es que los necesito."[72] Muchos jóvenes tomaron por ese "camino" cuando decidieron sumarse a las filas de las agrupaciones estudiantiles, partidarias o guerrilleras, que ellos mismos ayudaban a crear, convencidos de que había llegado su hora.

La hora de la juventud

Cuando cursaba la escuela secundaria, Daniel circuló por distintos grupos, incluidos los marxistas, antes de echar raíces en la organización peronista Unión de Estudiantes Secundarios (UES). "Los otros grupos estaban aislados del pueblo", explicó décadas más tarde, al rememorar los primeros pasos de su vida política. "Y si había un camino hacia la revolución, solo podía estar en el peronismo: era lo natural."[73] Lejos de

[70] Carassai, "Ni de izquierda ni peronistas, medioclasistas".
[71] "Crítico pájaro de juventud", en *Análisis*, núm. 458, 23 de diciembre de 1969, p. 42; véase también Brailovsky *et al.*, *México y Argentina vistos por sus jóvenes*.
[72] "Cartas", en *Nuevo Hombre*, núm. 25, marzo de 1972, p. 12.
[73] Entrevista con Daniel Burak, núm. 0139, archivo Memoria Abierta.

ser natural, la comunión de los jóvenes con las tendencias del peronismo revolucionario se apuntalaba en la conjunción de (al menos) tres fenómenos interrelacionados. En primer lugar, el peronismo se presentaba como el espacio político ideal para integrarse con el "pueblo" y movilizarlo, una condición que los grupos estudiantiles y juveniles (no solo de Argentina) valoraban cada vez más con el correr de los años sesenta. En segundo lugar, Perón y sus seguidores más jóvenes aprendieron a situar ese movimiento en nuevas coordenadas políticas y culturales, especialmente en el marco del Tercer Mundo. Por último, el peronismo era en verdad el mayor beneficiario de una participación juvenil que se había expandido en todo el espectro político. La fragmentada Unión Cívica Radical engrosó sus dos ramas juveniles, e incluso los partidos de izquierda que no avalaban la lucha armada, como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), recibieron su marea de sangre nueva. Hasta el Partido Comunista prosoviético empezó a recuperar de a poco la cuota de juventud que había perdido en 1967, cuando la mitad de sus militantes jóvenes migró sobre todo hacia grupos maoístas.[74] Por otra parte, la principal fuerza no peronista que había abrazado la lucha armada, el PRT-ERP, creó su rama juvenil (la Juventud Guevarista) en 1973, pero su insistencia en la necesidad de reorganizarla aún dos años más tarde sugiere que la iniciativa no prosperó. Si bien la mayoría de sus miembros eran jóvenes, el PRT-ERP no se organizaba sobre la base de una interpelación generacional.[75] En el peronismo, en cambio, "la juventud" era fundamentalmente la categoría específica de los jóvenes que se habían sumado a las filas del movimiento a través de su identificación con Montoneros, un sello de posicionamiento ideológico y generacional.

Aunque al final de los primeros mandatos peronistas ya existían grupos juveniles, su importancia política creció con posterioridad al golpe de 1955, en particular a mediados de los años sesenta, cuando Perón habló del "trasvasamiento generacional".[76] Lo cierto es que Perón reivindicó las acciones de los grupos juveniles que conformaban la

[74] Véase Muiño, *La otra juventud*. Sobre el Partido Comunista, véase Isidoro Gilbert, *La Fede*, pp. 525-542.

[75] "Sobre la juventud", en *El Combatiente*, núm. 175, 30 de julio de 1975, p. 4; "Juventud Guevarista. Dos años de experiencia revolucionaria", en *El Combatiente*, núm. 186, 8 de octubre de 1975, p. 15; véase también Pozzi, "*Por las sendas argentinas...*".

[76] Véanse Acha, *Los muchachos peronistas*, y, especialmente, Elhrich, "Intransigentes, duros y revolucionarios".

"izquierda peronista" cuando los sectores "burócratas" del peronismo pusieron en tela de juicio su autoridad. En una carta de 1965, Perón exhorta a los jóvenes a iniciar su preparación para estar listos cuando llegue la hora de tomar la posta en el trasvasamiento generacional: "La Juventud Peronista está en el deber de asumir sus responsabilidades y para ello es indispensable que nuestros jóvenes luchadores estén bien claros sobre los aspectos fundamentales de esta lucha que ya lleva diez años". A continuación, Perón enumera una serie de instrucciones valiéndose de tropos hondamente arraigados en los sectores de izquierda. La juventud —asevera el líder— debe

> desarrollar una clara actitud: antiimperialista, anticapitalista y antioligárquica [...].
>
> No olvidar jamás que los combatientes provienen de la masa y sin el apoyo de la masa es imposible la labor revolucionaria.
>
> [...] Es fundamental que nuestros jóvenes comprendan que [...] es imposible la coexistencia entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la tarea fundamental de triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados en nuestro propio movimiento político.[77]

Lo que sorprende aquí no es la manipulación de una retórica basada en una supuesta postura anticapitalista, sino el hecho de que Perón eligiera a la juventud como destinataria de esa retórica y, por ende, como precursora de una renovación ideológica, si acaso también generacional. No en vano los jóvenes radicalizados que abrazaron el peronismo a fines de los años sesenta seleccionaron esta carta como su texto fundacional: era el mensaje de un líder resuelto a hacer del peronismo un movimiento "por la liberación de la patria", similar a otros del Tercer Mundo.[78]

Los mensajes de Perón contribuyeron a moldear el temple de sus jóvenes destinatarios, muchos de los cuales apoyaban la lucha de los grupos guerrilleros a principios de los años setenta. En el contexto de las negociaciones con el gobierno de facto para acordar la convocatoria

[77] Juan Domingo Perón, "Carta a la Juventud Peronista", en Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia (1955-1970)*, pp. 437 y 438; véanse también James, *Resistance and Integration*, pp. 103-157, y "The Peronist Left, 1955-1975".

[78] Véanse referencias a esta carta en "La discordia, una vocación", en *Siete Días*, núm. 112, 30 de junio de 1969, p. 24; "Perón no se va a jubilar", en *Primera Plana*, núm. 225, 17 de agosto de 1971, p. 16.

electoral, Perón redobló sus esfuerzos por cortejar a la juventud. Significativamente, su reconocimiento del papel que desempeñaban las "formaciones especiales" —término que utilizaba Perón para aludir a las organizaciones armadas— llegó en una grabación para reproducir durante una asamblea universitaria de 1971. Desde el comienzo del mensaje, Perón reitera su exhortación al trasvasamiento generacional:

> Como suelo repetir a menudo, la juventud argentina tiene una tremenda responsabilidad frente a lo que está pasando en el país. Su deber frente a esa responsabilidad debe impulsarlos a unirse y organizarse. Solo una generación solidariamente unida y organizada podrá hacer frente a la lucha que presupone la liberación de la patria y de su pueblo. [...] De esto ha de depender el destino de que es preciso ser artífice, si no se quiere luego ser juguete de los designios ajenos. Ha llegado el momento, y esta es la hora de la juventud.[79]

En respuesta a la orden de Perón, los grupos juveniles de diversas procedencias ideológicas convergieron en 1972. La flamante JP unificada intentó consensuar posiciones sobre el concepto de juventud. En los aspectos prácticos, no hubo mayores problemas: todos coincidieron en fijar la edad de 30 años como límite máximo para los miembros de la agrupación y rechazaron por unanimidad la definición "burguesa" de juventud como "edad dorada": la juventud era el "hecho político" que debía infundir "vitalidad ideológica" en las venas del peronismo.[80] Pero en lo que no hubo acuerdo posible fue en el tipo de hecho político e ideología que encarnaba la juventud. En aquel evento fundacional de la JP, las discrepancias fueron notorias cuando solo uno de los máximos dirigentes convalidó las "formaciones especiales". Sin embargo, gracias al irresistible poder de atracción que ejercía la lucha armada entre los jóvenes, la agrupación Montoneros ascendió con celeridad a la posición dominante. Incluso la estructura organizacional de la JP reprodujo con

[79] "Perón habla a la juventud", en *Cristianismo y Revolución*, núm. 29, junio de 1971, pp. 8-10. Sobre las negociaciones de Perón y Lanusse, véase De Riz, *La política en suspenso 1966/1976*, pp. 108-126.

[80] "Los herederos del líder", en *Panorama*, núm. 248, 17 de enero de 1972, pp. 16-20; "El justicialismo aumentó su volumen de afiliación", en *La Opinión*, 2 de enero de 1972, p. 14; "Documento de información doctrinaria para la juventud", en *Primera Plana*, núm. 487, 30 de mayo de 1972, pp. 31-37.

exactitud la de Montoneros: se dividió en siete unidades regionales, encabezadas por cuadros que designaba directamente la cúpula del brazo armado.[81]

La radicalizada JP canalizó y reflejó la veloz peronización de la juventud. Líder de las movilizaciones callejeras, la JP fue también la primera en respaldar a Perón en la elección de su delegado personal en Argentina, Héctor J. Cámpora, para la fórmula peronista en las elecciones de marzo de 1973. Mientras todos los demás candidatos se esforzaban por seducir a los tres millones de jóvenes que nunca habían emitido sufragio hasta entonces, una encuesta reveló que "cuatro de cada seis" pensaban votar a Cámpora.[82] La fórmula peronista triunfó con el 49,5% de los votos, un guarismo que incluía el grueso del sufragio juvenil. El gobierno de Cámpora reconoció en parte el importante papel de la JP y Montoneros en el proceso previo a la jornada electoral. En realidad, su gabinete estaba integrado por todas las facciones convergentes en el peronismo, desde el secretario privado de Perón, el derechista José López Rega (quien fue designado ministro de Desarrollo Social y poco después fundó el grupo parapolicial Alianza Anticomunista Argentina, más conocido como Triple A), hasta tres aliados de la JP en los ministerios de Educación, Interior y Relaciones Exteriores. La JP solo tenía ocho diputados, pero había ganado influencia en Córdoba, Salta, Mendoza, Buenos Aires y Santa Cruz. El 25 de mayo, cuando Cámpora juró para asumir el cargo, la exultante JP no pasó desapercibida. En el discurso inaugural, el nuevo mandatario coronó sus palabras de agradecimiento a la "juventud maravillosa" con una exclamación contundente: "¡Cómo no ha de pertenecer también a esa juventud este triunfo, si lo dio todo —familia, amigos, hacienda, hasta la vida— por el ideal de una Patria justicialista!".[83]

Con el lema "Apoyar, defender y controlar al gobierno popular", Montoneros y la JP se abocaron a la tarea de organizar frentes de masas, que pronto se hicieron conocidos como la Tendencia Revolucionaria, con prevalencia de la interpelación juvenil. "APOYAR al gobierno encabezado

[81] Miguel Bonasso, "El mitin opositor de la juventud peronista", en *La Opinión*, 11 de junio de 1972, p. 8. Sobre la estructura organizacional de la JP, véase Bartoletti, "Montoneros", pp. 360-425.

[82] "Los candidatos y los jóvenes", en *La Opinión*, 6 de febrero de 1973, p. 19.

[83] Héctor Cámpora, "Mensaje a la Asamblea Legislativa", en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, vol. 1, 25 de mayo de 1973, p. 43; sobre la influencia de la JP, véase Gillespie, *Soldiers of Perón*, pp. 130-134.

por el compañero Cámpora" —proclama un comunicado de las FAR y Montoneros— también es "DEFENDER al Gobierno conquistado por las luchas populares contra los ataques de los enemigos externos e internos. CONTROLAR el cumplimiento de la voluntad popular ante las posibles defecciones de los traidores". Tal como han señalado Silvia Sigal y Eliseo Verón en su análisis de este documento (junto con los editoriales de *El Descamisado*, el semanario de la JP), los grupos juveniles, al igual que otras "vanguardias", se arrogaron el papel de voceros del "pueblo", así como el derecho a distinguir entre traidores y leales, dos prerrogativas hasta entonces reservadas a la "palabra primigenia" del espacio discursivo peronista: la palabra de Perón. La Tendencia bregó en vano por no perder terreno en un movimiento concebido como el canal de acceso al "pueblo" que sus integrantes aspiraban a representar y organizar.[84] Curiosamente, los miembros de la Tendencia pugnaron por organizar al "pueblo" mediante la apropiación de un encuadramiento juvenil, tal vez porque consideraban que su lugar dentro del peronismo estaba codificado en sentido generacional. Además de la JP, los principales frentes de la Tendencia eran la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la UES y la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Sus acciones estuvieron determinadas por la voluntad de pertenecer a un movimiento que giró a la derecha poco después de las elecciones. Sin embargo, estas fueron las organizaciones juveniles más grandes de la historia argentina, animadas por una lógica interna que afirmaba e ignoraba a la vez el papel de la "juventud" como actor político.

Oficialmente lanzada en abril de 1973, la JUP contribuyó a amplificar la peronización de los estudiantes universitarios que había comenzado ya a fines de los años sesenta. A diferencia de las anteriores agrupaciones de estudiantes peronistas, la JUP valoraba la universidad como espacio legítimo para luchar contra la "dependencia cultural y económica" en el marco de principios más abarcadores. En primer lugar, sostenía que todos los estudiantes, cualesquiera fueran sus especializaciones, debían hacer trabajos tanto manuales como intelectuales para aclimatarse a una sociedad futura en la que ya no existiría tal división. En segundo lugar, la JUP proponía asignar más fondos a determinadas facultades o carreras que se consideraban "prioritarias", como Veterinaria e Ingeniería, por su potencial para contribuir a la superación de la "dependencia eco-

[84] Sigal y Verón, *Perón o muerte*, pp. 136 y 137; "Comunicado de FAR y Montoneros. Apoyar, Defender y Controlar", en *El Descamisado*, núm. 2, 29 de mayo de 1973, p. 1.

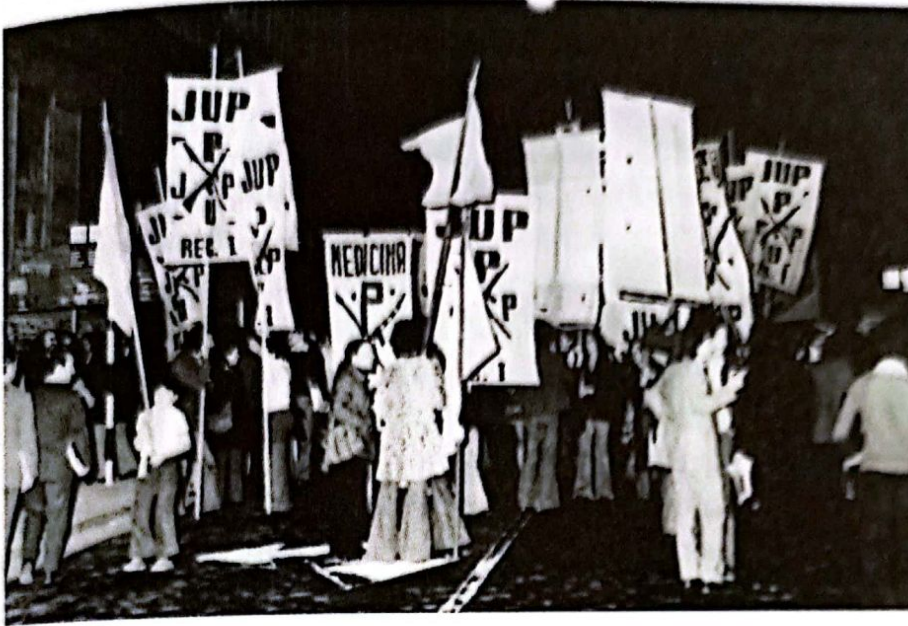


IMAGEN 6. Movilización de la Juventud Universitaria Peronista, Buenos Aires, septiembre de 1973. Archivo fotográfico, Archivo General de la Nación, caja 833, carpeta 15.

nómica".[85] En tercer lugar, la JUP no evaluaba positivamente la autonomía universitaria: dado que las universidades no debían ser "islas", sino engranajes de la política que las contenía, el gobierno debía ejercer la conducción, empezando por la designación de sus autoridades.[86] Aunque esa posición frente a la autonomía universitaria contribuiría ya en febrero de 1974 a la promulgación de una ley que luego se usaría contra los estudiantes politizados, la JUP mantuvo durante el mandato de Cámpora el poder suficiente para influir en la designación de rectores, como el historiador de la UBA y "pensador nacional" Rodolfo Puiggrós.

La UBA era uno de los bastiones de la Tendencia, un espacio donde librar batallas imaginadas y reales en pos de la "patria liberada". El primer enemigo que la JUP procuró combatir fue el "continuismo", es decir, la continuidad de las prácticas y el personal que había dejado como

[85] "Declaración del Congreso General de Estudiantes Peronistas", en *Envido*, núm. 7, octubre de 1972, pp. 78-80; "Juventud Universitaria Peronista", en *Envido*, núm. 9, mayo de 1973, pp. 54-61; "Estudiantes de ingeniería", en *Cuestionario*, núm. 2, junio de 1973, p. 13; "Ejemplo de colonización", en *Cuestionario*, núm. 2, junio de 1973, p. 19.

[86] "La Coordinadora se pronuncia sobre la autonomía", en *La Opinión*, 27 de marzo de 1973, p. 16.

herencia el régimen militar. Aunque el continuismo era una lucha de todas las facultades, resultaba especialmente intolerable en la de Derecho, donde quedaban muchos profesores que habían contribuido como asesores y jueces a la creación de un sistema jurídico para reprimir a los militantes. Apenas Puiggrós fue nombrado rector, los estudiantes tomaron la facultad de Derecho y otras sedes universitarias —en el marco de una avalancha de "tomas"— para impedir el ingreso de los docentes y no docentes "antipopulares".[87] En aquellos días, tanto las autoridades educativas como el rector de la UBA aprobaron una serie de cambios político-administrativos guiados por el lema de "abrir la universidad al pueblo". El ministro de Educación —un "aliado" de la JUP, el doctor Jorge Taiana— resolvió eliminar todas las restricciones del ingreso universitario. Como resultado, la matrícula se incrementó de 280.000 alumnos en 1972 a 390.000 en 1974, cuando solo en la UBA se inscribieron 80.000 estudiantes nuevos.[88] Puiggrós ejerció el rectorado durante apenas cuatro meses, pero promovió la incorporación de contenidos relacionados con la "liberación nacional", incluida una materia obligatoria sobre los movimientos populares. También anuló los convenios con "fundaciones yanquis" e introdujo la incompatibilidad de los cargos docentes con empleos en empresas trasnacionales.[89]

Desde la perspectiva de la JUP, estas acciones y medidas preparaban el terreno para reencauzar el papel de la universidad y de los estudiantes en el "proceso de liberación". Durante el año 1973 y los primeros meses de 1974, las iniciativas orientadas a "integrar la universidad con el pueblo" incentivaron aún más la participación de los estudiantes e incrementaron el caudal de adherentes a la JUP. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, por ejemplo, los profesores, las autoridades y los estudiantes peronistas negociaron una serie de medidas tendientes a relacionar cada una de las disciplinas con "el pueblo y el gobierno popular". Mientras las materias Pensamiento Revolucionario Latinoa-

[87] "El cuadro de convulsión estudiantil", en *La Opinión*, 14 de junio de 1973, p. 7; "Puiggrós y el avance del pueblo", en *Militancia*, núm. 5, 12 de julio de 1973, pp. 16-20; "La Universidad del Pueblo", en *El Descamisado*, núm. 7, 3 de julio de 1973, pp. 10 y 11.

[88] Consejo de Rectores de Universidades Nacionales, *Censo Universitario 1972*, p. 4; Ministerio de Cultura y Educación, *Cifras educativas, 1974*, p. 15.

[89] "Resoluciones adoptadas por la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires", en *Universidad. Aportes para la Reconstrucción Nacional. Boletín Informativo*, núm. 2, julio de 1973, pp. 13 y 14.

mericano e Historia Social de las Luchas del Pueblo Argentino se llenaban de alumnos, los estudiantes de Sociología trabajaban en organismos gubernamentales y asesoraban sindicatos, los de Antropología ayudaban a crear el Instituto para el Tercer Mundo, los de Ciencias de la Educación lanzaban campañas alfabetizadoras e ideaban materiales para la educación de adultos y los de Psicología hacían prácticas de extensión universitaria en el Gran Buenos Aires.[90] Muchos alternaban la militancia estudiantil y universitaria con el trabajo político en las unidades básicas que abría la JP en barrios populares. En Lanús, los estudiantes de Medicina se incorporaron a los centros de atención primaria, mientras los de Psicología brindaban atención terapéutica y asesoría familiar. Los alumnos de la Universidad de Córdoba pusieron en marcha iniciativas similares, también enfocadas en las campañas de vacunación y alfabetización.[91]

Otras acciones orientadas a "integrarse con el pueblo" inspiraron la creación de la segunda organización estudiantil en el marco de la Tendencia: la UES. En las escuelas secundarias había agrupaciones peronistas activas al menos desde 1971, cuando un paro docente incentivó la rápida peronización de un ámbito hasta entonces dominado por la Federación Juvenil Comunista.[92] En línea con sus pares universitarios, los estudiantes secundarios de la UES bregaban por validar la escuela como un espacio legítimo para la militancia política. Pero a diferencia de los universitarios, que no disponían de ejemplos a emular, los secundarios atesoraban imágenes idílicas de los cambios culturales y la organización estudiantil que habían promovido los primeros gobiernos peronistas. El delegado platense de la UES explicó que el proyecto de "reanimar la antigua estructura" no se limitaba a un mero "folclorismo", sino que se hacía con el propósito de "encuadrar esta herramienta en el proceso de guerra integral que nuestro pueblo mantiene para recuperar su soberanía":

> Hasta que la revolución fusiladora arrasó con la UES [...] los estudiantes participaron del proceso de liberación nacional. Desde el deporte hasta la

[90] *Filosofía y Letras en la Reconstrucción Nacional. Boletín Informativo*, octubre de 1973, Colección Movimiento Estudiantil, SMJP/CMS C5/5-1, CEDINCI.
[91] Entrevista con Elena A., 24 de agosto de 2007; mesa "Referencia", legajo 15979, vol. 2, "Ocupación de hospitales", DIPPBA; JUP, "Comunicado", en *El Peronista*, núm. 9, Córdoba, octubre de 1973, p. 11.
[92] "La hora de los pibes", en *Panorama*, núm. 210, 4 de mayo de 1971, p. 12.

> cultura, fueron parte activa de un proceso que los impulsó a comprender los problemas del país y les permitió, además, agremiarse en los colegios, eligiendo a sus delegados y dirigentes. De entrar a las aulas para absorber mansamente el conocimiento liberal, los estudiantes pasaron a protagonizar una etapa revolucionaria [que defendió] la soberanía nacional e hizo feliz al conjunto de nuestro pueblo. Fue un proceso de verdadera educación democrática, totalmente opuesto al que después se inculcó a través de los conceptos reaccionarios.

Está comparación entre el imaginario de su predecesora y el paisaje que habían habitado los alumnos del secundario tras el golpe de 1955 era muy común entre los estudiantes de la UES: "La escuela es un campo de entrenamiento de individuos obedientes [que aplica] una disciplina militarizada para abortar cualquier intento de cuestionamiento al sistema [e imparte] contenidos antinacionales".[93] Con el propósito de comenzar a deconstruir ese sistema escolar y repudiar el continuismo, los estudiantes de la UES también participaron en la toma de catorce establecimientos. En el Colegio Nacional de La Plata, por ejemplo, los alumnos exigieron la dimisión del rector, apoyo económico y el establecimiento de un gobierno tripartito con participación de los estudiantes junto con los profesores y los no docentes. Ni ellos ni los casi mil estudiantes que ocuparon dos escuelas técnicas de San Nicolás lograron la satisfacción de sus demandas.[94] En otros casos ocurrió todo lo contrario, como en la toma del colegio Belgrano, donde los estudiantes conquistaron el derecho a designar un nuevo director. Es difícil sobreestimar la sensación de poder que habrán experimentado aquellos adolescentes: "Hasta ayer éramos nada —recuerda uno de ellos— y ahora, con el gobierno popular, teníamos la palabra".[95]

El nuevo gobierno abría canales de expresión para los estudiantes secundarios a la vez que intentaba modificar el currículo. El Ministerio de Educación canceló la materia Educación Democrática, impuesta tras el golpe de 1955, para remplazarla por Estudios de la Realidad Social

[93] "La UES está presente, mi general", en *El Descamisado*, núm. 18, 18 de septiembre de 1973, pp. 26 y 27; "La Coordinadora Secundaria Peronista propone reconstruir la vieja UES", en *La Opinión*, 5 de abril de 1973.

[94] Mesa "A", factor Estudiantil, carpeta 48; mesa "Referencia", legajo 15979, vol. 4, "Ocupación de colegios, facultades y universidades", DIPPBA.

[95] Entrevista con Marcelo Schapces, núm. 0245, archivo Memoria Abierta; "Restablecimiento de la normalidad en los colegios secundarios", en *La Opinión*, 5 de julio de 1973, p. 15.

Argentina. Además instauró un "programa de liberación personal y nacional" que reorientaba el contenido de todas las disciplinas hacia los intereses del país:

> La *lengua* como medio de comunicación social deberá [...] enriquecer el universo vocabular genuino de sus alumnos, desterrando todos aquellos elementos estereotipados y carentes de significación nacional que son producto de la penetración cultural. [...]
>
> Las *ciencias* se estructurarán como una respuesta a la realidad nacional. [...]
>
> La *formación cívico-ética* [deberá priorizar] el conocimiento y la valoración del marco histórico y sociopolítico.[96]

De acuerdo con el plan de las nuevas autoridades, la transformación de los contenidos no era el único medio para forjar ciudadanos consustanciados con la "liberación nacional": los alumnos también tenían derecho a incidir en las decisiones de la escuela, una medida crucial para la formación de "jóvenes participativos, dispuestos a tomar riesgos y a cuidar de su prójimo". Con esta finalidad, se derogó un decreto de 1936 que prohibía la política estudiantil y se alentó la creación de centros de estudiantes. Pero las autoridades educativas tampoco creían que el fomento de la participación estudiantil bastara para eliminar las prácticas autoritarias profundamente enquistadas en las escuelas. En consecuencia, intentaron poner en marcha una tarea bastante más difícil de concretar que los centros de estudiantes (que brotaron por todas partes en 1973): la construcción de "relaciones horizontales". En una comunicación del 30 de junio, el ministerio estableció el "objetivo primordial [de] garantizar que el diálogo y la igualdad prevalezcan en las relaciones entre profesores y alumnos tanto como entre padres e hijos".[97] El espíritu antiautoritario de la propuesta era inusitado, ya que combinaba la política "liberacionista" con un claro hincapié en la desarticulación de las relaciones jerárquicas. Sin embargo, como otras promesas del "gobierno popular", esta iniciativa quedó en las intenciones: ni los

[96] *La escuela media para la liberación y la reconstrucción nacional*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1973, pp. 9 y 13-16. Las cursivas pertenecen al original.

[97] *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, núm. 2, 30 de junio de 1973; *Suplemento del Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, núm. 1, julio de 1973, pp. 4-7.

docentes se avinieron a considerarla, ni los estudiantes movilizados la incluyeron entre sus objetivos políticos más apremiantes.

Tal como en el caso de la JUP, la política de la UES se guiaba por el lema de "integrarse con el pueblo", un objetivo que incluía la tarea de organizar a los estudiantes de las clases populares para sumarlos a la agrupación. En contraste con el alumnado de la universidad, que se presumía compuesto mayoritariamente por jóvenes de clase media, muchos de los adolescentes que engrosaban la matrícula secundaria desde los años cincuenta eran de procedencia obrera. En consecuencia, "ir al encuentro del pueblo" implicaba organizar e incluir a un estudiantado distinto del que concurría a las escuelas donde comenzó a florecer la UES, cuya composición tradicional era de clase media. El mejor ejemplo es el Colegio Nacional de Buenos Aires, baluarte de las clases medias ilustradas, donde la UES reclutó a más de ciento cincuenta miembros en 1973. Hoy algunos de ellos recuerdan que los dirigentes de la agrupación, en los años siguientes, les encomendaron la difícil tarea de movilizar a los alumnos de otras escuelas. "No teníamos idea de cómo vincularnos con las chicas", cuenta Laura Giussani sobre su experiencia con las alumnas de un magisterio: "Les interesaban las telenovelas, los noviecitos".[98] Pero el objetivo principal de la UES eran las escuelas técnicas, donde estudiaban los varones de extracción obrera. De acuerdo con un informe policial, por ejemplo, cien delegados de escuelas del Gran Buenos Aires acordaron priorizar a los estudiantes técnicos en una asamblea celebrada a fines de 1973. Aunque no se conservan cifras, es probable que la convocatoria de la UES haya sido relativamente exitosa en las escuelas técnicas. Tal como recuerda Adriana Robles, "las escuelas técnicas eran prioritarias, de allí saldrían los futuros obreros argentinos, los trabajadores de la revolución que se venía. [Esos chicos] no eran varones como nuestros novios, no eran niños bien sino futuros trabajadores, menos sofisticados, menos intelectuales".[99]

En línea con el resto de la Tendencia, la UES también emprendió una serie de trabajos sociales que amplificaban las prácticas desarrolladas por muchos jóvenes desde fines de los años sesenta, especialmente cam-

[98] Entrevista con Laura Giussani, núm. 0133, archivo Memoria Abierta. El testimonio de Gabriela Alegre está en Guelar, Jarach y Ruiz, *Los chicos del exilio*, pp. 191 y 192.

[99] "Unión de Estudiantes Secundarios", mesa "A", factor Estudiantil, carpeta 13, DIPPBA; Robles, *Perejiles*, pp. 41 y 42.

pañas de vacunación, alfabetización y recreación infantil. En Santa Rosa, por ejemplo, había organizado 17 "círculos de alfabetización" para adultos y 12 guarderías. Los estudiantes de la UES, asimismo, se enorgullecían de colaborar con trabajos de pintura o mantenimiento en las escuelas y los hospitales de sus respectivos distritos.[100] Estas y otras actividades confluyeron en el emprendimiento más ambicioso de la agrupación secundaria: el "Operativo Güemes". En enero de 1974, quinientos estudiantes de todo el país se congregaron en la provincia de Salta para ayudar a construir o reparar caminos, canales y escuelas. En las evaluaciones de los participantes resuenan las "epifanías" que habían "abierto los ojos" de los jóvenes católicos en los años sesenta: "Esta experiencia es muy importante para nosotros: una cosa es leer los problemas que tienen los compañeros del interior y otra cosa es verlos con nuestros propios ojos. [...] Acá nuestra conciencia creció mucho". Pero en contraste con los jóvenes de los años sesenta, los de 1974 encaraban la tarea con optimismo: estaban trabajando para la "reconstrucción nacional" que les había encomendado "el gobierno popular": "Hay que meterse adentro del país para sentir todo lo que este pueblo aguanta, compañeros. Estamos contentos; realmente esto es lo mejor que se nos podría haber ocurrido para pasar las vacaciones productivamente".[101]

En el verano de 1974, cuando Perón y los sectores de la derecha peronista intensificaron su embate contra la Tendencia, los trabajos de "reconstrucción nacional" y otras iniciativas relacionadas con la concepción de Argentina como país del Tercer Mundo se multiplicaban por todas partes. El Ministerio de Educación lanzó un programa de viajes estudiantiles a "centros histórico-culturales" del Noroeste argentino, Bolivia y Perú. Tres contingentes de unos doscientos estudiantes y profesores viajaron a destinos desde Tucumán hasta Cuzco entre enero y febrero de 1974.[102] Estas experiencias auspiciadas por el Estado se hacían eco de las que habían vivido los miles de mochileros que reco-

100 Gatica, *Tiempos de liberación*, pp. 55-58; "Van a Salta y hacen falta", en *El Descamisado*, núm. 34, 8 de enero de 1974, pp. 30 y 31.

101 "El día que la UES hizo vibrar a toda Salta...", en *El Descamisado*, núm. 37, 29 de enero de 1974, pp. 10-12; "Hoy la UES pelea así: TRABAJANDO", en *El Descamisado*, núm. 38, 12 de febrero de 1974, pp. 12-14; "UES. Misión cumplida", en *El Descamisado*, núm. 39, 12 de febrero de 1974, pp. 30 y 31.

102 "Excursiones para alumnos", en *Noticias*, 24 de diciembre de 1973, p. 14; "Turismo estudiantil en Perú", en *Noticias*, 3 de enero de 1974, p. 11.

rrieron la "Argentina oculta" durante los años sesenta. Pero las opciones más comunes para quienes viajaron con la Tendencia durante ese verano fueron los operativos de "reconstrucción". Aparte del Operativo Güemes, la UES llevó a cabo otros catorce proyectos, que en general movilizaron grandes contingentes juveniles a zonas empobrecidas del norte y el Litoral, en provincias como Santiago del Estero, Santa Fe, Chaco y Formosa. En el norte de Santa Fe, por ejemplo, los jóvenes "completaron 5.000 metros de zanjeo", "limpiaron plazas", "reconstruyeron escuelas, dispensarios, clubes populares y ranchos", entre otras tareas. Tras completar un operativo en Almirante Brown, dirigentes de la JUP destacaron la importancia de esas acciones "para contribuir a la organización del pueblo en el actual proceso".[103] "Nos preguntamos en qué aportan a la elevación del nivel de conciencia y organización popular esos operativos en los que aparecen malones de compañeros de JP que 'reconstruyen' y se van", comentó con sarcasmo desde el semanario *Militancia* el grupo Peronismo de Base, cada vez más crítico con la Tendencia por su voluntad de permanecer en un movimiento que giraba hacia la derecha. La JP confunde "el verdadero significado de Reconstrucción, que pareciera relacionar con tareas de albañilería".[104]

Militancia había detectado un punto en común entre las prácticas de la JUP y la UES: su literalidad para llevar los lemas a la práctica. Dando por sentado que el triunfo electoral de 1973 era el inicio de la "liberación nacional", las juventudes peronistas alternaban la lucha contra el "continuismo" con la movilización del "pueblo". Esta combinación de promesas y amenazas era el telón de fondo del creciente número de jóvenes que confluían en la Tendencia, atraídos por el poder de lemas tales como "integrarse con el pueblo" y trabajar para "la reconstrucción nacional". En la vertiginosa coyuntura de 1973, la JUP y la UES llevaron esos lemas a la práctica de múltiples maneras: muchos forjaron y canalizaron actitudes de solidaridad social y voluntarismo que, por momentos, tal vez los hicieron sentir en posesión de derechos antes desconocidos (como los

[103] "Unas ganas de construir que contagian", en *Noticias*, 3 de febrero de 1974, p. 4; "Culminó la campaña de la JP", en *Noticias*, 18 de diciembre de 1973, p. 6; "Reconstrucción, otra campaña", en *Noticias*, 24 de diciembre de 1973, p. 13; "Nuevos operativos de reconstrucción", en *Noticias*, 20 de enero de 1974, p. 10.

[104] "Vacilaciones desde la Tendencia", en *Militancia*, núm. 33, 31 de enero de 1974, p. 24. Véase también una crítica más detallada a la Tendencia en "La política de conjunto", en *Militancia*, núm. 20, 25 de octubre de 1973, p. 9.

experimentados por los estudiantes secundarios que eligieron rectores). Pero llevar los lemas a la práctica no era lo mismo que hacerlos realidad: ni "reconstrucción nacional" significaba "albañilería", ni "integrarse con el pueblo" dio los resultados que muchos jóvenes imaginaban, por ejemplo, cuando emprendieron tareas sociales en barrios obreros. Lo que sí se logró con estas iniciativas fue el crecimiento numérico de la UES y la JUP: ambas protagonizaron (al menos) seis movilizaciones de la Tendencia que congregaron entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil personas, y muchísimas más en la marcha al aeropuerto de Ezeiza para recibir a Perón en su regreso al país. Su tragedia —como señaló el historiador Richard Gillespie— fue que Perón no se impresionó con sus multitudes.[105]

PARRICIDIO Y FILICIDIO EN LA NOVELA FAMILIAR DEL PERONISMO

Para muchos jóvenes, el acercamiento al peronismo implicó un conflicto con su entorno familiar y cultural. Algunos estudiantes de la época recuerdan que sus padres de clase media objetaron su militancia esgrimiendo argumentos antiperonistas de profundo arraigo, a menudo en torno al recuerdo del primer peronismo como una "tiranía".[106] Aunque esas confrontaciones eran más típicas de la clase media, también se vivieron en algunas familias de extracción obrera. Ese fue el caso de Mabel, que ingresó a la JUP cuando era estudiante de Filosofía y Letras de la UBA. Sus padres eran "peronistas nominales" —es decir, "se identificaban con el peronismo y lo votaban cuando se podía"—, pero no aprobaban la militancia radicalizada de Mabel.[107] En muchos sentidos, entonces, los jóvenes de la Tendencia modificaron las maneras heredadas de concebir y practicar la política. Como señala Juan Carlos Torre, en su "movimiento hacia el pueblo", los jóvenes cometieron un "parricidio" simbólico.[108] La metáfora es aún más relevante en la medida en que las disputas ideológicas y políticas del peronismo se codificaron en ese lenguaje: enunciadas y actuadas como novela familiar, suscitaron asimismo desavenencias en

[105] Gillespie, *Soldiers of Perón*, p. 136.
[106] Entrevistas con Daniel Burak, núm. 0139; Raquel Resta, núm. 0240; Vicky Kornblitt, núm. 0252, archivo Memoria Abierta.
[107] Entrevista con Mabel S. En el capítulo VII de este libro se analizan los componentes de género, clase y cultura que caracterizaron a la política juvenil de la época.
[108] Torre, "A partir del Cordobazo", p. 23.

torno a la autoridad y el patriarcado, sobre todo en el período que transcurrió entre el retorno de Perón al país y su muerte, el 1° de julio de 1974.

El 20 de junio de 1973, el aeropuerto de Ezeiza se convirtió en el escenario de un drama de larga data en la política argentina. Los sectores de la derecha peronista —relegados a los márgenes en la administración de Cámpora— encabezaron la organización del acto para recibir a Perón en su regreso del exilio, en un operativo que incluyó la decisión de desplegar a unos tres mil civiles con armas largas, reclutados entre policías retirados y guardaespaldas de los sindicatos más prominentes. Bajo el mando del coronel Jorge Osinde —un tristemente célebre torturador que se había desempeñado como oficial de inteligencia militar y coordinador policial durante el primer peronismo— y financiados por el Ministerio de Bienestar Social, estos sectores controlaron el escenario y sus áreas adyacentes con el fin de impedir que las columnas de la Tendencia se ubicaran en un lugar visible para Perón. La Tendencia quería aprovechar la oportunidad de esta (malograda) fiesta para exhibir su capacidad de movilización ante el líder del peronismo: aunque no hay cifras exactas, los testigos coinciden en que la mitad del casi millón de personas movilizadas marchó bajo sus estandartes. Pero el avión que traía a Perón de regreso al país no aterrizó en Ezeiza ni las columnas de la Tendencia llegaron al escenario. Cuando los jóvenes comenzaron a aproximarse, las fuerzas de la derecha abrieron fuego sobre ellos e iniciaron una embestida que dejó un tendal de 13 muertos (tres eran de la JUP y la UES) y trescientos heridos. Los acontecimientos de Ezeiza prepararon el terreno para el ascenso de la derecha peronista en la política argentina. El propio Perón, en su primer mensaje al país, anunció en tono admonitorio: "A los enemigos embozados, encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento".[109]

Aunque otras fuerzas políticas pronto entendieron que los sucesos de Ezeiza y el subsiguiente mensaje de Perón se orientaban hacia el desmantelamiento del peronismo revolucionario, la Tendencia desarrolló una lectura defensiva basada en la "teoría del cerco". El PRT-ERP (que no había abandonado la lucha armada después de las elecciones, a diferencia de Montoneros) era tal vez el más enfático en su planteo de que Perón venía a propiciar la "consolidación del frente burgués", una tarea que

[109] Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, pp. 64, 65, 81, 120, 171-189 y 283.



IMAGEN 7. Esperando a Perón, aeropuerto de Ezeiza, 20 de junio de 1973. Archivo fotográfico, Archivo General de la Nación, caja 3166, carpeta 38.

implicaba excluir de su fuerza política a los sectores revolucionarios. En consecuencia, los dirigentes del PRT-ERP instaron a sus "compañeros del peronismo combativo" a abandonar un movimiento que no tenía intenciones de incluirlos.[110] Lejos de aceptar el convite, la Tendencia elaboró una exégesis que justificaba su lugar en "el movimiento" y a la vez salvaguardaba a Perón: la masacre de Ezeiza había sido obra de la CIA en connivencia con "burócratas sindicales" pagados por el Ministerio de Bienestar Social, cuyo titular, López Rega, era el epítome del "cerco" que rodeaba a Perón para impedir su verdadero encuentro con el "pueblo". La Tendencia tenía que romper el cerco cuanto antes movilizando a sus seguidores (el "pueblo") para que el líder del peronismo pudiera escucharlos sin intermediarios: con este propósito, ochenta mil jóvenes marcharon a encontrarse con Perón en su casa de Gaspar Campos el 21 de julio de 1973.[111] La "teoría del cerco" abría un margen para crear un suceso ima-

[110] "La burguesía penetra en el campo popular", en *El Combatiente*, núm. 90, 14 de septiembre de 1973.

[111] Véanse "La fuga de François Chappe y la OAS", en *El Descamisado*, núm. 7, 3 de julio de 1973, pp. 23-28; "La JP y Perón. Encuentro permanente, sin intermediarios", en *El Descamisado*, núm. 10, 24 de julio de 1973, pp. 2 y 3.

ginario: la llegada de Perón a Argentina no sería real hasta el momento de su anhelado encuentro con el "pueblo".

Pero la llegada de Perón a Argentina no solo era real, sino que además había desatado una guerra en el seno de la "familia peronista". Después de Ezeiza, dos intelectuales opuestos pero influyentes recurrieron a metáforas alusivas a la familia para desentrañar el escenario político. El "pensador nacional" Arturo Jauretche —un referente de primera línea para los jóvenes peronistas— escribió una columna de opinión donde resuena el concepto freudiano de los hermanos primitivos que matan al padre en *Totem y tabú*. Después de criticar al paterfamilias por no entender que los jóvenes son siempre los verdaderos revolucionarios porque encarnan los cambios del "mundo que camina", Jauretche advierte que

> no hay frase más errada que aquella acuñada por Mirabeau: "La revolución es como Saturno, que devoraba a sus hijos". No es cierto. La revolución no devora a sus hijos: devora a sus padres. Porque los padres, por revolucionarios que sean, están conformados por un mundo de hábitos, gustos, ideas, de todo lo cual no es posible desprenderse como de un traje [...] y la presencia de generaciones que no han tenido nuestra formación hace que la revolución exceda los límites previstos por los hombres de ayer.

Como uno más entre los "hombres de ayer", Jauretche recomienda a sus "viejos camaradas peronistas", incluido a todas luces el propio Perón, "que no se pongan en viudos tristes [y] contemplen este avance de la juventud con la alegría propia de nuestro movimiento".[112]

En el polo opuesto al parricidio político que postulaba Jauretche, el psicoanalista Arnaldo Rascovsky interpretaba la escena como un filicidio. Rascovsky había investigado desde los años sesenta los significados de una práctica que creía muy extendida: las matanzas, mutilaciones y mortificaciones, reales o simbólicas, de niños y jóvenes a manos de sus mayores. De acuerdo con su teoría, esas prácticas filicidas invertían y reforzaban a la vez el parricidio como factor esencial —según la teoría psicoanalítica— para la constitución psíquica del individuo y para el

112 "Jauretche: reflexiones sobre la victoria", en *Cuestionario*, núm. 3, julio de 1973, pp. 4 y 5.

desarrollo de la civilización: el filicidio, para él, era tan constitutivo como el parricidio.[113] Tal vez porque estaba al tanto de sus ideas, *La Opinión* le encargó una columna sobre Ezeiza. De acuerdo con Rascovsky, el llamado de Perón al trasvasamiento generacional había causado un "gran anhelo entre los jóvenes, que esperaban ansiosos la figura del líder que apoyaría el desenvolvimiento de su propia posibilidad evolutiva. [...] Sin embargo, en Ezeiza se produjo una reacción gerontocrática: se cumplió fatídicamente el rito sacrificial que exige el filicidio". Y la columna concluía con un giro aún más dramático: "Toda práctica filicida genera sentimientos parricidas".[114]

Tanto la teoría filicida de Rascovsky como la interpretación parricida de Jauretche borran los significados ideológicos de los términos "viejos" e "hijos" en su aplicación a las disputas del peronismo, pero ambas categorías colocan un claro acento en la familia y, por sobre todo, en el lenguaje generacional que enunciaba esas disputas. Entre agosto de 1973 y mayo de 1974, en tres coyunturas decisivas, Perón recurrió a un lenguaje de índole generacional para "depurar" su movimiento de los sectores radicalizados. El 2 de agosto de 1973, poco después de que Cámpora debiera renunciar y dos días antes de que el Congreso Justicialista confirmara la fórmula de Perón junto con su tercera esposa, Isabel Martínez, para las elecciones de septiembre, el líder justicialista se reunió con los "viejos" (los gobernadores) y dijo que era preciso "encaminar una juventud que está [...] cuestionada en algunos graves sectores". Unas semanas después, en una reunión con las agrupaciones de la juventud —incluidas las FAR y Montoneros—, Perón dijo que "los jóvenes" debían aprender "de los viejos" a fin de adquirir experiencia para hacer el verdadero "trasvasamiento generacional". Además les recriminó que atacaran "a la organización sindical" ("los viejos" de la novela), alegando que "eso es injusto. La organización sindical no ha actuado porque yo le he dicho que no actúe, [para evitar] que la interviniera la dictadura militar. Lo que está bien organizado es mejor conservarlo".[115]

113 Rascovsky, *La matanza de los hijos*, pp. 9 y 127, y *El filicidio*, p. 123. Véase una descripción general de la teoría del filicidio elaborada por Rascovsky en Plotkin, *Freud in the Pampas*, pp. 99-101.

114 "El líder Perón y la lucha generacional", en *La Opinión Cultural*, 1º de julio de 1973, p. 12.

115 "Gobernar es persuadir", discurso de Juan Domingo Perón, 2 de agosto de 1973, en *Mensajes de junio a octubre de 1973*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1974; "La JP

Sin embargo, los ataques continuaron. De hecho, el 25 de septiembre de 1973, unos días después de que Perón triunfara con el 62% de los votos, cayó asesinado José Ignacio Rucci, el secretario general de la CGT. Aunque Montoneros había abandonado oficialmente la lucha armada, la culpa del atentado pronto recayó (con acierto) sobre la agrupación. Perón dijo que ese asesinato no era sino

> la culminación de una descomposición política, que los hechos han venido acumulando a lo largo de una enconada lucha, que influyó sobre algunos sectores de nuestra juventud, quizás en momentos justificada, pero que ahora amenaza con tomar por caminos que divergen totalmente de los intereses esenciales de nuestra República [ya que] tanto el imperialismo capitalista como el marxista tienen tendidas sus líneas [y] son ajenos a nuestra concepción ideológica.[116]

También en noviembre, en un discurso dirigido a los trabajadores, Perón dijo que había un nuevo método para tratar de destruir el movimiento: "el de la infiltración". Llamó a estar alerta para no dejarse engañar por "lo que viene de afuera y se disfraza" con "la camiseta peronista", en lo que a todas luces era un llamamiento a purgar o depurar el peronismo. Como rama del movimiento, la juventud —agregó Perón— debía asegurarse de no hacer "mal uso de las banderas justicialistas" a raíz de "estar engañada o conducida" por dirigentes de mala fe: "Frente a toda conspiración, endógena o exógena, de adentro o de afuera, debemos tener la convicción de que esas fuerzas no están para apoyar ni al país ni al pueblo. [...] Nosotros representamos a la gran mayoría del pueblo y tenemos la responsabilidad de defenderlo".[117] La depuración tuvo varias ramificaciones. Por un lado, arreciaron los ataques violentos de grupos ultraderechistas como la Triple A contra miembros de la Tendencia, comenzando por el asesinato de Enrique Grynberg, militante de la JP, el 26 de septiembre de 1973. En el transcurso de dos meses hubo

---

debe prepararse para tomar el relevo", en *La Opinión*, 11 de septiembre de 1973, p. 10; "Perón: Basta de grupos", en *El Descamisado*, núm. 17, 11 de septiembre de 1973, pp. 4 y 5.

[116] "El problema argentino es político", discurso de Juan Domingo Perón, 1º de octubre de 1973, en *Mensajes de junio a octubre de 1973*, *op. cit.*, p. 105.

[117] "Perón habla a los trabajadores", discursos de Juan Domingo Perón en la CGT, 2 de noviembre de 1973 y 8 de noviembre de 1973, Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, pp. 27 y 29.

otros cinco asesinatos de peronistas revolucionarios y decenas de atentados contra unidades básicas de la JP.[118] Por el otro, la depuración implicó coacciones en los territorios que habían sido más prósperos para la Tendencia, como la universidad. Perón pidió la renuncia del rector de la UBA, y continuaron los atentados contra establecimientos universitarios y militantes de la JUP.[119]

Perón recurrió por segunda vez al vocabulario y las referencias generacionales durante los primeros meses de 1974, en una secuencia de acontecimientos que culminó en la expulsión de la "juventud" revolucionaria. El punto de partida fue un ataque del PRT-ERP a la guarnición militar de la ciudad bonaerense de Azul durante la noche del 19 al 20 de enero. En el discurso inmediatamente posterior, Perón instó a la población a repudiar a los "mercenarios" que atacaban "al Estado y sus instituciones con objetivos y dirección foráneos" (en clara referencia al marxismo). También denunció la presencia de "grupos terroristas" que operaban "en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades" e impulsó una reforma del Código Penal para endurecer las medidas represivas: no solo el PRT-ERP, sino además los grupos del peronismo revolucionario y sus "aliados" eran los destinatarios del contraataque. Bidegain, el gobernador de Buenos Aires, se vio obligado a renunciar. En los últimos días de enero se sucedieron 19 tiroteos contra unidades básicas de la JP, cuya sede era allanada semanalmente por la policía.[120] En medio de esa coyuntura, Perón convocó a los "delegados de la juventud" a reunirse con él en la quinta de Olivos. Los dirigentes de la JP trataron sin éxito de excluir a los representantes de la derecha. En una rueda de prensa, el líder montonero Mario Firmenich explicó que los delegados de la Tendencia no habían concurrido a la reunión porque no podían sentarse junto a "los que bombardean las unidades básicas, los locales sindicales, que volaron los comedores estudiantiles de La Plata y de Resistencia, y que permanentemente tirotean

118 Véanse crónicas de los atentados en "El péndulo se detuvo", en *Panorama*, núm. 333, 4 de octubre de 1973, p. 4; "Depuración", en *Panorama*, núm. 337, 11 de noviembre de 1973, pp. 4 y 5; "La persistencia del terror", en *Militancia*, núm. 25, 29 de noviembre de 1973, p. 4.

119 "La JUP denuncia una ofensiva reaccionaria", en *El Descamisado*, núm. 20, 2 de octubre de 1973, p. 30; "Asumen posiciones protagónicas grupos peronistas", en *La Opinión*, 13 de septiembre de 1973, p. 9.

120 "Para frenarla, habría que asesinar 500.000 militantes", en *La Opinión*, 29 de enero de 1974.

y asesinan compañeros". Durante el encuentro, Perón declaró que prefería a "un dirigente honesto que tenga diez detrás de él y no un deshonesto que tenga diez mil": "Muchos de ellos no saben lo que piensa o es el justicialismo", y por eso "sacarán los pies del plato".[121]

"Por luchar, ahora somos infiltrados", protestó Dardo Cabo en su columna editorial para el semanario de la JP:

> Ayer éramos "los muchachos" y éramos saludados por el jefe del Movimiento con emoción por nuestra lucha, se honraban nuestros muertos. Y ahora, por ser como Perón dijo que tenían que ser los peronistas, por advertir que la lucha aún no ha terminado, que no tenemos todo el poder, que hay que trabajar para conseguirlo, que hay que organizarse y no ceder, por eso ahora nos señalan que hay otros partidos "socialistas" donde podemos ir si queremos.[122]

La encendida retórica de Dardo Cabo dramatizaba no solo la situación de la Tendencia ante el rechazo de Perón, sino también el argumento que había empujado a muchos jóvenes hacia el peronismo para —en sus palabras— "levantar nada más que las banderas del pueblo". Aunque la mayoría había cometido un parricidio simbólico en la confrontación con su entorno familiar y cultural, aún quedaba en pie una figura paterna: Perón. La inserción de estos sectores revolucionarios en el movimiento peronista bajo la categoría de "juventud" —aceptando el lugar que Perón había reservado para ellos— los había involucrado al mismo tiempo en una novela familiar. Tal como señala la historiadora Lynn Hunt en su análisis de la Revolución Francesa, "la política revolucionaria tiene un sustrato de nociones ligadas a la familia" que deja margen para imaginar relaciones de poder y autoridad moldeadas en vínculos como el de padre e hijo.[123] En la novela familiar del peronismo, los hijos querían compartir el poder con el padre, quien a la vez había contribuido a su empoderamiento inicial. En contraste con los viejos —que aceptaban la figura

121 "Los dos discursos de Perón", en *Noticias*, 8 de febrero de 1974, p. 10; "Renunciamos a los honores, no a la lucha", en *El Descamisado*, núm. 38, 5 de febrero de 1974, pp. 4 y 5; "Perón enfatizó que deben irse los dirigentes juveniles", en *La Opinión*, 8 de febrero de 1974; "El tema de la representatividad", en *Noticias*, 11 de febrero de 1974, p. 6.

122 Dardo Cabo, "Por qué somos peronistas", en *El Descamisado*, núm. 39, 12 de febrero de 1974, pp. 2 y 3.

123 Hunt, *The Family Romance of the French Revolution*, pp. xiii, 8, 14 y 15.

de *primus inter pares*—, "los muchachos" forjaron su particular fraternidad en torno a la reivindicación de la lucha armada y se negaron a acatar la autoridad del padre cuando este los expulsó tras su regreso al país. "De aquí nadie tiene derecho a echarnos, ya ahora no nos despide nadie", afirmó Dardo Cabo, y ese "nadie" era el propio Perón. El editorialista había invertido las palabras de Perón: dado que "nosotros somos como él dijo que tenían que ser los peronistas", fue él quien nos traicionó a "nosotros", a "los muchachos". Por otra parte, ¿cómo garantizar la persistencia de "los muchachos" si se desoía su patronímico? Como bien han señalado Verón y Sigal, la JP actuaba como si Perón ya hubiera muerto meses antes de que efectivamente muriera.[124]

Pero aún faltaba el capítulo final de la novela familiar peronista: la plaza del 1° de Mayo de 1974. Según se relata en memorias y ensayos, los militantes de la Tendencia esperaban que la celebración del 1° de Mayo con Perón en la presidencia fuera tal como ellos habían imaginado aquellos actos de los años cuarenta y cincuenta: un encuentro entre el líder y su "pueblo", en el que ambos dialogaban y se escuchaban mutuamente. Las columnas identificadas con los estandartes de la JP, la JUP, la UES y Montoneros llegaron a la Plaza de Mayo cantando: "Duro, duro, duro, / estos son los Montoneros / que mataron a Aramburu". Cuando Perón salió al balcón de la Casa Rosada para dirigirse a la multitud, la Tendencia forzó el diálogo coreando: "¿Qué pasa, / qué pasa, / qué pasa, general, / que está lleno de gorilas / el gobierno popular?". El general replicó con un elogio a "la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años pese a esos estúpidos que gritan", mientras la Tendencia disparaba la consiga "Se va a acabar, / se va a acabar / la burocracia sindical". Retomando el hilo, Perón continuó: "Decía que, a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años". De inmediato, el líder expresó su voluntad de que el Día del Trabajador sirviera "para rendir homenaje a esas organizaciones" y a esos sindicalistas "sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica y han visto caer a sus dirigentes asesinados —y remató la alocución con la misma figura retórica del discurso posterior a Ezeiza— sin que todavía haya tronado el escarmiento". Pero cuando Perón terminó de pronunciar esas

[124] Sigal y Verón, *Perón o muerte*, pp. 204 y 205.

palabras, los "imberbes" ya no escuchaban: en uno de los sucesos más extraordinarios de la política argentina, las columnas de la Tendencia se dieron media vuelta y salieron de la plaza.[125]

¿Qué representó este abandono de la plaza? El intelectual Carlos Altamirano sostiene que la Tendencia había ido allí para "forzar el fin", es decir, para desencadenar el componente apocalíptico que organizaba sus prácticas e imaginarios.[126] Aparejada a esta interpretación plausible, la perspectiva de la novela familiar sugiere que la Tendencia no podía "matar al padre" y romper con la relación jerárquica si no lo hacía en un sentido literal: aunque no pudiera "matar" literalmente a la figura paterna, tenía capacidad suficiente para desafiar su autoridad exhibiendo una fraternidad aún poderosa que reivindicaba el bautismo de fuego de su brazo armado Montoneros. Sin embargo, aunque sus consignas del acto se enfocaron en la oposición a los "burócratas" y en la identificación con la lucha armada, los militantes de la Tendencia parecieron evitar su representación como "los muchachos", para reivindicarse con mayor énfasis como representantes del "pueblo".[127] Perón no dejó lugar a dudas: a fin de restarles importancia y promover a "los viejos", posicionó a los sectores del peronismo revolucionario en el lugar de la juventud. Los "muchachos" devinieron en los "imberbes" que gritaban. Esta innovación retórica que degradaba a los "jóvenes" a "imberbes" (definidos por la falta de madurez, de barba, tal vez de virilidad) permitiría que él y "los viejos" recuperaran su autoridad política y simbólica: en la frase "hacer tronar el escarmiento" resonaba una connotación más pavorosa. Perón murió dos meses después de ese 1° de Mayo: "los viejos" —la derecha— heredaron la tarea de recuperar su autoridad, y los jóvenes, el vacío que representaba su figura paterna.

* * *

El proyecto tendiente a "restaurar la autoridad" que emprendió la derecha peronista en 1974 (detallado en el capítulo VIII) fue una respuesta a los efectos desestabilizadores que había representado la politización

125 Este párrafo se basa en Anguita y Caparrós, *La voluntad*, vol. 2, pp. 309-315; Sigal y Verón, *Perón o muerte*, pp. 209-219; Gillespie, *Soldiers of Perón*, pp. 148-151.

126 Altamirano, "Montoneros", en *Peronismo y cultura de izquierda*, pp. 139 y 140.

127 "Evaluación de la JP", en *Noticias*, 6 de mayo de 1974, pp. 6 y 7.

de la juventud en Argentina. Con esto no quiero decir que todos los jóvenes fueran militantes radicalizados ni que todos los militantes radicalizados fueran jóvenes, sino más bien que el advenimiento de una cultura política revolucionaria se apuntaló sobre la decisiva participación de los jóvenes y la construcción de la juventud como categoría política. El peronismo ofrecía un espacio donde la juventud significaba una categoría política positiva y también un puente para que los jóvenes "se integraran con el pueblo". Esto era algo que el nuevo activismo estudiantil gestado tras el golpe de 1966 reclamaba como necesario y que muchos más comenzaron a sentir tan "real" como imperioso desde el mayo argentino de 1969.

El mayo argentino dejó en evidencia las profundas transformaciones que habían atravesado a todo el arco del activismo estudiantil desde 1966 y marcó el advenimiento de los jóvenes como actores políticos. Descentrar el relato del Cordobazo para situar el episodio de Córdoba como la culminación de una serie de revueltas populares eslabonadas permite apreciar el liderazgo de las fuerzas estudiantiles en los estallidos iniciales de Corrientes y Rosario. Aunque los jóvenes habían sido capaces de cristalizar la anhelada unión de "trabajadores y estudiantes", muchos líderes estudiantiles evaluaron que las revueltas solo llegarían a buen puerto si la "clase obrera" ejercía la conducción, e ipso facto desmerecieron su propia significación política. Desde este punto de vista, el Cordobazo colmó las esperanzas de los jóvenes militantes cuando las fuerzas estudiantiles —y la juventud en general— se movilizaron "detrás" de los obreros industriales. Mientras los militantes cifraban su esperanza y su sorpresa en la participación masiva e inusitada de los trabajadores en las calles de Córdoba, para la mayoría de los observadores de entonces —para la prensa y para el propio Perón— lo verdaderamente novedoso y radical fue la visibilidad de los jóvenes.

La juventud que alcanzó su mayoría de edad política después de ese mayo lo hizo mediante la participación en una cultura política revolucionaria que tenía como uno de sus núcleos argumentales la asimilación de Argentina al Tercer Mundo. La construcción de una Argentina situada en el Tercer Mundo —que cobró forma en los relatos de periódicos y manifiestos políticos, pero también se difundió a través de múltiples prácticas culturales— involucraba la movilización de emociones como la indignación, además de otros componentes ideológicos más tradicionales. La idea de que el país pertenecía a una geografía marcada por el

"neocolonialismo" y las "fuerzas de liberación" pasó a formar parte del sentido común a principios de los años setenta, con repercusiones diversas. En primer lugar, abrió múltiples flancos de ataque contra el relato que pintaba una Argentina socialmente igualitaria, un país excepcional con respecto a sus vecinos latinoamericanos. El contraste entre los epicentros modernizantes —las ciudades habitadas por las clases medias urbanas— y los bolsones de opresión social era el mecanismo para "revelar" la supuesta Argentina real. Resueltos a tomar por una nueva senda ética, política y emocional, los jóvenes en proceso de politización rechazaron las ventajas que ponía a su disposición la Argentina "moderna", porque habían asumido la responsabilidad de cambiar las condiciones que posibilitaban la Argentina "real". En segundo lugar, entonces, esa Argentina real que los jóvenes juzgaban "intolerable" solo podía ser transformada, desde su punto de vista, mediante acciones radicales. La identificación de Argentina con el Tercer Mundo preparó el terreno para naturalizar la lucha armada como la única vía de transformación política y social.

La construcción de la juventud como categoría política y de los jóvenes como actores de una nueva cultura política revolucionaria no fueron las únicas novedades de los años sesenta y los tempranos setenta. Tal como han señalado varios académicos, un acontecimiento clave de ese período fue la incorporación de los jóvenes —en su mayoría de las capas medias— a las filas del peronismo. Esta incorporación no fue un hecho "natural" ni era esperable. En el nivel más básico, es obvio que no todos se incorporaron a la política radicalizada por vía del peronismo revolucionario. Otras opciones, como el PRT-ERP, ejercieron un fuerte poder de convocatoria entre jóvenes de diversas clases sociales, pero no los organizaron desde una perspectiva generacional. En contraste, el peronismo suministró un marco de referencia para interpelar a los jóvenes como "juventud" y también para codificar las diferencias políticas e ideológicas en un encuadramiento generacional. Este proceso entrañó la reafirmación de la "juventud" como categoría política legítima y la construcción de los jóvenes como actores políticos decisivos. Pero además implicó la posibilidad de escenificar una novela familiar en torno a la disputa por el ejercicio de la autoridad. En esta novela, los sectores revolucionarios (cualesquiera fueran las edades de sus integrantes) fueron posicionados como "juventud". En 1973, Rodolfo Ortega Peña aseveraba casi en soledad que "lo revolucionario trasciende lo generacional,

y no hay duda de que quienes cuestionan el sistema no son, necesariamente, solo los peronistas menores de 30 años". Ortega Peña recomendaba a la Tendencia que reevaluara su forma de proceder teniendo en cuenta el nuevo contexto histórico, ya que

> por las características cambiantes de las condiciones, y la adaptación del movimiento [peronista] a ellas, las cosas se ponen confusas. En los últimos tiempos, la Juventud Peronista se ha identificado con la línea revolucionaria, y arrastró detrás de sí a toda la corriente de activistas, sin distinción de edad. En la lucha frontal contra el régimen militar, ello resultó adecuado, y llevó al movimiento a la victoria. Pero últimamente no resultaba muy práctico, demostrando, de alguna manera, que es necesario revisar las cosas.[128]

Tal vez Ortega Peña preveía que las disputas políticas e ideológicas, cuando se codifican en términos generacionales, pueden acarrear efectos de muy alto voltaje. En 1974, cuando se produjo el desenlace de la novela familiar peronista, no solo los sectores revolucionarios (peronistas o no, jóvenes o no), sino también los jóvenes en general, sufrieron en carne propia el temible proyecto que impulsaron "los viejos" —los sectores de derecha— en aras de "restaurar la autoridad".

[128] "De lo generacional y lo revolucionario", en *Militancia*, núm. 9, 9 de agosto de 1973, p. 6.

VII. PONER EL CUERPO. EL CUERPO JOVEN, ENTRE EL EROTISMO Y LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

PARA ANTICIPARSE a la ya cercana primavera de 1966, una publicidad de camisas Sportline interpelaba a los lectores de sexo masculino con un adagio desafiante y seductor: solo quienes fueran capaces de combinar "la audacia del guerrillero" con la "solvencia de un playboy" podrían "vestir una [camisa] Sportline". Seis años después de este aviso publicitario, la revista *Para Ti* anunció a sus lectoras más jóvenes las últimas tendencias de la moda para el verano de 1972. En la producción fotográfica, dos modelos lucían novedosos atuendos (botas de tacos altos y shorts ajustados) y colores, con predominio del marrón y el verde oliva. El título del informe no podría haber sido más explícito: ese verano se usaría la "Moda guerrillera". He aquí apenas dos ejemplos de las asociaciones que la cultura argentina estableció entre las ideas de juventud, erotismo y política revolucionaria, un proceso cuya dinámica apunta a desentrañar este capítulo. En mi análisis sigo a la académica feminista Elizabeth Grosz en su propuesta de entender el cuerpo como "la superficie sobre la que se inscriben los códigos legislativos, morales y axiológicos de la sociedad" y como experiencia vivida.[1]

En la Argentina de los últimos años sesenta y los primeros setenta, la frase "poner el cuerpo" adquirió significados múltiples, a veces opuestos, que en conjunto ayudan a explicar por qué y de qué manera la juventud como categoría y los jóvenes como actores desempeñaron un papel tan decisivo en la definición de la política, la cultura y la sexualidad de la época. La juventud, por ejemplo, "puso el cuerpo" al servicio de una profunda renovación de las modas que reformuló las nociones y las prácticas del erotismo, así como los debates sobre los límites y los significados del sexo y la autoridad. El cuerpo joven —en general femenino— que ocupó el centro de la escena en el marco de un erotismo extendido y mercantilizado también ocupaba el centro de los debates

[1] Grosz, *Volatile Bodies*, p. vii, y "Feminism and the Crisis of Reason", p. 33.

políticos sobre el sexo y la revolución, que habían incorporado a nuevos actores, desde los nacientes grupos de feministas y homosexuales hasta la multiplicidad de agrupaciones que integraron la izquierda revolucionaria de los años setenta. Tal vez sin llegar a ser "revolucionarios" (en el sentido estricto que se adjudicaba al término por entonces), la mayoría de las chicas y los chicos participaron, no obstante, en hondas transformaciones de las pautas sexuales establecidas, que suscitaron una redefinición práctica de las edades y las ocasiones legítimas para el sexo, e incluso la aún incipiente —pero contenciosa— lucha por la igualdad sexual entre hombres y mujeres. La igualdad social radical fue, sin lugar a dudas, el quid de los proyectos revolucionarios que marcaron la época. Cuando adquirieron la forma de una cultura política ligada a la lucha armada y dependiente de la "acción", esos proyectos requirieron el desarrollo práctico y concreto de un cuerpo resistente. Esos cuerpos jóvenes, en su mayoría masculinos (y heterosexuales), serían los portadores de una nueva conciencia revolucionaria y las vías hacia un tiempo nuevo que muchos sentían al alcance de la mano.

Entre la exhibición y el disfraz

Durante la segunda mitad de los años sesenta, tanto en Argentina como en la mayoría de los países occidentales, las nuevas modas y prácticas publicitarias situaron al cuerpo joven y "desnudo" en el centro de todas las miradas. En su ensayo sobre las tradiciones representacionales del cuerpo, John Berger trazó la célebre distinción entre "desnudez *[nakedness]* y desnudo *[nudity]* en la tradición europea"; en otras palabras, la diferencia entre "estar desnudo" y "ser un desnudo": "Estar desnudo es simplemente estar sin ropas, mientras que el desnudo es una forma de arte. […] Estar desnudo es ser uno mismo. Ser un desnudo es ser visto en estado de desnudez por otros […] El desnudo se exhibe. […] Exhibirse desnudo es convertir en un disfraz la superficie de la propia piel, el vello del propio cuerpo".[2]

La idea de Berger acarrea profundas consecuencias para la lectura del cuerpo. En primer lugar, permite ver una continuidad (aunque solo simbólica) entre el vestido y el desnudo: conceptualizarlos como térmi-

[2] Berger, *Modos de ver*, pp. 61 y 62.

nos relacionales en lugar de opuestos. En las décadas de 1960 y 1970, la interacción del vestido con el desnudo abrió las puertas hacia nuevos sentidos del erotismo, que exigían acatar mandatos culturales sobre la delgadez y el estado físico, dirigidos principalmente a las mujeres jóvenes.[3] En segundo lugar, Berger señala que el cuerpo exhibido (en la tradición pictórica europea) era siempre el de una mujer, para un observador que se presumía masculino. Las académicas feministas analizan desde hace tiempo la conversión del cuerpo femenino en espectáculo, o bien, como lo expresa Laura Mulvey, en objeto para el placer visual.[4] En Argentina, además, el cuerpo de la mujer pasó a ser el locus para debatir hasta el cansancio la moral pública, circunstancia que ilustra la magnitud y los límites de la censura autoritaria en una época de erotismo trasnacional y mercantilizado. En tercer lugar, en el contexto de esa "mercantilización" generalizada, las ideas de Berger plantean la interacción entre el desnudo, el vestido y el disfraz. Las jóvenes que abrazaron la política revolucionaria rechazaban formalmente la imposición de la moda, pero recurrían en ocasiones a una indumentaria de connotación erótica: tanto el vestido como el desnudo y el erotismo, entonces, formaban parte de su disfraz para representar a la "mujer guerrillera".

Sin embargo, mucho antes de que salieran a la luz los primeros grupos guerrilleros, la progresiva exhibición del cuerpo femenino joven comenzó con la llegada de novedosas prendas de vestir, como la legendaria minifalda.

A principios de 1966, *Para Ti* informó a sus lectoras sobre el inminente arribo de la minifalda, alentándolas a preparar las piernas (con gimnasia y depilación) para lucir la nueva prenda, que seguramente —pronosticaba la revista— sería una moda pasajera. Los diseñadores locales hicieron la misma predicción: las colecciones para la temporada primavera-verano de 1966-1967 exhibían la minifalda como una prenda para lucir en lugares de veraneo, pero prácticamente descartaron la idea de su uso cotidiano, a menos que fuera por puro esnobismo. Tras el golpe militar de Juan Carlos Onganía, en 1966, solo unas pocas boutiques exclusivas vendían minifaldas en Buenos Aires. Las primeras mujeres que se atrevieron a usarlas eran jóvenes que participaban en movimientos estéticos de vanguardia o circulaban en ambientes intelectuales, en particular las

[3] Perniola, "Entre vestido y desnudo", p. 237; Barcan, *Nudity*, p. 46.
[4] Véase Mulvey, "Placer visual y cine narrativo".



IMAGEN 8. Minifaldas en Buenos Aires, *c.* 1967. Archivo fotográfico, Archivo General de la Nación, caja 850, carpeta 25.

que se llevaron el crédito de "pioneras": las estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).[5] Sin embargo, apenas un año más tarde la minifalda había llegado hasta los más remotos barrios populares de las áreas metropolitanas. En julio de 1967, un sondeo entre chicas de Buenos Aires, Córdoba y Rosario reveló que el 65% de las consultadas había comprado al menos una minifalda el año anterior. Algunas admitieron haber sentido cierta cohibición la primera vez, sobre todo por temor a los "piropos" que pudieran incitar en los hombres.[6]

[5] "Adopte sin complejos la falda corta", en *Para Ti*, núm. 2286, 5 de mayo de 1966, pp. 48 y 49; "¿Primavera con minifaldas?", en *Primera Dama*, suplemento de *Primera Plana*, núm. 195, 20 de septiembre de 1966, pp. 2 y 3; "La consagración de la minifalda", en *Siete Días*, núm. 86, 12 de diciembre de 1969, p. 13.

[6] "Anatomía de la minifalda", en *Primera Plana*, núm. 236, 4 de julio de 1967, p. 40.

Ese mismo mes, una campaña publicitaria de minifaldas y pantalones de jean —las dos prendas más emblemáticas de la moda juvenil— detonó una polémica con ribetes de escándalo sobre los riesgos de sexualizar excesivamente el cuerpo de las jóvenes. La marca local Lady Far West había lanzado un aviso con las imágenes de dos chicas que combinaban el "vestido" con el "desnudo": ambas aparecían de espaldas, una con minifalda y la otra con vaquero, pero estaban desnudas de la cintura para arriba. En la semana que siguió al lanzamiento de la campaña, las organizaciones "guardianas de la moral" pusieron el grito en el cielo. La Liga de Madres llegó hasta el punto de organizar una manifestación para protestar contra un desfile de modelos en minifaldas y pantalones. Las representantes de la liga también enviaron una carta furiosa al intendente porteño para demandar la prohibición del aviso publicitario.[7] El intendente Eugenio Schettini, uno de los funcionarios más conservadores de Onganía, accedió raudamente al pedido: en esa ocasión estrenó el Código de Publicidad que había promulgado en una de sus campañas para "moralizar" la capital argentina, con incrementos en las multas por avisos que lesionaran "la moral pública". El aviso de Lady Far West —cuyos creadores tuvieron su licencia suspendida durante un breve período— desapareció de las vallas publicitarias y los diarios.[8] Pero por mucho que se empeñara, Schettini no logró impedir que las jóvenes salieran a la calle vestidas con jeans o minifalda. Por otra parte, la opinión del intendente coincidía en un punto con la mayor parte de la "opinión pública" (masculina), que las revistas de actualidad sondeaban con insistencia: las nuevas prendas de moda irradiaban un inaudito "*sex appeal*".[9]

El uso de las nuevas prendas entrañaba una mayor exhibición del cuerpo, que las jóvenes intentaban mantener delgado. No es casual que la propagación de los jeans y la minifalda haya coincidido con una expansión de las prácticas dietéticas para adelgazar, una tendencia que

[7] Liga de Madres de Familia al intendente, 23 de julio de 1967, carpeta de Cartas, archivo de Liga de Madres de Familia. El anuncio de Lady Far West apareció en *Clarín*, 20 de julio de 1967, p. 13.

[8] "Código de Publicidad", en *Boletín Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1° de junio de 1967, pp. 4467-4490; "Las chicas del aviso audaz", en *Gente*, núm. 105, 27 de julio de 1967, p. 18.

[9] "Erotismo, la idea fija", en *Primera Plana*, núm. 201, 1° de noviembre de 1966, pp. 44 y 45; "¿Qué miran los hombres?", en *Siete Días*, núm. 47, 2 de abril de 1968, pp. 30-35.

crecía en todo el mundo. Tal como señala la crítica cultural Susan Bordo, la idealización del cuerpo esbelto en el siglo XX codificó el ideal atormentador del cuerpo administrado mediante técnicas de autogestión, como las dietas y el ejercicio físico.[10] Esta dinámica hizo eclosión en Argentina durante la década de 1960. El peso ideal que recomendaba *Para Ti* a las lectoras más jovencitas que medían 1,60 de altura cayó de 60 a 54 kilos entre 1958 y 1968. Tal como otras revistas, *Para Ti* también incorporó los consejos sobre dietas para adelgazar, mientras en su correo de lectoras aparecían cada vez más cartas de chicas que sufrían las penurias de adecuarse a los nuevos ideales.[11] Y no era para menos: los datos estadísticos de 1965 indican que los habitantes de las zonas urbanas consumían en promedio 3.450 calorías diarias, un hábito alimenticio que convertía en misión casi imposible el logro del peso deseado.[12] Por otra parte, los artículos periodísticos indican que los deportes comenzaron recién entonces a popularizarse entre las jóvenes, dispuestas a "resistir las tentaciones" y "sufrir" con tal de poder calzarse minifaldas y pantalones ajustados.[13] Pero los cambios de los cuerpos reales ya eran ostensibles para los observadores de la vida cotidiana. En una comparación entre las jóvenes de 1945 y 1971, el pediatra Florencio Escardó comenta las sorprendentes transformaciones de su aspecto físico:

> Las minifaldas han mostrado una impresionante cantidad de piernas maravillosamente torneadas que sirven a un caminar asentado y garboso sin contoneos; la elegancia de los talles y los cuellos, el asentamiento del espinazo y la perfección de los dientes hacen de la presencia femenina en Buenos Aires un espectáculo cuya mera designación adjetiva puede parecer hiperbólica a quien se resista al hechizo de su inmediata y libre contemplación. Los sábados de mañana por la calle Santa Fe, cada cinco minutos desfila calipigia y calimástica la muchacha más linda del mundo y las aceras parecen una manifestación de princesas republicanas seguras de su plástica

[10] Bordo, *Unbearable Weight*, pp. 199-201.

[11] "Para el verano", en *Para Ti*, núm. 1903, 17 de diciembre de 1958, p. 81; "Cuerpo sano", en *Para Ti*, núm. 2419, 18 de noviembre de 1968, p. 81. Véanse cartas de queja en "Secreto de confesión", en *Para Ti*, núm. 2405, 12 de agosto de 1968, p. 66; núm. 2440, 14 de abril de 1969, p. 82.

[12] En la siguiente encuesta comparable, de 1985, el promedio de calorías diarias había caído a 2.900. Véase Aguirre, *Estrategias de consumo*, pp. 72, 76, 82 y 84.

[13] "Las escuálidas", en *Atlántida*, núm. 1234, enero de 1970, pp. 26-30; véase también "La manía de adelgazar", en *Confirmado*, núm. 138, 8 de febrero de 1969, p. 32.

y en plena posesión de su cuerpo. Pero no se deduzca que se trata de una muestra sabatina en una calle elegida; en los barrios extremos, las chicas que el sábado de tarde están de pie en la puerta de su casa, coquetas y compuestas, esperando quién sabe a quién que no ha de pasar, son tan lindas y tan bien arquitecturadas como en Santa Fe o en Florida; la belleza física es una dominante predominante en todo Buenos Aires [...] Frente a estas muchachas de ahora, el porteño viejo no puede menos de pensar cuán poco sabían de elegancia las elegantes de otrora que obtenían directamente sus modelos de París y de Londres; elegancia la de ahora, que se pone en juego el sábado de tarde cuando de la misma casa rica salen la niña y la mucama sin diferencia esencial en la integración de la ropa a su anatomía.[14]

Las chicas (desde la "niña" hasta la "mucama", de acuerdo con Escardó) habían tenido que hacer un esfuerzo considerable a fin de alcanzar el nuevo ideal de belleza física (incluida la construcción de "piernas maravillosamente torneadas"), requisito imprescindible para lucir las nuevas modas con la elegancia que resulta de sentirse "en plena posesión" del cuerpo.

El debate sobre los cambios visibles en las modas y las pautas de belleza femenina se sumó a un segundo conjunto de preocupaciones en torno a un "atuendo unisex" que amenazaba con borrar la distinción entre las identidades de género, con la concomitante feminización de los jóvenes varones. El sociólogo Julio Mafud, por ejemplo, argumentaba que un signo de la "revolución sexual argentina" era la creciente semejanza entre los atuendos y peinados de los chicos y las chicas. Esa semejanza, a su parecer, encerraba tanto la promesa de "nivelar los sexos" —algo que para él ya era "una inclinación irreversible"— como el riesgo de borrar por completo las marcas de género "hasta el punto de ser intercambiables": "Poco a poco, el hombre moderno argentino ha quedado sin sus 'diferencias específicas'. El hombre se va asemejando a la mujer y la mujer al hombre. La vida moderna ha identificado a los sexos: la mujer se masculiniza y el hombre se feminiza". Mafud llama a las mujeres a ser prudentes y mantener en claro las diferencias de género.[15] Haciendo gala de mayor tolerancia, el psiquiatra Isaac Lubchansky relaciona la "ambigüedad" en el vestir con "la búsqueda de nuevos estilos,

[14] Escardó, *Nueva geografía de Buenos Aires*, pp. 81 y 82.
[15] Mafud, *La revolución sexual argentina*, pp. 49 y 52-54.

comunes a los sexos: el pelo largo y los pantalones vaqueros son los símbolos de un mundo juvenil unisex". Otros analistas veían en las nuevas prácticas de indumentaria que adoptaban las mujeres jóvenes una "agresiva invasión" al mundo de los hombres, quienes, a su vez, "contraatacaban" con la apropiación del pelo largo y la ropa colorida.[16] En contraste con las controversias en torno a los jeans y las minifaldas por su presunta "sobresexualización" del cuerpo femenino, las polémicas en torno a la "moda unisex" ponían sobre el tapete una serie de inquietudes por la sexualidad masculina. En el nivel más extremo, la policía hacía redadas en bares y conciertos de rock para arrestar o asustar a los hombres con aspecto "hippie", cuyas marcas eran los vaqueros, las camisas de colores y el pelo largo. El imaginario que insuflaba estos debates llegó al punto de concebir lo unisex como un asunto de seguridad nacional, porque —según se alegaba— la policía experimentaba cada vez mayores dificultades para distinguir a los hombres de las mujeres.[17] El tema de la "confusión" también aparecía en ámbitos menos institucionales. Una encuesta sobre "moda unisex" de la revista *Siete Días*, por ejemplo, provocó una andanada de cartas cuyos autores relacionaban los modos de vestir y el pelo largo con sexualidades "inciertas".[18]

Los avisos publicitarios incitaban e interpelaban a la vez las inquietudes en torno a las nuevas modas, jugando con el estilo "unisex" pero "sexy" de la nueva indumentaria juvenil. Los que más contribuyeron a erotizar la cultura visual argentina de los tardíos años sesenta y los tempranos setenta, de hecho, fueron los avisos de jeans, por su constante apelación a las interacciones entre el desnudo y el vestido (como lo había hecho la publicidad de Lady Far West) y, por consiguiente, a la articulación de nuevas pautas eróticas. Abigail Solomon-Godeau señala con acierto que la imagen femenina "funciona como conducto y espejo del deseo, porque intensifica y refleja recíprocamente el encanto de la mercancía".[19] Y, por cierto, el cuerpo de las jóvenes pasó a ser el emblema y el encanto

[16] "Adán y Eva cada vez más parecidos", en *Panorama*, núm. 80, 5 de noviembre de 1968, p. 37; "Los límites del sexo", en *Confirmado*, núm. 271, 26 de agosto de 1970, p. 44.

[17] Véase el capítulo v de este libro; véase también "Luz roja para los adolescentes", en *Mundo Policial*, núm. 13, septiembre de 1971, p. 20.

[18] "Abajo la discriminación sexual", en *Siete Días*, núm. 132, 11 de noviembre de 1969, pp. 30-37; "Correo", en *Siete Días*, núm. 138, 29 de diciembre de 1969, p. 18; núm. 141, 18 de enero de 1970, p. 20; núm. 142, 25 de enero de 1970, p. 20.

[19] Solomon-Godeau, "The Other Side of Venus", p. 113.



IMAGEN 9. Publicidad de Levi's, en *Siete Días*, núm. 268, 3 de julio de 1972.

de los jeans. En 1972, el aviso de Levi's llegó al punto de exhibir una foto que mostraba parte de una joven desnuda cuya nalga izquierda se destacaba con la superposición de un bolsillo "imaginario". El texto en tipografía grande anunciaba "Un legítimo Levi's se reconoce así", mientras la letra chica especificaba características de la mercancía real. El mensaje era claro: solo Levi's garantizaba una exhibición perfecta (es decir, casi total) de la zona erógena femenina más deseada. Ese era el encanto que ofrecía a las mujeres y —sobre todo— a los hombres.[20] Si bien es significativo por su literalidad, este aviso fue bastante excepcional. Las otras publicidades de vaqueros estaban ilustradas con imágenes de parejas mixtas, vestidas con la misma ropa (aunque la intención era atraer la mirada del espectador hacia el cuerpo femenino, dominante en la atmósfera sexuada que connotaba el consumo de jeans). Dinámico, alegre y sexy: he ahí el tipo de atributos que los publicistas bregaban competitivamente por asociar a los jeans y al consumo juvenil.

¿Cómo se explica que en 1972, apenas cinco años después de que el intendente porteño censurara una publicidad de minifaldas y jeans, la revista de actualidad más leída del país pudiera ocupar su tercera página con este aviso de Levi's? La publicidad, de hecho, es la clave para desentrañar los límites de la censura. Desde el punto de vista formal, la "ideología censora" de los años sesenta y setenta se distendió solo por unos meses, durante los gobiernos de Héctor J. Cámpora y —transitoriamente— Juan Domingo Perón. Tal como señalé en el capítulo I, a lo largo de esas dos décadas florecieron comisiones municipales, provinciales y nacionales en medio de una escalada legislativa. El

[20] Publicidad de Levi's en *Siete Días*, núm. 268, 3 de julio de 1972; véase también Manzano, "The Blue Jean Generation".

principio que subyacía a la censura era la interdicción de materiales "políticamente subversivos" y "perniciosos para la moral", pero su ejecución era despareja, enfocada ante todo en el monitoreo de libros y películas. No es casual que la "primavera democrática" de Cámpora haya incluido la designación del cineasta Octavio Getino como interventor del Ente de Calificación Cinematográfica en agosto de 1973. Pronto se autorizó la proyección de largometrajes hasta entonces prohibidos, como *Teorema* (Pier Paolo Pasolini, 1968) y *Último tango en París* (Bernardo Bertolucci, 1972). Tal como lo expresó el periodista Carlos Ulanovsky en el semanario humorístico *Satiricón,* la censura había sido

> una de las formas más estables de cogobierno con que contó el poder argentino de las últimas décadas, [...] un ejército de tijeras para cortar cualquier rastro de signo opuesto al *argentine way of life* que osara surgir. El resultado más visible [de la designación de Getino] es [...] el estreno de un subido lote de films extranjeros y nacionales que los argentinos estábamos impedidos de ver en nombre de —mirá qué bien— imposibles jerarquías paternalistas y autoritarias.[21]

Sin embargo, antes y después de aquella "primavera" hubo otros materiales que fueron mucho más escurridizos. Las fuerzas del mercado eran tan poderosas como las fuerzas del moralismo... y, como lo expresó un publicista, "hoy el sexo vende".[22]

El "sexo" entrañaba, en primer lugar, la exhibición del cuerpo femenino joven en los ámbitos representacionales de mayor difusión: los avisos publicitarios y las revistas de actualidad. El año 1967 no solo marcó el intento de controlar la publicidad en Buenos Aires, sino que también fue un punto de inflexión para la industria publicitaria a escala nacional, con efectos más perdurables que el episodio de censura. En primer lugar, la inversión aumentó el 50% respecto de 1966: el mayor crecimiento interanual del próspero decenio 1964-1974. A partir de 1967 hubo una sólida recuperación de las inversiones en publicidad gráfica, a todas luces porque las revistas de actualidad incorporaron la impresión

[21] Carlos Ulanovsky, "La censura madre que nos tocó", en *Satiricón*, núm. 12, octubre de 1973, pp. 36-39; Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*, vol. 1, cap. 1.

[22] "De Luca, a toda máquina y sin mirar atrás", en *Mercado*, núm. 42, 30 de abril de 1970, p. 49.

en colores para los avisos comerciales.[23] En segundo lugar, la floreciente actividad publicitaria de 1967 incluyó (en parte como detonante del auge) una "oleada erótica" de tal calibre que —según informaba un artículo periodístico— el 75% de los avisos recurría a la exposición del cuerpo femenino para vender todo tipo de productos.[24] Tal vez en previsión de las pérdidas económicas que podía causar la censura en las actividades del sector, los publicistas redactaron su propio código de ética con la promesa de evitar exhibiciones que agraviaran "la moral argentina" o estimularan la "sensualidad" y la "obscenidad". Impreciso y formal, el código ya era letra muerta cuando se puso en vigor.[25] Con las revistas de actualidad sucedió algo similar. En el verano de 1968-1969, *Siete Días* actualizó sus técnicas de autopromoción: como muchas otras revistas ilustradas de Occidente, incorporó a las "chicas de tapa" en bikini. Preocupado por la "ola pornográfica", el ministro del Interior Guillermo Borda amenazó con prohibiciones a los directores de los semanarios más leídos, no solo por la exhibición de (semi) desnudos femeninos, sino también por cualquier nota periodística que cuestionara el matrimonio y la autoridad de los padres sobre los jóvenes. Aunque hicieron oír sus quejas, los directivos de las revistas trataron de acatar las prescripciones del funcionario.[26] Sin embargo, apenas Borda presentó su renuncia como consecuencia de las revueltas populares que estallaron en mayo de 1969, los semanarios salieron nuevamente a la "caza" de chicas "sexis" para ilustrar sus tapas.

La irrefrenable oleada de radicalización política que iniciaron los acontecimientos de mayo inundó casi todas las esferas de la vida social y cultural, sin excluir siquiera al ambiente de la moda y la indumentaria. El efecto más visible fue la creación de un sindicato para los modelos, que apuntaba a ofrecer capacitación, regular las condiciones de trabajo y propiciar el debate sobre "el rol de la moda en una sociedad

[23] Cámara Argentina de Anunciantes, *Estudio de inversión publicitaria y rentabilidad de empresas*, vol. 4, p. 19.

[24] "Publicidad: la escalada del sexo", en *Confirmado*, núm. 148, 18 de abril de 1968, pp. 28 y 29; véase también "Publicidad, sigue la diversión", en *Primera Plana*, núm. 317, 21 de enero de 1969, pp. 16 y 17.

[25] "Código de ética para avisos", en Alonso Piñeiro, *Breve historia de la publicidad argentina*, pp. 254 y 255.

[26] "Cámaras rigurosamente vigiladas", en *Siete Días*, núm. 95, 3 de marzo de 1969, p. 21; "Editorial. Moral, no moralina", en *Análisis*, núm. 416, 5 de marzo de 1969, pp. 16 y 17.

en proceso de cambio".[27] En 1972, modelos y periodistas promovieron una serie de debates sobre las relaciones entre la moda, las prácticas de vestimenta y la política. Algunos participantes argumentaron que, en un contexto de capitalismo dependiente, la moda era uno de los canales a través de los cuales operaba el "neocolonialismo". A juicio de estos observadores, la única "moda" argentina ajena a los mecanismos de la colonización había sido la que marcó la impronta de los trabajadores peronistas en los años cuarenta y cincuenta, aquellos a quienes "Evita llamó 'los descamisados'". En una mesa redonda de 1972, modelos, periodistas y psicólogos coincidieron en la idea de que la moda era producto de una opresión social e individual que sería desterrada en una "futura patria socialista".[28] Pero estos debates públicos eran apenas uno más de los espacios donde se politizaba la moda. Mucho más determinante fue la reformulación de las prácticas relacionadas con la vestimenta entre los jóvenes que se involucraron en la política radicalizada.

Los testimonios actuales de las mujeres que abrazaron la lucha armada en sus días de juventud iluminan la trascendencia de esos cambios estéticos, que ellas relatan como parte de un proceso de conversión. Pola, quien por entonces militaba en el PRT-ERP, en un relato de tipo autobiográfico enfatiza la importancia superlativa que entrañaban sus decisiones en materia de moda y apariencia física. Cuando consiguió "la primera cita" política con un militante de la organización, Pola era una adolescente de apenas 17 años y decidió arreglarse con "su mejor gala" para impresionar al interlocutor: una "diminuta minifalda", una blusa llamativa, sandalias de taco alto, y "el cabello largo y lacio, casi hasta la cintura" que "completaba una imagen no muy proletaria".

> Emocionada y expectante, esperaba en una esquina a su contacto. Cuando llegó, se trataba de un muchacho de anteojos de esos a los que se les llama ratón de biblioteca, la miró de arriba abajo con cara de asco y le dijo, después de las presentaciones: "¿Vos sabés quiénes somos nosotros? ¿Estás segura de lo que querés hacer?".

[27] "Reclamos de bella gente", en *Análisis*, núm. 528, 27 de abril de 1971, p. 42; "Modelos, ¿por qué no?", en *La Bella Gente*, núm. 2, noviembre de 1969, pp. 78-81.

[28] Beatriz Spinoza y Juan Carlos Martelli, "La moda no es inocente", en *Primera Plana*, núm. 486, 23 de mayo de 1972, p. 3; "Enfoque interdisciplinario de la moda", en *La Opinión*, 26 de septiembre de 1972, p. 16.

La pregunta había sido retórica, por supuesto, pero Pola entendió que era preciso responderla de alguna manera. No bastaba con estar segura: también tenía que demostrarlo. Temerosa de que el partido la hubiera "'descartado' por burguesita", la joven atravesó un proceso de conversión corporal mientras esperaba con impaciencia el segundo llamado. Cuando llegaron "las indicaciones para una nueva entrevista", su apariencia había cambiado hasta tal punto que el compañero casi no la reconoció. "Frente a él se sentó una muchacha de cabello corto, con zapatillas que remplazaban a las sandalias", jeans en lugar de minifalda y una "camisa de hombre" que le daba un aire más "proletario". Riéndose de sí misma, Pola llega a la conclusión de que fue recién entonces, con el cambio de atuendo, cuando pasó a ser formalmente "militante de un partido".[29] La conversión que describe Pola requería dejar de lado todo lo que estuviera de moda. Al emprenderla, ella y sus jóvenes compañeras de militancia adoptaban un nuevo ideal de femineidad que tendía a reforzar la sencillez a la vez que minimizaba las marcas del erotismo y el deseo.

Sin embargo, y al filo de la paradoja, la militancia revolucionaria a veces requería hacer puestas en escena que demandaban la adecuación del cuerpo femenino a las normas prevalentes de femineidad y deseabilidad. En Brasil, por ejemplo, los diarios y las revistas abundaban en crónicas sobre jóvenes peligrosas y seductoras que participaban en acciones armadas.[30] En Argentina también. Pese a su exageración, estas representaciones permiten entrever el hecho real de que algunas jóvenes guerrilleras usaban el *"sex appeal"* para facilitar ciertas acciones armadas, como los robos de autos, los asaltos de bancos y las ocupaciones de comandos militares o delegaciones policiales (que fueron los principales operativos y blancos de ataque entre 1969 y 1972).[31] Asimismo, la prensa argentina rebosaba de crónicas sobre jóvenes mujeres de "belleza singular", que parecían "modelos", usaban abundante maquillaje y vestían minifalda o jeans ajustados.[32] Así ocurrió en julio de 1970,

[29] Augier, *Los jardines del cielo*, pp. 107 y 108.
[30] Véase Langland, "Birth Control Pills and Molotov Cocktails", pp. 308-349.
[31] Mattini, *Los perros*, t. 2, p. 78; Diana, *Mujeres guerrilleras*, p. 166.
[32] Véanse "Audaz golpe en Córdoba", en *La Razón*, 28 de abril de 1970, p. 12; "La célula de Mendoza", en *La Razón*, 28 de octubre de 1970, p. 13; "Un comando extremista en La Plata", en *La Razón*, 2 de febrero de 1971, p. 8; "Tres hombres y dos mujeres robaron 9.700 pesos", en *La Razón*, 11 de febrero de 1971, p. 1; "El asalto a la custodia del emba-

por ejemplo, cuando un comando montonero formado por ocho hombres y tres mujeres ocupó la localidad de La Calera, cercana a la capital cordobesa:

> A pocos metros del centro, el suboficial Cristóforo Castillo, del Ejército, ponía su Rambler en marcha para viajar al empleo cuando oyó una voz femenina que le susurraba desde fuera: "Salí, che, y tirate en la vereda". [Castillo] se dio vuelta y encaró a una mujer rubia que esgrimía un revólver 38. El militar obedeció, no sin quedar intrigado por el acento porteño de la amazona.[33]

Un agente de la policía local contó en una entrevista televisiva que la guerrillera, una joven bella y refinada, había entrado a la comisaría para pedir ayuda porque alguien la había "acosado" en la calle.[34] Tanto el policía como los periodistas de los medios se sentían engañados, traicionados en la confianza que no habían dudado en prodigar, "como le pasaría a cualquiera" frente una joven hermosa que a primera vista pareciera tan vulnerable.

Los nexos entre el engaño y el cuerpo sexuado se acentuaron aún más en las noticias sobre algunas acciones específicas donde participaron otras jóvenes. En 1971, el matutino más leído de Argentina —*La Razón*— informó en su columna diaria "Guerrillerismos" sobre una célula del PRT-ERP que se especializaba en conseguir vehículos y dinero para la organización armada. El informe realzaba la espectacularidad del operativo guerrillero, haciendo hincapié en la protagonista, "una joven rubia de alrededor de veinte años, de cabello largo, ojos claros y físico de modelo, que lucía un atuendo moderno y elegante: minishorts rojos con blusa del mismo color".[35] La evidencia de que la joven había elegido la indumentaria más sexy posible, cuya expresión más osada eran los minishorts, generó una polémica en torno a la moral, el desnudo

---

jador alemán", en *La Razón*, 15 de febrero de 1971, p. 6; "Golpe extremista en Turdera", en *La Razón*, 18 de mayo de 1971, p. 13.

33 "Los detenidos de Córdoba son gente de las mejores familias", en *La Razón*, 2 de julio de 1970, p. 1; "El calerazo y las guerrillas", en *Confirmado*, núm. 264, 8 de julio de 1970, pp. 16 y 17; la última cita es de "Agitación. Las 48 horas que conmovieron al país", en *Panorama*, núm. 167, 7 de julio de 1970, pp. 10-14.

34 Videos 22-24, Centro de Conservación y Documentación Audiovisual, Universidad Nacional de Córdoba, archivo Canal 10.

35 "Audaz golpe comando", en *La Razón*, 13 de agosto de 1970, p. 12.

y la femineidad.[36] La joven se había apropiado de los minishorts, inesperadamente politizados con la intención de generar un efecto sorpresa. Los empleados de la estación de servicio donde había comenzado la acción, por ejemplo, la describieron como una chica a la que no habrían dudado en gritarle "piropos" por la calle. Cuando advirtieron que se trataba de una guerrillera, pensaron que ya no se podía "confiar en nadie". Las estrategias de presentación que explotaban el potencial del cuerpo femenino sexuado eran un señuelo que servía para atraer y neutralizar a la vez a los potenciales testigos o "víctimas" de sexo masculino.

Estas estrategias dan una idea de los dilemas que tal vez enfrentaron las jóvenes en su intento de adaptarse a los requisitos de la militancia revolucionaria, ya que los usos hiperbólicos de modas sexuadas implicaban una lógica del enmascaramiento. Tal como señala Georg Simmel en su clásico estudio sobre las sociedades secretas, la máscara marca una bifurcación en el yo del individuo que pertenece a ellas, dividido entre los intereses de la sociedad secreta y los que solicita de él la sociedad pública.[37] Los grupos revolucionarios que abrazaron la lucha armada en Argentina fueron en cierto modo sociedades secretas: literalmente de 1969 a 1972, y otra vez después de 1974, cuando pasaron a la clandestinidad. Para los miembros de esas organizaciones, navegar a través de la división entre lo secreto y lo público entrañaba la negociación de acuerdos en materia de sexo y de género. La negociación se llevaba a cabo mediante la lógica del enmascaramiento. En líneas generales, tanto los hombres como las mujeres de las organizaciones armadas se "enmascaraban" en el sentido al que se refiere el guerrillero brasileño Carlos Marighella en ciertas instrucciones de su manual: "El guerrillero urbano debe saber cómo vivir entre las personas y fusionarse con los demás [...] No debe vestirse con ropas diferentes de las que usan otras personas [...] Tiene que vivir de su trabajo o actividad profesional".[38] Hay abundantes ejemplos de hombres que amoldaban su personalidad pública a los estereotipos de los médicos, los obreros o los agentes de policía. Las mujeres, en cambio, recurrían a las figuras femeninas "tradicionales" (falseaban indicadores de maternidad o se hacían pasar por

[36] Véase, por ejemplo, "Minishorts: sus claves secretas", en *Clarín*, 23 de mayo de 1971, pp. 6 y 7.
[37] Simmel, "El secreto y la sociedad secreta", pp. 161 y 164.
[38] Marighella, *Mini-Manual of the Urban Guerrilla*, p. 48.

enfermeras), o bien, en versiones más prominentes del disfraz, acentuaban las marcas de la deseabilidad ligadas a las variantes mercantilizadas de la sexualidad femenina.[39] La insistencia en ese tipo de enmascaramiento tal vez indique no solo una manipulación racional de los estereotipos sexuales con fines políticos, sino también la persistencia de ideales de atracción sexual arraigados entre los militantes revolucionarios: las acciones armadas eran ocasiones ideales para combinar la representación de esos papeles sexuados con el servicio a la revolución.

Sexo y revolución

"Sexo" y "revolución" fueron dos palabras clave de un léxico más abarcador que marcó las décadas de 1960 y 1970, e incluía otros términos, como "emancipación" y "liberación". En el marco de un movimiento trasnacional, asociado a actores culturales y políticos emergentes (culturas juveniles, feminismo, movimientos por los derechos de los homosexuales, por nombrar solo algunos), las variantes más radicalizadas de los revolucionarios sexuales cuestionaron la familia patriarcal, la desigualdad de género o edad y la heteronormatividad. En Estados Unidos y algunos países de Europa Occidental, la movilización de grupos que abogaban por la liberación femenina y homosexual cristalizó en nuevas leyes, como la descriminalización de la homosexualidad y la legalización del aborto.[40] En América Latina en general y Argentina en particular, esos actores fueron menos relevantes para la definición de los nexos entre el "sexo" y la "revolución". Desentrañar las pugnas en torno a los significados de ambos términos requiere trascender la cuestión de los cuerpos exhibidos o enmascarados. De hecho, la condena a los aspectos comerciales del erotismo fue el único punto de acuerdo entre los activistas por los derechos de los homosexuales y las feministas, por un lado, y los grupos de la "nueva izquierda", por el otro. Pero en lo concerniente a sus argumentos sobre la plausibilidad de una revolución "sexual" aparejada

[39] "Una semana al fuego", en *Análisis*, núm. 490, 4 de agosto de 1970, pp. 16 y 17; "Buenos días, agente", en *Panorama*, núm. 158, 5 de mayo de 1970, p. 13; "Fue asaltada la Prefectura del Delta esta madrugada", en *La Razón*, 12 de abril de 1970, p. 4; "La mujer 71", en *Mundo Policial*, núm. 8, marzo-abril de 1971, pp. 69-71.

[40] Sobre el cambio legislativo, véanse Collins, *Modern Love*, pp. 134-160, y Herzog, *Sex after Fascism*, pp. 53-60.

a la revolución social y nacional, que la mayoría consideraba en pleno desarrollo, las diferencias eran notables. Por otra parte, entre los jóvenes de la época avanzaba una "revolución discreta", más elástica que estas reivindicaciones estridentes: la disociación entre el sexo y el matrimonio.

La comercialización de la sexualidad y la exhibición del cuerpo femenino como mercancía —algunos de los aspectos más visibles de la transformación que experimentaba la cultura sexual argentina— eran una problemática clave para los feminismos emergentes. La Unión Feminista Argentina (UFA), el Movimiento de Liberación Feminista (MLF) y el grupo Muchacha (ligado al Partido Socialista de los Trabajadores, PST), entre otros, bregaban por revitalizar un movimiento que, a su parecer, había permanecido en estado de latencia entre las décadas de 1920 y 1970. Todas estas agrupaciones trataban de construir organizaciones horizontales y crear grupos de "concientización" como los que existían en Europa y Estados Unidos.[41] También entablaron lazos personales con representantes del feminismo estadounidense, como la feminista socialista Linda Jenness, cuyas conferencias en Buenos Aires en calidad de invitada de los grupos locales confirieron mayor visibilidad mediática al movimiento argentino, de por sí bastante reducido.[42] Con unas cincuenta integrantes en 1972, el MLF (como la UFA) reclutaba afiliadas entre las mujeres adultas de clase media. Muchacha, en cambio, apuntaba a las estudiantes secundarias y universitarias. Tal vez porque sus interlocutoras se presumían jóvenes, el primer volante de Muchacha, titulado "No más objetos en manos de los hombres o de la sociedad", llamaba a luchar contra las "formas de sometimiento a través del consumo y todas sus mediaciones (la moda, la propaganda, las revistas femeninas)".[43] Además de denunciar la desigualdad de oportunidades educativas y laborales entre las mujeres y los hombres, así como la degradación del "invisibilizado" trabajo doméstico, Muchacha enfocaba su crítica en el persistente doble estándar sexual y la "comercialización de las mujeres".[44]

[41] Nari, "Abrir los ojos, abrir la cabeza", pp. 15-21; Vassallo, "'Las mujeres dicen basta': feminismo, movilización y política de los setenta", pp. 61-88.

[42] "Feministas argentinas. La cosecha ideológica", en *Panorama*, núm. 266, 1º de junio de 1972, pp. 33-37; "Los caminos de la libertad", en *Siete Días*, núm. 265, 12 de junio de 1972, p. 9.

[43] "Muchacha intenta luchar contra la discriminación sexual", en *La Opinión*, 7 de diciembre de 1971, p. 8.

[44] "Luchas por la reivindicación de las mujeres", en *La Opinión*, 23 de abril de 1972, p. 15.

Estos grupos, de vida efímera, tuvieron dificultades para crear una red y forjar alianzas en un ámbito político cuyos actores dominantes no estaban dispuestos a reconocer los reclamos feministas como "políticos". A diferencia de lo que ocurrió con los grupos por los derechos de los homosexuales, las agrupaciones feministas no lograron crear una red ni llevaron a cabo muchas actividades en común. Solo dos veces salieron juntas a la calle. En octubre de 1972, acordaron una volanteada contra las connotaciones comerciales e "idealizadoras" del Día de la Madre, aprovechando la ocasión para reiterar las demandas de acceso a la anticoncepción, el aborto y las guarderías. Dos meses más tarde, los tres grupos más importantes convocaron a una protesta frente a Femimundo, una feria de moda y cosméticos dedicada a "la mujer joven".[45] Pero estas movilizaciones pasaron casi desapercibidas: la política sexual y otras demandas feministas sonaban demasiado acotadas en el clima político de los primeros años setenta.[46] Una mesa redonda con una integrante de Muchacha —también militante del PST— y dos mujeres peronistas de izquierda ilustra esa atmósfera. Mientras la primera bregaba por explicar que las luchas feministas y socialistas estaban lejos de ser irreconciliables, las peronistas dominaron el debate con un argumento que las declaraba incluso incompatibles: "en países dependientes", el feminismo y la "tan publicitada revolución sexual" eran herramientas neocoloniales.[47] La mayoría de los grupos identificados con la izquierda revolucionaria —con la notable excepción del PST—[48] usaban esos términos para rechazar programáticamente la inclusión expresa de una política sobre sexo y género, tanto con referencia al feminismo como a la militancia por los derechos de los homosexuales.

Fundado en 1971, el Frente de Liberación Homosexual (FLH) sirvió de paraguas para articular a diversos grupos de gays y lesbianas. Activistas e historiadores identifican a las agrupaciones Nuestro Mundo y Eros como impulsoras del FLH. Héctor Anabitarte, exmilitante comunista

[45] "Femimundo 1972. Una muestra para el consumo", en *La Opinión*, 17 de diciembre de 1972, p. 18.

[46] Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina*, pp. 239-243; Vasallo, "'Las mujeres dicen basta': feminismo, movilización y política de los setenta".

[47] "Ni hablar de estas mujeres", en *Primera Plana*, núm. 491, 27 de junio de 1972, pp. 32-34.

[48] Sobre las relaciones entre el PST y el feminismo, véase Trebisacce, "Aunque algunos se rían de nosotr(o)s...".

y dirigente gremial del Sindicato de Correos, creó en 1968 el grupo Nuestro Mundo, que atrajo a hombres de clase obrera y media en torno a la creciente inquietud por la represión de los homosexuales en la época de Onganía. A diferencia de esta agrupación, Eros representaba a la vertiente más radicalizada de los grupos por los derechos de los homosexuales: sus miembros llamaban a "soltar la libido", una acción que calificaban de intrínsecamente revolucionaria y liberacionista. Liderado por el futuro antropólogo y gran poeta Néstor Perlongher, Eros intervino decisivamente en la organización de la juventud universitaria e intentó tender puentes entre el FLH y el peronismo revolucionario.[49] Tal como en el caso de las feministas, el FLH mantenía relaciones tensas con la izquierda revolucionaria, sobre todo la de filiación peronista. Cuando la asunción de Cámpora parecía el umbral de una inminente liberación nacional y social, en 1973, el FLH participó en movilizaciones peronistas y envió cartas a los diputados a fin de explicarles que el frente también contribuía a "la lucha por la liberación", mediante el desmantelamiento de "la moral burguesa" machista que sometía a las mujeres y repudiaba a los homosexuales. Las cartas no tuvieron respuesta. En el manifiesto "Sexo y revolución", de 1974, el FLH reconoció que su intento de introducir la cuestión sexual en "un proceso revolucionario que solo [alteraba] las esferas política y económica" había fracasado, en gran medida porque "somos un sector del pueblo que padece una forma de represión discriminada y específica originada en los intereses mismos del sistema, e internalizado por la mayoría de la población, incluso por algunos sectores pretendidamente revolucionarios".[50]

Basándose en ideas de circulación trasnacional, el FLH describía la idiosincrasia sexual argentina como un entramado de moral católica (o tradicional) coexistente con una "moral de remplazo". En el paradigma moral tradicional, la familia patriarcal era la célula básica de la sociedad: era el espacio donde se construían las prerrogativas económicas, políticas y sexuales de los hombres, a la vez que se ejercía la subyugación de las mujeres. La familia patriarcal además era el primer organismo que encarcelaba la libido mediante la negación de la sexualidad infantil, un

[49] Rapisardi y Modarelli, *Fiestas, baños y exilios;* Sebreli, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Véase también "Un grupo de homosexuales pide mayor comprensión", en *La Opinión*, 24 de agosto de 1971, p. 20.
[50] "Declaración del FLH", en *Homosexuales*, 13 de julio de 1973, p. 4; "Sexo y revolución", manifiesto, noviembre de 1974, FLH.

elemento clave para la disociación entre sexo y placer. Esta estructura represiva —aseveraba el FLH— había confluido con una "moral de remplazo" difundida a través de los medios del "actual sistema imperialista", que se limitaba a ampliar controladamente "el terreno de las gratificaciones sexuales". La nueva moral introducía un "erotismo comercializado" en cuyo marco "las mujeres [habían] devenido en objetos neuróticos de exposición" para gratificar a los hombres, que a su vez se tornaban en agentes pasivos de su propia gratificación. En sintonía con las premisas que defendía el activismo lésbico y gay de todo el mundo, el FLH argumentaba que la "moral de remplazo" apenas había modificado algunos elementos de la cultura sexual patriarcal tradicional para dotarla de cierto atractivo. También había creado sus propios "tótems", como "la idealización de la pareja [heterosexual] elegida 'libremente' y 'por amor'". El hecho de que los gays y las lesbianas quedaran excluidos de los "nuevos parámetros aceptados" cuestionaba aún más las supuestas novedades de la "nueva" cultura sexual: sin la liberación de las pulsiones sexuales —advertía el FLH— no había revolución posible.[51]

A principios de los años setenta, casi todos los militantes e intelectuales de izquierda concebían la revolución sexual como una "falsa revolución". "Sobre moral y proletarización" —redactado en 1972 por el dirigente del PRT-ERP Luis Ortolani y citado con frecuencia por entonces— es uno de los pocos documentos conservados que contienen nociones y reglas prescriptivas y programáticas para la formación del militante ideal. Ortolani esboza un código de moralidad de acuerdo con lo que se concebía como moral proletaria: una nueva conciencia antiindividualista y antiburguesa con miras a forjar un nuevo sujeto en el camino al socialismo. No deja de ser elocuente su desarrollo de una reflexión sobre el sexo, la pareja y las relaciones familiares, basada en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Friedrich Engels. El autor cita el clásico de Engels a modo de sustento para la defensa de la pareja monógama "como forma de relación familiar superior a las anteriores de transición a la familia socialista", y exhorta a mantenerla, a pesar de su carácter burgués, "en este momento en que la moral burguesa tradicional aparenta revolucionarse a sí misma a través de lo que algunos comentaristas han dado en llamar la *revolución*

[51] "La moral sexual en la Argentina", manifiesto, septiembre de 1973; la referencia principal era Millett, *Sexual Politics*; véase también *Somos*, núm. 3, mayo de 1974, FLH.

sexual". En una declaración que homosexuales y feministas podrían haber suscripto, el dirigente del PRT-ERP describe el nuevo orden sexual como una "falsa revolución" que mantiene —y refuerza— la "cosificación de las relaciones humanas y la sujeción de la mujer al hombre". Esta falsa revolución

> despoja al amor de su carácter integral [...] para cosificarlo y unilateralizarlo en un solo aspecto: el del sexo en sus manifestaciones más elementales. Se degrada así el sexo a su aspecto animal [y] se pone al sexo femenino al servicio del sistema capitalista, en la expansión del mercado [...]. Esto se puede ver con claridad en el papel que desempeñan la imagen de la mujer y el sexo en general en la publicidad, en la moda, en los medios de comunicación masivos y las llamadas "relaciones públicas".

De ahí que "Sobre moral y proletarización" inste a desplazar el sexo del supuesto lugar central que ocupa en la relación de pareja: la base de las "relaciones armoniosas" no es el sexo, sino la comunión de ideales y la mutua consagración al proyecto socialista.[52] En el análisis que desarrollo más abajo se verá que este moralismo sexual del PRT-ERP permeó la configuración corporal de sus militantes, para quienes los consumos y comportamientos sexuales ajenos al ideal de la pareja heterosexual monógama eran atributos característicos del individualismo pequeñoburgués.

Los miembros del PRT-ERP no estaban solos en su descalificación del sexo como terreno posible de "liberación" y "revolución", ni eran los únicos que condenaban la perceptible erotización de la vida pública. En 1967, el destacado poeta Francisco "Paco" Urondo —también futuro miembro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)— adjudicaba algunos usos del desnudo femenino en las películas de los años sesenta al hecho de que el capitalismo tardío había reducido el erotismo a "mera pornografía": el sexo representaba un "falso alivio" de las crisis culturales y políticas, un medio para "evadirse de la realidad".[53] Liliana

[52] Luis Ortolani (bajo el seudónimo de Julio Parra), "Sobre moral y proletarización", en *Políticas de la Memoria*, núm. 5, 2004-2005, pp. 99 y 100. El documento apareció por primera vez en una publicación clandestina de militantes del PRT-ERP que, como Ortolani, estaban presos en el penal de Rawson en 1972. Fue reimpreso en 1974 y su lectura era obligatoria para los militantes que quisieran pertenecer al PRT-ERP.

[53] Francisco Urondo, "Sexo y escapismo", en *Extra*, núm. 26, septiembre de 1967, p. 39.

Heker, por entonces una de las más renombradas escritoras de izquierda, llegó a conclusiones similares en una mesa redonda sobre el erotismo literario:

> Antes [en un tiempo pretérito indeterminado] lo sexual tenía un contenido político, iba contra las ideas oficiales, las ideas religiosas, las ideas puritanas que estaban en vigencia, de modo que lo sexual era una manera de ir contra el Estado. En este momento, en la Argentina de 1971, lo sexual hace que se pierdan esas energías políticas. Hay fuerzas sociales que nos dicen que el sexo tiene supuestos tintes de oposición, pero lo que nos fomentan es pornografía, porque, justamente, el peligro real está en otro lado.[54]

En su columna para un semanario de izquierda, el intelectual Augusto Klappenbach reflexionó sobre los nexos entre la política y la "oleada erótica". Haciéndose eco de Herbert Marcuse, Klappenbach señalaba que la irrupción de lo erótico en la vida pública neutralizaba el potencial crítico de Eros mediante la estrategia de "restringirlo al placer sexual" para "canalizar las fuerzas eróticas dentro del orden constituido", con "límites bien definidos" que las volvían "políticamente inocuas". Nada era entonces "menos revolucionario que las publicitadas 'revoluciones sexuales' de los países ricos, con su idolatría del exhibicionismo y sus formas cada vez más sutiles de la prostitución". Sin embargo, en contraste con otros intelectuales de izquierda (y aquí más a tono con las propuestas del FLH), Klappenbach vislumbraba un futuro no capitalista en el que Eros se desencadenaría para imbuir toda la experiencia humana: mientras tanto, los militantes de la "verdadera revolución" no podían dejarse engañar por el "erotismo de consumo" que les imponía "nuestra sociedad capitalista".[55]

Lejos de los estridentes lemas y reclamos revolucionarios, innumerables chicas y chicos argentinos protagonizaban transformaciones duraderas de las actitudes y prácticas sexuales. Como señalé en el capítulo IV, hacia mediados de los años sesenta comenzaba a notarse la difusión de una nueva actitud frente al sexo, sobre todo entre los jóvenes de los estratos medios: "moderna" y prudente a la vez, esta nueva actitud

54 "Sexualización de la literatura", en *Clarín*, 23 de septiembre de 1971, pp. 4 y 5.
55 "Sexo, erotismo y capitalismo", en *Nuevo Hombre*, núm. 16, 3 de noviembre de 1971, p. 15.

relacionaba el sexo con el amor y la responsabilidad, así como con el horizonte de un futuro matrimonio. Asimismo, implicaba un cuestionamiento práctico de la virginidad femenina como prueba de "honestidad" y hazaña encomiable: en palabras de la historiadora Isabella Cosse, la erosión de este "tabú" fue el nudo central de la "revolución sexual discreta" que transitaron los argentinos a lo largo de los años sesenta.[56] Ya en 1972, de hecho, una redactora de la revista humorística *Satiricón* señalaba que quien quisiera entender lo que había significado la virginidad para las jóvenes de "tiempos pretéritos" necesitaría "practicar arqueología".[57] Aunque exagerada, esta semblanza permite entrever la normalización del coito entre los jóvenes heterosexuales. La novedad que llegaba con los años setenta, en todo caso, era la tendencia juvenil a escindir el sexo de una boda en ciernes, en abierto desafío a la "respetable" idea del sexo *prematrimonial*.

Algunos sondeos de la época indican que los jóvenes de clase media y obrera ya comenzaban más temprano su actividad sexual, dato que sugiere la difusión de una nueva actitud respecto del sexo y el matrimonio (o su promesa). Por ejemplo, en una extensa encuesta de 1973, con una muestra de 1.200 mujeres, el 46% de las consultadas con edades de 20 a 24 años respondió que había tenido su primera experiencia sexual en la adolescencia. Entre las estudiantes universitarias solteras de esa edad, además, el 80% había mantenido relaciones sexuales "al menos una vez".[58] Otra encuesta de 1973, realizada entre 252 estudiantes secundarios, reveló que el 70% de los varones se había iniciado en el sexo a los 16 años, con "chicas de la misma edad" en el 80% de los casos. En su interpretación de este resultado, el psicoanalista de adolescentes Octavio Fernández Mouján señaló que los chicos y las chicas de los barrios obreros donde él trabajaba no solo ya mantenían relaciones sexuales a esa edad, sino que además vivían "sin prejuicios" su sexualidad.[59] Pese a su imprecisión, estos sondeos e interpretaciones evidencian cierta normalización del coito entre los jóvenes, así como la difusión de las nuevas actitudes y prácticas más allá de las clases medias intelectualizadas.

[56] Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*.
[57] "Señoritas… y la virginidad", en *Satiricón*, núm. 2, diciembre de 1972, p. 12.
[58] "La mujer argentina y la sexualidad", en *Panorama*, núm. 325, 2 de agosto de 1973, pp. 50-53.
[59] *La Opinión Cultural*, 22 de septiembre de 1973, pp. 2 y 3.

Un tópico recurrente en las memorias y la cultura popular de los años setenta —la recreación de la "piba de barrio"— da cuenta de la nueva realidad. Categoría sociológica laxa, en general referida a las jóvenes de clase media baja y obrera que transitaban el final de su adolescencia, la "piba de barrio" había cautivado desde hacía tiempo la imaginación de poetas y ensayistas, que la retrataban como el epítome de la represión sexual y la superficialidad de las convenciones vulgares. En un espléndido poema de 1920, "Exvoto", dedicado "a las chicas de Flores", Oliverio Girondo retrata así a las jóvenes que pueblan ese barrio porteño: "Las chicas de Flores se pasean tomadas de los brazos, para transmitirse sus estremecimientos, y si alguien las mira en las pupilas, aprietan las piernas, de miedo de que el sexo se les caiga en la vereda". Las "chicas de Flores" desean y son deseadas, "y el deseo de los hombres las sofoca tanto, que a veces quisieran desembarazarse de él como de un corsé, ya que no tienen el coraje de cortarse el cuerpo a pedacitos y arrojárselo a todos los que pasan por la vereda".[60] Varias décadas más tarde, en 1964, el ensayista Juan José Sebreli todavía denuesta la "hipocresía" del "pequeñoburgués" que convierte a sus hijas (las pibas de barrio) en "vírgenes a medias que masturban a sus novios en la butaca del cine o en el sofá de la sala".[61] Pero apenas diez años después, la periodista Alicia Gallotti escribía en *Satiricón* que la "piba de barrio" era "una especie en extinción". Comentando una presunta encuesta entre chicas de 12 a 20 años, "vestidas con jeans ajustados y abusadoras del rímel", Gallotti aseveraba —en sintonía con algunas de las participantes— que las chicas de barrio no tenían mayores problemas con sus padres a la hora de salir con varones o ponerse de novias. Más aún, tomaban el sexo con naturalidad y concebían la virginidad como "una carga".[62] Por muy exagerada que fuera esta descripción, las memorias de la "juventud barrial" en el albor de los años setenta permiten entrever la transfiguración profunda —aunque conflictiva— que atravesaron los hábitos sexuales de las chicas, seguidas a corta distancia por los varones. Tal es el caso de la novela autobiográfica sobre el pasaje a la adultez de Jorge, un pibe de Lanús que cuenta su iniciación sexual con la "novia del barrio". No solo es

[60] Oliverio Girondo, "Exvoto", en *Obra*, Buenos Aires, Losada, 1996, p. 52. El poema fue publicado originalmente en 1922, en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*.

[61] Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, p. 74.

[62] Alicia Gallotti, "Sociología barata. La piba de barrio", en *Satiricón*, núm. 14, enero de 1974, pp. 21-24.

importante "la primera vez" de Jorge y Mariana, sino también su manera de lidiar con las posibles consecuencias cuando ambos descubren que no quieren casarse: al principio temen al "estigma" que puede recaer sobre Mariana, pero después, cuando los dos se van del barrio, terminan por descubrir que, al menos en lo que respecta al sexo, "somos iguales".[63]

Sin embargo, la "igualdad sexual" era un proyecto incompleto. Aunque el eclipse de la figura de la "piba de barrio" y las encuestas sobre la edad de iniciación sexual sugieren una incipiente escisión entre el sexo y el matrimonio, el doble estándar de género no había quedado atrás. Ese fue uno de los temas debatidos por los varones trabajadores y estudiantes que participaron en dos mesas redondas de la revista juvenil *La Bella Gente*. Todos consideraban que era "normal" mantener relaciones sexuales con sus novias y aseguraban que ya no hacían distinciones entre las chicas "para el sexo" y las que tomaban en serio para formar pareja. Sin embargo, un estudiante universitario objetó la exigencia, impuesta a los varones, de tener "la mayor cantidad de sexo posible": "Eso es machismo". Los participantes debatieron sobre el machismo y expresaron sus ansiedades respecto de la nueva (auto)exigencia: la "cantidad" como signo de proeza sexual.[64] Las mujeres jóvenes y adolescentes que debatían en otra mesa redonda reconocieron que el "tabú de la virginidad" en cierto modo ya estaba superado, pero aseguraron que "los tipos, íntimamente, quieren que las chicas sean novatas", como dijo Norma, una empleada de 22 años. Las demás suscribían esa idea y hacían hincapié en las persistentes "formas veladas de machismo", que no solo afloraban en la negociación "íntima" de la sexualidad juvenil, sino también en el hecho de que la oleada erótica de los medios solo exhibiera cuerpos femeninos.[65] Estas mujeres sentían en carne propia la desigualdad y el sesgo de género que infundían los cambios de la cultura sexual argentina a principios de los años setenta. Los cuerpos jóvenes eran además, por entonces, heraldos de otros proyectos, que anunciaban el fin de la desigualdad en todas sus formas. Pero esos eran proyectos que requerían otros cuerpos.

[63] Poggi, *Perdón por la letra*, p. 109.
[64] "¿Qué es el conocimiento carnal?", en *La Bella Gente*, núm. 29, junio de 1972, pp. 28-32; "Los muchachos enjuician a las chicas", en *La Bella Gente*, núm. 32, septiembre de 1972, pp. 35-38.
[65] "Sexo y represión. Audacia *ma non troppo*", en *Panorama*, núm. 210, 4 de mayo de 1971, pp. 24-27.

La conciencia está en el cuerpo

Durante su exilio en México, el intelectual argentino Héctor Schmucler elaboró una de las primeras reflexiones sobre el nexo entre el cuerpo y la subjetividad política en los grupos revolucionarios que prosperaron a principios de la década de 1970. De acuerdo con Schmucler, la izquierda revolucionaria concibe el cuerpo de los militantes como una instancia táctica al servicio de una técnica política que se aplica al margen de las otras múltiples experiencias humanas: los revolucionarios replican así la fragmentación capitalista de la experiencia, en este caso con la escisión entre el "hombre que desea" y el "hombre político". De ahí que se postule al héroe como el sujeto político ideal, embarcado en una revolución que también se presupone ideal, pero que, a fin de cuentas, "aparece como una máquina que utiliza a los hombres para fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve. El revolucionario debe alienarse en una 'otra cosa' que se llama revolución". El sujeto político ideal —la figura heroica— oblitera a "los hombres concretos, que, sin embargo, tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana".[66] Llamativamente, el escrito de Schmucler está imbuido de un lenguaje donde persisten categorías de género que se presumen neutras, sobre todo el término "hombre" en sentido universal.[67] Como en otros países latinoamericanos con proyectos revolucionarios basados en la lucha armada, la figura política ideal de Argentina se erigía sobre pautas masculinas que denotaban valentía y resistencia, a veces como resultado de haber vencido una serie de obstáculos ligados al origen social y las debilidades ideológicas o físicas: el Che Guevara era el ejemplo por antonomasia. El combatiente revolucionario era la expresión suprema del arrojo y la conciencia: era "el mejor de nosotros".[68]

Aquí no voy a enfocarme en el combatiente y los consabidos debates sobre el "culto de la muerte" o el martirologio que hasta ahora han atraído un merecido caudal de atención académica, sino en la cultura

[66] Héctor Schmucler, "Testimonios de sobrevivientes", en *Controversia*, núm. 9/10, 1980, p. 5.

[67] Véase una lectura feminista en Ciriza y Rodríguez Agüero, "Militancia, política y subjetividad", p. 88.

[68] Véanse Saldaña-Portillo, *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development*, pp. 66 y 67; Deborah Cohen y Frazier, "Defining the Space of Mexico '68", pp. 617-660; Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered*, pp. 14-41.

militante donde se insertaba esa figura, una cultura que se caracterizaba por la confianza en el cuerpo como portador de la conciencia.[69] En primer lugar, aunque la glorificación del guerrillero heroico era una actitud común al grueso de los militantes y les servía de parámetro ideal para medir su propio arrojo, solo unos pocos adquirieron el estatus de combatientes: para la mayoría, la militancia revolucionaria era el activismo incansable en virtud del cual se evaluaban sus aptitudes y su compromiso. Esa militancia que se enfocaba en la "acción" per se y —en contraste con otras tradiciones de la izquierda— tildaba despectivamente de "femenino" el debate político e ideológico, requería como ideal de aptitud un tipo de cuerpo resistente, culturalmente asociado a la juventud y la masculinidad. En segundo lugar, la creación de ese cuerpo resistente adquiría significados distintos para hombres y mujeres. A las mujeres les costaba cumplir con los requisitos imprescindibles para la militancia de acción. Aparejada al innegable machismo que "inseminaba" a la izquierda (y a la cultura argentina en general), la relación entre la militancia y el activismo, aunque se enunciaba como neutra desde el punto de vista ideológico, en realidad estaba condicionada por el género y a su vez reforzaba sus jerarquías. El requisito (auto)impuesto era un cuerpo joven, habitualmente masculino y heterosexual, que además fuera capaz de dominar sus propios deseos, sexuales y de otros tipos.

El elogio de la acción expresaba el fervor por apresurar los tiempos políticos para una revolución que muchos consideraban inminente. Ese estilo de militancia presuponía y exigía un cuerpo resistente, apto para aguantar la interminable secuencia de actividades que los militantes debían llevar a cabo a fuerza de un compromiso cuya evaluación dependía del rendimiento. Aunque con diferentes modalidades e intensidades, ese estilo se impuso en la mayoría de las principales organizaciones armadas. Por ejemplo, a fines de 1971, un obituario para Luis Pujals, dirigente del PRT-ERP asesinado ese año, evalúa su conciencia política invocando "su actividad incesante —de noche, de día, desdeñando el descanso, las horas de comida, superando el sueño—". Otra semblanza, de 1973, ofrece un detalle más exhaustivo de esas actividades: cuando

[69] Entre las obras más importantes, véanse Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria*, pp. 131-196; Sarlo, *La pasión y la excepción;* Calveiro, *Política y/o violencia*, y Carnovale, *Los combatientes*, caps. 4 y 5.

se inició en la militancia política (es decir, antes de ser un guerrillero propiamente dicho), Pujals "estaba a las seis de la mañana en la puerta de una fábrica, al mediodía en otra, por la tarde en una tercera, a la noche en una manifestación o en una asamblea. Muchas veces, en lugar de dormir, se ponía a darle vuelta la manija al mimeógrafo para sacar un volante que él mismo tenía que repartir por las madrugadas en las zonas fabriles".

El ascenso de Pujals hacia la cúpula de la organización, que en su caso incluía el comando militar, había requerido superar una serie de pruebas, puntuadas por un "incansable, tenaz, abnegado" activismo político.[70]

El PRT-ERP adoptó y amplificó tradiciones anteriores de la izquierda —en particular del trotskismo— para forjar un distintivo estilo militante centrado en la reivindicación de la paciencia, la humildad, la tenacidad y el espíritu de sacrificio, que eran virtudes inherentes a una "moral proletaria" cuya adopción garantizaba la "entrega de cuerpo y alma a la revolución".[71] Para los jóvenes de clase media que se acercaban al partido, la militancia requería cruzar fronteras socioculturales y crear nuevas rutinas. En una semblanza a modo de obituario para Eduardo Capello, un joven de 24 años asesinado en 1972 durante la Masacre de Trelew, su único hermano describe la conversión del "muchacho que veía televisión todos los días, que jugaba al fútbol, que tenía sus continuas conquistas" en un cabal militante revolucionario. Eduardo se había recibido de perito mercantil en una escuela comercial y seguía la carrera de Ciencias Económicas. Hacia mediados de los años sesenta, trabajaba en un banco y "no se interesaba en la política, ni siquiera leía los diarios". Recién en 1968, se produjo el drástico cambio: Eduardo "había ingresado al Partido Revolucionario de los Trabajadores". Sus padres estaban afiliados al Partido Socialista, pero eran "viejos socialistas 'de cocina'", el término que los militantes de la década de 1970 usaban para denigrar a sus predecesores por su presunta falta de acción. Los padres de Eduardo "no entendían al principio cómo la idea de la justicia y la liberación había prendido tan hondo" y observaban pasmados las incansables acti-

[70] "Luis Pujals. Una biografía revolucionaria", en *Nuevo Hombre*, núm. 23, 12 de diciembre de 1971, pp. 8 y 9; "Gloria a Luis Pujals", en *Estrella Roja*, núm. 25, 21 de septiembre de 1973, pp. 27 y 28.

[71] Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*, pp. 130-143; Ortolani, "Sobre moral y proletarización", *op. cit.*, pp. 99 y 100.

vidades de su hijo, que "dormía dos o tres horas por día y comía muy de vez en cuando" para dedicarse por completo a la militancia.[72] Tal vez en el intento de "compensar" su pasado de relativa afluencia en un breve período de tiempo, Eduardo se había sobrecargado de las múltiples actividades que la dirigencia del partido consideraba un requisito decisivo para el desarrollo de una nueva moral.

Aunque el peronismo revolucionario no enunciaba la premisa de la "moral proletaria" que el PRT-ERP aspiraba a forjar, el estilo de militancia que promovían sus agrupaciones también ponía de relieve la acción. Esto es evidente, por ejemplo, en las semblanzas de Eva Perón, la figura heroica por excelencia de la izquierda peronista. Además de identificarla con el "imperecedero" espíritu revolucionario del peronismo —"la eterna vigía de la revolución", "la llama viva de la revolución peronista"— y subrayar su incondicional lealtad a Perón, la mayoría de las semblanzas enaltecen a Evita por su voluntad de "servir al Pueblo".[73] Las notas biográficas abundan en descripciones de actividad sobrehumana, ilustradas con fotos de una Eva joven y sonriente, de pelo suelto (la "Evita montonera"), o bien otras imágenes donde se la ve trabajando hasta el anochecer, con el clásico rodete y ojeras de cansancio.[74] Los artículos de prensa describen los efectos colaterales de esa "entrega sin claudicaciones al pueblo argentino": la enfermedad y la muerte.

La prensa peronista también ponía de relieve ciertos efectos colaterales que afectaban a militantes menos célebres, como en el obituario de "Archi, o Manuel para los compañeros", publicado a principios de 1976. En 1972, la dirigencia de Montoneros le había asignado la tarea de organizar la actividad política de Rosario, un distrito hasta entonces desatendido:

> Manuel trabajaba por diez. Se desesperaba por no poder abarcar todo. Fue puesto a cargo del frente sindical, y en poco tiempo el trabajo repuntó no-

[72] "Testimonio del hermano de E. Capello", en *Liberación*, núm. 2, 2 de abril de 1973, p. 8.

[73] Sobre la construcción de los mitos de la Evita revolucionaria, véanse Gillespie, *Soldiers of Perón*, pp. 72-74; Sigal y Verón, *Perón o muerte*, pp. 188-197; Sarlo, *La pasión y la excepción*, cap. 1.

[74] Véanse, por ejemplo, "Suplemento especial sobre Evita", en *El Descamisado*, núm. 10, 24 de julio de 1973; "Evita, bandera de lucha", en *De Frente con las Bases Peronistas*, núm. 11, 25 de julio de 1974, s. p.

tablemente. Se metía en todo; iba a los sindicatos y reuniones de agrupaciones de base. [...] Fue creciendo mientras crecía la Organización, y llegó a ser oficial mayor, miembro de la conducción del Litoral.

La semblanza además da cuenta de las repercusiones indeseadas: "[Manuel] sufrió las consecuencias de un ritmo de militancia demasiado intenso. Descuidó su capacitación, su salud, su matrimonio. Incorrectamente, colocó estos problemas en un plano secundario, tapándolos con su enorme voluntarismo". Pero a la vez que reconoce la inconveniencia de estos efectos colaterales, el autor del obituario sugiere, paradójicamente, que Manuel (como cualquier otro militante de ley) había logrado superar la crisis sin cejar en sus esfuerzos:

Manuel mantuvo su enorme interés por los problemas de los compañeros. Siempre se hacía un tiempo para conversar con los flojos. Cuando un compañero no tenía donde dormir, fuera un clandestino o alguien que andaba de paso, lo llevaba a su casa y lo "exprimía" hasta la madrugada preguntándole sobre la marcha de la Organización en otras regionales.[75]

Junto con la seducción que ejercían estas figuras heroicas, el deseo apremiante de acelerar los tiempos políticos fomentó un estilo de militancia que requería un cuerpo joven y resistente. En las memorias de algunos militantes se percibe la corporalidad de su compromiso. Adriana Robles recuerda su decisión de "encuadrarse" en la agrupación peronista Unión de Estudiantes Secundarios (UES) como un pasaje de la indolencia al uso pleno del cuerpo. La "chica de Valentín Alsina" con incipientes inquietudes políticas, pero sin permiso para hacer nada "fuera de la vida lógica" para una joven de su edad, se zambulló en una cotidianeidad de actividades incesantes cuando abrazó "la causa de la militancia": la agitación política en la escuela, el trabajo social en las villas y —llegado el momento— el entrenamiento de combate. Como muchas militantes de organizaciones revolucionarias, además, Adriana recuerda el dificultoso "ascenso" en la UES por la buena evaluación de su desempeño en numerosas actividades que, a la vez, fortalecían sus otros compromisos

[75] "Un jefe montonero no se entrega", en *Evita Montonera*, núm. 12, febrero-marzo de 1976, p. 26; véase también "Rodolfo Rey, peronista y montonero", en *Evita Montonera*, núm. 2, enero-febrero de 1975, pp. 20-22.

diarios.[76] Desde la perspectiva ventajosa que confiere la adultez, otra mujer, Tina, evoca sus tiempos de joven militante peronista como un período de incansables actividades que comenzaban a las 7 de la mañana y terminaban a las 11 de la noche. Con una mezcla de nostalgia y extrañamiento, Tina comenta que semejante devoción solo era posible para quienes estuvieran en posesión de "un cuerpo juvenil y saludable".[77] De hecho, la resistencia física y la salud eran dos atributos propios del cuerpo joven.

La asociación entre resistencia y cuerpo joven también era patente en otros militantes más entrados en años que abrazaron la causa de la política revolucionaria. La innovación clave que marcó la política argentina (y mundial) a fines de los años sesenta y principios de los setenta fue el protagonismo activo de los jóvenes, pero este fenómeno suele eclipsar la presencia de adultos que participaban, a veces "siguiendo" a sus hijos. Tal fue el caso de Coty y Ramona, madres de dos conocidos guerrilleros del PRT-ERP, que se sumaron al partido de sus hijos cuando ya habían pasado los 50 años. Al principio se ofrecieron como voluntarias para preparar comida y visitar a las familias de los militantes presos, pero con el correr de la década emprendieron una militancia más intensa: "Por su fuerza, por su vitalidad —recuerda Luis Mattini en *Los perros*—, Coty y Ramona parecían veinteañeras".[78] Los nexos entre resistencia, juventud y acción fueron igual de prominentes en el caso del poeta Paco Urondo, que había pasado los 40 años cuando ingresó a las FAR siguiendo el ejemplo de su hija. "Tuve que dejar atrás una vida muy sedentaria para entregarme a una rutina gimnástica que me rejuveneció", comentó alguna vez en relación con sus nuevos compromisos.[79] Este tipo de militancia exigía cultivar la figura esbelta y ágil que la cultura de consumo identificaba con el cuerpo juvenil: el cuerpo idealizado por la publicidad también era un requisito clave para los militantes revolucionarios no tan jóvenes pero "nuevos", como Paco Urondo.

El compromiso de Paco Urondo con la política revolucionaria y con la lucha armada es una suerte de arquetipo que permite observar cómo el mandato de "poner el cuerpo" creaba una dicotomía entre "acción" e

[76] Robles, *Perejiles*, pp. 46-50.
[77] "Tina", en Diana, *Mujeres guerrilleras*.
[78] Mattini, *Los perros*, vol. 2, p. 27.
[79] Montanaro, *Francisco Urondo*, p. 112.

"intelectualismo". Hacia fines de los años sesenta, la siempre incompleta autonomía del campo cultural e intelectual había desaparecido del discurso público. La validación de los artistas y escritores que formaban parte de esos ámbitos dependía de reglas extrínsecas, como la postura que adoptaba cada uno, por ejemplo, en debates autorreferenciales sobre "el papel de los intelectuales en la política".[80] Los intelectuales como Paco Urondo entendían que su "papel" entrañaba la aptitud para sobrellevar actividades basadas en requisitos corporales. Aunque no todos los representantes de este campo tomaron una decisión tan radical como la de Urondo, unos cincuenta artistas y escritores que se contaban entre los más renombrados del país suscribieron una carta en homenaje al Che Guevara a fines de 1968. Además de elogiar su antiimperialismo y su internacionalismo, los firmantes sostenían que el Che se había "convertido con su muerte en la bandera viva de todos los pueblos oprimidos", porque no había sido un mero "ideólogo" sino también un "luchador" real, que "en esta hora definitoria de América Latina" había demostrado cuál era "el único camino para la toma del poder", un camino que ellos también juzgaban inevitable: "la lucha armada".[81] Esta suerte de antiintelectualismo, que ya había formado parte de la tradición peronista en los años cuarenta, impregnó a todo el arco de la "nueva izquierda" a principios de la década de 1970 y fue un elemento clave en la socialización de las nuevas cohortes militantes, que se diferenciaban expresamente de las izquierdas anteriores —los "socialistas de cocina", como los padres de Eduardo— por su compromiso político inescindible de la acción concreta. En su mirada retrospectiva, por momentos crítica, los militantes de entonces recuerdan la escasa importancia que adjudicaban a la formación ideológica y política, en contraste con su enaltecimiento literal de la acción. Por ejemplo, un militante de la izquierda peronista, Luis Salinas, cuenta que "no había mucho interés en la formación política, ni antes ni después de entrar, en verdad". Y agrega: "Ni siquiera nuestra prensa era muy importante para la militancia: lo que importaba era la acción".[82]

[80] Gilman, *Entre la pluma y el fusil;* Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta.* Véase también la encuesta "Los temas que preocupan a los intelectuales", en *La Opinión Cultural,* 31 de octubre de 1971, p. 8.

[81] "Carta argentina. El Che Guevara y la liberación nacional y social del pueblo argentino", en *Cristianismo y Revolución,* núm. 11, noviembre de 1968, pp. 37 y 38.

[82] Entrevista con Luis Salinas, núm. 0260, archivo Memoria Abierta.

Aunque "acción" era un término polisémico, su resonancia más sublime emanaba de la "acción armada".

En una cultura militante que adjudicaba un valor hiperbólico a la acción, la preparación política se concebía a veces como un atributo "femenino". Una mujer que era miembro del PRT-ERP aún recuerda lo que sintió cuando los dirigentes de la cúpula (todos hombres) le encomendaron la tarea de enseñar estrategia en una escuela de cuadros. Lejos de considerar que se trataba de un "ascenso", la joven interpretó la asignación como una barrera que la excluía de actividades políticas más prestigiosas, de índole militar. De hecho, "Sobre moral y proletarización" refuerza el carácter femenino (degradante, en esencia) de la formación política cuando prescribe, en su apartado sobre "El papel de la mujer", que

> durante el embarazo o la lactancia, la maternidad plantea obligaciones especiales. Las compañeras deben asumir esta realidad y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera. [...] Habrá limitaciones lógicas a las actividades prácticas habituales. Pero [ellas pueden] compensarlas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio.[83]

Los militantes revolucionarios habían invertido el dualismo cartesiano mente (espíritu)/cuerpo. Las "actividades de la mente", históricamente valoradas como una aptitud masculina y superior en su relación dicotómica con el cuerpo, se transfirieron en la práctica al universo femenino. Aunque algunos intelectuales auguraban su desaparición en la inminente sociedad revolucionaria, el dualismo mente/cuerpo no había perdido su vigencia ni su capacidad de evocar y establecer jerarquías de género a principios de los años setenta.[84] En el mismo movimiento que ligó las "actividades de la mente" a lo femenino, la superioridad que antes era prerrogativa del intelecto fue transferida al cuerpo resistente, paradigma de la acción y la actividad, masculino por antonomasia.

El énfasis en la militancia de acción y en sus consiguientes requisitos corporales fomentó y reforzó las jerarquías de género entre los revo-

83 "Peti", en Diana, *Mujeres guerrilleras*, p. 69; Ortolani, "Sobre moral y proletarización", *op. cit.*, p. 101.

84 Augusto Klappenbach, "Cuerpo, alma y capitalismo", en *Nuevo Hombre*, núm. 13, 13 de octubre de 1971.

lucionarios, pero esta circunstancia no debería eclipsar la otra novedad crucial de los años setenta: la masiva y sustancial participación de las jóvenes en la política. No hay cálculos exactos, pero los más prudentes indican que las mujeres representaban el 25% de todas las organizaciones armadas en 1973, el 30% de Montoneros y agrupaciones afines ese mismo año según una investigadora, y el 40% del PRT-ERP en 1975 según un tercer académico.[85] Estas cifras son relativamente altas si se comparan con otras culturas revolucionarias latinoamericanas de las décadas de 1960 y 1970. Por ejemplo, las mujeres eran apenas el 5% de las fuerzas que comandaba Fidel Castro a fines de los años cincuenta y, diez años más tarde, el 20% de la radicalizada izquierda brasileña. Los porcentajes argentinos se aproximan más al 30% de mujeres militantes y combatientes que integraron las filas del sandinismo nicaragüense en 1979. Tal como ocurrió en Brasil a fines de los años sesenta y en Nicaragua a fines de los setenta, las jóvenes militantes de la izquierda argentina habían alcanzado un nivel educativo más alto que la chica "promedio" de la época y que muchos de sus homólogos varones.[86] Ante la evidencia de que las jóvenes atraídas por el partido no eran de extracción obrera, los dirigentes del PRT-ERP prescribían su necesidad de "reeducarse" en la "moral proletaria". Pola Augier lamenta en sus memorias que los varones del PRT-ERP (como los de las otras fuerzas políticas) subestimaran el "paso gigantesco" que habían dado tantas mujeres "al romper con los sueños de clase media" en los que se habían formado para lanzarse a una senda política incierta: "Abrimos las puertas a un mundo de empuje, participación, criterios propios y quebrantamiento de esquemas. Nos desconocimos en nuestras madres, criadas para mantener el statu quo. Desdichadamente, la mayoría de los hombres continuaron siendo un fiel reflejo de sus abuelos".[87] La masiva incorporación de las jóvenes a la política revolucionaria era un indicador crucial de las transformaciones que habían atravesado sus experiencias y expectativas durante los años sesenta y setenta, pero ese proceso de cambio no había modificado significativamente la organización jerárquica de los géneros.

[85] Moyano, *Argentina's Lost Patrol*, p. 106; Grammático, *Mujeres montoneras*, p. 50; Pozzi, *"Por las sendas argentinas..."*, p. 70.

[86] Ridenti, *O fantasma da revolução brasileira*, pp. 196, 206; Kampwirth, *Women and Guerrilla Movements*, pp. 2, 42 y 43.

[87] "El papel de la mujer", en *El Combatiente*, núm. 157, 3 de marzo de 1975; Augier, *Los jardines del cielo*, p. 22.

Aunque los grupos revolucionarios de los años setenta cultivaban en su mayoría una retórica igualitaria, tanto los hombres como las mujeres adherían en la práctica a una concepción de la militancia que se regía por el parámetro del cuerpo masculino joven y, en consecuencia, perpetuaba el liderazgo de los varones. Fueron muy pocas las mujeres que ocuparon altos cargos: hubo dos en el Comité Central del PRT-ERP y ninguna en la cúpula nacional de Montoneros. En los rangos medios de ambas organizaciones había más mujeres. Montoneros avanzó un paso más con la creación de la Agrupación Evita, que se ocupaba de organizar la militancia femenina en los barrios a la vez que reforzaba los roles "tradicionales" de las mujeres como amas de casa y les ofrecía un espacio para hablar de problemas ligados —por ejemplo— a la violencia doméstica. Sin embargo, esta experiencia fue efímera y limitada en su convocatoria.[88] Tal como sugieren los intentos fallidos de crear un "frente de mujeres" similar en el PRT-ERP, la Agrupación Evita no era un espacio demasiado seductor para la mayoría de los militantes, tanto hombres como mujeres: carecía del encanto que irradiaban los frentes de obreros y estudiantes, por no mencionar el brazo armado. Pero solo un puñado de mujeres logró abrirse paso hacia los frentes militares de ambos grupos. A fines de 1975, cuando el PRT-ERP se embarcó en una experiencia de guerrilla rural, los dirigentes anunciaron que aceptarían mujeres "en la Compañía de Monte". Aunque la prensa del partido describe un espacio donde hombres y mujeres comparten las mismas responsabilidades y actividades diarias, la evaluación positiva hace hincapié en las "mejoras que se han producido en la vida diaria de los combatientes", especialmente en "el orden, la calidad de las comidas, la limpieza y la higiene general", además de que "han desaparecido las rudezas del lenguaje" porque "los compañeros son cuidadosos con las palabras que emplean". Otro efecto positivo son "los lazos de cariño y respeto que han despertado [las compañeras] en el pueblo".[89] Las contribuciones de las mujeres se asociaban, entonces, a sus "tradicionales" roles hogareños y a una supuesta emocionalidad de la naturaleza femenina. Por otra parte, la promoción de la experiencia en la prensa del partido indica por sí sola

[88] Grammático, *Mujeres montoneras*.

[89] "Las compañeras en la guerrilla", en *Estrella Roja*, núm. 65, 1º de diciembre de 1975, pp. 18 y 19; "Carta de una compañera a sus padres", en *Estrella Roja*, núm. 66, 15 de diciembre de 1975, pp. 18-20.

la rareza del acontecimiento. Las mujeres fueron minoría entre los revolucionarios de los años setenta que emprendieron el tipo de acción más rutilante: la lucha armada. En parte esto fue así porque la elección de los candidatos a recibir entrenamiento guerrillero recaía en los militantes más infatigables: una norma práctica más eficaz que cualquier declaración sexista expresa para excluir a las mujeres.

En el nivel de la cotidianeidad más básica, el requisito del activismo incansable era más difícil de sostener para las mujeres que para los hombres, debido a la resonancia de ciertas pautas culturales profundamente arraigadas en la sociedad. Aunque las mujeres de extracción media y obrera habían avanzado en su conquista de autonomía a lo largo de los años sesenta, la mayoría continuaba sometida a la vigilancia familiar. En contraste con los países donde existía una cultura de campus universitario, en la Argentina de la década de 1970 aún era muy poco habitual que los jóvenes solteros se fueran de la casa paterna para vivir solos o con amigos.[90] La mayoría de las chicas que abrazaban la militancia política vivía con sus padres, regla indefectible en el caso de las estudiantes secundarias. En 1973, los dirigentes de las principales agrupaciones secundarias —todos varones— coincidían en la opinión de que sus compañeras se veían obligadas a superar "muchos problemas" para iniciarse en la militancia. Según el líder de la UES, para las chicas era difícil "asumir compromisos" debido al estricto control que ejercían los padres sobre sus horarios.[91] Pero muchas jóvenes veinteañeras, solteras o en pareja, también se topaban con obstáculos en la casa familiar. Mabel S. recuerda que su participación en la Juventud Universitaria Peronista (JUP) suscitaba conflictos con sus padres, ambos obreros textiles del conurbano bonaerense. Los padres de Mabel no se oponían tanto a las "ideas revolucionarias" de su hija, como al ritmo militante que la obligaba a ausentarse del hogar "todo el día, todos los días".[92] Mabel pudo irse a vivir sola después de muchos esfuerzos y negociaciones, pero es probable que otras mujeres no tuvieran acceso a esa opción. De ahí que muchas no fueran tan activas como lo deseaban. Tal era la situación de las mujeres, jóvenes o no, que cargaban con la responsabilidad prin-

90 "Los que se van de casa", en *La Bella Gente*, núm. 33, octubre de 1972, pp. 30-34.

91 "La escuela secundaria y sus líderes", en *La Opinión Cultural*, 22 de septiembre de 1973, p. 4.

92 Entrevista con Mabel S.

cipal en la crianza de los hijos. De acuerdo con numerosos testimonios sobre la militancia de la época, aunque los mandatos explícitos de los grupos revolucionarios ponían de relieve el ideal de compartir las tareas domésticas y la crianza de los hijos entre los integrantes de la pareja, las mujeres seguían a cargo de ambas cosas.[93] En otras palabras, la retórica igualitaria chocaba con las prácticas militantes cotidianas, enfocadas en la producción y la acción de cuerpos resistentes.

En esta producción de cuerpos aptos para la militancia revolucionaria se destacaban los intentos de codificar las conductas y las actitudes sexuales, circunstancia que revela tanto los límites como el alcance de los mandatos formales. Con peculiaridades significativas, el ideal era similar al que compartían casi todos los jóvenes a principios de los años setenta. El PRT-ERP y los grupos afines a Montoneros abogaban por la pareja heterosexual monógama como el mejor antídoto contra el "liberalismo" sexual. En una carta de 1971 (publicada en una revista de la izquierda argentina), un admirado guerrillero brasileño relaciona la monogamia heterosexual con "la moral de la masa", que los revolucionarios deben acatar a rajatabla porque de lo contrario "olvidan la política ante el sexo".[94] De los dirigentes revolucionarios argentinos, tanto peronistas como marxistas, se esperaba que pudieran cumplir con el ideal de ceñirse a la pareja monógama y —en lo posible— la familia estable. Una semblanza del dirigente montonero Marcos Osatinsky ponía de relieve sus veinte años de matrimonio y su conciencia sobre "la necesidad del equilibrio entre lo político, lo militar, la vida familiar": "Ahí revelaba su madurez. Fue un precursor. Los cumpas iban a pedirle consejo sobre los problemas familiares. Siempre fue un ejemplo. Su pareja fue ejemplar. Nunca separó la vida familiar de la militancia. Él repechaba por integrar esos aspectos". Por otra parte, Roberto Santucho, el líder máximo del PRT-ERP, debió someterse al tribunal del partido, que lo obligó a terminar con una relación extramatrimonial.[95] La propia existencia de ese tribunal indica una característica peculiar de los grupos revolucionarios en lo que concierne a su manera de lidiar con la sexualidad: el desplazamiento de los asuntos "íntimos" al ámbito del partido.

[93] Véase Diana, *Mujeres guerrilleras*, pp. 60, 61 y 163-171.

[94] "Cartas de Carlos Lamarca a Iara Iaverlberg", en *Nuevo Hombre*, núm. 14, 20 de octubre de 1971, p. 9.

[95] "Marcos Osatinsky", en *Evita Montonera*, núm. 9, noviembre de 1973, pp. 23 y 24; véase una crónica novelada del juicio a Santucho en Mattini, *Cartas profanas*.

Quienes por entonces militaban en el PRT-ERP recuerdan hoy que el adulterio o el sexo casual (el sexo al margen de la pareja "formal") eran cuestiones serias: dado que se las entendía como desviaciones individualistas, podían acarrear consecuencias graves, como la degradación política. También podían usarse como munición para atacar a facciones o individuos rivales. Como cabría esperar, las memorias están repletas de anécdotas sobre actitudes arbitrarias o hipócritas en torno a este tema. Una integrante de una célula montonera que actuaba en un barrio popular de Morón, por ejemplo, recuerda que su "jefe político" era especialmente severo para juzgar las infidelidades de los demás, aunque él mismo había mantenido una relación adúltera "secreta" durante años y nunca se había sometido a la "justicia" de sus compañeros subordinados.[96]

Además de estas concepciones pragmáticas e ideológicas que identificaban el sexo con un "arma" o lo descalificaban (junto con el erotismo) como reclamo de liberación, es probable que los grupos revolucionarios hayan redoblado sus preocupaciones y reglas para adaptarlas a la situación en la que se encontraba la mayoría de sus miembros en 1974, cuando pasaron a la clandestinidad. Algunos, como Miriam Lewin, recuerdan con asombro la naturalidad con que compartían casas, e incluso camas, "sin que pasara nada, por supuesto":

> Me acuerdo de que habían secuestrado a la compañera de mi responsable y él no tenía dónde dormir. Se decidió que yo lo acompañara a un hotel alojamiento. Conozco compañeros que lo hicieron montones de veces. [...] Recuerdo que fue muy cómico; yo entré, me acosté en la cama y él tiró la campera en el piso para dormir ahí. Yo le dije que se dejara de joder, me reí. Pobre flaco, su mujer estaba secuestrada.[97]

Relacionar un hotel alojamiento con el erotismo parecía inconcebible en circunstancias tan tremendas. Sin embargo, a veces había situaciones más tensas. En sus memorias, Rolo cuenta que compartía una de las "casas operativas" del PRT-ERP con su esposa y una mujer más joven, de la que se enamoró. Cuando "explotó el triángulo", sus superiores le aplicaron un programa "reeducativo": lo sacaron de su frente predilecto,

[96] Gómez, *Montoneros de Morón*, pp. 111 y 112; sobre el PRT-ERP, véanse los testimonios de Carnovale en "Moral y disciplinamiento interno en el PRT-ERP".

[97] Actis, Aldini, Gardella, Lewin y Tokar, *Ese infierno*, pp. 37, 45 y 46.

el militar, para mandarlo a trabajar en un frigorífico con la expectativa de que aprendiera a vivir como el idílico proletariado.[98]

En una reveladora novela autobiográfica, Martín Caparrós describe las relaciones entre los miembros de un "triángulo" montonero compuesto por un hombre adulto, una estudiante universitaria y un chico adolescente. La novela está ambientada en 1975, cuando Montoneros ya había aprobado el segundo Código de Justicia Penal Revolucionario, que incluía la prohibición de mantener relaciones sexuales "al margen de la pareja constituida". Estas reglas se aplicaban con el supuesto objetivo de impedir que se filtrara información en lo que Montoneros consideraba tiempos de guerra, y también, tal vez, para fortalecer la moral. Sea como fuere, el nudo de la novela gira en torno al trío de militantes que conviven en la "casa operativa" para planear el asesinato de un "burócrata sindical", mientras un hilo narrativo subyacente a los hechos, centrado en las ansiedades sexuales, capta la tensión entre el autocontrol y el deseo.[99] Con la inminencia de la muerte como telón de fondo para la acción de los personajes, la tensión erótica parece traducirse en una lucha entre ese Tánatos y un Eros cuya pulsión de vida no se limita al deseo heterosexual u homosexual.

No es casualidad que el deseo homosexual se representara en la ficción —como en *El beso de la mujer araña*, la memorable novela de Manuel Puig (1976)—, pero ni siquiera se mencionara en la literatura partidaria. Los grupos revolucionarios no estaban exentos de la homofobia imperante en la cultura argentina. Por el contrario, la homofobia incidía en su regulación de la sexualidad interna y a veces actuaba incluso como una manera de contrarrestar las habituales "extorsiones" de la derecha. Tres activistas del movimiento homosexual recuerdan las estrategias que usaron en su juventud, cuando eran militantes revolucionarios, para sobrellevar los mandatos de sus respectivas organizaciones. Uno de ellos, por entonces estudiante de Psicología y miembro del PRT-ERP, cuenta que en ningún momento "salió del clóset". Daniel, que militaba en el mismo espacio, optó por la estrategia contraria; sin embargo, cuando habló con sus superiores, fue referido a un psicólogo del partido que le diagnosticó una "desviación individualista". El tercero, Luis, que

[98] Diez, *El mejor y el peor de los tiempos*, pp. 56 y 57.
[99] Caparrós, *No velas a tus muertos;* véase también Montoneros, "Código de Justicia Penal Revolucionario" [1975], en *Lucha Armada*, núm. 8, 2007, pp. 124-127.

era estudiante y militante de la Juventud Peronista (JP), recuerda haber experimentado una mejor recepción entre sus compañeros, quienes simulaban no darse cuenta de su sexualidad.[100] Pero es posible que lo de Luis haya sido mera buena suerte: aunque corrían rumores incomprobables de que los líderes del PRT-ERP "solamente" expulsaban a los militantes homosexuales, un periodista asegura que la dirigencia de Montoneros ejecutó a dos porque no eran "de fiar".[101] Las acciones de los líderes montoneros se habrían basado en el mito de la vulnerabilidad gay, es decir, la idea de que los homosexuales eran blanco fácil de chantaje y/o incapaces de tolerar las privaciones de la vida clandestina, tal vez a causa de su sexualidad "descontrolada".[102] Los hombres cuyas prácticas no se condecían con los mandatos heterosexuales —por una supuesta falta de entereza física y "moral"— no podían ser capaces de forjar el cuerpo resistente que demandaba la militancia de acción como prueba de conciencia.

Combinando prescripciones expresas y mandatos prácticos, entonces, los militantes delinearon el cuerpo masculino, joven y heterosexual como el más apto para llevar a cabo un proyecto revolucionario. No era un cuerpo dado, sino el resultado de un proceso que exigía regular las prácticas corporales. Una semblanza de Manuel "Manolo" Belloni (22) y Diego "Caco" Ruy Frondizi (23), dos militantes de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) asesinados por la policía en 1971, permite entrever el imaginario de algunas regulaciones. A modo de carta abierta para rendirles homenaje, el autor de la semblanza —amigo y compañero de ambos— recuerda que Diego "morfaba como un Gargantúa", disfrutaba de mirar "minas lindas" y había tenido que atarse "un pañuelo sobre el ojo izquierdo" en los ejercicios de tiro "porque no lo podía cerrar". Pero con el tiempo había superado sus debilidades: había aprendido no solo a tirar bien, sino además a controlar su "apetito" —tanto en materia de comida como de sexo— cuando se preparaba para "las acciones". Diego y Manuel representaban el triunfo de la voluntad revolucionaria: habían esculpido con ardua dedicación la superficie material de sus cuerpos jóvenes. Tal como concluye el amigo que les rinde homenaje, "cuando

[100] Véase Rapisardi y Modarelli, *Fiestas, baños y exilios*, pp. 159-163.
[101] Sebreli, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, p. 337.
[102] Un análisis del funcionamiento de esas ideas en el marco de la izquierda brasileña se encuentra en Green, "'Who Is the Macho Who Wants to Kill Me?'".

ejercemos ese difícil ejercicio de la ternura y el rigor entre los compañeros, es tu ternura, Caco, la que ejercemos. Y vos, Mano, trato de tener tu rectitud, tu desinterés, hombre joven y valiente, combatiente revolucionario. ¿Qué más puede pedir ser un tipo?".[103]

Esta carta ofrece algunos indicios que sirven para reformular el planteo intuitivo de Schmucler sobre la escisión entre el hombre "político" (ideal) y el hombre que "desea" (concreto, corpóreo). En primer lugar, aunque la semblanza indica que ese deseo o "apetito" estaba regulado, también es posible inferir que se trataba de un ideal: "hombre joven y valiente, combatiente revolucionario", dice el autor: "¿Qué más puede pedir ser un tipo?". En segundo lugar, había un cuerpo particular que servía de conducto para alcanzar ese ideal. A modo de condicionamiento recíproco, la militancia revolucionaria de los años setenta demandaba y producía cuerpos resistentes en un contexto cultural donde los varones jóvenes, como Diego y Manuel, eran los mejores candidatos a cumplir con el requisito. En tercer lugar, los estilos de militancia y los parámetros de ascenso político que acataban los militantes revolucionarios giraban en torno al elogio de la acción y se amoldaban al potencial y las posibilidades de los varones jóvenes. En su carácter de creación eminentemente práctica que tomaba elementos de la cultura de masas (como la celebración del cuerpo joven, delgado y saludable), la formación de cuerpos resistentes también contribuyó a materializar la sensación de inminencia que impregnó toda la cultura revolucionaria de los incipientes años setenta, dominada por el enaltecimiento de la acción y el rechazo del intelectualismo. En el marco de esa cultura, el combatiente ideal era el que había sido capaz de superar pruebas cotidianas de activismo, que a su vez eran los indicadores para evaluar su conciencia. El cuerpo era el portador de la conciencia.

* * *

Como superficie y como experiencia vivida, el cuerpo joven ocupó el centro de la escena cultural y política en la Argentina de los últimos años de la década de 1960 y los primeros de la de 1970. La inusitada irrupción del cuerpo joven en la esfera pública (desde las tapas de las revistas y

[103] "Carta de un compañero a Manuel Belloni y Diego Frondizi", en *Nuevo Hombre*, núm. 21, 8 de diciembre de 1971, pp. 8 y 9.

los catálogos de modas hasta las manifestaciones en las calles y en las plazas) iba aparejada a otra renovación de las normas y las opciones que regían el "cuándo" y el "cómo" de su exhibición e interacción en las esferas más íntimas. Ambos movimientos, de hecho, transformaron significativamente las maneras de "poner el cuerpo" en el erotismo, la sexualidad y la política. En primer lugar, la mujer joven se erigió en protagonista de nuevas pautas eróticas, relativas, por ejemplo, a la ubicua interacción entre el vestido y el desnudo. He evitado a conciencia la palabra "liberación" para referirme a esta dinámica, debido a que, entre otras cosas, las nociones y los ideales de belleza y deseabilidad que adoptaron muchas jóvenes (y reforzaron sin tregua los publicistas y los diseñadores de modas) implicaban un nuevo tipo de exposición corporal, así como un nuevo cuerpo idealizado que requería y dictaba las técnicas de autogestión necesarias para producirlo. De muchas maneras, entonces, la exposición ampliada del cuerpo femenino trajo consigo el mandato embrionario de internalizar capilarmente nuevas formas de autocontrol. Tal como pronto advirtieron tanto los grupos locales de feministas y homosexuales como los intelectuales de izquierda, la erotización basada en la exhibición creciente del joven cuerpo femenino implicaba en gran medida su cosificación. He ahí, sin duda, la razón primordial que descalifica el uso de la palabra "liberación" para definir este proceso. A modo compensatorio, aunque hace falta un estudio más profundo, también cabría argumentar que la nueva dinámica del erotismo no tuvo necesariamente "efectos desempoderantes" para las jóvenes: no puede decirse que haya traído como consecuencia un *mayor* sometimiento de las mujeres al poder masculino, como sostiene una feminista radical con respecto al desarrollo de un proceso similar en Inglaterra, en parte porque ello implicaría pasar por alto los entrecruzamientos de las nuevas pautas eróticas con otras transformaciones de la sexualidad.[104]

En un plano menos visible pero tal vez más perdurable que la exposición del cuerpo joven en la escena pública, ese cuerpo ocupó el centro de otro cambio que alteró significativamente los hábitos y las prácticas sexuales. La normalización del sexo premarital que había tenido lugar en los años sesenta fue el preámbulo de una nueva e incipiente concepción que emergió a principios de los años setenta: la escisión entre la (hetero)sexualidad y el matrimonio (o su inminencia). La nueva concep-

[104] Jeffreys, *Anticlimax*.

ción relocalizó el espacio legítimo para la heterosexualidad y puso en marcha un debate (visible por momentos) sobre la igualdad sexual entre hombres y mujeres, cuyas relaciones seguían regidas por un persistente doble estándar. Aunque estos nuevos acuerdos sobre la heterosexualidad parecían abarcar a la juventud en general, el sexo adquirió diferentes significados entre los militantes revolucionarios, en especial porque su regulación se trasladó de la esfera íntima al ámbito del partido o el grupo. En algunos casos, la moral política del individuo (el compromiso de cada hombre y de cada mujer con un proyecto revolucionario) podía medirse de acuerdo con el parámetro de sus hábitos y conductas sexuales. En los modelos más puritanos, lo "normal" excluía conductas aceptadas en amplios segmentos de la cultura sexual general (como el sexo al margen de la pareja heterosexual establecida). En todo caso, los grupos revolucionarios inculcaron a sus militantes mandatos formales e informales para regular el sexo, tal como lo hacían con otras prácticas corporales.

Los militantes revolucionarios producían un cuerpo resistente, concebido como joven y —en general— masculino. Pero los jóvenes que abrazaron la política revolucionaria no eran los únicos que "disciplinaban" su cuerpo para adecuarse a un ideal: compartían esa "pulsión disciplinante" con sus pares generacionales de sexo femenino que habían incorporado, por ejemplo, la práctica de hacer dieta para adelgazar con el objetivo de calzarse jeans ajustados. Por otra parte, el cuerpo resistente se distinguía de todos los demás porque cristalizaba prácticas y encarnaba valores ligados al compromiso y la voluntad. El cuerpo resistente, por sobre todas las cosas, era una cuestión de género: en una cultura social regida por nociones hondamente arraigadas sobre el "papel" de las mujeres en la esfera pública y en la vida política, los requisitos para producir ese tipo de cuerpo eran especialmente difíciles de cumplir para las jóvenes. Asimismo, en la nueva cultura política que valoraba la acción más que cualquier otra cosa —más que el "intelectualismo", por ejemplo—, las mujeres en general quedaban constantemente excluidas de las posiciones de liderazgo y del ascenso hacia la forma más "sublime" de poner el cuerpo en la militancia revolucionaria, es decir, excluidas del combate guerrillero. A medida que avanzaron los años setenta, la represión estatal que se abatió sobre los revolucionarios distinguió cada vez menos entre "guerrilleros", "militantes" y "activistas": todos tenían el cuerpo en la línea de fuego, todos eran destinatarios señalados de la represión parapolicial, policial y militar.

VIII. LOS JÓVENES Y LA "RESTAURACIÓN DE LA AUTORIDAD"

A FINES de 1975, cuando el gobierno civil de Isabel Martínez de Perón ya había autorizado la represión militar de actividades políticas y sociales, el ministro del Interior recibió cartas de Buenos Aires y de la distante localidad de Comodoro Rivadavia, enviadas por grupos de vecinos que reclamaban más seguridad en sus comunidades ante la supuesta amenaza de jóvenes involucrados en "acciones subversivas", en "la droga", en "orgías sexuales", o bien en las tres cosas a la vez.[1] Los remitentes establecían un nexo entre la juventud, los desórdenes culturales, las desviaciones sexuales y la subversión: las principales características del presunto "enemigo interno" que ponía en peligro el tejido social de la nación, cuya supuesta reparación fue la principal excusa de los militares para concretar el golpe de Estado el 24 de marzo de 1976. En este capítulo examino el desarrollo de un proyecto orientado a "restaurar la autoridad" mediante la desactivación de los cambios políticos, culturales y sexuales que los argentinos habían experimentado en el marco de dinámicas modernizadoras, cuya encarnación privilegiada, desde los años cincuenta, había sido la juventud.

Desde 1974, un amplio arco del conservadurismo más rancio clamaba por una reestructuración jerárquica de la sociedad, a fin de revertir lo que dichos actores veían como la autoridad perdida de los padres, los maestros y los políticos a manos de los hijos, los estudiantes y los militantes "aficionados". Desde su punto de vista, esa restauración no podía esperar: era la única manera de impedir lo que ellos describían hiperbólicamente como "la disolución final" de la sociedad argentina. Los actores que veían en la juventud al "enemigo interno" estaban profundamente inmersos en el imaginario de la guerra fría como sustrato de la seguridad nacional. No todos los jóvenes se ajustaban a la imagen

[1] "Adriana Sesto y otros al Ministro del Interior", carpeta núm. 160785, caja 26; "Marina Santos y otros, Villa Crespo, al Ministro del Interior", carpeta núm. 172222, caja 13, expedientes generales, sección intermedia, AGN.

emergente, pero el rostro de ese "enemigo" era joven: la mujer o el hombre de la guerrilla, el "drogadicto", el supuesto "desviado sexual". Las nuevas leyes aprobadas durante 1974 sobre distribución de métodos anticonceptivos, participación política de los estudiantes y consumo de drogas apuntaban a delinear y contener a esa figura mientras restringían la sociabilidad, la sexualidad y la organización política de todos los jóvenes —varones y mujeres— de carne y hueso. Esa legislación sirvió para instalar y amplificar el tropo de la desviación en torno a la juventud, e incentivó un consenso a favor de proyectos cada vez más autoritarios que prometían restaurar el "orden" en todas las esferas de la vida social.

Aunque el proyecto orientado a "restaurar la autoridad" tuvo sus inicios antes de marzo de 1976, la Junta Militar que instauró la última dictadura argentina (1976-1983) lo encauzó por un rumbo nuevo y brutal. Las Fuerzas Armadas impusieron su orden autoritario mediante los dispositivos básicos del terror estatal: el secuestro, la tortura y la "desaparición" sistemática de los supuestos enemigos. Entre las víctimas del terror estatal hubo una mayoría abrumadora de jóvenes: eran los chicos y las chicas de los grupos estudiantiles, partidarios y guerrilleros que renovaron la política argentina entre fines de los años sesenta y principios de los setenta. Aunque estos jóvenes fueron blancos señalados del mortífero proyecto militar menos por su edad que por su pertenencia a movimientos revolucionarios, los militares también sentaron las bases para disciplinar a la juventud en general, una premisa que consideraban clave para impedir el advenimiento de una nueva "generación subversiva". Las respuestas de los jóvenes, hombres y mujeres, a estas tentativas disciplinantes fueron muy variadas. Si bien el tema requiere más estudio, en el último segmento del presente capítulo comienzo a desentrañar algunas de ellas.

Ni sexo, ni drogas... ni política

El proyecto orientado a "restaurar la autoridad" comenzó cuando Juan Domingo Perón regresó al país, en junio de 1973, y fue cristalizando a lo largo de 1974, primero durante el mandato de Perón —interrumpido por su muerte el 1º de julio de 1974— y después cuando lo remplazó la vicepresidenta, su esposa Isabel. A fin de llevarlo a cabo era preciso reacondicionar aspectos culturales, políticos y sociales relativos a las

experiencias y las expectativas que los jóvenes habían forjado durante los años sesenta y principios de los setenta. A lo largo de 1974, una serie de decretos y leyes restringieron la distribución de anticonceptivos y la promoción de métodos para el control de la natalidad; incrementaron las penas por tráfico y consumo de "estupefacientes", y suspendieron la legitimidad de las escuelas y universidades como espacios para el activismo político. Hacia fines de ese año, la imposición del estado de sitio (que duraría hasta 1983) clausuró las posibilidades del activismo político legal y restringió la sociabilidad estudiantil. Cierta fachada de legalidad estatal —que no excluyó una expansión de las actividades represivas paralegales— abrió un margen para que el Estado y un amplio abanico de actores políticos delinearan la figura del "enemigo interno", cuyo desarrollo ha estudiado en tiempos recientes la historiadora Marina Franco.[2] La "restauración de la autoridad" avanzó bajo la cobertura de esa fachada entre 1974 y 1975: su alcance y sus escollos durante esos años preludiaron y moldearon lo que vino después.

El proyecto en aras de "restaurar la autoridad" desarrolló una política sexual que reubicó a los grupos católicos conservadores a la cabeza de los organismos decisores. En enero de 1974, la Liga de Madres presentó una denuncia policial contra la novela *The Buenos Aires Affair*, de Manuel Puig, exigiendo su incautación porque "atentaba contra la moral". Mientras que un año antes la liga difícilmente habría encontrado eco en una denuncia como esa —evaluaba la crónica de *La Opinión*—, en esta oportunidad, como "en la época de Onganía", los agentes policiales entraron en las librerías, secuestraron los volúmenes y arrestaron tanto a libreros como a editores.[3] La policía hizo redadas similares contra actividades y expresiones del mundo gay, hasta el punto de que el Frente de Liberación Homosexual (FLH) denunció las acciones del comisario Luis Margaride (superintendente de Seguridad Federal) en el primer número de su periódico *Somos*. Bajo el título "La tía Margarita impone la moda Cary Grant", *Somos* advertía a sus lectores acerca de una campaña policial que obligaba a los hombres a cortarse el pelo y cambiar su indumentaria colorida por un atuendo más sobrio y "viril". El FLH entendía con razón que el objetivo de la campaña era "asustar a la gente

[2] Franco, *Un enemigo para la nación*.
[3] "La denuncia de una Liga de Madres impulsó a la Policía", en *La Opinión*, 9 de enero de 1974, p. 15.

en el plano de la vida diaria, como parte de una escalada de terror derechista [para] acallar toda forma de expresión que se aparte, en el plano político, sexual e ideológico, de las rígidas y alienantes normas de un sistema injusto".[4] El Ente de Calificación Cinematográfica —que hasta entonces había permanecido tal como estaba— también sufrió el embate de la censura: en agosto de 1974 designó como nuevo titular al crítico de cine Miguel Paulino Tato, quien en solo seis meses prohibió 61 películas alegando que su "contenido sexual o político" resultaba "perjudicial" para el ya debilitado "frente interno".[5] Los argumentos de Tato trazaban nexos explícitos entre el sexo y la política, en línea con la lógica subyacente a otras decisiones públicas de gran envergadura.

En el marco de una preocupación más general por el bajo crecimiento demográfico como "amenaza que compromete seriamente aspectos fundamentales de la República", Perón y su ministro de Bienestar Social, José López Rega, firmaron en marzo de 1974 un decreto que restringía la comercialización de productos medicinales anticonceptivos —la "píldora"— y cerraron consultorios de planificación familiar que funcionaban en hospitales públicos. De acuerdo con la historiadora Karina Felitti, el decreto afectaba más a las mujeres pobres, dependientes del sistema público, que a las de los estratos medios y altos, con acceso a un sistema privado que sorteaba los controles estatales.[6] En todo caso, la fundamentación de la nueva política es significativa en la medida en que permitió reformular y propagar un discurso que ventilaba inquietudes relacionadas con el sexo y el género en la esfera pública argentina de mediados de los años setenta. Sobre la base de un argumento muy difundido en los sectores del catolicismo conservador, el decreto deploraba las políticas que habían desalentado la expansión de las familias "promoviendo el control de la natalidad, desnaturalizando la fundamental función maternal de la mujer y distrayendo en fin a nuestros jóvenes de su natural deber como protagonistas del futuro de la patria".[7] El control de la natalidad representaba el efecto perni-

[4] "Comunicado del Frente de Liberación Homosexual", en *Somos*, núm. 1, diciembre de 1973; "Falta Onganía", en *Somos*, núm. 2, febrero de 1974, FLH.

[5] "Un nuevo calificador en la cinematografía", en *Clarín*, 16 de septiembre de 1974, p. 36; "Películas prohibidas", en *La Nación*, 3 de marzo de 1975, p. 8.

[6] Felitti, *La revolución de la píldora*.

[7] Poder Ejecutivo Nacional, decreto núm. 659/74, en *Boletín Oficial*, 3 de marzo de 1974, p. 2.

cioso de tendencias "liberalizadoras" que se plasmaban en los hábitos sexuales de los jóvenes y terminaban por subvertir el orden de género propiamente dicho. Los peronistas de derecha y los católicos conservadores no albergaban dudas: los jóvenes potencialmente "subvertían" los órdenes del género, el sexo y la política. Esa dinámica que corroía "el futuro de la patria" solo se detendría si el sexo recuperaba su lugar y su papel legítimos: la procreación y el matrimonio en el seno de una familia estable.

La apelación a los "valores familiares" alimentó un consenso a favor de las soluciones represivas. A fines de 1974, el Ministerio de Bienestar Social organizó el "Primer Encuentro Nacional de la Familia", un congreso de considerable envergadura. En su alocución inaugural, el ministro López Rega declaró que "las armas, las drogas y la pornografía" estaban aniquilando a "nuestra nacionalidad", cuya única recuperación posible era la "restauración de la familia". Más que un simple foro de políticas públicas, el evento fue una puesta en escena para instalar un discurso conservador sobre la política, la cultura y la sexualidad en relación con la juventud.[8] De manera más directa, la convocatoria fue la plataforma para lanzar un programa de acción pastoral sobre "Matrimonio y familia", que la jerarquía católica emprendió durante los años 1975 y 1976 en el marco de una campaña destinada a silenciar las voces de los laicos radicalizados y los sacerdotes tercermundistas.[9] En una publicitada carta de 1975 que replicaba los tropos del ministro, el arzobispo de Rosario urgió a la depurada comunidad católica a defender la "célula básica de la sociedad" para evitar que "nuestras familias" siguieran "perdiendo a sus jóvenes a manos de la violencia política, la promiscuidad y la drogadicción".[10] Como todos los católicos conservadores y los peronistas de derecha, el arzobispo creía que la familia estaba indefensa y necesitaba al Estado como agente crucial para "restaurar la autoridad" en tres frentes: la política, el sexo y las drogas.

[8] "El Primer Encuentro Nacional de la Familia", en *La Razón*, 26 de noviembre de 1974, p. 1; "El Primer Encuentro Nacional de la Familia clausuró sus deliberaciones", en *La Razón*, 28 de noviembre de 1974, p. 12.

[9] "Programa de acción pastoral. Matrimonio y familia", en *Boletín AICA*, núm. 956, 17 de abril de 1975, pp. 25-39; sobre el "silenciamiento" de los Sacerdotes del Tercer Mundo, véase Obregón, *Entre la cruz y la espada*.

[10] "Peligro de dominación marxista", en *Boletín AICA*, núm. 981-982, 16 de abril de 1975, pp. 140-146.

El "problema de las drogas" se vinculó a la seguridad nacional a través de la ley 20771 sobre estupefacientes, promulgada en septiembre de 1974. Hasta entonces, ese "problema" había crecido con lentitud.[11] En contraste con el interés cada vez mayor que suscitaba el tema en Estados Unidos y Europa Occidental, la prensa argentina de mediados de los años sesenta solo se enfocó en una terapia experimental que había desarrollado un grupo de psicoanalistas con ácido lisérgico, uno de los componentes del LSD. La práctica fue legendaria, en parte los pacientes eran artistas del espectáculo, cineastas y algunos intelectuales de izquierda, aunque el grupo —de acuerdo con una nota de *Panorama*— no pasaba de las "trescientas personas". El experimento se discontinuó en 1967, a raíz de que ya era difícil conseguir la droga en los laboratorios.[12] También en 1967, la prensa comenzó a mencionar la "marihuana". Además de explicar las características del cannabis y comentar que se importaba de Brasil y Paraguay, el semanario *Primera Plana* organizó una "fumata" y publicó sus conclusiones: la sustancia no era adictiva. El informe también aclaraba que la marihuana no era "un alcaloide" (no producía efectos secundarios) ni "un narcótico" (no producía hábito). La aclaración distaba de ser trivial: técnicamente, la marihuana no contenía ninguna de las dos sustancias que el Código Penal consideraba ilegales. En 1968, además, una controvertida reforma de ese código, que aumentó las penas por tráfico de estupefacientes, estipuló que no se penalizaría la tenencia de una única dosis de cualquier droga para consumo personal.[13]

Entre 1971 y 1972, sin embargo, la percepción pública del "problema de las drogas" comenzó a experimentar cambios significativos, tanto por la aparición de nuevos actores y regulaciones como por una creciente atención de los medios. Aunque la prensa citaba declaraciones policiales que instaban a "prevenir [el consumo de drogas] en lugar de alarmar" a la población, las reiteradas notas que publicaban las revistas de inte-

[11] Para una historización de las relaciones entre drogas y política en Argentina tanto como para una ampliación sustantiva de lo aquí reconstruido, véase Manzano, "The Creation of a Social Problem".

[12] "Paraísos artificiales", en *Panorama*, núm. 46, marzo de 1967, pp. 35-39; véase una descripción general de esa experiencia en Plotkin, *Freud in the Pampas*, pp. 172-175.

[13] "¿Hacia la generación de la marihuana?", en *Primera Plana*, núm. 254, 7 de noviembre de 1967, pp. 46-49; Millán y Fontán Balestra, *Las reformas al Código Penal*, pp. 205-210 y 266-274.

rés general fomentaron la instalación de tropos persistentes y dramáticos. Uno de ellos era el principio del "espiral de la droga", según el cual el consumo de marihuana y anfetaminas era la puerta de entrada a las "drogas duras". Los cronistas citaban casos de dudosa autenticidad con miras a demostrar que las familias de los drogadictos estaban corroídas por la "incomunicación" y la "descomposición". Solo las familias "bien constituidas" podían resguardar a sus miembros más jóvenes mediante una vigilancia "discreta" pero constante.[14] A la par de los medios, otros actores desempeñaron un papel clave en el "problema de las drogas", como la Policía Federal, que en 1971 publicitó su flamante División de Toxicomanía con una serie de razias espectaculares.[15] Según estadísticas policiales, apenas se creó esa división se multiplicaron las detenciones relacionadas con estupefacientes, sobre todo bajo la inestable categoría de "detenidos en prevención" (sorprendidos en compañía de "traficantes"), que escalaron de 1.410 en 1970 a 2.610 en 1971, incluidos 619 varones y 540 chicas menores de edad. Los datos policiales revelaban además que el tráfico de marihuana se había disparado en el transcurso de dos años: los 9 kilos incautados en las redadas de 1969 habían ascendido a 57 kilos en los primeros seis meses de 1971.[16] La División de Toxicomanía comenzó a ejercer presión para que se incluyera la marihuana en el listado de drogas prohibidas, una demanda de la que se hicieron eco desde editorialistas de diarios hasta juristas especializados.[17] A mediados de 1971, el Ministerio de Bienestar Social —en cumplimiento de convenios internacionales firmados por Argentina— impulsó una ley que prohibía la venta de anfetaminas sin receta e ilegalizaba la marihuana.

El Ministerio de Bienestar Social comenzó a llevar la voz cantante en relación con el "problema de las drogas" y forjó nuevas alianzas,

[14] Véanse por ejemplo Leo Gleyzer, "Única solución: amor", en *Gente*, núm. 293, 4 de marzo de 1971, pp. 86 y 87; "Diario de un drogadicto", en *Primera Plana*, núm. 420, 17 de febrero de 1971, pp. 32-37; Elsa Jascalevich, "Buenos Aires visita el infierno", en *Clarín*, 7 de noviembre de 1971, pp. 100-105; "Los caminos de la muerte blanca", en *Siete Días*, núm. 270, 17 de julio de 1972, pp. 40-43.

[15] "Graves revelaciones sobre el tráfico de alucinógenos en el país", en *Clarín*, 4 de marzo de 1971, p. 24.

[16] Policía Federal Argentina, *Superintendencia técnica*, Buenos Aires, 1972, pp. 83 y 85.

[17] "Marihuana, el revés de la trama", en *Mundo Policial*, núm. 5, julio de 1970, p. 62; "Código y drogas", en *Clarín*, 7 de marzo de 1971, p. 12; López Bolado, *Drogas y otras sustancias*, pp. 84-92.

entre las que se destacó el acuerdo con la Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas de Estados Unidos (BNDD, por sus siglas en inglés). En el verano de 1972, su titular, el capitán Francisco Manrique, creó la Comisión Nacional de Toxicomanía y Narcóticos (CONATON). Presidida por el ministro de Bienestar Social e integrada por representantes de la División de Toxicomanía y la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la CONATON se había formado con el propósito de coordinar políticas para frenar el tráfico y el consumo de drogas. La iniciativa surgió a instancias de una delegación enviada por el presidente estadounidense Richard Nixon.[18] No era el primer caso ni sería el último: tal como lo ha constatado el historiador Paul Gootenberg, las numerosas comisiones ad hoc que promovió el gobierno de Nixon fueron cruciales para redefinir los vínculos hemisféricos en torno al "problema de las drogas".[19] Luego de identificar a Argentina como país de tránsito para los "narcóticos duros" que ingresaban en Estados Unidos (debido a que la Aduana había incautado varios cargamentos de heroína proveniente de Marsella con destino a Nueva York), la BNDD estableció en Buenos Aires su sede para América del Sur. Según el informe de los funcionarios estadounidenses que recorrieron el continente sudamericano para trazar un mapa de las respuestas gubernamentales al "problema del narcotráfico", Argentina ocupaba un lugar de privilegio: hasta ese momento era el único país de la región que había suscripto un "acuerdo bilateral" con Estados Unidos para crear una comisión binacional sobre drogas, copresidida por el ministro de Bienestar Social y el embajador de ese país, además de coordinar el suministro de capacitación, equipamiento y otros "recursos materiales y humanos" por parte del gobierno estadounidense.[20]

El acuerdo sobre drogas entre el Ministerio de Bienestar Social y la Embajada de Estados Unidos comenzó a surtir efectos contundentes en 1973. El ministro ultraderechista López Rega firmó un nuevo convenio con el embajador Robert C. Hill para acceder a recursos de inteligencia destinados a "la represión del tráfico interior y exterior de drogas". Al anunciar la novedad ante la prensa, el funcionario reveló un detalle que

[18] "Se constituye hoy la comisión contra el tráfico de drogas", en *La Opinión*, 2 de febrero de 1972, p. 10.

[19] Gootenberg, *Andean Cocaine*, pp. 308 y 309.

[20] Senado de Estados Unidos, *The World Narcotics Problem*, p. 35.

al parecer debía mantenerse en secreto: "Nuestro compromiso mutuo es combatir el flagelo de las drogas y la subversión".[21] La injerencia directa de López Rega en el "problema de las drogas" tuvo al menos dos consecuencias mayúsculas. En primer lugar, el Ministerio de Bienestar Social comenzó a recibir fondos ajenos a los asignados en el presupuesto anual del Congreso, sin obligación de rendir cuentas ante los legisladores argentinos ni ante las autoridades estadounidenses. De acuerdo con rumores de la época, parte de los fondos provistos en concepto de ayuda estadounidense para la lucha contra el narcotráfico se habían desviado hacia la creación de la notoria Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), un grupo parapolicial que atentaba contra militantes y activistas de izquierda, tal como relataré brevemente más adelante.[22] En segundo lugar, López Rega se valió de ese acuerdo para crear medios represivos legales en materia de drogas: la División de Toxicomanía, que en 1975 alcanzó estatus departamental, pasó a desempeñar un papel aún más relevante y envió a la mayoría de sus miembros a capacitarse en Estados Unidos.[23] El incremento de fondos que recibía la cartera de López Rega asimismo posibilitó la creación del Centro Nacional de Reeducación Social (CENARESO), que entre 1973 y 1975 funcionó como un brazo del ministerio. Su director, el médico Carlos Cagliotti, participó en la elaboración de la ley 20771 sobre estupefacientes.[24]

Con la aprobación de esta ley, en septiembre de 1974, el Congreso ayudó a establecer un nexo legal entre juventud, desviaciones y subversión. Bajo la influencia de los informes y las propuestas del CENARESO, el Poder Ejecutivo exhortó a los legisladores a respaldar la nueva normativa en aras de "detener la ola de adicción a las drogas", que supuestamente había crecido "un 500% en los últimos dos años". Los legisladores respondieron de acuerdo con las expectativas. Además de elevar las penas para quien "produzca, fabrique, extraiga o prepare estupefacientes", la ley consideraba agravada la inducción al consumo "si los hechos se cometieren en perjuicio de un menor de edad". La ley incluía otras tres novedades. En primer lugar, todos los delitos relacionados con

21 "Se firmó un tratado bilateral de lucha contra la droga", en *Clarín*, 20 de agosto de 1973, p. 12.

22 Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, pp. 42 y 43.

23 Policía Federal, "Memoria anual 1975", pp. 221, 222, 268 y 269, manuscrito inédito, CEHPFA.

24 Weissmann, *Toxicomanías*, pp. 90, 91 y 153-161.

drogas pasaban a la competencia de la justicia federal. En segundo lugar, la tenencia se penaba con prisión de uno a seis años, "aun cuando [los estupefacientes] estuviesen destinados al uso profesional". Por último, el condenado por cualquier delito "que dependiere física o psíquicamente de estupefacientes" debería someterse también a "un tratamiento de desintoxicación adecuado y los cuidados terapéuticos [necesarios para] su rehabilitación".[25] En los meses que siguieron a la aprobación de la ley, el aspecto más controvertido fue el traspaso de los delitos a la jurisdicción federal, es decir, a la instancia judicial más alta del país. Un defensor de esta novedad explicó que las drogas eran un asunto de "seguridad nacional", porque los jóvenes podían caer en las garras de bandas delictivas trasnacionales y "redes extremistas" a raíz de sus adicciones.[26]

Este marco legislativo que establecía nexos entre la juventud, las drogas y la "subversión" se materializó en nuevas condiciones para la sociabilidad y la política de los jóvenes. En primer lugar, con la ilegalización de la tenencia de estupefacientes y el refuerzo de la vigilancia policial en los espacios para la interacción de la juventud, la ley 20771 criminalizó las pautas del esparcimiento juvenil. En el verano de 1975, por ejemplo, la cámara que nucleaba a los empresarios del entretenimiento —casas de baile, auditorios de conciertos y locales nocturnos— envió cartas al ministro del Interior para quejarse por las reiteradas visitas de Toxicomanía. De acuerdo con los empresarios, los agentes policiales portaban "armas largas" y hostigaban a hombres y mujeres en busca de drogas, circunstancia que había reducido las salidas nocturnas de los jóvenes. A lo largo de 1975, la prensa publicó numerosas crónicas sobre redadas policiales en establecimientos educativos, plazas y conciertos. En el caso del rock, la vigilancia policial redujo la cantidad de presentaciones en vivo, con los consiguientes perjuicios económicos para los músicos. Varios de ellos se fueron del país con planes de adquirir capacitación profesional o formar nuevas bandas, como Claudio Gabis, Moris y Pappo: la escena del rock comenzaba a evaporarse.[27] Además, los jóvenes detenidos en

[25] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, 19 de septiembre de 1974, vol. 2, pp. 2856-2868.

[26] "Drogas, ¿qué pasa en la Argentina?", en *Gente*, núm. 503, 12 de marzo de 1975, pp. 64-67; véase una explicación similar en "Editorial. Drogas y subversión", en *Clarín*, 12 de mayo de 1975, p. 12, y Moras Mom, *Toxicomanía y delito*, pp. 149-158.

[27] "Cámara de empresarios de locales de expansión nocturna al Ministro del Interior", carpeta 16610, caja 15, expedientes generales, AGN; "Redadas en Plaza Irlanda", en

esas redadas se exponían al riesgo de ser imputados y enviados a rehabilitación. A mediados de 1975, el doctor Cagliotti anunció con orgullo que el CENARESO había recibido a "1.425 varones de 16 a 21 años".[28]

El segundo nexo entre juventud, drogas y política que establecía la doctrina de la "seguridad nacional" era la presunta implicación de los militantes radicalizados —sobre todo los guerrilleros— en el tráfico o el consumo de estupefacientes. Ya desde 1970, el diario *La Razón* insistía en instalar la sospecha de que el dirigente montonero Mario Firmenich traficaba drogas para conseguir dinero y armas.[29] Aunque carecían de fundamentos sólidos, estos artículos alentaban la difusión de rumores envueltos en cierto halo de credibilidad. El caso más visible eran las crónicas de los diarios que detallaban acciones "espectaculares" de la guerrilla. En enero de 1974, por ejemplo, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) intentó copar la guarnición militar de Azul, en un operativo que dejó un saldo de varios militares y más de diez guerrilleros muertos. En la cobertura de los episodios, la prensa difundió el contenido de un supuesto informe psiquiátrico sobre los "setenta jóvenes guerrilleros", según el cual el ERP había planeado el ataque midiendo los efectos de ciertas drogas suministradas a los combatientes. Sin embargo, por un "error de cálculo", concluían los presuntos psiquiatras, los guerrilleros habían sufrido toda clase de efectos colaterales en plena batalla y se habían convertido "en sus peores enemigos".[30] Las organizaciones armadas respondieron de inmediato con declaraciones de rotunda oposición al consumo de drogas (mientras endurecían sus regulaciones internas pertinentes) e intentaron desmontar lo que interpretaban como "una campaña de acción psicológica [...] lanzada por la CIA" o "una campaña de propaganda contrarrevolucionaria [orquestada por] las corrientes ultraderechistas del gobierno peronista".[31] Pese a estos esfuerzos de

---

Clarín, 15 de marzo de 1975, p. 22; "Drogas, los tentáculos de la corrupción", en *Siete Días*, núm. 445, 12 de diciembre de 1975, p. 90.

28 "Adolescencia y drogas", en *Actualidad Psicológica*, núm. 4, julio de 1975, pp. 1-3.

29 "Habría conexión entre extremistas y traficantes", en *La Razón*, 27 de septiembre de 1970, p. 6; "Las drogas y la política", en *La Razón*, 23 de agosto de 1971, p. 6.

30 "Procedimientos antisubversivos. Informe psiquiátrico", en *La Razón*, 30 de enero de 1974, p. 1.

31 "La propaganda contrarrevolucionaria", en *El Combatiente*, núm. 106, 6 de febrero de 1974, p. 10; "La CIA y las drogas", en *Liberación*, núm. 20, 15 de mayo de 1974, p. 32. Sobre las percepciones acerca del consumo de drogas entre militantes de izquierda, véase Manzano, "The Creation of a Social Problem".

esclarecimiento, la asociación entre "subversión" política y cultural, a su vez encarnada en la juventud, se instaló en la conciencia pública como parte de un sentido común que allanó el camino hacia el endurecimiento de las medidas represivas.

Desde enero de 1974, en un proceso que cobró velocidad a medida que pasaban los meses, se fue cercenando el escenario político a la vez que se esfumaban los espacios para el activismo juvenil. De hecho, Perón lanzó su "guerra antisubversiva" inmediatamente después de Azul: ordenó la renuncia del gobernador bonaerense (afín al peronismo de izquierda) y envió al Congreso un proyecto de reforma penal que incrementaba las penas para una serie de actividades políticas calificadas de subversivas. También restableció la legislación represiva que se había derogado durante la breve "primavera democrática" de 1973.[32] He ahí el contexto de la acusación de "mercenarios que actúan mediante la simulación de móviles políticos" con "objetivos foráneos" e "infiltran" el Estado "con aviesos fines insurreccionales", que expulsó del peronismo a la Tendencia Revolucionaria liderada por Montoneros. Asimismo, Perón impulsó un proyecto de ley para regular las universidades públicas, uno de los últimos bastiones de la izquierda peronista. El movimiento estudiantil en general y la Juventud Universitaria Peronista (JUP) en particular quedaron al margen de los acuerdos sellados entre el presidente y otros políticos.[33] La nueva ley, aprobada en marzo, reforzó el control gubernamental sobre las universidades en la medida en que el Poder Ejecutivo se reservaba la facultad de nombrar a los rectores. Además, redujo el poder de los graduados en el cogobierno universitario (e incluyó a los trabajadores no docentes) e introdujo un significativo artículo que prohibía "en el ámbito de la universidad el proselitismo político partidario o de ideas contrarias al sistema democrático que es propio de nuestra organización nacional".[34] Convencida de que la nueva ley serviría como instrumento de represión, la JUP abandonó su política de acatamiento (hasta entonces había tratado de no confrontar con las decisiones de Perón), retiró su apoyo a la ley y convocó a una movilización junto con los estudiantes radicales y comunistas. Era demasiado

[32] Servetto, *73/76*, pp. 196-208.
[33] "Modifican el proyecto de ley universitaria", en *Clarín*, 21 de febrero de 1974, p. 9.
[34] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, 13-14 de marzo de 1974, vol. 7, p. 6212.

tarde: el gobierno no solo dejó la ley tal como estaba, sino que además prohibió las manifestaciones y detuvo a trescientos estudiantes.[35]

Las medidas del gobierno peronista en aras de "restaurar la autoridad" también se extendieron a las escuelas secundarias. Las nuevas autoridades educativas que había designado Perón para el año lectivo de 1974 establecieron como objetivo primordial la instauración de "un clima de orden y tranquilidad" en las escuelas de todo el país. En su circular número 12, "dirigida a todos los miembros de la comunidad escolar", la Dirección Nacional de Educación Media y Superior especificó que sancionaría lo que retrataba hiperbólicamente como situaciones de "caos" o "anarquía" que atentaban contra "el mantenimiento del orden, la disciplina, las jerarquías, el estudio y el trabajo productivo". También advertía que "las agrupaciones estudiantiles" no podrían "entorpecer el normal desenvolvimiento del quehacer educativo" y los alumnos debían exhibir "un inobjetable comportamiento, tanto dentro como fuera de la escuela". Con este fin, la circular instaba al personal directivo a tener "previstos los medios para actuar con celeridad y firmeza ante medidas de fuerza que impidan la actividad escolar [así como prestar] la debida atención a todo acto de indisciplina que se insinúe, por leve que parezca, ya que puede constituirse en el origen de situaciones más graves". Dado que toda medida de fuerza se consideraba "ilegítima" (desde las "inasistencias masivas" a clases y las "resistencias pasivas al trabajo escolar" hasta las "ocupaciones de edificios"), los rectores/directores debían tomar "todas las medidas necesarias para restablecer el orden" e incluso determinar "la conveniencia de solicitar el auxilio de la fuerza pública" y dar "intervención al Juez Federal correspondiente".[36] El tono intimidatorio de este mensaje provocó reacciones diversas. Mientras algunos medios de prensa coincidían en la necesidad de "disciplinar a los adolescentes revoltosos", otros instaban a combinar "los palos" con alguna "zanahoria", como la renovación del currículo.[37] Tal como sus pares de la universidad, las agrupaciones escolares peronistas y comunistas trataron de organizar acciones de protesta. La Unión de Estudiantes Secundarios (UES) llamó a la "movilización activa" para enfrentar las "instrucciones de algunos fun-

[35] "La JUP convocó a la manifestación", en *Noticias*, 16 de marzo de 1974, p. 11.

[36] Dirección Nacional de Educación Media y Superior, circular núm. 12, 22 de febrero de 1974, CENIDE.

[37] "A estudiar", en *La Nación*, 9 de marzo de 1974, p. 6; "Disciplina estudiantil", en *Clarín*, 10 de marzo de 1974.

cionarios" que pretendían "reorganizar la represión" y proclamó que también los colegios luchaban "para recuperar el contenido popular y peronista del gobierno". Por otra parte, el dirigente comunista Patricio Echegaray reconoció en un informe a sus jefes políticos que con "la tristemente célebre Circular 12" ya se había vuelto "muy difícil sostener la movilización de los secundarios".[38]

A medida que avanzó el año 1974, las instituciones educativas dejaron de ser un espacio acogedor para los jóvenes militantes. Cuando Isabel Martínez de Perón asumió la presidencia, los sectores ultraderechistas del peronismo acrecentaron su poder en el seno del gobierno. Un epítome de la ultraderecha era el ministro de Educación, Oscar Ivanissevich, veterano militante peronista que ya había ocupado ese cargo durante la primera presidencia de Perón. En un discurso transmitido por la cadena nacional de radio y televisión (un evento inusual para el titular de la cartera educativa, que dejó en claro el peso de su cargo en aquella coyuntura política), Ivanissevich cuestionó a los jóvenes que, despreciando "el amor que pusieron sus madres en cuidar" de ellos y "todas las facilidades de un mundo difícil", habían malogrado "los mejores días" de su juventud y la de otros luchando por una "liberación" mal entendida. El funcionario declaró que no había "vuelto al Ministerio de Educación para propiciar el desorden reinante", sino "a trabajar en serio para recuperar la escuela argentina, el alma argentina" y para mejorar "la efectividad de la enseñanza [universitaria,] que fue en nuestro tiempo ejemplo internacional".[39] Con este objetivo en la mira, Ivanissevich ordenó el cierre de las universidades hasta su "normalización", proceso que incluía tanto la intervención institucional como la eliminación del ingreso irrestricto. En cuanto al nivel secundario, el ministro anunció que intervendría las escuelas cuyas autoridades no se mostraran dispuestas a "recuperar la autoridad" frente a los alumnos y dispuso el cierre de todos los centros de estudiantes a partir de 1975.[40] Sin embargo, antes de esa fecha, el gobierno ya había decretado un estado de sitio que restringía la mayor parte de los derechos civiles y reducía la legitimidad

[38] "UES: críticas", en *Noticias*, 26 de marzo de 1974, p. 11; "Balance Nacional Secundarios 1974", colección Patricio Echegaray, PCA.

[39] "Discurso pronunciado por el Dr. Oscar Ivanissevich", carpeta 042-193, CENIDE.

[40] Resolución 51/74, *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, núm. 12, 15 de octubre de 1974; resolución 41/75, *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, núm. 18, 31 de enero de 1975, p. 3.

de las prácticas políticas, por no mencionar las actividades ilegales de las organizaciones armadas, como ERP y Montoneros.

Paralelamente a las modificaciones de los marcos legales, las políticas represivas iniciadas en 1974 adquirieron formas cada vez más violentas. Entre 1974 y 1976 se multiplicaron los ataques de bandas parapoliciales, como el comando Libertadores de América, que actuaba en Córdoba, y la Triple A, que operaba a escala nacional. En una suerte de división del trabajo, mientras las fuerzas regulares de seguridad —la policía y, desde 1975, también los militares— combatían a la guerrilla urbana y rural, las bandas parapoliciales apuntaban contra los militantes políticos y sociales, incluidos muchos estudiantes. Ya en marzo de 1974, un "grupo no identificado" —tal como consignó un informe policial— asesinó a balazos a Pedro Hanssen, dirigente de la Juventud Peronista (JP) de Lomas de Zamora. Hanssen participaba en una toma de la universidad local contra la designación de un rector afín al anterior régimen militar y en protesta por la nueva ley universitaria.[41] En agosto del mismo año, la Triple A se adjudicó el asesinato de Eduardo Beckermann, un dirigente de la UES de 19 años. Hanssen y Beckermann fueron apenas los dos primeros estudiantes que cayeron víctimas de la violencia ultraderechista. Los cálculos más prudentes indican que estas organizaciones parapoliciales asesinaron a novecientas personas entre fines de 1973 y principios de 1976: la mitad de las víctimas eran de la JP y casi doscientas eran mujeres.[42]

En la Argentina de entonces, hacia mediados de los años setenta, la figura de la "mujer guerrillera" era el epítome de la subversión sexual, cultural y política. Y aunque las Fuerzas Armadas se preparaban para poner punto final a lo que muchos describían como un estado de violencia caótica entre los fuegos cruzados de la izquierda y la derecha, no cabe duda de que el único enemigo que visualizaban los militares era ese "ejército irregular" de izquierda que también incluía jovencitas. El comodoro José D'Odorico, un acreditado experto en contrainsurgencia que se había capacitado en Francia y Estados Unidos, alertaba a sus camaradas sobre lo que era preciso saber acerca de "esas mujeres". De acuerdo con su teoría, "los ideólogos marxista-leninistas" habían sacado provecho de

[41] "Universidad de Lomas de Zamora", mesa "A", factor Estudiantil, carpeta 011, DIPPBA.

[42] Gillespie, *Soldiers of Perón*, p. 216; García, *El drama de la autonomía militar*, p. 65.

los atributos femeninos —"sensibilidad, persistencia [en los objetivos], tolerancia al dolor, [tendencia a los] compromisos apasionados"— para llevar a cabo una tarea política y doctrinaria cuyo producto era la "mujer guerrillera": habían vaciado "a la mujer de su contenido espiritual y cultural" para hacer de ella "un humanoide". La "mujer guerrillera" había perdido todo trazo de humanidad, en especial su esencia femenina. D'Odorico urgía a sus "camaradas de las fuerzas de seguridad" a "comprender que enfrente, o posiblemente a sus espaldas", no había sino "un ser con las formas vacías de una mujer". La conclusión era clara: los militares debían dejar de lado sus pruritos de género y disparar primero.[43] Las Fuerzas Armadas se mentalizaron para despojarse de todos sus preconceptos a fin de aniquilar a ese "enemigo" que —tal como lo percibían sus miembros y otros segmentos considerables de la sociedad argentina— estaba dispuesto a acabar con el orden en todas sus acepciones.

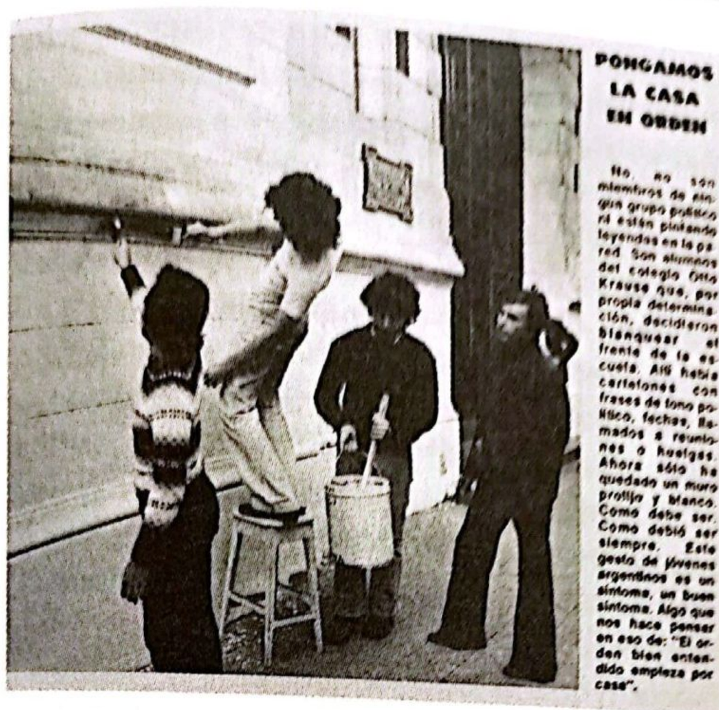
La juventud y la producción del "orden"

El 24 de marzo de 1976, en un clima que los medios pintaban como un "caos", tuvo lugar un golpe de Estado que ya se veía venir desde hacía tiempo. Tres semanas después, la revista *Gente* (una de las voceras más efusivas del nuevo régimen) ocupó media página con una foto de cuatro jovencitos que pintaban una pared. El epígrafe, titulado "Pongamos la casa en orden", explicaba el significado de la escena:

> No, no son miembros de ningún grupo político ni están pintando leyendas en la pared. Son alumnos del colegio Otto Krause que, por propia determinación, decidieron blanquear el frente de la escuela. Allí había cartelones con frases de tono político, fechas, llamados a reuniones o huelgas. Ahora solo ha quedado un muro prolijo y blanco. Como debe ser. Como debió ser siempre. Este gesto de jóvenes argentinos es un síntoma. Un buen síntoma. Algo que nos hace pensar en eso de: "El orden bien entendido empieza por casa".[44]

[43] Comodoro José D'Odorico, "La mujer en la guerrilla", en *Revista de la Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Aérea Argentina* (RECEM), núm. 78, octubre de 1974, pp. 39-55.

[44] "Pongamos la casa en orden", en *Gente*, núm. 560, 15 de abril de 1976, p. 17.



PONGAMOS LA CASA EN ORDEN

No, no son miembros de ningún grupo político ni están pintando leyendas en la pared. Son alumnos del colegio Otto Krause que, por propia determinación, decidieron blanquear el frente de la escuela. Allí había cartelones con frases de tono político, fechas, llamados a reuniones o huelgas. Ahora sólo ha quedado un muro prolijo y blanco. Como debe ser. Como debió ser siempre. Este gesto de jóvenes argentinos es un síntoma, un buen síntoma. Algo que nos hace pensar en eso de: "El orden bien entendido empieza por casa".

IMAGEN 10. "Pongamos la casa en orden", en *Gente*, núm. 560, 15 de abril de 1976, p. 17.

En pocas semanas, insinúa el texto, los efectos del nuevo régimen ya se sentían incluso en los ambientes más "revoltosos". Los cuatro chicos habían puesto manos a la obra ("por propia determinación") para construir el orden tan anhelado por la revista *Gente* y por miles de personas anónimas. Mientras muchas instituciones civiles (la jerarquía de la Iglesia católica, los medios dominantes y las cámaras empresariales) respaldaban activamente al gobierno de facto, amplios segmentos de la población argentina adoptaron la actitud que los sociólogos denominan "consenso reactivo": dieron carta blanca a los militares —un aval silencioso pero real— para que se encargaran de "restaurar el orden".[45] Esa restauración implicaba, entre otras cosas, revertir las dinámicas de modernización sociocultural que habían incidido en la configuración de las experiencias juveniles durante los años sesenta y principios de los setenta. Bifronte como Jano, la juventud era a la vez el epítome del desorden y el potencial para engendrar un nuevo orden "antisubversivo".

[45] Sobre el "consenso reactivo", véase Novaro y Palermo, *La dictadura militar (1976-1983)*, pp. 24 y 25; sobre la jerarquía eclesiástica y los medios, véanse Obregón, *Entre la cruz y la espada*, y Blaustein y Zubieta, *Decíamos ayer*.

Como la mayoría de las facciones militares latinoamericanas, la Junta argentina abonaba y aplicaba una noción estratégicamente imprecisa de "subversión". La idea de "subversión" o "acción subversiva comunista" que echaba raíces en las fuerzas policiales y militares formadas en la doctrina de la seguridad nacional estaba plasmada en un enemigo que supuestamente ya actuaba en el "interior" del espacio geopolítico occidental desde principios de los años sesenta. De acuerdo con esta doctrina, las fuerzas de seguridad tenían el derecho y el deber de librar una guerra no convencional contra un enemigo que, tal como se lo concebía, actuaba en múltiples frentes de batalla.[46] También compenetrados con los ideales católicos más conservadores, los miembros de la Junta argentina aspiraban a desatar una "guerra misionera" que debía librarse en los cuerpos y las mentes de los enemigos reales y potenciales. Una semana después del golpe, el presidente de facto Jorge Rafael Videla (1976-1981) explicó el significado que la Junta asignaba a la palabra "subversión": "No es solo lo que se ve en la calle. Es también la pelea entre hijos y padres, entre padres y abuelos. No es solamente matar militares. Es también todo tipo de enfrentamiento social".[47] Para vencer a un enemigo tan ubicuo era imprescindible restaurar la disciplina y las jerarquías, tarea que a su vez requería la colaboración de todas aquellas personas que ocuparan posiciones de autoridad, ya fueran padres, maestros o empleadores. En el marco de esa misión, las fuerzas de seguridad se ocuparían de los aspectos corporales.

La versión argentina del terrorismo de Estado priorizó la mecánica del secuestro, la tortura y la posterior "desaparición" de personas.[48] Esta mecánica alcanzó su punto culminante en el bienio de 1976 a 1978 y se abatió principalmente sobre un "enemigo" joven en términos de edad. Los militares alegaban que esa "guerra" era la única manera de combatir la guerrilla hasta las últimas consecuencias. Sin embargo, los cálculos más plausibles indican que en 1975, cuando las organizaciones armadas

[46] Pion-Berlin, "Latin America National Security Doctrines: Hard- and Softline Themes", pp. 411-429; Perelli, "La percepción de la amenaza y el pensamiento político de los militares en América del Sur".

[47] "El primer mano a mano con el presidente", en *Gente*, núm. 560, 15 de abril de 1976, p. 4.

[48] Véase una descripción de ese mecanismo letal en Calveiro, *Poder y desaparición*; véase un enfoque regional en Menjívar y Rodríguez, "State Terror in the US-Latin American Interstate Regime".

llegaron al tope de su capacidad, no sumaban entre todas más de mil doscientos guerrilleros. Hacia fines de ese año, además, los grupos estaban prácticamente desmantelados y ya había caído el grueso de sus combatientes. En todo caso, lo cierto es que los guerrilleros fueron apenas una ínfima fracción de los más de veinte mil desaparecidos en los 340 centros clandestinos de detención que las fuerzas de seguridad establecieron en todo el país.[49] Esos miles de desaparecidos a manos del terrorismo estatal habían integrado una red de militantes y activistas que alcanzaron la mayoría de edad política entre los años sesenta y principios de los setenta. Tal como consta en el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), ya se tratara de estudiantes, empleados u obreros, el 69% de los desaparecidos tenía entre 16 y 30 años en el momento del secuestro.[50] No quiero decir con esto que el motivo de la matanza haya sido la juventud de las víctimas: no hay evidencia suficiente para sustentar la idea de una guerra generacional, tal como lo ha planteado recientemente una investigadora. El término "politicidio", que el historiador Steve Stern propone en relación con Chile, parece más adecuado para describir también el objetivo de la Junta argentina: aniquilar a un segmento de la población definido menos por su edad que por haber abrazado proyectos revolucionarios.[51]

No obstante, es innegable que los militares amplificaron el proyecto orientado a "restaurar la autoridad", cuyo blanco era la dinámica modernizadora que había forjado las experiencias de los jóvenes y la visibilidad de la juventud. Apenas iniciado el gobierno de facto, los jóvenes que habían ocupado un lugar prominente en la cultura visual argentina de los años sesenta y principios de los setenta desaparecieron de un ámbito visual determinante: la publicidad. En una conversación confidencial con el sociólogo Guillermo O'Donnell, un publicista explicó que en aquel momento era arriesgado ilustrar los avisos con imágenes de jóvenes.[52] Sea cual fuere la credibilidad de esta declaración, los datos dis-

[49] García, *El drama de la autonomía militar*, pp. 500 y 504.
[50] Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, "Conclusiones", en *Nunca Más*. [Véase el dato citado en: <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/articulo/nuncamas/nmas6_02.htm>. La autora cita también la traducción del *Nunca Más* al inglés: *Never Again* (1984), Londres, Faber y Faber, 1986, p. 285. (N. de la T.)]
[51] Stern, *Remembering Pinochet's Chile*, p. xiv; Guy, "The Shifting Meanings of Childhood and 'N.N.'".
[52] O'Donnell, "Democracia en la Argentina", p. 28. Sobre los jóvenes en la publicidad, véase el capítulo VII de este libro.

ponibles indican que, en los primeros meses posteriores al golpe, las revistas de venta más masiva —*Gente* y *Siete Días*— discontinuaron los avisos de jeans y zapatillas (que se basaban en la representación de sus principales destinatarios). La época del año habla por sí misma: la ausencia se prolongó desde marzo hasta agosto, justo en la temporada de otoño-invierno, un período en el que normalmente aumentaban las inversiones publicitarias de estos anunciantes. Las campañas de Flecha Juventud —la marca local de zapatillas— no solo se reanudaron recién en agosto, sino que además lo hicieron con características publicitarias y conceptuales que diferían rotundamente de las anteriores. La campaña de 1975, por ejemplo, había consistido en imágenes de tres chicas y chicos veinteañeros que los publicistas identificaron visualmente con el producto sin eslóganes agregados. En contraste, el aviso lanzado en agosto de 1976 exhibía un grupo de adolescentes vistos a distancia, situados bajo un eslogan inusualmente extenso: "Para la juventud siempre hay un camino nuevo. Pongámonos en marcha".[53] Con un guiño tácito al recuerdo de la juventud "revoltosa", el aviso transmitía la idea de una nueva juventud supervisada que merecía una segunda oportunidad: la de tomar por el "camino correcto" que no había seguido la cohorte anterior.

La juventud ocupaba el centro de los discursos sobre las condiciones culturales que —argumentaban muchos— habían allanado el camino hacia el "caos". En sintonía con el catolicismo conservador, los ideólogos militares asociaban hacía tiempo la gestación del caos con la progresiva dilución de la autoridad en el seno de la familia. Así expresaba esta idea un alto oficial de la Fuerza Aérea: "La célula básica de la sociedad se ve corroída por múltiples frentes. Atentan contra ella sectores juveniles con ideas de libertad individual y sexual, sectores adultos con afanes demagógicos de renovación cultural".[54] De modo similar, los periodistas de los medios adeptos al régimen aseveraban que el "desorden" y la "anarquía" vividos "durante la pesadilla del camporismo" no habían surgido "por generación espontánea", sino tras "veinte años de 'trabajo sutil' de una cultura para matar a otra cultura", adoctrinando a los jóvenes con ideas "de 'brecha generacional'", relatos de "sexo, hedonismo,

[53] Aviso de Flecha en *Siete Días*, núm. 426, 8 de agosto de 1975, p. 14, y en *Gente*, núm. 578, 19 de agosto de 1976, pp. 18 y 19.

[54] Mayor Horacio Gutiérrez, "Sobre la familia y las Fuerzas Armadas", en *Revista de la Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Aérea Argentina* (RECEM), núm. 85, febrero de 1976, pp. 91-103.

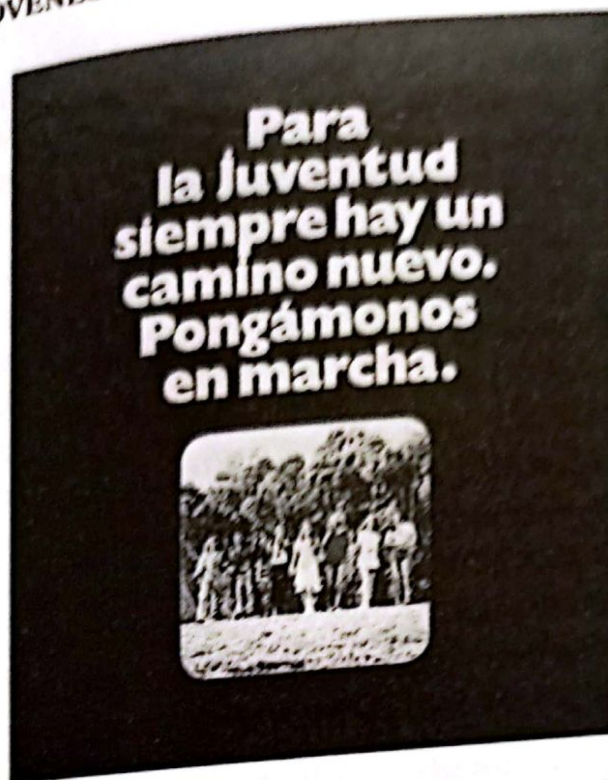


IMAGEN 11. Aviso publicitario de zapatillas Flecha. *Gente*, núm. 578, 19 de agosto de 1976, p. 18.

infidelidades" y "mil formas sutiles de infiltración", como "la 'educación liberadora' que preconizaba Paulo Freire" y la lectura de libros como *Las venas abiertas de América Latina* en ciertas escuelas.[55] Exagerando los aspectos estereotípicos de los años sesenta, los ideólogos militares y sus voceros de los medios vislumbraban un futuro de mutua consolidación entre la autoridad estatal y la autoridad familiar.[56] Sin embargo, aún no había llegado la hora para su anhelado enlace. Así describía el panorama el primer ministro de Educación designado por la dictadura, José Bruera (un civil), en el discurso que inauguró el año lectivo de 1977:

> La familia argentina perdió —durante demasiado tiempo— su fuerza educadora. [...] Fue, ciertamente, el negativo impacto de falsas opciones psi-

[55] "Carta abierta a los padres argentinos", en *Gente*, núm. 595, 16 de diciembre de 1976, pp. 7 y 8; véase también "Instrucciones para arruinar a su hijo", en *Gente*, núm. 581, 9 de septiembre de 1976, p. 67.
[56] Filc, *Entre el parentesco y la política*.

> cologizantes y sociologizantes con las que nos indujeron a la disolución social mediante la quiebra de todas las responsabilidades de la autoridad paterna, el desprestigio de la institución familiar, la negación del ejercicio válido y honesto del poder adulto para arquitecturar orgánicamente el juego generacional.

Ahora los padres intentaban retomar su "responsable función en la familia", pero aún no lo habían hecho "con plenitud cabal". Mientras tanto, la escuela redoblaría sus esfuerzos como "apoyo institucional de la educación familiar" para "no fracasar en el ritmo del proceso" hacia la "realización de la reorganización nacional".[57]

Previsiblemente, el sistema educativo era clave para la "restauración de la autoridad" que implicaba esa "reorganización nacional". Aunque en las formas los militares se presentaban como una mera continuación de la política desmovilizadora iniciada en 1974, en la práctica se preparaban para emprender persecuciones masivas de los estudiantes universitarios y secundarios. Movidas por la convicción —no del todo errada— de que ambos niveles educativos habían sido el principal "caldo de cultivo" para el reclutamiento de militantes revolucionarios, las autoridades educativas, tanto civiles como militares, se abocaron a crear reglas para "erradicar" esa posibilidad.[58] El Ministerio de Educación distribuyó un cuadernillo con instrucciones para "facilitar la comprensión del fenómeno subversivo", reconocer a los "enemigos de la Nación" y detectar su "infiltración" en las aulas. Asignando a los decanos y directores la tarea de reforzar el control sobre las clases, el material de enseñanza, la bibliografía, las lecturas y las charlas informales de los docentes, no docentes y estudiantes, el cuadernillo detalla las innumerables estrategias de la "subversión internacional" para lograr la "implantación paulatina del comunismo en el mundo" mediante un trabajo "permanente, integral, universal y multiforme". A modo de ejemplos, el cuadernillo menciona los intentos de "modificar la escala de valores tradicionales (familia, religión, nacionalidad, tradición, etc.)", la instilación "de una personalidad hostil a la sociedad, a las autoridades [...]

[57] Dirección Nacional de Educación Media y Superior, circular núm. 27, 23 de marzo de 1977, JVG.

[58] Ministerio de Cultura y Educación, *Subversión en el ámbito educativo*, Buenos Aires, 1978.

y a la organización familiar", o el uso de expresiones obvias, como "injusticias sociales" o "liberación nacional". Por último, la circular alerta a directivos y docentes sobre los peligros de la "pasividad hacia el accionar subversivo" y los designa "custodios de nuestra soberanía ideológica", en una clara exhortación a denunciar cualquier actitud sospechosa de sus colegas, alumnos o subordinados.[59] Aunque la distribución de este cuadernillo seguramente reforzó el clima de temor, no hay indicios de que los directores y rectores hayan efectuado un aluvión de denuncias. A mediados de 1978, tal vez previendo el fracaso del plan, el general Roberto Viola —futuro sucesor de Videla en la presidencia de la Junta— se involucró personalmente en la Operación Claridad, una iniciativa orquestada en el Ministerio de Educación (cuyo titular era por entonces el nacionalista católico de derecha Juan J. Catalán). Los funcionaros a cargo de la operación sistematizaron listas con libros y manuales prohibidos, e impulsaron despidos de ocho mil maestros, profesores y trabajadores no docentes que se desempeñaban en el sistema de educación pública.[60]

La expulsión de docentes por cuestiones políticas e ideológicas avanzó a la par de otros procesos socioculturales y económicos más generales que, cuando cristalizaron a fines de los años setenta, redundaron en una contracción general del sistema educativo. Este sistema había sido una vía legítima y asequible de movilidad social ascendente para varias generaciones sucesivas de argentinos. Como elementos fundamentales para sostener el imaginario de una nación moderna e inclusiva, la escuela secundaria y la universidad habían crecido de manera exponencial durante las décadas de 1950 y 1960, inaugurando a cada paso nuevas experiencias y expectativas para los jóvenes. Este movimiento inclusivo, que parecía ilimitado y permanente, se detuvo en seco en la segunda mitad de los años setenta. El crecimiento de la matrícula secundaria total se redujo del 27% entre 1970 y 1975 al 3% en el período de 1976 a 1980. El alumnado universitario, por su parte, cayó de 530.000 estudiantes en 1976 a 400.000 en 1980.[61] El plan económico neoliberal

[59] Dirección Nacional de Educación Media y Superior, circular núm. 187, 27 de octubre de 1977, JVG.
[60] Invernizzi y Gociol, *Un golpe a los libros*, pp. 107-112.
[61] Véase Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, *La juventud en la Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Social, 1985, pp. 62 y 66, y en especial el cap. 2 para las décadas de 1950 y 1960.

que aplicaron los militares en el marco de su anunciada "reorganización" nacional surtió un efecto recesivo en la educación. Con la idea de reducir el presupuesto del Estado, la Junta también decidió arancelar las universidades públicas, violando el principio de gratuidad que se había instituido durante el movimiento de la Reforma Universitaria. Aunque los aranceles no eran tan onerosos como las cuotas de las universidades privadas, su introducción coincidió con una tendencia al alza en el índice de desempleo. Aparejadas al decreciente atractivo de las universidades como espacios de sociabilidad, estas limitaciones económicas seguramente actuaron como impedimento o factor disuasivo para el acceso de toda una cohorte de jóvenes a los estudios superiores.[62] Asimismo, el creciente desempleo que afectaba a las capas obreras industriales explica en gran medida el estancamiento del nivel secundario. Entre 1975 y 1980, las escuelas que más contrajeron su matrícula fueron las comerciales y técnicas, cuyo alumnado se nutría principalmente de los hijos de familias obreras.[63] El régimen militar puso fin a la dinámica modernizadora que había llegado a su apogeo en los años sesenta —con la juventud como protagonista estelar y la educación como territorio cardinal— también en sus aspectos socioculturales y económicos.

La creciente restricción del sistema educativo apuntaba a forjar una nueva generación de jóvenes disciplinados en el marco del proyecto militar. Mientras un andamiaje de resoluciones, circulares y operativos propugnaba la "limpieza" de personas e ideas catalogadas como "subversivas" en los establecimientos de educación media y superior, innumerables profesores, maestros, no docentes y alumnos de ambos niveles engrosaban las listas de desaparecidos. Al mismo tiempo que el gobierno incrementaba la vigilancia policial y exigía a los alumnos que exhibieran su libreta o su documento para ingresar a los edificios universitarios, los centros clandestinos se llenaban de estudiantes. Los cálculos más prudentes indican que los desaparecidos de la UBA —profesores, estudiantes y recién graduados (incluidos 105 alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires)— fueron en total 1.500, una cifra pasmosa, a la que se suman 750 estudiantes y profesores de la Universidad de La

[62] Novaro y Palermo, *La dictadura militar (1976-1983)*, pp. 179-229; Pineau, "Impactos de un asueto educacional", pp. 74-79.

[63] Ministerio de Cultura y Educación, *Cifras educativas, 1970-1982*, p. 191.

Plata y 170 de las universidades Nacional y Tecnológica de Rosario.[64] "¿Cómo seguir yendo a clases, seguir entrando en aquel edificio, cuando ya faltaban tantos de mis compañeros?", plantea hoy Mabel al recordar su época de estudiante afiliada a la JUP. La memoria le devuelve un paisaje de miedo y silencio: como otros militantes de entonces, ella también dejó la facultad.[65] Los alumnos de la escuela media no podían tomar esa decisión, por mucho que lo desearan. Tal como las universidades, los colegios secundarios eran cotos donde los "grupos de tareas" iban a buscar "subversivos". Hubo al menos 600 maestros desaparecidos, junto con 120 estudiantes recién egresados y 130 alumnos regulares, incluidos los 9 chicos y chicas de La Plata que los grupos de tareas fueron a buscar casa por casa el 16 y el 17 de septiembre de 1976: la abominable "Noche de los lápices".[66]

En el proyecto de los militares, el disciplinamiento de las nuevas generaciones comenzaba por la "desaparición" del segmento que ya se consideraba perdido, pero no terminaba allí: continuaba con la imposición de reglas y valores nuevos al grupo restante. En sus definiciones programáticas de las metas para el nuevo sistema de educación, que ya había formulado en abril de 1976, el ministro Bruera desplazó los objetivos académicos para priorizar "el ordenamiento general de las situaciones y la reparación institucional".[67] Tal como señala con acierto el sociólogo de la educación Juan Carlos Tedesco, esa meta general era menos traducible a un discurso pedagógico (en su mayor parte hueco y tradicionalista) que a la inculcación de "comportamientos visibles" como signos rituales de obediencia.[68] En el nivel secundario, el principal cambio curricular fue el remplazo de Estudio de la Realidad Social Argentina —la materia introducida en 1973— por Formación Cívica, cuyo contenido trastocó la orientación secularista de la educación argentina con un programa que incluía ideas religiosas a modo de principios organizadores para el análisis de temas tales como "la naturaleza del

[64] Dirección de Derechos Humanos, *Huellas*, p. 14; Godoy y Broda, "El poder de la palabra bajo vigilancia durante la última dictadura".

[65] Entrevista con Mabel S.; véase también la entrevista con Raquel Resta, núm. 0197, archivo Memoria Abierta.

[66] Centro de Estudios Legales y Sociales, *Adolescentes detenidos-desaparecidos*, p. 8.

[67] "Las líneas de la política educativa", en *La Nación*, 17 de abril de 1976, p. 4.

[68] Tedesco, "Elementos para una sociología del currículum escolar en la Argentina", p. 27.

hombre" y la familia. De acuerdo con este enfoque, la familia era una institución natural que se fundaba mediante un pacto irrevocable (el matrimonio) para cumplir funciones procreativas y "formativas" bajo la estricta "supervisión del padre".[69]

El contenido de Formación Cívica era una suerte de munición ideológica que se impartía para sustentar la idea de un orden jerárquico e inmutable que empezaba "en el hogar" y debía continuar en la escuela. Las autoridades educativas insistían en mantener las escuelas "limpias", especialmente de grafitis culturales y políticos. En el mismo sentido, adjudicaban gran importancia al atuendo de los estudiantes. Las chicas no podían usar pantalones, maquillaje, ni el pelo suelto y debían llevar la falda por debajo de las rodillas. Para los varones eran obligatorios los pantalones grises, la corbata y el calzado formal, además del cabello cortado a 8 centímetros por encima de los hombros. Los alumnos no podían tutear a los docentes y debían ponerse de pie cuando entraba el maestro, el profesor o el director.[70] Desde la perspectiva del Ministerio de Educación, los "comportamientos visibles" moldearían una generación respetuosa de las jerarquías, la disciplina y la autoridad.

El ideal de juventud que aspiraban a instaurar las autoridades educativas, los medios dominantes y (tal vez) amplios segmentos de la población argentina debía combinar la disciplina con el respeto a las jerarquías, la obediencia a las autoridades y el patriotismo. En este sentido, aunque la desmovilización se contemplaba como una política clave para la sociedad en general, el régimen militar impulsó un episodio particular de movilización programada cuyos destinatarios eran los jóvenes. La Gendarmería Nacional lanzó la campaña "Marchemos a las fronteras", que consistía en enviar a cinco mil varones de las grandes ciudades a acampar durante algunos días en zonas fronterizas para interactuar con sus pares locales. Antes de la primera campaña, realizada a fines de 1979, los alumnos del nivel secundario se ocuparon de recaudar fondos para los alimentos y útiles escolares que llevarían a la frontera. En esa actividad participaron muchos más estudiantes aparte de los viajeros, seleccionados a su vez por las "aptitudes de liderazgo" que habían demos-

[69] "Formación Cívica. Guías para la enseñanza", en "Anexo", *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y Educación*, núm. 5, agosto de 1976, p. 6; Filc, *Entre el parentesco y la política*, p. 53.

[70] Dirección Nacional de Educación Media y Superior, circular núm. 53, 22 de abril de 1977; circular núm. 154, 20 de septiembre de 1977; circular núm. 62, mayo de 1979, JVG.

trado en la escuela. La primera campaña "Marchemos a las fronteras" —cuya ceremonia de lanzamiento se llevó a cabo en el estadio de River Plate, con la presencia de las más altas autoridades militares (incluido Videla)— representó una victoria política: exhibió a una fracción de la "nueva juventud" deseosa de participar en una iniciativa expresamente asociada al régimen y enmarcada en una retórica patriótica y militarista que incluía un componente solidario (los estudiantes iban a ayudar a sus pares necesitados).[71] Pero la iniciativa fue exitosa *y* limitada. Como ha mostrado recientemente la historiadora Laura Luciani, algunos de los jóvenes que participaron en esa iniciativa pudieron construir sentidos diferentes a los que se delineaban oficialmente. Algunos de ellos fueron a "las fronteras" más interesados en la experiencia del viaje en sí mismo o del alejamiento transitorio de la supervisión familiar y la integración entre pares que en la demostración de su "ser patriótico".[72] Hallazgos como este abren un resquicio para interrogar en mayor profundidad las respuestas de los jóvenes ante los mandatos que prescribían su integración a una sociedad "ordenada".

Hay vida en las sombras

En una obra pionera y más tarde canónica, el sociólogo Pablo Vila exploró las relaciones entre la juventud y la dictadura vistas a través de los cambios que experimentó la cultura del rock. Vila sostiene que el rock, como cultura y movimiento, ocupó el lugar de las afiliaciones políticas previas mediante su actuación como forma de política asociada a las praxis contraculturales. En este sentido, el rock abrió un espacio de resistencia política y cultural a la dictadura, que posicionó a los jóvenes como actores centrales de nuevas prácticas solidarias y antiautoritarias. La contribución de Vila es invaluable: publicada en la época inmediatamente posterior a la dictadura, suministra una periodización de las relaciones entre la cultura del rock y el régimen militar. También cartografía la diversificación que experimentó esta cultura al incorporar a jóvenes provenientes de distintos entornos políticos y culturales, e identifica "tribus" y estilos emergentes entre los rockeros. Finalmente,

[71] Lvovich, "Marchemos a las fronteras"; Luciani, "Juventud en dictadura", cap. 3.
[72] Luciani, "Juventud en dictadura".

Vila arroja luz sobre las dimensiones políticas de las prácticas contraculturales. No es casual que esta obra haya influido en la mayoría de los ensayos sobre juventud y dictadura.[73] Sin embargo, el trabajo de Vila presenta tres problemas fundamentales. En primer lugar, postula un nítido clivaje entre la militancia política y la cultura rockera de la época anterior a 1976, que permite presentar como novedad la posterior convergencia del rock y la política. En segundo lugar, su andamiaje argumental se apuntala en una cadena que equipara juventud a rock, y ambos a resistencia, obliterando otras respuestas políticas y culturales que pueden haber desarrollado los jóvenes frente a las condiciones autoritarias redobladas a partir de 1976. Por último, Vila pasa por alto los precarios pero persistentes intentos de organizar políticamente a la juventud. Aunque es necesario profundizar el estudio del tema, puede decirse que las relaciones de los jóvenes con las condiciones establecidas por los militares no se subsumieron al movimiento del rock nacional (cuya importancia es innegable), ni se agotaron en la dicotomía entre resistencia y conformidad.

Desde la perspectiva de los militares, el rock —como música y como cultura— ocupó una posición ambivalente, aunque también cambiante. Los aparatos hiperatrofiados de censura que estableció el régimen en aras de controlar la producción cultural no impusieron tantas restricciones a los artistas y discos de rock como, por ejemplo, a los de música folclórica. En 1977, la Secretaría de Inteligencia del Estado creó y distribuyó un informe según el cual la música popular había servido (y seguía sirviendo, a su parecer) como "eficaz herramienta de la guerra psicológica marxista" para "concienciar a amplios sectores de la población, especialmente juvenil". El informe incluía una lista de 25 obras disponibles en las bateas de las disquerías, que se catalogaban como potencialmente subversivas. Solo uno de los álbumes pertenecía al mundo del rock: *Conesa* (1972), del dúo Pedro y Pablo, que se había enmarcado en la vertiente "de protesta".[74] En sintonía con la escasa atención de los censores a la música y los artistas del rock, durante el bienio 1976-1977 (el cenit del terrorismo estatal) fue posible realizar

[73] Vila, "Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil" y "Rock Nacional and Dictatorship"; véase también Pujol, *Rock y dictadura*.

[74] Secretaría de Inteligencia del Estado, "Antecedentes ideológicos de artistas nacionales y extranjeros que desarrollan actividades en la Argentina", mesa "Referencia", carpeta 17740, DIPPBA.

conciertos multitudinarios, como el Luna Park de julio de 1976, cuyo elenco de artistas incluyó a todas las "estrellas" que aún permanecían en el país y atrajo a un público de once mil jóvenes. En agosto, la banda Invisible, de Luis Alberto Spinetta, también convocó a una multitud de trece mil personas en otro concierto del Luna Park.[75] Los medios adeptos al régimen, además, dedicaban abundante espacio a artistas del rock como Spinetta. En una nota titulada "No es Beethoven, pero ya es un clásico", *Gente* perfila al joven escritor y músico como un "buen hijo", aunque Spinetta ya tenía 26 años y se vislumbraba como padre. La nota incluso cita comentarios del artista que lo muestran como un buen consejero de los fans:

> A veces, [cuando] algún chico a la salida de un recital me dice que no puede vivir con sus viejos, yo le digo que se pregunte de quién es la culpa, porque creo que, en último término, somos los jóvenes quienes tenemos que comprender a los mayores y hasta, inclusive, ceder a veces, porque tenemos más posibilidades por delante.[76]

Sin embargo, la construcción de los músicos rockeros como modelos a imitar por la juventud no duró mucho tiempo. A fines de 1977, Spinetta ya tenía canciones prohibidas y había pasado noches en la cárcel, e incluso había artistas como León Gieco que engrosaban el contingente de exiliados. En una suerte de intercambio simbólico, los años más represivos para el rock comenzaron cuando la peor etapa de la represión que diezmaba las filas de los militantes políticos se acercaba a su trágico final.

El crítico bienio 1978-1979 fue transformador, tanto para la gente del rock —músicos, poetas y fans— como para el lugar que ocupaba su movimiento en la escena política y cultural. El representante de la Marina en la primera formación de la Junta Militar, almirante Emilio Eduardo Massera (cuya fuerza tuvo a su cargo el centro clandestino más mortífero: la ESMA o Escuela de Mecánica de la Armada) sentó las bases ideológicas para desencadenar un embate creciente contra la cultura del rock. A fines de 1977, Massera aseveró que los jóvenes

[75] "Luna Park: 11.000 personas, una fiesta", en *Expreso Imaginario*, núm. 1, agosto de 1976, s. p.; "El rock, esa fiebre progresiva", en *Siete Días*, núm. 480, 27 de agosto de 1976, pp. 43-45.

[76] "No es Beethoven, pero ya es un clásico", en *Gente*, núm. 580, 2 de septiembre de 1976, pp. 53-56.

> empiezan a edificar su universo privado, un universo que se superpone con el de los adultos sin la menor intención —al principio— de agredirlo abiertamente.
>
> Es como si se limitaran a esperar con toda paciencia la extinción biológica de una especie extraña e incomprensible, mientras hacen de sí una casta fuerte, se convierten en una sociedad secreta a la vista de todos, celebran sus ritos —la música, la ropa— con total indiferencia, y buscan identificaciones horizontales, despreciando toda relación vertical.

Aunque la primera etapa del rock había sumido a los jóvenes en un "pacifismo abúlico", Massera advertía que esa "neutralidad" podía trocarse en "el estremecimiento de la fe terrorista, derivación previsible de una escalada sensorial".[77] Una vez que la cultura del rock se ubicó en estas coordenadas, los jefes militares dispusieron su vigilancia y su represión, en un reacomodamiento que detonó una nueva andanada de razias en los conciertos e incluyó un monitoreo ideológico y político de los músicos, así como la disolución de casi todas las bandas existentes. En palabras de Vila, la cultura del rock se privatizó: "hibernó" en pequeños grupos de amigos que, mediante prácticas como las de reunirse en casas particulares para intercambiar discos y escuchar música, mantuvieron vivo un espíritu solidario y antiautoritario ligado al "nosotros" que ahora reconstituían.[78] Tanto para los analistas como para quienes integraban el mundo del rock, esas prácticas epitomizaron la función de este género como cultura para "resistir", desde los márgenes, al autoritarismo y la represión cultural. Eduardo, por entonces un chico de familia obrera, cuenta que "comprar un casete era más que una simple compra": el valor agregado de la adquisición se materializaba en los "debates con mis amigos sobre pormenores del rock… en la práctica del debate".[79] En la memoria de Eduardo, el rock fomentaba no solo las aptitudes del debate y la crítica (en contraste con la escuela y la cultura pública), sino también un sentido de comunidad.

Tal como había ocurrido desde el debut del rock en Argentina, la "comunidad" de los rockeros no obstaba a la diversidad de preferencias

77 "El almirante Massera refiriose a la sociedad occidental", en *La Nación*, 26 de noviembre de 1977, p. 22.

78 Vila, "Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil", y Pujol, *Rock y dictadura*.

79 Entrevista con Eduardo C. Véanse también Alabarces, *Entre gatos y violadores*, y Masiello, "La Argentina durante el Proceso".

estéticas y culturales. Los fans y los músicos que protagonizaron la cultura del rock a fines de los años setenta erigieron su comunidad sobre los cimientos de un pasado común. El intercambio de discos era una ocasión para compartir anécdotas sobre las distintas vertientes del rock nacional y crear lazos intergrupales, que afloraron a la superficie, por ejemplo, en 1980, cuando multitudes de jóvenes adolescentes y veinteañeros confluyeron en los conciertos que anunciaban la reunión de dos bandas legendarias: Almendra y Manal (ambas disueltas en 1970). Los agentes de inteligencia llevaron a cabo una investigación sobre el viejo cuarteto de Spinetta antes de autorizar las presentaciones. La policía cordobesa denegó el permiso, alegando que Almendra representaba un peligro para los jóvenes por su fomento de las "drogas" y la "sensualidad", pero sus colegas bonaerenses optaron por autorizar recitales en La Plata y Mar del Plata para alegría de treinta mil espectadores.[80] Muchos de ellos también fueron a los recitales del antiguo archirrival de Almendra: el trío Manal. Según el organizador de los conciertos, Pedro Pujó, los jóvenes aprovecharon la "ventanita abierta a fines de 1979" para insuflar "una fuerza nueva en el rock nacional". Deseosos de revitalizar esta cultura, entonces, los rockeros crearon un espíritu de comunidad en su mirada retrospectiva, dejando de lado "viejas disputas sin sentido".[81] La "ventanita" también permitió la formación de nuevas bandas, con la consiguiente proliferación de escenarios y oportunidades para tocar en 1978 y 1979. Estas experiencias marginales, además, allanaron el camino para el nacimiento de bandas que más tarde se volverían legendarias (como Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota) y para la oportunidad de apreciar novedades, como el punk, el *ska* y el *reggae*. Asimismo, fomentaron debates sobre la oposición entre lo "comercial" y lo "alternativo", la clásica dicotomía de las prácticas contraculturales articuladas en torno al rock.[82]

Las prácticas abiertamente contraculturales ligadas a la cultura del rock tenían su gran foro: *Expreso Imaginario*, una revista mensual creada en agosto de 1976 por el poeta Pipo Lernoud y el periodista Jorge Pistocchi, que desempeñó un papel determinante en la construcción de un

80 "Antecedentes 'Almendra'", mesa Ds., factor Varios, carpeta 15321, DIPPBA.
81 Entrevista con Pedro Pujó.
82 Véanse crónicas periodísticas en Ramos y Lebjowicz, *Corazones en llamas*, y Guerrero, *La historia del palo*.

"nosotros" contracultural. Como han señalado otros investigadores, este mensuario con excelente edición y abundantes ilustraciones sorteó la censura mediante la ingeniosa estrategia de evitar referencias a la política y la sexualidad. Las posturas críticas se expresaban tácitamente: por ejemplo, no hay una sola mención del Mundial 78, un evento que apasionó a innumerables argentinos.[83] Esta revista, política a su manera, ya había acumulado por entonces quince mil lectores, que tal vez no la compraban solo por las notas sobre rock, sino además para leer la "Guía Práctica para Habitar el Planeta Tierra", con sus enseñanzas de macrobiótica y yoga como sendas alternativas a un "sistema" que los lectores consideraban opresivo para el cuerpo y la psiquis. "Alternativo/a" era el término apto para calificar todas las otras prácticas que impulsaba la revista, desde la vida en comunidad y el periodismo independiente hasta el turismo ecológico.[84] La dicotomía entre lo "alternativo" y el "sistema" adquiría especial visibilidad en la sección del correo. En su excelente análisis, Vila sugiere que esas páginas inspiraron en los jóvenes lectores el deseo de formar una comunidad, aunque solo fuera virtual. Como Eduardo y sus amigos, que ejercitaban las aptitudes del debate y la crítica en sus interminables conversaciones sobre música, el correo de *Expreso Imaginario* era un foro donde los lectores podían definir el mundo ideal para el "nosotros" que había cobrado existencia gracias a las interacciones de esa sección. Los autores de las cartas anhelaban un mundo "auténtico", libre de jerarquías y desigualdades. Por ejemplo, en contraste con las etapas anteriores de la cultura rockera, las mujeres participaban como integrantes por derecho propio e incluso criticaban abiertamente el machismo de sus pares varones.[85] Por encima de todo, las chicas y los chicos que leían *Expreso Imaginario* delineaban su pertenencia a un mundo "auténtico" y rechazaban el autoritarismo del "sistema" que se encarnaba en la figura del "careta".

[83] Benedetti y Graziano, *Estación imposible*; Vila, "Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil".

[84] "Testimonios desde El Bolsón", en *Expreso Imaginario*, núm. 12, julio de 1977, pp. 18 y 19; Gloria Guerrero, "Revistas subterráneas", en *Expreso Imaginario*, núm. 14, septiembre de 1977, pp. 20 y 21; Roberto Pettinato, "Artesanos", en *Expreso Imaginario*, núm. 21, abril de 1978, p. 16; "Viajando por América", en *Expreso Imaginario*, núm. 31, febrero de 1979, p. 12.

[85] Véanse, por ejemplo, "Correo de lectores", en *Expreso Imaginario*, núm. 11, junio de 1977, p. 3; núm. 14, septiembre de 1977, pp. 3 y 4; núm. 15, octubre de 1977, p. 3; núm. 16, noviembre de 1977, pp. 3 y 4.

Los jóvenes adeptos a la cultura del rock introdujeron en su léxico el término "careta" a fines de los años setenta, para referirse peyorativamente a la mayoría de sus pares generacionales, a quienes tachaban de conformistas, frívolos y obedientes al "sistema". En 1978, cuando se estrenó la película *Fiebre de sábado por la noche* (John Badham, 1977), "careta" era la palabra justa para describir al Tony Manero de John Travolta: un trabajador sumiso y responsable durante los días hábiles, cuya identidad salía a la luz el fin de semana a través de la ropa, el estilo de baile y el consumo. En la reseña crítica del largometraje, Pipo Lernoud describió la "fiebre del sábado a la noche" como una "contagiosa temperatura de entorpecimiento cerebral balanceándose al ritmo del consumo moderno". Para Lernoud, el personaje de Tony Manero se ubicaba en el polo opuesto a la cultura de *Expreso Imaginario:* era el arquetipo de una "generación materialista, nada más".[86] Valiéndose de metáforas que resonaban en las culturas del rock mundial, Lernoud —en indudable sintonía con muchos lectores de la revista— negaba la existencia de un "nosotros" que abarcara a una generación entera, porque un segmento "materialista" se había "vendido" a un sistema que en Argentina se teñía inevitablemente de connotaciones políticas. Desde este punto de vista, la figura del joven superficial —el "careta"— adquiría nuevos sentidos. Marcela, por entonces estudiante de Derecho en la UBA, recuerda que su facultad estaba "llena de caretas".

> Los "caretas" —me respondió Marcela cuando le pregunté qué significaba para ella ese término— eran tipos que solo se interesaban por cosas insignificantes y que jamás en la vida cuestionaban algo. No les importaba nada, ni los contenidos de las materias, ni las arbitrariedades de la facultad, ni la política: eran el producto de la ideología que predicaba el "no te metás".[87]

El "careta" representaba la sumisión al "sistema", actitud que en la Argentina de aquella época implicaba cierto grado de tolerancia o complicidad tácita con la represión que se había hecho carne en los militares.

Asimismo, la figura del "careta" era algo más que el epítome de la superficialidad cultural: para los jóvenes politizados, también era un

[86] Pipo Lernoud, "Los afiebrados robots del sábado por la noche", en *Expreso Imaginario*, núm. 26, septiembre de 1978, pp. 6 y 7.

[87] Entrevista con Marcela M.

compendio de los obstáculos que se interponían en la tarea de organizar a sus pares generacionales. Ya en los años ochenta, algunos estudiantes secundarios y universitarios de Buenos Aires, Rosario y Córdoba seguramente tuvieron la oportunidad de leer el periódico mimeografiado *Jotapé* (el clásico acrónimo de la JP). En el albor de los años setenta, este movimiento no había llevado a cabo un análisis explícito de lo que entendía por "juventud", porque la conceptualizaba como un colectivo homogéneo. En el ocaso de la década, los militantes que escribían *Jotapé* sintieron la necesidad de hacerlo. Como sus colegas de *Expreso Imaginario*, los redactores de *Jotapé* trazaban un clivaje, que en este caso dividía a la juventud entre el sector "revolucionario" y el sector "Pitman", formado por "miles de caretas". Pitman era una conocida cadena de academias que ofrecía carreras breves para aspirantes a empleos de oficina. Los jóvenes "Pitman", receptores de una educación mediocre que prometía el éxito material, habían internalizado "lo que los militares quieren de nosotros —evaluaba una redactora de *Jotapé*—: sumisión e individualismo".[88] La autora de la nota confiaba en la capacidad de los revolucionarios para ayudar a sus pares a superar la actitud de "pasividad y conformidad", pero hoy algunos de los que por entonces eran jóvenes militantes dan fe de la tremenda dificultad que entrañaba la tarea. Marcelo, por ejemplo, se incorporó al equipo de *Jotapé* a su regreso del exilio en México. También trabajaba con un grupo más reducido para hacer *Kosmos*, un fanzine cultural que circulaba en parques y plazas a través de canales alternativos. Con la memoria fresca de la experiencia que había vivido como militante de la UES antes de exiliarse, Marcelo "no podía creer que en tan poco tiempo el régimen hubiera creado una juventud muy lobotomizada". Hoy recuerda con nitidez los escollos de la actividad política que llevaba a cabo con los jóvenes peronistas para "resucitar el movimiento juvenil" en el contexto de apertura iniciado durante el mandato del general Roberto Viola (marzo a diciembre de 1981), sin advertir que otras fuerzas políticas habían continuado en actividad durante la mayor parte de la dictadura.[89]

Con resultados desiguales, algunas agrupaciones políticas aprovecharon su estatus semilegal para emprender intentos de organizar a los

[88] Carolina Serrano, "Dos modelos de juventud", en *Jotapé*, núm. 2, *c.* mayo de 1980, s. p.

[89] Entrevista con Marcelo Shapces, núm. 0245, archivo Memoria Abierta.

jóvenes. A diferencia de la casi desmantelada Juventud Peronista (cuyos militantes eran mayoría entre quienes habían padecido el trágico destino de la "desaparición"), los miembros de Franja Morada (juventud de la Unión Cívica Radical, UCR) y de "la Fede" (Federación Juvenil Comunista, FJC) se mantuvieron en actividad.[90] La posición inicial del Partido Comunista (PC) había sido favorable al golpe de Estado, porque sus dirigentes consideraban que los ejecutores de la maniobra pertenecían a "los sectores más democráticos de las Fuerzas Armadas". En consecuencia, el partido intentó promover un diálogo entre los jóvenes militares y comunistas a través del semanario *Vamos*. En su mirada retrospectiva, un historiador de la FJC califica el proyecto de vergonzante, y no cabe duda de que así fue: mientras el Ejército llevaba la voz cantante en el terrorismo de Estado, *Vamos* publicaba un reportaje de cinco páginas a un asesor de Videla, quien aseguraba que el gobierno favorecía a los jóvenes y preparaba el terreno para el advenimiento de "una nueva generación, verdaderamente democrática".[91] Los esfuerzos del PC por cortejar a los militares no impidieron, sin embargo, que sus militantes de base también fueran víctimas de la persecución. En el clima de temor generalizado —informaba Patricio Echegaray, dirigente de los estudiantes secundarios comunistas— la rama juvenil había cesado de incorporar nuevos miembros en agosto de 1976. La situación recién comenzó a revertirse a principios de 1978, cuando la FJC impulsó la creación de comisiones escolares en algunos establecimientos secundarios de Buenos Aires y Rosario para debatir con las autoridades la selección de manuales que eran "demasiado caros" y organizar campeonatos deportivos intercolegiales.[92] En pleno funcionamiento al despuntar la década de 1980, las actividades de las comisiones escolares eran las únicas posibilidades de reunión para los estudiantes interesados. Un exalumno bonaerense recordaba que esos campeonatos de fútbol "eran ocasiones para encontrarse y

[90] También fue el caso de los miembros juveniles de otros partidos que, a pesar de ser ilegalizados en 1976, continuaron la actividad semiclandestina, como sucedió con el Partido Socialista de los Trabajadores (PST); véase Osuna, *De la "Revolución socialista" a la "Revolución democrática"*.

[91] "Una respuesta del Ejército a las inquietudes juveniles", en *Vamos*, núm. 10, 24 de septiembre de 1976, pp. 17-21. Sobre esta experiencia "vergonzante", véase Isidoro Gilbert, *La Fede*, pp. 611-625, y sobre la historia del Partido Comunista en el período, Casola, *El PC argentino y la dictadura militar*.

[92] "Comisión Nacional Secundaria, Circular Nacional, 9 de agosto de 1976" y "Reunión General Secundarios, 1978", colección Patricio Echegaray, PCA.

también enterarse de otras cosas", e incluso obtener "información sobre reuniones políticas más reservadas".[93]

Jóvenes politizados, rockeros y "caretas": todos confluyeron en el clima de movilización que detonó la guerra de Malvinas entre abril y junio de 1982. Tanto los académicos como otros observadores interesados analizan desde hace tiempo las razones que impulsaron al régimen —la tercera formación de la Junta, encabezada por el general Leopoldo Fortunato Galtieri— a declarar la guerra para recuperar la soberanía sobre las islas. La mayoría de los estudiosos cree que los militares, acorralados entre las denuncias que presentaban los organismos de derechos humanos en el extranjero, por un lado, y los dilemas económicos y políticos que corroían su legitimidad en el país, por el otro, trataron de restablecer el equilibrio demostrándose capaces de hacer lo que hacen los militares (la guerra), apostando a la chance de ganarse el apoyo popular para una causa que hacía tiempo despertaba fervor patriótico. Apenas los medios difundieron la noticia de la invasión, el gobierno de facto recibió demostraciones de apoyo de todo el espectro político y, tal vez por primera y única vez, la mayor parte de la población se mostró dispuesta a participar en una empresa semejante.[94] Los jóvenes, en especial los varones, volvieron a ocupar el centro de la escena pública. Promediando el mes de abril, mientras una organización de derechos humanos denunciaba públicamente que al menos 120 jóvenes habían desaparecido mientras hacían la conscripción entre 1976 y 1981, los militares reclutaban a 9.500 conscriptos para el frente de batalla. Muchos de esos adolescentes de 18 años, por muy diversos que fueran sus acervos culturales y políticos, aceptaron con orgullo patriótico la misión que se les asignaba... al menos hasta que llegaron a las islas, donde debieron ponerse al servicio de oficiales que acaparaban los escasos pertrechos y participar en una guerra que les auguraba una derrota casi segura.[95]

En la cultura pública de esos intensos meses, los conscriptos eran retratados apenas como los precursores de una juventud resuelta a defender la patria. El régimen y los medios dominantes remozaron las repre-

[93] Véase el testimonio en Berguier, Hecker y Schifrin, *Estudiantes secundarios: sociedad y política*, pp. 80 y 81.

[94] Lorenz, *Las guerras por Malvinas;* Novaro y Palermo, *La dictadura militar (1976-1983)*, pp. 435-444.

[95] Centro de Estudios Legales y Sociales, *Conscriptos detenidos-desaparecidos*; Lorenz, *Las guerras por Malvinas*.

sentaciones de la juventud, una categoría asociada a nociones tradicionales de abnegación, idealismo y patriotismo. Estos actores proyectaron en los jóvenes de los años ochenta la supuesta evidencia de su éxito en la tarea de formar una nueva generación patriota que respetaba las jerarquías y la autoridad, un resultado que parecía confirmarse también en otras iniciativas. Durante la guerra, los empresarios y artistas del rock combinaron sus esfuerzos para organizar el Festival de la Solidaridad Latinoamericana. Cuidándose de evitar toda asociación directa con el gobierno de facto, los rockeros colaboraron a su modo con la "campaña bélica" mediante una demostración de solidaridad con los conscriptos. Como la mayor parte de la ciudadanía argentina, los rockeros del escenario y del público se encontraron en la situación contradictoria de corear consignas contra los ingleses a la vez que abogaban por la paz. Sin embargo, cuando los medios oficialistas ya no pudieron seguir ocultando el desastre de las sucesivas derrotas, ese pacifismo viró en oposición a la dictadura. La misma coyuntura que el régimen había utilizado para depositar en los jóvenes la tarea de "salvar" a la patria fue la que acabó con sus sueños de eternizarse en el poder. A falta de proezas en el frente de batalla, los militares fracasaron estrepitosamente en el intento de recuperar su popularidad. Pero no fueron los jefes uniformados quienes pagaron el precio de la intentona: de los 800 caídos en la guerra de Malvinas, 650 eran conscriptos de 18 años.[96]

* * *

En uno de sus análisis más intuitivos, el politólogo Guillermo O'Donnell sostiene que la última dictadura militar argentina funcionó a la par de "una sociedad que se patrulló a sí misma". O'Donnell postula que la concepción autoritaria de la autoridad no era privativa del Estado: dispersos en "microcontextos", los ciudadanos que ocupaban posiciones de mando en todos los niveles de la vida social (familias, escuelas, hospitales) fueron convocados a aportar su grano de arena en la tarea de restaurar las jerarquías y la disciplina. Gestado al calor de la democracia incipiente, el ensayo de O'Donnell invita a reflexionar sobre el papel de múltiples y diversos actores que recibieron con beneplácito —e incluso

[96] Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, p. 198; véase una crónica detallada del festival de rock en Pujol, *Rock y dictadura*, pp. 208-222.

aprovecharon en su beneficio— un contexto u ordenamiento "macro" que los habilitaba para dar rienda suelta a las más crudas expresiones de autoritarismo.[97] Es un ensayo provocador, sin duda, pero deja intacta una dimensión interpretativa de importancia clave: ese proyecto no comenzó en 1976 ni se desarrolló en un vacío histórico.

Mediante el análisis del papel discursivo y político que desempeñó la juventud en el proyecto orientado a "restaurar la autoridad", el presente capítulo apunta a demostrar que esa etapa, en sentido estricto, comenzó antes del golpe militar. Ya en 1974, destacados representantes de vertientes conservadoras ligadas a la Iglesia católica y el peronismo de derecha accedieron a altos cargos en organismos decisores y se valieron de mecanismos "legales" para restringir el activismo político, la sociabilidad y la sexualidad de los jóvenes. Estas iniciativas fueron recibidas con beneplácito, no solo por amplios segmentos de los medios masivos, sino también por sectores crecientes de ciudadanos argentinos que reclamaban la instauración del "orden" en todas las esferas de la vida social. Tal como los grupos vecinales que habían enviado cartas al Ministerio del Interior desde Buenos Aires y Comodoro Rivadavia, casi todos estos actores veían a los jóvenes como portadores de múltiples desórdenes: proyectaban en ellos su condena a la modernización sociocultural de los años sesenta, cuyas dinámicas habían desbaratado las costumbres, los valores y las jerarquías tradicionales. Los militares representaron su plan como el más apto para poner fin a las supuestas fuentes del caos. En este sentido, tanto ellos como sus colaboradores en la tarea de "restaurar la autoridad" entablaron un diálogo con el pasado inmediato, a la vez que tendían un puente hacia una época idealizada cuya temporalidad se situaba en las primeras décadas del siglo XX, cuando, desde su punto de vista, "las cosas estaban en su lugar".

La instauración de este proyecto reaccionario y cultor del pasado se apuntaló sobre la *pax* de los centros clandestinos, que permeó la sociedad en general y las filas de los jóvenes en particular. El miedo, la desmovilización política y las restricciones culturales trazaron las coordenadas para la tarea de socializar a una nueva generación, supuestamente ajena a las ideas y prácticas "subversivas" del pasado. Sin embargo, ni las rupturas históricas resultaron tan sencillas ni fue posible llevar a término el proyecto de "restaurar la autoridad", pese a su dispersión y

[97] O'Donnell, "Democracia en la Argentina", pp. 16-19.

su aceptación en los niveles "micro" y "macro". Mientras algunos grupos políticos seguían actuando en ámbitos estudiantiles, dentro de sus limitadas posibilidades, los jóvenes atraídos por el rock y otras prácticas contraculturales bregaban por crear un espíritu comunitario basado en un pasado común que no se inscribía en el clivaje posterior a 1976. El pasado libertario y revolucionario de los años sesenta y principios de los setenta era demasiado cercano para permitir una ruptura definitiva. No obstante, también es cierto que los militares pusieron todo su empeño y, en algunos aspectos, lograron en gran medida lo que se proponían. La educación, por ejemplo, nunca recuperó el lustre socialmente democratizador que había irradiado hasta los años sesenta. La militancia política como praxis ligada a la juventud y el cambio, además, perdió para siempre sus sentidos utópicos, apagados con la vida de miles de cuerpos (jóvenes).

CONCLUSIÓN

Poco después del golpe militar de 1976, diversas organizaciones del país y del extranjero se pusieron en campaña para denunciar a la Junta Militar por violaciones masivas de los derechos humanos: el terrorismo de Estado ya se había abatido sobre miles de personas con su maquinaria de secuestros, torturas y desapariciones. Tanto Amnistía Internacional y la Comisión Argentina de Derechos Humanos —desde el extranjero— como la Liga Argentina por los Derechos Humanos y las incipientes Madres de Plaza de Mayo —desde el país— confeccionaron registros de personas desaparecidas. Las listas se organizaban sobre la base de criterios ocupacionales (abogados o estudiantes universitarios desaparecidos, por ejemplo) y datos demográficos, e incluso había un registro de "adolescentes desaparecidos". No solo en los años de la dictadura sino también apenas reinstaurada la democracia en 1983, las organizaciones de derechos humanos desplazaron a un lugar secundario los compromisos políticos de las víctimas para hacer hincapié en otros aspectos de sus biografías.[1] La apelación a indicadores etarios —sobre todo los referidos a la juventud y la adolescencia— movilizó un plano simbólico dominado por nociones de inocencia, idealismo y virtud.

En la estela de la dictadura, el imaginario en torno a la "víctima joven" galvanizó la atención pública. Un ejemplo clave fue el impacto arrasador de la película *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1985), que narra la "verdadera historia" de los chicos y chicas platenses, todos ellos estudiantes secundarios y en su mayoría miembros de una agrupación juvenil peronista, que fueron secuestrados de sus respectivos hogares durante la noche del 16 de septiembre de 1976. La película y los dos textos en los que abreva su guion (un capítulo del *Nunca Más* —el informe confeccionado por la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, CONADEP— y un ensayo periodístico homónimo de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez) desdibujan la dimensión política de estas vidas breves y de la muerte que las truncó en la adolescencia, tal vez en

[1] Crenzel, "La víctima inocente", pp. 65-83.

aras de incitar a un tipo particular de indignación pública. Dado que *La noche de los lápices* representaba la acción de un régimen letal que salía de la nada para asesinar adolescentes idealistas, los espectadores podían horrorizarse con la conciencia tranquila: ellos no habían tenido "nada que ver" con lo que veían en la pantalla. Pero el régimen militar no salió de la nada, sino que acató e intensificó una extendida demanda de "orden" que tal vez muchos de esos espectadores habían compartido en 1976.[2] Aunque el tropo estratégico de la "víctima joven" siguió impregnando las crónicas y las memorias durante los años noventa (mediante la narración romantizada de la "juventud idealista"), su construcción fue ante todo un producto de los ochenta, tanto en la cultura pública como en el activismo de los derechos humanos.[3] Si bien logró el cometido de sensibilizar a la población frente a los crímenes dictatoriales, este procedimiento no ayudó demasiado a captar en toda su magnitud las dimensiones históricas del terrorismo de Estado, cuyas principales víctimas se definían menos por su —indudablemente corta— edad que por su compromiso con la política revolucionaria.

Por otra parte, también es cierto que el último régimen militar marcó el punto final de una era que había colocado en el centro de la escena a la juventud como categoría asociada al cambio y a los jóvenes como sus actores protagónicos. Aquí me gustaría volver al momento en el que la juventud comenzó a aparecer en los foros públicos como dispositivo crucial para la configuración del debate sobre el alcance, los límites y los atributos de la modernización sociocultural en Argentina. La juventud como categoría adquirió importancia junto con la percepción colectiva de que la Argentina posperonista atravesaba una coyuntura crítica marcada por rápidos cambios políticos, sociales y culturales: una época de inestabilidad generalizada para las instituciones, los valores y las normas, que los sociólogos y los medios, entre otros observadores, compendiaron en la frase "crisis de nuestro tiempo". En ese contexto, innumerables actores (ligas católicas, profesionales de la psicología, docentes y medios de comunicación) manipularon la categoría de "la juventud" que ellos mismos contribuían a forjar. Una de las posiciones, intensificada en las voces de las ligas católicas, veía en la juventud el epítome de los

[2] Raggio, "La construcción de un relato emblemático de la represión".

[3] Sobre los usos de la figura de la "víctima joven", véanse Vezzetti, *Pasado y presente*, pp. 207-216, y Sarlo, "Cuando la política era joven".

desórdenes que implicaba la "crisis" en calidad de embate contra la autoridad patriarcal; para otras voces, dominantes en la esfera pública, la juventud albergaba un potencial capaz de erradicar el autoritarismo de la familia, de la cultura y —en última instancia— también de la política. De acuerdo con los profesionales de la psicología, los jóvenes que vivían su "crisis biológica" individual en tiempos de crisis social y cultural contribuirían a eliminar las formas más severas del patriarcado, junto con otros "atavismos" y tabúes. La categoría de la juventud era una clave para la discusión sobre el futuro, dominada por una actitud paradójica de temor y anhelo en relación con el cambio.

¿Cómo interactuaron los jóvenes con el "cambio" que ellos, o la categoría de la que formaban parte, simbolizaban en la imaginación pública? La estrategia de reconstruir las experiencias cotidianas de los jóvenes (varones y —sobre todo— mujeres) observando los diferentes ámbitos donde estas transcurrían (familias, escuelas, lugares de esparcimiento, grupos culturales y políticos), y también observándolas a través del prisma del género, permite iluminar el carácter fuertemente contencioso del cambio sociocultural. Esta percepción complica el relato habitual de las evaluaciones académicas sobre la Argentina de los años sesenta, que postula una "sociedad deseosa de cambio", a contrapelo de "los bloqueos autoritarios impuestos desde arriba". De ahí que valga la pena recordar el pánico moral que estalló en torno a las chicas "fugitivas" a principios de aquella década. Con exacerbado dramatismo, ese pánico puso en evidencia un fenómeno clave: la encarnación más plena y el molde más decisivo de la modernización sociocultural fueron las mujeres jóvenes. Ellas impugnaron ideas prevalentes sobre la domesticidad y desestabilizaron nociones arraigadas de la autoridad patriarcal por medio de sus prácticas, en la medida en que alargaron su permanencia en el sistema educativo, se incorporaron plenamente al mercado de trabajo, ayudaron a forjar actividades de esparcimiento netamente juvenil y se atrevieron a experimentar nuevas convenciones de cortejo. El pánico moral que estalló en torno al caso Penjerek en 1963 fue un producto de las tensiones que las nuevas expectativas y experiencias de las jóvenes habían generado en la cotidianeidad del entorno familiar y cultural (en otras palabras, no se originó en un "bloqueo" impuesto desde arriba). Tanto ese pánico como las subsiguientes "campañas de moralidad" sirvieron como ocasiones en las que un amplio abanico de actores (ligas católicas, por supuesto, pero también una miríada de políticos,

productores culturales y padres "independientes") intentó disciplinar a los jóvenes de ambos sexos restringiendo su conquista gradual de la autonomía, a fin de recuperar lo que dichos actores percibían como la pérdida de su autoridad.

El pánico moral de los incipientes años sesenta también sirvió —sin querer— para catapultar los debates sobre la sexualidad juvenil hacia el centro de la escena, en un movimiento que visibilizó prácticas y actitudes emergentes. Las cohortes de mujeres que alcanzaron la mayoría de edad en los años sesenta fueron las primeras en hacer cada vez más pública su aprobación del sexo prematrimonial, aunque —como muchos hombres jóvenes— se valieron de un discurso que ligaba el sexo al amor y la responsabilidad, de modo tal que la novedad enunciada era "moderna" y prudente a la vez. En muchos sentidos, los chicos y las chicas que ingresaron en la categoría de la juventud entre fines de la década de 1960 y principios de la de 1970 se afirmaron sobre los efectos de esos desafíos previos a las pautas familiares y sexuales establecidas, para llevarlos aún más lejos. Tal como sugiere el debate sobre la extinción de la "piba de barrio", las chicas de clase media y obrera de los incipientes años setenta ya no estaban sometidas al mismo grado de control parental que habían padecido sus antecesoras, aunque (como recuerdan muchas mujeres que por entonces eran militantes políticas) tampoco gozaban de tanta libertad como sus compañeros varones. Asimismo, el sexo prematrimonial se había normalizado en gran medida en la cultura pública. Entre los jóvenes de los estratos medios y obreros se difundió un nuevo acuerdo compartido: la escisión entre la sexualidad y el matrimonio o la boda en ciernes. Este cambio implicó una relocalización de las pautas que regían la legitimidad de las relaciones heterosexuales, que a su vez puso en marcha una conversación sobre la igualdad sexual y la mayor o menor persistencia de un doble estándar. Los grupos emergentes de feministas y homosexuales fueron los más contundentes en denunciar esa persistencia, así como el desarrollo de una "moral de remplazo" que solo había conseguido dotar al patriarcado y la dominación masculina de una apariencia atractiva y cierto encanto "sexy". Estos grupos —integrantes del colectivo que abogaba por la "revolución", que en su caso era una revolución contra la mercantilización del sexo— comenzaron a ser silenciados en 1974, cuando se puso en marcha el proyecto sistemático en aras de "restaurar la autoridad". Este proyecto restaurador —salvo por la restricción del acceso a los anticonceptivos, en el marco de una

política sexual conservadora cuyos resultados fueron desparejos— no logró devolver a su viejo cauce la normatividad sexual: en este terreno, los tiempos habían cambiado sin posibilidad de retorno.

Pero el cambio de mayor envergadura que llegó con el último tramo de los años sesenta fue la expresión de una cultura contestataria estridente, iconoclasta y multifacética, encarnada en innumerables chicos y chicas jóvenes que cuestionaron distintas dimensiones de las dinámicas de modernización sociocultural. Una de sus avenidas fue la cultura del rock. A diferencia de las afrentas a la autoridad patriarcal y la domesticidad que las chicas adolescentes y jóvenes habían generado con sus nuevas prácticas desde fines de los años cincuenta, los varones de clase media y obrera que abrazaron la cultura del rock cuestionaron e impugnaron abiertamente la construcción hegemónica de la masculinidad. La política cultural de los rockeros giró casi exclusivamente en torno a la crítica de las instituciones, los lugares y los valores que puntuaban la dinámica impuesta a los varones para cumplir con el mandato de "hacerse hombres" en la Argentina de los años sesenta, cuyo propósito era inculcar la sobriedad, la responsabilidad, el respeto a las jerarquías y el consumismo. El cuestionamiento de los rockeros era eminentemente práctico, plasmado en las estéticas corporales y las acciones cotidianas, a través de las cuales estos jóvenes crearon una fraternidad homosocial de varones pelilargos. La irrupción de la novedosa fraternidad en la escena pública desencadenó una intensa reacción homofóbica que condicionó la ideología y la cosmovisión de género en la cultura del rock. Por un lado, el acoso civil y la persecución policial consolidaron el antiautoritarismo como elemento clave de la ideología rockera. Por el otro, la constante amenaza represiva que se cernía sobre las prácticas culturales del rock reforzó su conceptualización como territorio exclusivo para hombres e impropio para las mujeres, incluso para las que aceptaran los riesgos. La exclusión de las jóvenes también se intensificó en gran medida por la acción de una fuerte veta misógina que atravesaba toda la cultura del rock, tal vez como mecanismo de los varones rockeros para afirmar simbólicamente su masculinidad y a la vez contrarrestar el "chantaje" de la caracterización homosexual. Sin embargo, fue en las contraculturas ligadas al rock donde algunos jóvenes, hombres y mujeres, adoptaron versiones radicales de la igualdad entre los géneros. Estas experiencias novedosas, de escasa convocatoria e impacto cultural limitado, representaron una impugnación visible de las expectativas

modernizadoras, en la medida en que pulieron las ideas anticonsumistas y antiautoritarias que insuflaban el rock como política de rebelión cultural que no había superado el sesgo de género.

La cultura del rock fue apenas una vertiente más de la cultura contestataria juvenil que floreció entre fines de los años sesenta y principios de los setenta. Aunque existía una amplia zona gris de intersección, la cultura rockera y la política revolucionaria se mantuvieron como dos constelaciones separadas de discursos y prácticas que interpelaban a los jóvenes. Sin embargo, la mirada retrospectiva que contempla ese pasado como "la era de la juventud" puede establecer nexos entre estas dos vertientes de la cultura contestataria que hizo oír la voz de los jóvenes en la escena pública. En primer lugar, ambas contribuyeron a reformular la categoría de la juventud en la cultura pública, asociándola cada vez más al cambio radical y la rebelión cultural. En segundo lugar, ambas adoptaron el mismo léxico contestatario, aunque cada una elaboró significados propios para las palabras clave de ese léxico: "liberación" y "revolución". La propagación de esos dos términos entre los jóvenes argentinos de ambos sexos marcó la expansión del subconjunto "propiamente político" de la cultura contestataria juvenil. Los jóvenes que constituyeron la base de la "nueva izquierda" argentina en el albor de los años setenta no asignaban un significado político a la política cultural de los rockeros, ni tomaban en serio sus demandas de erradicar formas internalizadas del autoritarismo, aun cuando disfrutaran de las prácticas culturales ligadas al rock. Aunque desde la perspectiva actual podamos integrar esas vertientes en el conjunto de una "nueva izquierda", como propone el historiador Eric Zolov con respecto al México de los años sesenta, el caso argentino evidencia que los coetáneos trazaban una clara línea divisoria entre la rebelión cultural del rock y otras contraculturas, por un lado, y la visión del cambio sociopolítico radical que impregnaba a la militancia revolucionaria, por el otro.[4]

Las cohortes de jóvenes que se comprometieron en cantidades masivas con la política revolucionaria trajeron consigo dos novedades que consolidaron la sustancia "nueva" de la nueva izquierda: la certeza de que Argentina formaba parte del Tercer Mundo y la voluntad de "poner el cuerpo" a fin de acelerar los tiempos políticos de una revolución que muchos consideraban inminente. La asociación del país al Tercer Mundo

[4] Zolov, "Expanding our Conceptual Horizons".

entrañaba un cuestionamiento práctico e ideológico de los relatos sobre la modernización, en especial la semblanza de Argentina como una nación que atravesaba un proceso homogeneizador, democratizador y auspicioso de progreso social. Hijos de la modernización, la mayoría de los jóvenes en vías de abrazar la militancia revolucionaria impugnaba ese relato haciendo hincapié en ciertos indicadores que confirmaban la pertenencia de Argentina al Tercer Mundo, como la persistente y extrema opresión social, las desigualdades regionales y sociales o la dependencia económica y cultural del país. Ese proyecto se apuntalaba en el contacto directo con los indicadores geográficos (comprobados de primera mano por los jóvenes que viajaban al Noroeste del país) y en novedosos consumos culturales que abarcaban desde lecturas y preferencias musicales hasta tendencias de la moda. Los contactos con esas prácticas culturales, pero más aún con esas geografías y sus habitantes, se enmarcaron en una nueva cosmovisión emocional dominada por sentimientos intensos —como la indignación y el odio—, que inspiraron en muchos jóvenes la apremiante decisión de "actuar". En el transcurso de estos desplazamientos culturales y literales, los jóvenes de ambos sexos en proceso de politización, que en general eran estudiantes secundarios y universitarios, se esforzaron por borrar los indicadores de su juventud y de su condición estudiantil en aras de fusionarse con el "pueblo". Aunque los jóvenes argentinos replicaban acontecimientos similares que ocurrían en todo el mundo, los que protagonizaron el mayo de 1969, por ejemplo, insistían en diferenciarse de sus pares europeos, porque los consideraban políticamente egocéntricos y, en última instancia, ingenuos. Esta cosmovisión nos recuerda que los acontecimientos, las interpretaciones y las acciones de la contracultura internacional —incluso en una de las coyunturas más trasnacionales del siglo XX ("1968")— se cifraron en categorías y preocupaciones nacionales o regionales.[5] El mayo argentino fue el punto de partida para la escalada de la politización juvenil, en el marco de un profundo descontento con el autoritarismo político y la modernización social. Desde la perspectiva de los jóvenes en vías de politización, esa coyuntura señaló que había llegado la hora de preparar el cuerpo para ponerlo al servicio de un proyecto revolucionario a fin de acelerar los tiempos políticos y apresurar la marcha hacia la "liberación" nacional y social.

[5] Suri, "The Rise and Fall of an International Counterculture, 1960-1975".

Como fuerza política, el peronismo fue el movimiento que más contenidos sembró y más frutos cosechó en aquella era de masiva politización juvenil. Fue en dicho movimiento donde la juventud pudo encuadrarse políticamente con mayor contundencia y legitimidad y donde buscaron tender un puente hacia la "integración con el pueblo". Como categoría política, el peronismo reflejó a las crecientes huestes de jóvenes radicalizados que se sumaron en masa a las filas de sus organizaciones juveniles por vía de la identificación con Montoneros. En la novela familiar del peronismo, que comenzó cuando Juan Domingo Perón regresó definitivamente al país a mediados de 1973, la enunciación de un lenguaje generacional posicionó a los sectores revolucionarios como "juventud" (cualesquiera fueran las edades de sus integrantes). Hacia 1974, cuando se produjo el desenlace de esa novela familiar, no solo los sectores revolucionarios (fueran peronistas o no, fueran juveniles o no), sino los jóvenes en general, sufrieron las consecuencias del proyecto que impulsaron los sectores de la derecha peronista (los "viejos", como se los conocía) con miras a "restaurar la autoridad". La promulgación de leyes sobre anticonceptivos y "estupefacientes", así como las restricciones impuestas al activismo político en escuelas y universidades, apuntaron a construir la figura de un "enemigo interno" que tenía un rostro joven y conjugaba ideas de desorden sexual, cultural y político.

De diversas maneras, todos los capítulos precedentes demuestran que, entre mediados de siglo y mediados de los setenta, la juventud como categoría y los jóvenes como actores ocuparon el centro de los debates —y los cuestionamientos— relacionados con las maneras de concebir, forjar y hacer valer las relaciones de autoridad en los ámbitos de la familia, la cultura y la política. Todas las nociones establecidas de la autoridad y las jerarquías —entre padres e hijos, entre mujeres y hombres, entre maestros y alumnos, entre alta cultura y cultura popular, entre el Estado y sus ciudadanos (jóvenes), entre el cuerpo y la "mente/espíritu"— cayeron en tela de juicio, a veces al mismo tiempo. La juventud ofrece una ventana para observar esos cuestionamientos y evaluar sus efectos multifacéticos en la sociedad y la cultura del país. A lo largo de ambas décadas, la juventud fue un significante del cambio, mientras las cohortes de mujeres y hombres que ocupaban sucesivamente esa categoría experimentaban y forjaban cambios culturales, sexuales y políticos. Fueron las últimas cohortes que encarnaron los sueños abrigados por sucesivas generaciones de argentinos en relación con el progreso social

y cultural (como el ascenso por la escalera de la educación), sueños que cultivaban la imagen de un país "excepcional" entre sus vecinos latinoamericanos (una nación supuestamente más rica, más blanca y más abierta). Cuando los jóvenes politizados cuestionaron esos sueños y los sustituyeron por proyectos colectivos de cambio político radical para la Argentina del Tercer Mundo, rechazaron la "excepcionalidad" del país y, paradójicamente, anticiparon lo que llevó a cabo el proyecto para "restaurar la autoridad".[6] La Junta Militar vino a poner punto final a esos sueños y a las dinámicas más modernizantes, en un proceso que incluyó el desmantelamiento del sistema educativo como escalera de movilidad social.

En muchos sentidos, con la amplificación del proyecto orientado a "restaurar la autoridad" que había comenzado en 1974, la Junta Militar respondió a la idea de que la juventud de las décadas previas había provocado efectos desestabilizadores (entendidos como indisciplina y caos) en la sociedad, la cultura y la política de Argentina. El régimen no estaba aislado en su percepción, ya que millones de argentinos anónimos compartían esa creencia en 1976 y —como sugirió el politólogo Guillermo O'Donnell— se mostraron propensos a avalar todas aquellas iniciativas que les permitieran revertir la "disolución" de su autoridad en los niveles más íntimos de la escuela o la familia.[7] Los militares encontraron oposición, sin duda, en espacios políticos y contraculturales por igual, aunque no toda la juventud respondió de la misma manera a los intentos dictatoriales de disciplinar a ese segmento de la población. Pese a las miles de víctimas que perdieron la vida a manos del terrorismo de Estado, la "restauración de la autoridad" fue un proyecto incompleto. Pero en un aspecto logró lo que se proponía: la "era de la juventud" llegó a su fin cuando las palabras "orden" y "caos" remplazaron a "cambio" como predicación de "la juventud".

[6] Svampa, *La sociedad excluyente*, p. 23.
[7] O'Donnell, "Democracia en la Argentina", p. 28.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

*Archivos y repositorios**

Archivos privados y públicos

Archivo General de la Nación (AGN)
Biblioteca Nacional
  Archivo Arturo Frondizi (AAF-BN)
Centro de Estudios Históricos de la Policía Federal Argentina (CEHPFA)
  Colección Órdenes del Día
Comisión Provincial de la Memoria, La Plata
  Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA)
Consejo Nacional de la Niñez, Adolescencia y Familia (CNNAF)
  Archivo del Consejo Nacional de Protección de Menores
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA)
Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González (JVG)
  Colección Circulares Dirección Nacional de Educación Media y Superior
John W. Hartman Center for Sales, Advertising and Marketing History, Duke University, Durham, Carolina del Norte
  J. Walter Thompson Company Collection
Liga de Madres de Familia
Magendra Editorial
  Archivo fotográfico *Pelo*
Obra de Protección de la Joven (OPJ)
Partido Comunista Argentino (PCA)
Special Collections and Archives, The University of Chicago, Illinois
  Robert Havighurst Papers
Universidad de San Andrés, Biblioteca Max von Buch
  Colección José Enrique Miguens

* Todos en Buenos Aires, a menos que se indique otra cosa.

Centros de documentación y archivos orales

Centro de Conservación y Documentación Audiovisual, Universidad Nacional de Córdoba
Archivo Canal 10
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI)
Centro Nacional de Información y Documentación Educativa, Ministerio de Educación (CENIDE)
Memoria Abierta (Asociación Civil)
Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken (MCPDH)
Sistema de Bibliotecas y de Información, Universidad de Buenos Aires (SISBI-UBA)
Biblioteca de Publicaciones Periódicas
Archivo de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires (AHO-UBA)

Bibliotecas

Biblioteca de la Asociación Psicoanalítica Argentina
Biblioteca del Congreso de la Nación
Biblioteca del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
Biblioteca del Instituto Di Tella, Universidad Torcuato Di Tella
Biblioteca del Ministerio de Economía
Biblioteca del Ministerio de Educación
Biblioteca del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, La Plata
Biblioteca Nacional

Publicaciones gubernamentales

Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Educación y Justicia (luego, *Ministerio de Cultura y Educación*), 1954-1980.
Boletín Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, 1956-1972.
Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 1958-1962, 1963-1965, 1973-1975.
Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación, 1958-1962, 1963-1965, 1973-1975.
PODER EJECUTIVO NACIONAL, *Boletín Oficial*, 1956-1976.

SALA DE REPRESENTANTES DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, *Sesiones, Ordenanzas y Resoluciones*, 1973-1975.

Estadísticas educativas y sociales

Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas, 1970, Buenos Aires, Ministerio de Economía, Dirección de Estadísticas, 1974.
Censo Nacional de Población y Viviendas, 1960, Buenos Aires, Dirección General de Estadísticas, 1963.
CONSEJO DE RECTORES DE UNIVERSIDADES NACIONALES, *Censo Universitario 1972*, Buenos Aires, 1974.
CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES, *La educación secundaria en la Argentina*, Buenos Aires, 1968.
CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO, *Origen socioeconómico y otros factores que inciden sobre el acceso y elección de las carreras de enseñanza media*, Buenos Aires, 1968.
INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS, *Boletín Estadístico Trimestral*, Buenos Aires, 1970-1976.
MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *La educación en cifras, 1958-1967*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1968.
—, *Estadística educativa*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1970.
—, *La educación en cifras, 1961-1970*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1972.
—, *La educación en cifras, 1963-1972*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1974.
—, *Cifras educativas, 1974*, Buenos Aires, Centro de Documentación e Información Educativa, 1975.
—, *Cifras educativas, 1965-1974*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1977.
—, *Cifras educativas, 1970-1982*, Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1983.
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y JUSTICIA, *Reglamento general para los establecimientos de enseñanza secundaria, normal y especial*, Buenos Aires, Poder Ejecutivo Nacional, 1957.
—, *Planes de estudio para la enseñanza media*, Buenos Aires, Centro Nacional de Documentación e Información Educativa, 1963.

—, *La enseñanza media (1914-1963)*, 2 vols., Buenos Aires, Departamento de Estadística Educativa, 1964.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, *Censo general de alumnos, 1964*, Buenos Aires, 1965.

—, *Censo general de alumnos, 1968*, Buenos Aires, 1969.

Publicaciones periódicas

Diarios

Argentina
Clarín (1957-1958, 1963, 1968-1975)
La Nación (1958, 1963, 1965-1967)
La Opinión (1971-1975)
La Prensa (1958, 1963)
La Razón (1956-1975)
Noticias

Estados Unidos
The New York Times (1966, 1969)

Revistas populares

Argentina
Adán
Análisis
Antena
Así
Así Segunda
Atlántida
Claudia
Confirmado
Diálogo con la Pareja y el Hijo
Esto Es
Extra
Gente
Idilio
Leoplán

Mayoría
Mercado
Nocturno
Nuestros Hijos
Panorama
Para Ti
Periscopio
Primera Plana
Pulso
Qué Sucedió en 7 Días
Radiolandia
Satiricón
Siete Días
Tía Vicenta
Vosotras

Estados Unidos
Billboard
Variety

Revistas juveniles y contraculturales

Contracultura
Cronopios
Eco Contemporáneo
Expreso Imaginario
Grito Joven
La Bella Gente
Opium
Pelo

Periódicos y revistas político-culturales

Antropología 3er Mundo
Che
Contorno
Crisis
Cristianismo y Revolución
Cuestionario

El Escarabajo de Oro
Envido
Los Libros
Redacción
Tiempos Modernos

Prensa política

De Frente con las Bases Peronistas
El Combatiente
El Descamisado
El Peronista
Estrella Roja
Evita Montonera
Jotapé
Juventud (Federación Juvenil Comunista)
La Causa Peronista
Liberación
Lucha Armada en la Argentina
Militancia
Mundo Peronista
Nuevo Hombre
Semanario CGT

Prensa de las fuerzas de seguridad

Boletín de Educación e Instrucción del Ejército
Mundo Policial
Revista de la Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Aérea Argentina (RECEM)
Revista del Suboficial
Revista Militar (Círculo Militar)
Soldado Argentino

Revistas de psicología y pedagogía

Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina (luego, *de América Latina*)
Actualidad Psicológica

Psique en la Universidad
Revista Argentina de Psicología
Revista Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y de la Adolescencia
Revista de Educación (Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires)
Revista de Psicoanálisis
Revista de Psicología (Universidad Nacional de La Plata)
Revista Latinoamericana de Psicología

Publicaciones universitarias

Boletín de la Universidad de Buenos Aires
Centro. Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras
Gaceta de Filosofía y Letras
Revista de la Universidad de Buenos Aires
Revista de la Universidad Nacional de La Plata
Universidad. Aportes para la Reconstrucción Nacional

Publicaciones católicas

Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina
Criterio
Revista Eclesiástica Argentina

Publicaciones internacionales en serie

UNESCO, *Statistical Yearbook,* 1960-1970.
AMERICAN UNIVERSITY FIELD STAFF, *East Coast South America Series,* 1960-1965.

Libros

Ensayos, folletos, actas de congresos

ABERASTURY, Arminda *et al.*, *Adolescencia,* Buenos Aires, Kargieman, 1971.
ABERASTURY, Arminda y Mauricio Knobel, *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico,* Buenos Aires, Paidós, 1971.

ARANCIBIA, Ubén, *¿Qué quiere... qué siente... el adolescente?*, Buenos Aires, Universidad de El Salvador, 1964.

ASOCIACIÓN ARGENTINA DE AGENCIAS DE PUBLICIDAD, *Primera Convención Argentina de Agencias de Publicidad*, Mar del Plata, 1963.

BLEGER, José (ed.), *La identidad en el adolescente*, Buenos Aires, Paidós y ASAPPIA, 1973.

BRAILOVSKY, Antonio *et al.*, *México y Argentina vistos por sus jóvenes*, México, Siglo XXI, 1970.

BRAVO TEDÍN, Miguel, *Historia del Barrio Clínicas*, Córdoba, s. e., 1970.

BRIGNARDELLO, Luisa, *El movimiento estudiantil argentino. Corrientes ideológicas y opiniones de sus dirigentes*, Buenos Aires, Macchi, 1972.

CÁMARA ARGENTINA DE ANUNCIANTES, *Estudio de inversión publicitaria y rentabilidad de empresas*, Buenos Aires, 1974.

CARBAL PRIETO DE ARGÜELLES, Julia, *Los hippies y las drogas*, Buenos Aires, Latinoamericana, 1973.

Casos de la Segunda Tiranía. La UES, Buenos Aires, Poder Ejecutivo Nacional, 1958.

CASTRO, José, *La edad del amor*, Buenos Aires, Fabril, 1967.

CASULLO, Fernando, *Diccionario de voces lunfardas y vulgares*, Buenos Aires, Freeland, 1964.

CENTRO DE ESTUDIOS LEGALES Y SOCIALES, *Adolescentes detenidos-desaparecidos*, Buenos Aires, 1982.

—, *Conscriptos detenidos-desaparecidos*, Buenos Aires, 1982.

CÍRCULO DE PROFESORES DE EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA, *Primer Congreso Argentino de Profesores de Educación Democrática. Buenos Aires, 11 al 15 de septiembre 1958*, Buenos Aires, 1959.

—, *Segundo Congreso Argentino de Profesores de Educación Democrática. Rosario, 11 al 15 de septiembre de 1959*, Buenos Aires, 1960.

CIRIGLIANO, Gustavo y Ana Zabala Ameghino, *El poder joven*, Buenos Aires, Librería de las Naciones, 1969.

COMISIÓN INTERUNIVERSITARIA PERMANENTE COORDINADORA DE LA ENSEÑANZA MEDIA, *Jornadas Interuniversitarias sobre Enseñanza Media. Bahía Blanca, 6 al 12 de noviembre de 1960. Recomendaciones y declaraciones*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1960.

COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS, *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.

DE RAFFO, Elvira, *Dejar crecer*, Buenos Aires, Bartolomé U. Chiesino, 1959.

EICHELBAUM DE BABINI, Ana María, *Estatus socioeconómico y crianza de niños*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965.
Enciclopedia del mundo actual, vol. 2: *Temas culturales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.
ESCARDÓ, Florencio, *Anatomía de la familia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1961.
—, *Sexología de la familia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1961.
—, *Nueva geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, AméricaLee, 1971.
ETCHEVERRY, Delia, *El adolescente y la escuela secundaria*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.
FRONDIZI, Arturo, *Mensajes presidenciales, 1958-1962*, vol. 1, Buenos Aires, Centro de Estudios Nacionales, 1978.
GENTA, Jordán Bruno, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina política*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1964.
GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
—, *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
GERMANI, Gino y Ruth Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.
GIBERTI, Eva, *Escuela para padres*, 3 vols., Buenos Aires, Omeba, 1961.
—, *Adolescencia y educación sexual*, Buenos Aires, Roberto Antonio, 1969.
—, *Los argentinos y el amor*, Buenos Aires, Merlín, 1970.
GOBELLO, José, *Diccionario lunfardo. Y de otros términos antiguos y modernos usuales en Buenos Aires*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1971.
GONZÁLEZ TREJO, Horacio, *Formas de alienación en Argentina*, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1969.
GOTI AGUILAR, Juan Carlos *et al.*, *Censura en el cine*, Buenos Aires, Líbera, 1966.
INGLESE, Juan Osvaldo *et al.*, *Universidad y estudiantes. Universidad y peronismo*, Buenos Aires, Líbera, 1966.
IVANISSEVICH DE D'ANGELO RODRÍGUEZ, Magda, *Descenso a los infiernos de la burocracia en la enseñanza secundaria. Memorias de un inspector de zona*, Buenos Aires, s. e., 1970.
JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966.
KLEINER, Bernardo, *20 años de movimiento estudiantil reformista, 1943-1963*, Buenos Aires, Platina, 1964.

Powered by CamScanner

KNOBEL, Mauricio, *Infancia, adolescencia y familia*, Buenos Aires, Granica, 1973.

KREIMER, Juan Carlos, *Agarrate!!! Testimonios de la música joven en Argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

LEGUIZAMÓN, Carlos, *La disciplina en la escuela secundaria*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Libro Negro de la Segunda Tiranía, Buenos Aires, Poder Ejecutivo Nacional, 1958.

LIPSET, Seymour (ed.), *Student Politics*, Nueva York, Basic Books, 1967.

LÓPEZ BOLADO, Jorge Daniel, *Drogas y otras sustancias estupefacientes*, Buenos Aires, Pannedille, 1971.

MAFUD, Julio, *La revolución sexual argentina*, Buenos Aires, AméricaLee, 1966.

—, *Las rebeliones juveniles en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Rueda, 1969.

MARCILESE, Mario, *30 días en la UES ...y la juventud caminaba calle abajo...*, La Plata, Alfredo Domínguez e Hijo, 1957.

MARGULIS, Mario, *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

MARIGHELLA, Carlos, *Mini-Manual of the Urban Guerrilla* [1969], Chapel Hill, Documentary Press, 1985 [trad. esp.: *Mini-manual del guerrillero urbano*, Buenos Aires, Lupara, 2015].

MILLÁN, Alberto y Carlos Fontán Balestra, *Las reformas al Código Penal. Ley N° 17.567*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1968.

MOFFATT, Alfredo, *Estrategias para sobrevivir en Buenos Aires*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.

MORAS MOM, Jorge, *Toxicomanía y delito*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1975.

NASATIR, David, *Estudio sobre la juventud argentina*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965.

—, *Impacto de la experiencia universitaria sobre el pensamiento político*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, 1965.

PERUGORRÍA, Mario, *100 respuestas para los que piden la "prueba de amor"*, Buenos Aires, Paulinas, 1972.

PITHOD, Abelardo, *La revolución cultural en la Argentina*, Buenos Aires, Cruz y Fierro, 1974.

RASCOVSKY, Arnaldo, *La matanza de los hijos y otros ensayos*, Buenos Aires, Kargieman, 1970.

—, *El filicidio*, Buenos Aires, Orión, 1973.

RASCOVSKY, Arnaldo y David Liberman (eds.), *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*, Buenos Aires, Paidós, 1965.
RATIER, Hugo, *El cabecita negra*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
RECA, Telma (ed.), *Temas de psicología y psiquiatría de la niñez y adolescencia*, Buenos Aires, Centro de Estudios y de Asistencia Médico-Psicológicos de la Niñez y la Adolescencia, 1969.
RYCHLOWSKI, Bruno, *Sexo y adolescencia*, Buenos Aires, Paulinas, 1970.
SASTRE DE CABOT, Josefa, *La formación del profesor de enseñanza media*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1967.
SEBRELI, Juan José, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* [1964], 11ª ed., Buenos Aires, Siglo Veinte, 1966.
SILVERT, Kalman y Frank Bonilla, *La educación y el significado social del desarrollo*, Santiago, Naciones Unidas, 1961.
SPRANGER, Eduardo, *Psicología de la edad juvenil*, Buenos Aires, Revista de Occidente, 1929.

Informes de organizaciones estadounidenses e internacionales

UNIÓN PANAMERICANA, *Estado actual de la educación secundaria en la América Latina*, Washington, 1957.
—, *Reunión técnica sobre el planeamiento de la educación media*, Ciudad de México, Unión Panamericana y Secretaría de Educación Pública, 1965.
SENADO DE ESTADOS UNIDOS, *The World Narcotics Problem. The Latin American Perspective*, Washington, Government Printing Office, 1973.

Documentos publicados

BASCHETTI, Roberto (comp.), *Documentos, 1970-1973*, La Plata, De la Campana, 1995.
—, *Documentos, 1973-1976*, La Plata, De la Campana, 1997.
—, *Documentos de la resistencia (1955-1970)*, La Plata, De la Campana, 1997.
DE SANTIS, Daniel (sel.), *A vencer o morir. El PRT-ERP, documentos*, 2 vols., Buenos Aires, Eudeba, 1998.
LAFIANDRA, Félix (comp.), *Los panfletos. Su aporte a la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Itinerarium, 1955.

Memorias

ACTIS, Munú, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar, *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

ANGUITA, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, 3 vols., Buenos Aires, Norma, 1997.

ANZORENA, Oscar, *JP. Historia de la Juventud Peronista (1955-1988)*, Buenos Aires, Del Cordón, 1989.

AUGIER, Pola, *Los jardines del cielo. Experiencias de una guerrillera*, Buenos Aires, Sudestada, 2010.

BERGUIER, Rubén, Eduardo Hecker y Ariel Schifrin, *Estudiantes secundarios: sociedad y política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

BONASSO, Miguel, *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

—, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2001.

CANTILO, Miguel, *¡Chau loco! Los hippies en la Argentina de los setenta*, Buenos Aires, Galerna, 2000.

DIANA, Marta, *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

DIEZ, Rolo, *El mejor y el peor de los tiempos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2010.

DIRECCIÓN DE DERECHOS HUMANOS, *Huellas. Semblanzas de vida de detenidos-desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado pertenecientes a la Universidad Nacional de La Plata*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2010.

FERREYRA BELTRÁN, Alejandro, *Memoria de los vientos*, Córdoba, Babel, 2007.

GARAÑO, Santiago y Werner Pertot, *La otra Juvenilia. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires (1971-1986)*, Buenos Aires, Biblos, 2002.

GATICA, Oscar, *Tiempos de liberación. Memorias de un militante de la JP, 1973-1976*, Santa Rosa, Pitangua, 2008.

GÓMEZ, Hugo Alejandro, *Montoneros en Morón. Militantes y militancia, 1973-1976*, Morón, Macedonia, 2008.

GRINBERG, Miguel, *La música progresiva argentina. (Cómo vino la mano)*, Buenos Aires, Convergencia, 1977.

GUELAR, Diana, Vera Jarach y Beatriz Ruiz, *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)*, Buenos Aires, El País de Nomeolvides, 2002.
GUERRERO, Gloria, *La historia del palo. Diario del rock argentino, 1981-1994*, Buenos Aires, De la Urraca, 1995.
LANDRÚ y Edgardo Russo, *Landrú por Landrú! Apuntes para una autobiografía*, Buenos Aires, El Ateneo, 1993.
MATTINI, Luis, *Los perros*, vol. 2, Buenos Aires, Peña Lillo, 2006.
—, *Cartas profanas. Novela de la correspondencia entre Santucho y Gombrowicz*, Buenos Aires, Peña Lillo y Continente, 2008.
NARZOLE, Cacho, *Nada a cambio. Una historia militante*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009.
NEBBIA, Litto, *Una mirada. Reflexiones y anécdotas de vida*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.
OLIVERI, Marcelo, *Éramos tan hippies. Otra historia del rock argentino*, Buenos Aires, Corregidor, 2007.
PINTOS, Víctor, *Tanguito*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
RAMOS, Laura y Cynthia Lebjowicz, *Corazones en llamas. Historias del rock argentino en los 80*, Buenos Aires, Aguilar, 1991.
RAMUS, Susana, *Sueños sobrevivientes de una montonera. A pesar de la ESMA*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
ROBLES, Adriana, *Perejiles. Los otros montoneros*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
ROTUNNO, Catalina y Eduardo Díaz de Guijarro (eds.), *La construcción de lo posible. La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.
SZULANSKY, Gustavo, *Franca. 18 años, desaparecida*, Buenos Aires, Juvenilia, 2006.
TOER, Mario (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, vol. 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

Ficción

BIOY CASARES, Adolfo, *Diario de la guerra del cerdo*, Buenos Aires, Emecé, 1969.
CAPARRÓS, Martín, *No velas a tus muertos*, Buenos Aires, Corregidor, 1985.
CASULLO, Nicolás, *Para hacer el amor en los parques*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971.

GIRALT, Santiago, *Nelly R. La amante del general. Novela (anti)histórica*, Buenos Aires, Emecé, 2008.
GUDIÑO KIEFFER, Eduardo, *Carta abierta a Buenos Aires violento*, Buenos Aires, Emecé, 1970.
KORDON, Bernardo, *Reina del Plata* [1951], Buenos Aires, Milton, 1983.
PIGLIA, Ricardo, "La invasión" [1967], en *La invasión*, Barcelona, Alfaguara, 2006.
POGGI, Jorge, *Perdón por la letra*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.
VERBITSKY, Bernardo, *La esquina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1953.
—, *Una cita con la vida*, Buenos Aires, Platina, 1958.
VIÑAS, David, *Dar la cara*, Buenos Aires, Jamcana, 1962.

Entrevistas y comunicaciones personales

A fin de proteger la privacidad de mis entrevistados, me refiero a ellos por su nombre de pila y en algunos casos la inicial de su apellido, a menos que sean figuras públicas, en cuyo caso menciono su nombre completo.

Con exestudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (todas realizadas en la ciudad de Buenos Aires)

Analía K. (ciudad de Buenos Aires, 1942), 23 de agosto de 2007.
Elena A. (ciudad de Buenos Aires, 1940), 1° de septiembre de 2007.
Eduardo F. (ciudad de Buenos Aires, 1940), 28 de julio de 2007.
Hilda L. (ciudad de Buenos Aires, 1950), 22 de agosto de 2007.
Isidoro Cheresky (ciudad de Buenos Aires, 1944), 21 de agosto de 2007.
Jorge Lafforgue (Esquel, 1935), 30 de noviembre de 2006.
Mabel G. (Entre Ríos, 1947, se muda a la ciudad de Buenos Aires en 1958), 31 de julio de 2007.
Marcela M. (Pergamino, 1958, se muda a Buenos Aires en 1975), 28 de noviembre de 2007.
María Emilia (ciudad de Buenos Aires, 1945), 16 de marzo de 2007.
María Ester (ciudad de Buenos Aires, 1944), 12 de marzo de 2007.
María Rosa (ciudad de Buenos Aires, 1940), 23 de julio de 2007.
Mirtha Lischetti (La Plata, 1939), 30 de julio de 2007.
Rodolfo T. (Temperley, 1942), 21 de agosto de 2007.
Sara Z. (ciudad de Buenos Aires, 1953), 13 de agosto de 2007.

Con personas de Valentín Alsina, Lanús

Alicia S. (Valentín Alsina, Lanús, 1944), 10 de agosto de 2007.
Carlos R. (Valentín Alsina, Lanús, 1951), 13 de septiembre de 2007.
Carlos U. (Valentín Alsina, Lanús, 1944), 16 de septiembre de 2007.
Eduardo C. (Valentín Alsina, Lanús, 1955), 12 de agosto de 2007.
Ester M. (Valentín Alsina, Lanús, 1954), 15 de julio de 2007.
Gerardo D. (Valentín Alsina, Lanús, 1951), 18 de septiembre de 2007.
José C. (Valentín Alsina, Lanús, 1952), 20 de septiembre de 2007.
Mabel S. (Valentín Alsina, Lanús, 1952), 12 de septiembre de 2007.
Marta E. (Valentín Alsina, Lanús, 1954), 13 de junio de 2007.
Mercedes B. (Valentín Alsina, Lanús, 1947), 25 de julio de 2007.
Ricardo T. (Valentín Alsina, Lanús, 1948), 3 de septiembre de 2007.
Tony C. (Valentín Alsina, Lanús, 1950), 10 de septiembre de 2007.

Con informantes selectos

Eva Giberti, doctora, por entonces psicóloga de adolescentes y fundadora de la Escuela para Padres, 1° de agosto de 2008.
Miguel Grinberg, periodista de rock y organizador contracultural, 11 de septiembre de 2007.
Pedro Pujó, por entonces productor del sello Mandioca, 23 de octubre de 2009.
Mario Rabey, por entonces productor del sello Mandioca, 20 de julio de 2007.
Daniel Ripoll, por entonces director de *Pelo*, organizador de conciertos de rock, 27 de junio de 2007.
Héctor Zimmerman, por entonces editor de las revistas *Cronopios* y *La Bella Gente*, 13 de julio de 2008.

Películas argentinas

Breve cielo, dirección y guion de David Kohon. Estrenada el 5 de junio de 1969.
Dar la cara, dirección de José Martínez Suárez, guion de José Martínez Suárez y David Viñas. Estrenada el 29 de noviembre de 1962.
Demasiado jóvenes, dirección y guion de Leopoldo Torres Ríos. Estrenada el 13 de marzo de 1958.

Detrás de un largo muro, dirección de Lucas Demare, guion de Sixto Pondal Ríos. Estrenada el 3 de julio de 1958.

El Club del Clan, dirección de Enrique Carreras, guion de Alexis de Arancibia. Estrenada el 1º de marzo de 1964.

El profesor hippie, dirección de Fernando Ayala, guion de Abel Santa Cruz. Estrenada el 31 de julio de 1969.

Fiebre de Primavera, dirección y guion de Enrique Carreras. Estrenada el 18 de marzo de 1965.

Hasta que se ponga el sol, dirección de Aníbal Uset, guion de Aníbal Uset y Jorge Álvarez. Estrenada el 8 de febrero de 1973.

La edad difícil, dirección y guion de Leopoldo Torres Ríos. Estrenada el 27 de julio de 1956.

La hora de los hornos, dirección y guion de Fernando Solanas y Octavio Getino. Estrenada en 1968 en circuitos no comerciales y el 1º de noviembre de 1973 en circuitos comerciales.

La mano en la trampa, dirección de Leopoldo Torre Nilsson, guion de Leopoldo Torre Nilsson, Beatriz Guido, Ricardo Muñoz Suay y Ricardo Luna. Estrenada el 8 de junio de 1961.

La patota, dirección de Daniel Tinayre, guion de Eduardo Borrás. Estrenada el 11 de agosto de 1960.

La terraza, dirección de Leopoldo Torre Nilsson, guion de Leopoldo Torre Nilsson, Beatriz Guido, Ricardo Luna y Ricardo Becher. Estrenada el 17 de octubre de 1963.

Los de la mesa 10, dirección de Simón Feldman, guion de Simón Feldman y Osvaldo Dragún. Estrenada el 18 de octubre de 1960.

Los jóvenes viejos, dirección y guion de Rodolfo Kuhn. Estrenada el 5 de junio de 1962.

Pajarito Gómez, una vida feliz, dirección de Rodolfo Kuhn, guion de Rodolfo Kuhn, Carlos del Peral y Francisco Urondo. Estrenada el 9 de agosto de 1965.

Prisioneros de una noche, dirección de David Kohon, guion de Carlos Latorre. Estrenada el 30 de enero de 1962.

Tiro de gracia, dirección de Ricardo Becher, guion de Ricardo Becher y Sergio Mulet. Estrenada el 2 de octubre de 1969.

Tres veces Ana, dirección y guion de David Kohon. Estrenada el 2 de noviembre de 1961.

Una cita con la vida, dirección de Hugo del Carril, guion de Eduardo Borrás. Estrenada el 24 de abril de 1958.

Venga a bailar el rock, dirección de Carlos Stevani, guion de Enrique Santés Morello y Julio Porter. Estrenada el 29 de agosto de 1957.

Fuentes secundarias

ACHA, Omar, *Los muchachos peronistas. Orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955)*, Buenos Aires, Planeta, 2011.

—, *Crónica sentimental de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

ACHA, Omar y Pablo Ben, "Amorales, patoteros, chongos y pitucos: la homosexualidad masculina durante el primer peronismo", en *Trabajos y Comunicaciones*, núm. 30-31, 2004.

ADAMOVSKY, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

ADAMS, Mary Louise, *The Trouble with Normal. Postwar Youth and the Making of Heterosexuality*, Toronto, University of Toronto Press, 1999.

AGUILAR, Gonzalo, "La Generación del 60. La gran transformación del modelo", en Claudio España (dir.), *Cine argentino. Modernidad y vanguardias*, vol. 2: *1957-1983*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2004, pp. 82-98.

AGUIRRE, Patricia, *Estrategias de consumo: qué comen los argentinos que comen*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2005.

ALABARCES, Pablo, *Entre gatos y violadores. El rock nacional en la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1993.

ALONSO PIÑEIRO, Armando, *Breve historia de la publicidad argentina*, Buenos Aires, Alzamor, 1974.

ALTAMIRANO, Carlos, "Memoria del 69", en *Estudios*, núm. 4, 1994, pp. 9-13.

—, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

—, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.

ALTSCHULER, Glenn, *All Shook Up. How Rock 'n' Roll Changed America*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

ALVARADO, Maite y Renata Rocco-Cuzzi, "'Primera Plana': el nuevo discurso periodístico de la década del '60", en *Punto de Vista*, núm. 22, diciembre de 1984.

ANDÚJAR, Andrea, Débora D'Antonio, Fernanda Gil Lozano, Karin Grammático y María Laura Rosa (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones*, Buenos Aires, Luxemburg, 2009.

ARCHETTI, Eduardo, *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford, Berg, 1999 [trad. esp.: *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003].
AVELLANEDA, Andrés, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*, 2 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
AUSTIN, Joe y Michael Willard (eds.), *Generations of Youth. Youth Cultures and History in Twentieth-Century America*, Nueva York, New York University Press, 1998.
BAILEY, Beth, *From Front Porch to Back Seat. Courtship in Twentieth-Century America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.
—, *Sex in the Heartland*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1999.
BALLENT, Anahi, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Prometeo y Universidad Nacional de Quilmes, 2006.
BALVÉ, Beba y Beatriz Balvé, *El '69. Huelga política de masas*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
BARBANTI, Marco, "Cultura cattolica, lotta anticomunista e moralità pubblica (1948-1960)", en *Rivista di Storia Contemporanea*, vol. 21, núm. 1, enero de 1992, pp. 173-190.
BARBOSA, Francisco, "Insurgent Youth: Culture and Memory in the Sandinista Student Movement", tesis de doctorado, Indiana University, 2006.
BARCAN, Ruth, *Nudity. A Cultural Anatomy*, Nueva York, Berg, 2004.
BARLETTA, Ana, "Peronización de los universitarios (1966-1973). Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista", en *Pensamiento Universitario*, vol. 9, núm. 9, agosto de 2001, pp. 82-90.
—, "Una izquierda universitaria peronista (1966-1973). Entre la demanda académica y la demanda política", en *Prismas*, núm. 6, 2002, pp. 275-288.
BARR-MELEJ, Patrick, "Siloísmo and the Left in Allende's Chile: Youth, 'Total Revolution', and Humanism in the Road to Socialism", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 86, núm. 4, 2006, pp. 747-784.
BARRANCOS, Dora, *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
BARTOLETTI, Julieta, "Montoneros: De la movilización a la organización", disertación de doctorado, Universidad Nacional de San Martín, 2010.
BEEBE, Roger, Denise Fulbrook y Ben Saunders (eds.), *Rock over the Edge. Transformations in Popular Music Culture*, Durham, Duke University Press, 2002.

BEN, Pablo, "Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955", disertación de doctorado, The University of Chicago, 2009.
BENEDETTI, Sebastián y Martín Graziano, *Estación imposible. Periodismo y contracultura en los 70: la historia del Expreso Imaginario*, Buenos Aires, Oliveri, 2007.
BERGER, John, *Modos de ver*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000.
BIAGINI, Hugo, *La Reforma Universitaria. Antecedentes y consecuentes*, Buenos Aires, Leviatán, 2000.
BIANCHI, Susana, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955*, Tandil, Instituto de Estudios Históricos, 2001.
BIDDLE-PERRY, Geraldine y Sarah Cheang (eds.), *Hair. Styling, Culture, and Fashion*, Londres, Berg, 2008.
BLANCO, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
BLAUSTEIN, Eduardo y Marín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
BLISS, Katherine y Ann Blum, "Dangerous Driving: Adolescence, Sex, and the Gendered Experience of Public Space in Early-Twentieth-Century Mexico City", en William E. French y Katherine Elaine Bliss (eds.), *Gender, Sexuality, and Power in Latin America since Independence*, Lanham (MD), Rowman and Littlefield, 2007, pp. 163-184.
BORDO, Susan, *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture, and the Body*, Berkeley, University of California Press, 1993.
BOURDIEU, Pierre, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, trad. de María del Carmen Ruiz de Elvira, Buenos Aires, Taurus, 1998.
—, *Cuestiones de sociología*, Madrid, Akal, 2008.
BOURDIEU, Pierre y Jean-Claude Passeron, *The Inheritors. French Students and Their Relation to Culture*, Chicago, The University of Chicago Press, 1979 [trad. esp.: *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009].
BRAUNSTEIN, Peter y Michael William Doyle (eds.), *Imagine Nation. The American Counterculture of the 1960s & '70s*, Nueva York, Routledge, 2002.
BREINES, Wini, *Young, White, and Miserable. Growing Up Female in the fifties*, Boston, Beacon Press, 1992.
BRENNAN, James, *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976. Ideology, Work, and Labor Politics in an Argentine Industrial City*, Cambridge (MA),

Harvard University Press, 1994 [trad. esp.: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires, Waldhuter, 2015].

BRENNAN, James y Mónica Gordillo, *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata, De la Campana, 2008.

BUCHBINDER, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

—, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

BUCHOLTZ, Mary, "Youth and Cultural Practice", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 31, 2002, pp. 525-553.

BURGOS, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

CAIMARI, Lila, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

CALVEIRO, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

—, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.

CAMPOS, Esteban, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

CANDELARI, María y Patricia Funes, "La Universidad de Buenos Aires, 1955-1966: lecturas de un recuerdo", en Enrique Oteiza (coord.), *Cultura y política en los años '60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, 1997, pp. 18-37.

CANO, Daniel, *La educación superior en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1985.

CAPUSSOTTI, Enrica, *Gioventù perduta. Gli anni Cinquanta dei giovani e del cinema in Italia*, Florencia, Giunti, 2004.

CARASSAI, Sebastián, "Ni de izquierda ni peronistas, medioclasistas. Ideología y política de la clase media argentina a comienzos de los años setenta", en *Desarrollo Económico*, vol. 52, 2012, pp. 95-117.

CAREY, Elaine, *Plaza of Sacrifices. Gender, Power, and Terror in 1968 Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2005.

CARLI, Sandra, *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina, 1880 y 1955*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

CARNOVALE, Vera, "Moral y disciplinamiento interno en el PRT-ERP", en *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*, Debates, 2008, disponible en línea: <http://nuevomundo.revues.org/index38782.html>.

—, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

CARO HOLLANDER, Nancy, "Women Workers and the Class Struggle: The Case of Argentina", en *Latin American Perspectives*, vol. 4, núm. 1-2, invierno-primavera de 1977, pp. 180-193.

CARRILLO-RODRÍGUEZ, Illa, "Latinoamericana de Tucumán: Mercedes Sosa y los itinerarios de la música popular argentina en la larga década del sesenta", en Fabiola Orquera (ed. y coord.), *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, 2010, pp. 239-265.

CASOLA, Natalia, *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

CASTAGNA, Gustavo, "La generación del 60: paradojas de un mito", en Sergio Wolf (comp.), *Cine argentino. La otra historia*, Buenos Aires, Letra Buena, 1994, pp. 89-119.

CASTREJÓN DÍEZ, Jaime, *La educación superior en México*, México, Edicol, 1979.

CASTRILLÓN, Ernesto, "Hippies a la criolla: historia de la Cofradía de la Flor Solar", en *Todo es Historia*, núm. 370, mayo de 1998, pp. 45-62.

CATTARUZZA, Alejandro, "El mundo por hacer: una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta", en *Entrepasados*, núm. 13, 1997, pp. 67-76.

CEBALLOS, Carlos, *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

CHAMOSA, Oscar, *The Argentine Folklore Movement. Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955*, Tucson, University of Arizona Press, 2010.

CIRIA, Alberto y Horacio Sanguinetti, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

CIRIZA, Alejandra y Eva Rodríguez Agüero, "Militancia, política y subjetividad: la moral del PRT-ERP", en *Políticas de la Memoria*, núm. 4-5, verano de 2004-2005, pp. 85-92.

COATES, Norma, "(R)evolution Now? Rock and the Political Potential of Gender", en Sheila Whiteley (ed.), *Sexing the Groove. Popular Music and Gender*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 60-64.

COHEN, Deborah y Lessie Jo Frazier, "Defining the Space of Mexico '68: Heroic Masculinity in the Prisons and 'Women' in the Streets", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 83, núm. 4, noviembre de 2003, pp. 617-660.

COHEN, Stanley, *Folk Devils & Moral Panics. The Creation of the Mods and Rockers*, Oxford, Martin Robertson, 1980.

COLLINS, Marcus, *Modern Love. An Intimate History of Men and Women in Twentieth-Century Britain*, Londres, Atlantic Books, 2003.

CONNELL, Raewyn W., *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 2005 [trad. esp.: *Masculinidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011].

COSSE, Isabella, "Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)", en *Entrepasados*, núm. 39, 2008, pp. 31-47.

—, "Argentine Mothers and Fathers and the New Psychological Paradigm of Child-Rearing (1958-1973)", en *Journal of Family History*, vol. 35, núm. 2, 2010, pp. 180-202.

—, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

—, "Las clases medias en la historia reciente latinoamericana", en *Contemporánea*, vol. 5, 2014, pp. 13-20.

COUSINET, Graciela (dir.), *Extramuros. La historia del movimiento de rock mendocino*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2009.

COWAN, Ben, "Sex and the Security State: Gender, Sexuality, and 'Subversion' at Brazil's Escola Superior de Guerra, 1964-1985", en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 16, núm. 3, 2007, pp. 459-461.

CRENZEL, Emilio, "La víctima inocente: de la lucha antidictatorial al relato del *Nunca Más*", en Emilio Crenzel (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 65-83.

D'EMILIO, John, "The Homosexual Menace: The Politics of Sexuality in Cold War America", en Kathy Peiss y Christina Simmons (eds.), *Passion & Power. Sexuality in History*, Filadelfia, Temple University Press, 1989, pp. 226-240.

D'EMILIO, John y Estelle Freedman, *Intimate Matters. A History of Sexuality in America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990.

DAVIS, Fred, *Fashion, Culture, and Identity*, Chicago, The University of Chicago Press, 1992.

DE GRAZIA, Victoria, *Irresistible Empire. America's Advance through 20th Century Europe*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2005 [trad. esp.: *El imperio irresistible*, Barcelona, Belacqva, 2006].

DE RIZ, Liliana, *La política en suspenso. 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

DELICH, Francisco, *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

DÍAZ, Claudio, *Libro de viajes y extravíos. Un recorrido por el rock argentino (1965-1985)*, Unquillo, Narvaja, 2005.

DOHERTY, Thomas, *Teenagers and Teenpics. The Juvenilization of American Movies in the 1950s*, Boston, Hyman Books, 1988.

DONATELLO, Luis Miguel, *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

DREYFUS-ARMAND, Geneviève *et al.* (dirs.), *Les Années 68. Le temps de la contestation*, París, Complexe, 2000.

DUMMITT, Christopher, *The Manly Modern. Masculinity in Postwar Canada*, Vancouver, University of British Columbia Press, 2007.

DUNN, Christopher, *Brutality Garden. Tropicália and the Emergence of a Brazilian Counterculture*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2000.

DUSSEL, Inés, *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1997.

DUSSEL, Inés y Pablo Pineau, "De cuando la clase obrera entró al paraíso: la educación técnica estatal en el primer peronismo", en Sandra Carli (coord.), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, t. VI, Buenos Aires, Galerna, 1997, pp. 107-143.

EHRENREICH, Barbara, Elizabeth Hess y Sonia Jacobs, *Re-Making Love. The Feminization of Sex*, Nueva York, Garden City, 1987.

ELENA, Eduardo, "Point of Departure: Ernesto Guevara's Argentina", en Paulo Drinot (ed.), *Che's Travels. The Making of a Revolutionary in 1950s Latin America*, Durham, Duke University Press, 2010, pp. 21-51.

ELHRICH, Laura, "Intransigentes, duros y revolucionarios. Variaciones en la cultura política peronista entre 1955 y 1963", tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

ENTWISTLE, Joanne, *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*, Barcelona, Paidós, 2002.

ESCOBAR, Arturo, *La invención del Tercer Mundo,* trad. de Diana Ochoa, Bogotá, Norma, 2004.

FASS, Paula, *The Damned and the Beautiful. American Youth in the 1920s,* Nueva York, Oxford University Press, 1977.

—, *Kidnapped. Child Abduction in America,* Nueva York, Oxford University Press, 1997.

FASSIN, Didier y Patrice Bourdelais, "Les frontières de l'espace moral", en *Les constructions de l'intolérable. Études d'anthropologie et d'histoire sur les frontières de l'espace moral,* París, La Découverte, 2005, pp. 3-16.

FEIJÓO, María del Carmen y Marcela Nari, "Women in Argentina during the 1960s", en *Latin American Perspectives,* vol. 23, núm. 1, invierno de 1996.

FELDMAN, Simón, *La generación del 60,* Buenos Aires, Gedisa, 1990.

FELITTI, Karina, "El placer de elegir: anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta", en Fernanda Gil Lozano, María Gabriela Ini y Valeria Pita (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina,* vol. 2, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 155-170.

—, "El debate médico sobre anticoncepción y aborto en Buenos Aires en los años sesenta del siglo XX", en *Dynamis,* vol. 27, 2007, pp. 333-357.

—, *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta,* Buenos Aires, Edhasa, 2012.

FENDRIK, Silvia, *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia,* vol. 3: *Arminda Aberastury y Telma Reca,* Buenos Aires, Letra Viva, 2006.

FERNÁNDEZ BITAR, Marcelo, *Historia del rock en Argentina. Una investigación cronológica,* Buenos Aires, Distal, 1987.

FERRERO, Roberto, *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba,* vol. 3, Córdoba, Alción, 2006.

FILC, Judith, *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983,* Buenos Aires, Biblos, 1997.

FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad,* vol. 1: *La voluntad de saber,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

FOWLER, David, *Youth Culture in Modern Britain, c. 1920-c. 1970,* Londres, Palgrave Macmillan, 2008.

FRANCO, Marina, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

FRANK, Gillian, "Discophobia: Antigay Prejudice and the 1979 Backlash against Disco", en *Journal of the History of Sexuality,* vol. 16, núm. 2, mayo de 2007, pp. 276-303.

FRANK, Robert, "Imaginaire politique et figures symboliques internationales: Castro, Ho, Mao et le Che", en Geneviève Dreyfus-Armand *et al.* (dirs.), *Les Années 68. Le temps de la contestation*, París, Complexe, 2000, pp. 31-47.
FRANK, Thomas, *La conquista de lo cool*, Barcelona, Alpha Decay, 2011.
FREEDMAN, Estelle, "'Uncontrolled Desires': The Response to the Sexual Psychopath, 1920-1960", en *Journal of American History*, vol. 74, núm. 1, junio de 1987, pp. 83-106.
FRITH, Simon, *Sound Effects. Youth, Leisure, and the Politics of Rock 'n' Roll*, Nueva York, Pantheon Books, 1981.
FÜRST, Juliane, *Stalin's Last Generation. Soviet Post-War Youth and the Emergence of Mature Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, 2010.
GALLART, María Antonia, "The Evolution of Secondary Education in Argentina, 1916-1970", disertación de doctorado, The University of Chicago, 1983.
GARCÍA, Prudencio, *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares*, Madrid, Alianza, 1995.
GAYOL, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Del Signo, 2000.
GERCHUNOFF, Pablo y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
GIACHETTI, Diego, *Anni sessanta comincia la danza. Giovani, capelloni, studenti ed estremisti negli anni della contestazione*, Pisa, BFS, 2002.
GILBERT, Isidoro, *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
GILBERT, James, *A Cycle of Outrage. America's Reaction to the Juvenile Delinquent in the 1950s*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
—, *Men in the Middle. Searching for Masculinity in the 1950s*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005.
GILLESPIE, Richard, *Soldiers of Perón. Argentina's Montoneros*, Oxford, Clarendon Press, 1982 [trad. esp.: *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008].
GILLIS, John, *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1700-Present*, Nueva York, Academic Press, 1974.
GILMAN, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

GIUNTA, Andrea, *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

GODOY, Cristina y Vanina Broda, "El poder de la palabra bajo vigilancia durante la última dictadura", en Carolina Kaufman (dir.), *Dictadura y educación*, vol. 2, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2003, pp. 27-64.

GOLDAR, Ernesto, *Buenos Aires. Vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.

GOOTENBERG, Paul, *Andean Cocaine. The Making of a Global Drug*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2008 [trad. esp.: *Cocaína andina*, Buenos Aires, Eudeba, 2016].

GORDILLO, Mónica, *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1996.

GORDON, Beverley, "American Denim: Blue Jeans and Their Multiple Layers of Meaning", en Patricia A. Cunningham y Susan Voso Lab (eds.), *Dress and Popular Culture*, Bowling Green (OH), Popular Press, 1991, pp. 31-45.

GORGOLINI, Luca, "Il consumi", en Paolo Sorcinelli y Angelo Varni (eds.), *Il secolo dei giovani. Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, Bolonia, Donzelli, 2005, pp. 213-254.

GOSSE, Van, *Where the Boys Are. Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*, Nueva York, Verso, 1993.

GOULD, Jeffrey, "Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968", en *American Historical Review*, vol. 114, núm. 2, abril de 2009, pp. 348-375.

GRAMMÁTICO, Karin, *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*, Buenos Aires, Luxemburg, 2011.

GREEN, James H., "'Who Is the Macho Who Wants to Kill Me?' Male Homosexuality, Revolutionary Masculinity, and the Brazilian Armed Struggle of the 1960s and 1970s", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 92, núm. 3, 2012, pp. 437-469.

GROSSBERG, Lawrence, *We Gotta Get Out of This Place. Popular Conservatism and Postmodern Culture*, Nueva York, Routledge, 1994.

GROSZ, Elizabeth, "Feminism and the Crisis of Reason", en Linda Alcoff y Elizabeth Potter (eds.), *Feminist Epistemologies*, Nueva York, Routledge, 1993, pp. 25-43.

—, *Volatile Bodies. Toward a Corporeal Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1994.

GUTIÉRREZ, Leandro y Juan Carlos Korol, "Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina: el caso de la Fábrica Argentina

de Alpargatas", en *Desarrollo Económico*, vol. 28, núm. 111, octubre-diciembre de 1988, pp. 401-424.

GUTMAN, Daniel, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2004.

GUY, Donna J., *Sex and Danger in Buenos Aires. Prostitution, Family, and Nation in Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991 [trad. esp.: *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994].

—, "Girls in Prison: The Role of the Buenos Aires Casa Correccional de Mujeres as an Institution of Child Rescue, 1895-1940", en Ricardo Salvatore, Carlos Aguirre y Gilbert Joseph (eds.), *Crime and Punishment in Latin America. Law and Society since Late Colonial Times*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 369-389.

—, "The Shifting Meanings of Childhood and 'N.N.'", en *Latin American Perspectives*, vol. 35, núm. 4, julio de 2008, pp. 15-29.

—, *Women Build the Welfare State. Performing Charity and Creating Rights in Argentina, 1880-1955*, Durham, Duke University Press, 2009 [trad. esp.: *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar. Caridad y creación de derechos en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2011].

HALL, Stanley, "Initiation into Adolescence", en *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 12, 1897-1898, pp. 376-401.

HEBDIGE, Dick, *Subcultura. El significado del estilo*, Barcelona, Paidós, 2004.

—, *Hiding in the Light. On Images and Things*, Nueva York, Routledge, 1988.

HERSHFIELD, Joanne, *Imagining la Chica Moderna. Women, Nation, and Visual Culture in Mexico, 1917-1936*, Durham, Duke University Press, 2008.

HERZOG, Dagmar, *Sex after Fascism. Memory and Morality in Twentieth-Century Germany*, Princeton, Princeton University Press, 2005.

HILB, Claudia y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

HODGDON, Timothy, *Manhood in the Age of Aquarius. Masculinity in Two Countercultural Communities, 1965-1983*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.

HOLLENBACH, Margaret, *Lost and Found. My Life in a Group Marriage Commune*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2004.

HUNT, Lynn, *The Family Romance of the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1992.

HUYSSEN, Andreas, *After the Great Divide. Modernism, Mass Culture, Postmodernism*, Bloomington, Indiana University Press, 1986 [trad. esp.: *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2002].

INVERNIZZI, Hernán y Judith Gociol, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.

IVASKA, Andrew, "Anti-Mini Militants Meet Modern Misses: Urban Style, Gender, and the Politics of 'National Culture' in 1960s Dar es Salaam", en *Gender and History*, vol. 14, núm. 3, 2002, pp. 584-607.

—, *Cultured States. Youth, Gender, and Modern Style in 1960s Dar es Salaam*, Durham, Duke University Press, 2011.

JAMES, Daniel, "The Peronist Left, 1955-1975", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 8, núm. 2, noviembre de 1976, pp. 273-296.

—, *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988 [trad. esp.: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013].

JARMAN-IVENS, Freya (ed.), *Oh Boy! Masculinities and Popular Music*, Nueva York, Routledge, 2007.

JÁUREGUI, Carlos, *La homosexualidad en la Argentina*, Buenos Aires, Tarso, 1987.

JEFFREYS, Sheila, *Anticlimax. A Feminist Perspective on the Sexual Revolution*, Londres, Women's Press, 1990.

JENSON, Joli, "Fandom as Pathology: The Consequences of a Characterization", en Lisa Lewis (ed.), *Adoring Audience. Fan Culture and Popular Media*, Nueva York, Routledge, 1992, pp. 9-28.

JOBS, Richard, *Riding the New Wave. Youth and the Rejuvenation of France after the Second World War*, Stanford, Stanford University Press, 2007.

KAMPWIRTH, Karen, *Women and Guerilla Movements. Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 2002 [trad. esp.: *Mujeres y movimientos guerrilleros. Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba*, México, Plaza y Valdés, 2007].

KING, John, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Buenos Aires, Ediciones de Arte Gaglianone, 1985.

KLUBITSCHKO, Doris, *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1980.

KOON, Tracy, *Believe, Obey, Fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1985.
KREIMER, Juan Carlos y Carlos Polimeni (eds.), *Ayer nomás. 40 años de rock en la Argentina*, Buenos Aires, Musimundo, 2006.
KRIGER, Clara, *Cine y peronismo. El Estado en escena*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
KROES, Rob, "American Mass Culture and European Youth Culture", en Axel Schildt y Detlef Siegfried (eds.), *Between Marx and Coca-Cola. Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*, Nueva York, Berghahn Books, 2006, pp. 82-105.
LAFFORGUE, Jorge, *Cartografía personal. Escritos y escritores de América Latina*, Buenos Aires, Taurus, 2005.
LANGLAND, Victoria, "Birth Control Pills and Molotov Cocktails: Reading Sex and Revolution in 1968 Brazil", en Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2008, pp. 308-349.
—, *Speaking of Flowers. Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*, Durham, Duke University Press, 2013.
LENCI, María Laura, "La radicalización de los católicos en la Argentina. Peronismo, cristianismo y revolución (1966-1971)", en *Cuadernos del Centro de Investigaciones Socio-Históricas*, vol. 3, núm. 4, 1998, pp. 175-199.
LEONARD, Virginia W., *Politicians, Pupils, and Priests. Argentine Education since 1943*, Nueva York, Peter Lang, 1989.
LOAEZA, Soledad, "Mexico in the Fifties: Women and Church in Holy Alliance", en *Women's Studies Quarterly*, vol. 33, núm. 3-4, 2005, pp. 138-160.
LOBATO, Mirta, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.
LONGONI, Ana y Mariano Mestman, *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el '68 argentino*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998.
LORENZ, Federico, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
LUCIANI, Laura, "Juventud en dictadura: representaciones, imágenes y experiencias juveniles, Rosario 1976/1983", tesis de doctorado, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2013.

LVOVICH, Daniel, "Marchemos a las fronteras. Estrategias movilizadoras del régimen militar destinadas a sectores juveniles e infantiles", ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, 2009.

MANGONE, Carlos y Jorge Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

MANNHEIM, Karl, "El problema de las generaciones" [1936], en *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, 1993, pp. 193-244, disponible en línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=766796>.

MANZANO, Valeria, "Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early 1960s Buenos Aires", en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 14, núm. 4, octubre de 2005.

—, "Las batallas de los 'laicos': movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre-octubre de 1958", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, núm. 31, 2009.

—, "The Blue Jean Generation: Youth, Gender, and Sexuality in Buenos Aires, 1958-1975", en *Journal of Social History*, vol. 42, núm. 3, 2009.

—, "Argentina Tercer Mundo. Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970", en *Desarrollo Económico*, vol. 54, núm. 212, mayo-agosto de 2014, pp. 79-104.

—, "The Creation of a Social Problem: Youth Culture, Drugs, and Politics in Cold War Argentina", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 95, núm. 1, 2015, pp. 37-69.

MARISTANY, José J., "Entre Arlt y Puig, el *affaire* Correas. Acerca de 'La narración de la historia'", en *Orbis Tertius*, vol. 13, núm. 14, 2008, pp. 1-14.

MARKARIAN, Vania, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

MARTIN, Linda y Kerry Segrave, *Anti-Rock. The Opposition to Rock 'n' Roll*, Hamden (CT), Archon, 1988.

MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-1974*, Nueva York, Oxford University Press, 1998.

MARZULLO, Osvaldo y Pancho Muñoz, *El rock en la Argentina. La historia y sus protagonistas*, Buenos Aires, Galerna, 1985.

MASIELLO, Francine, "La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura", en AAVV, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987.

MAZZEI, Daniel, *Medios de comunicación y golpismo. El derrocamiento de Illia*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997.

MCCLARY, Susan, "Same as It Ever Was: Youth Culture and Music", en Andrew Ross y Tricia Rose (eds.), *Microphone Fiends. Youth Music & Youth Culture*, Nueva York, Routledge, 1994, pp. 29-40.

MCCRACKEN, Grant, *Big Hair. A Journey into the Transformation of Self*, Nueva York, Overlook, 1995.

MCGEE DEUTSCH, Sandra, "Christians, Homemakers, and Transgressors: Extreme Right-Wing Women in Twentieth-Century Brazil", en *Journal of Women's History*, vol. 16, núm. 3, otoño de 2004, pp. 123-137.

MCROBBIE, Angela, *Feminism and Youth Culture*, Nueva York, Routledge, 2000.

MCROBBIE, Angela y Simon Frith, "Rock and Sexuality" [1978], en Simon Frith y Andrew Goodwin (eds.), *On Record. Rock, Pop, and the Written Word*, Nueva York, Routledge, 1990, pp. 371-389.

MEAD, Margaret, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* [1928], Barcelona, Paidós, 1990.

MEDOVOI, Leerom, *Rebels. Youth and the Cold War Origins of Identity*, Durham, Duke University Press, 2005.

MENJÍVAR, Cecilia y Néstor Rodríguez, "State Terror in the US-Latin American Interstate Regime", en Cecilia Menjívar y Néstor Rodríguez (eds.), *When States Kill. Latin America, the U.S., and Technologies of Terror*, Austin, University of Texas Press, 2005.

MERKIN, Marta, Juan José Panno, Gabriela Tijman y Carlos Ulanovsky, *Días de radio. Historia de la radio argentina*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1995.

MÍGUEZ, Eduardo, "Familias de clase media. La formación de un modelo", en Fernando Devoto y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 21-45.

MILLETT, Kate, *Sexual Politics*, Chicago, Illinois University Press, 1970.

MINTZ, Steven, "Reflections on Age as a Category of Historical Analysis", en *Journal of the History of Childhood and Youth*, vol. 1, núm. 1, invierno de 2008, pp. 191-194.

MITTERAUER, Michel, *A History of Youth*, Oxford, Blackwell, 1992.

MOCHKOFSKY, Graciela, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

MODERN GIRL AROUND THE WORLD RESEARCH GROUP, "The Modern Girl around the World: A Research Agenda and Preliminary Findings", en *Gender and History*, vol. 17, núm. 2, 2005, pp. 245-294.

MONSIVÁIS, Carlos, "Del cinturón de castidad al condón: de usos amorosos y hábitos sexuales", en AAVV, *Cuidado con el corazón. Los usos amorosos en el México moderno*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995, pp. 163-186.

MONTANARO, Pablo, *Francisco Urondo. La palabra en acción. Biografía de un poeta y militante*, Rosario, HomoSapiens, 2003.

MOORE, Robin, *Music & Revolution. Cultural Change in Socialist Cuba*, Berkeley, University of California Press, 2006.

MORERO, Sergio, Ariel Eidelman y Guido Lichtman, *La noche de los bastones largos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1999.

MORGADE, Graciela, "State, Gender, and Class in the Social Construction of Argentine Women Teachers", en Regina Cortines y Sonsoles San Román (eds.), *Women and Teaching. Global Perspectives on the Feminization of a Profession*, Nueva York, Palgrave, 2006, pp. 81-103.

MOSSUZ-LAVAU, Janine, *Les lois de l'amour. Les politiques de la sexualité en France de 1950 à nos jours*, París, Payot, 1991.

MOYANO, María José, *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*, New Haven, Yale University Press, 1995.

MUIÑO, Oscar, *La otra juventud. De la insignificancia al poder. Protagonistas y relato de la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical (1968-1983)*, Buenos Aires, Corregidor, 2011.

MULVEY, Laura, "Placer visual y cine narrativo", en Brian Wallis (ed.), *Arte después de la Modernidad. Nuevos planteamientos en torno a la representación*, Madrid, Akal, 2001.

NARI, Marcela, "Abrir los ojos, abrir la cabeza: el feminismo en la Argentina de los años '70", en *Feminaria*, vol. 9, núm. 18-19, 1996, pp. 15-21.

—, *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

NEIBURG, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

NIELSEN, Jorge, *Televisión argentina, 1951/1975. La información*, Buenos Aires, Del Jilguero, 2001.

NOVARO, Marcos y Vicente Palermo, *La dictadura militar, 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

Nueva historia argentina, vol. 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, ed. de Juan Carlos Torre, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

O'DONNELL, Guillermo, "Democracia en la Argentina: micro y macro", en Oscar Oszlack (comp.), *"Proceso", crisis y transición democrática*, vol. 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pp. 13-30.
—, *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis* [1982], Buenos Aires, Belgrano, 1996.
OBREGÓN, Martín, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del "Proceso"*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
OLLIER, María Matilde, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
ORLOVE, Benjamin (ed.), *The Allure of the Foreign. Imported Goods in Post-colonial Latin America*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997.
ORQUERA, Yolanda Fabiola, "Marxismo, peronismo, indocriollismo: Atahualpa Yupanqui y el norte argentino", en *Studies in Latin American Popular Culture*, vol. 27, 2008, pp. 185-205.
OSGERBY, Bill, *Youth in Britain since 1945*, Oxford, Blackwell, 1998.
—, *Playboys in Paradise. Masculinity, Youth, and Leisure-Style in Modern America*, Londres, Berg, 2001.
OSUNA, María Florencia, *De la "Revolución socialista" a la "Revolución democrática". Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2015.
PACINI HERNANDEZ, Deborah, Héctor Fernández L'Hoeste y Eric Zolov, "Mapping Rock Music Cultures across the Americas", en Deborah Pacini Hernandez, Héctor Fernández L'Hoeste y Eric Zolov (eds.), *Rockin' Las Américas. The Global Politics of Rock in Latin/o America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2004, pp. 1-21.
PALLADINO, Grace, *Teenagers. An American History*, Nueva York, Basic Books, 1996.
PARSONS, Talcott, "Age and Sex in the Social Structure of the United States" [1942], en *Essays in Sociological Theory*, Nueva York, Free Press, 1954, pp. 89-102.
PASSERINI, Luisa, "La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta)", en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Historia de los jóvenes*, vol. 2, Madrid, Taurus, 1996, pp. 383-453.
PEDERIVA, Ana Barbara, *Jovem Guarda. Cronistas Sentimentais da Juventude*, San Pablo, Compahia Editora Nacional, 2000.

PEÑA, Fernando (ed.), *60/90 generaciones. Cine argentino independiente*, Buenos Aires, Fundación Eduardo Constantini, 2003.

PERELLI, Carina, "La percepción de la amenaza y el pensamiento político de los militares en América del Sur", en Louis W. Goodman, Johanna S. R. Mendelson y Juan Rial (comps.), *Los militares y la democracia. El futuro de las relaciones cívico-militares en América Latina*, Montevideo, Peitho, 1990.

PERNIOLA, Mario, "Entre vestido y desnudo", en Michel Feher, Ramona Nadaff y Nadia Tazi (eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, 1991.

PESCE, Víctor, "El discreto encanto de 'El club del clan'", en *Cuadernos de la Comuna*, núm. 23, diciembre de 1989, pp. 19-28.

PETTY, Michael, "Political Socialization among Secondary School Boys", disertación de doctorado, The University of Chicago, 1971.

PICCONE STELLA, Simonetta, *La prima generazione. Regazze e regazzi nel miracolo economico italiano*, Milán, FrancoAngeli, 1993.

PIEPER MOONEY, Jadwiga, *The Politics of Motherhood. Maternity and Women's Rights in Twentieth-Century Chile*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2008.

PIL HO KIM y Hyunjoon Shin, "The Birth of 'Rok': Cultural Imperialism, Nationalism, and the Glocalization of Rock Music in South Korea, 1964-1975", en *positions*, vol. 18, núm. 1, 2010, pp. 199-230.

PINEAU, Pablo, "Impactos de un asueto educacional. Las políticas educativas de la dictadura (1976-1983)", en Pablo Pineau *et al.*, *El principio del fin. Políticas y memorias de la educación en la última dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Colihue, 2006, pp. 11-109.

PION-BERLIN, David, "Latin American National Security Doctrines: Hard and Softline Themes", en *Armed Forces and Society*, vol. 15, núm. 3, 1989, pp. 411-429.

PLOTKIN, Mariano, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1993.

—, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytical Culture in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 2001 [trad. esp.: *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003].

PODALSKY, Laura, *Specular City. Transforming Culture, Consumption, and Space in Buenos Aires, 1955-1973*, Filadelfia, Temple University Press, 2004.

POIGER, Uta, *Jazz, Rock, and Rebels. Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany*, Berkeley, University of California Press, 2000.
PORTANTIERO, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina, 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI, 1978.
POZZI, Pablo, *"Por las sendas argentinas..." El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
PRASAD, Devi y Tony Smythe (eds.), *Conscription. A World Survey. Compulsory Military Service and Resistance to It*, Londres, War Resisters International, 1968.
PROCHASSON, Christophe, "Le socialisme des indignés. Contribution à l'histoire des émotions politiques", en Anne-Claude Ambroise-Rendu y Christian Delporte (dirs.), *L'indignation. Histoire d'une émotion politique et morale, XIXe-XXe siècles*, París, Nouveau Monde, 2008, pp. 173-190.
PUCCIARELLI, Alfredo (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
PUJOL, Sergio, *Historia del baile. De la milonga a la disco*, Buenos Aires, Emecé, 1999.
—, *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002.
—, *Rock y dictadura*, Buenos Aires, Emecé, 2004.
RAGGIO, Sandra, "La construcción de un relato emblemático de la represión: la 'noche de los lápices'", en Emilio Crenzel (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 137-159.
RAMÍREZ LLORENS, Fernando, *Noches de sano esparcimiento. Estado, católicos y empresarios en la censura al cine en Argentina, 1955-1973*, Buenos Aires, Libraria, 2016.
RAPISARDI, Flavio y Alejandro Modarelli, *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
RECCHINI DE LATTES, Zulma, *Aspectos demográficos de la urbanización en la Argentina, 1869-1960*, Buenos Aires, Ediciones del Instituto, 1973.
—, *La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970*, Buenos Aires, Cuadernos del CENEP, núm. 11, 1980.
—, *Dynamics of the Female Labour Force in Argentina*, París, UNESCO, 1983.
REIN, Mónica, *Politics and Education in Argentina, 1946-1962*, Nueva York, Sharpe, 1998.

Reyes Matta, Fernando, "The 'New Song' and Its Confrontation in Latin America", en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture,* Urbana, University of Illinois Press, 1988, pp. 447-461.

Ridenti, Marcelo, *O fantasma da revolução brasileira,* San Pablo, unesp, 2005.

Ríos, José Arthur, *The University Student and Brazilian Society,* Detroit, Latin American Studies Center, Michigan State University, 1971.

Risch, William Jay, "Soviet 'Flower Children': Hippies and the Youth Counter-Culture in 1970s L'viv", en *Journal of Contemporary History,* vol. 40, núm. 3, 2005, pp. 565-584.

Rivera, Jorge B., *La investigación en comunicación social en la Argentina,* Buenos Aires, Puntosur, 1987.

Rodríguez Molas, Ricardo, *El Servicio Militar Obligatorio,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Roseman, Mark (ed.), *Generations in Conflict. Youth Revolt and Generation Formation in Germany, 1770-1968,* Nueva York, Cambridge University Press, 1995.

Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo,* Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.

Saldaña-Portillo, María Josefina, *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development,* Durham, Duke University Press, 2003.

Salvatore, Ricardo D., "Yankee Advertising in Buenos Aires: Reflections on Americanization", en *Interventions,* vol. 7, núm. 2, 2005, pp. 216-235.

Sandvoss, Cornel, *Fans. The Mirror of Consumption,* Cambridge, Polity Press, 2005.

Sarlo, Beatriz, "Cuando la política era joven", en *Punto de Vista,* núm. 58, diciembre de 1997, pp. 15-19.

—, *La batalla de las ideas (1943-1973),* Buenos Aires, Ariel, 2001.

—, *La pasión y la excepción,* Buenos Aires, Siglo xxi, 2003.

—, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión,* Buenos Aires, Siglo xxi, 2005.

—, *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura,* Buenos Aires, Siglo xxi, 2005.

Scarzanella, Eugenia, "El ocio peronista. Vacaciones y 'turismo popular' en Argentina (1943-1955)", en *Entrepasados,* núm. 14, 1998, pp. 65-86.

SCHILDT, Axel y Detlef Siegfried (eds.), *Between Marx and Coca-Cola. Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*, Nueva York, Berghahn Books, 2006.
SEBRELI, Juan José, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades. 1950-1997*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
SEDGWICK, Eve Kosofsky, *Between Men. English Literature and Male Homosocial Desire*, Nueva York, Columbia University Press, 1985.
SEIGEL, Micol, "Beyond Compare: Comparative Method after the Transnational Turn", en *Radical History Review*, vol. 91, invierno de 2005, pp. 62-90.
SERRANO, Manuel Martín, *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Asuntos Sociales, 1994.
SERVETTO, Alicia, *73/76. El gobierno peronista contra las "provincias montoneras"*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
SIEGFRIED, Detlef, "Understanding 1968: Youth Rebellion, Generational Change, and Postindustrial Society", en Axel Schildt y Detlef Siegfried (eds.), *Between Marx and Coca-Cola. Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*, Nueva York, Berghahn Books, 2006, pp. 59-81.
SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
SIGAL, Silvia y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986.
SIMMEL, Georg, "El secreto y la sociedad secreta", en *Sociología. Estudios sobre la forma de socialización*, t. III, trad. de J. Pérez Bances, Madrid, Revista de Occidente, 1927.
SIRINELLI, Jean-François, "Éloge de la complexité", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Pluriel, 1997, pp. 430-444.
—, *Les baby-boomers. Une génération, 1945-1969*, París, Hachette, 2003.
—, *Mai 68. L'événement Janus*, París, Fayard, 2008.
SOHN, Anne-Marie, *Âge tendre et tête de bois. Histoire des jeunes des années 1960*, París, Hachette, 2001.
SOLOMON-GODEAU, Abigail, "The Other Side of Venus. The Visual Economy of Feminine Display", en Victoria de Grazia y Ellen Furlongh (eds.), *The Sex of Things. Gender and Consumption in Historical Perspective*, Berkeley, University of California Press, 1996, pp. 113-148.

SORCINELLI, Paolo y Angelo Varni (eds.), *Il secolo dei giovani. Le nuove generazioni e la storia del Novecento*, Boloña, Donzelli, 2005.

SORENSEN, Diana, *A Turbulent Decade Remembered. Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2007.

STALLER, Karen, *Runaways. How the Sixties Counterculture Shaped Today's Practices and Policies*, Nueva York, Columbia University Press, 2006.

STARK, Steven, *Meet the Beatles. A Cultural History of the Band that Shook Youth, Gender, and the World*, Nueva York, Harper, 2005.

STERN, Steve, *Remembering Pinochet's Chile. On the Eve of London, 1998*, Durham, Duke University Press, 2004.

SUASNÁBAR, Claudio, *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

SULLIVAN, James, *Jeans. A Cultural History of an American Icon*, Nueva York, Gotham Books, 2006.

SURI, Jeremy, "The Rise and Fall of an International Counterculture, 1960-1975", en *American Historical Review*, vol. 114, núm. 1, febrero de 2009, pp. 45-68.

SVAMPA, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005.

SZUSTERMAN, Celia, *Frondizi and the Politics of Developmentalism, 1958-1962*, Londres, Macmillan, 1993.

TAIBO II, Paco Ignacio, *68*, México, Joaquín Mortiz, 1991.

TAMAGNE, Florence, "'C'mon everybody': Rock 'n' roll et identités juvénils en France (1956-1966)", en Ludivine Bantigny e Ivan Jablonka (dirs.), *Jeunesse oblige. Histoire des jeunes en France XIXe-XXIe siècle*, París, Presses Universitaires de France, 2009.

TARCUS, Horacio, "El Mayo argentino", en *Observatorio Social de América Latina*, núm. 24, octubre de 2008, pp. 161-180.

TCACH, César, "Los Nores Martínez: Policía y sacristía en una ciudad de enclave (Córdoba 1962-63)", en César Tcach (coord.), *Córdoba Bicentenaria. Claves de su historia contemporánea*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 273-295.

TEDESCO, Juan Carlos, "Modernización y democratización en la universidad argentina, un panorama histórico", en Patricio Dooner e Iván Lavados Montes (eds.), *La universidad latinoamericana. Visión de una década*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria, 1979.

—, "Elementos para una sociología del currículum escolar en Argentina", en Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Raúl Carciofi, *El proyecto educativo autoritario. Argentina, 1976-1982*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1982.
TERÁN, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.
—, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
THORNTON, Sarah, *Club Cultures. Music, Media and Subcultural Capital*, Hanover, University Press of New England, 1996.
TORRADO, Susana, *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, Buenos Aires, De la Flor, 1995.
—, *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, De la Flor, 2003.
—, "Transición de la nupcialidad. Dinámica del mercado matrimonial", en Susana Torrado (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario.Una historia social del siglo XX*, t. 1, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 409-427.
TORRE, Juan Carlos, "A partir del Cordobazo", en *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 247-259.
TORRE, Juan Carlos y Elisa Pastoriza, "La democratización del bienestar", en *Nueva historia argentina*, vol. 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, ed. de Juan Carlos Torre, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 237-312.
TORTTI, María Cristina, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la nueva "izquierda"*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.
TOSSOUNIAN, Cecilia, "The Argentine Modern Girl and National Identity, Buenos Aires, 1920-40", en Cheryl Krasnick Wash y Dan Malleck (eds.), *Consuming Modernity. Gendered Behaviour and Consumerism before the Baby Boom*, Vancouver, University of British Columbia Press, 2013, pp. 220-236.
TOURIS, Claudia, "Neo-integralismo, denuncia profética y Revolución en la trayectoria del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", en *Prismas*, núm. 9, 2005, pp. 229-239.
TREBISACCE, Catalina, "Aunque algunos se rían de nosotr(o)s... Crónica de las exploraciones en la militancia feminista del Partido Socialista de los Trabajadores (1972-1975)", en *Temas de Mujeres*, vol. 8, núm. 8, 2012, pp. 100-126.

TRIGO, Abril, "The Politics and Anti-Politics of Uruguayan Rock", en Deborah Pacini Hernandez, Héctor Fernández L'Hoeste y Eric Zolov (eds.), *Rockin' Las Américas. The Global Politics of Rock in Latin/o America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2004, pp. 115-141.

TRONCOSO, Oscar, "Las formas del ocio", en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, vol. 2, Buenos Aires, Altamira, 2000, pp. 143-187.

VARELA, Mirta, *La televisión criolla. De sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna, 1951-1969*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

VASSALLO, Alejandra, "'Las mujeres dicen basta': feminismo, movilización y política de los setenta", en Andrea Andújar *et al.* (comps.), *Historia, género y política en los '70*, Buenos Aires, Feminaria, 2005, pp. 61-88.

VÁZQUEZ LORDA, Lilia, "Intervenciones e iniciativas católicas en el ámbito familiar: las Ligas de Madres y Padres de Familia (Argentina, 1950-1970)", tesis de maestría en Historia, Universidad de San Andrés, 2012.

VERBITSKY, Horacio, *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

—, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

VILA, Pablo, "Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil", en Elizabeth Jelin (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, vol. 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 95-102.

—, "Peronismo y folklore: ¿un réquiem para el tango?", en *Punto de Vista*, núm. 26, abril de 1986.

—, "Rock Nacional and Dictatorship in Argentina", en *Popular Music*, vol. 6, núm. 2, mayo de 1987, pp. 129-148.

—, "Argentina's 'Rock Nacional': The Struggle for Meaning", en *Latin American Music Review*, vol. 10, núm. 1, primavera-verano de 1989, pp. 1-28.

WAKSMAN, Steve, *Instruments of Desire. The Electric Guitar and the Shaping of Musical Experience*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2001.

WALTER, Richard, *Student Politics in Argentina. The University Reform and Its Effects, 1918-1964*, Nueva York, Basic Books, 1968.

WEEKS, Jeffrey, *Sex, Politics and Society. The Regulation of Sexuality since 1800*, Londres, Longman, 1989.

WEINSTEIN, Barbara, "Developing Inequality", en *American Historical Review*, vol. 111, núm. 3, 2008, pp. 1-18.

WEISSMANN, Patricia, *Toxicomanías. Historia de las ideas psicopatológicas sobre consumo de drogas en la Argentina*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2002.

WHITELEY, Sheila, *Women and Popular Music. Sexuality, Identity and Subjectivity*, Londres, Routledge, 2000.

WHITELEY, Sheila (ed.), *Sexing the Groove. Popular Music and Gender*, Nueva York, Routledge, 1997.

WIÑAR, David, "Aspectos sociales del desarrollo educativo argentino, 1900-1970", en *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. 4, núm. 4, 1974, pp. 9-36.

WOLLMAN, Elizabeth, *The Theater Will Rock. A History of the Rock Musical from Hair to Hedwig*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007.

ZANCA, José, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica y Universidad de San Andrés, 2006.

ZARRABEITÍA, César, *Militancia estudiantil. Desde los orígenes de la UNNE hasta finales de la década del sesenta*, Corrientes, s. e., 2007.

ZOLOV, Eric, *Refried Elvis. The Rise of the Mexican Counterculture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

—, "¡Cuba sí, yanquis no! The Sacking of the Instituto Cultural México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961", en Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2008, pp. 214-250.

—, "Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America", en *A Contracorriente*, vol. 5, núm. 2, invierno de 2008, pp. 47-72.

ÍNDICE DE NOMBRES